

Jussi
ADLER-OLSEN

Expediente 64

Los casos del DEPARTAMENTO Q

Lectulandia

Varias desapariciones ocurridas en los años ochenta ponen de nuevo en marcha a Carl Mørck. Su investigación lo conduce hasta Nete Hermansen, una mujer que ha hecho todo lo posible por ocultar su trágico pasado hasta que este le vuelve a dar alcance. Mientras Carl se enfrenta a las sombras de su propia existencia, y a los secretos de sus colaboradores Assad y Rose, deberá indagar en la historia del líder de un partido político de extrema derecha que defiende una siniestra ideología racista.

Lectulandia

Jussi Adler-Olsen

Expediente 64

Departamento Q #4

ePUB r1.1

whatsername 20.02.13

Título Original: *Journal 64*
Traductor: Mendizábal, Juan Mari
©2010, Adler-Olsen, Jussi
Diseño de cubierta: Toni Inglés
ISBN: 9788415532545
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a mis padres,
a Karen-Margrethe y Henry Olsen
y a mis hermanas Elsebeth,
Marianne y Vippe.*



Prólogo

Noviembre de 1985

EN un momento de descuido se dejó llevar por la sensación. Con la copa de champán, fría y delicada, entre los dedos, el zumbido de voces y el contacto suave de la mano de su marido en su talle. Aparte del enamoramiento, solo unas fracciones de segundo de una infancia lejana podían parecerse a aquello. La seguridad que le infundía el parloteo de su abuela. Las risas apagadas mientras se adormecía. Las carcajadas de personas desaparecidas tiempo atrás.

Y Nete apretó los labios para no dejarse llevar por la sensación. A veces le ocurría.

Se enderezó y observó el abanico de vestidos de todos los colores y espaldas erguidas. Había muchos invitados a la cena en homenaje al ganador del Gran Premio Nórdico de Medicina de aquel año. Investigadores, médicos, la flor y nata de la sociedad. Círculos de los que no procedía precisamente, pero en los que se sentía cada vez más a gusto.

Aspiró hondo, e iba a dar un suspiro de satisfacción cuando sintió con la mayor nitidez que una mirada se clavaba en ella atravesando el montón de peinados y hombres de pajarita prieta. Esas descargas eléctricas indefinibles e inquietantes que solo pueden emitir unos ojos que no te quieren bien. Instintivamente se hizo a un lado, como un animal acosado que busca protección en la maleza. Puso la mano en el brazo de su marido y trató de sonreír, mientras su mirada vagaba entre los cuerpos vestidos de gala y la ligera neblina de los candelabros.

Una mujer echó la cabeza atrás mientras reía y dejó a la vista el fondo del salón.

Allí estaba.

Su figura destacaba sobre los demás como un faro. Pese a su cabeza inclinada y sus piernas torcidas, era un animal salvaje, orgullosamente erguido, cuya mirada se deslizaba como un reflector sobre la masa humana.

Volvió a sentir en lo más profundo de su cuerpo la intensa vigilancia de aquel hombre, y supo con seguridad que si no reaccionaba en ese mismo momento, toda su vida iba a derrumbarse en cuestión de segundos.

—Andreas —pidió, llevando la mano al cuello, que estaba ya pegajoso de sudor—. ¿Podemos irnos? No me encuentro bien.

No hizo falta más. Su marido arqueó las cejas oscuras, saludó con la cabeza a los demás y se alejó de la multitud agarrándola del brazo. Era por esas cosas por las que lo amaba.

—Gracias. Lo siento, es la cabeza otra vez.

Él asintió en silencio. Conocía demasiado bien la experiencia. Largas noches a

oscuras, aquejado de migraña.

También tenían eso en común.

Habían llegado a las enormes escaleras de entrada al local de la celebración cuando el hombre alto se deslizó a su lado y se plantó ante ellos.

Nete advirtió que había envejecido bastante. Su mirada, tan brillante en otros tiempos, se había vuelto mate. El pelo, irreconocible. Veinticinco años no pasaban en vano.

—¡Nete! ¿Tú por aquí? Eres la última persona que esperaría encontrar en este evento —observó el hombre.

Ella tiró de su marido para evitarlo, pero aquello no detuvo a su perseguidor.

—¿No te acuerdas de mí, Nete? —se oyó por detrás. Claro que sí. Curt Wad. Seguro que te acuerdas de mí.

A mitad de la escalera, el hombre les dio alcance.

—A lo mejor eres la puta del director Rosen. Es increíble, ¿cómo es que has llegado tan alto?

Trató de arrastrar a su marido, pero Andreas Rosen no era de los que dan la espalda a los problemas. Tampoco en este caso.

—¿Quiere tener la amabilidad de dejar en paz a mi esposa? —reaccionó, acompañando sus moderadas palabras con una mirada que anunciaba furia.

—Vaya.

El inoportuno invitado retrocedió un paso.

—Así que has conseguido pescar a Andreas Rosen, Nete. Muy bien.

Le dirigió lo que otros habrían interpretado como una sonrisa irónica, pero ella sabía que no lo era.

—No me había enterado. Debes saber que no frecuento estos círculos. Ni leo la prensa rosa.

Vio a cámara lenta cómo su marido sacudía la cabeza con desprecio. Sintió que la agarraba de la mano y tiraba de ella. Por un momento se quedó sin respiración. Sus pasos retumbaban como ecos mutuos sin sincronizar. «Vámonos de aquí», decían.

Habían llegado al guardarropa cuando la voz se alzó de nuevo tras ellos.

—¡Señor Rosen! Puede que no sepa que su esposa es una puta. Una simple chica de Sprogø a quien le da igual ante quién se abre de piernas. Cuyo débil cerebro no distingue entre verdad y mentira, y...

Sintió un tirón en la muñeca cuando su marido giró en redondo, y varios invitados trataron de contener al hombre que estaba alborotando la fiesta. Un par de médicos jóvenes que se habían acercado se inclinaron amenazantes sobre el pecho del hombre alto, para dejar patente que su presencia no era deseada.

—¡Andreas, déjalo! —gritó cuando él avanzó hacia el grupo que rodeaba a su acosador, pero su marido no le hizo caso. El gallo del corral estaba ya marcando su

territorio.

—No sé quién es usted —indicó—. Pero le sugiero que en adelante se abstenga de aparecer en público hasta que haya aprendido a comportarse entre personas civilizadas.

La figura flaca levantó la cabeza por encima de los hombres que lo sujetaban, y todos los presentes en el guardarropa se fijaron en sus labios resecos: las mujeres que atendían tras el mostrador, separando abrigos de pieles y de algodón, los que pasaban al lado, los chóferes que esperaban ante las puertas giratorias.

Y entonces se oyeron las palabras que nunca debieron oírse.

—Pues pregunte a Nete dónde la esterilizaron, señor Rosen. Pregúntele cuántas veces ha abortado. Pregúntele qué se siente después de pasar cinco días en una celda de aislamiento. Pregúntele eso, y no me venga con discursos sobre la buena educación. Para eso hace falta gente de más talla, Andreas Rosen.

Curt Wad se separó del grupo y se hizo a un lado con una mirada llena de odio.

—¡Me voy! Y en cuanto a ti, Nete —gritó dirigiendo hacia ella un dedo tembloroso—, ¡vete al infierno, que es tu sitio!

Los murmullos llenaron la estancia hasta que la puerta giratoria se cerró tras él.

—Era Curt Wad —cuchicheó alguien detrás—. Compañero de estudios del que ha ganado el premio, es lo único bueno que puede decirse de él.

Pero Nete estaba en una situación sumamente incómoda. La habían descubierto.

Y las miradas de la gente la inspeccionaron. Fijándose en cosas que pudieran descubrir su verdadero yo. ¿Era el escote demasiado generoso? ¿Eran sus caderas vulgares? ¿Lo eran sus labios?

Cuando les entregaron los abrigos, el aliento cálido de la señora del guardarropa le pareció casi venenoso. «No eres mejor que yo», parecía decir.

Todo fue muy rápido.

Y ella bajó la vista y tomó a su marido del brazo.

Su querido marido, a quien no se atrevía a mirar a los ojos.

Escuchó el ronroneo suave y constante del motor.

No cruzaron palabra mientras miraban con fijeza, más allá del movimiento continuo de los limpiaparabrisas, la oscuridad otoñal que atravesaban.

Puede que él esperase un desmentido, pero no podía dárselo.

Puede que ella esperase que la comprendiera. Que la ayudara a liberarse de la camisa de fuerza. Que la mirase y dijera que, fuera lo que fuese, no tenía importancia. Que lo que contaba eran los once años que llevaban juntos.

No los treinta y siete que ella había vivido antes.

Pero él encendió la radio del coche, y el espacio se llenó de una ruidosa distancia mientras Sting los acompañaba por el sur de Selandia, y Sade y Madonna por Falster

y Guldborgsund. La noche se llenó de voces jóvenes y reconocibles. Los únicos lazos entre ellos.

Todo lo demás desapareció.

Varios cientos de metros antes del pueblo de Blans y a un par de kilómetros de la mansión se metió con el coche en un descampado.

—Bueno, cuéntamelo —la instó, con la mirada hundida en la oscuridad del exterior. Ni una palabra cálida. Ni siquiera su nombre, como consuelo. Solo aquel «bueno, cuéntamelo».

Nete cerró los ojos. Le pidió que comprendiera que había antecedentes que explicaban todo, y que el hombre que la había acusado era el culpable de su desgracia.

Pero, aparte de eso, lo que había dicho el hombre era verdad. Lo reconoció con voz apagada.

Todo era verdad.

Durante un instante doloroso y agotador solo se oyó la respiración de él. Después se volvió hacia ella con mirada sombría.

—Así que esa es la razón de que no hayamos podido tener hijos —observó.

Ella asintió con la cabeza. Apretó los labios y le contó todo. Sí, era culpable de mentir y ocultar cosas. Lo reconocía. De joven la ingresaron en Sprogø, pero fue algo innecesario. Sucedió debido a una serie de malentendidos, abuso de poder y engaños. Solo por eso. Y sí, había tenido abortos y la habían esterilizado, pero la persona horrible con quien acababan de estar...

Él puso su mano en el brazo de Nete, y el frío de sus dedos tuvo en ella el efecto de una descarga eléctrica y la hizo callar.

Después metió primera, soltó el embrague, atravesó el pueblo en silencio y luego aceleró con fuerza a lo largo de los prados y el paisaje oscuro del mar.

—Lo siento, Nete, pero no puedo perdonarte que durante años me hayas dejado vivir con la fe ciega de que podríamos tener familia, no puedo. Y en cuanto al resto, lo que he oído me da náuseas.

Después hizo una pequeña pausa, durante la que ella sintió frío en las sienes y tensiones en el cuello.

Él irguió la cabeza. Con arrogancia, como cuando trataba con gente a la que no consideraba merecedora de su respeto. Con seguridad en sí mismo, como cuando no hacía caso de los malos consejos.

—Voy a hacer las maletas —anunció con demasiada claridad—. Tienes una semana para encontrar otro sitio donde vivir. Puedes llevarte de Havngaard lo que quieras. No va a faltarte nada.

Nete desvió la mirada del rostro de su marido y se quedó contemplando el agua. Bajó un poco la ventanilla y olfateó el olor de las algas. Transportada por olas oscuras

que al final iban a engullirla.

Y retornó la sensación de sus desesperados días solitarios en la isla de Sprogø, donde el mismo mar cabeceante la tentaba para que pusiera fin a su vida miserable.

«No va a faltarte nada», había dicho, como si eso tuviera importancia.

Señal de que no la conocía.

Por un momento se concentró en la fecha del reloj, 14 de noviembre de 1985, y notó que sus labios vibraban mientras giraba la cabeza y lo miraba.

Los ojos oscuros de su marido parecían las cuencas de una calavera. Solo le interesaba la curva y la carretera que tenía delante.

Entonces ella levantó despacio la mano hacia el volante. Lo asió en el momento en que su marido iba a protestar, y tiró de él con todas sus fuerzas.

El potente motor del coche se revolucionó en vano mientras la carretera desaparecía bajo sus pies, y el ruido metálico al atravesar el seto ahogó las últimas protestas de su marido.

Cuando cayeron al mar fue casi como volver a casa.

Capítulo 1

Noviembre de 2010

CARL había oído hablar de los sucesos de la noche por la radio de la Policía al salir del adosado de Allerød camino del trabajo. En circunstancias normales nada le habría interesado menos que lo que atañía al trabajo de la Brigada Antivicio, pero aquello parecía diferente.

La propietaria de una agencia de señoritas de compañía había sido atacada con ácido sulfúrico en su piso de Enghavevej, y en la unidad de quemados del Hospital Central no les faltó trabajo.

Buscaban testigos, pero de momento sin resultado.

Ya habían interrogado a un montón de lituanos desaliñados, pero a medida que transcurría la noche iba quedando claro que el autor solo podía ser uno de los sospechosos, a quien no pudieron atrapar. Faltaban pruebas. La mujer atacada declaró cuando la ingresaron que no podría identificar al autor, y ahora tendrían que soltar a todos.

Aquello le sonaba a conocido.

Coincidió con el Témpano de Halmtorvet, Brandur Isaksen, de la comisaría del centro, mientras atravesaba la calle Polititorv camino del aparcamiento.

—¿Qué...? ¿Sales a incordiar al personal? —gruñó Carl al pasar junto a él. Y va el idiota y se para, como si Carl hubiera esperado una respuesta.

—Esta vez le ha tocado a la hermana de Bak —le comunicó Isaksen con frialdad.

Carl le dirigió una mirada nebulosa. ¿De qué coño le hablaba?

—Qué putada —respondió; siempre quedaba ese recurso.

—¿No has oído hablar del ataque de Enghavevej? La chica no tiene buen aspecto —continuó—. Los médicos del Hospital Central no han dado abasto esta noche. Oye, tú conoces bastante a Børge Bak, ¿verdad?

Carl echó la cabeza atrás. ¿Børge Bak? ¿Que si se conocían? ¿El subcomisario del Departamento A que primero pidió la excedencia y después la jubilación anticipada? ¿Aquel hipócrita cabrón?

—Éramos tan amigos como podemos serlo tú y yo —se le escapó a Carl por la comisura de los labios.

Isaksen asintió en silencio, cabreado. Desde luego, el amor mutuo que se profesaban no resistiría el aleteo de una mariposa.

—¿Conoces a la hermana de Børge, Esther Bak? —preguntó.

Carl miró hacia el pórtico, donde Rose se acercaba a paso corto con un bolso del tamaño de una maleta colgado del hombro. ¿Qué diablos había pensado? ¿Pasar las vacaciones en el despacho?

Sintió que Isaksen seguía su mirada, y dejó de observarla.

—No la conozco, pero tiene una casa de putas, ¿no? —respondió—. Ese terreno es más tuyo que mío, así que no quiero saber nada.

Las comisuras de los labios de Isaksen cedieron a la ley de la gravedad.

—Ya puedes imaginarte que Bak va a venir a Jefatura a meter las narices.

Carl dudó. ¿Acaso no había dejado Bak la Policía porque detestaba su trabajo y detestaba ir a Jefatura?

—Pues será bienvenido de todo corazón —declaró—. Pero que no baje a mis dominios.

Isaksen pasó los dedos por su pelo alborotado, negro como el carbón.

—No, claro. Ahí abajo bastante trabajo tienes con cepillarte a esa, ¿verdad?

Giró la cabeza en dirección a Rose, que desaparecía por la escalera.

Carl sacudió la cabeza. Isaksen podía irse a tomar por saco con su basura. ¡Cepillarse a Rose! Prefería entrar de monje en un convento de Bratislava.

—Carl —anunció treinta segundos más tarde el agente de la cabina de entrada—. La psicóloga esa, Mona Ibsen, ha dejado esto para ti.

Y le pasó un sobre gris por la puerta, como si fuera el acontecimiento del día.

Carl lo miró extrañado. Bueno, tal vez lo fuera.

El agente de guardia se sentó.

—Me han dicho que Assad ha entrado a las cuatro de la mañana. Desde luego, se toma su tiempo para sus cosas, ya lo creo. ¿Está planificando un ataque terrorista en Jefatura, o qué?

Y se echó a reír, pero se calló al ver la mirada plomiza de Carl.

—Pregúntaselo a él —respondió Carl, y pensó en la mujer que habían detenido en el aeropuerto solo por pronunciar la palabra «bomba». Un lapsus de dimensiones de primera plana, sin duda.

En su opinión, aquello era mucho peor.

Ya en el último peldaño de la escalera circular se dio cuenta de que Rose tenía un buen día. Lo golpeó un pesado aroma a clavo y jazmín, que le recordó a la vieja de Øster Brønderslev que pellizcaba en el culo a los hombres que no la miraban. Cuando Rose olía así le entraba a uno dolor de cabeza, y por una vez no se debía a su mala leche.

Assad sostenía la teoría de que era un perfume heredado, pero otros decían que esas mezclas empalagosas podían comprarse aún en ciertas tiendas indias a las que no interesaba que los clientes volvieran.

—Hola, Carl, ¡entra un momento! —gruñó Rose desde su despacho.

Carl suspiró. ¿Qué querría ahora?

Caminó con paso vacilante junto al caos de Assad, metió la nariz en el despacho

aséptico de Rose y enseguida se fijó en el enorme bolso que había visto antes. Al parecer, el perfume de Rose no era lo único inquietante aquel día. Estaba también el montón de papeles que sobresalían del bolso.

—Eh... —empezó con cuidado, señalando los papeles. ¿Qué es eso?

Ella lo miró con aquellos ojos rodeados de carbón que anunciaban problemas.

—Unos casos antiguos que llevan todo el año sobre los escritorios de las jefaturas de distrito. Los casos que no nos pasaron la primera vez. Una de esas chapuzas en las que eres especialista.

Acompañó la última sugerencia con un gruñido gutural que quizá podría interpretarse como una carcajada.

—Las carpetas se entregaron por equivocación en el Centro Nacional de Inteligencia. Las traigo de allí.

Carl arqueó las cejas. Más casos. ¿Por qué diablos sonreía Rose?

—Sí, claro, ya sé en qué estás pensando: que es la noticia mala del día —se le adelantó ella—. Pero es que no has visto esta carpeta. No la he traído del CNI: estaba encima de mi silla cuando he entrado.

Le entregó una carpeta de cartón gastada. Estaba claro, quería que la hojeara de inmediato; pero en eso se equivocaba. A las malas noticias no se les podía hincar el diente sin más antes del cigarrillo de la mañana; además, las cosas debían transcurrir en su debido orden. Joder, acababa de llegar.

Sacudió la cabeza, entró en su despacho, arrojó la carpeta encima de la mesa y el abrigo sobre la silla del rincón.

El despacho olía a cerrado, y el tubo fluorescente parpadeaba más que de costumbre. Los miércoles solían ser los días más difíciles de sobrellevar.

Luego encendió el cigarrillo y trotó por el pasillo hasta el armario de las escobas de Assad, que presentaba el aspecto habitual. La alfombra de orar desenroscada en el suelo y una densa neblina de vapor de agua de mirto. El transistor sintonizado en algo que podría parecerse al grito de apareamiento del delfín mezclado con un coro de gospel reproducido en un magnetofón con la correa motriz floja.

Estambul a la carta.

—Buenos días —saludó Carl.

Assad giró lentamente la cabeza hacia él. Un amanecer en Kuwait no podía haber sido más rojo que el imponente órgano olfativo de su pobre ayudante.

—Santo cielo, Assad, no tienes buen aspecto —indicó Carl, retrocediendo un paso ante semejante espectáculo. Si la gripe iba a reinar en aquellas profundidades, tendría que hacer una excepción con su cuerpo.

—Llegó ayer —informó Assad, sorbiéndose los mocos. Había que buscar bien para encontrar unos ojos perrunos tan tristes.

—Vete a casa, pero ya —dijo Carl, cuando salía por la puerta. Aquella

conversación no tenía por qué durar más. De todas formas, Assad no solía obedecer.

Carl regresó a la zona segura, puso las piernas sobre el escritorio y sopesó, por primera vez en su vida, si no sería un buen momento para un vuelo chárter a Gran Canaria. Dos semanas bajo la sombrilla con una Mona ligera de ropa al lado; no estaría mal, ¿eh? La gripe ya podía asolar cuanto quisiera las calles de Copenhague.

Sonrió al pensarlo, sacó el sobrecito de Mona y lo abrió. Casi bastaba con el perfume. Delicado y sensual, un resumen de Mona Ibsen. Lejos del sobrecargado bombardeo sensorial de Rose.

«Cariño mío», empezaba.

Sonrió. No se habían dirigido a él con tanta dulzura desde la vez que estuvo ingresado en el hospital de Brønderslev con seis puntos en el costado y el apéndice en un tarro de mermelada.

Cariño mío:

Esta noche ganso de San Martín en mi casa a las 19.30, ¿vale? Tienes que ponerte la chaqueta y traer el tinto. Ya me encargo yo de las sorpresas.

Besos,

Mona.

Carl sintió calor en sus mejillas. ¡Vaya mujer!

Cerró los ojos, dio una intensa calada al cigarrillo y trató de encontrar imágenes para la palabra «sorpresas». No eran imágenes para todos los públicos.

—¿Qué haces sonriendo con los ojos cerrados? —retumbó una voz por detrás—. ¿No vas a abrir la carpeta que te he dado?

Rose estaba en el vano de la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Así que no iba a moverse hasta que él reaccionara.

Carl aplastó el cigarrillo y echó mano a la carpeta. Más le valía quitarse aquello de encima; de lo contrario, Rose iba a seguir allí de pie hasta tener los brazos bien anudados.

Eran diez folios descoloridos del juzgado de Hjørring. Se dio cuenta de qué era desde la primera página.

¿Cómo diablos había aterrizado aquel caso en la silla de Rose?

Dirigió una mirada rápida a la primera página. Sabía de antemano en qué orden venían las frases. Verano de 1978. Un hombre ahogado en el riachuelo de Nørre Å. Propietario de una fábrica de maquinaria pesada, apasionado de la pesca deportiva, y lo que eso suponía de pertenencia a diversos clubes. Cuatro huellas de pie frescas en torno a la silla de pescar y la bolsa gastada. No faltaba nada de su equipo: carrete Abu y cañas de a quinientas coronas cada una. Buen tiempo, nada anormal en la autopsia. Ningún fallo cardíaco ni infarto. Simple ahogamiento.

Si no fuera porque el agua apenas alcanzaba setenta centímetros de profundidad

en el lugar donde lo encontraron, se habría despachado desde el principio como un accidente.

Pero lo que había llamado la atención de Rose no era la muerte, Carl ya lo sabía. Tampoco que nunca se hubiera esclarecido y, por tanto, fuera de lo más natural que lo tuvieran en el sótano. No, era el hecho de que en el expediente policial se incluían una serie de fotos, y que el careto de Carl aparecía en dos de ellas.

Suspiró. El hombre ahogado se llamaba Birger Mørck, y era su tío paterno. Un hombre jovial y generoso a quien admiraban tanto su hijo Ronny como Carl, y por eso iban de muy buena gana de excursión con él. Exactamente como hicieron aquel día para aprender los misterios y trucos de la pesca.

Pero un par de chicas de Copenhague habían atravesado toda Dinamarca y se acercaban a su destino en Skagen con sus finas camisetas sugerentemente empapadas de sudor.

Y la visión de aquellas dos rubias marchosas que se afanaban colina arriba fue como un aldabonazo para Carl y su primo Ronny, que dejaron las cañas y atravesaron el prado corriendo como terneros que ponen la pezuña en la hierba por primera vez en su vida.

Cuando dos horas más tarde volvieron al riachuelo con los contornos de las camisetas ajustadas de las chicas impresos para siempre en sus retinas, Birger Mørck ya había muerto.

Tras muchos interrogatorios y sospechas, la Policía de Hjørring renunció a seguir con el caso. Y pese a que nunca encontraron a las dos chicas de Copenhague, que eran la única coartada de los dos jóvenes, Ronny y Carl se libraron de más demandas. El padre de Carl pasó unos meses cabreado y desesperado, pero el caso no tuvo mayores consecuencias.

—No estabas tan mal entonces, Carl. ¿Cuántos años tenías? —se oyó la voz de Rose por la puerta entreabierta.

Carl dejó caer la carpeta en la mesa. No le apetecía nada que le recordaran aquellos tiempos.

—¿Cuántos años? Yo tenía diecisiete, y Ronny veintisiete. —Lanzó un suspiro—. ¿Tienes la más remota idea de por qué ha vuelto a salir a la luz el caso de repente?

—¿Que por qué?! —Rose se golpeó la cabeza con nudillos afilados como lanzas—. ¡Despierta, príncipe azul! Es lo que solemos hacer, ¿no? ¡Investigar antiguos casos de asesinato sin resolver!

—Sí. Pero, para empezar, ese caso fue catalogado de accidente, y además no ha crecido por generación espontánea en tu silla, ¿verdad?

—¿Qué quieres? ¿Que pregunte en la comisaría de Hjørring por qué ha aterrizado aquí y ahora?

Carl alzó las cejas. ¡Pues claro!

Rose giró sobre sus talones y chacoloteó hacia su propio coto. Había captado la señal.

Carl se quedó mirando al vacío. ¿Por qué coño tenía que volver a salir aquel caso? Como si no hubiera causado ya suficientes problemas.

Observó de nuevo la foto de Ronny y él, y después empujó la carpeta hacia un montón de otros casos. El pasado era el pasado y el presente, el presente, nada podía cambiarlo; y cuatro minutos antes había leído el mensaje de Mona en el que lo llamaba «Cariño mío». Había prioridades.

Sonrió, sacó el móvil del bolsillo y observó cabreado el diminuto teclado. Si enviaba un *sms* a Mona, tardaría diez minutos en escribirlo, y si la llamaba por teléfono podía esperar otro tanto hasta que ella respondiera.

Suspiró y empezó a escribir el mensaje. Sin duda, la tecnología de los teclados de móvil la había creado un pigmeo con dedos del tamaño de un macarrón, y los nórdicos normales de talla mediana debían de sentirse al hacerlo como hipopótamos tocando la flauta dulce.

Después observó el resultado de sus esfuerzos, y con un suspiro pasó por alto una serie de errores tipográficos. Mona ya entendería el contenido: su ganso de San Martín había recibido una buena acogida.

Cuando apartó el móvil, una cabeza apareció en el hueco de la puerta.

Desde la última vez, se había cortado los tristes mechones que le cubrían la calva, y su chaqueta de cuero había pasado por la tintorería, pero el hombre de su interior seguía tan arrugado como siempre.

—¡Bak! ¿Qué coño haces aquí? —preguntó por automatismo.

—Como si no lo supieras —respondió el hombre, a quien la falta de sueño le colgaba del rabillo del ojo—. Estoy a punto de perder los estribos. ¡Por eso!

Se dejó caer en la silla de enfrente, pese a los gestos de rechazo de Carl.

—Mi hermana Esther nunca volverá a ser la misma. Y el cabrón que le lanzó ácido a la cara está en un sótano de Eskildsgade partiéndose el culo de risa. Comprenderás que, como antiguo policía que soy, no estoy orgulloso de que mi hermana lleve una casa de putas, pero ¿crees que ese cabronazo va a irse de rositas después de lo que ha hecho?

—No tengo ni idea de por qué vienes aquí, Bak. Habla con los de la comisaría del centro, o por lo menos con Marcus Jacobsen o alguno de los otros jefes de departamento, si es que estás descontento con la marcha del caso. No suelo ocuparme de casos de violencia ni de los de la Brigada Antivicio, ya lo sabes.

—He venido para pedirlos a ti y a Assad que me acompañéis para obligar a confesar a ese hijoputa.

Carl notó que las arrugas de su frente se acentuaban. ¿Estaba majara el tío?

—Te ha llegado un caso nuevo, pero seguro que ya te has dado cuenta —continuó

Bak—. Lo he traído yo. Me lo dio hace unos meses un viejo colega de Hjørring. Lo he dejado en el despacho de Rose por la noche.

Carl miró al tipo mientras sopesaba las posibilidades. Por lo que veía, se reducían a tres.

Levantarse y plantarle un yunque en la jeta era una posibilidad. Una patada en el culo, otra; pero Carl eligió la tercera.

—Sí, la carpeta está ahí —le hizo saber, señalando con el dedo el infierno de papel de la esquina del escritorio. ¿Por qué no me la has dado a mí? Habría sido más decente.

Bak esbozó una sonrisa.

—¿Desde cuándo ha habido decencia entre nosotros? No, no. Solo quería asegurarme de que alguna otra persona viera el caso, para que no desapareciera de pronto, ¿vale?

Las otras dos posibilidades volvieron a asomar. Menos mal que aquel imbécil ya no andaba por allí a diario.

—He guardado la carpeta hasta que se ha presentado el momento oportuno. ¿Entiendes?

—Ni por el forro. ¿Qué momento?

—¡Necesito tu ayuda!

—No pensarás que voy a machacarle el cráneo al supuesto delincuente porque me paseas por las narices un caso de hace treinta años. Y ¿sabes por qué?

Carl fue levantando un dedo por cada afirmación que hacía.

—¡*Primero!* El caso ha prescrito. ¡*Segundo!* Fue un accidente. Mi tío se ahogó. Debió de ponerse mal y caer al lago, y esa fue la conclusión que sacaron los investigadores del caso. ¡*Tercero!* Yo no estaba allí cuando sucedió, y tampoco mi primo. ¡*Cuarto!* A diferencia de ti, soy un poli decente que pasa de maltratar a sospechosos.

Carl se quedó un rato con la última frase en la punta de la lengua. Que él supiera, Bak no podía tener ninguna prueba de lo contrario. Al menos era lo que parecía expresar su rostro.

—¡*Y quinto!* —Carl extendió todos los dedos y después cerró el puño—. Si de mí dependiera, diría que todo esto es cosa de cierto señor que juega a policía aunque ya no lo es.

Las patas de gallo de Bak desaparecieron.

—Vale. Pero déjame decirte que a uno de los antiguos colegas de Hjørring le gusta viajar a Tailandia. Dos semanas en Bangkok, todo incluido.

¿Qué coño me importa a mí eso?, pensó Carl.

—Parece ser que también le gusta a tu primo Ronny, a quien también le gusta empinar el codo —continuó Bak. Y ¿sabes qué, Carl? Cuando tu primo Ronny bebe

más de la cuenta, le da por hablar.

Carl reprimió un profundo suspiro. Ronny, ¡valiente payaso! ¿Volvía a tener problemas? Hacía al menos diez años que no se veían: fue en una desacertada confirmación, en Odder, en la que Ronny no se cortó un pelo en el bar, ni con la bebida ni con las camareras. Tampoco habría mucho que objetar, si no fuera porque una de ellas tenía demasiadas ganas y además, y no es moco de pavo, era menor de edad y hermana del confirmando. El escándalo no fue para tanto, pero quedó como una espina clavada en la rama familiar de Odder. No, Ronny no era hombre de muchas luces.

Carl agitó la mano a la defensiva. ¿Qué coño le importaban a él las movidas de Ronny?

—Pues nada, hombre, ve donde Marcus y cuéntale lo que quieras, Bak, pero ya lo conoces. Te va a decir lo mismo que te he dicho yo. No se pega a los sospechosos, y no se amenaza a antiguos colegas con viejas historias como esta.

Bak se arrellanó en el asiento.

—Pues en ese bar de Tailandia, y delante de testigos, tu primo fanfarroneó de haber matado a su padre.

Carl entornó los ojos. No le parecía muy creíble.

—Vaya, así que dijo eso. ¡Pues la priva debe de haberle comido el seso! Pero denúncialo, si te parece. Yo ya sé que es imposible que ahogara a su padre. Precisamente porque estaba conmigo.

—Y declaró que tú lo ayudaste. Qué simpático, tu primo.

Las arrugas de la frente de Carl cayeron lentamente hacia la nariz, mientras se levantaba y tomaba aire con parsimonia.

—¡Ven un momento, Assad! —gritó con todos sus pulmones a la cara de Bak.

No habían pasado diez segundos cuando el pobre enfermo apareció en la puerta sorbiéndose los mocos.

—Querido Assad, atacado por la gripe. ¿Quieres tener la amabilidad de toser a este idiota? Aspira bien de aire.

—¿Qué más había en el montón de nuevos casos, Rose?

Rose parecía estar pensando en recoger todo aquello y plantárselo en el regazo, pero Carl sabía con quién se jugaba los cuartos. Algo había atraído la atención de Rose.

—El caso de la madame de chicas de compañía que fue atacada anoche me ha hecho pensar en otro que nos acaba de llegar de Kolding. Estaba en el montón que he ido a buscar al Centro Nacional de Inteligencia.

—¿Ya sabes que esa a la que llamas «madame de chicas de compañía» es hermana de Bak?

Rose hizo un gesto afirmativo.

—A él no lo conozco, pero aquí dentro los rumores se extienden como la pólvora. Es el que ha estado antes, ¿no?

Palmeó la primera carpeta del montón y la abrió con sus uñas esmaltadas de negro.

—Atiende bien, Carl; si no, vas a tener que leerlo todo el tocho.

—Vale, vale —aceptó él, mientras su mirada se deslizaba por el despacho minimalista gris y blanco. Casi echaba de menos el infierno rosa de su áter ego Yrsa.

—Este caso trata de una mujer llamada Rita Nielsen y de «nombre artístico»... — Rose dibujó unas comillas en el aire — Louise Ciccone. Lo usó en los años ochenta, en los que organizaba unas denominadas —y volvió a hacer el gesto— «danzas eróticas» en clubes nocturnos de la zona de Vejle, Fredericia y Kolding. Condenada varias veces por fraude, y después por proxenetismo. Propietaria de una agencia de señoritas de compañía en Kolding durante los años setenta y ochenta; después desapareció sin dejar rastro en Copenhague, en 1987. Durante la investigación, la Brigada Móvil investigó su desaparición en ambientes porno del centro de Jutlandia y Copenhague, pero pasados tres meses el caso se archivó, con una observación: contemplaban la posibilidad de que se tratara de un suicidio. Entretanto habían surgido cosas más serias y no pudieron seguir gastando energías en el caso, por lo que pone.

Dejó la carpeta sobre la mesa y se concentró en adoptar una expresión avinagrada.

—Archivado, al igual que archivarán, sin duda alguna, el caso de Esther Bak de esta noche. ¿Has visto quizá a la gente de aquí frenética, tratando de echar el guante al tipo que ha hecho eso a esa pobre mujer?

Carl se alzó de hombros. Lo único frenético que había visto aquella mañana era la cara de cabreo de su hijo postizo Jesper cuando lo despertó a las siete y le dijo que se las arreglara solo para ir al instituto de Gentofte.

—En mi opinión, no había nada que sugiriese tendencias suicidas en ese caso — continuó Rose—. Rita Nielsen se mete en su lujoso Mercedes blanco 500 SEC y se va de casa con toda tranquilidad. A las dos horas es como si la hubiera tragado la tierra; y eso es todo.

Sacó una foto y la arrojó ante él. Era una imagen del coche junto al borde de una acera y desvalijado por dentro.

Menudo cochazo. En aquel capó entraban por lo menos la mitad de las chicas alegres del barrio de Vesterbro envueltas en sus visones de imitación, fruto de duros sacrificios. Nada que ver con su gastado coche patrulla.

—La vieron por última vez el 4 de septiembre de 1987, un viernes, y por los movimientos de su tarjeta de crédito podemos seguir su recorrido desde su domicilio

de Kolding, a las cinco de la mañana. Después atraviesa Fionia, donde llena el depósito, se sube al transbordador del Gran Belt y se dirige a Copenhague. Allí compra tabaco en un quiosco de Nørrebrogade a las 10.10. Nadie la ha visto desde entonces. Encuentran su Mercedes unos días más tarde, con la mayor parte del contenido saqueado. Asientos de cuero, rueda de recambio, radiocasete y un montón de cosas más. Se habían llevado hasta el volante. Solo quedaban un par de cintas y algunos libros en la guantera.

Carl se rascó la barbilla.

—Por aquella época no había muchos establecimientos que tuvieran terminal de tarjeta de crédito, y menos aún un quiosco como el de Nørrebro. ¿Por qué tanto afán por pagar con tarjeta? Seguro que pasaron la tarjeta por un aparato de aquellos para imprimirla y firmar el papel, todo por un birrioso paquete de tabaco. Ostras, se necesita paciencia.

Rose se encogió de hombros.

—Igual no le gustaba el dinero en metálico. Igual no le gustaba el tacto. Igual le encantaba tener el dinero en el banco y dejar que otros pagaran los intereses. Igual solo tenía un billete de quinientas coronas y en el quiosco no tenían cambio, ig...

—Vale, vale. Ya basta. —Carl agitó las manos—. Pero dime: ¿en qué se basaba la teoría del suicidio? ¿Tenía alguna enfermedad grave o era por la economía? ¿Por eso compraba tabaco con tarjeta de crédito?

Rose alzó los hombros dentro de su enorme jersey gris antracita. Seguramente tricotado por Yrsa.

—Sí, no es mala pregunta. De hecho, es extraño. Rita Nielsen, alias Louise Ciccone, era una señora acaudalada, y según su poco envidiable currículum no se dejaba intimidar. Sus «chicas» de Kolding decían que era dura como el acero, una superviviente. Quitaría de en medio al resto del mundo antes que suicidarse, dijo una de ellas.

—¡Hmm!

Una sensación fastidiosa se apoderó de Carl, porque aquello había despertado su interés. Las preguntas iban surgiendo sin parar. Sobre todo lo de los cigarrillos. ¿Compras tabaco antes de suicidarte? Bueno, tal vez sí, para tranquilizar las ideas y el cuerpo.

¡Mierda! Ya estaba el molino dando vueltas en su cabeza. Total, ¿para qué? Si le hincaba el diente a aquello, iba a tener más trabajo del que convenía.

—¿Crees, contra la opinión de muchos de nuestros colegas, que estamos ante un crimen? Pero ¿es que hay algo que indique un homicidio o, para el caso, un asesinato?

Las preguntas quedaron flotando en el aire.

—Aparte de que el caso no está cerrado, solo archivado, ¿qué base tienes para

investigar?

Hubo otro movimiento dentro del descomunal jersey. O sea que tampoco ella tenía nada.

Carl miró con fijeza la carpeta. La foto de Rita Nielsen, que estaba sujeta con un clip a la portada, irradiaba una gran fuerza. La parte inferior del rostro era delgada, y las mandíbulas, muy anchas. En sus ojos ardían la obstinación y las ganas de luchar. Era evidente que pasaba del cartel de criminal que colgaba de su pecho. Seguro que no era la primera vez que la fotografiaban para los archivos policiales. No, a las mujeres como ella no las afectaban las condenas de cárcel. Era una superviviente nata, tal como habían dicho las putas de su local.

¿Por qué diablos había de quitarse la vida?

Atrajo la carpeta hacia sí, la abrió y no hizo caso de la sonrisa torcida de Rose.

Una vez más, aquel mamarracho pintado de negro era quien ponía en marcha otro caso.

Capítulo 2

Noviembre de 2010

LA furgoneta verde llegó exactamente a las 12.30, tal como habían convenido.

—Tengo que ir a otros cinco sitios de Selandia hoy, señor Wad —dijo el chofer—, así que espero que esté todo listo.

Era un buen hombre aquel Mikael. Diez años a su servicio sin hacer una sola pregunta. Bien vestido, limpio y educado. Justo el tipo de hombre con quien a Ideas Claras le gustaría verse representado entre la gente corriente. Eran hombres como él los que le daban a uno ganas de afiliarse al partido. Sosegado y leal, con una mirada cálida en sus ojos azules. El cabello muy rubio y ondulado, siempre bien peinado. Tranquilo hasta en las situaciones más peliagudas, como la del mes anterior durante los tumultos del barrio de Haderslev, en una de las asambleas constituyentes del partido. Allí aprendieron nueve manifestantes con carteles cargados de odio que los hombres decentes no se andaban con chiquitas.

Gracias a gente como Mikael, todo había terminado sin problemas para cuando llegó la Policía.

Seguro que a aquellos manifestantes no iban a volver a verlos.

Curt Wad abrió la puerta de los viejos establos de la antigua escuela de equitación, echó a un lado un viejo herraje que había en la pared sobre un pequeño congelador y tecleó su código de nueve cifras en la pantalla que había detrás, igual que había hecho un sinnúmero de veces. Luego esperó un momento a que la pared hiciera su familiar clic, y la parte central se deslizó a un lado.

Lo que había dentro de aquella especie de búnker enorme solo interesaba a gente con ideas afines a las suyas. El congelador con fetos humanos de abortos ilegales y los archivadores, listas de miembros, el ordenador portátil que empleaba en los congresos, y después los viejos apuntes de los tiempos de su padre, sobre los que basaba su trabajo.

Curt abrió el congelador y extrajo una caja con bolsas de plástico que pasó de inmediato al chofer.

—Estos son los fetos que cremamos nosotros. Espero que el congelador del coche no esté del todo lleno.

El chofer sonrió.

—No, todavía queda sitio.

—Y aquí está el correo para nuestra gente. Las direcciones están escritas.

—Bien —asintió el chofer mientras echaba un vistazo a los sobres—. Pero no podré llegar a Fredensborg hasta la semana que viene. Ayer cubrí todo el norte de Selandia.

—No importa. Basta que llegues a Århus. Estarás allí mañana, ¿verdad?

El chofer asintió en silencio y miró en la caja de plástico.

—Ya me ocupo yo de estos. ¿Tenemos también fetos para entregar en el crematorio de Glostrup?

Curt Wad cerró la puerta corredera del búnker y se dirigió al congelador de la entrada. Allí se guardaban los abortos legales.

—Sí, están aquí —respondió, levantando la tapa del arcón y sacando otra caja de plástico.

Puso la caja en el suelo y fue a por un archivador de plástico a la estantería que había encima del congelador.

—Estos son los papeles correspondientes a los fetos —comunicó al chofer, entregándoselos—. Todo está en regla.

Mikael comprobó que cada bolsa de la caja tenía su nota de entrega.

—Todo en regla, nadie puede objetar nada —concluyó, y transportó todo a la furgoneta, distribuyó el contenido de cada caja en su minicongelador, clasificó los boletines internos en los compartimentos para las diversas asociaciones, se llevó la mano a la gorra y se despidió con cortesía.

Curt Wad alzó la mano para despedirse cuando la furgoneta desapareció por Brøndbyøstervej.

Desde luego, es una bendición que pueda seguir trabajando por la causa a mi edad, pensó con satisfacción.

«Parece mentira que hayas cumplido los ochenta y ocho», solía decir la gente, y era verdad. Cuando se observaba en el espejo, también él se daba cuenta de que aparentaba quince años menos, y además conocía la razón.

«La vida consiste en vivir de acuerdo con tus ideales», era el lema de su padre. Sabias palabras que habían sido su referencia. Por supuesto que tenía sus dificultades, pero mientras su cabeza funcionase también funcionaría su cuerpo.

Curt atravesó el jardín y entró por la puerta trasera; siempre lo hacía en horas de consulta. Cuando su sucesor en la clínica estaba trabajando, Curt no podía utilizar la parte delantera de la casa, era lo convenido. Además, bastante trabajo tenía con organizar el partido. Habían pasado los tiempos en que era él quien clasificaba a la gente y mataba. Su sucesor lo hacía igual de bien y con el mismo celo.

Sacó la cafetera y pasó el dedo por la cucharilla para que no hubiera demasiado ni demasiado poco. El estómago de Beate estaba muy delicado últimamente, así que era importante.

—Vaya, ¿estás en la cocina, Curt?

Era su sucesor, Karl-Johan Henriksen. Al igual que a Curt, también a él le gustaba presentarse con una bata recién lavada y planchada. Porque por muy ajenos que te resultaran tus clientes, la bata recién lavada y planchada significaba que los pacientes

te veían como una autoridad a la que podían encomendar su vida sin temor alguno. Estúpidos ingenuos.

—Ando con el estómago revuelto —informó Henriksen, mientras buscaba un frasco en el armario—. Las castañas asadas con mantequilla y el vino tinto suelen estar bien cuando los tomas, pero después ya es otra historia.

Sonrió, llenó un vaso con agua y vació en él un sobre de sal de frutas.

—Ha pasado el chofer, así que ambos congeladores están vacíos, Karl-Johan. Ya puedes empezar a llenarlos de nuevo.

Curt sonrió a su alumno, porque no hacía falta que le dijera nada. Henriksen era quizá más efectivo aún de lo que había sido Curt jamás.

—Sí, ya estoy en ello. Hoy habrá otros tres abortos. Dos regulares y uno de los otros —repuso Henriksen con una sonrisa, mientras el contenido del vaso burbujeaba, animado.

—¿De quién es?

—De una somalí que ha enviado Bent Lyngsøe. Embarazada de mellizos, según me han informado —concluyó arqueando las cejas, y luego bebió del vaso.

Sí, Karl-Johan Henriksen era también un hombre bueno. Tanto para el partido como para La Lucha Secreta.

—Beate, guapa, ¿no te encuentras bien? —preguntó, cauteloso, cuando entró en la sala con la bandeja.

Llevaba más de diez años sin hablar, pero sí que podía sonreír. Aunque estaba terriblemente delicada, y aunque la belleza y el espíritu de la juventud hacía tiempo que la habían abandonado, a Curt le costaba hacerse a la idea de que un día, tal vez muy pronto, tendría que empezar a vivir sin ella.

Ojalá llegue a conocer el día en que podamos mencionarla en el Parlamento y expresar nuestra gratitud por su aportación, pensó, tomando su mano ligerísima entre las suyas.

Se inclinó, besó la mano con cuidado y sintió un leve temblor en ella. No necesitaba más.

—Toma, cariño —dijo, y llevó la taza a sus labios mientras soplaba un poco sobre la superficie—. Ni demasiado caliente ni frío. Justo como te gusta.

Ella frunció sus labios hundidos, que habían besado con tanto amor a él y a sus dos chicos cuando más falta les hacía, y sorbió despacio y en silencio. El café estaba bien, decían sus ojos. Aquellos ojos que habían visto tanto y en los que se había refugiado su mirada cuando alguna rara vez era presa de la duda.

—Luego voy a salir en la televisión, Beate. Lønberg, Caspersen y yo. Van a ponernos a caldo si pueden; pero no podrán. Y hoy vamos a cosechar el fruto de un trabajo de decenios y ganar muchos votos, Beate. Muchos, muchos votos, de quienes

piensan como nosotros. Los periodistas creen tal vez que somos unos viejos chochos —dijo, riendo—. Bueno, sí que lo somos. Pero pensarán que tenemos las ideas confusas. Que pueden pillarnos diciendo tonterías y cosas sin lógica.

Le acarició el pelo.

—Voy a encender el televisor para que puedas verlo.

Jakob Ramberger era un periodista diestro y bien preparado, y cualquier otra cosa habría parecido imprudente, a la luz de las críticas que habían recibido las abundantes entrevistas sin garra de los últimos tiempos. Un periodista listo tenía más pavor a los telespectadores que a sus superiores, y Ramberger era listo y sabía un par de cosas. Había ridiculizado a telón subido a los políticos más conocidos, y desnudado a caciques, moteros, jefes de empresa irresponsables y delincuentes.

Por eso, Curt se alegró de que los fuera a entrevistar Ramberger, porque aquel día, por una vez, no iba a conseguir ridiculizar a nadie, y eso iba a tener repercusión en la pequeña Dinamarca.

Ramberger y sus invitados se saludaron con cortesía en una antesala donde sus colegas preparaban la siguiente edición del telediario, pero en cuanto Ramberger soltó las manos de sus invitados-víctima, cada cual se fue a su trinchera.

—Ustedes acaban de comunicar al Ministerio del Interior que Ideas Claras ha recogido firmas suficientes para presentarse a las próximas elecciones parlamentarias —empezó el periodista tras una presentación breve y no demasiado aduladora—. Debo darles la enhorabuena, pero también preguntar: ¿Qué creen que puede ofrecer Ideas Claras al votante danés que los demás partidos no ofrezcan ya?

—Ha dicho *al* votante danés, cuando sabe que hay una mayoría de mujeres —puntualizó Curt Wad, sonriendo. Hizo un gesto afirmativo hacia la cámara—. No, en serio, ¿queda a los votantes daneses otra alternativa que no sea rechazar los viejos partidos?

El entrevistador lo miró.

—Las personas que tengo ante mí no son ningunos pimpollos. Tienen una media de setenta y un años, y usted, Curt Wad, sube la edad hasta los ochenta y ocho. Así que dígame, con la mano en el corazón: ¿No cree que, en lo que a usted se refiere, llega cuarenta o cincuenta años tarde para buscar esa influencia en el Gobierno de Dinamarca?

—Que yo recuerde, el hombre más influyente de Dinamarca es casi diez años mayor que yo —respondió Wad. Todos los daneses compran en sus tiendas, usan su gas y tienen cosas que han sido importadas en sus barcos. Cuando sea lo bastante hombre para traer a esa magnífica persona al estudio y se burle de él por su edad, puede usted volver a invitarme y hacerme la misma pregunta.

El periodista asintió con la cabeza.

—Solo me refería a que me cuesta ver cómo un danés medio puede verse representado en el Parlamento por hombres que son una o dos generaciones mayores que ellos. Nadie compra leche un mes después de su fecha de caducidad, ¿verdad?

—No, tampoco compra fruta sin madurar como los políticos que nos dirigen hoy en día. Creo que deberíamos dejarnos de metáforas alimenticias, señor Ramberger. Por cierto, ninguno de los tres va a presentarse al Parlamento. En nuestro programa se dice con total claridad que en cuanto entreguemos las firmas convocaremos una asamblea general constituyente, y será allí donde se elegirán nuestros candidatos parlamentarios.

—Ya que menciona su programa, parece ser que incide sobre todo en normas morales, ideas e ideologías que nos retrotraen a épocas que nadie desea que vuelvan. A regímenes políticos que perseguían a las minorías y a los ciudadanos más débiles de la sociedad. Incapacitados mentales, minorías étnicas y ciudadanos socialmente desfavorecidos.

—Pues están equivocados, porque no existe el menor parecido —intervino Lønberg—. Al contrario, nuestro programa defiende, por medio de nuestra influencia y con un punto de partida responsable y humanista, valorar cada caso de forma individual, y nos abstendremos de tratar los problemas de forma mecánica, sin analizarlos con seriedad y profundidad. Por eso defendemos un eslogan tan sencillo como «cambiar para mejorar». Y ese mejorar será algo bastante diferente a lo que usted sugiere.

El entrevistador sonrió.

—Bueno, suena muy bien, pero la cuestión es si llegarán a tener una mínima influencia. No es mi opinión personal, pero los periódicos han escrito repetidas veces acerca del programa de su partido que es lo más parecido a los programas nazis de antropología racial. Dogmas tercos en los que el mundo se describe como compuesto de diversas razas en lucha permanente unas contra otras. Que hay razas superiores y razas inferiores, y que la superior...

—Sí, y que la superior se extingue si se mezcla con una inferior —lo interrumpió Caspersen—. Ya veo que tanto los periódicos como usted han buscado en Google información sobre el nazismo, señor Ramberger. Pero nuestro partido no aplaude la discriminación, la injusticia ni la falta de humanidad como los nazis y partidos parecidos hicieron en otro tiempo y siguen haciendo hoy. Al contrario, solo decimos que no hay que mantener vivo algo que no tiene posibilidad de vivir una vida más o menos digna. Hay que poner límite a lo que los médicos y la gente normal pueden llegar a exponerse. Y hay que poner límite a los sufrimientos que se causan a las familias, y a los gastos que acarrea al país, solo porque los políticos se entrometen en cualquier cosa sin tener en cuenta las consecuencias de su intervención.

Fue un largo debate, seguido de llamadas telefónicas de gente normal sobre todo

tipo de temas: esterilización forzada de criminales y de quienes, por causas psíquicas o relacionadas con su nivel de inteligencia, no podrían cuidar de su descendencia. Medidas sociales que quitaban a las familias numerosas una serie de subsidios. Criminalización de los clientes de prostitutas. Cierre de fronteras. Prohibición para inmigrantes de entrar en el país sin educación, y muchas otras cosas.

El debate se calentó. Muchos de los telespectadores estaban más enfadados de lo habitual cuando les daban la palabra, pero para otros tantos ocurría lo contrario.

Aquella retransmisión valió su peso en oro.

—Es gente con nuestra fuerza y nuestra convicción la que va a decidir en el futuro —afirmó Caspersen más tarde, camino de casa.

—Bueeno, pero nada es estático —apuntó Lønberg. Esperemos que hoy hayamos dado una buena impresión.

—La hemos dado —dijo Caspersen riendo—. Tú al menos, Curt, lo has conseguido.

Curt ya sabía a qué se refería su compañero. El periodista había preguntado si no era cierto que a lo largo de los años había recibido numerosas críticas de las instituciones. Él se había cabreado, aunque sin mostrarlo. Entonces respondió que si un médico con buena mano y mente clara no transgredía los principios éticos en algún momento de su vida, no merecía ser la prolongación del brazo de Dios.

Lønberg sonrió.

—Sí, con eso has dejado patidifuso a Ramberger.

Wad no devolvió la sonrisa.

—Ha sido una respuesta estúpida. He tenido suerte, porque no ha entrado a discutir casos concretos. Debemos tener siempre cuidado con lo que les decimos, ¿lo oís? Si damos a la prensa la mínima carnaza, harán lo que puedan para descuartizarnos. No olvidéis que no tenemos amigos fuera de nuestras filas. La situación actual es exactamente la misma para nosotros que para el Partido de la Recuperación y el Partido de Dinamarca cuando nadie les daba crédito. Esperemos que la prensa y los políticos nos dejen en paz para organizarnos, como hicieron entonces con esos dos partidos.

Caspersen arrugó el entrecejo.

—Estoy convencido de que esta vez vamos a entrar en el Parlamento, y todos los trucos valen. Pero ya sabéis lo que pienso. Si hay que sacrificar el trabajo en La Lucha Secreta, habrá valido la pena.

Wad lo miró. Todos los grupos tenían su Judas. Caspersen era conocido por su trabajo como abogado penalista y por la política local, así que, con su experiencia organizativa, tenía sin duda un lugar entre ellos. Pero el día que empezara a contar monedas de plata iba a ir a la calle. Ya se encargaría Wad.

Nadie iba a tocar el trabajo de La Lucha Secreta sin su permiso.

Estaba sentada ante la pantalla, donde él la había dejado cuando se marchó, así que la asistente solo la había cambiado y se había ocupado de darle algo de beber.

Curt se quedó a cierta distancia, observándola. La luz de la araña de prismas reflejaba diamantes en su cabello. Una gran ligereza se había asentado en su rostro, como cuando bailó para él por primera vez. Quizá soñara con otras épocas en las que tenía toda la vida por delante.

—¿Has visto el programa, corazón? —preguntó con voz queda, para no sobresaltarla.

Beate sonrió un poco, pero su mirada seguía estando muy ausente. Bien sabía él que sus momentos de lucidez eran escasos. Que la hemorragia cerebral era como una cuña entre el alma de Beate y la vida que la rodeaba, y aun así Curt tenía la impresión de que tal vez hubiera entendido algo.

—Voy a acostarte, Beate. Hoy nos hemos retrasado un poco.

Tomó en sus brazos la frágil figura. Cuando eran jóvenes, la solía levantar como si fuera un copo de nieve. Después hubo años en que sus fuerzas no podían con la corpulencia de la mujer madura, pero ahora volvía a levantarla como si nada.

Quizá debiera alegrarse de poder hacerlo, pero no era así; cuando la acostó estaba temblando. Era increíble la rapidez con que cerraba los ojos. Casi antes de que la cabeza rozara la almohada.

—Querida mía, veo que la vida se extingue. Pronto nos llegará la hora.

Cuando volvió a la sala apagó el televisor, se dirigió al mueble bar y se sirvió un coñac.

—Dentro de diez años seguiré vivo, Beate, te lo prometo —dijo para sí—. Y cuando volvamos a encontrarnos, todas nuestras visiones se habrán cumplido.

Asintió con la cabeza y vació la copa de un trago.

—Y nadie va a impedirlo, amiga mía, nadie.

Capítulo 3

Noviembre de 1985

LO primero que registró fue el cuerpo extraño en la nariz. Eso, y después unas voces. Voces apagadas, pero autoritarias. Claras y amables.

Tras sus párpados los ojos giraban, como buscando un rincón donde hubiera más información. Después cayó en una modorra, rodeada de oscuridad y respirando con sosiego. Vio imágenes de ociosos días veraniegos y juegos despreocupados.

Entonces el dolor la golpeó con fuerza desde la mitad de la columna vertebral hacia abajo.

Echó la cabeza atrás de un tirón, y la parte inferior de su cuerpo se fundió en una larga descarga dolorosa.

—Vamos a darle otros cinco mililitros —dijo la voz, mientras se alejaba envuelta en una neblina y la dejaba con el mismo vacío de antes.

Nete nació querida. La única chica, y la más pequeña, de un montón de hijos a quienes, a pesar de la precaria situación, no les faltó de nada.

Su madre tenía dos buenas manos. Manos para las caricias y para el trabajo de la casa, y Nete se convirtió en su espejo. Mirada despierta, un vestido a cuadros y manos para todo lo que se movía en la pequeña granja.

Cuando ella tenía cuatro años, su padre llevó un semental a la pequeña propiedad, lo plantó ante la fachada y sonrió, mientras su hermano mayor guiaba la yegua sobre los adoquines.

Los mellizos se echaron a reír cuando el miembro del semental empezó a estremecerse, y Nete dio un paso atrás cuando el enorme animal montó a su dulce *Molly* y se apretó contra ella.

Estuvo a punto de gritar que no lo hicieran, pero su padre se echó a reír con una risa desdentada y dijo que pronto iban a tener otro animal de tiro.

Después Nete aprendió que la vida comienza a menudo de forma tan dramática como puede terminar, y que el arte está en gozar entre los dos extremos de todo cuanto se pueda.

—Ha tenido una buena vida —decía su padre siempre mientras hundía el cuchillo en el cuello de un cerdo pataleante. Y dijo lo mismo de la madre de Nete cuando la vio en el ataúd con solo treinta y ocho años.

Esas eran las palabras que agobiaban la cabeza de Nete cuando despertó al fin en la cama metálica del hospital y miró aturrida alrededor en la oscuridad.

A su lado había lucecitas y máquinas brillantes. No sabía dónde estaba.

Entonces giró el cuerpo. Solo un poco, pero el efecto la pilló desprevenida y la obligó a doblar el cuello hacia atrás, mientras los pulmones se dilataban y hacían explotar sus cuerdas vocales.

No percibió los gritos como si fueran suyos, porque los dolores de las piernas lo acallaban todo. Pero sí que gritó.

La luz tenue de una puerta que se abrió de golpe se deslizó sobre su cuerpo, y de pronto todo se convirtió en un caos de luces parpadeando como tubos fluorescentes y manos resueltas trabajando con su cuerpo.

—Tranquila, Nete Rosen —dijo una voz, y después llegaron el pinchazo y las palabras de sosiego; pero esta vez no se desvaneció.

—¿Dónde estoy? —preguntó cuando la parte inferior del cuerpo desapareció envuelta en un calor chisporroteante.

—Estás en el hospital de Nykøbing Falster, Nete. Y estás en buenas manos.

En un momento fugaz vio que la enfermera giraba la cabeza hacia su colega y levantaba las cejas.

En ese instante recordó lo que había sucedido.

Le sacaron el tubo de oxígeno de las ventanas de la nariz y le cepillaron el pelo. Como si fueran a acicalarla para recibir la sentencia definitiva. Que su vida había terminado.

Había tres médicos a los pies de su cama cuando el jefe de servicio, de ojos grises bajo sus cejas depiladas, le dio la noticia.

—Su marido murió al instante, señora Rosen —fueron las primeras palabras que atravesaron sus labios.

Pasó un tiempo.

—Lo sentimos.

Se trataba de encajar los hechos correctos en las circunstancias correctas. Andreas Rosen había muerto, seguramente aplastado por el motor, que se había incrustado en el asiento delantero. En lugar de intentar salvarlo a él, que no tenía remedio, se concentraron en rescatar a Nete, y la ayuda prestada por el equipo de salvamento resultó ejemplar. Marcó la última palabra como si Nete debiera sonreír mientras él la pronunciaba.

—Hemos salvado sus piernas, Nete Rosen. Tal vez cojee un poco, pero a pesar de todo es mejor eso que la otra alternativa.

Entonces dejó de escuchar.

Andreas había muerto.

Había muerto sin que ella lo acompañara al otro lado, y ahora debía vivir sin él. La única persona por quien había sentido un amor profundo, total. La única persona que hizo que se sintiera plena.

Y lo había matado ella.

—Se está durmiendo —dijo uno de los otros médicos, pero no era verdad. Se había recogido en su interior, nada más. Allí donde la desesperación, la derrota y los motivos se fundían, donde el rostro de Curt Wad ardía con tanta intensidad como el fuego del infierno.

Si no hubiera sido por él, toda su existencia habría sido diferente.

Si no hubiera sido por él y por los demás.

Y Nete reprimió los gritos y las lágrimas a los que debería haber dado rienda suelta, y se prometió que antes de que abandonara esta vida los demás iban a arrepentirse del daño que le habían causado.

Oyó que la gente abandonaba la estancia. Ya se habían olvidado de ella. Ahora lo importante era la siguiente habitación.

Tras enterrar a la madre de Nete, la casa se llenó de palabras groseras, y Nete tenía cinco años y era espabilada. La palabra y los mensajes de Dios eran para los domingos, decía su padre. Y Nete aprendió palabras que otras chicas conocieron bastante más tarde en la vida. Los colaboracionistas que trabajaban para los alemanes y reparaban su material en Odense eran unos «sucios cerdos asquerosos», y los que les hacían los recados, unos «putos cabrones». En su casa una pala era una pala, y los cojones eran los cojones.

Si alguien quería hablar con finura, ya podía ir a otro sitio.

Así que desde el primer día de escuela Nete se enteró de lo que era una bofetada. Sesenta alumnos alineados en columnas frente al edificio, y Nete en primera fila.

—Joder, cuántos niños —dijo en voz alta, y logró a cambio el enfado y la aversión permanente de la directora, además de probar la efectividad de su mano derecha.

Más tarde, cuando el ardor de la mejilla se convirtió en un moratón, animada por varios chicos de tercero que iban a hacer la confirmación, les contó que sus hermanos mayores le habían dicho que se podía estirar el pellejo atrás y adelante, y hacer que el pito escupiera.

Aquella noche, en la sala, trató de explicar a su padre entre sollozos por qué tenía la cara llena de cardenales.

—Seguro que lo merecías, joder —la amonestó su padre, y allí terminó la cosa.

Se había desvelado a las tres de la mañana, y estaba cansado. Solía ocurrirle desde que el hijo mayor consiguió trabajo en Birkelse y los mellizos se embarcaron en Hvide Sande.

Las quejas sobre Nete se sucedieron a rachas, pero su padre nunca fue consciente de la gravedad del asunto.

Y la pequeña Nete no entendía nada.

Una semana después del accidente, una de las enfermeras jóvenes se colocó junto a su cama y le preguntó si no había nadie a quien pudieran avisar.

—Creo que eres la única que no tiene visitas —explicó, queriendo animarla a salir del silencioso caparazón en el que se encontraba; pero no consiguió más que endurecerlo.

—No, no tengo a nadie —respondió, y pidió que la dejaran en paz.

Aquella misma noche se presentó un joven abogado de Maribo que dijo ser administrador de la herencia de su esposo, y que harían falta algunas firmas para poder realizar la testamentaría. No se interesó por su situación.

—¿Tiene alguna idea de si desea continuar con la empresa de su esposo, Nete? —preguntó, como si fuera una cuestión sobre la que hubieran hablado con anterioridad.

Ella sacudió la cabeza. ¿Cómo podía preguntar algo así? Era técnica de laboratorio. Había conocido a su marido en su empresa, como técnica, nada más.

—¿Estará en condiciones de participar mañana en el funeral? —preguntó el joven después.

Nete notó que mordía ligeramente un lado de su labio inferior. Que su respiración se detenía, y con ella, el mundo. Que la luz del techo se hacía demasiado intensa.

—¿Funeral?

Y no pudo decir más.

—Sí. La hermana de su esposo, Tina, se ha encargado de todo, junto con nuestro bufete de abogados. Las instrucciones de su esposo eran sumamente claras, de modo que el funeral y el resto del protocolo tendrán lugar en la iglesia de Stokkemark mañana a la una del mediodía. En la intimidad, como era su deseo, así que solo estarán los allegados.

Nete no soportaba oír más.

Capítulo 4

Noviembre de 2010

EL nuevo teléfono del despacho de Assad era un auténtico poema; sonaba como un carillón de Bohemia acelerado y, si Assad no estaba presente para atenderlo, la musiquita seguía un buen rato antes de parar. Carl le había pedido dos veces que se llevara el trasto aquel, pero Assad decía que el teléfono de Jefatura hacía ruidos, y ya que tenía ese, ¿por qué no utilizarlo?

Con amigos así no hacen falta enemigos, pensó Carl cuando el teléfono volvió a sonar, haciéndole bajar los pies del cajón inferior del escritorio.

—Ya es hora de que cambies ese cacharro —lo regañó, mientras se oía a Assad balbuceando algo en su cuarto—. ¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó Carl cuando el rostro rechoncho lleno de mocos apareció en la puerta.

Assad no respondió. Es posible que la pregunta no deseada provocara que la mucosidad se acumulara en los canales auditivos.

—Ha llamado ese Bak —informó Assad, sin responder. Dice que está en Eskildsgade, delante del sótano donde vive ese lituano que atacó a su hermana.

—¿Qué dices? ¡Børge Bak! Joder, habrás colgado, ¿no, Assad?

—No, ha colgado él, pero antes de colgar ha dicho que si no ibas allí, o sea, iba a ser peor para ti, Carl.

—¿Para mí? Entonces ¿por qué carajo te ha llamado a ti?

Assad se alzó de hombros.

—Estaba aquí esta noche cuando ha bajado a dejar la carpeta en el despacho de Rose. Han atacado a su hermana, ¿lo sabías?

—Cómo no.

—Ha dicho que sabía quién había sido, y le he dicho que no se quedara cruzado de brazos, entonces.

Carl miró aquellos ojos oscuros, devastados por la fiebre. ¿Qué coño pasaba por el cerebro de ese hombre? ¿Lo tendría forrado de lana de dromedario?

—¡Por Dios, Assad! Ya no es policía. A eso en lo que quiere que participemos se le llama tomarse la justicia por su mano, y está castigado por la ley. ¿Sabes lo que significa, Assad? Significa comida gratis durante bastante tiempo, y significa también que una vez que dejas atrás el Hotel Palace ya no hay comida en la mesa. *Adiós, amigo.*

—No conozco ese hotel del que hablas, Carl, y ¿por qué hablas de comida? No debo comer nada con este desfile.

Carl sacudió la cabeza.

—Resfriado, Assad. Se dice resfriado.

¿El catarro le habría dañado también el vocabulario?

Carl se estiró hacia su teléfono y tecleó el número del inspector jefe de Homicidios. Allí también la voz, por lo demás autoritaria, había perdido algo de garra.

—Sí, sí —comentó cuando Carl lo informó de la llamada de Bak—. Bak estaba en mi despacho a las ocho de la mañana exigiendo su antiguo empleo. Un momen...

Carl contó ocho estornudos hasta que el pobre volvió a hablar. Otra zona infectada más a la que él no iba a acceder por nada del mundo.

—El problema es que Bak debe de tener razón. Ese lituano, Linas Verslovas, fue condenado por un ataque parecido en Vilnius, y no cabe duda de que sus ingresos proceden de la prostitución. Lo que pasa es que no podemos demostrarlo —continuó.

—Bien. Ya he oído en la radio de la Policía que ella dice que no podría señalar a quien la ha maltratado, pero algo le ha debido de contar a su hermano.

—No, él asegura que no. Pero ella ya ha tenido antes problemas con ese Verslovas, Bak estaba al corriente.

—Y ahora Børge *Expoli* Bak está en Vesterbro jugando a policía.

Volvieron a oírse varios estornudos.

—Entonces igual es mejor que vayas allí y lo evites, Carl. Es lo menos que podemos hacer por un antiguo colega.

—¿Podemos? —soltó Carl, pero para entonces Marcus Jacobsen ya había dado por terminada la conversación. Hasta un inspector jefe puede arrojar la toalla ante un océano de mocos.

—¿Qué, Carl? —preguntó Assad por detrás, como si el tío no lo hubiera adivinado. Al menos, estaba embutido ya en aquel plumífero que parecía un mausoleo—. He dicho a Rose que estaremos fuera unas horas, pero no ha escuchado. Esa Rita Nielsen es lo único que tiene en la cabeza.

Qué persona más extraordinaria, aquel Assad. ¿Cómo podía pasársele por la cabeza salir a la calle con aquella humedad de noviembre típica de Copenhague en su estado de salud? ¿Sería cosa de sus genes? ¿El polvo del desierto había taponado sus terminales sensoriales?

Carl dio un suspiro y tomó el abrigo de la silla.

—Una cosa —dijo mientras subían con esfuerzo las escaleras del sótano—. ¿Por qué has venido tan temprano? Me han contado que estabas aquí a las cuatro.

Carl había esperado una respuesta concreta, como: «He estado chateando con mi tío por Skype. Es que es la hora que más le conviene», y no aquella mirada suplicante, como la que podría dirigir una persona a punto de sufrir los peores tormentos.

—¿Qué más da? —objetó, pero con Carl no se podía jugar de aquella manera. «Qué más da» era una pijada que soltaba la gente cuando no sabía qué decir. Carl no

conocía expresión más horrible, aparte de «paso de eso» y «para nada».

—Si quieres subir un poco el listón de nuestra conversación, ya puedes aguzar el oído, Assad. Cuando te pregunte algo, no me vengas con «qué más da».

—¿Qué dices del oído?

—Venga, Assad, responde —dijo Carl, irritado, metiendo el brazo en la manga del abrigo—: ¿por qué has venido tan pronto? ¿Es por algo de la familia?

—Sí, es por eso.

—Escucha, Assad. Si tienes problemas con tu mujer, no es asunto mío. Y si es porque tienes que hablar con tu tío, o con quien sea, por el ordenador, tampoco hace falta que lo hagas antes de que cante el puto gallo, ¿no? ¿No tienes ordenador en casa, si tanta falta te hace?

—¿Por qué me llamas, o sea, puto gallo?

A Carl se le atoró un brazo en la manga del abrigo.

—Joder, Assad, es una manera de hablar. ¿No tienes ordenador en casa?

Assad se alzó de hombros.

—No, en este momento, o sea, no. Es muy difícil de explicar, Carl. Venga, vamos adonde Bak, entonces, ¿no?

En la mañana de los tiempos, cuando Carl se ponía los guantes blancos para empezar su patrulla mañanera por la zona de Vesterbro, había gente asomada a las ventanas gastadas que lo provocaba en el dialecto de la capital, diciendo que los palurdos jutlandeses deberían calzarse los zuecos y volver al estercolero. En aquel entonces se mosqueaba, pero ahora echaba de menos todo aquello. Estando allí, mirando aquel barrio donde arquitectos sin talento habían cautivado a políticos locales descerebrados con horripilantes bloques de hormigón en los que ni el nivel social más bajo se encontraba a gusto, veía aquella época a millones de años luz. En esas estrechas transversales vivía la gente a la que no quedaba otro remedio. Así de sencillo. Y todos los que habían vivido antes allí estaban en el suburbio de Ishøj, aún menos atractivo, soñando con volver.

Si querías ver un sólido edificio de ladrillo con sus cornisas y chimeneas tiznadas de hollín, tenías que ir al quinto pino, hasta Istedgade. Pero si querías ver bloques de cemento, gente culicaída vestida con chándal u hombres de rostro hermético, estabas en el sitio perfecto. Allí medraban macarras nigerianos junto a estafadores de los países del Este. Allí se daban buenas condiciones para las formas más vergonzosas y extrañas de delincuencia.

Børge Bak había pateado aquellas calles más tiempo que cualquier otro del departamento, así que se conocía todas las trampas, y una de ellas era que nunca jamás había que entrar en un sitio cerrado sin un colega para guardarte las espaldas.

Carl y Assad estaban en medio de la lluvia, observando la calle triste, vacía, y

Bak no estaba. Así que habría caído en la trampa.

—Ha dicho, o sea, que nos esperaría —dijo Assad, señalando, en el extremo inferior de unas escaleras, una tienda descalabrada con los cristales encalados.

—¿Estás seguro de la dirección?

—Más seguro que un día sin pan.

Creo que Assad no ha entendido bien ese dicho, pensó Carl mientras leía el papel, amarillento por el sol, sujeto al marco del cristal de la puerta del sótano: «Kaunas Trading / Linas Verslovas». Muy inocente a primera vista, pero a aquellas empresas les ocurría que desaparecían tan rápido como surgían, y muchas veces los propietarios estaban más podridos que los pilotes de los muelles de Hirtshals.

En el coche patrulla Assad había citado algunos datos de la ficha de Linas Verslovas. Lo habían llevado a Jefatura varias veces, y todas ellas salió libre. Lo describía como un psicópata brutal con unas dotes increíbles para hacer que europeos del Este tontos e ingenuos se comieran su marrón por cuatro perras. La cárcel de Vestre estaba abarrotada de tipos como ellos.

Carl asió la manilla y empujó, y la campanilla de la puerta sonó cuando esta se abrió para revelar una estancia alargada vacía por completo, a excepción de unos embalajes y papel arrugado abandonados en el suelo por el anterior dueño.

Oyeron a la vez el ruido sordo procedente de la trastienda. Sonó como un puñetazo, pero sin los habituales gemidos después.

—¡Bak! ¿Estás ahí dentro? —gritó Carl. Llevó la mano a la funda de la pistola y se preparó para sacar el arma y quitarle el seguro.

—Estoy bien —se oyó tras la puertucha arañada.

Carl la empujó con cuidado y observó el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Ambos hombres presentaban un aspecto lamentable, pero al lituano flaco y nervudo le había ido peor. Un cardenal rodeaba el tatuaje del dragón que se retorció por su cuello, haciéndolo casi tridimensional.

Carl sintió que su rostro se contraía en una mueca. Menos mal que no era su careto.

—¿Qué cojones haces, Bak? ¿Estás chalado, tío?

—Me ha dado un navajazo.

Bak señaló con la cabeza el suelo, donde yacía el cuchillo con la punta ensangrentada. Era uno de esos malditos cuchillos mariposa que se abren con un simple golpe, Carl aborrecía aquel trasto. Si de él dependiera, habría una multa de medio millón para quien llevara encima algo así.

—¿Estás bien? —preguntó, y Bak hizo un gesto afirmativo.

—Cuchillada superficial en el antebrazo, se me pasará. Ha sido una maniobra defensiva, así que puedes escribir en el atestado que fue en defensa propia —recomendó, y después dio al lituano tal puñetazo en la nariz que Assad se sobresaltó.

—¡Hostias! —rugió el paliducho, chapurreando, mientras Carl avanzaba y se interponía entre ellos—. ¡Lo habéis visto! No he hecho nada. Igual que cuando ha entrado. ¡Me ha pegado! ¿Qué tenía que hacer? —se quejó el lituano. No llegaría a los veinticinco y ya estaba de mierda hasta las orejas.

El hombrecillo volvió a soltar otro par de frases balbuceantes diciendo que era del todo inocente. Que no sabía nada de ningún ataque a nadie en ninguna casa de putas, y que ya se lo había contado a la Policía mil veces.

—Vámonos, Bak. ¡YA! —bramó Carl, a lo que Bak reaccionó dando otro puñetazo, y el hombre retrocedió tambaleándose contra la mesa.

—No se va a librar después de haber arrojado ácido a mi hermana.

Bak volvió la cabeza hacia Carl, con todos los músculos faciales temblando.

—¿Sabes que va a perder la visión de un ojo? ¿Que la mitad de su cara va a ser una gran cicatriz? Hay que sacar a este tipo de aquí. ¿Vale, Carl?

—Bak, como sigas así, voy a llamar a la comisaría del centro. Te vas a jamar unas hostias —hizo saber Carl, y lo decía en serio.

Assad sacudió la cabeza.

—Un momento —dijo, evitando a Carl, agarró a Bak y lo separó de un tirón tal que las costuras de la chaqueta de cuero saltaron.

—¡Quitadme de encima a este negro imbécil! —gritó el lituano cuando Assad lo agarró y lo empujó contra otra puerta de la parte trasera del local.

El lituano amenazó a todos los presentes con que iban a morir si no se largaban enseguida. Que iban a reventar sus tripas y cortarles la cabeza. Amenazas que normalmente había que tomarse en serio, viniendo de un hombre como él. Amenazas que, de por sí, bastaban para meterlo entre rejas.

Entonces Assad agarró al lituano del cuello con tanta fuerza que las protestas ya no podían salir de su garganta, dio un portazo a la puerta del fondo y lo arrastró adentro.

Bak y Carl se miraron cuando la puerta se cerró de una patada.

—¡Assad! No lo mates, ¿vale? —gritó Carl, por si acaso.

El silencio tras la puerta fue ensordecedor.

Bak sonrió, y Carl comprendió por qué: en efecto, lo habían dejado sin herramientas. No podía blandir una pistola. No podía llamar a la comisaría del centro. Y es que no podía correr el riesgo de exponer a su ayudante a problemas, y bien que lo sabía Bak.

—Veo que refunfuñas, Carl.

Bak asintió en silencio mientras se subía la manga e inspeccionaba el rasguño del antebrazo. Harían falta un par de puntos. Sacó del bolsillo un pañuelo bien usado y vendó con él la herida. Carl no lo habría hecho, pero allá él. Si se pillaba una septicemia ya aprendería a no meter las narices donde no lo llamaban.

—Pero conozco bien tu pasado, Carl. Tú y Anker sabíais sacar información a esos cabrones mejor que nadie. Hacíais buena pareja. De no haber entrado Hardy en vuestro grupo, podríais haber terminado mal. Así que no te hagas el ofendido ahora.

Carl observó la puerta de la trastienda. ¿Qué diablos estaba haciendo Assad? Luego se volvió hacia Bak.

—No sabes ni hostias, Børge Bak. No sé de dónde has sacado esa impresión, pero estás equivocado.

—Me he informado por ahí. Es un milagro que no hayan tomado medidas disciplinarias contra ti. Pero hay que reconocer que habéis sabido ofrecer resultados de vuestros interrogatorios. Igual es por eso.

Se bajó la manga de la camisa.

—Quiero volver a Jefatura. Creo que deberías ayudarme —razonó—. Sé que Marcus está en contra, pero también sé que tu palabra tiene cierto peso para él. Sabe Dios por qué.

Carl sacudió la cabeza. Si el tacto era algo innato, entonces había un gen que brillaba por su ausencia en la cadena de ADN de Bak.

Luego avanzó un par de pasos y abrió la puerta de la trastienda.

El espectáculo que vio era de lo más apacible. El lituano estaba junto al borde de la mesa y miraba casi hipnotizado a Assad. Su expresión, antes furiosa y crispada, era ahora muy seria. Su rostro no estaba ya ensangrentado. Sus hombros estaban relajados.

A un gesto de Assad se levantó, pasó junto a Carl y Bak sin mirarlos, y sin decir palabra recogió del suelo una bolsa de deporte, fue a un armario y tiró de un cajón. Sacó de allí ropa, zapatos y un pequeño fajo de billetes, y lo metió todo de cualquier manera en la bolsa.

Assad estaba callado a dos metros de distancia, observando al hombre, con la nariz aún enrojecida y una mirada húmeda de perro. No parecía una expresión que pudiera asustar a nadie.

—¿Me lo devuelves ahora? —preguntó el lituano, señalando la mano de Assad.

Dos fotos y una cartera cambiaron de manos.

El hombre abrió la cartera y miró los compartimentos. Bastante dinero y tarjetas de plástico.

—Dame también el carné de conducir —dijo, pero Assad sacudió la cabeza. Por lo visto ya lo habían discutido antes—. Pues me voy —hizo saber el lituano. Bak iba a protestar, pero Assad le hizo un gesto con la cabeza. Lo tenía bien controlado.

—Tienes treinta horas, o sea, ¡ni un segundo más! ¿Entendido? —indicó Assad con calma, y el lituano asintió con la cabeza.

—¡Ostras, tío! ¡Un momento! ¡¿Vas a dejarlo marchar?! —gritó Bak, pero se calló cuando Assad se volvió hacia él y le dijo tranquilamente:

—De ahora en adelante es mi hombre, Bak, ¿no lo ves? Así que, entonces, no pienses más en él, ¿vale?

El rostro de Bak se puso blanco un instante, pero después el color retornó a sus mejillas. La sensación que irradiaba Assad era como una bomba de hidrógeno a punto de explotar. El caso no estaba ya en manos de Bak, y este se había resignado.

Lo último que vieron del lituano cuando abrió la puerta y atravesó el local fue el tatuaje del dragón, y que estuvo a punto de perder un zapato. La transformación había sido total. El barniz se había pelado. Lo único que quedaba era el joven de veinticinco años, que salió corriendo de allí.

—Ya puedes decir a tu hermana que os habéis vengado —dijo Assad, sorbiéndose los mocos—. No vais a volver a verlo. ¡Te lo aseguro!

Carl arrugó el entrecejo, pero no dijo nada hasta que estuvieron en la acera, frente al coche patrulla.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Assad? —preguntó—. ¿Qué le has hecho? ¿Y qué significa eso de las treinta horas?

—Lo he agarrado, o sea, del cuello un poco, y le he dicho varios nombres, Carl. Nombres de gente que puede agredirlos a él y a su familia, a menos que se marche enseguida del país. Le he dicho que no me importaba qué pudiera hacer, pero que tendrá que esconderse bien si no quiere, o sea, que lo encuentren.

Assad hizo un gesto afirmativo.

—Aunque si quieren lo encontrarán.

En la mirada que dirigió Bak a Assad había una desconfianza acumulada durante años.

—Esos tipos solo respetan una cosa, que es la mafia rusa —aseguró Bak—. Y no pretendas que me crea que también controlas a esos.

Estuvo esperando una respuesta de Assad, pero no llegó.

—Lo que significa que has dejado escapar al tipo, payaso.

Assad giró un poco la cabeza y miró a Bak con ojos enrojecidos.

—Tú dile a tu hermana que todo se ha arreglado. Ya es hora de volver, ¿no, Carl? Me sentará bien una taza de té bien caliente.

Capítulo 5

Noviembre de 2010

LA mirada de Carl vagó entre la carpeta de la mesa y la pantalla plana de la pared, y ninguna de las dos cosas lo tentaba. En la cadena de noticias la ministra de Asuntos Exteriores hacía malabarismos sobre sus tacones de aguja, tratando de aparentar que era competente, mientras periodistas domesticados asentían con la cabeza y sucumbían a su mirada centelleante; y ante él, sobre el escritorio, estaba el expediente del accidente mortal de su tío en 1978.

Era como tener que elegir entre la peste y el cólera.

Se rascó tras la oreja y cerró los ojos. Vaya puta mierda de día. No estaba siendo tan refrescantemente inactivo y sin estructurar como había esperado.

Un metro de estantería con nuevos casos, y dos de ellos mantenían ocupadísima a Rose, sobre todo el de Rita Nielsen, la dueña de una casa de putas que desapareció en Copenhague; ese mero hecho no anunciaba nada bueno. Por no mencionar que Assad, al otro lado del pasillo, se sonaba la nariz cada dos por tres, de modo que las bacterias brotaban en auténticos bloques de su armario para escobas. Estaba bien pocho, pero aun así, apenas hora y media antes, había tenido contra la pared a un delincuente curtido, con amenazas tan claras que el tipo había tenido que largarse precipitadamente con el terror pintado en su rostro. ¿Qué coño se traía entre manos Assad? Incluso su viejo colega Anker, que a decir verdad era capaz de poner los pelos de punta a los detenidos, era un blando en comparación.

Y luego el puto caso de los tiempos de Maricastaña. ¿Por qué se había puesto su primo Ronny a graznar en un bar tailandés diciendo que la muerte de su padre no había sido un accidente cuando Carl sabía que de hecho *fue* un accidente? ¿Por qué había dicho Ronny que había matado a su padre, cuando era imposible? Él y Carl estuvieron juntos mirando con ojos como platos cuatro tetas de Copenhague en Hjørringvej mientras sucedió, así que Ronny no *pudo* ser. Y ahora, no te jode, venía Bak diciendo que Ronny había dicho que *Carl* había estado envuelto en ello.

Sacudió la cabeza. Apagó el televisor y a su ministra de Asuntos Exteriores cabezahueca, cascarrabias y pagada de sí, y agarró el teléfono.

Fueron cuatro llamadas en vano a cuatro números diferentes. Una consulta en el registro civil y otro par de llamadas que tampoco llevaron a ninguna parte. Aquel Ronny tenía una capacidad extraordinaria para esconderse entre los fangales de la sociedad.

Así que Lis iba a tener que buscarlo, estuviera donde estuviese.

Escuchó el tono de llamada durante medio minuto, y luego se levantó, con la irritación pegada al cuerpo. ¿Por qué diablos no respondían las secretarías?

Camino del segundo piso pasó junto a varias personas de nariz enrojecida y cara larga. Aquella puta gripe estaba haciendo estragos. Mantuvo su mano derecha a la altura del rostro al pasar al lado. Largo, diablo de gripe, pensaba, mientras saludaba discreto con la cabeza a sus colegas, que estornudaban o tosían, y tenían los ojos tan brillantes y las expresiones tan doloridas que cualquiera diría que era el fin del mundo.

El Departamento de Homicidios, por el contrario, estaba más silencioso que una tumba. Como si todos los asesinos a los que la gente del departamento había puesto las esposas a lo largo del tiempo se hubieran aliado en una campaña de venganza con armas bacteriológicas. ¿Por fin hacía honor a su nombre hasta las últimas consecuencias? ¿Habían estirado todos la pata, ya que todo estaba tan desierto?

Desde luego no había ninguna *sexy Lis* tras su mostrador con sus movimientos de bailarina de flamenco, y, lo que era más extraño, tampoco estaba la señora Sørensen. Aquel mamarracho amargado que solo se levantaba del asiento para ir al baño.

—¿Dónde coño está la gente? —gritó, y las grapadoras tintinearón.

—Deja de gritar, Carl —graznó una voz desde una puerta a mitad del pasillo.

Carl metió la cabeza en el caótico despacho, donde los montones de papeles y muebles destartalados hacían que su cajón de sastre del sótano pareciera la suite de lujo de un crucero.

Saludó con un gesto a la cabeza que surgió tras los montones de papeles, y alcanzó a hacer su pregunta antes de que Terje Ploug levantase hacia él su rostro superresfriado.

—Oye, ¿dónde está la gente? ¿Qué pasa, hay epidemia de gripe en el segundo piso, o qué?

La respuesta fue explícita. Cinco estornudos bien soltados mezclados con algo de tos y moquillo en las fosas nasales.

—Vale, vale —reaccionó Carl, y retrocedió un poco.

—Lars Bjørn está en la sala de reuniones con uno de los grupos, y Marcus está trabajando en la calle —se oyó entre sorbidos de mocos—. Pero ya que estás aquí, Carl, hemos encontrado una nueva pista en el caso de la pistola clavadora. Estaba a punto de llamarte.

—Vaya.

La mirada de Carl se desvió de la nariz enrojecida y se desenfocó. Había pasado mucho tiempo desde que Anker, Hardy y él fueron tiroteados en aquel barracón en ruinas de Amager. ¿Es que aquello iba a perseguirlo toda su vida?

—Esta mañana han derruido el barracón de madera donde os tirotearon después de que encontraseis a Georg Madsen con un clavo de pistola clavadora incrustado en el cráneo —observó Ploug con sequedad.

—Ya. Bueno, ya era hora.

Carl se metió las manos en los bolsillos. Estaban húmedas.

—Las excavadoras se han empleado a fondo, así que también han excavado la capa superficial del terreno.

—Vaya. ¿Y qué han encontrado? —quiso saber Carl. Pasaba ya de oír más. Maldito caso.

—Una caja de madera cerrada con pistola clavadora, y en su interior un saco con trozos de cadáver en diversos estados de putrefacción. Han encontrado la caja hace una hora, y han avisado a la Policía. Los peritos y Marcus ya están allí.

Qué putada. Hardy y él no iban a tener tranquilidad durante algún tiempo.

—No cabe duda de que el asesinato de Georg Madsen y los dos de Sorø, que fueron asesinados también con una pistola clavadora, y también el cadáver de la caja, están relacionados —aseveró Terje Ploug mientras se secaba el rabillo lagrimeante con un pañuelo que debería incinerarse bajo la vigilancia de expertos.

—¿En qué os basáis?

—En que el cadáver tenía un clavo bastante largo clavado en el cráneo.

Carl asintió. Igual que los otros cadáveres. Una deducción lógica.

—Voy a pedirte que me acompañes al lugar del hallazgo dentro de media hora.

—¿Ah, sí? ¿Para qué me queréis? Ya no es mi caso.

A juzgar por la expresión facial de Terje Ploug, fue como si hubiera dicho que en adelante solo se pondría jerseys de lana de camello rosas y solo se ocuparía de casos que tuvieran que ver con dálmatas de tres patas.

—Marcus no opina lo mismo —se contentó con decir Ploug.

Por supuesto que era también un caso de Carl. Se lo recordaba a diario la brillante cicatriz de su sien. La marca de Caín, que daba testimonio de su cobardía y falta de reacción en el momento más decisivo de su vida.

Carl dejó vagar la mirada por las paredes del despacho de Ploug, cubiertas de fotos forenses de escenarios de crimen, suficientes para llenar una caja de mudanzas de tamaño medio.

—De acuerdo —accedió, para después añadir, una octava por debajo de lo normal —: pero iré solo.

No tenía ni puta gana de ir de polizón en la hormigonera bacteriológica de Ploug. Prefería caminar.

—¡Pero bueno...! ¿Cómo es que estás aquí? —se oyó la voz de la señora Sørensen tras el mostrador cuando, algo más tarde, Carl desfiló por los dominios de las secretarias con la mente llena de imágenes del desgraciado día en que Anker murió y Hardy se quedó paralítico.

Aquella voz sonaba casi dulce y solícita, y le daba mala espina, así que Carl se volvió poco a poco, con las cuerdas vocales preparadas y dispuesto para el contraataque.

La señora Sørensen estaba a solo un par de metros de él, pero la vio tan cambiada que era como si la estuviera observando a cien metros.

No era porque hubiera cambiado de vestuario. Seguía pareciendo alguien que había entrado en una tienda de ropa de segunda mano con los ojos vendados. Pero aquellos ojos y su cabello reseco, oscuro y ahora muy corto, brillaron de pronto como unos zapatos de charol antes de un baile de gala y, lo que es peor, en sus mejillas aparecieron dos manchitas rojas que no debían atribuirse solamente a una buena circulación, sino que también anunciaban que había en ella más vida de lo que hubiera podido esperarse.

—Me alegro de verte —dijo la secretaria. Válgame el cielo. Era casi surrealista.

—Hmmm —gruñó Carl. No se atrevió a más. Luego preguntó con cuidado, preparado para que lo colmara de juramentos y mala leche—. Oye, ¿sabes dónde está Lis? ¿Está enferma, como los demás?

—Está en la sala de reuniones tomando apuntes, pero luego tiene que bajar al archivo. ¿Quieres que le diga que eche un vistazo por tu despacho?

Carl tragó saliva. ¿Había dicho «un vistazo»? ¿Estaba oyendo a Ilse, la loba de las SS, alias señora Sørensen, emplear la palabra *vistazo*?

Aprovechó aquel segundo de confusión para esbozar una débil sonrisa y dirigirse con decisión hacia las escaleras.

—Dime, jefe —dijo Assad sorbiéndose los mocos—. ¿De qué quieres, entonces, hablar conmigo?

Carl entornó los ojos.

—Es muy sencillo, Assad. Quiero que me cuentes con pelos y señales qué ha ocurrido en el local de Eskildsgade.

—¿Qué ha ocurrido? Pues que el tipo ha pillado lo que le decía, entonces.

—Vaya. Pero ¿por qué, Assad? ¿Con quién y con qué lo has amenazado? A un delincuente lituano no lo acojonas contándole cuentos de Andersen, ¿verdad?

—Bueno, pueden ser bastante terroríficos. Por ejemplo, ese de la niña con la manzana envenenada...

Carl dio un suspiro.

—Assad, Andersen no escribió *Blancanieves*, ¿vale? ¿Quién le has dicho que iba a encargarse de él?

Assad dudó un instante. Después aspiró hondo y miró a Carl a los ojos.

—Solo le he dicho que me quedaba con su carné de conducir porque iba a enviárselo por fax a cierta gente con la que he trabajado antes, y que tenía que volver a su casa y decirles a todos que se marcharan, porque si había alguien en la casa cuando llegaran mis contactos, o si él estaba aún en Dinamarca, la casa iba a saltar por los aires.

—¿Que iba a saltar por los aires? Me parece que eso no es para contar a nadie, ¿entendido, Assad?

Carl hizo una pausa teatral, pero no logró que Assad desviase la mirada.

—¿Y el tipo te ha creído, sin más? —continuó Carl—. ¿Por qué? ¿A quién ibas a enviarle el fax, para que el lituano se arrugara tanto?

Assad sacó del bolsillo un folio doblado. «Linas Verslovas», ponía en la parte superior cuando lo desdobló. Debajo había una foto con mucho parecido con el tipo, pero no favorecedora, unos datos breves y un montón de garabatos en un idioma del que Carl no entendía ni papa.

—Recogí información sobre el tipo antes de ir a «hablar con él» —dijo Assad, dibujando en el aire un par de comillas—. Me la enviaron unos amigos que tengo en Vilnius. Pueden entrar en los archivos de la Policía cuando les da la gana.

Carl arrugó el entrecejo.

—¿Me estás diciendo que la información la has sacado de los servicios de inteligencia de Lituania?

Assad hizo un gesto afirmativo, y una gota de moquillo goteó de su nariz.

—¿Y esa gente te leyó una traducción del contenido por teléfono?

La nariz volvió a gotear.

—Vaya. Me imagino que no pondrá cosas agradables. ¿Así que has amenazado a ese Linas Verslovas con que la Policía secreta, o cómo diablos se llame, iba a tomar represalias contra su familia? ¿Qué razón tenía para creerte?

Assad se alzó de hombros.

Carl alargó la mano y acercó una carpeta de plástico que había sobre la mesa.

—He tenido tu informe de la Dirección de Extranjería desde el día que te presentaste, Assad. Y ahora por fin he tenido tiempo de examinarlo con más calma.

Carl sintió dos ojos oscuros fijos en su frente.

—Por lo que veo, están todos los detalles de tu vida tal como me los has contado.

Miró a su ayudante.

—Pues claro, Carl.

—Pero no pone nada más. Nada de lo que hacías antes de venir a Dinamarca. Ni por qué te permitieron quedarte aquí, ni quién ha propuesto que se te concediera la petición de asilo con tanta rapidez. Nada sobre la fecha de nacimiento de tu mujer ni de tus hijas, ni sobre su vida civil. Solo los nombres, nada más. Lo que tenemos aquí es una serie de informaciones extrañamente atípicas e incompletas. Es casi como si alguien hubiera andado con los papeles y hecho unos cambios.

Assad volvió a encoger los hombros. En aquellos hombros parecía haber una sintaxis universal con muchísimos matices.

—Dices que tienes amigos en los servicios de inteligencia lituanos, y que pueden ayudarte con amenazas e información confidencial en cuanto se lo pides. Pero ¿sabes

qué, Assad?

Este volvió a alzarse de hombros, con una mirada más vigilante.

—Eso significa que puedes hacer cosas que ni el jefe de la Comisaría Central de Información puede hacer.

Otro movimiento de hombros.

—Pues es posible, Carl. Pero ¿qué quieres decir con eso?

—¿Que qué quiero decir? —Carl se enderezó y arrojó la carpeta sobre la mesa—. Esto es lo que quiero decir: ¿cómo cojones has logrado esa posición de superioridad? Eso es lo que quiero saber, y aquí no pone nada de eso.

—Escucha, o sea, Carl. ¿No lo pasamos bien aquí juntos? ¿Para qué escarbar en ello?

—Porque hoy has traspasado el límite en que la curiosidad normal suele detenerse.

—¿Porqué qué?

—Joder, tío. ¿Por qué no me dices que has trabajado para los servicios de inteligencia sirios y que tienes varios marrones en tu pasado, por lo que te cortarán la cabeza si regresas a tu país, y que en Dinamarca has hecho favores a los servicios secretos o a los de Defensa o a algunos de los otros sinvergüenzas, así que no les ha quedado otro remedio que dejarte corretear aquí en el sótano a cambio de un sueldo decente? ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Podría contártelo, o sea, si lo que dices fuera verdad, pero no es del todo cierto. Lo que sí es cierto es que de alguna manera he trabajado por Dinamarca, y por eso estoy aquí, y por eso también no puedo decir nada. Pero quizá pueda alguna vez, Carl.

—Así que tienes amigos en Lituania. ¿Puedes decirme dónde más tienes amigos? Podría sernos de ayuda en alguna ocasión si lo supiera, ¿no?

—Ya te lo diré cuando llegue, o sea, el momento, Carl. Tú tranquilo.

Carl dejó caer los hombros.

—Se dice tranquilo, Assad.

Trató de sonreír a su acatarrado ayudante.

—Pero en lo sucesivo no vas a volver a hacer algo como lo que has hecho hoy sin ponerme en antecedentes.

—¿Sin ponerte qué?

—Sin avisarme, Assad. Me lo tienes que decir antes de hacerlo, ¿vale?

Assad proyectó hacia delante el labio inferior y asintió con la cabeza.

—Y otra cosa. ¿Me quieres decir qué haces en Jefatura tan temprano por las mañanas? ¿Es algo que no debo saber, puesto que sucede en la oscuridad de la noche? ¿Y por qué no puedo visitarte en tu dirección de Kongevejen? ¿Y por qué te he visto reñir con hombres que a primera vista también parecen proceder de Oriente Próximo?

¿Por qué os liáis a hostias tú y Samir Ghazi, de la Policía de Rødovre, cada vez que os veis?

—Es algo personal, Carl.

Lo dijo de una manera que hizo mella en Carl. Fue ofensivo. Como un amigo que rechaza la mano extendida. Como señal inequívoca de que, pese a lo que pudieran compartir, Carl no solo estaba en segundo término. Sencillamente, no tenía nada que ver con el mundo de Assad cuando salía de allí. La palabra clave era confianza, y Assad no sentía ni pizca hacia él.

—Ya decía yo que este par de tíos buenos estarían de tertulia —dijo una voz conocida desde el pasillo.

En el hueco de la puerta Lis mostró su dentadura en una sonrisa seductora y les guiñó el ojo. Muy mal momento.

Carl miró a Assad, que enseguida había adoptado una postura más relajada y una expresión facial entusiasmada.

—Ooh, pobrecito —se compadeció Lis, avanzando unos pasos y acariciando con suavidad la mejilla negro-azulada de Assad—. ¿También tú estás con catarro? Tienes los ojos inundados.

»Y tú lo obligas a trabajar, Carl. ¿No te das cuenta de lo desamparado que está el pobre?

Se volvió hacia Carl con una expresión de reproche en sus ojos azules.

—De parte de Ploug, que te esperan en Amager.

Capítulo 6

Agosto de 1987

HASTA que no llegó al final de Korsgade y se sentó en el banco bajo los castaños de Indias frente a la puerta principal de la casa, con la mirada dirigida hacia el lago de Peblinge, no se sintió libre del todo del rechazo de la gran ciudad y de la prisión de su cuerpo.

Eran los bellos cuerpos perfectos los que reinaban en el paisaje urbano de los ochenta, ya lo sabía, y en ese aspecto le costaba ir con los tiempos. Sobre todo ese día.

Cerró los ojos, se llevó la mano a la pantorrilla y la frotó con cuidado. Apretó los bultos de los huesos con las yemas de los dedos y recordó su vieja cantinela: «También yo valgo», «también yo *valgo*»; pero sonaba vacía, la entonara como la entonase. Hacía también mucho tiempo que no recitaba aquellas palabras.

Se inclinó hacia delante, cruzó los brazos sobre sus rodillas y hundió la frente en el regazo mientras sus pies se movían como un suave redoble de tambor. Aquello aliviaba un poco las odiosas punzadas.

El paseo hasta los grandes almacenes Daells y vuelta a Peblinge Dossering le pasó factura en forma de dolores. En la tibia rota, que empujaba el pie hacia dentro; en el tobillo, que a cada paso que daba compensaba los centímetros que se había acortado la pierna; en la cadera, que trataba de equilibrarse.

Le dolía, pero aquello no era lo peor. Cuando pasaba por Nørregade miraba fijamente al frente y trataba de no cojear, aunque sabía que no sería capaz, y era difícil de aceptar. Dos años antes era una mujer viva y atractiva, y ahora se sentía como una sombra de sí misma.

Pero las sombras viven bien en la sombra, había pensado hasta entonces. En la gran ciudad pasaba más desapercibida que en el campo. Por eso se había mudado a Copenhague hacía ya casi dos años. Lejos de la vergüenza y la tristeza, también de la frialdad de la población local de la isla de Lolland.

Se mudó de Havngaard para olvidar, y ahora había ocurrido esto.

Nete apretó los labios cuando dos mujeres jóvenes pasaron a su lado con sendos cochecitos de niño, exhibiendo su felicidad con descaro en sus voces y rostros.

Desvió la mirada, y la dirigió primero hacia uno de los golfos del barrio, que llegaba pavoneándose con su perro bastardo feo e ingobernable, una auténtica máquina de matar, y después a las aves que se desplazaban en grupos por el lago.

Perra vida. Tres cuartos de hora antes, veinte segundos en un ascensor de los almacenes Daells habían sacudido sus cimientos. No hacía falta más. Solo veinte segundos.

Cerró los ojos y lo vio todo ante sí. Los pasos hacia la puerta del ascensor del cuarto piso. La presión sobre el botón. El alivio por no tener que esperar más de unos segundos hasta que la puerta se abriera.

Pero aquel alivio lo sentía ahora como un virus en su interior.

Había subido al ascensor equivocado. Si tan solo hubiera elegido el ascensor al otro extremo de la sección, su vida habría podido seguir como antes. Dejándose absorber por los colosos de Nørrebro y la protección de las calles.

Sacudió la cabeza. Ahora todo había cambiado. A partir de aquellos segundos funestos ya no quedaba rastro de Nete Rosen. Estaba muerta, desaparecida, borrada. Volvía a ser Nete Hermansen. La chica de Sprogø había resucitado de manera definitiva.

Con todo lo que eso suponía.

A las ocho semanas del accidente la dieron de alta en el hospital sin grandes despedidas, y durante los meses siguientes estuvo viviendo sola en Havngaard. A los abogados no les faltaba trabajo, pues la fortuna era grande, y de vez en cuando aparecían fotógrafos agazapados en taludes y tras los arbustos. Cuando una de las personalidades más destacadas de los empresarios daneses se rompe la crisma en un accidente de coche, hay primeras planas que vender, y ¿qué mejor para ello que una viuda con muletas y rostro atormentado? Pero Nete corrió las cortinas y dejó que el mundo siguiera su marcha sin ella. Sabía muy bien lo que pensaba la gente. Que la hormiguita que había trepado desde los laboratorios de investigación hasta la cama del jefe no merecía estar donde estaba. Que sus amistades solo hablaban bien de ella por su marido y su dinero, por nada más.

Todavía lo sentía así. Incluso a algunas de las enfermeras que la atendían en su casa les costaba no irradiar desprecio, pero a aquellas las reemplazaba pronto.

Durante esos meses, las historias acerca del accidente mortal de Andreas Rosen venían condimentadas con rumores y testimonios de testigos. El pasado la iba ahogando como una serpiente, y cuando la llevaron a la comisaría de Maribo, la gente del pueblo se asomaba a las ventanas, sonriendo. Ahora todos sabían que los habitantes de la casa frente a la que ocurrió el accidente habían visto algo que parecía una pelea dentro del coche justo antes de que atravesara el seto y se precipitara al agua.

Pero Nete no se derrumbó, no reconoció su pecado ante los ciudadanos ni ante las autoridades. Solo ante sí misma.

No, no la pillaron desprevenida, porque hacía mucho que había aprendido a mantener la cabeza alta incluso cuando bramaba la tormenta.

Después escapó de todo aquello.

Se desvistió sin prisa ante las ventanas que daban al lago y se acomodó en el taburete ante el espejo del dormitorio. La cicatriz del pubis era más visible ahora que el vello púbico no estaba tan tupido. Una delgada raya blanco-morada casi imperceptible que marcaba la frontera entre felicidad y desgracia, entre vida y muerte. La cicatriz que le quedó cuando la esterilizaron.

Se acarició la piel floja del vientre estéril y apretó los dientes. Se acarició hasta que la piel escoció y sus piernas se estremecieron, mientras su respiración se aceleraba y la confusión llenaba su cabeza.

Solo cinco horas antes había estado hojeando el catálogo de unos grandes almacenes en su cocina y se había enamorado del jersey rosa de la página cinco.

«Catálogo de otoño de 1987», ponía en la portada prometedora. «Punto moderno», decía el pie de foto de la imagen de una de las siguientes páginas.

Vio aquella maravilla rosa a través del ligero vapor de café y pensó que un jersey así, con dibujo, combinado con una blusa Pinetta con hombreras la impulsaría un poco hacia los nuevos tiempos. Porque aunque grande era su pesar, quedaban años por vivir, y pronto estaría preparada para ello.

Por eso, dos horas antes, estaba en el ascensor con su bolsa de compras en la mano y sintiendo una gran alegría. Justo una hora y cincuenta y nueve minutos antes el ascensor se detuvo en la tercera planta y entró un hombre alto que se colocó tan cerca de ella que pudo olerlo.

No se dignó a mirarla, pero ella lo vio. Lo observó conteniendo la respiración y acurrucada en el rincón, con las mejillas ardiendo de furia, y al mismo tiempo esperando que el hombre no se diera la vuelta y captara su rostro en los espejos.

Estaba claro que se trataba de un hombre demasiado satisfecho con el mundo y consigo mismo. Que controlaba, como se decía. Controlaba su vida y, pese a su avanzada edad, también el futuro.

Cabrón.

Una hora, cincuenta y ocho minutos y cuarenta segundos antes el hombre salió del ascensor en la segunda planta y dejó a Nete con los puños apretados y jadeando en busca de aire. Durante los largos minutos siguientes no se dio cuenta de nada. Subió y bajó en el ascensor sin reaccionar a las preguntas solícitas de los demás clientes. Bastante trabajo tenía con bajar su ritmo cardíaco y organizar las ideas.

Cuando volvió a salir a la calle ya no llevaba la bolsa de plástico. ¿Quién necesitaba un jersey rosa y una blusa con hombreras en el lugar al que se encaminaba su vida?

Y ahora estaba en el cuarto piso, en su casa, desnuda y profanada en cuerpo y alma, imaginando cómo y contra quién administrar su venganza.

Sonrió un momento. De pronto se le ocurrió que a lo mejor la mala suerte no había sido para ella. Quizá lo había sido para aquella bestia infernal que el destino

permitió que se cruzara en su camino en un momento de casi felicidad.

Así se sintió durante las primeras horas después de que Curt Wad irrumpiera una vez más en su vida.

Al llegar el verano, llegaba también el primo Tage. Un chaval indómito que ni la escuela ni las calles de Assens conseguían hacer entrar en vereda. «Mucho músculo y poco cerebro», solía decir el tío de Nete, pero a ella le encantaba que viniera. Así había alguien con quien pasar las horas del día durante unas semanas. Dar de comer a las gallinas era adecuado para una niña pequeña; todo lo demás, no. Y a Tage le encantaba mancharse los dedos de mierda, así que la pocilga y el pequeño pesebre de vacas se convertían en sus dominios. Solo cuando Tage estaba en su casa podía acostarse sin agujetas en brazos y piernas, y por eso Nete quería mucho a Tage.

Y puede que por eso lo quisiera también un poco demasiado.

—¿Quién te ha enseñado a decir esas cochinas? —graznó la directora de la escuela después de las vacaciones de verano. Sí, solía ser sobre todo después de las vacaciones de verano cuando más palos le daban, porque las palabras preferidas de Tage, como follar, echar un polvo y pichatiesa estaban muy lejos del mundo solitario de la directora.

Fueron palabras como aquellas y la despreocupación pecosa de Tage las que colocaron el primer adoquín del camino hacia Curt Wad.

Adoquines muy, muy resbaladizos.

Se levantó del tocador y se vistió mientras iba elaborando la lista en su mente. La lista que abría los poros de su piel y fruncía las arrugas de su frente.

Andaba por ahí gente que no merecía respirar. Gente que solo miraba adelante y nunca atrás, conocía a varios. La cuestión era qué consecuencias debían pagar por ello.

Avanzó por el largo pasillo y llegó a la habitación donde estaba la mesa que heredó de su padre.

Había comido al menos mil veces en aquella mesa viendo la cabeza de su padre inclinada sobre la comida. Callado, amargado, cansado de la vida y del sufrimiento. Solo de vez en cuando alzaba la vista y trataba de dirigirle una sonrisa, pero ni para eso tenía fuerzas.

De no ser por ella, su padre habría encontrado una cuerda y se habría colgado varios años antes del día que lo hizo. Por lo mucho que lo afectaban el reuma, la soledad y su aridez mental.

Acarició el borde oscuro de la mesa sobre el que descansaban siempre los antebrazos de su padre, y luego deslizó los dedos hacia el centro, donde estaba el

sobre marrón. Allí seguía desde que se mudó hacía apenas dos años.

Estaba arrugado y gastado por las innumerables veces que lo había abierto para ver los papeles.

«Señorita Nete Hermansen, asistente de laboratorio, Escuela Técnica de Århus, Halmstadgade, Århus N», ponía en el sobre. En Correos habían añadido en rojo el número de la calle y el código postal. Cuántas veces les había estado agradecida por ello.

Acarició con cuidado el sello y la fecha. Habían pasado casi diecisiete años desde que le llegó la carta. Toda una vida.

Después abrió el sobre, sacó la carta y la desplegó.

Bredbro, 14 de diciembre de 1970 Querida Nete:

Por medios enrevesados e inescrutables he logrado desvelar qué ha sido de ti desde que te despediste de nosotros sonriendo desde el tren en la estación de Bredbro.

Has de saber que todo lo que he sabido acerca de tu vida durante los seis últimos años me ha alegrado tanto que no puedo describirlo.

Ahora ya sabes que también tú vales, ¿verdad? Que tus dificultades para leer podían superarse y que también había en el mundo un lugar para ti. ¡Y menudo lugar! Qué orgulloso estoy de ti, Nete, encanto: bachillerato con las mejores notas, la mejor de tu clase en la escuela de ayudantes de laboratorio de la Escuela Técnica de Aabenraa, y ahora vas a convertirte en técnica de laboratorio biológico en Århus, qué magnífico. Te preguntarás quizá cómo sé todo eso, pero voy a contarte algo curioso: Interlab, S. A., la empresa que te ha contratado desde el 1 de enero, es propiedad de mi viejo amigo Christopher Hale. Sí, su hijo Daniel es también mi ahijado, así que nos vemos con regularidad, y la última vez ha sido el primer domingo de Adviento, con motivo de la reunión familiar para recortar decoración navideña y hacer rosquillas.

Pregunté a mi amigo qué hacía últimamente, y fíjate, me dijo que acababa de leer un montón de solicitudes de trabajo, y me enseñó la que había elegido. Ya puedes imaginarte lo sorprendido que me quedé al leer tu nombre. Y, perdona la indiscreción, también me sorprendí al leer tu petición, acompañada de tu currículum. Debo reconocer que lloré de alegría.

Bueno, Nete, no voy a abrumarte con la sensiblería de un anciano; pero has de saber que Marianne y yo estamos contentísimos por ti, y que ahora puedes caminar erguida con serenidad y gritar al mundo la pequeña frase que se nos ocurrió hace ahora muchos años: ¡También yo valgo!

¡RECUÉRDALO, mi chica!

Te deseamos toda la suerte del mundo en tu nueva etapa en la vida.

Saludos cariñosos,

Marianne y Erik Hanstholm.

Leyó la carta tres veces, y las tres se fijó en las palabras: «ahora ya sabes que también tú vales».

—¡También yo valgo! —dijo después en voz alta, viendo ante sí el rostro arrugado de Erik Hanstholm. La primera vez que oyó la frase solo tenía veinticuatro años, y ahora tenía cincuenta. ¡Cómo había pasado la vida! Ojalá se hubiera puesto en contacto con él mientras aún había tiempo.

Aspiró hondo, ladeó la cabeza y grabó en su memoria la inclinación de las letras, las mayúsculas y cada espacio dejado en blanco por la estilográfica.

Luego sacó del sobre el otro papel y estuvo un rato mirándolo con lágrimas en los ojos. Con posterioridad había logrado muchos diplomas y aprobado muchos exámenes, pero aquel fue el primero y el más importante de su vida. Fue Erik Hanstholm quien se lo hizo, y fue estupendo.

«DIPLOMA», ponía en la parte superior con mayúsculas de caligrafía, y justo debajo, en cuatro líneas que ocupaban toda la hoja: «A nadie que pueda leer esto se le puede llamar analfabeto».

Ponía sencillamente eso.

Se secó las lágrimas y apretó los labios. Qué poco considerado y egoísta por su parte había sido no volverse a poner en contacto con él. ¿Cómo se habría desenvuelto su vida de no ser por él y por su mujer Marianne? Y ahora era demasiado tarde. Fallecido tras una larga enfermedad, eso era lo que ponía en la esquila de hacía tres años.

«Tras una larga enfermedad», significara lo que significase.

Escribió a Marianne para darle el pésame, pero le devolvieron las cartas. Tal vez hubiera muerto también ella, pensó Nete. ¿Quién le quedaba ahora en el mundo, aparte de los que habían arruinado su vida?

Nadie.

Dobló la carta y el diploma y volvió a meterlos en el sobre. Después se dirigió al alféizar interior de la ventana, sacó un platillo de estaño y depositó allí el sobre marrón.

Cuando le prendió fuego y las volutas de humo ascendieron ondulantes hacia el estucado del techo, y por primera vez desde el accidente, ya no sintió vergüenza.

Esperó a que se apagaran las brasas, y luego desmenuzó las cenizas hasta reducirlas a polvo. Llevó el platillo de estaño al alféizar de la sala y se quedó un rato observando la planta de superficie pegajosa. En aquel momento no olía tan fuerte.

Vació la ceniza en el tiesto y se volvió hacia el secreter.

Sobre el elegante mueble había un montón de sobres con su correspondiente papel floreado. El tipo de regalo que se hace a una anfitriona, tan inevitable como las velas aromáticas con adornos. Sacó seis sobres, y luego se sentó a la mesa del

comedor y puso un nombre a cada uno.

Curt Wad, Rita Nielsen, Gitte Charles, Tage Hermansen, Viggo Mogensen y Philip Nørvig.

Un nombre por cada período de su vida en el que las cosas le habían ido muy mal.

Aquellos nombres parecían cualquier cosa menos importantes, casi accesorios. Gente que podías borrar de tu vida de un plumazo. Pero las cosas no funcionaban así en la realidad. Los nombres eran muy importantes. Y la importancia residía, más que nada, en que esas personas, si es que seguían vivas, andaban por ahí tan libres como Curt Wad, sin pensar en el pasado ni en las huellas viscosas que había dejado su paso por la vida.

Pero iba a hacer que se detuviesen y mirasen atrás. Y lo haría a su manera.

Levantó el auricular del teléfono y tecleó el número del registro civil.

Su primera frase fue:

—Buenos días, me llamo Nete Hermansen. ¿Podría indicarme cómo puedo encontrar a unas personas de las que solo tengo direcciones antiguas?

Capítulo 7

Noviembre de 2010

EL viento soplaba caprichoso, y ya desde muy lejos Carl percibió el hedor a cadáver flotando pesadamente en el húmedo aire otoñal.

Detrás de unas excavadoras con los cucharones bajados había gente vestida de blanco del Departamento de Homicidios hablando con los peritos forenses.

Así que habían llegado al punto en que las ambulancias y los celadores del Instituto Forense podían hacerse cargo.

Terje Ploug estaba con una carpeta bajo el brazo, fumando su pipa, y Marcus Jacobsen un cigarrillo, pero no servía de nada. El hombre que habían enterrado de modo tan indecoroso hacía tiempo que se había descompuesto, y esos hieden peor que cualquier otra cosa. Menos mal que la mayoría de los presentes tenían los órganos olfativos obstruidos.

Carl se acercó tapándose las narices y observó la caja, que seguía enterrada, pero casi a la vista y con la tapa abierta. No era tan grande como había pensado. Un cuadrado de unos setenta y cinco centímetros de largo, pero había sitio de sobra para albergar un cadáver bien descuartizado. Era sólida, hecha de viejas piezas de entarimado barnizadas y machihembradas. Sin duda, un ataúd que habría podido estar enterrado muchos años hasta descomponerse.

—¿Por qué no enterraron al tipo sin más? —preguntó Carl cuando llegaron al borde de la zanja abierta—. ¿Y por qué justo aquí?

Señaló alrededor.

—No será por falta de sitio, ¿verdad?

—Hemos estado examinando las tablas, que han arrancado del suelo del barracón.

El inspector jefe de Homicidios se apretó la bufanda en torno al cuello de la chaqueta de cuero y señaló un montón de tablas que había tras unos obreros de la construcción con monos anaranjados.

—Así que ahora sabemos con bastante certeza dónde enterraron la caja bajo el suelo —continuó Marcus Jacobsen—. Fue en una zona cerca de la esquina de la pared sur. Se ha empleado una sierra circular no hace mucho, los peritos dicen que menos de cinco años.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Bien. O sea, que mataron a la víctima y la descuartizaron en otro lugar, y después la transportaron hasta aquí.

—Sí, es lo que parece —admitió el inspector jefe sorbiéndose los mocos con la cabeza envuelta en humo de cigarrillo—. Tal vez una advertencia a Georg Madsen para que cerrara el pico, no como el pobre desgraciado de ahí.

Terje Ploug asintió en silencio.

—Los peritos dicen que la caja estaba enterrada bajo la zona aserrada del cuarto de estar. Por lo que veo en el boceto del atestado... —concretó, señalando un plano de su expediente—... estaba justo debajo de la silla donde encontrasteis a Georg Madsen con el clavo en la cabeza. Donde os tirotearon.

Carl se enderezó. En resumidas cuentas, ninguna información que fuera a convertir aquel miércoles en algo memorable. Era evidente que los esperaban cientos de horas de investigar y enredar en hechos que Carl prefería olvidar. Y si de él dependiera, se marcharía inmediatamente. Iría al puesto de salchichas del aeropuerto, se jamaría un buen par de salchichas a la plancha con sus panecillos y bien de ketchup, mientras observaba con detenimiento las agujas del reloj hasta que pasaran tres o cuatro horas y pudiera volver a casa a cambiarse para ir a casa de Mona a cenar el ganso de San Martín.

Ploug se quedó mirándolo como si leyera su pensamiento.

—Vale —convino Carl después—. Así que sabemos que mataron al hombre en otro sitio y probablemente lo enterraron bajo el suelo de la sala de Georg Madsen con su conocimiento. ¿Qué detalles faltan?

Se rascó la barbilla y respondió él mismo.

—Ah, bueno. Solo nos falta saber el porqué, ¿no? Quién es el hombre y quién lo ha hecho, ¿verdad? ¡Eso está tirado! Lo arreglarás en un plis-plas, ¿verdad, Ploug? —gruñó Carl, mientras su malestar iba en aumento.

En aquella zona de tierra negra estuvo a punto de perder la vida un par de años antes. De allí se llevaron las ambulancias el cadáver de Anker y el cuerpo destrozado de Hardy. Allí traicionó Carl a sus amigos y se quedó tocado del ala y paralizado en el suelo, como un animal asustado, mientras acababan con sus compañeros. Y cuando dentro de poco aquella caja hiciera su último viaje al Instituto Forense, todas las pruebas materiales de aquellos hechos se habrían borrado de la faz de la tierra. Acierto y error a la vez.

—Lo más seguro es que ocurriera con conocimiento de aquel Georg Madsen, pero si el enterramiento del cadáver era una advertencia para él, entonces puede decirse que sin duda no hizo caso —comentó el inspector jefe.

Carl miró algo más allá de Marcus Jacobsen, a la caja abierta.

El cráneo estaba ladeado, asomando por una de las bolsas de basura negras en las que seguían guardados los pedazos de cadáver. A juzgar por su tamaño, por la mandíbula pronunciada y el puente de la nariz roto, no solo se trataba de un hombre, sino de un hombre que había probado un poco de todo. Y ahora yacía allí, sin dientes y con el cuero cabelludo descompuesto y el cabello casi disuelto, y atravesando la viscosa masa en descomposición se apreciaba la cabeza de un clavo galvanizado y bastante grande. Un clavo que se parecía a los que encontraron en el cráneo de Georg

Madsen y en los de los dos mecánicos del taller de Sorø.

El inspector jefe se quitó el traje protector e hizo una señal con la cabeza a los fotógrafos.

—Dentro de unas horas examinaremos la caja en el Instituto Forense, y entonces veremos si hay alguna pista para poder identificar a la víctima —concluyó, mientras dirigía los pasos a su vehículo, aparcado algo más arriba en el sendero de gravilla. Después gritó—. ¡Escribe tú el atestado, Ploug!

Carl retrocedió unos pasos y trató de filtrar el hedor a cadáver aspirando hondo un par de veces junto a la apestosa pipa de Ploug.

—¿Para qué diablos tenía que venir yo, Terje? —preguntó—. ¿Querías ver si me derrumbaba?

La respuesta de Ploug fue una mirada triste. Le importaba un huevo si Carl se derrumbaba o no.

—Por lo que recuerdo, el barracón del vecino estaba pegado —dijo, apuntando a otro solar—. Tuvo que oír o ver a gente acarreamo una caja grande en la cabaña de al lado y luego el estruendo de una sierra circular recortando la tarima del suelo, ¿no? ¿Recuerdas qué dijo el vecino al respecto?

Carl sonrió.

—Querido Ploug. Lo primero, que el vecino solo llevaba diez días viviendo allí cuando mataron a Georg Madsen, así que no lo conocía. Por lo que yo y también los peritos hemos visto en ese revoltijo hediondo, el cadáver llevaba enterrado por lo menos cinco años; es decir, tres años antes del asesinato de Georg Madsen, así que ¿cómo puñetas iba a saber el vecino nada de eso? Por cierto, ¿no fuiste tú quien llevó la investigación después de que me llevaran al hospital? ¿No hablaste con él?

—No, al hombre le dio un ataque al corazón algo más tarde y murió ahí, junto a la acera, mientras recogíamos las cosas. Por lo visto el asesinato, las circunstancias y todos aquellos policías fueron demasiado para él.

Carl proyectó hacia fuera el labio inferior. ¡Caramba! Desde luego, el cabrón de la pistola clavadora tenía unas cuantas muertes en su conciencia.

—Vaya, así que no lo sabías.

Ploug sacó un bloc de notas del bolsillo interior.

—Entonces, tampoco sabrás que estamos recibiendo información sobre una serie de asesinatos parecidos en Holanda. En mayo y septiembre del año pasado se encontraron en una zona de bloques a las afueras de Róterdam, llamada Schiedam, a dos hombres ejecutados también con una pistola clavadora. Nos han enviado un montón de fotos.

Abrió su carpeta y señaló unas fotos de los cráneos de los dos hombres, mientras varios agentes delimitaban la zona del hallazgo con cinta.

—Tenían un clavo Paslode de noventa milímetros incrustado en la sien, igual que

en los asesinatos de Selandia. Luego te enviaré copias del material. Ya volveremos al tema cuando tengamos el informe del Instituto Forense.

Muy bien, pensó Carl. Así el cerebro de Hardy tendría algo en que ocuparse.

Encontró a Lis frente al despacho de Rose con los brazos cruzados bajo el pecho, asintiendo en silencio y consumiendo absorta las observaciones de Rose acerca de la vida en general y de la vida en el sótano en particular. Oyó retazos como «pésimas condiciones», «ambiente de cámara funeraria» y «ridícula actitud de jefe», y estaba completamente de acuerdo, hasta que cayó en la cuenta de que Rose estaba hablando de él.

—Hm-hmm —carraspeó, esperando sobresaltar a Rose, pero su subordinada no se dignó a mirarlo.

—Ya llegó el maravillas en persona —soltó sin miramientos, y le pasó varios papeles—. Mira lo que he subrayado en el informe de Rita Nielsen, y considérate afortunado por tener compañeros aquí abajo, en la guarida, que cuidan el tenderete mientras otros andan por ahí tocándose las pelotas.

Santo cielo. ¿A tanto había llegado? Porque entonces su supuesta hermana gemela Yrsa iba a aparecer en un santiamén.

—Has estado arriba preguntando por mí —le recordó Lis cuando la sombra de Rose desapareció en su despacho.

—He intentado en vano encontrar a mi primo Ronny, y pensaba que...

—Ah, eso.

Por un momento pareció decepcionada.

—Bak nos ha contado algo. Vaya historia... Bueno, haré lo que pueda.

Le dirigió una sonrisa que le dejó las rodillas temblando, y luego empezó a moverse hacia la puerta.

—Un momento, Lis —la frenó Carl—. ¿Qué diablos ha pasado con la señora Sørensen? De pronto parece tan... He estado a punto de decir amable.

—Ah, Cata. Está en un cursillo de PNL.

—¿Un cursillo de PNL? ¿Y eso qué...?

Entonces sonó el móvil de Carl. «Morten Holland», ponía en la pantalla. ¿Qué diablos querría su inquilino?

—Sí, Morten —dijo, y despidió con la cabeza a Lis.

—¿Molesto? —se oyó una voz cautelosa.

—¿Molestaba el iceberg al *Titanic*? ¿Molestaba Bruto a César? ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo con Hardy?

—Eh... en cierto modo, sí. Por cierto, muy bueno lo del *Titanic*, ¡ja, ja! Pues eso, que Hardy quiere hablar contigo.

Oyó el receptor caer sobre la almohada de Hardy. Era una mala costumbre que

habían adquirido Morten y Hardy. Antes solía bastar con que Hardy y él mantuvieran una conversación cuando volvía a casa, pero al parecer aquello ya no era suficiente.

—¿Me oyes, Carl?

Carl se imaginaba al hombrachón paralítico mientras Morten apretaba el receptor contra su oído. Ojos entornados, arrugas en la frente y labios resecaos. En su voz había una preocupación oculta. Así que seguro que había hablado ya con Terje Ploug.

—Ha llamado Ploug —comunicó—. Ya sabes de qué se trata, ¿no?

—Sí.

—Vale. Entonces, ¿puedes decirme de qué se trata, Carl?

—Se trata de que la gente que nos tiroteó son unos asesinos despiadados, y que contra viento y marea se encargan de mantener la disciplina en sus filas.

—Ya sabes que no me refiero a eso.

Se produjo un silencio. Uno de esos silencios que no son agradables. Uno de esos silencios que por lo general terminan en confrontación.

—¿Sabes qué opino de todo esto? Me parece que Anker estaba muy envuelto en ese marrón. Sabía que había un cadáver en el barracón antes de que fuéramos allí.

—Ajá. ¿Y en qué te basas, Hardy?

—Lo sé, sin más. En aquella época estaba transformado. Había empezado a gastar más dinero que de costumbre, cambió de personalidad. Y desde luego aquel día no siguió las normas.

—¿A qué te refieres?

—Fue a interrogar al vecino *antes* de que entráramos en la casa de Georg Madsen. Pero ¿cómo podíamos saber con seguridad que había un cadáver?

—Lo denunció el vecino.

—Carl, cojones. ¿Cuántas veces nos ha pasado que una denuncia así se refiriese a un animal muerto, a sonidos de la radio o del televisor? Anker *siempre* entraba en la casa a comprobar si se trataba de una falsa alarma antes de empezar a investigar. Pero aquel día, no.

—¿Por qué me cuentas eso *ahora*? ¿No te parece que has tenido la ocasión antes?

—¿Te acuerdas de cuando Minna y yo cobijamos a Anker en casa cuando su mujer lo echó de casa?

—No.

—Fue un período corto, pero Anker estaba muy jodido. Esnifaba cocaína.

—Sí, eso he oído, me lo contó ese puto psicólogo de Kris que me ha echado encima Mona. Pero entonces no lo sabía.

—Una de las noches que salió de farra se vio envuelto en una pelea. Su ropa estaba manchada de sangre.

—¿Y...?

—Mucha sangre, Carl. Y después echó la ropa a la basura.

—¿Y ahora ves una relación entre el hallazgo del cadáver hoy y aquel episodio?

Otra vez la pausa. Hardy era uno de los mejores detectives de Jefatura cuando estaba entero. «Conocimiento e intuición», solía decir. Puñetera intuición.

—A ver qué dice la autopsia, Hardy.

—El cráneo de la caja no tenía dientes, ¿verdad, Carl?

—No.

—Y el cadáver ¿estaba descompuesto del todo?

—Sí, algo así. No era una sopa, pero casi.

—Entonces tampoco vamos a poder saber quién coño era.

—Pues así tendrá que ser, ¿no, Hardy?

—Eso lo dices tú, pero tampoco estás en la cama con un tubo hasta las entrañas, mirando al techo un día sí y otro también, ¿verdad? Si Anker estaba metido en ese marrón, joder, también es culpa suya que esté como estoy. Por eso te llamo, Carl. Así que no pierdas de vista el caso. Y si Ploug empieza a hacer chorradas, entonces tírale de las orejas, ¿me oyes? Se lo debes a tu antiguo compañero, cojones.

Cuando Morten Holland se disculpó y cortó la comunicación, Carl vio que estaba sentado en el borde de su silla con los papeles de Rose en el regazo. ¿Cómo había entrado en el despacho? No tenía la menor idea.

Cerró los ojos un rato y trató de imaginarse a Anker. Pero los rasgos faciales de su antiguo compañero estaban ya desdibujados.

¿Cómo iba a poder recordar las pupilas, ventanas de la nariz, entonación y todos los demás síntomas del abuso de cocaína?

Capítulo 8

Noviembre de 2010

—¿HAS visto los resaltados de Rose en el caso de Rita Nielsen, Carl?

Carl alzó la vista y le costó trabajo reprimir una carcajada. Tenía delante a Assad abanicándose con un pequeño fajo de papeles. Por lo visto había encontrado un remedio para el goteo nasal, porque de las ventanas de su nariz sobresalían dos pedazos de algodón de grandes dimensiones, lo que explicaba por qué su incapacidad de pronunciar los sonidos sibilantes, ya de por sí marcada, se había acentuado más aún.

—¿Qué resaltados? ¿Dónde? —quiso saber Carl, sofocando una sonrisa.

—En el caso de la que desapareció en Copenhague. La madame de una casa de putas, Rita Nielsen.

Arrojó sobre la mesa un fajo de fotocopias.

—Rose está haciendo unas llamadas, y ha dicho que mientras tanto echáramos un vistazo al caso.

Carl hojeó las fotocopias y señaló los pedazos de algodón.

—¿No puedes quitarte los tampones? No puedo concentrarme.

—Pero entonces me gotea la nariz, Carl.

—Pues que gotee. Pero procura que caiga al suelo.

Hizo un gesto afirmativo cuando los algodones fueron a parar a la papelera, y luego miró las fotocopias.

—¿Qué resaltados?

Assad se agachó hasta estar amenazadoramente cerca del papel y buscó unas hojas más adelante.

—Aquí —dijo, señalando un montón de líneas marcadas en rojo.

Carl echó un vistazo al folio. Era un informe policial del estado en que habían encontrado el Mercedes abandonado de Rita Nielsen, y los resaltados de Rose insistían en los pocos efectos que se habían encontrado en la guantera: una pequeña guía sobre el norte de Italia, unas pastillas de regaliz, un paquete de pañuelos de papel, un par de folletos sobre Florencia y, para terminar, cuatro casetes de Madonna.

Por lo visto Madonna no tiene mucha salida entre los peristas de Nørrebro, pensó Carl, y se fijó en que Rose había trazado con bolígrafo una raya más gruesa bajo la frase «la casete de *Who's that Girl* se encuentra sin contenido». Curiosa formulación, pensó, sonriendo. «Se encuentra sin contenido.» Aquella frase era un tanto ambigua.

—Pues sí —resumió después—. Se trata sin duda de grandes novedades, Assad. Se encontró una casete de Madonna sin contenido. ¿No deberíamos avisar a la prensa de inmediato?

Assad lo miró sin comprender.

—Y aquí, en la hoja siguiente, hay también algo. Ah, es que las hojas están ordenadas al revés.

Señaló otro par de resaltados. Se referían al aviso por teléfono de la desaparición de Rita Nielsen el 6 de septiembre de 1987. Lo efectuó una tal Lone Rasmussen de Kolding, que trabajaba para Rita Nielsen atendiendo al teléfono las peticiones de chicas de compañía. Le pareció extraño que Rita Nielsen no hubiera regresado a Kolding el sábado, como se esperaba. Había un apunte que decía que Lone Rasmussen era una vieja conocida de la Policía y que en su historial había varios casos de prostitución y drogas.

La frase subrayada de aquella hoja decía: «Según Lone Rasmussen, Rita Nielsen tenía que hacer algo el domingo, porque ese día y el siguiente estaban tachados con aspas rojas en su calendario, que está en la clínica de masaje, a la que Lone Rasmussen se refiere una y otra vez como “oficina de acompañantes”».

—Vaya, vaya —comentó Carl, mientras seguía leyendo el texto. Así que Rita Nielsen tenía citas para los días siguientes a su desaparición, pero los investigadores no encontraron nada que indicase a qué pudieran estar dedicados aquellos días.

—Creo, o sea, que Rose está intentando localizar a esa Lone Rasmussen —dijo Assad con voz nasal.

Carl dio un suspiro. Aquello había sucedido hacía veintitrés años. A juzgar por el número de registro civil, rondaría los setenta y pico, una edad bastante avanzada para una mujer con aquel pasado. Y si, contra todo pronóstico, seguía viva, ¿qué iba a poder añadir a unas declaraciones de por sí tan vagas, después de tanto tiempo?

—Mira esto, Carl.

Assad volvió a mirar en las fotocopias y señaló una frase, que leyó con las consonantes afectadas por los mocos.

—En el registro de la casa de Rita Nielsen, a los diez días de su desaparición, se encontró un gato tan extenuado que hubo que sacrificarlo.

—Ahí va la pera —reaccionó Carl.

—Sí, y aquí no se encuentra ningún material que pudiera indicar un crimen. — Assad señaló la parte inferior del folio—. Tampoco documentos personales, diarios ni nada que pudiera desvelar una crisis seria. La casa de Rita Nielsen está ordenada, pero organizada de forma algo infantil, con muchas chucherías y abundantes fotos recortadas y enmarcadas de Madonna. Nada que pudiera llevar a pensar en un suicidio, y menos aún en un asesinato.

Rose había trazado dos rayas bajo una de las frases: «Abundantes fotos de Madonna recortadas y enmarcadas».

¿Por qué había subrayado aquello? Carl se secó bajo la nariz. ¿Iba a empezar a gotear? No, no sería nada. Joder, esta noche *no* podía estar acatarrado. Mona lo

esperaba.

—Bueno, no sé por qué le parece tan importante a Rose todo eso de Madonna — declaró—. Pero lo del gato es como para que más de uno arquee las cejas.

Assad asintió. Los mitos sobre mujeres solteras y su relación con sus mascotas no eran exageraciones. Si alguien tenía un gato, lo cuidaba bien antes de tomar una decisión tan drástica como suicidarse. O se suicidaban juntos, o si no se entregaba el animal a gente de buen corazón mientras se estaba a tiempo.

—Supongo que los compañeros de Kolding habrán reflexionado sobre eso — aventuró, pero Assad sacudió la cabeza.

—No. Pensaron que la mujer se suicidaría por un impulso repentino —dijo sorbiéndose los mocos.

Carl hizo un gesto afirmativo. También era una posibilidad, por supuesto. La mujer había estado lejos de su casa y del gato. En esos casos nunca se sabía.

La voz de Rose retumbó por el pasillo.

—Eh, vosotros dos, venid aquí. Pero enseguida.

Qué diablos, ¿iba a ponerse mandona con ellos? ¿Es que ya no le bastaba con decidir qué casos iban a llevar? Si había pensado emplear ese tono siempre, ya iba siendo hora de ponerse respondón, joder; que la payasa se pillara una depresión y se convirtiera en Yrsa. La otra personalidad de Rose no era tan avispada, pero tampoco era tonta del todo.

—Vamos, Carl —dijo Assad, tirando de él. Por lo visto estaba mejor adiestrado.

Rose, vestida de negro de pies a cabeza como un deshollinador, estaba en el centro de su despacho, tapando el micrófono del teléfono con la mano, impasible ante la desaprobadora mirada entornada de Carl.

—Es Lone Rasmussen —cuchicheó—. Tenéis que oír lo que dice. Os lo explicaré luego.

A continuación dejó el receptor sobre la mesa y pulsó la tecla del altavoz.

—Lone, ahora tengo a mi jefe, Carl Mørck, y a su asistente en el despacho. ¿Tendrías la amabilidad de repetir lo que me has dicho?

Vaya, así que lo llamaba jefe. En ese caso, seguía sabiendo quién mandaba, algo es algo. Carl hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Después de todo, había logrado encontrar a aquella Lone Rasmussen. No estaba nada mal.

—¿Sííí...? —se oyó una voz lenta por el teléfono. Una voz ronca, apática, como la que suelen tener los drogadictos al final si no dejan de tomar droga. La verdad es que no sonaba vieja. Solo muy gastada—. ¿Me oís ahora?

Rose se lo confirmó.

—Solo he dicho que quería a aquel puto gato, y que había otra puta, joder, no me acuerdo de su nombre, que lo cuidó una temporada, pero luego se olvidaba, y Rita se puso de muy, muy mala hostia y mandó a tomar por culo a aquella tía estúpida.

Entonces, cuando Rita no estaba era yo quien se encargaba de alimentar al bicho, comida de lata, y el gato cuidaba de sí mismo cuando ella iba a estar fuera un día o dos. Sí, cagaba por todas partes, pero después Rita lo solía lavar.

—Así que dices que Rita nunca abandonaría a su gato si no tuviera a alguien que se ocupara de él —la ayudó Rose.

—¡Eso es! Era una cosa muy rara. Pero yo no creía que el gato estuviera en el piso, y además no tenía llave, Rita no te la daba tan fácil; si no, ya me habría dado cuenta de que la pobre criatura estaba muriéndose de hambre. Lo comprendéis, ¿verdad?

—Sí, claro que lo comprendemos, Lone. Pero la otra cosa que me has dicho, justo antes, ¿podrías repetirla ahora? Lo de Madonna.

—Ah, sí. Rita estaba colgada de ella. Absolutamente colgada.

—Has dicho que estaba enamorada de ella.

—Sí, hostias. No solía hablar de eso, pero todas lo sabíamos.

—Entonces, ¿Rita Nielsen era lesbiana? —intercaló Carl.

—Joder, por fin una voz de hombre —cacareó con voz ronca—. Pues sí, Rita follaba con todo lo que se le pusiera delante.

Se calló de repente, y el sonido de alguien tratando de sofocar una sed tremenda se extendió por el entorno espartano de Rose.

—Creo que nunca decía que no, si queréis saber mi opinión —continuó después de otro par de tragos—. Solo cuando lo hacía por dinero y el tío, o quien fuera, no tenía.

—Así que no crees que Rita se suicidara.

La respuesta fue una larga carcajada ronca, seguida de:

—Ni de coña.

—Y no tienes ni idea de lo que pudo ocurrir, ¿verdad?

—Ni idea. Pero fue raro de cojones. Sería un rollo de dinero, aunque había un montón de pasta en la cuenta cuando el Juzgado distribuyó la herencia por fin. Joder, creo que pasaron ocho años.

—Testamentó todos sus efectos y la casa a la Sociedad Protectora de Gatos, ¿no es así? —intervino Rose.

Ya estamos otra vez con los gatos, pensó Carl. No, una mujer así no dejaría morir de hambre a su gato.

—Sí, fue una auténtica pena. A *mí* no me habrían venido mal unos millones —se oyó sin fuerza al otro lado de la línea.

—Bien —anunció Carl—. Voy a resumir. Rita fue en coche a Copenhague el viernes, y tú tenías la impresión de que iba a estar de vuelta para el sábado. Por eso no tenías que cuidar del gato. Luego supusiste que dormiría en su casa de Kolding la noche del sábado, y que tendría que ir a alguna parte unos días después, y que

entonces *quizá* tuvieras que cuidar del gato, pero no estabas segura de que estuviera en el piso, ¿no es así?

—Sí, algo así.

—¿Había pasado algo parecido antes?

—Sí, claro. Le gustaba pasar fuera unos días. Se marchaba a Londres, y cosas de esas. Iba a ver musicales o algo así, le gustaban mucho. A todas nos habría gustado, claro, pero era ella quien se lo podía permitir, ¿no?

Las últimas frases fueron bastante ininteligibles, y Assad estaba concentrado con los ojos cerrados, como si se hubiera visto sorprendido por una tormenta de arena. Pero Carl lo oyó todo.

—Una cosa más. Rita compró tabaco con su tarjeta de crédito en Copenhague, la última vez que la vieron. ¿Sabes por qué no compró en metálico? Era una cantidad bastante pequeña.

Lone Rasmussen se echó a reír.

—Hacienda la pilló una vez con cien mil coronas en un cajón de su casa. Creedme si os digo que le costó caro, porque no pudo explicar bien su procedencia. Desde entonces todo su dinero iba al banco, y nunca sacaba ni una corona en metálico. Compraba *todo* con tarjeta de crédito. Claro, había muchas tiendas en las que no podía comprar, pero pasaba de ellas. No iban a volver a trincarla. Y así fue.

—Bien —concluyó Carl. Al menos eso estaba aclarado. Después añadió, casi en serio—. Una pena que no te haya dejado dinero.

Seguramente el dinero habría supuesto la muerte de Lone Rasmussen, pero habría sido una muerte por todo lo alto.

—Al menos me dieron sus muebles y todo lo del piso, porque en la Sociedad Protectora no lo querían, y menos mal, porque mis cosas estaban hechas un cristo.

Carl se lo imaginó.

Luego le dieron las gracias y se despidieron. Lone Rasmussen se despidió diciendo que si querían volver a llamar, adelante.

Carl hizo un gesto afirmativo. Así ocurriría algo en su vida.

Rose se los quedó mirando un rato largo y supo que los había convencido. Aquel caso tenía mucha miga que había que estudiar a fondo.

—¿Qué más, Rose? —preguntó Carl—. Vamos, dilo.

—No sabes mucho de Madonna, ¿verdad, Carl? —fue lo único que dijo.

La observó, cansado. Para ojos como los de Rose, que llevaban en este mundo bastante menos que él, parecía que en cuanto cumplías los treinta te quedabas estancado, y si cumplías cuarenta, entonces nunca habías sido joven. ¿Cómo iban a catalogarte aquellos ojos cuando cumplieras cincuenta, sesenta e incluso más?

Se alzó de hombros. A pesar de su edad, sabía bastantes cosas de Madonna, por supuesto. Pero Rose no tenía por qué saber que una de sus novias lo había vuelto loco

con «A Material Girl», o que Vigga había bailado desnuda ante él sobre el edredón mientras, con eróticas sacudidas de cadera, vociferaba *Papa don't preach, I'm in trouble deep. Papa don't preach, I've been losing sleep*. No era una visión que quisiera desvelar a nadie.

—Bueeeno, un poco, sí —informó—. En los últimos tiempos le ha dado por la religión, ¿no?

Rose no se dejó impresionar.

—Rita Nielsen estableció su central de acompañantes y su clínica de masajes en Kolding en 1983, y se hacía llamar Louise Ciccone cuando se presentó en los ambientes porno de la ciudad. ¿Te dice algo?

Assad levantó el dedo.

—Ciccone, eso ya lo he probado. Algo de pasta con carne, ¿no?

Ella lo miró indignada.

—El verdadero nombre de Madonna es, de hecho, Madonna Louise Ciccone. Lone Rasmussen me ha dicho que en la clínica de masajes solo se oían elepés de Madonna, y que Rita siempre había intentado maquillarse y peinarse como ella. Cuando desapareció estaba en la época en la que se inspiró en Marilyn Monroe para el pelo teñido y ondulado que llevó en la gira *Who's That Girl*. ¡Mira!

Apretó el ratón de su ordenador y apareció en pantalla una foto de lo más sugerente de Madonna de perfil, con medias de rejilla, *body* negro de punto, un micrófono colgando suelto de su brazo relajado y elegante maquillaje de los ochenta, con cejas oscuras y el pelo ondulado rubio teñido. Sí, la recordaba muy bien. Como si fuera ayer, solo que no lo era.

—Lone Rasmussen me ha dicho que solía ir clavada a Madonna. Con sombra de ojos oscura y labios rojo intenso. Así iba Rita Nielsen cuando desapareció. Mayor, claro, pero bastante guapa, ha dicho.

—¡Hala...! —soltó Assad. Era especialista en respuestas cortas y precisas.

—Me he fijado en el contenido de la guantera del coche de Rita —continuó Rose—. Estaban todos los discos de Madonna en casete. También la banda sonora de *Who's That Girl*, aunque faltaba la cinta en sí, que estaría en el radiocasete robado. Y también estaban los folletos de Florencia y la guía de viajes sobre el norte de Italia. Todo parecía encajar, y eso me dio una idea. Mirad.

Pinchó un icono del escritorio y apareció la misma fotografía de Madonna de antes. Exactamente la misma, con la salvedad de la columna de fechas que había a un lado, y fue eso lo que señaló Rose.

—*June 14 and 15, Nishinomiya Stadium, Osaka, Japan* —leyó en voz alta Assad. Más japonés no podía sonar. De puta pena, ni más ni menos.

—El estadio se llama en realidad Nishinomiya, es lo que dicen mis otras fuentes, pero da igual —dijo Rose con cierta arrogancia adherida a sus labios negros—. Mira

ahora el final de la lista, verás qué divertido.

—*September 6, Stadio Comunale, Firenze, Italy.*

—Bien —observó Carl—. ¿De qué año? ¿De 1987, por un casual?

Rose asintió con la cabeza, esta vez muy animada.

—Sí, el domingo que aparecía tachado con aspas rojas en el calendario de Rita Nielsen. Si quieres saber mi opinión, iba a ir al último concierto de la gira de *Who's That Girl*. Estoy completamente segura. Rita tenía que volver de Copenhague a toda pastilla, hacer la maleta y ponerse en camino para ver a su ídolo actuar en Florencia.

Assad y Carl se miraron. Folletos, cuidado del gato, fascinación por la cantante: todo encajaba.

—¿Podemos investigar si había reservado un pasaje a Florencia desde Billund el 6 del 9 de 1987?

Ella lo miró decepcionada.

—Ya lo he hecho, pero en los registros no guardan información tan antigua. En el piso tampoco encontraron nada, así que debemos suponer que llevaba encima los billetes de avión y el del concierto cuando desapareció.

—Entonces la opción del suicidio queda descartada —resumió Carl mientras daba a Rose una suave palmada en el hombro.

Carl leyó las notas de Rose sobre Rita Nielsen. Por lo visto, le había sido bastante fácil hacer un seguimiento de sus antecedentes, porque a Rita, desde su más tierna infancia, la habían seguido con atención unas instituciones públicas más que escépticas. Todas las instancias estuvieron implicadas: asistencia infantil, asistencia mental, Policía, asistencia hospitalaria y sistema penitenciario. Nacida el 1 de abril de 1935 de una prostituta que siguió haciendo la calle mientras a Rita la educaba alguna familia perteneciente a lo más bajo de la escala social. Cleptómana a los cinco años, pequeños actos delictivos durante su paso de seis años por la escuela. Reformatorio, hogar de acogida para niñas y vuelta a la delincuencia. Hizo la calle por primera vez con quince años, se quedó embarazada con diecisiete, después un aborto y cierto tiempo bajo observación como marginada social y corta de luces. Su familia se había desintegrado tiempo atrás.

Tras una temporada en otra familia de acogida, vuelta a la prostitución, y después un período en el asilo Keller de Brejning. Diagnosticada como algo retrasada, y tras una serie de intentos de fuga y posteriores episodios violentos, fue internada varias veces en el asilo para mujeres de Sprogø entre 1955 y 1961. Una vez más bajo el cuidado de una familia, y después de algunos episodios delictivos desapareció del mapa desde el verano del 63 hasta mediados de los setenta. Por lo visto, se había ganado la vida como bailarina en diversas ciudades de Europa.

Después montó una clínica de masajes en Aalborg, fue condenada por

proxenetismo, y en lo sucesivo no causó problemas sociales. Al parecer había aprendido la lección, porque tuvo la suerte de amasar una fortuna mientras llevaba la actividad de burdel y chicas de compañía, sin que las autoridades la molestaran. Pagaba impuestos, y dejó una fortuna en metálico de tres millones y medio de coronas, que ascendería por lo menos al triple hoy en día.

Carl se hacía su composición de lugar a medida que iba leyendo. Si Rita Nielsen tuvo problemas mentales, él al menos conocía a un montón de gente que también estaba loca.

Fue entonces cuando puso el codo en un charco del escritorio y observó que su nariz había estado goteando como para casi llenar una taza de café.

—¡Joder! —exclamó, echando la cabeza atrás mientras sus dedos buscaban algo con que sonarse.

Dos minutos más tarde estaba en el pasillo e interrumpía a Rose y Assad, que colgaban copias de documentos del caso en el menor de los grandes tabloneros de aglomerado.

Carl miró a la otra plancha de aglomerado, que se extendía desde la puerta al armario de las escobas de Assad hasta el despacho de Rose. Había en ella un folio por cada caso sin resolver que habían recibido desde que se creó el Departamento Q. Ordenados cronológicamente, y varios de los casos unidos entre sí con cordeles de colores que indicaban una conexión posible entre ellos. Era el sistema de Assad, y era fácil. Cordeles azules entre los casos que Assad pensaba que tenían algo en común, y cordeles rojiblancos entre los casos que de hecho *estaban* relacionados.

En aquel momento había unos pocos cordeles azules, pero ninguno rojiblanco.

No había duda de que Assad estaba decidido a cambiar aquello.

Carl dejó vagar la mirada por los casos. Ocupaban por lo menos cien folios. Había de todo, y seguro que también un montón de cosas que no deberían estar allí. Era como encontrar una aguja y también hilo en un pajar, y al mismo tiempo tratar de enhebrar la aguja tanteando en la oscuridad.

—Me marcho a casa —anunció—. Me parece, Assad, que tengo la misma porquería en el cuerpo que tú. Si tenéis pensado quedaros mucho más, creo que deberíais consultar periódicos de la época en que desapareció Rita Nielsen. Propongo desde el 4 hasta el 15 de septiembre de 1987. Así sabremos qué cosas pasaron por aquellas fechas, porque lo que es yo no recuerdo nada.

Rose meneaba las caderas.

—No pensarás que en un plis-plas vamos a encontrar algo que no se encontró en su época tras una minuciosa labor policial, ¿verdad?

Había dicho «minuciosa». Una palabra extraña en una boca tan relativamente joven.

—No, mujer. Lo único en lo que pienso es en el par de horas de siesta que voy a

echar en casa antes del ganso de San Martín —dijo, y se marchó.

Capítulo 9

Agosto de 1987

LA madre de Nete siempre le decía que tenía buenas manos. Según ella, no había la menor duda de que un día Nete cosecharía el reconocimiento de sus habilidades manuales. Porque, aparte de una buena cabeza, unas buenas manitas así eran la herramienta más importante que puso Dios en manos de la humanidad, y bien que se aprovechaba su padre cuando se quedaba a solas con ella.

Cuando los postes de la cerca se caían, era Nete quien los ponía en pie; también era ella quien ajustaba los comederos cuando se agrietaban. Clavaba cosas para volver a separarlas cuando necesitaba el material.

Y fueron justo aquellas manos diestras las que le trajeron la maldición en Sprogø. Las que se arañaban hasta hacerse sangre cuando los matorrales invadían los sembrados. Las que debían funcionar durante todo el día sin recibir nada a cambio. Nada bueno, al menos.

Después vinieron tiempos mejores, en los que descansaron, y ahora iban a ponerse a trabajar de nuevo.

Midió con bastante precisión el cuarto trasero, que estaba al fondo del pasillo, con la misma cinta métrica que empleaba para coser. Metro a metro, hizo un plano de la estancia especificando altura, anchura y longitud. Restó las ventanas y la puerta de la superficie total y después hizo el pedido. Herramientas, pintura, masilla, silicona, listones, clavos, muchos rollos de plástico resistente, cubrejuntas, lana de roca, tarima para el suelo y escayola suficiente para dos capas.

En la carpintería de Ryesgade prometieron entregarlo al día siguiente, y le venía bien porque, tal como estaban las cosas, ya no podía esperar más.

Cuando le subieron todo al piso, aisló el cuarto y terminó los trabajos de carpintería de día, mientras el vecino de abajo estaba en el trabajo y la vecina de enfrente hacía las compras o trotaba por los Lagos con su chucho mea-alfombras tibetano.

Nadie debía oír lo que se traía entre manos en el cuarto izquierda. Nadie debía verla con un martillo o una sierra en las manos. Nadie debía hacer preguntas indiscretas, porque llevaba viviendo en el piso de forma anónima dos años y tenía la intención de continuar así hasta el fin de sus días.

Se trajera lo que se trajese entre manos.

Cuando terminó con el cuarto, se colocó en el hueco de la puerta y observó, satisfecha, su trabajo. El techo había sido lo más difícil de aislar y cubrir, pero también lo más importante, aparte de la puerta; el suelo lo había elevado y aislado con dos capas de plástico y lana de roca. La puerta la había recortado para que pudiera seguirse abriendo hacia dentro pese a haber cubierto la tarima con una alfombra.

A excepción de la diferencia de nivel con el pasillo, no había nada en absoluto que llamara la atención. El cuarto estaba preparado. Paredes raseadas y pintadas, con cubrejuntas en puerta y ventanas, y la disposición del cuarto era exactamente la misma que antes. Cuadros en las paredes, figuritas en los alféizares y, claro está, la mesa en el centro con su mantel de encaje y seis sillas además de la suya, que ocupaba la cabecera de la mesa.

Entonces se volvió hacia la planta del alféizar interior de la ventana y frotó con cuidado una de sus hojas entre las yemas de los dedos. Olía mal, pero no era un olor desagradable. Porque era aquel olor, el olor del beleño, el que le daba tranquilidad.

Todas las chicas de Sprogø se pusieron a cuchichear sobre Gitte Charles cuando, en pleno verano de 1956, llegó a la isla con el barco del correo. Algunas decían que tenía estudios de enfermera, pero no era verdad. Puede que fuera auxiliar de enfermería, pero no enfermera, porque, a excepción de la directora, ninguna de las funcionarias de la isla tenía estudios de nada, eso ya lo sabía Nete.

No, las chicas cuchicheaban sobre todo porque por fin llegaba una mujer guapa. Cuando movía los brazos con coquetería y avanzaba con paso largo majestuoso, que alguien dijo que le recordaba a una que se llamaba Greta Garbo, era algo especial, desde luego. No tenía nada que ver con las brujas medio viejas y amargadas que eran solteronas, divorciadas o viudas y que, por tanto, se habían visto obligadas a buscar trabajo como funcionarias en aquel lugar infernal.

Gitte Charles era de espalda erguida, rubia como Nete, y llevaba el pelo recogido con gracia, dejando expuesto el vello de la nuca, cosa que ni la directora se permitía. Era femenina y ligera, justo lo que Nete y muchas de las otras soñaban en convertirse.

Sí, las chicas lanzaban miradas envidiosas e incluso lujuriosas a Gitte Charles, pero pronto se dieron cuenta de que tras la fachada frágil acechaba un demonio. Y, aparte de Rita, todas se mantenían a distancia de ella, ya lo creo.

Cuando Charles, que era como la llamaban, se cansó de la compañía de Rita, depositó su mirada azul en Nete. Le prometió ayuda en las labores diarias, seguridad y tal vez la posibilidad de escaparse de la isla.

Todo dependía de lo cariñosa que decidiera ser Nete con Charles. Y si Nete, sin

darse cuenta, se iba de la lengua hablando de lo que hacían, sería mejor para ella no beber nada de nada si es que deseaba seguir viviendo, decía Gitte Charles. Porque *podría* ser que llevara beleño.

Fue mediante aquella odiosa amenaza como aquella mujer introdujo a Nete en el beleño y en sus terribles propiedades.

—*Hyoscyamus niger* —dijo Charles con voz pausada y teatral para recalcar la gravedad del asunto. Solo de oír el nombre Nete sentía escalofríos. Después continuó —: Se decía que lo empleaban las brujas para poder volar hasta el monte Bloksbjerg. Y cuando encarcelaban a aquellas mujeres, sacerdotes y verdugos empleaban la misma hierba para abotargar los sentidos de las brujas bajo el tormento. Por eso lo llamaban unguento de brujas, así que ten cuidado, te lo advierto. ¿No te parece que es mejor complacerme?

El resultado fue que Nete obedeció durante meses, y aquella época fue la peor de Sprogø en todos los sentidos.

Cuando Nete miraba al mar no veía solo olas que podían transportarla lejos de la isla hacia la libertad, veía también olas que podían arrastrarla hasta el fondo. El fondo oscuro donde ya nadie podría encontrarla y hacerle daño.

Las semillas de beleño fueron lo único que se llevó Nete de Sprogø cuando al fin dejó la isla. Lo único, tras cuatro años de penas y trabajo.

Cuando más tarde terminó sus estudios de técnica de laboratorio, oyó hablar de unas excavaciones en zonas de monasterios, donde se activaron semillas de beleño de varios siglos de antigüedad; y enseguida sembró sus viejas semillas en un tiesto que colocó en una zona soleada.

Al poco tiempo, como si de un Ave Fénix se tratara, una recia planta verde se erguía y la saludaba como una vieja amiga que había regresado después de estar una temporada ausente.

Durante años el beleño había reinado en las tierras de Havngaard, así que era la descendiente de las descendientes de aquella planta la que ahora crecía en una buhardilla de Nørrebro. Todas las antecesoras las había secado y guardado junto con la ropa que llevaba puesta cuando por fin dejó la isla. Eran reliquias de otros tiempos. Hojas, cápsulas llenas de semillas, tallos reseco y reminiscencias arrugadas de lo que entonces fueron las más bellas flores blancas con sus nerviaciones oscuras y destellos en el ojo morado del centro. Recolectó de la planta dos bolsas con material orgánico, que sabía al dedillo cómo emplear.

Puede que en otros tiempos fueran la presencia de aquel beleño y sus secretos sin desvelar los que hicieron que Nete siguiera investigando en sus estudios de técnico de laboratorio. Puede que fuera aquella planta la que hizo que se entregara en cuerpo y alma a la química.

Lo cierto es que de pronto, con su conocimiento modernizado sobre diversas sustancias y sus efectos en el ser humano, entendía mejor qué herramienta tan extraordinaria y tan letal había dejado la naturaleza crecer en Sprogø.

Tras varios intentos, consiguió hacer un extracto de los tres principios activos principales de la planta en la cocina del cuarto piso, y los probó en pequeñas dosis suaves.

La hiosciamina le provocó un acentuado estreñimiento y sequedad bucal, ligera hinchazón en rostro y boca y un ritmo cardíaco que podría calificarse de extraño, cuando menos; pero no se puso enferma de verdad.

A la escopolamina le tenía más miedo. Solo cincuenta miligramos eran ya una dosis letal, lo sabía. Incluso en pequeñas dosis, la escopolamina tenía un fuerte efecto somnífero, y también un efecto euforizante. No es de extrañar que se empleara durante la Segunda Guerra Mundial como suero de la verdad. En aquel estado abotargado, a una no le importaba lo que decía y pensaba.

Luego estaba la atropina. Otro alcaloide cristalino e incoloro, que como los demás se encontraba en plantas de la familia de las solanáceas. Tal vez Nete no fue tan cuidadosa al ingerir esta sustancia como con las otras dos; lo cierto es que le provocó perturbaciones visuales, gran dificultad para hablar, fiebre, rubor y escozor en la piel y alucinaciones que casi la llevaron a la pérdida de conciencia.

No había duda de que un cóctel de esos tres principios con la concentración suficiente se convertía en una sustancia letal. Y Nete sabía que eso se conseguía haciendo una infusión fuerte y después destilándola para quitarle el noventa y cinco por ciento del agua.

En aquel momento tenía en sus manos un frasco bastante grande de extracto de la sustancia, los cristales se habían empañado y una atmósfera pesada y amarga se extendía por las habitaciones del piso.

Así que solo había que encontrar la dosis adecuada para cada cuerpo.

No había usado el ordenador de su marido desde que se mudó. ¿Por qué había de hacerlo? No tenía a nadie a quien escribir, nada sobre lo que escribir, tampoco contabilidad ni correspondencia comercial. Nada de hojas de cálculo ni tratamiento de textos. Esa época ya había pasado.

Pero aquel jueves de agosto de 1987 encendió el ordenador, escuchó su ronroneo y vio que la pantalla verde se iba iluminando con un hormigueo en el cuerpo y una sensación de vértigo en el diafragma.

Cuando escribiera y enviara las cartas ya no habría vuelta atrás. La calleja que atravesaba la vida de Nete se estrechaba, y terminaría de forma inevitable cerrándose del todo. Así lo veía y así lo deseaba.

Escribió varios borradores de la carta que se proponía enviar, pero la versión

definitiva fue la siguiente:

Copenhague, 27 de agosto de 1987

Querido/a ...:

Han pasado muchos años desde que nos vimos por última vez. Años que puedo decir con orgullo que me han dado una vida holgada.

Durante estos muchos años he reflexionado sobre mi destino, y he llegado a la conclusión de que las cosas fueron así porque no podían suceder de otro modo, y porque, después de todo, me doy cuenta de que tampoco yo era del todo inocente.

Por eso, todos esos hechos, palabras duras y malentendidos del pasado ya no me atormentan. Casi diría lo contrario. Me da un gran sosiego mirar atrás y saber que lo he superado, y que ahora viene un tiempo de reconciliación.

Como tal vez sepas por la prensa, estuve muchos años casada con Andreas Rosen, y su herencia me ha convertido en una mujer acaudalada.

El destino ha querido que me encuentre en tratamiento hospitalario, y por desgracia me han diagnosticado una enfermedad incurable. Por eso me queda poco tiempo para lo que viene.

Como naturalmente no he tenido ningún heredero, he decidido compartir mi riqueza con la gente que se ha cruzado en mi vida, para bien y para mal.

Por eso quiero invitarte a que vengas a mi domicilio en Peblinge Dossering, 32, en Copenhague

EL VIERNES, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1987 A LAS...

Mi abogado estará presente y se ocupará de que te sean transferidos diez millones de coronas. Por supuesto, tendrás que pagar impuestos de ese regalo, pero el abogado se ocupará de eso, tú no te preocupes por nada.

Estoy segura de que después podríamos hablar de cómo nos ha ido la vida. Por desgracia, el futuro no tiene mucho que ofrecerme, pero sí que podría mejorar el tuyo. Eso me dará una alegría y me traerá sosiego mental.

Espero que estés bien de salud y dispuesto/a a reunirte conmigo. Repito que me daría una gran alegría.

Me doy cuenta de que el plazo es muy breve, pero tengas lo que tengas que hacer ese día, estoy segura de que pensarás que merece la pena hacer el pequeño viaje.

Te ruego que traigas la invitación y vengas a la hora en punto, ya que el abogado y yo tenemos otros quehaceres y reuniones ese día.

Incluyo un cheque cruzado de dos mil coronas para cubrir tus gastos de viaje.

Ya tengo ganas de verte. Eso traerá un gran sosiego a mi mente, y tal vez también a la tuya.

*Saludos amistosos,
Nete Hermansen*

Ha quedado bien, pensó, y copió la carta seis veces, las adecuó al género, nombre y hora de cita, las imprimió y las firmó. Con trazo pulcro, seguro y competente. No era una firma que aquellas seis personas la hubieran visto estampar.

Seis cartas. Curt Wad, Rita Nielsen, Gitte Charles, Tage Hermansen, Viggo Mogensen y Philip Nørvig. Por un momento sopesó escribir a sus dos hermanos aún vivos, pero rechazó la idea. De todas formas eran muy jóvenes entonces, y apenas la conocían. Además, estaban embarcados por esas fechas, y Mads, su hermano mayor, había muerto. A los otros dos no podría reprocharles nada.

Por eso tenía delante aquellos seis sobres. Deberían haber sido nueve, pero la muerte se le adelantó en tres de los casos, ya lo sabía; el tiempo había cerrado esos tres capítulos.

La muerte se había llevado a su maestra de la escuela, al médico jefe de servicio de Sprogø y a la directora. Esos se libraron. Los tres que sin ningún esfuerzo podían haber mostrado algo de piedad. O, mejor dicho, podían haber dejado que imperase la ley. Porque los tres cometieron injusticias y errores terribles, y los tres caminaron por la vida convencidos de que habían hecho lo correcto. De que sus obras y su vida habían sido beneficiosas no solo para la sociedad, sino también para las desgraciadas que las padecían.

Y eso era lo que molestaba a Nete. Y de qué manera.

—Nete, ven conmigo —gruñó su maestra. Y como Nete vacilaba, la llevó agarrada de la oreja y la hizo dar una vuelta al edificio de la escuela levantando polvo a su alrededor.

—Condenado monstruo. Niña estúpida, insustancial, ¿cómo te atreves? —gritó, y le dio una bofetada con su mano huesuda. Y cuando Nete, llorando, gritó que no entendía por qué le había pegado, la maestra volvió a pegarle.

Tumbada en el suelo, con aquel rostro furibundo allí arriba, miró alrededor. Pensó que se le mancharía el vestido y su padre se disgustaría, porque debía de haber costado mucho dinero. Trató de ocultarse tras las flores de manzano que caían pausadas de los árboles, tras el canto de la alondra, que vibraba en lo alto por encima de todo, tras las risas despreocupadas de sus compañeros, al otro lado del edificio.

—Se acabó, no quiero saber más de ti, deslenguada, ¿entendido? Eres una blasfema y una cochina.

Pero Nete no entendía. Había estado jugando con los chicos, que le pidieron que se subiera el vestido, y cuando ella lo hizo, riendo, desvelando unas grandes bragas rosas que había heredado de su madre, todos rieron, liberados, porque había sido así

de simple y fácil. Hasta que apareció la maestra y repartió sopapos a diestro y siniestro hasta que el grupo se disolvió y solo quedó Nete.

—¡Pequeña zorra! —gritó, y Nete sabía lo que significaba, de manera que respondió que ella, desde luego, no era eso, y si alguien la llamaba así, lo sería más.

Al oír aquellas palabras, el blanco del ojo de la profesora casi desapareció.

Por eso pegó tan fuerte a Nete tras el edificio de la escuela, y por eso le pateó gravilla a la cara, diciendo a alaridos que no iba a volver a la escuela; y si alguna vez se le presentaba la ocasión, ya iba a enseñar a un mamarracho como ella a ser respondona. Su comportamiento diario en la escuela no la hacía merecer una buena vida. Y lo que acababa de hacer Nete nunca, nunca, nunca se podría reparar. Ya se encargaría *ella* de eso.

Y así fue.

Capítulo 10

Noviembre de 2010

LE quedaban tres horas y media para presentarse ante Mona peinado y con la camisa planchada, con aspecto de alguien con quien una pudiera tal vez tener ganas de pasar una noche de pasión.

Carl miró abatido su rostro gris en el retrovisor cuando aparcó el coche patrulla ante la última casa adosada de Allerød. Aquello iba a ser una misión imposible.

Un par de horas tumbado me vendrán de perlas, pensó un segundo antes de ver a Terje Ploug avanzando por el aparcamiento.

—¿Qué pasa ahora, Ploug? —gritó, saliendo del coche.

Ploug se alzó de hombros.

—Es por el caso de la pistola clavadora. Tenía que oír la versión de Hardy.

—La has oído por lo menos cinco veces.

—Ya, pero igual recordaba algo nuevo, ahora que el caso se ha ampliado.

El sabueso Ploug había husmeado algo, era evidente. Era uno de los más concienzudos de Jefatura. Ningún otro se desplazaría con gusto treinta y cinco kilómetros en busca de un poco de leña para esa hoguera llamada sospecha.

—¿Y recordaba algo?

—Tal vez.

—¿Qué coño quieres decir con «tal vez»?

—Pregúntale tú mismo —dijo, y saludó llevándose dos dedos a la sien.

Ya en el recibidor Morten Holland se precipitó a su encuentro. Era difícil tener algo de intimidad con aquel inquilino.

Morten miró el reloj.

—Menos mal que has venido más temprano, Carl, menos mal. Es que han pasado muchas cosas en casa. No sé si voy a recordarlo todo.

Su respiración entrecortada se intercalaba entre sus frases breves. No era eso lo que Carl necesitaba en aquel momento.

—Para el carro —ordenó Carl, pero aquello no bastaba para detener a un bloque macizo de carne y grasa con un ataque galopante de verborrea.

—Me he tirado *una hora* hablando con Vigga por teléfono. Ha pasado algo gordo, tienes que llamarla *enseguida*.

Carl abatió la cabeza. Si no estaba enfermo antes, iba a enfermar ahora. ¿Cómo diablos podía ser que su mujer, con quien llevaba años sin convivir, todavía pudiera tener una influencia tan manifiesta en sus defensas inmunológicas?

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, cansado.

Pero Morten adelantó las manos a la defensiva y las sacudió con frivolidad. Eso tendría que averiguarlo él.

Encima.

—¿Alguna otra cosa, aparte de que Terje Ploug acaba de estar aquí? —se vio obligado a preguntar. Lo mejor era oírlo todo antes de caer desvanecido.

—Sí, Jesper ha llamado del instituto. Dice que le han robado la cartera.

Carl sacudió la cabeza. ¡Menudo hijo postizo! Casi tres años en el instituto de Allerød y va y lo deja justo antes de los dos últimos exámenes. Notas horribles en todo. Ahora estaba repitiendo en Gentofte, haciendo mudanzas de protesta entre la cabaña de Vigga en Islev y la casa adosada de Carl en Allerød, cada dos por tres una chica nueva en el dormitorio, fiestas y juergas. Pero bueno, así era.

—¿Cuánto dinero llevaba en la cartera? —preguntó.

Vio que Morten pestañeaba. ¿Era *tanto*?

—Pues tendrá que arreglárselas solo —anunció Carl, y entró en la sala.

—Hola, Hardy —saludó en voz baja.

Eso era tal vez lo peor: que nunca se movía en la cama de hospital cuando llegabas. No había un pequeño tirón bajo la sábana a guisa de saludo, ni una mano tendida que estrechar.

Acarició, como tenía por costumbre, la frente de su amigo paralizado, y se cruzó con una mirada azul que solo soñaba con ver cualquier otra cosa que no fuera lo que lo rodeaba.

—¿Viendo las noticias? —observó, indicando con la cabeza la pantalla plana del rincón.

Hardy torció el gesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Acaba de irse Terje Ploug —informó.

—Sí, me lo he encontrado fuera. Me ha dado a entender que podías aportar algo nuevo al caso. ¿He entendido bien?

Carl se retiró un poco cuando empezó a cosquillearle la nariz, pero el estornudo se extinguió por sí mismo.

—Perdona, más vale que esté a distancia. Joder, me parece que me estoy pillando una gripe. Como casi todos en Jefatura.

Hardy trató de sonreír. La palabra enfermo ya no era algo que le preocupase.

—Ploug me ha contado algo más sobre el hallazgo del cadáver de hoy.

—Estaba en un estado deplorable. Descuartizado y distribuido en pequeñas bolsas de basura. Las bolsas frenarían algo la descomposición, claro, pero de todas formas diría que estaba bastante avanzada.

—Ploug dice que han encontrado una bolsa más pequeña que parece ser que estaba cerrada al vacío —comunicó Hardy—. Piensan que ha habido aire caliente

dentro y que después se enfrió de repente. La carne, al menos, estaba bien conservada.

—Vaya. Pues entonces habrá algún rastro de ADN. Tal vez así nos acerquemos a la solución. Me parece, Hardy, que buena falta nos hace a los dos.

Hardy lo miró a los ojos.

—Le he dicho a Ploug que investiguen si el hombre era de origen étnico diferente al nuestro.

Carl ladeó la cabeza y notó que el grifo de la nariz volvía a abrirse.

—¿Por qué?

—Porque Anker me dijo que se había pegado con un puto extranjero la noche que llegó a casa con la ropa ensangrentada, cuando vivía conmigo y con Minna. Y la ropa no estaba ensangrentada como en una pelea, te lo aseguro. Al menos no como en las peleas que he visto.

—¿Qué cojones tiene que ver eso con este caso?

—Sí, lo mismo me pregunto yo. Pero algo me dice que Anker estaba muy pasado, ¿vale? Ya hemos hablado de eso.

Carl asintió en silencio.

—Mañana hablaremos, Hardy. Ahora tengo que echar un sueño de un par de horas, para sacarme esta mierda del cuerpo. Esta noche voy adonde Mona a comer ganso de San Martín y habrá sorpresas, por lo que me ha dicho.

—Pues que te diviertas —replicó Hardy. Sonó amargo.

Carl se dejó caer sobre la cama y se puso a pensar en la cura del sombrero. Por lo que sabía, era una cura que su padre seguía haciendo cuando se ponía enfermo.

«Tumbate en una cama», solía decir. «Cuelga un sombrero de uno de los extremos del pie de cama y luego busca con la mano la botella de priva que debes tener siempre en la mesilla de noche, y bebe hasta que veas un sombrero en cada extremo. Te garantizo que al día siguiente estás curado. Y si no, te importa un bledo ya.»

Sí, la cura era infalible, pero ¿y si tenías que conducir un par de horas después? ¿Y si no querías apestar a alcohol? Porque seguro que Mona no iba a reírle las gracias viéndolo en ese estado.

Dio varios suspiros y se compadeció de sí mismo. De todas formas, echó mano de su botella de Tullamore Dew y tomó un par de sorbos. Tampoco iba a hacerle daño.

Después tecleó en el móvil el número de Vigga, aspiró hondo y esperó, conteniendo la respiración. Solía ayudarlo a tranquilizarse.

—Huy, qué bien que hayas llamado —gorjeó Vigga. Así que el diablo andaba suelto.

—Al grano, Vigga. Estoy demasiado cansado y enfermo para chorradas.

—¿Estás enfermo? Bueno, pues ya hablaremos en otro momento.

¡Santo cielo! Vigga sabía muy bien que él sabía que ella no lo decía en serio.

—¿Es algo de dinero? —quiso saber.

—¡Carl! —exclamó, demasiado contenta. Por eso se dispuso a dar otro sorbo rápido de la botella de whisky. Gurkamal ha pedido mi mano.

El whisky puede escocer bastante en la nariz, y eso mismo experimentó Carl en aquel instante. Tosió varias veces, secó la mucosidad de la punta y no hizo caso de los ojos, que se anegaron de agua.

—Joder, Vigga, eso es bigamia. Estás casada conmigo, ¿recuerdas?

Ella rio.

Carl se incorporó en la cama y alejó la botella.

—¡Oye, tú! ¿Es esa tu manera de pedir el divorcio? ¿Te has pensado que me voy a quedar sentado en la cama un miércoles cualquiera y reír de buena gana mientras me dices que mi mundo se va a desmoronar? Hostias, Vigga, ya te he dicho que no puedo permitirme divorciarme, ya lo sabes. Si hacemos separación de bienes no voy a poder conservar la casa donde vivo. Donde vive tu hijo y donde dos inquilinos tienen su hogar. No puedes pedir eso, Vigga. ¿Por qué no os contentáis tú y ese Carcamal con iros a vivir juntos, sin necesidad de casaros?

—Nuestro Anand Karaj va a celebrarse en Patiala, donde vive su familia. ¿No es fantástico?

—Sooo, para el carro, Vigga. ¿No has oído lo que te he dicho? No puedo permitirme un divorcio ahora. ¿No quedamos en que tendríamos que alcanzar un acuerdo cuando llegáramos a ese punto? ¿Y qué coño es eso del anal carajo del que hablas? No lo entiendo.

—Anand Karaj, tonto. Es la ceremonia en que nos inclinamos ante el libro *Gurú Granth Sahib* para expresar de forma pública que vamos a casarnos.

Carl dirigió una mirada panorámica a la pared del dormitorio. Aún colgaban algunos pequeños tapices de cuando a Vigga le dio por el hinduismo y los misterios de Bali. Pero ¿es que había alguna religión con la que su mujer no hubiera flirteado en una u otra época?

—No entiendo nada, Vigga. ¿Pretendes en serio que me deshaga de trescientas o cuatrocientas mil coronas para que te cases con un hombre con medio kilómetro de pelo en el turbante que va a reprimirte día y noche?

Ella rio como una colegiala que por fin ha conseguido salirse con la suya para perforarse la nariz.

Si Vigga continuaba así, Carl iba a desmayarse en cualquier momento. Alargó la mano, alcanzó un pañuelo de papel de la mesilla y se sonó las narices. Aunque parezca extraño, no salió nada.

—¡Carl! Ya me doy cuenta de que no sabes nada de las enseñanzas del maestro

Gurú Nanak. El sijismo representa la igualdad, la meditación y ganarte la vida de forma honorable. Compartir con los pobres y dar importancia al trabajo. No encontrarás una manera más limpia de vivir que la que practican los sijs.

—Vale, pues si tienen que compartir con los pobres, que empiece Carcamal compartiendo conmigo. Digamos que doscientas mil coronas, y asunto olvidado, ¿vale?

Otra vez aquella risa que parecía interminable.

—Tranquilo, Carl. Pídele el dinero prestado a Gurkamal antes de dármele a mí. Te lo prestará a un interés muy bajo, para que no tengas que pensar en ello. Y he llamado a un tasador de la propiedad para que valore la casa. En este momento las casas adosadas de Rønneholtparken en ese estado de conservación se están vendiendo a uno coma nueve millones, y debemos seiscientos mil, o sea que para quedarte con ella solo tendrás que pagarme la mitad de la diferencia, es decir, la mitad de uno coma tres millones; y además puedes quedarte con los muebles.

¡La mitad! ¡Seiscientos cincuenta mil coronas!

Carl echó la cabeza atrás y apagó el móvil sin decir nada.

Fue como si la conmoción hubiera expulsado el virus de su cuerpo y lo hubiera sustituido por una caja de plumadas sobre el pecho.

Percibió su perfume incluso antes de abrirse la puerta.

—Adelante —dijo Mona, tirándolo del brazo.

La felicidad duró otros tres segundos, hasta que ella cambió el rumbo hacia la sala y lo plantó frente a una figura con un vestido negro, ajustado y ultracorto que estaba encendiendo velas inclinada sobre la mesa.

—Esta es Samantha, mi hija pequeña —la presentó—. Tenía ganas de conocerte.

La mirada que recibió de aquel clon de Mona en versión veinte años más joven no expresaba tanta alegría. Al contrario, pasó una rápida revista a las entradas de las sienes de Carl, al contorno de su cuerpo algo gastado y al nudo de su corbata, que de pronto era demasiado pequeño. Lo que vio no la impresionó, era evidente.

—Hola, Carl —lo recibió, mostrando en su tono la aversión que sentía por los hombres que solía pescar por ahí su madre.

—Hola, Samantha —respondió Carl, tratando de enseñar la dentadura con algo que parecía entusiasmo. ¿Qué coño le había contado Mona de él para que la decepción del rostro de la hija se expresara de forma tan clara?

Las cosas no mejoraron cuando un chaval entró zumbando en la estancia y avanzó luchando hasta las rodillas de Carl, a las que asestó un mandoble con una espada de plástico.

—¡Soy un bandido peligroso! —gritó el monstruo de rizos rubios a quien llamaban Ludwig.

Joder, aquello le hizo olvidar el resfriado. Como aquel día recibiera más sustos, iba a curarse del todo.

Superó el primer plato sonriendo con los ojos entornados, como había aprendido en múltiples películas de Richard Gere, pero cuando llegó el ganso los ojos de Ludwig se abrieron como platos.

—¡Está goteando mocos al plato! —informó, señalando a la punta de la nariz de Carl y activando varias contracciones en el diafragma de su madre.

Cuando el chico empezó a fabular sobre la cicatriz de la sien de Carl, la tildó de asquerosa y no quiso creer que tuviera una pistola, a Carl no le quedaban fuerzas para contraatacar.

Por favor, pensó para sus adentros con la vista alzada al cielo. Si no me ayudas, sé de un chico que va a recibir unos azotes dentro de diez segundos.

El gong que lo salvó no fue ni el saber estar de la bella abuela ni las dotes educativas de la joven madre. No, fue un zumbido en su bolsillo que anunciaba que, gracias a Dios, había terminado el sosiego.

—Perdón —se excusó, levantando una mano hacia las dos mujeres mientras con la otra buscaba el móvil.

—¿Sí, Assad? —preguntó cuando vio su nombre en la pantalla. En aquel momento estaba dispuesto a decir cualquier cosa, por estúpida que fuera, si lo podía beneficiar. Porque iba a largarse de allí.

—Perdona mis molestias, Carl. Pero ¿puedes decirme, o sea, cuántas desapariciones se denuncian al año en Dinamarca?

La crítica frase introductoria podía provocar una respuesta igual de crítica. Perfecto.

—Yo diría que unas mil quinientas. ¿Dónde estás?

Era una frase que siempre sonaba bien.

—Rose y yo seguimos en el sótano. Y de esas mil quinientas denuncias, ¿cuántas crees que se sostienen a fin de año?

—Bueno, depende. Yo diría que unas diez, a lo sumo.

Carl se levantó de la mesa y trató de aparentar una gran concentración.

—¿Ha habido nuevos descubrimientos en el caso? —preguntó. Otra buena frase.

—No sé —respondió Assad—. Eso lo tienes que decir tú. Porque en la misma semana en que desapareció aquella Rita Nielsen de la casa de putas, se denunciaron otras dos desapariciones, y otra más a la semana siguiente, y jamás se ha encontrado a ninguna de esas personas. ¿No te parece que es muy raro? *Cuatro* en tan pocos días, Carl, ¿qué me dices? Es lo correspondiente a medio año normal.

—¡Cielos, voy para allá enseguida!

Fantástica frase de salida, aunque Assad se quedaría algo extrañado. ¿Desde cuándo reaccionaba con tal prontitud?

Carl se volvió hacia los comensales.

—Lo siento. Os habréis dado cuenta de que he estado algo ausente. Por una parte tengo un resfriado tremendo, así que espero no haber contagiado a nadie.

Se sorbió los mocos para recalcarlo, y observó que la nariz estaba reseca.

—Hmm. Y, por otra, tenemos en este momento cuatro casos de desaparición y un horrible asesinato en Amager de los que debemos ocuparnos. Lo siento mucho, de verdad, pero voy a tener que marcharme. De lo contrario, puede pasar algo terrible.

Clavó la mirada en Mona, que ahora parecía más que preocupada. Era una actitud muy diferente a la que adoptaba cuando estaba en la silla de terapeuta.

—¿Se trata del antiguo caso en el que estabas implicado? —preguntó, sin hacer caso de los cumplidos de Carl sobre la cena—. Anda con cuidado, Carl. ¿Sigues sin darte cuenta de cuánto te afecta?

Carl asintió con la cabeza.

—Sí, es ese caso. Pero no te preocupes por mí, no tengo intención de meterme en nada. Estoy *bien*.

Mona frunció el entrecejo. Joder, vaya mierda de cita. Aquello suponía dos pasos atrás. Qué entrada en familia más desafortunada. La hija lo odiaba. Carl odiaba al nieto. Apenas probó el ganso, y los mocos se le cayeron al plato, y ahora Mona tenía que sacar a relucir el maldito caso. Así que seguro que iba a azuzar a aquel psicólogo de pacotilla de nombre Kris contra él.

—Estoy *muy bien* —concluyó, apuntó hacia el chico con el índice estirado y disparó con una sonrisa.

La próxima vez iba a tener que pedir a Mona más detalles sobre sus sorpresas.

Capítulo 11

Agosto de 1987

TAGE oyó el ruido del correo al caer en el buzón y se puso a maldecir. Desde que colocó el cartel de «no deseo publicidad», solo recibía cartas de Hacienda, que no solían traer nada bueno. Por qué coño se ensañaban con las escasas monedas sucias que arañaba poniendo parches a las ruedas, cepillando las bujías de los chavales y limpiando carburadores de motocicletas, era algo que nunca entendió. ¿Preferían tal vez que se pusiera a la cola de la oficina de asistencia pública de Middelfart o se dedicara a los robos en serie en las casas veraniegas de la playa de Skårup como los demás pavos con quienes solía beber?

Alargó la mano hacia una de las botellas de vino de cereza que había entre la cama y la caja de cerveza que usaba de mesilla, comprobó si había llenado algo de la botella durante la noche y luego la acercó a la entrepierna y meó hasta llenarla. Después se secó los dedos en el edredón y se levantó sin prisas. Se estaba cansando de tener a la tartaja de Mette viviendo en su casa, porque el retrete estaba detrás del cuarto de ella, en la planta baja, y donde vivía él, en el taller frente a la casa, las tablas de las paredes estaban podridas, el viento gemía al entrar, y para cuando te dabas cuenta ya era invierno otra vez.

Miró alrededor. Viejas páginas centrales de revistas con chicas desnudas con los pechos manchados de aceite lubricante y las esquinas despegadas. El suelo estaba lleno de bujías, ruedas y piezas de motocicletas, y el aceite de motor salpicaba el suelo de cemento, formando costras. Pocos estarían orgullosos de un sitio así, pero era suyo.

Alargó la mano hacia arriba y encontró el cenicero de la pequeña estantería lleno de buenas colillas. Eligió la mejor, aspiró con calma mientras la brasa se deslizaba el último centímetro hacia sus dedos pringados de aceite, y luego aplastó la colilla.

Después se subió los calzoncillos, atravesó el suelo frío y se dirigió hacia la puerta. Si daba otro paso podría alcanzar justo el buzón del correo. Era una bonita caja de aglomerado cuya tapa se había hecho el doble de gruesa desde que la colocaron, en la mañana de los tiempos.

Primero observó el paisaje urbano. No quería que nadie volviera a quejarse porque estaba en medio de Brenderup con la barriga al aire y los calzoncillos con manchas grises, pasaba del tema. «Tías estrechas que no soportaban la visión de un hombre en la flor de la edad», como solía decir a los colegas del banco donde solía sentarse. Era una palabra bonita, que le encantaba emplear. Estrecha. Sonaba moderno de cojones.

La carta que sacó, aunque pareciera sorprendente, no era un sobre de ventanilla,

de Hacienda o del ayuntamiento, sino un sobre blanco corriente y moliente con sus sellos. Llevaba muchos, muchos años sin recibir una carta así.

Enderezó la espalda. Como si en aquel momento concreto lo estuviera vigilando el remitente o, quizá, más bien como si la propia carta tuviera ojos y fuera capaz de valorar si el receptor era digno del mensaje que portaba.

No reconoció la letra, pero vio su nombre escrito con caligrafía pulcra, que parecía elevarse con elegancia del papel, y eso le gustaba.

Luego dio la vuelta a la carta y notó al instante la adrenalina bombeando sus venas. Sintió calor en las mejillas como un enamorado, y sus ojos se abrieron muchísimo, como los de un hombre acosado.

Aquella carta era lo que menos esperaba, y era de Nete. Nete Hermansen, su prima. Con dirección y todo. Nete, de quien nunca en la vida había creído que volvería a tener noticias. Por razones muy comprensibles.

Aspiró hondo y por un momento pensó volver a meter la carta en el buzón. Como si el viento, la intemperie y el propio buzón estuvieran dispuestos a devorarla. A quitársela de la mano para que no tuviera que enfrentarse a su contenido.

Eso fue lo que sintió.

Mads, el hermano mayor de Nete, había aprendido de su experiencia práctica trabajando en la pequeña propiedad rural de su padre que, como pasaba con el resto de seres vivos, también la gente podía dividirse en dos grupos, en machos y hembras. Y si sabías eso ya no necesitabas saber mucho más, porque el resto vendría por sí mismo. En aquellos dos grupos se dividían los misterios del mundo. Guerra, familia, trabajo y lo que ocurría tras las paredes del hogar. Todo estaba organizado para que una parte u otra de la humanidad se ocupara de ello.

Un día Mads reunió a sus hermanos menores y a su primo en el patio, se bajó los pantalones y señaló su miembro.

—Si tienes uno así, eres de una clase. Y si en su lugar tienes una raja, eres de la otra. Tan simple como eso.

Y los hermanos y Tage rieron, tras lo cual Nete se bajó también las bragas, para de aquel modo tan infantil mostrar una especie de solidaridad y comprensión.

A Tage en concreto le pareció una experiencia estupenda, porque en su casa se desvestían a oscuras, y, a decir verdad, jamás entendió del todo en qué consistía la diferencia entre hombres y mujeres.

Era el primer verano de Tage en casa de su tío paterno. Mucho mejor que pasar aquellos días calurosos en el puerto de Assens y en las estrechas callejuelas donde con los demás chicos fumaba cigarrillos y soñaba con zarpar alguna vez a tierras lejanas.

Se lo pasaban bien Nete y él. Los hermanos gemelos eran también buenos

compañeros, pero Nete era la mejor, a pesar de ser casi ocho años más joven. Era tan fácil estar con ella... Echaba a reír en cuanto él hacía la menor mueca. Estaba dispuesta a las cosas más descabelladas si él se lo pedía.

Para Tage era la primera vez en su vida que alguien lo admiraba, y aquello le encantaba. Por eso se afanaba por ayudarla con las tareas que le ponían.

Cuando Mads y los gemelos se marcharon de la pequeña granja, a Nete solo le quedaron su padre y los días de verano con Tage, y recordaba con nitidez lo duro que era para ella. Sobre todo tras las ocasionales campañas difamatorias en el pueblo y el humor imprevisible y la conducta difícil, y a veces injusta, de su padre.

Nete y él no estaban enamorados, eran amigos íntimos, y en medio de aquella intimidad estaban también al acecho las excitantes cuestiones acerca de las dos clases de gente, y cómo se comportaban entre ellos.

Por eso, fue Tage quien enseñó a Nete cómo se aparean las personas, y por eso fue él quien, sin quererlo, la despojó de todo.

Se sentó con pesadez en la cama, miró hacia la botella que había sobre el torno y sopesó qué sería mejor, beber el vino de cereza antes o después de haber leído la carta.

Mientras tanto, oyó a su inquilina, Mette, haciendo ruido y tosiendo en la sala. No eran sonidos que se suelen relacionar con una mujer, pero ya se había acostumbrado a ellos. También era buena para tenerla bajo el edredón un día frío de invierno, pero que el ayuntamiento no se fuera a imaginar que lo suyo iba en serio y les rebajara el subsidio social.

Sopesó el sobre en la mano y sacó el contenido. Era un papel elegante con flores y doblado dos veces. Al desdoblar el primer pliegue pensó que volvería a ver la misma letra, pero estaba escrita en ordenador con tipografía clara. La leyó rápido para pasar el mal trago cuanto antes, y estaba preparado para un sorbo de vino de cereza cuando llegó al lugar donde ponía que le iba a regalar diez millones de coronas si accedía a reunirse con ella en una fecha dada, en un lugar de Copenhague.

Soltó la carta y la vio planear hasta el suelo de cemento, mientras seguía abriéndose.

Entonces vio que en la parte inferior de la carta había un cheque sujeto con un clip, y que en el cheque estaba escrito su nombre y la cantidad de dos mil coronas.

Nunca había tenido en las manos tanto dinero a esas alturas del mes, fue lo único que se le ocurrió. Todo lo demás era irreal. Los millones, la enfermedad de Nete. ¡Todo lo demás!

¡*Dos mil* coronas, ponía! Ni cuando anduvo en la mar había tenido tanto dinero a fin de mes. Ni siquiera cuando trabajó en la fábrica de remolques, antes de que la trasladaran a Nørre Aaby y lo dejaran en la calle porque bebía demasiado.

Soltó el cheque del clip y lo estiró entre las manos.
Joder, ¡era auténtico!

Nete era divertida y Tage desenfadado. Cuando pusieron al toro con la única vaca de la granja, Nete le preguntó si también él podía tener una erección como la del toro, y cuando le enseñó que podía, ella se partió de risa, como si fuera uno de los chistes que contaban sin parar sus hermanos gemelos. Incluso cuando se besaban, ella lo hacía sin ceremonia y con despreocupación, y a Tage le gustaba. Había ido para experimentar con ella, como tenía por costumbre, aunque ella había empezado a desarrollarse recientemente. Tage estaba muy chulo con su uniforme marrón de soldado, la gorra en la hombrera y el talle estrecho, y funcionó, gracias al toro y a la vaca, que habían llegado a aquella parte de los ritos inevitables del año.

A Nete, Tage le parecía muy mayor y auténtico, y cuando en el desván le pidió que se desnudase y le diera gusto, ella lo hizo sin vacilar. ¿Por qué había de vacilar? Todos decían que era así como se hacía, y era lo que hacían los machos y las hembras.

Y como no les pasaba nada por hacerlo, repitieron de vez en cuando lo que habían aprendido: que nada podía compararse con la dicha que pueden darse los cuerpos y la cercanía física.

Cuando tenía quince años se quedó embarazada. Y aunque ella se alegró y le dijo a Tage que entonces tendrían que estar juntos el resto de su vida, él negó cualquier paternidad. Si era verdad que era el padre de aquel hijo de puta, le gritó, iba a ponerlo en apuros, porque ella era menor de edad, y entonces estaba penado. Joder, no iba a ir a la cárcel por eso.

El padre de Nete creyó la explicación de Nete hasta que molió a palos a Tage y este seguía negándolo. Sus hijos nunca habían reaccionado de esa manera ante aquella especie de interrogatorio directo, así que acabó creyéndolo.

Tage no volvió a ver a Nete. Oía cosas sobre ella y a veces sentía una gran vergüenza.

Al final decidió olvidarse de todo.

Pasó dos días haciendo los preparativos. Se lavó las manos con aceite lubricante, las frotó y fregó hasta que la piel cuarteada se quedó rosa y con aspecto de viva. Se afeitó varias veces al día, hasta que sus mejillas volvieron a estar lisas y pulidas. En la peluquería lo recibieron como al hijo pródigo, y disfrutó de un servicio de lavado, corte y abundante colonia, con la pericia que solo puede aportar un profesional. Se blanqueó los dientes con bicarbonato hasta que le sangraron las encías, y al rato pudo verse en el espejo como un eco de tiempos mejores. Si iba a recibir diez millones, lo

haría con elegancia. Nete debía verlo como si hubiera vivido una vida digna. Debía verlo como el que en otra época la hacía reír y sentirse orgullosa de él.

Aún se estremecía al pensarlo. Cómo, a sus cincuenta y ocho años, iba a elevar su humilde condición para convertirse en una persona de verdad, a la que la gente ya no mirase con malos ojos.

Por la noche soñaba con respeto, envidia y tiempos mejores en otros ambientes. En la puta vida iba a vivir en aquella sociedad mezquina que lo consideraba un apestado. Ni para Dios iba a vivir en un pueblo de mil cuatrocientos habitantes en el que hasta la estación de tren languidecía y el orgullo del pueblo era una fábrica de remolques que hacía tiempo que se había instalado en otro lugar; y ahora también tenían un centro educativo para adultos de nombre tan absurdo como «Escuela Superior Nórdica para la Paz».

Eligió la mayor tienda de ropa de hombre de Bogense y compró un bonito traje brillante azul marino del que el dependiente dijo con una sonrisa de condescendencia que era el último grito, y, tras una gran rebaja de unas pocas coronas, del dinero del cheque le quedó lo justo para comprar gasolina para la motocicleta y un billete de ida y vuelta de Ejby a Copenhague.

Cuando subió a la Velo Solex y atravesó el pueblo envuelto en humo, fue el mejor momento de su vida. Nunca le habían dirigido miradas tan reconfortantes.

Nunca había estado tan preparado para la vida y el destino que le hacía señas desde alguna parte.

Capítulo 12

Agosto de 1987

DURANTE los años ochenta, Curt Wad había visto con gran satisfacción que el giro a la derecha lo apoyaba cada vez más gente, y ahora, a finales de agosto de 1987, casi todos los medios predecían que la derecha iba a volver a ganar las elecciones.

Eran tiempos magníficos para Curt Wad y quienes pensaban como él. El Partido de la Recuperación despotricaba contra los extranjeros, y poco a poco cada vez más congregaciones y asociaciones nacionales cristianas se concentraban en torno a taimados agitadores populistas que blandían el látigo con habilidad contra la depravación y la decadencia moral, sin mostrar la menor sensiblería y sentimentalismo hacia derechos humanos comúnmente aceptados.

Las personas no nacían iguales ni para ser iguales, eso era lo que subyacía al concepto, y la gente tendría que acostumbrarse a la idea y tomarla en cuenta.

Sí, eran buenos tiempos para Curt Wad y lo que representaba. Poco a poco iba surgiendo una corriente favorable para aquellas ideas, tanto en el Parlamento como en algunos movimientos de base, y al mismo tiempo el dinero entraba a raudales en la niña de sus ojos, la asociación Ideas Claras, en la que trabajaba duro por convertirla en un partido con muchas asociaciones locales y representación en Christiansborg. Era casi como volver a los años treinta, cuarenta y cincuenta con ese cambio moral; desde luego, estaba muy lejos de los odiosos años sesenta y setenta, en los que los jóvenes ocuparon las calles predicando el amor libre y el socialismo. En aquella época se mimaba a individuos miserables provenientes de las heces de la sociedad, y el comportamiento asocial se justificaba como un fallo del Estado y de la sociedad.

No, las cosas ya no eran así. En los años ochenta cada cual forjó su propia fortuna. Y muchos lo hicieron muy bien, se notaba, porque todos los días llegaban aportaciones voluntarias a las Ideas Claras de Curt por parte de ciudadanos íntegros y fundaciones solidarias.

Los resultados tampoco se hicieron esperar. En aquel momento había ya dos secretarías para llevar la contabilidad de Ideas Claras y hacer envíos de material, y al menos cuatro de las nueve asociaciones locales estaban creciendo a razón de cinco miembros por semana.

Sí, por fin se había manifestado un amplio rechazo ante los homosexuales, los drogadictos, los delincuentes juveniles, la promiscuidad, la transmisión de malos genes, inmigrantes y exiliados. Y unido a todo eso llegó el sida para recordar lo que en círculos cristianos se describía como «el dedo levantado del Señor».

En los años cincuenta no hacían falta esas reivindicaciones como palanca para combatir el mal; claro que entonces había bastantes menos medios para contraatacar.

Pero eso, que corrían buenos tiempos. La ideología de Ideas Claras se propagaba a la velocidad del rayo, aunque no se decía claramente que no debía mezclarse la mala sangre con la buena sangre.

La asociación de defensa de la sangre no contaminada y de los valores morales de la población y la nación había tenido tres nombres en su historia desde que la fundara el padre de Curt, en su lucha infatigable a favor de la limpieza racial y el enaltecimiento de la vida de los ciudadanos corrientes. En los años cuarenta la llamó Comité contra la Fornicación, después pasó a ser la Sociedad de Daneses y ahora, Ideas Claras.

Lo que se había concebido en la mente de un médico de Fionia, y después perfeccionado en la de su hijo, no era ya una cuestión privada. La asociación contaba con dos mil miembros que pagaban de buena gana la elevada cuota. Ciudadanos respetables, desde abogados, médicos y policías hasta cuidadores de residencias y pastores de la Iglesia danesa. Gente que en su actividad diaria veía muchas cosas criticables y tenía conocimientos y talento para hacer algo al respecto.

Si el padre de Curt viviera, estaría orgulloso de hasta dónde había llevado su hijo esas ideas, igual que lo estaría de cómo había administrado lo que con el paso de los años llamaron La Lucha Secreta. En la que él y otros que pensaban como él hacían todo lo que, siendo ilegal, trataban de legalizar mediante el partido Ideas Claras. En la que se permitían separar los niños que no merecían vivir de los que sí lo merecían.

Curt Wad acababa de terminar una entrevista telefónica para la radio acerca del ideario básico oficial de Ideas Claras, cuando su esposa depositó el montón de cartas ante él, en una franja de luz solar, en medio de la mesa de roble.

Aquellos montones de cartas eran siempre como una bolsa de caramelos surtidos.

Los anónimos los arrojaba a la papelera de inmediato. Eran más o menos una tercera parte.

A continuación estaban las habituales cartas llenas de odio y amenazas; apuntaba el remitente y después las arrojaba al montón del archivo para las oficinistas. Si las secretarias notaban con el paso del tiempo que algunos de los remitentes eran hábiles reincidentes, Curt llamaba por teléfono a los portavoces de los grupos locales, quienes después se encargaban de que el envío de aquel tipo de cartas se detuviera. Había muchos modos de hacer frente a aquello, porque la mayoría de la gente tiene algo que no desea que se haga público, y los abogados, médicos y pastores de la zona tenían muchos archivos en los que mirar. Algunos lo llamarían presionar. Curt lo llamaba defensa propia.

Además, había personas que escribían para pedir que las admitieran en la asociación, y esos casos requerían una atención especial. Las infiltraciones podían ser difíciles de manejar una vez producidas, y por tanto había que mostrar un gran

cuidado. Esa era la razón de que Curt Wad abriera el correo en persona.

Para terminar, estaban las cartas más típicas, que cubrían todo el espectro que va de la veneración al lloriqueo y la furia.

En el último montoncito del correo diario Curt Wad encontró la carta de Nete Hermansen. No pudo evitar sonreír al ver el remite. En todos aquellos años, pocos casos habían salido tan bien como el de ella. Por dos veces en su vida había detenido el comportamiento inmoral y la depravación social de aquella mujer. Menuda putilla.

¿Con qué querría molestarlo ahora aquella desgraciada? ¿Lágrimas o reproches? La verdad es que le daba igual. Para él, Nete Hermansen no era nada, ni antes ni ahora. Que se hubiera quedado sola después de que el imbécil de su marido se matara en un accidente de coche la misma noche en que él la vio por última vez no merecía más que indiferencia.

Desde luego, ella no merecía más.

Puso a un lado el sobre sin abrir, en el montón de las cosas sin importancia. Ni siquiera despertó su curiosidad. Nada que ver con aquella vez, hacía tanto tiempo.

La primera vez que oyó hablar de Nete fue cuando el presidente del consejo municipal escolar acudió a la consulta del padre de Curt con noticias de una chica que se había caído en el arroyo de Puge Mølle y había sangrado del bajo vientre.

—Podría tratarse de un aborto, hay muchos indicios de ello —informó el presidente del consejo—. Y si oímos que los autores han sido unos escolares, no hay que hacer demasiado caso. Fue un accidente, y si lo llaman para que vaya a su casa, doctor Wad, sepa que si hay señales de violencia, habrán sido consecuencia de su caída al arroyo.

—¿Cuántos años tiene la chica? —preguntó Wad padre.

—Quince, más o menos.

—En ese caso, un embarazo no es algo natural —aseguró su padre.

—¡Esa chica tampoco es natural! —dijo con una risotada el presidente—. Hace años que la expulsaron de la escuela a causa de diversas monstruosidades. Invitar a chicos a fornicar, decir groserías, ser de trato y mente simple, y violenta, tanto contra compañeros de escuela como contra su maestra.

Al escuchar esas palabras, el padre de Curt echó la cabeza atrás en señal de comprensión.

—Ya, una de esas —comentó—. De pocas luces, me imagino.

—Desde luego —dijo el presidente.

—Y entre esos buenos escolares que esa niña ignorante podría llevar al banquillo de los acusados, ¿hay quizá alguien que el señor presidente conozca personalmente?

—Sí —respondió, aceptando uno de los cigarrillos puros alineados en una caja en medio de la mesa—. Uno de los chicos es el benjamín de la cuñada de mi hermano.

—Ya veo —comentó el padre de Curt—. En ese caso, puede decirse que ha habido un choque de estratos sociales, ¿no?

Por aquel entonces el joven Curt tenía treinta años y llevaba camino de hacerse cargo de la consulta de su padre, pero nunca había visto una paciente como la chica de la que hablaban.

—¿Qué hace ella? —preguntó Curt, y recibió un gesto de aprobación de su padre.

—Bueno, no sé gran cosa, pero creo que ayuda a su padre en su pequeña granja.

—¿Y el padre es...? —preguntó el padre de Curt.

—Si recuerdo bien, se llama Lars Hermansen. Un hombrachón. Un tipo sencillo.

—¡Ah, sí, ya sé quién es! —exclamó el padre de Curt. Claro que lo conocía. Como que había asistido a la madre cuando nació la niña—. El padre tiene ideas un tanto extrañas, y desde que se murió su mujer su estado ha empeorado. Un tipo de lo más reservado y singular. No es de extrañar que la chica haya salido algo rara.

Y en eso quedaron.

Como era de esperar, el doctor Wad fue requerido en la granja, y allí le dijeron que la chica había estado haciendo el tonto y se había caído al arroyo, donde rodó un poco arrastrada por la corriente, y al final se golpeó con los palos y las piedras de la orilla. Si decía otra cosa, debía de ser por el susto y la confusión. Pero era lamentable que la chica hubiera sangrado. Preguntó a su padre si estaba embarazada.

Curt estaba presente, como en las últimas visitas de su padre, y recordaba con claridad que el semblante del padre de Nete palideció al oír la pregunta, y que sacudió lentamente la cabeza.

El padre dijo que no había razón para mezclar a la Policía.

Por eso nadie se preocupó más.

Al anoecer se renovaron las actividades de la asociación, y Curt Wad se alegraba. Dentro de diez minutos iba a reunirse con tres de los miembros más tenaces y trabajadores de Ideas Claras que no solo tenían estrechos contactos con gente de los partidos de derecha, sino que también mantenían buenas relaciones con funcionarios de los ministerios de Justicia e Interior que observaban con preocupación el desarrollo de los acontecimientos de su país, sobre todo lo relativo a la inmigración y al reagrupamiento familiar. Y la explicación de su compromiso era, como en el caso de sus miembros y sus contactos, bastante simple y lógica: en el momento actual había ya demasiados elementos extranjeros que se habían colado en el país. Individuos inferiores, indeseables.

«Una amenaza para lo danés», se oía por todas partes, y Curt Wad no podía estar más de acuerdo. Todo se reducía a una cuestión de genes, y la gente con ojos oblicuos o piel oscura no podía encajar en una idealización superior de chicas y chicos rubios, grandes y fuertes. Tamiles, pakistaníes, turcos, afganos, vietnamitas... Al igual que el

resto de cosas impuras, había que ponerle freno, y hacerlo de manera efectiva. Sin vacilar.

Aquella noche hablaron largo y tendido sobre los medios a los que recurrir en el trabajo de Ideas Claras; y cuando dos de los hombres se marcharon, quedó aquel a quien mejor conocía Curt. Una magnífica persona y médico, como él, con una lucrativa consulta al norte de Copenhague.

—Hemos hablado muchas veces ya sobre La Lucha Secreta, Curt —comenzó, y lo miró un buen rato antes de continuar—. Conocí a tu padre, y fue él quien me inició en mi responsabilidad cuando lo conocí haciendo el MIR en el hospital de Odense. Era un gran hombre, Curt. Aprendí mucho de él, tanto en el terreno profesional como en el de las cuestiones éticas.

Ambos asintieron en silencio. Para Curt fue motivo de alegría poder tener vivo a su padre hasta cumplir él los sesenta y dos años. Hacía tres años que había muerto, con noventa y siete años y sin desear vivir más; cómo pasaba el tiempo.

—Tu padre me decía que acudiera a ti cuando deseara pasar a la acción —declaró su huésped, y luego hizo una larga pausa, como si se diera perfecta cuenta de que el paso siguiente iba a conducirlo a una eternidad de preguntas difíciles y trampas peligrosas.

—Me alegro —informó Curt por fin—. Pero ¿por qué ahora, si me permites la pregunta?

El huésped arqueó las cejas y se tomó su tiempo antes de responder.

—Bueno, hay varias razones, claro. Una de ellas es nuestra conversación de esta noche. También en el norte de Selandia, donde vivo, tenemos muchos extranjeros, y a menudo inmigrantes íntimamente emparentados entre ellos, pese a lo cual se casan. Como ya sabemos, no es extraño que el resultado de esa clase de endogamia no sean niños sanos.

Curt hizo un gesto afirmativo. Era cierto: desde luego, el resultado eran, sobre todo, muchos niños.

—Y en esos casos me gustaría poder aportar mi grano de arena —añadió en voz baja.

Curt volvió a asentir. Un hombre competente e íntegro más en el rebaño.

—¿Te das cuenta de que vas a dedicarte a un trabajo del que no vas a poder hablar en toda tu vida, bajo ninguna circunstancia, con nadie que no hayamos autorizado para ese trabajo?

—Sí, ya me imaginaba algo así.

—Pocas de las cosas a que nos dedicamos en La Lucha Secreta soportan la luz del sol, pero eso ya lo sabes, por supuesto. Tenemos mucho en juego.

—Sí, ya lo sé.

—Y muchos preferirán verte desaparecer de la faz de la tierra a saber que no eres

capaz de guardar un secreto o que no realizas tu trabajo con la suficiente discreción y solicitud.

El huésped asintió en silencio.

—Sí, es muy comprensible. Estoy seguro de que yo haría lo mismo.

—De manera que ¿estás dispuesto a iniciarte en los procedimientos relativos a las mujeres cuyo embarazo creemos que debe interrumpirse, y que, en consecuencia, debemos evaluar si se deben esterilizar?

—Lo estoy.

—Tenemos una terminología y vocabulario especiales que empleamos en tales situaciones. Contamos con listas de direcciones, hemos diseñado métodos de abortar especiales. Si te inicio en ellos, eres miembro pleno, ¿comprendido?

—Sí. ¿Qué debo hacer para que me aceptéis?

Curt lo miró un rato largo. ¿Tenía la voluntad? Aquella mirada ¿sería igual de sosegada en caso de enfrentarse a la cárcel y el deshonor? ¿Tendría temple para aguantar presiones externas?

—Nadie de tu familia debe saber nada, a menos que participe de forma activa en nuestras intervenciones.

—A mi mujer no le interesa mi trabajo, así que tranquilo —dijo su huésped, sonriendo. Era el preciso instante de la conversación en el que Curt había esperado ver una sonrisa como aquella.

—Bien. Ahora vamos a entrar en mi consulta, allí te desvistes y me dejas examinarte para ver si llevas un equipo de escucha. Después vas a escribir un par de cosas acerca de ti mismo que no desees que sepa nadie en el mundo, aparte de nosotros. Estoy seguro de que, como los demás, también tú tendrás cosas que esconder, ¿verdad? Y, a ser posible, que tenga que ver con tu labor de médico.

Su huésped hizo un gesto afirmativo. No todos lo hacían.

—Entiendo que queréis saber mis secretos para poder presionarme si me entra el canguelo.

—Sí. Tendrás algunos, ¿no?

Hizo otro gesto afirmativo.

—Muchos.

Después de que Curt lo examinara y lo viera firmar la confesión, llegaron las obligadas y severas recomendaciones de lealtad y silencio sobre la actividad e ideología de La Lucha Secreta. Como tampoco aquello arredraba al hombre, Curt le dio unas breves instrucciones para provocar abortos espontáneos sin despertar sospechas y, finalmente, acerca de cuánto tiempo debía transcurrir entre tales tratamientos, a fin de no atraer sobre sí la atención de los forenses y la Policía.

Después vinieron los agradecimientos y la despedida, y Curt se quedó con la grandiosa sensación de que una vez más había trabajado por el bien del país.

Se sirvió un coñac y se sentó a la mesa de roble, tratando de recordar cuántas intervenciones había hecho él.

Hubo muchos casos. Entre otros, el de Nete Hermansen.

Volvió a posar la mirada en su carta, que estaba la primera del montón, y después cerró los ojos recordando con agrado su primer caso, el más memorable.

Capítulo 13

Noviembre de 2010

A aquella hora tan tardía de un oscuro día de noviembre existía algo prometedor en las ventanas que, como ojos luminosos, vigilaban desde los pesados muros de Jefatura. Allí siempre había despachos con casos que no podían esperar. Porque era cuando la ciudad mostraba sus dientes afilados. A esa hora recibían palizas las putas, los camaradas se ponían ciegos de beber y acababan a navajazos, a esa hora buscaban las bandas la confrontación y se vaciaban las billeteras.

Carl había pasado miles de horas en ese edificio mientras las farolas parpadeaban y los ciudadanos decentes dormían tranquilos, pero hacía tiempo de aquello.

Si no hubiera sido por los espantosos suplicios que tuvo que sufrir durante la cena en casa de Mona. Si en lugar de aquella velada desafortunada hubiera estado sentado en el borde de la cama mirando al fondo de los ojos castaños de Mona. Si hubiera sido así, ni se le habría ocurrido mirar quién lo llamaba tan tarde. Pero no fue así, y la llamada de Assad se convirtió, de hecho, en su salvación.

Por eso se aferró a ella, y ahora descendía las escaleras del sótano y miraba sacudiendo la cabeza a Rose y Assad, que venían a su encuentro.

—Pero ¿qué diablos hacéis? —preguntó al pasar junto a ellos—. Assad, ¿te das cuenta de que llevas diecinueve horas seguidas trabajando?

Miró por encima del hombro. El andar de Rose por detrás no parecía tan enérgico.

—¿Y tú, Rose? ¿Qué haces todavía aquí? Tal vez pensáis en amortizar un día libre, ¿es por eso? —preguntó, arrojando el abrigo sobre la silla del despacho—. ¿Por qué no podía esperar hasta mañana ese caso de Rita Nielsen?

Assad alzó sus pobladas cejas hasta que sus ojos enrojecidos se iluminaron, dando un pequeño susto a Carl.

—Estos son los periódicos, entonces, que hemos mirado —informó, dejando caer el montón en la esquina del escritorio de Carl.

—Bueno, pero no los hemos repasado en profundidad —añadió Rose.

Si Carl la conocía bien, aquello era un eufemismo. Reparó también en la sonrisa de Assad. Seguro que habían revisado los periódicos hasta dejar las hojas como papel de fumar, estaba convencido. Primero los archivos del departamento sobre las personas denunciadas como desaparecidas en septiembre de 1987, y después los periódicos. Los conocía.

—No hay en ese período nada que indique algún ajuste de cuentas entre camellos, ni episodios que tuvieran que ver con una violación o algo parecido en la zona —concluyó Rose.

—¿Nadie ha pensado que Rita Nielsen tal vez dejara el coche en otra parte y que

por eso quizá no fuera ella quien aparcó el Mercedes en Kapelvej? —preguntó Carl. A lo mejor no deberíamos buscar en Copenhague. Si no fue ella quien aparcó el coche, puede haber desaparecido en cualquier lugar viniendo hacia aquí desde el transbordador del Gran Belt.

—Sí, ya lo hemos pensado —explicó Rose—. Pero es que, según el informe de la Policía, el dueño del quiosco de Nørrebro la recordaba con nitidez cuando fueron a hablar con él acerca de la tarjeta de crédito. Aquella mañana *estuvo* en Nørrebro.

Carl apretó los labios.

—¿Por qué salió de casa tan temprano? ¿Habéis pensado en eso? —preguntó.

Assad asintió en silencio.

—Creo que no hay duda de que tenía una cita.

Carl estuvo de acuerdo. Era justo lo de la hora de inicio del viaje lo que le había parecido raro. No sales de casa a las cinco de la mañana a menos que tengas una buena razón para ello, y desde luego que no en una profesión como la de Rita Nielsen, que es natural que se desarrolle sobre todo cuando está más oscuro. No, tampoco tenía que ver con los horarios de apertura de los sábados en la capital que hubiera salido tan temprano de casa, de manera que la causa debía de ser que aquella mañana tenía una cita en Copenhague, sin más.

—O alguien estaba citado con ella en Copenhague, y en ese caso ese alguien sabe más sobre su desaparición que nosotros, o bien nunca llegó a la cita; pero entonces alguien debió de darse cuenta —observó—. ¿Creéis que se informó lo suficiente sobre su desaparición?

—¿Lo suficiente?

Assad miró a Rose, que tampoco parecía comprender. Estaba claro, a aquellas horas tenían el nivel de energía por los suelos.

—Sí, al menos lo suficiente para que la gente que había estado o iba a estar en contacto con ella supiera de su desaparición —informó Rose. Y continuó—: Pero escucha, Carl. Nuestros compañeros anduvieron de puerta en puerta durante tres días. Se escribió sobre el suceso en todos los periódicos y en los semanarios locales. Se avisó de su desaparición tanto en la televisión como en las radios nacionales y locales, y nadie reaccionó, con la salvedad del dueño del quiosco.

—De manera que crees que había alguien que de hecho sabía de la desaparición, pero que no quiso hablar. Con eso también sugieres que esas personas podrían ser las causantes de la desaparición. ¿He entendido bien?

Rose entrechocó los tacones e hizo un saludo militar.

—Sí, señor.

—Sí, señor, tu padre. Y decís que por aquellos días hubo más personas desaparecidas de lo habitual, y que no han aparecido, ¿verdad, Assad?

—Sí, y ahora hemos encontrado a otra persona que, o sea, ha desaparecido —

comunicó—. Hemos pedido periódicos de otra semana más para comprobar si hay algo que falta en las listas de las comisarías.

Carl dio la vuelta a su última frase.

—Así que ¿tenemos a cinco personas, incluida Rita, que no han aparecido aún? Cinco personas desaparecidas sin dejar rastro en dos semanas, ¿verdad?

—Sí. Durante las dos semanas en que nos hemos concentrado se denunciaron cincuenta y cinco desapariciones en todo el país, y diez meses después cinco de ellas seguían desaparecidas. Y, por cierto, siguen desaparecidas, veintitrés años más tarde —dijo Rose haciendo un gesto afirmativo—. Creo que es casi el récord de Dinamarca de desaparecidos en tan poco tiempo.

Carl trató de interpretar las ojeras de Rose. ¿Se deberían al cansancio, o lo único que ocurría era que el rímel se había redistribuido por su rostro durante el día?

—A ver —se interesó, y deslizó el dedo por la lista de Rose.

Luego sacó el bolígrafo y tachó uno de los nombres.

—A esta la podemos saltar —dijo, señalando la edad de la mujer y las circunstancias de su desaparición.

—Sí, a nosotros también nos pareció que era demasiado vieja, entonces —indicó Assad—. Y lo digo yo, a pesar de que la hermana de mi padre tiene dos años más, cumplirá ochenta y cinco estas navidades, y de todas formas se pasa el día partiendo leña.

Cuántas palabras para no decir nada, pensó Carl.

—¡Escucha, Assad! Esta mujer estaba demente y desapareció de una residencia de ancianos, así que no creo que partiera mucha leña. Pero ¿los demás de la lista? ¿Los habéis investigado? ¿Hay alguna relación entre ellos y la desaparición de Rita Nielsen?

Al oír eso sonrieron. Joder, cómo sonrieron.

—Venga, soltadlo. ¿Qué es?

Assad dio un pequeño empujón en el costado a Rose, así que debía de ser ella quien lo había descubierto.

—Philip Nørvig, abogado del bufete Nørvig & Sønderskov de Korsør —dijo Rose—. La víspera del partido de balonmano más importante de su hija adolescente, Nørvig le hizo saber que tendría que ir con su madre en lugar de con él, pese a que le había prometido estar en las gradas. Acerca de la razón, lo único que dijo fue que debía acudir a una cita muy importante en Copenhague, y que no podía aplazarla.

—¿Y desapareció?

—Sí. Tomó el tren en Halsskov aquella mañana, y en media hora se plantaría en la Estación Central, y no hay más. Se lo tragó la tierra.

—¿Lo vio alguien bajar del tren?

—Sí. Un par de viajeros habían tomado el tren en Korsør y lo reconocieron. Se

movía en muchas asociaciones de Korsør, así que mucha gente de la zona lo conocía.

—Ah, ahora caigo —dijo Carl sin hacer caso del moco que seguía goteando despacio—. Un destacado abogado de Korsør que desapareció. Sí, corrió mucha tinta con aquel caso. ¿No lo encontraron más tarde en uno de los canales de Copenhague?

—No, o sea, desapareció por completo —lo corrigió Assad—. Debes de estar pensando en otro.

—¿Ese caso estaba colgado en el tablón de anuncios, Assad?

Este asintió con la cabeza. Si era así, seguro que había ya un cordel rojiblanco que lo unía al de Rita Nielsen.

—Has anotado algo sobre el caso, Rose. ¿Qué pone sobre ese Nørvig?

—Nació en 1925 —fue lo único que llegó a decir.

—¿1925? ¡Joder! —reaccionó Carl—. Entonces tendría más de sesenta en 1987. Algo viejo para tener una hija adolescente.

—Escucha el resto antes de volver a interrumpir —dijo Rose, cansada. Su parpadeo se parecía al que suelen emplear las cantantes de rock jubiladas, haciendo girar los ojos rodeados de enormes pestañas cargadas de rímel. Seguro que dentro de nada caería dormida frente a sus narices.

—Nació en 1925 —repitió—. En 1950 se licenció en Derecho en Århus. Abogado pasante en el bufete Laursen & Bonde de Vallensbæk entre 1950 y 1954. En 1954 abrió su propio bufete en Korsør, procurador de la Audiencia Provincial en 1965. Casado con Sara Julie Enevoldsen en 1950 y divorciado en 1973. Dos hijos fruto del matrimonio. Después se casó con su secretaria, Mie Hansen, en 1974. Tuvieron una hija, Cecilie, que nació el mismo año.

En ese punto levantó la mirada de forma elocuente. Así que esa era la razón. Por eso era un padre tan viejo. Una historia más de sexo con la secretaria. Parecía evidente que Philip Nørvig era un hombre que sabía lo que quería.

—Se presentó varias veces a la presidencia de la federación de clubes deportivos locales, y fue elegido en tres ocasiones. Al final ocupó un puesto tanto allí como en el consejo parroquial. Hasta 1982, cuando lo obligaron a dejar sus puestos debido a acusaciones de abuso de confianza en su bufete de abogado. Llegó el juicio, pero lo absolvieron por falta de pruebas. Aun así, perdió muchos clientes y cuando desapareció, cinco años más tarde, tenía retirado el permiso de conducir tras una sentencia por conducir bebido, y su cuenta corriente estaba en números rojos.

—Hmmm.

Carl proyectó el labio inferior y pensó que unos cigarrillos les vendrían bien tanto a su salud como a su actividad mental.

—Carl, no te pongas a fumar ahora... —lo amonestó Rose.

Carl la miró, sorprendido. ¿Cómo diablos...?

—Eh... No sé por qué lo dices, Rose.

Se aclaró la garganta, que comenzaba a picarle.

—Oye, Assad, ¿tienes algo de té en el samovar?

Los ojos castaños se iluminaron un instante, pero después se apagaron.

—Ay, no queda. Pero puedes tomar, entonces, algo de mi buen café, ¿quieres?

Carl tragó saliva. Con aquello seguro que la gripe lo abandonaba cagando leches.

—Que no esté muy fuerte, Assad —dijo con una mirada suplicante. La última vez que tomó su café gastó medio rollo de papel higiénico. Esta vez no quería arriesgarse—. O sea, que lo único que une los dos casos es que ambas personas desaparecen en circunstancias bastante parecidas —continuó—. Ambos tienen que ir a Copenhague ese día. No sabemos cuál era la razón del viaje para Rita Nielsen, pero Nørvig hace saber que se dirige a una reunión. Así que no hay gran cosa para investigar, Rose.

—No olvides el momento, Carl. Desaparecen el mismo día y casi a la misma hora. Eso sí que es raro.

—Me parece que no estoy convencido, Rose. ¿Qué dicen los dos siguientes casos de la lista?

Rose miró los papeles.

—Aquí hay un tal Viggo Mogensen, del que no sabemos nada. Desaparece, sin más. Visto por última vez en el puerto de Lundeborg, donde puso rumbo al Gran Belt en su barquito de pesca.

—¿Era pescador?

—Bueno, era un barco pequeño. Antes había tenido un pesquero, pero fue al desguace. Seguro que por alguna historia de la UE.

—¿Encontraron el barquito?

—Sí, en Warnemünde. Se lo habían quedado unos polacos, que aseguraban que llevaba mucho tiempo en Jyllinge para cuando se lo llevaron. Al menos, no les parecía que a eso se le pudiera llamar robo.

—¿Qué decía la gente del puerto de Jyllinge?

—Decía que era mentira. Que no había ningún barco.

—Y esos polacos ¿no habrán robado el barco y arrojado al dueño por la borda?

—No, estuvieron trabajando en Suecia desde agosto hasta octubre de 1987. Así que no estaban en Dinamarca en la época en que desapareció.

—¿Qué tamaño tenía el barco? ¿Puede haber estado en alguna parte sin que nadie se fijara en él?

—Eso pronto lo descubriremos, entonces —se oyó desde la puerta, por donde apareció Assad con una preciosa bandeja de auténtica plata de imitación labrada.

Carl observó con espanto el tamaño de las tazas de café. Cuanto más pequeñas, peor café. Y aquellas eran diminutas.

—Salud, Carl —brindó Assad, que con su mirada febril parecía necesitar respiración asistida.

Carl se tomó el café de un trago y pensó para sí que no estaba tan malo; la sensación duró cuatro segundos. Después todo su cuerpo reaccionó, como si hubiera bebido una mezcla de aceite de ricino y nitroglicerina.

—Bueno, ¿verdad? —lo animó Assad.

No era de extrañar que tuviera los ojos enrojecidos.

—Bien —dijo Carl con un resoplido—. Vamos a dejar descansar un rato a Viggo Mogensen. Me da en la nariz que no hay que relacionar ese caso con el de Rita Nielsen. Assad, ¿tenemos el caso de Viggo Mogensen colgado del tablón de anuncios?

Assad sacudió la cabeza.

—Se llegó a la conclusión de que, o sea, probablemente sería un accidente debido al alcohol. Un hombre alegre a quien le gustaba tomarse una copa. No un borrachoso, pero sí que le iba la fiesta.

—Borrachuzo, Assad. Se dice borrachuzo, y no me preguntes por qué. ¿Qué más tenemos?

Miró el papel de Rose y trató de reprimir el desagrado producido cuando el brebaje cafeínico llegó a su estómago.

—También tenemos a esta otra —continuó Rose, señalando un nombre de la lista—. Gitte Charles, pone. Nacida en 1934 en Thorshavn, en las islas Faroe. Hija del comerciante Alistair Charles. Sus padres se divorciaron tras la quiebra del negocio de su padre al terminar la guerra, y este regresó a Aberdeen, mientras que Gitte, su madre y su hermano pequeño se mudaron a Vejle. Luego estuvo algún tiempo estudiando en la escuela de enfermería, pero abandonó los estudios y aterrizó en el asilo para dementes de Brejning. Después trabajó de auxiliar por todo el país, y terminó en el hospital de Samsø.

Rose movía la cabeza arriba y abajo a medida que leía el texto.

—Lo que sigue es típico de las personas que de pronto un día van y desaparecen —aseguró—. Escuchad esto. Trabaja en el hospital de Tranebjerg, en la isla de Samsø, entre 1971 y 1980, y parece que cae bien, a pesar de que alguna vez ha estado bebida en el trabajo. Recibe ayuda para su alcoholismo, y todo va como la seda hasta que un día la sorprenden robando alcohol del hospital. Resulta que tiene un problema incontrolable con la bebida, así que de un día para otro la despiden. Pasados unos meses se pone a trabajar de asistenta por horas; acude en bicicleta a las casas de los ancianos y enfermos de la isla, a quienes trata bien, hasta el día que se descubre que les roba, y vuelven a despedirla. Desde 1984 hasta que desaparece, no tiene trabajo y vive de la asistencia social. Joder, vaya carrera.

—¿Suicidio?

—Es lo que se cree. La ven tomar el transbordador a Kalundborg y desembarcar, eso es todo. Iba vestida muy mona, pero nadie habló con ella. Y el caso terminó en el

cajón.

—Así que ¿tampoco está en el tablón de anuncios, Assad?

Este sacudió la cabeza.

—Vivimos, o sea, en un mundo extraño —sentenció.

Qué gran verdad. Y era extraño que pareciera que el resfriado de Carl estaba desapareciendo, mientras sus intestinos se arrodillaban pidiendo clemencia.

—Un momento —se disculpó, y salió pitando hacia el pasillo y el retrete. A pasos cortos y con las nalgas prietas. No iba a volver a tomar aquel brebaje en la puta vida.

Se sentó en la taza con los pantalones medio bajados y la frente en las rodillas. ¿Cómo se podía expulsar algo tan rápido, cuando se empleaba tanto tiempo en comerlo? Era uno de esos enigmas que no tenía la menor gana de resolver.

Se secó el sudor de la frente y trató de pensar en otra cosa. Al menos, el caso estaba en alguna parte de su mente, a su disposición para cuando quisiera. Un pescador de Fionia. Una auxiliar de hospital. Una puta de Kolding y un abogado de Korsør. Si hay algo en absoluto que una a todos, me como el sombrero. La estadística es algo extraña, así que bien podía pasar que en el mismo fin de semana desaparecieran cuatro personas cada una por su lado y sin dejar rastro. ¿Y por qué no?

Era lo que ocurría con las casualidades. Que llegaban como la cosa más lógica del mundo cuando menos las esperabas.

—Carl, hemos encontrado algo —se oyó al otro lado de la puerta del retrete.

—Un momento, Assad, enseguida termino —indicó, sin ninguna intención de hacerlo. No iba a levantarse hasta que cesaran los retortijones de estómago. No quería correr riesgos.

Oyó que se cerraba la puerta que daba al pasillo, y se quedó un rato respirando hondo y con calma, mientras la actividad peristáltica cesaba un momento.

«Hemos encontrado algo», había dicho Assad.

Y Carl se devanó los sesos, sabiendo que algo lo carcomía, pero sin saber qué. Tenía que ver con aquella Gitte Charles, eso ya lo sabía. Pero ¿qué?

Una cosa sí que había advertido en los cuatro casos, y era la edad de los desaparecidos. Rita Nielsen tenía cincuenta y dos años. Philip Nørvig, sesenta y dos. Gitte Charles, cincuenta y tres. Viggo Mogensen, cincuenta y cuatro. No es la típica edad en la que desapareces sin dejar rastro. Antes de esa edad, cuando eres joven y apasionado, sí. Y después, cuando se presentan la enfermedad, la soledad y las decepciones de la vida, también. Pero aquellas personas no eran ni jóvenes ni viejas, todas estaban en ese punto medio, pero no podía deducirse nada de aquello. Pues eso, que la estadística no era una cosa tan sencilla.

Pasada media hora se abrochó el cinturón, con el trasero dolorido y sin duda dos kilos más ligero.

—Assad, haces el café demasiado cargado —observó, dejándose caer en la silla del despacho.

El cabrón de Assad se rio.

—No es mi café, Carl. Te pasa lo mismo que a los demás. Toses, estornudas, te cagas por la pata abajo y puede que tengas los ojos enrojecidos. Dura dos días, lo que pasa, o sea, es que tú eres más rápido. Creo que toda Jefatura ha pasado por el trono, aparte de Rose. Esa tiene una salud de dromedario. A alguien así ya le puedes arrojar bombas de hidrógeno y ébola a la jeta, que lo único que hace es engordar.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Buscando en internet. Volverá, entonces, dentro de nada.

—A ver, ¿qué habéis encontrado?

Carl dudaba de la explicación dada por Assad de los problemas intestinales, porque le bastaba dirigir la mirada a la taza de café para que las sensaciones volvieran. Por eso, para perplejidad de Assad, la cubrió con un pedazo de papel.

—Ah, sí, es lo de Gitte Charles. Que había, o sea, trabajado en un sitio para retrasados mentales. Eso es lo que hemos descubierto.

Carl ladeó la cabeza.

—¿Y...? —preguntó mientras oía ruido de pasos en el corredor.

Rose irrumpió en el despacho con el rostro partido en dos por un bostezo.

—Ya tenemos una conexión entre Rita Nielsen y Gitte Charles, y la conexión es esta —dijo, plantando un dedo en medio de la reproducción en blanco y negro de un mapa de Dinamarca.

Sprogø, ponía.

Capítulo 14

Agosto de 1987

ESTABA sentada pegada al banco, mirando hacia el búnker de Korsgade. Debía de faltar poco para que el drogadicto pasara a su lado con su feo chucho mestizo.

El perro se llamaba *Satanás*, y eso es lo que era. La víspera, aquel pesado monstruo había hincado sus dientes en un cocker spaniel, y solo la resuelta intervención de un joven con buenos zuecos logró que soltara su presa. Claro, el drogadicto lo amenazó con una paliza y con azuzar el perro contra él, pero se quedó en nada. Había demasiada gente alrededor, entre ellos Nete.

No, aquel perro no merecía pavonearse por su ciudad, y por eso tenía pensado matar dos pájaros de un tiro.

A la salchicha que yacía en el extremo de Korsgade, a los pies del viejo búnker de cemento de tiempos de la guerra, le había inyectado tanto extracto de beleño que debería ser suficiente. El perro tragón no iba a poder contenerse, porque la salchicha estaba justo donde solía ponerse a olfatear antes de hacer sus necesidades. Si un perro como aquel lograba tener entre las mandíbulas un bocado como ese, no había hombre en la tierra que pudiera detenerlo. No porque ella pensara que su dueño fuera a hacerlo, ya que no se esmeraba como otros en que su animal no dejara los excrementos por ahí, pero bueno.

A los pocos minutos apareció la bestia jadeante tirando de su dueño por el sendero de Peblinge Dossering. En menos de diez segundos olfateó la presa, y con un rápido movimiento arrambló con la salchicha.

Por lo que vio, ni siquiera la masticó.

Cuando pasaron junto a ella, se levantó sin prisa, comprobó la hora en su reloj de pulsera y los siguió, cojeando.

Sabía que el hombre pasaba de dar la gran vuelta a los cuatro lagos, pero tampoco hacía falta tanto. A aquel paso, tardaría un cuarto de hora en rodear el lago Peblinge, pero eso bastaría, teniendo en cuenta la fuerte concentración del extracto.

Ya en el puente de la Reina Louise parecía que el perro perdía la orientación. Al menos, el drogadicto tuvo que tirar de la correa varias veces, lo que solo provocó que el terco animal orientara el morro en cualquier otra dirección.

Al otro lado del puente, el tipo llevó el perro al sendero que discurría junto al lago y empezó a gritarle, como si su estado se debiera solo a la obstinación, pero dejó de gritar al ver que el perro le gruñía y se volvía hacia él enseñándole los dientes.

Estuvieron congelados en esa posición durante un buen rato, mientras Nete se apoyaba en el pomposo pasamanos del puente y fingía que la vista del lago y el Pabellón la había dejado embelesada.

Pero la razón del embeleso era otra. Vio por el rabillo del ojo que el perro se dejaba caer con pesadez, mirando desesperado alrededor, como si ya no supiera qué estaba arriba y qué abajo. Su lengua colgaba de sus fauces; era uno de los síntomas.

Dentro de poco saltará al lago para beber, pensó, pero no lo hizo. Aquel momento ya había pasado.

El payaso que sujetaba el extremo de la correa no cayó en la cuenta de que algo grave le ocurría al perro hasta que este se echó de lado resoplando y al final se quedó muy quieto.

Con una expresión que querría mostrar confusión a la vez que impotencia, tiró de la correa y gritó «¡Venga, *Satanás!*!», pero *Satanás* no fue a ninguna parte. La salchicha y el beleño habían cumplido su función.

No habían pasado ni diez minutos, y todo había ido como debía.

Estuvo una hora escuchando música clásica en el segundo canal de la radio, porque sosegaba la mente y era tierra abonada para ideas constructivas. Ahora ya conocía el efecto del beleño y ya no le preocupaba. Se trataba de saber si los invitados podrían atenerse al horario según el cual estaban convocados. Al menos ella no tenía dudas de que morderían el anzuelo. Al fin y al cabo, diez millones eran mucho dinero, y en el reino de Dinamarca ¿quién no sabía que ella valía mucho, mucho más? Seguro que muerden el anzuelo, pensó cuando empezaron las noticias.

No parecían muy interesantes. El ministro de Asuntos Eclesiásticos estaba en la RDA, y acababa de empezar el juicio contra un israelí que había desvelado secretos sobre la bomba atómica.

Nete se levantó, y se dirigía a la cocina a preparar el almuerzo cuando oyó que mencionaban a Curt Wad.

Se estremeció como si le hubieran clavado algo afilado. Contuvo la respiración como si fuera el único remedio.

La voz era igual que dos años antes. Arrogante, clara y segura de sí misma. Pero el tema era nuevo.

—Ideas Claras representa mucho más que una reacción ante la sensiblería de la sociedad en la cuestión de los inmigrantes. También nos interesan los nacimientos en los grupos sociales más bajos y débiles. Porque los niños nacidos de padres socialmente desfavorecidos causan, en general, ya sea porque han nacido con taras mentales, se han convertido en adictos a las drogas o están genéticamente predispuestos a tener comportamientos asociales, gran parte de los problemas que debemos soportar a diario en el país, y que además cuesta miles de millones de coronas —anunció, sin dejar resquicio para que el periodista interviniera—. Piense en lo que ahorraríamos si los padres delincuentes no tuvieran derecho a criar niños. La asistencia pública sería casi innecesaria. Las cárceles se vaciarían. O si no tuviéramos

esos gastos desorbitados para inmigrantes sin trabajo, quienes por conveniencia, y con las manos bien metidas en las arcas del Estado, traen aquí a toda su familia y pueblan nuestras escuelas con niños que no conocen nuestra lengua y costumbres. Piense lo que significaría si las familias numerosas que viven de la asistencia pública, que dejan que sus decenas de niños anden por ahí sin supervisión, de pronto no tuvieran ya derecho a traer al mundo tantos niños. Niños a los que de ninguna manera pueden proveer. Porque se trata de...

Nete se dejó caer en la silla y observó las copas de los castaños de Indias. Todo su ser se revolvió. ¿Quién era él para erigirse en juez y decidir quién merecía vivir y quién no?

Curt Wad, por supuesto.

Por un momento sintió ganas de vomitar.

Nete estaba frente a su padre, cuyo rostro tenía una expresión sombría que no le había visto nunca. Sombría y amarga.

—¿Te das cuenta de que te he defendido durante los años que has estado en la escuela, Nete?

Nete asintió en silencio. Bien que lo sabía. Más veces de las que podía recordar los habían llamado para hablar con ellos en el aula oscura, y su padre protestaba por las amenazas de la directora y la tutora, pero al final tiraba la toalla, escuchaba las acusaciones y prometía que su hija se comportaría mejor. Sí, ya se encargaría de enseñarle a temer a Dios y a cuidar su vocabulario. Y sí, en cuanto a su comportamiento licencioso, ya iba a llevarla por la buena senda.

Pero Nete nunca comprendió por qué él podía jurar de forma tan soez, ni por qué no se podía hablar de lo de los machos y las hembras, cuando todo lo que la rodeaba en la granja decía lo contrario.

—Dicen que eres una tonta y una malhablada, y que corrompes cuanto te rodea —la regañó su padre—. Te han expulsado de la escuela y te he conseguido clases particulares, aunque son muy caras. Si al menos hubieras aprendido a leer, pero tampoco fuiste capaz. La gente me mira con antipatía. Soy el granjero cuya hija es la vergüenza del pueblo. El pastor, la escuela, todos están contra ti, y por tanto contra mí. Estás sin confirmar, y encima estás embarazada y dices que es cosa de tu primo.

—Es verdad. Lo hicimos juntos.

—¡Pero *no* es verdad, Nete! Tage dice que no ha hecho nada contigo; entonces, ¿quién ha sido?

—Fuimos Tage y yo; los dos.

—Arrodíllate en el suelo, Nete.

—Pero...

—¡ARRODÍLLATE!

Hizo lo que le pedía y vio que se acercaba con paso lento a la bolsa que había sobre la mesa.

—Toma —dijo, y derramó arroz en el suelo ante ella, dejando un montón del tamaño de una taza—. ¡Come!

Luego puso una jarra de agua a su lado.

—¡Y bebe!

Nete miró alrededor. A la fotografía de su madre, sonriente y delgada en su vestido de novia, a la vitrina con platos y al reloj de la pared, parado hacía muchísimo tiempo. Y nada de aquella estancia la consolaba, nada le ofrecía salida alguna.

—Di con quién has follado, Nete, o come.

—Con Tage. Solo con él.

—Toma —dijo entre dientes su padre, metiéndole el primer puñado de arroz en la boca con manos temblorosas.

Los granos de arroz se le incrustaban en la garganta, pese a que bebía cuanto podía. Y se incrustaron más aún la siguiente vez que tuvo que tragar. Aquellos granitos afilados, puntiagudos, amontonados en el suelo como un monte de azúcar.

Cuando su padre hundió el rostro entre las manos y se puso a llorar e implorar que le dijera quién la había dejado embarazada, se puso en pie de un salto y la jarra se rompió. Cuatro pasos hasta la puerta y había salido. Allí fuera, al aire libre, era segura, rápida y ligera, y conocía el lugar como pocos.

Oyó a su padre gritar por detrás, y después sus gritos sonaron más alejados, pero no la hicieron detenerse. Lo que la detuvo fue un dolor en el diafragma cuando los granos de arroz empezaron a absorber jugos digestivos y líquido. Cuando el estómago se le hinchó y le hizo echar el cuello atrás y jadear en busca de aire.

—¡Ha sido Taaagggeeee! —gritó frente a los juncos y el arroyo que discurría junto a ella.

Después se arrodilló y apretó el vientre con los puños cerrados y tanta fuerza como pudo. Aquello la alivió un poco, pero el estómago seguía inflándose, y entonces se provocó arcadas metiéndose el dedo en la boca, pero todo fue en vano.

—¡Ha sido Tage, madre, díselo a padre! —imploró, llorando y alzando la mirada al cielo. Pero no fue su madre quien le devolvió la mirada. Fueron cinco chicos con cañas de pescar.

—¡Mirad! ¡Es Nete, la Chocho Ardiente! —gritó uno de los chicos.

—¡Chocho Ardiente, Chocho Ardiente! —se unieron los demás.

Nete cerró los ojos. Le dolía todo el cuerpo. El diafragma y el bajo vientre. Lugares de su cuerpo que jamás había imaginado que existieran. Ahora, por primera vez, sintió profundas palpitaciones en uno de sus ojos y a lo largo del cráneo, allí olió por primera vez su propio sudor. Y todo su ser trataba de quitarse el dolor a gritos y de volver a tener su cuerpo intacto.

Pero no podía gritar, por mucho que quisiera, y tampoco pudo responder cuando los chicos le pidieron que se levantara el vestido para poder ver un poco más.

Se daba perfecta cuenta de las expectativas que tenían. Fue entonces cuando por un momento quedaron en evidencia como lo que eran: unos niños recién confirmados, idiotas e ignorantes, que siempre habían hecho lo que sus padres les exigían, y nada más. Y el hecho de que no respondiera no solo los enfureció, también se avergonzaron, y eso era lo peor que podía pasarles.

—¡Es una cerda! —gritó uno de ellos—. ¡Tiene que limpiarse en el río!

Y sin más la agarraron por las piernas, los hombros y la cintura y la arrojaron al río con tanta fuerza como pudieron.

Todos oyeron el golpe sordo cuando cayó con la tripa sobre una roca, y todos la vieron agitar los brazos mientras la sangre empezaba a teñir de rojo el agua entre sus piernas.

Pero nadie hizo nada. Es decir, todos hicieron lo mismo: se largaron.

Y allí, en medio del agua, llegó el grito.

El grito le sirvió de algo, porque su padre la encontró gracias a él, la sacó del agua y la remolcó hasta casa. Fuertes brazos que de pronto actuaban con solicitud. También él vio la sangre y comprendió que su hija ya no era capaz de defenderse.

Luego la metió en la cama, refrescó su bajo vientre con trapos y le pidió perdón por su temperamento fogoso, pero ella no dijo nada. Las punzadas de la cabeza, el bajo vientre y el estómago se lo impedían.

Su padre no volvió a decir palabra acerca de quién la había dejado embarazada, porque ya *no* había niño, era algo evidente. La madre de Nete también tuvo algún aborto espontáneo, no era ningún secreto, y los síntomas eran inconfundibles. Hasta Nete lo sabía.

Al anoecer, cuando su frente se puso muy caliente, su padre llamó al doctor Wad. Una hora más tarde llegó acompañado de su hijo Curt, y no pareció sorprenderse por el estado de Nete. Solo le dijo que habría estado haciendo tonterías y se habría caído al río, era lo que había oído, y por lo que veía, así debió de ocurrir. Dijo que era lamentable que la chica hubiera sangrado, y preguntó a su padre si estaba embarazada. Ni siquiera la examinó.

Nete observó el rostro de su padre cuando este sacudió la cabeza, paralizado por la vergüenza y la indecisión.

—Eso iría contra la ley —dijo su padre en voz baja—. Así que no. No hay por qué meter a la Policía en esto. Un accidente es un accidente.

—Te pondrás bien —la consoló el hijo del médico, mientras le acariciaba el brazo demasiado tiempo y las yemas de sus dedos rozaban sin que nadie lo advirtiera sus pequeños pechos.

Fue la primera vez que vio a Curt Wad, y ya entonces sintió desagrado ante su

presencia.

Más tarde su padre se quedó mirándola un rato, hasta que hizo acopio de fuerzas y decidió destrozarse la vida de ella y la suya propia.

—No puedo tenerte aquí más tiempo, Nete. Hay que encontrar una familia de acogida para ti. Mañana mismo hablo con la comisión.

Cuando terminó la entrevista a Curt Wad, se quedó sentada con el ceño fruncido en la silla del centro del salón. Ni la *Primavera en Fionia* de Carl Nielsen ni los preludios de Bach lograron sosegarla.

Habían dado tiempo de antena a una bestia. Trataron de acorralarlo con preguntas indiscretas, pero únicamente habló él, y muy bien; fue repugnante.

Todo lo que representaba entonces no solo seguía intacto, sino que se había fortalecido en tal grado que le dio miedo. Curt Wad explicaba en público cuál era el objeto de su empresa y el trabajo de la asociación, que pertenecían a ojos vista a otra época. Una época en la que la gente gritaba «¡Heil!», entrechocaba los tacones y asesinaba por su idea demencial de que unas personas eran mejores que otras, y que el derecho a clasificar a las personas entre las que valen para algo y las que no, era su consecuencia lógica.

Tenía que lograr que aquella bestia mordiera el anzuelo. Costara lo que costase.

Todo su cuerpo temblaba cuando encontró su número, e hizo varios intentos hasta que lo marcó bien.

Llamó tres veces hasta que la línea dejó de estar ocupada, también otros habrían oído la entrevista radiofónica, vista la gran actividad. Esperaba que fuera gente que, como ella, lo aborrecía.

No obstante, la voz de Curt Wad no sonó como imaginaba cuando por fin respondió.

—Curt Wad, línea de Ideas Claras —se presentó luego, desvergonzado y directo a más no poder.

Cuando Nete se presentó, él le preguntó escandalizado cómo podía permitirse hacerle perder el tiempo con cartas, y ahora con aquella llamada.

El doctor iba a colgar, pero Nete hizo acopio de valor y dijo con voz calma:

—Tengo una enfermedad terminal, y solo quería decirle que ya he asumido lo que pasó entre nosotros. Le he enviado una carta en la que le explico que podría conceder una gran suma a usted o a las asociaciones relacionadas con usted. No sé si la ha leído, pero desde luego creo que debería hacerlo, y también tomar buena nota de lo que pone, porque el tiempo apremia.

Después colgó suavemente y miró el frasco con el veneno mientras la migraña avanzaba.

Solo quedaban cinco días.

Capítulo 15

Noviembre de 2010

CARL despertó con la mejilla incrustada en el rincón más remoto del despacho y un penetrante olor exótico en la nariz, viendo ante sí un par de ojos escudriñadores y un felpudo de barba de varios días.

—Toma, Carl —dijo Assad, agitando un vaso humeante de un líquido abrasador.

Carl retiró la cabeza de un tirón y sintió el cuello agarrotado, como si estuviera sujeto a un tornillo de banco. Ostras, cómo apestaba el té aquel.

Miró alrededor y recordó que se les había hecho tarde la víspera y que le pareció insoportable volver a casa a dormir. Ahora se olisqueaba las axilas y se arrepentía.

—Té auténtico de Ar Raqqah —dijo Assad con voz ronca.

—Ar Raqqah —repitió Carl—. Suena feo. ¿Estás seguro de que no es una enfermedad? ¿Algo con mucha mucosidad en la garganta?

Assad sonrió.

—Ar Raqqah es una bonita ciudad a orillas del Éufrates.

—¿Del Éufrates? ¿Quién ha oído hablar de té del Éufrates? ¿De qué país, si puede saberse?

—De Siria, por supuesto.

Assad añadió dos cucharadas colmadas de azúcar a la taza y se la ofreció.

—Assad, en Siria no se cultiva té, al menos eso lo sé.

—Té de hierbas, Carl. Has tosido mucho, o sea, por la noche.

Carl estiró los músculos del cuello, pero no sirvió de nada, más bien al contrario.

—¿Y Rose, se ha ido a casa?

—No. Ha pasado la mayor parte de la noche en el retrete. Ahora le toca, entonces, a ella.

—Pues ayer no estaba enferma.

—Pero hoy sí.

—¿Dónde está ahora?

Esperaba que a millas de allí.

—En la Biblioteca Nacional, consultando unos libros sobre Sprogø. Cuando no estaba en el retrete, se informaba en internet. Esto es parte del material —dijo Assad, entregando a Carl varios folios unidos por clips.

—¿Te importa que me restriegue un poco la cara con agua?

—No, hombre; y mientras lo lees come tantos de estos como puedas. Están comprados en el mismo sitio que el té. Son muy, muy, muy buenos.

Había un muy o dos de más en aquella frase, pensó Carl con la vista clavada en el paquete tapizado de signos árabes y la imagen de una galleta ante la cual hasta un

marino naufragado habría vacilado.

Carl dio las gracias y se dirigió con paso inseguro al cuarto de baño para rociarse bien con desodorante. Lo del desayuno se podía arreglar. Lis la del segundo solía tener pastas y chocolate en los cajones.

Así que valía la pena darse una vuelta por allí.

—Me alegro de que hayas venido —lo saludó Lis, dejando a la vista sus paletas cruzadas en una sonrisa demoledora—. He encontrado a tu primo Ronny, y te aseguro que no ha sido nada fácil. Ese tío cambia de domicilio como de camisa.

Carl vio ante sí las dos camisetas descoloridas que solía alternar para dormir, y luego intentó hacer desaparecer la imagen de su mente.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, tratando de mejorar su aspecto poco presentable.

—Ha realquilado un piso en Vanløse, aquí tienes el número del móvil. Es de los de tarjeta, para que lo sepas.

¡Ahí va la pera! Vanløse, por donde pasaba a diario. El mundo era un pañuelo.

—¿Dónde está la cascarrabias? ¿También ella está enferma? —preguntó, apuntando a la mesa de la señora Sørensen.

—No; al igual que yo, tiene bastante aguante —explicó Lis, extendiendo las manos hacia los despachos desiertos—. No como los hombres de aquí, unos flojos. No, Cata está en su cursillo de PNL. Hoy es su último día.

¿Cata? Joder, la señora Sørensen no se llamaba Cata.

—¿Cata es la señora Sørensen?

Lis hizo un gesto afirmativo.

—En realidad se llama Catarina, pero dice que prefiere Cata.

Carl bajó tambaleante las escaleras al sótano.

En el segundo piso reinaba el caos.

—¿Has leído mis folios? —preguntó Rose en el mismo segundo en que percibió a Carl. No tenía buen aspecto.

—No, lo siento. ¿No crees que deberías irte a casa, Rose?

—Luego; antes tenemos que hablar de una cosa.

—Ya lo imaginaba. ¿Qué es todo eso de Sprogø?

—Gitte Charles y Rita Nielsen coincidieron allí.

—Ya. ¿Y...? —dijo, simulando no haber entendido el significado, pero sí que lo entendió. Había hecho un trabajo cojonudo, y los tres lo sabían.

—Debieron de conocerse —aventuró Rose—. Gitte Charles era una de las funcionarias, y Rita, una de las internas.

—¿Interna? ¿Qué significa eso?

—No sabes mucho de Sprogø, ¿verdad, Carl?

—Sé que es una isla que hay entre Selandia y Fionia, que está junto al puente del Gran Belt, y que es la que se veía desde el transbordador cuando había que cruzar el estrecho. Con un faro en medio. Una colina y mucha hierba.

—Ya, y algunas casas, ¿verdad, Carl?

—Sí, es verdad. Desde que hicieron el puente se ven los edificios bastante bien, sobre todo cuando cruzas desde el lado de Selandia. Son amarillos, ¿verdad?

Entonces apareció Assad. Esta vez bien vestido y con varios cortes en la mejilla. Tal vez deberían invertir en una nueva cuchilla de afeitar para él.

Rose ladeó la cabeza.

—Ya sabes que hubo un asilo de mujeres en la isla, ¿verdad, Carl?

—Sí, claro. Ahí encerraban a las mujeres de vida ligera durante un tiempo, ¿no?

—Sí, algo así. Voy a resumir, así que atiende, Carl; y lo mismo te digo a ti, Assad. Levantó un dedo como una maestra de escuela. Estaba en su elemento.

—Empezó en 1923 con un tal Christian Keller, que era jefe de servicio en la asistencia pública danesa. Fue durante varios años director de varias instituciones para dementes, entre otras en Brejning, que por aquel entonces denominaban asilos Keller. Era uno de esos médicos que, ciegamente convencidos de su infalibilidad, consideraban que estaban en condiciones de evaluar y escoger a personas que no estaban capacitadas para ocupar un supuesto «lugar adecuado» en la sociedad danesa.

»La base para sus teorías en torno a la creación de Sprogø eran las ideas eugenésicas y de higiene social acerca del “material hereditario defectuoso”, el nacimiento de niños degenerados y un montón de chorradas más.

Assad sonrió.

—¡Eugenesia! Sí, sí, ya sé qué es eso. Es cuando se cortan los testículos a los niños para que canten con voz aguda. Había muchos de aquellos, o sea, en los antiguos harenes de Oriente Próximo.

—Eso eran eunucos, Assad —lo corrigió Carl, y fue entonces cuando observó la expresión pícara del rostro de Assad. Como si no lo supiera.

—Tranquilo, Carl, estaba de coña. Lo he mirado en el diccionario esta noche. La palabra eugenesia viene del griego, y significa «buen linaje». Ya lo sé. Es una doctrina sobre cómo clasificar a la gente según su origen y entorno.

Dio una palmada amistosa a Carl en el hombro. No había la menor duda de que sabía bastante más que Carl sobre la cuestión.

Luego la sonrisa de Assad desapareció.

—Y ¿sabes qué? Es algo que detesto —confesó—. Detesto eso de que algunos se sientan mejores personas que otros. Lo de la superioridad racial, ya sabes. Lo de clasificar, o sea, a las personas en más valiosas y menos valiosas.

Miró directo a Carl. Era la primera vez que Assad entraba en aquella clase de temas.

—Bueno, de eso se trata cuando eres una persona, ¿no? —hizo constar—. Basta con sentirse mucho mejor que los demás, el resto no importa. Es lo que buscan todos, ¿no?

Carl asintió con la cabeza. Así que Assad había probado la discriminación en carne propia. Pues claro.

—En aquellos tiempos eran todos unos curanderos —continuó Rose—. La verdad es que los médicos no sabían nada. Si una mujer se comportaba de manera asocial, enseguida se convertía en objeto de atención. Sobre todo las mujeres «ligeras de cascos», que se dice. Se hablaba de baja moral sexual, y se señalaba a aquellas mujeres especiales como transmisoras de enfermedades sexuales que daban a luz hijos degenerados. Y para deshacerse de ellas las mandaban a Sprogø sin que mediara sentencia alguna y por tiempo indefinido. Por lo visto, los médicos consideraban que tenían el derecho y la obligación de hacerlo, porque claro, los normales eran los médicos, y las mujeres, las anormales.

Rose estuvo callada un momento para imprimir más peso a la siguiente frase.

—En mi opinión, se trataba de unos médicos estrechos de miras, unos puñeteros hipócritas pagados de sí mismos, siempre dispuestos a ayudar si una comunidad quería deshacerse de una mujer que ofendía los preceptos morales de la burguesía. Y de esa manera aquellos médicos se ponían a la altura de Dios.

Carl asintió en silencio.

—Ya, o del propio diablo —añadió—. Pero, si he de decir la verdad, yo creía que aquellas mujeres eran retrasadas.

Luego se apresuró a matizar:

—No lo digo por justificar el tratamiento que recibieron. Más bien al contrario.

Rose lo interrumpió con un chasquido de lengua despectivo.

—¿Retrasadas? Sí, era lo que se decía. Y es posible que lo fueran según los primitivos y estúpidos tests de inteligencia de los médicos, pero ¿quiénes coño eran ellos para permitirse llamar retrasadas a mujeres que quizá habían vivido toda su vida sin ningún tipo de estímulo? La mayoría de ellas eran casos sociales y punto, pero las trataban como a delincuentes e inferiores. Claro que de vez en cuando había algunas de pocas luces, pero no lo eran ni de lejos todas. Y, que yo sepa, hasta ahora no ha sido nunca delito ser tonto en Dinamarca, porque, de haberlo sido, muchos de los miembros del Gobierno no andarían libres. Lo que hicieron fue un abuso inaceptable. Nada por lo que fueran a recibir una medalla del Tribunal de los Derechos Humanos o de Amnistía Internacional, y que me lleve el diablo si no sigue ocurriendo algo parecido en este país. Piensa en los que están metidos en camisas de fuerza. Los que dejan inconscientes a base de pastillas y pinchazos para que se pudran. Los que

pierden la condición de ciudadanos porque no saben responder unas putas preguntas ridículas.

Rose dijo las últimas frases casi resoplando.

Una de dos: o ha dormido poco o tiene la regla, pensó Carl, rebuscando en el bolsillo las galletas que le había pasado Lis.

Le ofreció una, pero Rose hizo un gesto negativo. Ah, sí, que tenía el estómago revuelto, recordó entonces. Luego ofreció a Assad, pero tampoco quiso. Bueno, así habría más para él.

—Escucha, Carl. Sprogø era una isla de la que las mujeres no podían escapar, ¿lo sabías? Era la antesala del infierno. Consideraban a aquellas mujeres enfermas, pero no les daban ningún tratamiento, porque aquello no era un hospital. Tampoco era una cárcel, así que se quedaban allí por tiempo indefinido. Algunas pasaron casi toda su vida sin contacto con su familia ni con ninguna otra persona fuera de la isla. Y eso ocurrió hasta 1961. Joder, Carl, ha pasado en tu época, ¿te das cuenta?

No cabía duda de que el sentido de justicia de Rose había despertado.

Carl iba a protestar, pero vio que Rose tenía razón. Había sucedido justo en su época, y estaba sorprendido.

—Vale —reconoció con un gesto afirmativo—. Así que aquel Christian Keller deportó a aquellas mujeres a Sprogø porque pensaba que no estaban capacitadas para vivir una vida normal, ¿verdad? ¿Y por eso terminó allí Rita Nielsen?

—Sí, joder, llevo toda la noche leyendo sobre aquella gentuza: Keller y su sucesor en Brejning, Wildenskov. Los dos fueron dueños y señores de aquello desde 1923 hasta dos años antes de que cerrasen la institución en 1961, y en esos casi cuarenta años llevaron a mil quinientas mujeres a la isla por tiempo indefinido; y el lugar no era ningún jardín de rosas, te lo aseguro. Trato duro, trabajo duro. Personal con escasa formación, que consideraba a las «chicas», como las llamaban, personas inferiores, las trataban con brutalidad, obligándolas a prestar obediencia ciega, y las vigilaban día y noche. Si no obedecían, las metían en celdas de castigo. Aislamiento durante días. Y si alguna albergaba alguna esperanza de escapar de la puta isla, ya sabía que podría hacerlo solo tras ser esterilizada. ¡Esterilizada a la fuerza! Les quitaban la vida sexual y órganos sexuales, Carl.

Giró la cabeza a un lado y dio una patada a la pared.

—Joder, era una pasada.

—¿Estás bien, Rose? —preguntó Assad, poniéndole la mano con cuidado en el brazo.

—Esto es ni más ni menos que el peor abuso de poder que pudiera imaginarse —dijo Rose con una expresión en el rostro que Carl nunca le había visto. Después continuó entre dientes—. Que te condenen a vivir en una isla desierta hasta que te pudras. Los daneses no somos ni una pizca mejores que los que más odiamos. Somos

como quienes lapidan a las mujeres infieles, como los nazis, que asesinaban a los retrasados y a otros disminuidos graves. Lo que ocurría en Sprogø ¿no podría compararse acaso con los denominados hospitales mentales soviéticos para disidentes o las instituciones para el tratamiento de disminuidos mentales en Rumania? Pues claro, porque no somos un carajo mejores que ellos, ¿vale?

Y a continuación dio media vuelta y desapareció hacia el retrete. Así que los problemas intestinales no estaban arreglados del todo.

—Uf —dijo Carl.

—Sí, por la noche también ha estado, o sea, muy excitada con todo eso de Sprogø —dijo Assad en voz baja; no quería arriesgarse a que Rose lo oyera—. De hecho, me ha parecido que estaba bastante rara. Puede que nos envíe a Yrsa en su lugar.

Carl achicó los ojos. La sospecha surgía de vez en cuando, y sobre todo ahora.

—¿Crees que Rose ha sufrido esa clase de tratamiento? ¿Es lo que sugieres, Assad?

Este se alzó de hombros.

—Lo único que digo es que hay algo en ella que molesta como un zapato con una piedra dentro.

Carl observó un momento el receptor antes de levantarlo y teclear el número de Ronny.

Tras dejarlo sonar bastante tiempo colgó, esperó veinte segundos y volvió a llamar.

—¿Diga...? —se oyó una voz gastada, cansada y aturdida por la edad, el alcohol y el tren de vida irregular.

—Hola, Ronny —se limitó a decir.

Ninguna reacción.

—Soy Carl.

Ninguna reacción aún.

Luego gritó algo más fuerte, y después más fuerte todavía, y entonces percibió cierta actividad al otro lado de la línea en forma de unos medio ronquidos jadeantes en busca de aire y una tos flemosa producto de los sesenta cigarrillos cuyas colillas seguro que ocupaban su cenicero en aquel momento.

—¿Quién dices que eres? —preguntó después.

—Carl, tu primo. Hola de nuevo, Ronny.

Otro ataque por el receptor.

—¿Qué horas son estas de llamar? ¿Qué hora es?

Carl miró el reloj.

—Las nueve y cuarto.

—¡*Las nueve y cuarto!* Pero ¿estás majara, o qué? Llevo diez años sin noticias

tuyas ¡y vas y me llamas a las nueve!

Y colgó.

Nada nuevo bajo el sol. Carl se lo imaginó. Seguro que desnudo a excepción de los calcetines, que no se quitaba nunca. Seguro también que tenía las uñas larguísimas y una barba de días desigual. Un hombre grande con un cuerpo grande que, se encontrara donde se encontrase en el mundo, donde más a gusto estaba era en la penumbra y con el sol a medio gas. Si le agradaba viajar a Tailandia, desde luego no era por el bronceado.

Antes de transcurrir diez minutos volvió a llamar.

—¿Qué número de teléfono es ese, Carl? ¿De dónde llamas?

—De mi despacho de Jefatura.

—¡No jodas, tío!

—He oído cosas sobre ti, Ronny, así que tenemos que hablar, ¿vale?

—¿Qué has oído sobre mí?

—Que andas contando cosas sobre la muerte de tu padre por todo el mundo en bares de dudosa reputación, y que me involucras a mí.

—¿Quién coño dice eso?

—Otros policías.

—Pues están de la olla.

—¿Puedes venir aquí?

—¡¿A Jefatura?! Tú estás chalado. Oye, ¿te has vuelto senil desde la última vez que nos vimos? Ni hablar, si tenemos que reunirnos, que sea en un sitio que valga la pena, qué cojones.

Al segundo iba a proponer algo que costaba dinero. Algo que tendría que pagar Carl, y que sería algo de beber.

—Ya está, me invitas a una birra y un bocado en el Tivolihall. Lo tienes justo al lado.

—No lo conozco.

—Justo frente al Rio Bravo, *ese* ya sabes dónde está, joder. En la esquina de Stormgade.

Si aquel payaso sabía que Carl conocía el Rio Bravo, ¿por qué coño no proponía reunirse allí?

Concertaron la cita, y luego Carl se quedó un rato pensando qué decirle a aquel imbécil para que le entrase en la cabeza.

Será Mona, pensó cuando el teléfono volvió a sonar. Miró el reloj. Las nueve y media; era bien capaz de llamar. De solo pensarlo, le entró vértigo.

—¿Síí...? —preguntó, pero la voz no era la de Mona, tampoco era sexy. Lo más parecido a un corte de mangas.

—¿Puedes subir un momento, Carl?

Era Tomas Laursen, el perito policial más cualificado de la zona oeste de Copenhague, hasta que lo dejó, asqueado por el trabajo y tras ganar un premio gordo de lotería, que después perdió por unas inversiones fallidas. Ahora estaba de encargado en la cantina del cuarto piso, y lo hacía muy bien, por lo que Carl sabía; ya iba siendo hora de hacerle una visita.

¿Por qué no ahora?

—¿De qué se trata, Tomas?

—Del cadáver que encontraron ayer en Amager.

Lo único que seguía igual en la cantina después de que la dirección de la Policía decidiera adecuarla a los nuevos tiempos era la sorprendente falta de espacio.

—¿Te va bien? —preguntó Carl al hombre fornido, que hizo una especie de gesto afirmativo de perfil a modo de respuesta.

—Desde luego, no creo que vaya a poder pagar el Ferrari que encargué ayer —dijo sonriendo, y se llevó a Carl a la cocina.

La sonrisa desapareció allí.

—¿Te das cuenta de lo alto que habla la gente mientras jama? —dijo en voz baja—. No me había dado cuenta antes de entrar a trabajar aquí.

Abrió una cerveza y se la dio a Carl sin que él la pidiera.

—Escucha, Carl. Si te digo que he oído a alguien hablar de que tú y Bak os habéis estado peleando por el caso de Amager, ¿hay algo de cierto en ello?

Carl tomó un trago. Había mucho que empujar.

—No exactamente por ese caso. ¿Por qué?

—Al menos, Bak anduvo ayer sugiriendo a sus antiguos compañeros de aquí que había algo *sospechoso* en la manera en que te libraste de las balas en el barracón de Amager cuando murió Anker y Hardy se quedó parálítico. Que solo querías que pareciera que te habían disparado. Que era imposible que el rasguño que tenías en la sien te hiciera perder el conocimiento, y que era fácil fingir un tiro así a poca distancia.

—Qué hijo de puta. Debió de decirlo antes de que lo ayudara en el caso del asalto a su hermana. Puto cabrón desagradecido. ¿Y quién va a creer esas habladurías?

Laursen sacudió la cabeza. No quería decírselo. Aunque allí arriba cualquiera debería sentirse seguro para parlotear cuanto quisiera. Siempre que los chismorreos no tuvieran que ver con Laursen, claro.

—Me temo que hay muchos aquí que piensan lo mismo; pero eso no es todo, Carl.

—¿Hay más?

Dejó la botella de cerveza sobre un frigorífico. No quería oler a cerveza cuando bajara al despacho del inspector jefe, para echar más leña al fuego.

—Los forenses han encontrado varias cosas importantes en los bolsillos del cadáver de ayer. Una de ellas es una moneda que se había quedado en un pliegue. Una corona, para ser exactos. Bueno, de hecho han encontrado cinco monedas danesas, pero esa era la más reciente.

—¿De cuándo era?

—De no hace mucho: 2006. Así que el cadáver ha podido estar enterrado a lo sumo cuatro años. Pero había más.

—Sí, ya me imagino. ¿Qué más han encontrado?

—Dos de las monedas del bolsillo estaban envueltas en film transparente, y había huellas dactilares. Del dedo índice derecho de dos personas distintas.

—Vaya. ¿Han descubierto algo más?

—Sí. Las huellas estaban bastante claras y bien conservadas, así que lo de que las monedas estuvieran envueltas en film transparente debía de tener ese objetivo, supongo.

—¿De quiénes eran las huellas dactilares?

—¡Una era de Anker Høyer!

Carl puso los ojos como platos. Se imaginó por un instante el rostro incrédulo de Hardy. Su voz amargada cuando habló de la adicción de Anker a la cocaína.

Laursen volvió a ofrecer la cerveza a Carl, antes de dirigirle una mirada inquisitiva.

—Y la otra huella era tuya, Carl.

Capítulo 16

Agosto de 1987

CURT Wad estuvo un rato sopesando la carta de Nete, y después la abrió con la misma falta de expectativa que habría mostrado si se hubiera tratado de prospectos de algún laboratorio.

En otra época Nete despertó su deseo de cometer abusos, pero después había habido decenas de casos. Entonces, ¿por qué ocuparse ahora de aquella insignificante aldeana? ¿Qué interés podían tener para él sus opiniones e ideas?

Leyó la carta un par de veces y luego la apartó con una sonrisa.

Aquella putilla hablaba de caridad y perdón; no lo hubiera esperado. ¿Por qué había de creer una sola palabra de lo que había escrito?

—Buen intento, Nete Hermansen —declaró—. Pero voy a investigarte bien.

Empujó el cajón superior del escritorio hasta el fondo, hasta que se oyó un clic en una esquina del mueble. Luego empujó un poco la mesa del escritorio hasta que cedió y se desplazó, desvelando un espacio de un centímetro de altura, donde se encontraba su indispensable libreta de direcciones y teléfonos.

Después consultó una de las primeras páginas, marcó el número y se presentó.

—Necesito un número de registro civil, ¿puedes ayudarme? Se trata de una tal Nete Hermansen, puede que aparezca con su apellido de casada, Rosen. Vive en Peblinge Dossering 32, cuarto piso, en Nørrebro, Copenhague. Exacto, es ella. ¿La recuerdas? Sí, su marido tenía talento, pero creo que para ciertas cosas le fallaba el juicio en los últimos años. ¿Ya has encontrado su número de registro? Vaya, qué rapidez.

Escribió el número de registro civil de Nete Rosen y dio las gracias. Recordó a su contacto que le devolvería el favor con sumo gusto si fuera necesario. Así eran las hermandades.

Luego volvió a mirar en la libreta, encontró otro número de teléfono, lo tecleó, dejó la libreta en su sitio y empujó la mesa hasta que volvió a hacer clic.

—Hola, Svenne, soy Curt Wad —se presentó cuando contestaron—. Necesito saber algo de una tal Nete Rosen, tengo su número de registro. Según mis informaciones, debería estar siguiendo un tratamiento en algún hospital en este momento; es lo que quisiera que me confirmaras. Sí, en Copenhague. ¿Cuánto tiempo tardarás en averiguarlo? Bueno, si lo puedes saber hoy mismo, mejor que mejor. ¿Lo intentarás? ¡Bien! Muchas gracias.

A continuación se recostó en su butaca y releyó la carta una vez más. Era extraño, estaba bien escrita y no había ninguna falta de ortografía. Hasta la puntuación era irreprochable, de forma que no había duda de que alguien la había ayudado. Porque

era disléxica, corta de luces y apenas estaba escolarizada. A él no iba a engañarlo.

Sonrió con ironía. Lo más probable era que el abogado la hubiera ayudado. ¿No le había dicho acaso que el abogado estaría presente, en caso de que Curt aceptara la invitación?

Rio en voz alta para sí. Como si pensara aceptarla.

—¿Qué haces riendo para ti, Curt?

Wad se volvió hacia su esposa y meneó un poco la cabeza.

—Es que estoy de buen humor —explicó, y le rodeó el talle con las manos cuando ella se acercó al escritorio.

—Tampoco te faltan razones, amigo mío. Has hecho todo muy bien.

Curt Wad asintió con la cabeza. También él estaba satisfecho.

Cuando su padre se jubiló, Curt se hizo cargo de su consulta y su lista de pacientes, de los historiales médicos fruto del trabajo de toda una vida y de diversos ficheros del Comité contra la Fornicación y de la Sociedad de Daneses. Documentos importantes para Curt, veneno puro en las manos equivocadas, pero no tan venenosos como el trabajo para el que se le pidió que asumiera la dirección: La Lucha Secreta.

Eso consistía no solo en encontrar mujeres embarazadas cuyos fetos no merecieran vivir. También estaba la fatigosa tarea de conseguir introducir en el círculo a más personas cualificadas. Personas que por nada del mundo se arriesgarían a desvelar lo que representaba aquella asociación secreta.

Hubo unos años en los que la consulta de Curt en Fionia funcionó muy bien como centro de la actividad, pero a medida que los abortos provocados se concentraban cada vez más en la región de la capital, decidió romper con el pasado y mudarse a Brøndby, un municipio cercano a Copenhague, no demasiado interesante, pero que estaba en el centro de los acontecimientos. Cerca de los hospitales centrales, cerca de los médicos generalistas y especialistas más competentes con una buena cartera de clientes y, cosa nada insignificante, bastante cerca también de la clientela hacia la que apuntaba La Lucha Secreta.

En aquel municipio suburbano conoció a su esposa Beate a mediados de los años sesenta. Una mujer admirable, y además enfermera, que tenía buenos genes, sentimiento patriótico y don de gentes, cosa de la que Curt supo sacar partido.

Incluso antes de casarse la inició ya en su trabajo, y en lo que se podía lograr si se entregaba a La Lucha Secreta. Había esperado tal vez cierta oposición, y, en el mejor de los casos, nerviosismo por el trabajo, pero, contra todo pronóstico, mostró comprensión e iniciativa. De hecho, fue ella quien estableció contactos con el círculo de enfermeras y comadronas. Al cabo de un solo año había incorporado al movimiento al menos a veinticinco reclutadoras, como las llamaba ella, y a partir de ahí prendió con fuerza. También fue ella quien inventó el nombre Ideas Claras y

propuso que debían intensificar el aspecto político del trabajo de La Lucha Secreta, así como el trabajo práctico.

El ideal de mujer y madre.

—Mira, Beate.

Le tendió la carta de Nete y dejó que la leyera a su ritmo, y ella sonrió mientras la leía. La misma sonrisa simpática que había transmitido a sus dos espléndidos chicos.

—Vaya locuacidad. ¿Qué le vas a responder, Curt? —preguntó—. ¿Puede ser cierto lo que dice? ¿Tiene tanto dinero?

Él asintió en silencio.

—De eso no hay duda, pero tiene pensado algo más que hacerme de oro, puedes estar segura.

Se levantó, corrió una cortina que cubría toda la pared del fondo, y dejó a la vista cinco archivadores grandes de metal verde oscuro que había guardado celosamente durante años. Dentro de un mes habría terminado la construcción de la caja fuerte a prueba de incendios en el antiguo edificio de las caballerizas, que ahora hacía de anexo, y entonces llevarían todo allí. Nadie que no fuera del círculo de allegados podría entrar.

—Ostras, todavía recuerdo el número —dijo riendo, y sacó un cajón del segundo archivador. Después depositó ante ella una carpeta colgante blanco-grisácea—. Toma.

Hacía mucho que no la sacaba; total, ¿para qué? Pero cuando vio la portada, echó la cabeza atrás y su mirada se desenfocó un instante.

Los anteriores sesenta y tres expedientes e historias clínicas los habían llevado a medias su padre y él, pero aquel era solo suyo. Era el primer caso en el que ejerció para La Lucha Secreta.

«Expediente 64», ponía.

—Nació el 18 de mayo de 1937. Ahí va, entonces solo es una semana mayor que yo —comentó su esposa.

Wad rio.

—Sí, pero la diferencia consiste en que tú eres una mujer de cincuenta años que parece una de treinta y cinco, y ella es una mujer de cincuenta años que seguro que parece que tiene sesenta y cinco.

—Veo que estuvo internada en Sprogø. ¿Cómo es posible que se exprese tan bien?

—La habrán ayudado. Es lo que creo yo.

Atrajo hacia sí a su esposa y le apretó la mano. Lo que decía no era cierto. De hecho había entre Nete y Beate un parecido extraordinario, y era su tipo de mujer ideal. Rubias nórdicas de ojos azules con formas suaves y talla adecuada en todas partes. Mujeres de piel lisa y labios que podían hacerte sentir mariposas en el

estómago.

—Dices que tienes razones para creer que piensa cualquier cosa menos hacerte de oro. Pero ¿por qué? En su expediente pone que le hicieron un raspado de útero en 1955, no parece nada grave.

—Nete Hermansen ha tenido siempre varias personalidades, y tiene tendencia a presentar una u otra según le convenga. Se debe, por supuesto, a su imbecilidad, a rasgos patológicos y a un concepto retorcido de sí misma. Por supuesto que sé manejar a ese tipo de personas, pero de todas formas tomo mis precauciones.

—¿Cuáles?

—He hecho una consulta en la asociación. Para saber si está de verdad tan enferma como pretende que creamos en esa carta.

Curt Wad recibió a la mañana siguiente la respuesta a su pregunta, y sus presentimientos se confirmaron.

Ninguna persona con ese número de registro figuraba en el sistema hospitalario público ni en los registros de las clínicas privadas desde el accidente de tráfico de Nete y su marido en noviembre de 1985. Desde su permanencia en el hospital de Nykøbing Falster, y exceptuando un par de controles cada seis meses en aquella clínica y en el Hospital Central, respectivamente, no había nada en absoluto.

¿Qué diablos se traía entre manos Nete Hermansen? ¿Por qué mentía sobre su enfermedad? Estaba claro que pretendía atraerlo a su red con buenas palabras y explicaciones aceptables acerca de la razón por la que tenía que verlo justo entonces. Pero ¿qué se proponía hacer ella si es que aparecía? ¿Pensaba castigarlo? ¿O era quizá un intento de hacerlo quedar en evidencia? ¿No lo creía hombre capaz de cuidar de sí mismo? ¿Pensaba acaso que podía ponerle una grabadora cerca y arrancarle secretos y confesiones?

Rio.

No era más que una tontorrón que pretendía que él cayera en la trampa. ¿Cómo podía creer que fuera a desvelar lo que hizo en el pasado con ella? Todo lo que Nørvig, el abogado, había refutado.

Rio al pensarlo. En menos de diez minutos podía reunir a un grupo de chavalotes de espíritu patriótico acostumbrados a intimidar si era necesario. Si aceptaba la invitación y subía al piso de Nete Hermansen con aquellos mozos al lado, a ver quién castigaba a quién y quién recibía la sorpresa.

Curt Wad rio al pensarlo. Era muy tentador, pero justo aquel día tenían la primera reunión de la nueva asociación local de Hadsten, así que la diversión tendría que dar paso a cuestiones más importantes.

Empujó la carta, que cayó del borde de la mesa a la papelera, convencido de que la próxima vez que Nete intentase algo parecido iba a ver de una vez por todas quién

mandaba allí, y cuáles podían ser las consecuencias.

Entró en su sala de consulta y se tomó su tiempo para ponerse la bata y arreglarla; al fin y al cabo, era el uniforme con que irradiaba la máxima autoridad y talento posibles.

A continuación se sentó a la mesa de cristal, atrajo hacia sí la agenda y examinó sus citas. No era un día atareado. Una solicitud de aborto, tres consultas de fertilidad, otra solicitud, y luego el único caso del día de La Lucha Secreta.

La primera clienta que entró era una joven encantadora y bastante tranquila. Según el médico que la enviaba, una estudiante sana y bien educada que deseaba abortar porque su novio la había dejado y estaba deprimida.

—¿Te llamas Sofie? —preguntó, sonriéndole.

Ella apretó los labios. Estaba ya a punto de desmoronarse.

Curt Wad la miró sin decir nada. Tenía los ojos azules, la mirada amable. Una esbelta frente despejada. Bonitas cejas, y orejas en su sitio. De buenas proporciones, bien entrenada y de manos finas.

—Tu novio te ha dejado, es una lástima, Sofie. Entiendo que te gustaba mucho.

La chica asintió en silencio.

—¿Porque era un chico bueno y guapo?

La chica volvió a asentir.

—Pero igual era bastante tonto, ya que eligió la solución fácil, es decir, alejarse del problema, ¿no?

La respuesta fueron protestas, tal como había previsto.

—No, no es tonto. Estudia en la universidad, que es lo que voy a hacer yo también.

Curt Wad ladeó la cabeza.

—No tienes muchas ganas de abortar, ¿verdad, Sofie?

La chica dejó caer la cabeza y repitió el gesto negativo. Ya estaba llorando.

—Actualmente trabajas en la zapatería de tus padres, ¿no te parece un buen empleo?

—Sí, pero solo para ahora. Mi intención es ir a la universidad.

—¿Qué dicen tus padres acerca de que abortes?

—No dicen nada. Dicen que debo tomar yo la decisión. No se mezclan. Al menos no se entrometen.

—¿Ya has tomado la decisión?

—Sí.

Wad se levantó, se sentó en la butaca junto a ella y tomó su mano.

—Escucha, Sofie. Eres una joven sana, y el hijo del que quieres deshacerte está en este momento a merced de tu decisión. Yo sé que vas a poder ofrecer a tu hijo una vida maravillosa si es que decides cambiar de opinión. ¿Quieres que llame a casa de

tus padres y hable con ellos para saber qué piensan del asunto? Parecen ser unos buenos padres que no desean presionarte. ¿No crees que debería oír lo que tengan que decir? ¿Qué te parece?

La chica alzó la cabeza hacia él, como si Wad hubiera apretado un botón. Alerta y a regañadientes, y con muchas, muchas dudas.

Curt Wad no dijo nada. Sabía que justo en ese punto era importante contenerse.

—¿Qué tal te ha ido el día, Curt? —preguntó Beate mientras le servía otra media taza de té. *Three o'clock tea*, solía llamarlo. Aquellos momentos eran lo mejor de tener la consulta y el domicilio en la misma casa.

—Bien. Esta mañana he convencido a una joven guapa y lista para que no aborte. Se ha desmoronado cuando le he dicho que sus padres deseaban ayudarla de todo corazón. Que podía tener el niño sin temor, y que podía trabajar en la tienda lo mejor que pudiera, y que ellos la ayudarían a cuidar del niño, que no tenía por qué repercutir en sus estudios.

—Bien hecho, Curt.

—Sí, era una chica muy guapa. Muy nórdica. Será un niño guapo para mayor gloria de Dinamarca.

Su esposa sonrió.

—Y ahora ¿qué? Supongo que será algo diferente. ¿Es el doctor Lønberg quien ha enviado a las personas que están en la sala de espera?

—Vaya, te has dado cuenta —admitió Wad con una sonrisa—. Pues sí, es él. Lønberg sigue siendo un hombre bueno para la asociación. Quince envíos de casos parecidos en solo cuatro meses. Desde luego, cariño, has seleccionado para la organización a gente muy efectiva.

Un cuarto de hora más tarde se abrió la puerta de la sala de espera a la de consultas, mientras Curt leía el volante del médico de cabecera. Alzó la vista hacia los pacientes e hizo un saludo amable con la cabeza a la vez que comparaba lo que veía con lo que se deducía de sus papeles.

La descripción era breve, pero de lo más pintoresca.

«La madre, Camilla Hansen, treinta y ocho años, embarazada de cinco semanas. Seis hijos con cuatro hombres diferentes, receptora de ayudas de subsistencia. Cinco de sus hijos reciben educación especial, y el mayor está en este momento ingresado en una institución. El padre del niño sin nacer, Johnny Huurinainen, veintiocho años, asiduo de los servicios sociales, tres estancias en la cárcel por delitos contra la propiedad, drogadicto bajo tratamiento de metadona. Ninguno de los padres tiene estudios más allá de la enseñanza primaria.

»Camille Hansen lleva unas semanas quejándose de dolores al orinar. La causa es una infección por clamidias, pero no se le ha notificado a la paciente.

»Propongo intervenir.»

Curt asintió en silencio para sí. Un hombre bueno en todos los aspectos, aquel Lønberg.

Luego levantó la cabeza hacia la dispar pareja.

Como un insecto que solo funcionase como máquina reproductora, allí estaba la futura madre, con sobrepeso, con ganas de fumar, el pelo desordenado y grasiento, esperando que él contribuyera a que volviera a dar a luz uno más de los hijos completamente inútiles que había parido seis veces. Que permitiera que más individuos engendrados por aquellos dos miserables materiales genéticos de subhumanos poblaran las calles de Copenhague. Pero no iba a hacerlo si tenía la menor oportunidad de evitarlo.

Les sonrió y lo correspondieron con unas expresiones necias de dientes podridos. ¿No sabían ni sonreír como es debido? Desde luego, era lamentable.

—Tienes problemas cuando orinas, ¿verdad, Camilla? Bueno, pues vamos a echar un vistazo. Mientras tanto puedes ir a la sala de espera, Johnny. Seguro que mi esposa te ofrece un café, si lo quieres.

—Prefiero una coca-cola —replicó.

Curt sonrió. Pues tendría su coca-cola. Después de cinco o seis le devolverían a su Camille. Llorando un poco porque el médico había tenido que hacerle un raspado, ignorante de que era la última vez que sería necesario.

Capítulo 17

Noviembre de 2010

CUANDO Carl se recuperó de la conmoción que le produjo saber que el cadáver podrido tenía una moneda con sus huellas dactilares, apretó el brazo de Laursen y le pidió que lo mantuviera informado si se descubría algo nuevo sobre el caso. Cualquier cosa que interesase. Nuevas huellas de los peritos que imaginaba que el departamento desearía ocultar a Carl, o declaraciones de gente que se fuera de la lengua. Carl quería saberlo todo.

—¿Dónde está Marcus? —preguntó al bajar adonde Lis, la del segundo.

—Está reunido con varios grupos —se limitó a responder ella. ¿No era como si evitara mirarlo, o es que estaba ya paranoico?

Luego Lis levantó la cabeza, lo miró y le guiñó el ojo.

—¿Estaba bueno el ganso de anoche, Carl? —quiso saber, acompañando la pregunta con una risa que habría sido censurada en una película de los años cincuenta.

Bueno, si lo que ocupaba su mente era si Carl lo había pasado bien o no bajo el edredón, entonces el rumor de la moneda con sus huellas dactilares no se había convertido aún en el principal tema de conversación del departamento.

Entró en tromba en la sala de reuniones, sin hacer caso de los treinta ojos, más o menos, que se pegaron a él como ventosas.

—Lo siento, Marcus —se disculpó ante el hombre pálido y demacrado que alzaba una ceja, en voz tan alta que todos lo oyeron—. Pero de ciertas cosas hay que hacerse cargo antes de que se descontrolen.

Se volvió hacia los que estaban sentados. Varios de ellos estaban marcados por la diarrea y los mocos de los últimos días. Rostros chupados, ojos enrojecidos y un aspecto bastante agresivo.

—Están circulando rumores acerca de mi papel en el tiroteo de Amager que me hacen quedar bastante mal, y no me hace ni puta gracia. Lo digo ahora, y no quiero volver a oír hablar de la cuestión, ¿entendido? No tengo la más remota idea de por qué hay unas monedas con las huellas dactilares de Anker y mías en el bolsillo del cadáver. Pero si hacéis funcionar esas cabezas abrumadas por la fiebre, será porque la idea era que las encontrarais en algún momento si es que se descubría el cadáver. ¿Me seguís?

Miró al grupo. No puede decirse que la reacción fuera intensa.

—Bien. Pero estamos de acuerdo en que podrían haber enterrado el cadáver en otro sitio, ¿no? Por ejemplo, directamente en la tierra, pero no lo hicieron. Así que todo eso indica que *si* encontrábamos el cadáver, les daba igual; los investigadores se

concentrarían en mirar en la dirección equivocada, ¿no?

Nadie hizo la menor seña, ni para asentir ni para lo contrario.

—Joder, ya sé que hacéis cábalas sobre lo que ocurrió en el tiroteo de Amager y por qué no me he involucrado en el caso desde entonces.

Entonces miró a Ploug, que estaba sentado en la tercera fila.

—Pero Ploug, la razón de que no quiera pensar más en ese caso es sencilla: es que me avergüenzo de lo que sucedió aquel día, ¿vale? Será por eso por lo que Hardy está ahora en mi sala de estar en lugar de en la vuestra, ¿no creéis? Es *mi* manera de enfrentarme a las cosas. No me escapo de Hardy, pero es posible que no hiciera lo que debía en aquella ocasión.

Al oír esto, algunos se removieron en sus sillas. Podría ser una señal de que por fin habían comprendido. O bien podría ser también un problema de almorranas. Cuando se trata de funcionarios en acción, nunca se sabe.

—Una última cosa. ¿Cómo cojones creéis que me sentí al ver de un segundo a otro a mis mejores compañeros, encima de mí, chorreando sangre, cuando también a mí me habían disparado? Me dispararon y me dieron, me apresuro a añadir. Creo que deberíais reflexionar sobre eso. Eso desgasta la psique.

—Nadie te está acusando de nada —lo sosegó Ploug. Por fin una reacción—. Tampoco estamos hablando de ese caso ahora.

La mirada de Carl recorrió la estancia. A saber qué sucedía en el coco de aquellas momias. Varios de ellos lo odiaban de todo corazón. Y el sentimiento era recíproco.

—¡Bien! Pues entonces creo que ya va siendo hora de que el personal de esta puta casa cierre el pico por una puta vez, y piense un poco antes de hablar. ¡Era todo lo que quería decir!

Dio un portazo que retumbó en todo el edificio, y no se detuvo hasta estar frente a su escritorio buscando a tientas unas cerillas para poder encender el puñetero cigarrillo que se estremecía en la comisura de sus labios.

Habían encontrado una moneda con sus huellas dactilares en el bolsillo del cadáver, y no tenía ni idea de cómo había aterrizado allí, ni por qué. Qué putada más descomunal.

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? La pregunta pasaba una y otra vez por su mente. Ahora ya no podía dar la espalda a aquel caso. Joder, qué mal le hacía sentirse.

Aspiró hondo a través de los dientes apretados y volvió a sentir que se le aceleraba el pulso y aumentaba su ritmo cardíaco. Piensa en otra cosa, se dijo. No tenía ni puta gana de volver a encontrarse en el suelo con una presión en el pecho capaz de llevarse por delante a gente de más envergadura y en mejor forma que él.

Cambia de chip, pensó, y cerró los ojos.

En aquel momento había una persona que merecía más que ninguna otra que el huracán que arrasaba su interior la derribase: se trataba de Bak.

—Como hay Dios que voy a hacerte comprender que con Carl Mørck no hay chisme que valga —dijo en voz alta mientras buscaba el número.

—Carl, ¿qué haces hablando contigo mismo? —preguntó Assad desde el hueco de la puerta, con la frente arrugada como una tabla de lavar.

—Nada que te importe, Assad. Solo voy a montarle un pollo a Bak por andar propagando mentiras sobre mí.

—Ya. Pero creo que antes, o sea, deberías oír esto. Acabo de llamar a un hombre llamado Nielsen, de la Academia de Policía, y he hablado con él un poco sobre Rose.

Joder, qué mal momento. Ahora que se había cabreado de aquella manera tan constructiva, ¿iba a tener que dejarlo pasar?

—Pues si no puede esperar, dílo. ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Bien. ¿Recuerdas que la vez que se presentó Rose Marcus nos dijo que no había conseguido ser agente de policía porque suspendió el examen de conducir, que conducía como una mustia?

—Una bestia, Assad. Sí, dijo algo así.

—Es verdad que conducía mal. Nielsen me ha dicho que volcó en una curva y dejó tres coches grandes despachurrados.

Carl hizo un gesto con la cabeza, impresionado.

—¡Caramba! ¿Has dicho tres coches?

—Sí: el que conducía ella, el del profesor del curso de conducción sobre hielo y otro más que pasaba por allí.

Carl trató de imaginarse la situación.

—De lo más efectivo, no cabe duda. Bueno, basta con no dejarle las llaves del coche patrulla —gruñó.

—Eso no es todo, Carl. Rose se convirtió en Yrsa en medio de todo. Y los coches con el culo al aire, entonces.

Carl notó que su mandíbula inferior caía, pero las palabras que salieron de su boca tenían vida propia.

—¡Aleluya y bingo! —dijo, pero quería decir otra cosa. Si Rose se ponía a representar a su hermana gemela Yrsa en una situación así, no se trataba ni de gastar una broma ni de no saber estar. En tal caso, había perdido el contacto con la realidad —. Vaya movida. ¿Qué hicieron entonces los profesores de la Academia de Policía?

—Hicieron que la viera un psicólogo. Para entonces ya había vuelto a ser Rose.

—Santo cielo. Assad, ¿has hablado de ello con Rose? Espero que no.

Assad lo miró decepcionado. Pues claro que no había hablado.

—Hay más, Carl. Estuvo de oficinista en la comisaría del centro antes de venir aquí. ¿Recuerdas, o sea, lo que dijo Brandur Isaksen sobre ella?

—Vagamente. Algo de que chocó con el coche de un compañero al dar marcha atrás, y algo de que echó a perder unos papeles importantes.

—Sí, y luego lo de beber.

—Sí, que terminó follando con un par de compañeros en una fiesta de Navidad en la que se bebió más de la cuenta. Brandur, el puritano de él, me dijo entonces que me guardara de invitarla a beber.

Por un breve instante, Carl pensó con nostalgia en la Lis de los viejos tiempos, antes de que conociera al Frank aquel. En el caso de ella, creía que un poco de alcohol en la fiesta de Navidad no estaba de sobra. Sonrió para sí.

—Lo que pasa es que Brandur estaría celoso de los colegas sobre los que había proyectado su extrañamente camuflado encanto femenino, ¿no crees? Ostras, lo que haga Rose en una fiesta debe ser cosa suya y de quien corresponda, no de Brandur, ni mía ni de nadie más.

—Bueno, yo de las fiestas y demás detalles picantes no sé nada. Pero sí sé que cuando Rose hizo aquello en aquella comida de empresa, volvió a convertirse en Yrsa. Acabo de hablar con varios de la comisaría del centro, y todos lo recordaban.

Las cejas de Assad se arquearon. «Quién lo diría», debía de querer decir.

—Desde luego, Rose no era, porque hablaba con una voz diferente y se comportaba también de otro modo, por lo que me han dicho. Puede que fuera una tercera persona, aunque no estaban seguros de eso —concluyó, mientras las cejas volvían a bajar.

Era justo el tipo de información que *no* había que dar. Una tercera personalidad, por el amor de Dios.

Carl notó que la bronca que había pensado echar a Børge Bak perdía fuelle. Y no le hacía ni puta gracia, porque se la merecía.

—¿Sabes por qué Rose es así? —preguntó.

—No ha estado ingresada, o sea, si te refieres a eso. Pero tengo el número de su madre, puedes preguntárselo a ella.

—¿La madre de Rose?

Aquel Assad no tenía un pelo de tonto. Eso sí que era ir directo al grano.

—¡Bien, Assad! ¿Y por qué no la llamas tú?

—Porque...

Miró implorante a Carl.

—Porque prefiero no hacerlo. Si Rose se entera, es mejor que seas tú con quien se cabree, ¿vale?

Carl dejó caer los brazos, resignado. Estaba claro que aquel día no iban a dejarlo decidir nada.

Agarró el papel que le pasó Assad y le indicó con gestos que se marchara, tecleó el número y esperó. Era un número de teléfono antiguo, con el prefijo 45. Sería de Lyngby o Virum.

Era sin duda un día funesto, pero por lo menos al otro lado de la línea atendieron

a la llamada.

—Yrsa Knudsen —se oyó.

Carl no podía creer lo que estaba oyendo.

—Eh... ¿Yrsa?

Por un momento vaciló, pero oyó a Rose llamar a Assad al fondo del pasillo. Así que seguía dando el callo.

—Ah, perdona —continuó—. Hablas con Carl Mørck, el jefe de Rose. ¿Eres la madre de Rose?

—¡Qué va! —Yrsa emitió una risa profunda—. Soy su hermana.

Anda la osa, así que ¿había una hermana que se llamaba Yrsa? La voz sonaba bastante parecida a la versión que hizo Rose de Yrsa, pero aun así era distinta.

—¿Hermana gemela de Rose?

—¡Nooo! —volvió a reír Yrsa—. No hay mellizos en la camada, pero sí cuatro hermanas.

—¡¡Cuatro!!

Quizá lo dijera demasiado alto.

—Sí. Rose, yo, Vicky y Lise-Marie.

—Cuatro hermanas... Y Rose es la mayor, no lo sabía.

—Sí, aunque solo nos llevamos un año. Nuestros padres intentaron pasar el trago rápido, pero como no salían chicos, pues mami cerró el tapón.

Terminó con una carcajada resollante que, desde luego, era como la de Rose.

—Ya, perdona. Es que llamaba para hablar con vuestra madre. ¿Podría ponerse? ¿Está en casa?

—Lo siento. Madre lleva más de tres años sin aparecer por casa. Parece ser que le gusta más el piso de su nuevo novio en la Costa del Sol.

Volvió a oírse el sonido nasal. Era sin duda una chica alegre.

—Bien, iré directo al grano. ¿Podemos tener una conversación confidencial? Confidencial, digo, para que Rose no sepa por terceros que he llamado.

—¡Pues no, no podemos!

—¡Vaya! Así que ¿vas a decirle a Rose que he llamado? Eso me entristecería.

—No, no he dicho eso. Es que últimamente no vemos a Rose. Pero se lo diré a las demás. No tenemos secretos entre nosotras.

Aquello era muy extraño, nada habitual.

—¡Caramba! Pues entonces te pregunto a ti si Rose ha tenido problemas psíquicos o trastornos de personalidad. ¿Sabes si ha recibido tratamiento por ello?

—Tratamiento, tratamiento... La verdad es que no sé qué decir. Pero sí se tomó la mayoría de las pastillas que le dieron a mi madre cuando murió mi padre. También se ha colocado fumando, esnifando, inhalando y bebiendo, así que algún tratamiento sí que ha tenido. Lo que no sé es si le ha valido de algo.

—Valido ¿para qué?

—Para que dejara de cambiar de personalidad cuando se sentía mal. De preferir ser una de las otras hermanas, o alguna otra persona.

—Con eso me quieres decir que está enferma, ¿verdad?

—¿Enferma? No sé si está enferma. Pero desde luego ¡está de la chaveta!

Eso ya lo sabía Carl.

—¿Ha sido siempre así?

—Hasta donde me alcanza la memoria, sí. Pero la cosa empeoró al morir mi padre.

—Ya veo. ¿Por alguna razón especial? Bueno, perdona, puede que suene algo duro, no es mi intención. ¿Hubo circunstancias especiales en torno a la muerte de tu padre?

—Sí que las hubo. Murió en un accidente laboral. Lo tragó una máquina, y tuvieron que recomponerlo sobre una lona. Una de mis amigas dice que los bomberos lo entregaron en el Instituto Forense diciendo: «A ver si os sirve de algo».

Lo dijo con una tranquilidad pasmosa. Casi con cinismo.

—Lo siento, debió de ser una manera horrible de morir. Me doy cuenta de que tuvo que causaros una profunda impresión. Pero, por lo que veo, fue Rose la más afectada.

—Estaba haciendo una sustitución en la oficina del taller de laminación, y los vio llegar arrastrando la lona por el patio. Así que, claro, fue la más afectada.

Era una historia espantosa, ¿quién no se habría deprimido?

—Entonces, de pronto ya no quiso ser Rose, así de sencillo. Un día se ponía punky, al siguiente iba de dama elegante, o como una de nosotras. No sé si está enferma, pero Lise-Marie, Vicky y yo pasamos de estar con ella, porque de pronto se transforma en una de nosotras, espero que lo entienda.

—¿Por qué crees que se ha vuelto así?

—Ya lo he dicho. Porque está de la chaveta. Usted ya debía de saberlo; si no, no habría llamado.

Carl asintió en silencio. Rose no era la única de la familia que sabía sacar conclusiones.

—Una última pregunta o dos, para satisfacer mi curiosidad. ¿Eres rubia, tienes rizos en el pelo, te encanta el color rosa y usas faldas plisadas?

Del otro lado de la línea retumbó una carcajada.

—Joder, o sea, que ¿ya se ha disfrazado en el trabajo? Sí, soy rubia con rizos. También es verdad lo del color. Por ejemplo, en este momento llevo esmalte de uñas y lápiz de labios de color rosa. Pero hace la tira de años que no me he puesto la falda plisada.

—¿Una falda escocesa?

—Sí, estuvo de moda después de mi confirmación.

—Si miras en el armario, o donde sea que la hayas guardado, creo que vas a descubrir que ya no controlas esa falda.

Después se quedó sonriendo. La verdad es que no sabía mucho de las demás hermanas, aunque no podían ser tan intratables como para que Assad y él no pudieran manejarlas si de pronto aparecieran con el careto de Rose.

Era cierto que el Tivoli hall estaba en la esquina opuesta al Rio Bravo, pero, desde luego, no era tan suntuoso como indicaba el nombre. Al menos, nunca había oído que un sótano de dos metros veinte de altura pudiera llamarse hall.

El primo de Carl estaba en la parte trasera del local que daba a la calle, y a una distancia conveniente de los servicios. Cuando Ronny se plantaba en un sitio así, no solía tener ninguna prisa en ir a otro lugar que no fuera los servicios, para que la vejiga pudiera acompañar al resto de actividades de la parte alta de su corpachón insaciable.

Ronny levantó la mano, como si Carl no fuera a reconocerlo. Eso sí, había envejecido, y también había crecido en corpulencia, pero el resto, por desgracia, estaba intacto. Pelo engominado, no en el mejor estilo rockero de los años cincuenta, sino como un tenor empalagoso de un culebrón argentino para suburbanas escasas de recursos. Vigga habría definido el estilo como baboso. A eso había que añadir una chaqueta de mafioso, tupida y reluciente, y un par de vaqueros que no casaban ni con el resto de la impedimenta ni con Ronny. Un culo enorme y perneras flacas. Sin duda encantadores en una coqueta *signorina* de Nápoles, pero no en él. Tampoco los zapatos puntiagudos con hebilla. En suma, ¡excesivo!

—Ya he pedido —informó Ronny, señalando dos botellas de cerveza vacías.

—Supongo que una sería la mía —se consoló Carl mientras Ronny sacudía la cabeza.

—¡Otras dos! —gritó, y se inclinó hacia Carl—. Me alegro de volver a verte, primo.

Fue al encuentro de las manos de Carl, pero este las retiró a tiempo. Aquello dio tema de conversación a varios parroquianos.

Miró a Ronny a los ojos y resumió en dos frases lo que le había contado Bak acerca de lo que dijo Ronny en un bar de Tailandia.

—Ya —comentó Ronny—. ¿Y qué?

Joder, el tío ni tan siquiera lo negaba.

—Bebes demasiado, Ronny. ¿Quieres que te pida hora en la clínica de Majorgården para que te apliquen el modelo Minnesota? No creas que voy a pagarlo, pero si sigues diciendo en público que mataste a tu padre y que fui tu cómplice, podrías desintoxicarte gratis a cuenta del Estado en una de las estupendas cárceles

que tan generosamente ponen a disposición del público.

—De eso nada, ese caso prescribió hace tiempo.

Ronny sonrió a la camarera de edad que vino con su plato y otras dos cervezas. Un plato de bacalao.

Carl dirigió una breve mirada a la carta. Ciento noventa y cinco coronas costaba aquel pescado masacrado. Seguro que era lo más caro de la carta, pero por sus huevos que lo iba a pagar Ronny.

—Gracias, las cervezas no son para mí —explicó Carl mientras empujaba las dos botellas hacia su primo. Para que no hubiera dudas acerca de quién iba a pagar la cuenta.

Carl se volvió hacia Ronny.

—Los asesinatos no prescriben nunca en Dinamarca —dijo con aspereza, sin hacer caso del respingo de la camarera al oírlo.

—¡Primo! —exclamó Ronny cuando volvieron a estar solos—. No pueden probar nada, o sea que tranquilo, no te pongas así por eso. Mi padre era un cabrón. Es posible que a ti te tratara bien, pero a mí no, ¿no lo sabías? Eso de irse de pesca lo hacía solo para engañar al enemigo e impresionar a tu padre. Pasaba de pescar. Tan pronto como nos fuimos tras las chicas de la carretera, seguro que pensó ponerse bien cómodo en la silla de camping, con su tabaco y sus snaps a mano. Los peces le importaban un huevo. Varios de los que «pescaba» —y dibujó unas comillas en el aire —los llevaba ya de casa, joder. ¿No lo sabías, Carl?

Carl sacudió la cabeza. No tenía nada que ver con el hombre que su padre adoraba y de quien Carl aprendió tanto.

—Eso es mentira, Ronny. Los peces estaban recién pescados, y tu padre no había bebido, lo pone con total claridad en el informe de la autopsia. ¿Por qué dices esas chorradas?

Ronny arqueó las cejas y masticó lo que tenía en la boca antes de responder.

—Eras un crío entonces, Carl. Solo veías lo que querías ver. Y me da la sensación de que sigues siéndolo. Si no quieres oír la verdad, paga y lárgate.

—Bueno, pues cuéntamela. Cuéntame cómo mataste a tu padre y cómo te ayudé yo.

—No tienes más que pensar en los pósteres que tenías en tu habitación.

¿Qué cojones de respuesta era aquella?

—¿Qué pósteres?

Ronny rio.

—No irás a hacerme creer que yo lo recuerdo y tú no.

Carl aspiró hondo. El alcohol había provocado a su primo lesiones cerebrales.

—Bruce Lee, John Saxon, Chuck Norris.

Dio un par de golpes de kárate en el aire.

—¡Bum, bum! *Enter the Dragon. Fist of Fury*. Esos pósteres, Carl.

—¡¿Los pósteres de kárate?! Los tuve poco tiempo. Para entonces hacía años que los había quitado. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¡JEET KUNE DO! —gritó de repente, y el bacalao salió volando de su boca y a los clientes más cercanos estuvieron a punto de caérseles las tazas de la mano—. Era tu grito de guerra, Carl. Aalborg, Hjørring, Frederikshavn, Nørresundby. Si daban una de Bruce Lee en alguno de esos sitios, allí ibas tú. ¿No te acuerdas, tío? En cuanto pudiste ver las prohibidas para menores, allí estabas siempre frente a la taquilla. Así que no puede haber sido hace *tanto* tiempo, ¿no? Por lo que recuerdo, el límite eran dieciséis años, y cuando murió mi padre tenías diecisiete.

—¿De qué cojones hablas, Ronny? ¿Y eso qué tiene que ver?

Su primo volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Tú me enseñaste a golpear con el canto de la mano. Y cuando viste a las chicas en la carretera, ya no miraste atrás. Fue entonces cuando le di un golpe en el cuello. No muy fuerte, con una fuerza intermedia, como me habías dicho que había que hacer si no querías romper el cuello al personal. Me había estado entrenando con las ovejas de la granja. Así que apunté a la yugular, le largué el golpe y después le di una coz, ¡así!

Carl vio que el mantel se estiraba en el extremo. ¡El muy capullo estaba haciendo una demostración!

—Échate atrás, que no quiero que escupas bacalao a mi ropa —lo amonestó—. ¿Sabes una cosa, Ronny? Eso no es verdad ni por el forro, ¿por qué dices esas pijadas? Me despedí de tu padre y nos marchamos los dos juntos. ¿Estás tan traumatizado por tu padre que tienes que inventarte una mentira así para poder seguir viviendo? Qué bajo has caído.

Ronny sonrió.

—Tú mismo. ¿Quieres postre?

Carl hizo un gesto negativo.

—Si vuelvo a oírte hablar de aquel accidente como lo has estado haciendo, por mis cojones que te vas a enterar de lo que es «Jeet Kune do».

Después Carl se levantó, dejando al pobre hombre con los restos de su pescado y seguro que devanándose los sesos en busca de un modo de largarse sin pagar.

Aunque se quedaría sin postre.

—Que subas al despacho de Marcus Jacobsen —le dijo el agente de la entrada cuando regresó.

Como me eche una bronca, me voy a mosquear, pensó mientras subía las escaleras.

—Iré al grano, Carl —hizo saber Marcus incluso antes de que hubiera cerrado la

puerta del despacho—. Y te ruego que me digas la verdad. ¿Sabes quién es Pete Boswell?

Carl arrugó el entrecejo.

—No, no me suena de nada —admitió.

—Esta tarde hemos recibido una llamada anónima en relación con el cadáver de Amager.

—Bien. No me gustan las llamadas anónimas. ¿Qué ha dicho?

—Que la víctima es un inglés. Pete Boswell, de veintinueve años, negro de ascendencia jamaicana. Desapareció en otoño de 2006. Se alojaba en el Hotel Triton y trabajaba en una empresa comercial registrada como Kandaloo Workshop. Comercia con objetos artísticos y muebles de India, Indonesia y Malasia. ¿No te dice nada?

—Ni de lejos.

—Pues es raro que quien llamaba haya dicho que tú, Anker Høye y Pete Boswell teníais una cita el día que desapareció.

—¿Una cita?

Carl sintió que arqueaba las cejas.

—¿Por qué diablos iba yo a tener una cita con un hombre que importa muebles y baratijas? Joder, tengo los mismos muebles desde que me mudé al chalé adosado. No puedo permitirme tener muebles nuevos, y si quiero algo nuevo me voy a Ikea como todo el mundo. ¿Qué coño es todo esto, Marcus?

—Sí, también yo me lo pregunto. Pero ya veremos. Las llamadas anónimas raras veces son fenómenos puntuales —admitió.

Ni una palabra sobre la inoportuna interrupción de la reunión por parte de Carl.

Capítulo 18

Agosto de 1987

GITTE Charles era como un cuadro que en otra época entusiasmaba a su creador y ahora colgaba de una escarpia en el sótano de un marchante, con la firma borrada. En Thorshavn solo su apellido la había hecho sentirse especial, y de adolescente se prometió a sí misma que si alguna vez en su vida aparecía algún pretendiente, ella no iba a perder su apellido. La niña que se llamaba Gitte Charles era una chica fuerte y erguida, y en el recuerdo de Gitte aquella niña era firme como una roca. Todo lo ocurrido en el entretanto no merecía mención.

Cuando un padre va a la quiebra y te abandona, el mundo se desmorona y las grandes expectativas se desvanecen; así era como se sentían Gitte, su madre y su hermano pequeño.

En Vejle encontraron un sustituto seguro, aunque poco agradable, de su antigua vida en un piso que no tenía vistas ni al puerto ni al mar, y pronto los tres miembros de la familia, sin preocuparse de los demás, iban cada uno por su lado. Desde que tenía dieciséis años, y habían pasado treinta y siete desde entonces, no había visto ni a su madre ni a su hermano, y estaba más que satisfecha de ello.

Menos mal que esos dos no saben qué vida tan miserable llevo, pensó Gitte Charles, y dio una calada más profunda al cigarrillo. Llevaba desde el lunes sin beber nada, y estaba a punto de enloquecer. No porque tuviera dependencia del alcohol, que no la tenía, para nada. Pero ese pequeño placer, esa brisa que le atravesaba el cerebro y el picor momentáneo de la lengua la sacaban de aquella especie de nada. Y si tenía dinero, que no era el caso, a fin de mes, una sola botella de ginebra podía convertir un par de días en algo glorioso. No necesitaba más, así que no era alcohólica, no. Solo estaba un poco triste.

Consideró la idea de ir en bici hasta Tranebjerg y ver si quedaba algún anciano de los tiempos de la ayuda a domicilio que tuviera un buen recuerdo de ella. Tal vez un café, al que después podría acompañar una copita de vino de cerezas, oporto o licor.

Cerró los ojos y casi lo saboreó.

Sí, solo una copita de algo le bastaría para poder esperar al cheque de la asistencia social. Era una putada que pasara tanto tiempo entre uno y otro.

Había intentado que le pagaran la ayuda de forma semanal, pero los asistentes sociales ya habían pillado el truco. Si le pagaban una vez por semana, a los pocos días iba a estar con los bolsillos vacíos y la mano extendida, mientras que si le pagaban una vez al mes solo la veían a finales de mes.

Puras medidas prácticas, ya se daba cuenta. Tampoco era ninguna tonta.

Miró los campos y vislumbró a lo lejos el coche del correo avanzando a paso de

tortuga desde la iglesia de Nordby por Maarup Kirkevej. En aquella época del año no había mucha actividad en la isla. Los turistas se habían ido, los hermanos que eran dueños de casi todo en la isla se habían refugiado en sus centros de maquinaria agrícola, y el resto solo esperaba al telediario y a que llegara la primavera.

Llevaba casi dos años viviendo en aquel anexo a una granja cuyo propietario nunca tenía contacto con ella. Era una vida solitaria, pero Gitte estaba acostumbrada. Constituía, en muchos sentidos, el paradigma de una isleña. Los años pasados en las islas Faroe, en Sprogø y ahora en Samsø habían sido mucho mejores que los que vivió en grandes ciudades, donde la gente se pisa los talones, pero no tiene relación con los demás. No, las islas estaban hechas para gente como ella. Allí se controlaba mejor todo.

El coche del correo se detuvo en el patio de la granja, y el cartero salió con una carta. El granjero no solía recibir correo a menudo. Era de los que les basta con la publicidad del súper de Maarup, y sus conocidos habían actuado en consecuencia.

Gitte se quedó asombrada. ¿El cartero había metido la carta en su buzón? ¿Se habría equivocado?

Cuando el coche partió se arrebuja en la bata, fue al buzón en zapatillas, a pasitos cortos, y abrió la tapa del buzón.

La dirección estaba escrita a mano, y hacía años que no recibía una carta así.

Aspiró hondo por la emoción, dio la vuelta al sobre y sintió que la sorpresa y el asombro oprimían su diafragma como una losa. «Nete Hermansen», ponía.

Leyó el nombre del remitente varias veces, y después se sentó a la mesa de la cocina y buscó a tientas unos cigarrillos. Estuvo un buen rato mirando la carta, y trató de imaginar su contenido.

¡Nete Hermansen! Qué lejos quedaba aquella época.

A finales del verano de 1956, justo seis meses después de cumplir Gitte veintidós años, tomó el barco postal de Korsør a Sprogø con la cabeza llena de expectativas, pero en realidad sin saber mucho sobre el sitio que iba a ser su hogar durante varios años.

Había consultado con el jefe de servicio de Brejning para saber si podía ser un lugar adecuado para ella, y él la observó con sus recias gafas de concha, y sus ojos, siempre cálidos y sabios, la miraron de un modo que hablaba por sí solo. Le dijo que una chica joven, sana y natural como ella no podía hacer más que el bien en un lugar así; y en eso quedaron.

Gitte tenía experiencia con retrasados. Algunos podían ser bastante tercos, pero la inmensa mayoría eran fáciles de tratar. Se decía que las chicas de aquella isla no eran tan tontas como las que había en su departamento de Brejning, y eso le parecía bien.

Estaban todas en grupo en el muelle, con sus largos vestidos a cuadros, sonrientes

y saludando con la mano, y Gitte solo pensó que tenían el pelo feo y que sus sonrisas eran demasiado amplias. Después se enteró de que a la mujer a la que debía relevar la odiaban. Que las chicas habían contado los días que faltaban para que llegara el barco postal y se la llevara.

Tal vez se debiera a eso que la recibieran con abrazos y palmadas por todo el cuerpo.

—¡Oooh, me gustas mucho! —exclamó una chica que era el triple de corpulenta que las demás, mientras apretujaba a Gitte, que tuvo cardenales en el cuerpo durante varios días. Se llamaba Viola, y sus maneras espléndidas iban a resultar excesivas.

Así que era esperada y bienvenida.

—Veo por la documentación de Brejning que te gusta decir que eres enfermera; has de saber que no voy a apoyar esa denominación, pero tampoco voy a protestar si sigues llamándote así. Aquí no hay personal titulado, así que tal vez pudiéramos mejorar un poco el trabajo, si es que el resto de las funcionarias piensan que eres un buen modelo a seguir. ¿Te parece bien?

En las dependencias de la directora no hubo sonrisas, pero al otro lado de la ventana, en el patio, había un grupo de chicas partiéndose de risa y dirigiéndole miradas furtivas. Parecían espantapájaros con el pelo a lo paje, todas apretadas unas a las otras y haciendo muecas.

—Tus papeles están bien, pero has de saber que tu pelo largo puede despertar necesidades no deseadas en las chicas, así que voy a pedirte que lo recojas en una redecilla cuando estés con ellas.

»Me he ocupado de que tu cuarto esté limpio y preparado, y espero que en adelante te encargues tú de esos menesteres. Aquí somos más limpias y escrupulosas con esas cosas que en el sitio de dónde vienes, para que lo sepas. Siempre ropa limpia, también las chicas, y la higiene matutina es obligatoria.

Hizo un gesto con la cabeza a Gitte y esperó a que ella correspondiera. Y lo hizo.

La primera vez que reparó en Nete fue cuando, horas más tarde, atravesó el comedor de las chicas para ir al de las funcionarias, que se encontraba justo a continuación.

La chica estaba sentada al lado de la ventana mirando al agua, como si fuera lo único que existía para ella. Ni las otras chicas sentadas a su alrededor voceando, ni la gran Viola que dio a Gitte la bienvenida a gritos, ni la comida de la mesa parecían distraerla de aquel estado de calma total. La luz le daba en el rostro y creaba sombras que parecían proyectar hacia el mundo sus pensamientos más íntimos, y ya en aquel breve instante fascinó a Gitte.

La directora fue presentando a Gitte a las chicas, que aplaudían, saludaban con la mano y gritaban sus nombres señalándose con el dedo. Solo Nete y la chica que se

sentaba frente a ella reaccionaron de otro modo. Nete giró la cabeza y miró a Gitte a los ojos, como si hubiera una coraza que atravesar; y la chica de enfrente le dirigió una mirada traviesa que se deslizó arriba y abajo por el cuerpo de Gitte.

—¿Cómo se llama la chica silenciosa que estaba sentada junto a la ventana mirando el mar? —preguntó después, cuando se sentó a la mesa con las funcionarias.

—No sé a quién te refieres —respondió la directora.

—La que estaba sentada frente a la chica provocativa.

—¿Frente a Rita, quieres decir? Ah, entonces te refieres a Nete —aclaró su vecina de mesa—. Siempre se sienta ahí en el rincón mirando el mar y las gaviotas. Pero si crees que es una chica silenciosa, estás muy equivocada.

Gitte abrió la carta de Nete Hermansen y la leyó mientras el temblor de sus manos arreciaba. Cuando llegó a la parte en que Nete decía que iba a donar a Gitte diez millones de coronas, se quedó jadeando y tuvo que apartar de sí la carta. Anduvo un buen rato de un lado para otro en la pequeña cocina, sin atreverse a mirarla. En su lugar alineó las latas de té, pasó la bayeta por la mesa y se secó sin prisa las manos en las caderas antes de volver a bajar la vista. Diez millones de coronas, ponía. Y algo más abajo, que adjuntaba un cheque. Agarró el sobre y comprobó que era verdad. No lo había visto la primera vez.

Luego se dejó caer sobre la silla y observó la estancia desvencijada con labios trémulos.

—Es de Nete —dijo para sí varias veces antes de quitarse la bata.

El cheque era de dos mil coronas. Mucho más de lo que costaba un billete de ida y vuelta a Copenhague, transbordador incluido. No iba a poder cobrarlo en el banco de Tranebjerg, porque les debía más que aquello, pero el granjero seguro que se lo compraba por mil quinientas coronas. Entonces iba a pedalear con todas sus fuerzas hasta el súper de Maarup.

No iba a poder soportar aquella situación sin un poco de ayuda de verdad. Y el surtido de botellas del súper era más que suficiente.

Capítulo 19

Septiembre de 1987

NETE recogió los folletos que habían estado bien alineados sobre la mesa baja y los depositó en el alféizar de la ventana. Folletos interesantísimos de preciosos pisos de tres habitaciones en Santa Ponsa, Andratx y Porto Cristo, un par de casas adosadas en Son Vida y Pollença, y un ático de lujo en San Telmo. Precios razonables y gran surtido. Eran muchos los sueños, y ahora iban a hacerse realidad.

Quería irse de Dinamarca cuando recrudeciera el invierno, y Mallorca parecía un buen lugar. En aquel bello paisaje cosecharía con dignidad el fruto de las penas y fatigas de su marido.

A los dos días, cuando todo hubiera terminado, reservaría el billete para Palma de Mallorca, a fin de buscar la casa más adecuada. En menos de una semana se habría marchado.

Luego sacó de nuevo la lista de nombres y la examinó mientras se imaginaba todo el proceso, porque no había que dejar nada al azar.

En la lista ponía:

Rita Nielsen 11.00 – 11.45

*Limpieza: 11.45 – 12.30

Tage Hermansen 12.30 – 13.15

*Limpieza: 13.15 – 13.45

Viggo Mogensen 13.45 – 14.30

*Limpieza: 14.30 – 15.00

Philip Nørvig 15.00 – 15.45

*Limpieza: 15.45 – 16.15

Curt Wad 16.15 – 17.00

*Limpieza: 17.00 – 17.30

Gitte Charles 17.30 – 18.15

*Limpieza: 18.15

Movió la cabeza arriba y abajo tras haberse imaginado la llegada de cada invitado. Sí, todo parecía estar perfecto.

Tan pronto como subiera uno al piso, apretaría el botón para desconectar el portero automático. Cuando quien estuviera en el piso ya no pudiera ofrecer resistencia, volvería a conectarlo. Si alguien de los siguientes llegaba demasiado pronto y llamaba demasiado pronto al portero automático, pediría al recién llegado

que se fuera y volviera a la hora convenida. Si alguien llegaba tarde, lo pasaría al final de la cola y propondría a la persona en cuestión que fuera al Pabellón del lago y comiera algo a cuenta de ella. Harían lo que les dijera, la situación y la recompensa no dejaban otra opción.

Y si tuviera la mala suerte de que coincidieran frente a la puerta de entrada, había tomado sus precauciones con el orden de los visitantes, de manera que los contiguos no se conocieran de antes. Es decir, Curt Wad y Gitte Charles podrían conocerse de ambientes sanitarios, pero la probabilidad de que un hombre como Curt Wad no llegara a su hora era muy, muy pequeña.

—Menos mal que he puesto a Gitte al final —dijo en voz alta. No sabía si sería puntual. Nunca había dado importancia a esas cosas.

Sí, el plan era bueno, y parecía haber tiempo de sobra.

Ninguno de los demás vecinos dejaría entrar a nadie, a menos que fuera una visita para ellos, eso seguro. Los drogadictos amigos de lo ajeno de la Blågårdsgade ya habían dado suficiente mal ejemplo para amedrentarlos.

Cuando todo hubiera terminado, tendría toda la noche para ocuparse del resto.

Lo único que le quedaba por hacer era comprobar que el cuarto quedaba bien sellado, y para eso había que hacer una prueba.

Fue en busca de su redcilla de la compra y un destornillador de la caja de herramientas de la despensa, salió a las escaleras, cerró la puerta y se arrodilló ante la entrada. La ranura de uno de los tornillos de la placa con su nombre estaba gastada, pero presionando un poco logró aflojarlo y soltar la placa. Luego la metió en la redcilla de la compra, bajó las escaleras y salió a la calle.

Decidió ir primero al taller de cerrajería de Blågårdsgade, y luego a la droguería de Nørrebrogade.

—Lo intentaré —dijo el dependiente tras el mostrador, examinando la placa que le había llevado Nete—. Pero no puedo hacerle una nueva hasta dentro de hora y cuarto. Antes tengo que hacer copias de un montón de llaves.

—Volveré dentro de hora y media. Cuide de que la letra sea como la de antes, y escriba bien el apellido.

Ya está, pensó en la calle. En el portero automático del portal ponía aún Nete Rosen, pero eso iba a arreglarlo con una etiqueta adhesiva y un rotulador. En adelante se llamaría Nete Hermansen, las cartas estaban ya firmadas y enviadas. Tal vez se extrañasen los vecinos, pero allá ellos.

—Necesito cosas que huelan fuerte —dijo al droguero de Nørrebrogade—. Soy profesora de biología, y los alumnos tienen una clase sobre el sentido del olfato mañana. Ya tengo en casa cosas que huelen bien. Ahora me hacen falta cosas de olor fuerte y penetrante.

El dependiente le dirigió una sonrisa irónica.

—Entonces, aguarrás, amoníaco y petróleo. Y luego le recomendaría cocer unos huevos y añadir una botella de vinagre. Entonces sí que van a llorar de lo lindo.

—Gracias; eso y algo de formol. Solo cuatro o cinco frascos.

Rieron un poco, las bolsas de plástico cambiaron de manos y santas pascuas.

Dos horas más tarde estaba ya atornillada la nueva placa con el nombre Nete Hermansen. No debía poner Rosen en la puerta tras la que pronto iba a materializarse la venganza.

Después entró en su casa. Fue a la cocina en busca de ocho platos hondos y los llevó al cuarto del fondo del pasillo.

Sobre la mesa del comedor había periódicos por si acaso, y sobre ellos depositó los platos y llenó después cada uno de ellos con líquidos de aroma fuerte o hedor penetrante. Agua de colonia, agua de lavanda, aguarrás, petróleo, tolueno quitamanchas, vinagre, alcohol de quemar y al final amoníaco.

Cuando llenó el último plato, una nube de vapor invisible la golpeó como un golpe con el canto de la mano e irritó sus narices y garganta hasta hacerle daño.

Dejó los frascos, salió de espaldas del cuarto, tan rápido como pudo, y cerró la puerta.

—Aahh —gimió, y corrió al baño para refrescarse la cara una y otra vez con agua fría. Era increíble lo horrible que olía la mezcla de aquellas sustancias y lo penetrante que era. Casi parecía que hubiera acceso directo al cerebro por la nariz.

Fue cojeando de habitación en habitación y abrió las ventanas de par en par, para disipar los vahos que escaparon al salir del cuarto sellado o que llevaba en la ropa.

Pasada una hora, cerró las ventanas, puso los frascos de formol, junto con la caja de herramientas, en el fondo del armario de la cocina, bajó a la calle y se sentó en el banco junto al lago.

Una leve sonrisa frunció sus comisuras.

Iba a salir bien.

Tras esperar una hora, ya estaba dispuesta para volver a subir. Su nariz estaba limpia, y su ropa se había oreado lo suficiente a la suave brisa de finales de verano. Haber llegado tan lejos la hizo sentirse bien y en paz.

Y si, contra toda expectativa, quedase el menor vestigio de olor en la escalera o en el piso, tendría que trabajar toda la noche. La tarea estaba clara: no sabía si su idea de emplear formol iba a funcionar como quería, así que el cuarto *tenía* que estar bien hermético. De lo contrario, no iba a poder marcharse a Mallorca, y quería irse.

Entró al portal y pasó un buen rato olfateando. Había un leve aroma a perfume, mezclado con el olor del perro de la vecina, pero nada más. Y su olfato nunca le había fallado.

Efectuó la misma operación en cada uno de los pisos, con el mismo resultado, y

cuando llegó arriba, al cuarto, se arrodilló frente a la puerta de su casa, abrió del todo la rendija del correo y aspiró hondo por la nariz.

Sonrió. Seguía sin oler.

Después entró en el piso y sintió el mismo aire fresco que había entrado por las ventanas una hora antes. Se quedó un rato con la mirada desenfocada, concentrándose en el sentido que podía distinguir entre éxito y fracaso. Seguía sin oler nada.

Tras otra hora en el piso sin encontrar ni rastro de olor a gases, entró por fin en el cuarto sellado al fondo del pasillo.

En menos de un segundo se le saltaron las lágrimas. Como en un ataque de gas nervioso, el olor penetrante buscó cada poro de su piel sin cubrir. Cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano a la boca mientras avanzaba a tientas hacia la ventana y la abría.

Igual que una persona rescatada de morir ahogada, sacó la cabeza al exterior y boqueó en busca de aire, con una tos que parecía no ir a remitir nunca.

Al cuarto de hora ya había vaciado los ocho platos hondos en el retrete y tirado de la cadena varias veces. Después volvió a abrir de par en par todas las ventanas del piso y limpió los platos a conciencia. Y al anochecer comprobó que había superado la prueba.

Luego puso un mantel blanco sobre la mesa del cuarto sellado. Sacó su mejor porcelana y puso la mesa. Copas de cristal, cubertería de plata y una tarjeta caligrafiada junto a cada cubierto.

Debía ser algo festivo, ya que se trataba de una fiesta.

Después miró las copas de los castaños de Indias, cuyas hojas empezaban ya a amarillear. Menos mal que pronto se marcharía.

Se acordó de cerrar las ventanas del cuarto sellado antes de acostarse. Luego selló con silicona transparente los bordes de las ventanas y contempló satisfecha su trabajo.

Iba a pasar mucho, mucho tiempo hasta que aquellas ventanas volvieran a abrirse.

Capítulo 20

Noviembre de 2010

NUBES negras, funestas, se cernían sobre la cabeza de Carl: el caso de la pistola clavadora, con las sospechas de Hardy y las monedas con sus huellas dactilares, la boda de Vigga y lo que suponía para su economía, el pasado de Assad, las rarezas de Rose, las idioteces del bocazas de Ronny y el fiasco total de la cena del ganso de San Martín. Nunca antes lo habían agobiado tantas cosas a la vez. En cuanto cambiaba de postura en la silla, ya venía a todo gas la siguiente catástrofe. No, esa acumulación de problemas no casaba en absoluto con un funcionario, excelente por lo demás, esclarecedor de misterios que nadie había podido resolver. Casi desearía que alguien creara un departamento cuyo objetivo principal consistiera en resolver *sus* misterios.

Dio un profundo suspiro, sacó un cigarrillo, encendió el televisor y sintonizó el canal de noticias. Fue un alivio ver a otros con problemas bastante peores que los suyos.

Una simple mirada a la pantalla plana bastaba para aterrizar en la realidad. Cinco hombres adultos discutiendo sobre la filosofía económica barata del Gobierno. ¿Puede haber algo menos interesante? Desde luego, aquello no conducía a nada.

Carl recogió la hoja que le había dejado Rose sobre el informe policial mientras él estaba con el inspector jefe. Un birrioso medio folio escrito a mano. ¿Eso era todo lo que podía encontrar sobre Gitte Charles, la auxiliar de Sprogø?

Leyó. No era nada alentador.

Aunque Rose había preguntado por todas partes, nadie de la asistencia a domicilio de Samsø recordaba a ninguna Gitte Charles, y por eso nadie recordaba lo de los robos a ancianos a quienes esta atendía. Tampoco había nada que buscar respecto a su estancia en el hospital de Tranebjerg, porque en el entretanto habían derribado el hospital, y el personal se había esparcido a los cuatro vientos. Hacía tiempo que su madre había muerto, y su hermano había emigrado a Canadá, donde murió unos años antes. La única conexión real con su vida era el hombre que, veintitrés años antes, le alquiló una habitación en Maarup Kirkevej, en la isla de Samsø.

La descripción que hacía Rose del granjero era pintoresca. «Joder, el tío aquel era corto, o si no era un jeta. Después de alquilar el miniapartamento de veinte metros cuadrados a Gitte Charles, lo había alquilado a otras quince o veinte personas. La recordaba muy bien, pero no tenía nada inteligente que decir. Uno de esos granjeros con mierda en las botas, tractores oxidados en el jardín trasero y que creen que el dinero negro es el único de verdad.»

Carl dejó la hoja y se centró en los resultados de la investigación policial sobre el caso de Gitte Charles, que estaban en la carpeta. Tampoco allí había gran cosa.

La imagen de la pantalla cambió varias veces. Cortes rápidos entre asambleas en salas de congresos, y los rostros de dos ancianos exhibiendo amplias sonrisas.

El periodista que comentaba el reportaje no mostró mucho respeto por las personas que estaba presentando.

—Ahora que, tras numerosos intentos, el partido Ideas Claras ha logrado reunir firmas suficientes para poder presentarse a las próximas elecciones al Parlamento, es el momento de preguntarse si la política del país ha tocado fondo. Desde los tiempos del Partido de la Recuperación no se presentaba un partido con objetivos tan específicos y naturaleza tan controvertida y, en opinión de muchos, criticable. Hoy, en la asamblea general constituyente, el fundador del partido, el tantas veces criticado ginecólogo extremista Curt Wad, ha llevado a cabo la presentación pública de los candidatos del partido al Parlamento, y puede decirse que, a diferencia del caso del Partido de la Recuperación, entre los candidatos se encuentran una serie de personalidades prominentes y educadas de carrera brillante. La edad media de los candidatos es de cuarenta y dos años, con lo que también se distancia de la afirmación del resto de partidos en el sentido de que Ideas Claras está representado por ancianos. Por ejemplo, el fundador del partido tiene ochenta y ocho años, y varios de los miembros de la ejecutiva se jubilaron hace tiempo.

Cortaron al plano de un hombre alto de patillas blancas que parecía bastante más joven que sus ochenta y ocho años. Bajo su rostro, aparecía escrito: «Curt Wad. Doctor, fundador del partido».

—¿Has visto mis apuntes y el informe policial sobre la desaparición de Gitte Charles? —lo interrumpió Rose.

Carl la miró. Después de haber hablado con su hermana de verdad, Yrsa, era algo difícil comportarse con total seriedad ante su aspecto. ¿Serían también una fachada artificial aquellas cubiertas de tejido negro, el maquillaje y los zapatos capaces de empitonar una cobra en dos segundos?

—Eh... sí. Bueno, un poco.

—No hay muchos datos sobre esa Gitte Charles, aparte del informe policial que nos dio Lis al principio. La Policía no tenía ninguna pista tras su desaparición, y se limitó a emitir una orden de búsqueda. Se mencionaba su afición al alcohol, y aunque por asombroso que parezca no se decía a las claras que era alcohólica, se indicaba que era lógico que hubiera muerto en alguna borrachera cuando iba a alguna parte. Como no tenía allegados ni compañeros de trabajo, aquello se olvidó rápido. La salida Gitte Charles.

—Dice que la vieron subir al transbordador de Kalundborg. ¿Hay alguna teoría que sugiera que pudo caer por la borda?

Rose adoptó una expresión irritada.

—No, Carl, la vieron desembarcar, ya lo he dicho antes. No has sacrificado

muchos segundos leyendo los informes, ¿verdad que no?

Carl decidió no oír lo último. Evadirse de las preguntas era su especialidad.

—¿Qué dijo el arrendador sobre su desaparición? —preguntó—. Debió de extrañarse al ver que no le pagaba el alquiler.

—Pues no, porque los servicios sociales le pagaban directamente; decían que, si no, se gastaba el dinero en bebida. No, el inútil del arrendador había pensado no comunicar la desaparición a las autoridades, y le importaba un comino, siempre que el dinero siguiera fluyendo. Fue el del súper quien lo hizo. Dijo que Gitte Charles entró en su tienda el 31 de agosto con mil quinientas coronas en el bolsillo y una actitud bastante arrogante. Que le dijo que había heredado mucho dinero, y que iba a Copenhague a buscarlo, y que cuando él rio ella se sintió herida.

Carl retrocedió.

—¿Una herencia, dices? ¿Había algo de cierto en ello?

—No, ya he consultado el Juzgado. No ha recibido ninguna herencia.

—Hmmm. Habría sido demasiado espectacular.

—Sí, pero de todas formas quiero que oigas una frase que me ha llamado la atención.

Agarró la carpeta de la mesa y abrió el informe policial más o menos por la mitad.

—Aquí. El tendero comunicó la desaparición una semana después, porque ella le había dado en mano un billete de quinientas, diciendo que si a la semana siguiente no volvía diez millones más rica, el billete sería para él. Y que si volvía tendría que devolverle el billete y sacarle un café y una copita. Así que para el tendero no había mucho riesgo, ¿verdad? Y por eso aceptó.

—¡Diez millones! —exclamó Carl, y dio un silbido—. Bien, por lo visto vivía en el país de los sueños.

—Sin duda. Pero escucha esto. Cuando el tendero vio la bici de Gitte en el puerto a la semana siguiente, se quedó desazonado por la historia.

—Sí, es comprensible. Porque todavía guardaba el billete de quinientas. Y esa Gitte no era de las que podían malgastar sin más quinientas coronas —observó Carl.

—Exacto. Es lo que pone en el informe: «El tendero Lasse Bjerg declara que, a menos que Gitte Charles recibiera de verdad sus diez millones y de una vez por todas hubiera dejado atrás su antigua vida y emprendido una nueva, algo terrible debía de haberle ocurrido». Y ahora vienen las frases que me han llamado la atención: «Es que quinientas coronas era un dineral para Gitte Charles. ¿Por qué había de regalarlas?».

—Casi dan ganas de darse una vuelta por Samsø y hablar con él y el arrendador y echar un vistazo al lugar —propuso. Así podría alejarse un poco de todo.

—De ahí no vas a sacar gran cosa, Carl. El tendero está en una residencia con senilidad; con el arrendador ya he hablado, pero no tiene mucho seso, y las cosas de Gitte ya no existen. El muy payaso las vendió en un mercadillo al cabo de cierto

tiempo. También de aquello sacó beneficio.

—O sea, una pista fría.

—¡Helada!

—Bien, ¿qué sabemos, entonces? Sabemos que dos personas que se conocían desaparecieron el mismo día sin dejar rastro: Gitte Charles y Rita Nielsen. Gitte Charles sin dejar nada atrás; y, en el caso de Rita Nielsen, su antigua empleada Lone Rasmussen guarda algunas cosas suyas, pero eso no ha aportado nada nuevo al caso.

Estaba a punto de sacar un cigarrillo del paquete, pero sus dedos se paralizaron en el aire ante la mirada polar de Rose.

—Podríamos ir a casa de Lone Rasmussen a revolver un poco en esas cosas, pero ¿quién se anima a conducir hasta Vejle para eso?

—Ya no vive en Vejle —hizo saber Rose.

—¿Dónde, entonces?

—Vive en Thisted.

—Joder, ¡eso está aún más lejos!

—El caso es que no vive en Vejle.

Entonces Carl iba de todas formas a encender un cigarrillo cuando vio que Assad entraba por la puerta apartando con las manos el humo aún inexistente. Joder, había que ver lo delicados que estaban todos.

—¿Habéis hablado sobre esa Gitte Charles? —preguntó Assad.

Ambos asintieron en silencio.

—Yo no he conseguido nada, entonces, sobre el pescador, Viggo Mogensen —continuó—, pero sigo investigando a Philip Nørvig. He quedado con su viuda, que aún vive en la casa de Halsskov.

Carl echó la cabeza atrás.

—¿Para cuándo has quedado? Para hoy, no, ¿verdad?

Los párpados de Rose se levantaron a duras penas para descubrir las pupilas. Parecía muy cansada.

—Usa un poco la cabeza. ¿No crees que llevamos demasiado tiempo aquí?

Carl miró a Assad.

—Así que ¿la cita es para mañana?

Assad levantó el pulgar en el aire.

—Entonces igual puedo conducir el coche —propuso Assad.

Tendría que pasar por encima de su cadáver.

—Te llaman al móvil, Carl —informó Rose, señalando el cacharro que giraba en la mesa.

Miró la pantalla, no reconoció el número y se llevó el móvil a la oreja.

Era una voz de mujer no demasiado acogedora.

—Hola, buenas, ¿hablo con Carl Mørck? —preguntó.

—Sí, soy yo.

—Entonces quiero pedirle que venga al Tivolihall y pague la cuenta que no ha pagado su primo.

Carl contó hasta diez.

—¿Qué diablos tengo yo que ver con eso?

—Tengo delante la factura con toda una novela escrita detrás. Voy a leer lo que pone: «Lo siento, pero he tenido que salir corriendo para tomar el avión. Mi primo, el subcomisario del Departamento de Homicidios de Jefatura Carl Mørck, me ha prometido que pasaría dentro de poco para pagar la cuenta. Ya saben quién es. El que ha estado hablando conmigo en una mesa. Me ha dicho que escriba el número de su móvil, para que, si está ocupado, puedan acordar la forma del pago».

—¿Qué? —explotó Carl. No le quedaba energía para más palabras.

—Hemos encontrado el papel sobre la mesa cuando hemos ido a preguntar si quería algo más.

La sensación que atravesó la mente de Carl en aquel segundo podría describirse como extraña. Parecida a cuando, siendo un lobato novel, el jefe de patrulla lo convenció para que caminara kilómetro y medio bajo una lluvia torrencial en busca de alguna chorrada que no valía para nada.

—Ahora voy —dijo, y decidió pasar por Vanløse camino de casa para hacer una visita de cortesía a un tal Ronny Mørck.

El apartamento alquilado por Ronny no era precisamente imponente. Decir que era el patio trasero de un patio trasero era casi demasiado halagador. Un tramo de escalera metálica oxidada que subía por la fachada desnuda giraba hacia una sucia plataforma de cemento y una puerta de acero entre el primero y el segundo piso. Era casi el prototipo de la entrada a la cabina del proyccionista de un cine abandonado. Aporreó la puerta varias veces, oyó unos gritos en el interior, y, al cabo de medio minuto, se oyó el ruido de la cerradura.

Esta vez el atuendo de Ronny era más homogéneo. Ropa interior decorada con dragones flameantes tanto arriba como abajo, y nada más.

—Ya he abierto las birras —comunicó Ronny, arrastrando a Carl a una estancia llena de humo de incienso e iluminada en parte por lámparas con cascadas giratorias en la pantalla y en parte por lámparas de papel de arroz coloreadas con motivos eróticos subidos de tono.

—Ella es Mae, es como la llamo —dijo, señalando a una mujer asiática cuyo cuerpo podía entrar tres o cuatro veces en el de Ronny.

La mujer no se volvió. Estaba ocupada removiendo cazuelas con sus bracitos flacos y llenando el aire con un aroma de los suburbios de Pattaya mezclado con dos cucharadas colmadas de carbón vegetal de la barbacoa de su casa de Allerød.

—Está ocupada. Es que pronto será la hora de cenar —dijo, sentándose en un sofá exhausto, camuflado con unos paños estilo sarong de color amarillo ocre.

Carl se sentó ante él y aceptó la cerveza que Ronny puso en la mesa de ébano que había entre ellos.

—Me debes seiscientos setenta coronas y una explicación por cómo puedes estar ya en condiciones de volver a comer después del banquete que te has metido entre pecho y espalda en el Tivolihall.

Ronny sonrió y se dio unos manotazos en la tripa.

—Está bien entrenado —se justificó, lo que hizo que la tailandesa se volviera hacia él con la sonrisa más blanca que veía Carl en mucho tiempo. No tenía veinticinco años y la piel tersa, como el resto de tailandesas importadas. No, tenía ojeras, patas de gallo y unos ojos que habían visto mucho.

Uno a cero a favor de Ronny, pensó Carl.

—Invitabas tú, Carl. Te lo he dicho por teléfono. Me has convocado a una reunión en mis horas de trabajo, y eso cuesta, como sabes.

Carl aspiró hondo.

—¿Convocado? ¿Horas de trabajo? ¿Y puede saberse a qué te dedicas, Ronny? ¿Te has establecido como modelo profesional para ropa interior de talla S?

Vio que el cuerpo de la tailandesa se estremecía un poco frente a las cazuelas, mientras Ronny lucía una amplia sonrisa. Además de tener sentido del humor, la mujer parecía entender danés.

—Salud, Carl —brindó Ronny—. Me alegro de volver a verte.

—¿Así que no vas a pagarme mis seiscientos setenta coronas?

—No. Pero puedes probar el Thom Kha Gai más delicioso que puedas imaginarte.

—Suen a venenoso.

La tailandesa de las cazuelas volvió a estremecerse.

—Es una sopa de pollo en leche de coco, con chiles, kéfir y raíz de galanga —informó Ronny.

—Escucha, Ronny —dijo Carl, suspirando—. Vale, hoy me has sableado seiscientos setenta coronas, vamos a dejarlo. Es la última vez que lo haces. Pero en estos momentos estoy intentando solucionar varios problemas, y nuestra conversación de antes me ha inquietado. ¿Estás tratando de presionarme de alguna manera, Ronny? Porque si es así, déjame decirte que en menos de cinco minutos tú y la pequeña Mae vais a tener que elegir entre el juzgado de instrucción municipal y un vuelo de vuelta a Patutía, o de donde coño vengáis.

Entonces la mujer se volvió y gritó algo a Ronny en tailandés. Este sacudió la cabeza un par de veces y de pronto su rostro adquirió una expresión de enfado. Como si las frondosas cejas tuvieran vida propia y quisieran responder por sí solas.

Luego se volvió hacia Carl.

—Te hago saber que, por una parte, has sido tú quien se ha dirigido a mí esta mañana, y por otra, mi esposa, May-Ying-Thahan Mørck, acaba de borrarte de la lista de invitados.

En menos de un minuto estaba en la calle. Por lo visto, la mujer sabía por experiencia que si hacía suficiente ruido con los cacharros de cocina, la gente se marchaba.

Nuestros caminos vuelven a separarse, Ronny, pensó Carl, con una sensación latente de que podía estar equivocado. Sintió que el móvil vibraba en el bolsillo y supo que era Mona antes de mirar la pantalla.

—Hola, cielo —saludó, tratando de sonar algo acatarrado. No tanto como para poder resistir una rápida invitación.

—Si quieres hacer otro intento por conocer a mi hija y a Ludwig, mañana tienes una oportunidad —comunicó Mona.

Estaba claro que era muy importante para ella.

—Naturalmente —dijo, con más naturalidad de la necesaria.

—Bien. Mañana a las siete en mi casa. Y debo decirte sin falta que mañana tienes consulta con Kris a las tres en su despacho. Ya has estado antes.

—¿Sí? No lo recordaba —mintió.

—Bueno, pues ya has estado, y Carl: te hace falta. Conozco los síntomas.

—Pero mañana estoy en Halsskov.

—A las tres, no, ¿vale?

—Mona, me encuentro de cine. No queda en mí el menor resto de pánico por lo de la pistola clavadora.

—He hablado con Marcus Jacobsen sobre el ataque de histeria que te ha dado hoy en la sala de reuniones.

—¿Ataque de histeria?

—Y, claro, quiero saber si el hombre que más o menos he elegido para que sea mi amante fijo está capacitado también psíquicamente.

Carl exploró sus circunvoluciones cerebrales en busca de algo que decir, pero era difícil. Si tuviera que expresar sus sentimientos en aquel momento, seguro que daría un par de pasos de claqué, en caso de que supiera.

—La situación no va a mejorar para ti durante cierto tiempo. Debo decirte que han encontrado una cosa más en la caja donde estaba el cadáver, y que Marcus Jacobsen me ha pedido que te notifique las últimas novedades del caso.

Los pasos de baile interiores cesaron.

—Han encontrado un papel debajo del cadáver. Era una fotocopia de una fotografía, envuelta en plástico. Y en la foto aparecía el asesinado Pete Boswell entre tú y Anker, agarrándoos del hombro.

Capítulo 21

Noviembre de 2010

—PARECES cansado, Carl. ¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Assad la mañana siguiente.

—*Estoy cansado*; y no, gracias, Assad, no quiero que conduzcas. Al menos mientras vaya yo dentro.

—¿Has dormido mal?

Carl no respondió. Había dormido muy bien, pero solo dos horas, porque había sido una noche de reflexión. Aquella noche Marcus Jacobsen le había enviado por correo electrónico la foto en que aparecía el asesinato entre Carl y Anker, confirmando así lo que le había contado Mona por teléfono.

«En este momento la Policía científica está trabajando para saber si podría tratarse de una fotografía trucada. Espero que lo sea, estarás de acuerdo conmigo, ¿no?», escribió el inspector jefe.

Hombre, claro. Por supuesto que esperaba que resultara estar trucada, porque *lo estaba*. A saber si Marcus Jacobsen no estaría buscando una especie de confesión.

Desde luego, no había estado en la puta vida cerca del asesinato, no lo conocía para nada, pero aun así era de esas cosas que te jodían y te quitaban el sueño. Si la Policía científica no podía probar que la foto estuviera manipulada, la suspensión de funciones de Carl estaba a la vuelta de la esquina. Todos conocían los procedimientos de Marcus Jacobsen.

Carl observó la cola de coches ante el coche patrulla, apretando las mandíbulas. Si hubiera pensado un poco, habrían salido a la carretera media hora más tarde.

—Mucho tráfico —informó Assad. Desde luego, no se le escapaba una.

—Sí. Como no empiece a aflojar el puñetero tapón, no vamos a llegar a Halsskov hasta las diez.

—Bueno, tenemos todo el día por delante, Carl.

—No, tengo que estar de vuelta para las tres.

—Vaya. Bueno, pues entonces, o sea, más vale que nos olvidemos de esto —dijo, señalando el GPS—. Salimos de la autopista y llegamos en menos que canta un gallo. Ya te indico yo el camino. Puedo consultar el mapa.

Aquella observación les costó una hora más hasta aparcar en la entrada de la casa de la viuda de Philip Nørvig justo cuando daban por la radio las noticias de las once.

—Una gran manifestación ante la casa de Curt Wad —informó la locutora—. Se ha puesto en marcha una acción común entre movimientos de base para dejar patentes los principios antidemocráticos que inspiran a Ideas Claras. Curt Wad ha manifestado...

En aquel momento Carl apagó el motor y pisó la gravilla del sendero de entrada.

—¡Si no hubiera sido por Herbert...!

La viuda de Philip Nørvig señaló con la cabeza a un hombre de su misma edad, mediados los setenta, que entró en la sala a saludar.

—... Cecilie y yo no habríamos podido seguir viviendo en esta casa.

Carl saludó cortés al hombre, que se dispuso a sentarse.

—Entiendo que debió de ser un momento duro para usted —dijo Carl, moviendo la cabeza arriba y abajo.

Y no exageraba nada, pues su marido no solo fue a la bancarrota, sino que se permitió escapar del follón que había montado.

—Voy a ir al grano, Mie Nørvig —dijo, y vaciló un poco. Porque sigue apellidándose Nørvig, ¿verdad?

La viuda se frotó el dorso de la mano. La pregunta parecía haberla cohibido.

—Bueno, Herbert y yo no estamos casados. Cuando Philip desapareció fui a la quiebra, y no pudimos casarnos.

Carl trató de sonreír comprensivo, pero le importaba un pimiento el estatuto marital de la gente.

—¿Es posible que su marido se escapara de todo, que la situación se le hiciera incontrolable?

—No si se refiere a que pudiera suicidarse. Philip era demasiado cobarde para eso.

Sonó un poco duro, pero la realidad era tal vez que ella habría preferido que el hombre se hubiera colgado de uno de los árboles del jardín. También habría sido mejor para ella.

—No, me refiero a que su marido pudo escapar de todo, pero de verdad. Puede que fuera guardando dinero y se estableciera en alguna parte, en el quinto pino.

Ella lo miró, sorprendida. ¿Nunca le había pasado por la cabeza esa posibilidad?

—Imposible. A Philip no le gustaba nada viajar. A veces le suplicaba que hiciéramos algún pequeño viaje, ir a Harzen en autobús y cosas así. Solo un par de días. Pero no, no era del gusto de Philip. No le gustaban los sitios desconocidos. ¿Por qué cree, si no, que estableció su bufete en este agujero? Porque estaba a dos kilómetros de donde se había criado. ¡Por eso!

—Ya, pero quizá no tuviera otro remedio que marcharse, tal como estaban las cosas. La pampa argentina o los pueblos de montaña de Creta son bastante adecuados para tragarse a gente con problemas en el frente doméstico.

La viuda dio un bufido y sacudió la cabeza. Estaba claro que se le hacía del todo impensable.

Entonces intervino el hombre a quien había llamado Herbert.

—Perdone, pero me gustaría añadir que Philip era compañero de clase de mi hermano mayor, y mi hermano decía siempre que Philip era la personificación de un gallina.

Dirigió una mirada expresiva a su compañera sentimental. Seguro que para afianzar su posición como mucho mejor partido que su predecesor.

—Una vez que toda la clase iba de vacaciones a la isla de Bornholm, Philip no quiso ir. Dijo que no se entendía ni clavo de lo que decían los isleños, y que no le interesaba. Y aunque los profesores se cabrearon, no cedió. Era imposible obligarle a hacer algo que no quisiera.

—Mmm, a mí no me parece que fuera exactamente un gallina, pero por aquí tal vez vean las cosas de otro modo. Bien, entonces vamos a dejar de lado esa teoría. Nada de suicidio, nada de escapar a otro país. Lo único que queda es accidente, homicidio y asesinato. ¿Con cuál se quedan?

—Creo que fue esa condenada asociación de la que era miembro la que lo mató —sugirió la viuda, clavando la mirada en Assad.

Carl giró la cabeza hacia su ayudante, cuyas cejas oscuras estaban casi pegadas al pelo, junto al conocido montón de arrugas de la frente.

—Bueno, Mie, no puedes decir eso —la amonestó Herbert desde el sofá—. De eso no sabemos nada.

Carl fijó la mirada en la anciana.

—No entiendo. ¿Qué asociación? —preguntó—. En los informes policiales no hay nada sobre ninguna asociación.

—Es que no lo mencioné.

—Vaya. ¿Tal vez pueda levantar un poco el velo sobre lo que quiere decir?

—Sí. La asociación se llamaba La Lucha Secreta.

Assad sacó su bloc de notas.

—¿La Lucha Secreta? Qué nombre más pintoresco, suena casi como una vieja novela de Sherlock Holmes.

Trató de sonreír un poco, pero otras sensaciones habían despertado en su interior. Por eso preguntó:

—¿Y qué es eso de La Lucha Secreta?

—Mie, no creo que debas... —trató de meter baza Herbert, pero Mie no le hizo caso.

—No sé mucho de esa asociación, porque Philip nunca me decía nada al respecto, es que por lo visto no le dejaban. Pero con el paso de los años oí muchas cosas. No olvide que era su secretaria —respondió, apartando con la mano las protestas de su compañero sentimental.

—¿Qué cosas? —quiso saber Carl.

—Que había gente que merecía tener hijos y gente que no. Que Philip a veces

ayudaba para imponer una esterilización forzada. Llevaba años haciéndolo antes de entrar yo en la empresa. Muchas veces hablaban de un caso antiguo cuando Curt venía de visita. Por lo visto, fue el primer caso en que colaboraron, el caso Hermansen, lo llamaban. Philip fue en los años siguientes la persona de contacto para médicos y otros abogados. Era como una gran red que dirigía él.

—Ya veo. Bueno, era el espíritu de la época, ¿no? Pero ¿por qué había de estar en peligro su marido debido a eso? Desde luego, se han esterilizado a muchísimos retrasados mentales durante años con la conformidad y la bendición de las autoridades.

—Sí, pero muchas veces se esterilizaba e internaba en asilos a gente que no era retrasada, porque era la manera más fácil de quitarla de en medio. Las gitanas, por ejemplo. Y mujeres de familias numerosas, y receptores de renta de subsistencia o prostitutas. Si La Lucha Secreta conseguía atraer a las mujeres a sus consultas, esas mujeres salían a menudo con las trompas ligadas, y desde luego sin feto en su útero, si es que lo había habido.

—No acabo de entenderlo. ¿Está diciendo que se hacían intervenciones graves, radicales y, por lo que oigo, también del todo ilegales en el vientre de las mujeres, y además sin su conocimiento?

Mie Nørvig levantó la cucharilla y removi6 en la taza. Tampoco es que hiciera falta, porque era café solo y estaba frío. Así que esa era su respuesta. De ahora en adelante tendrían que arreglárselas solos.

—¿Y tiene algo sobre esa asociación, La Lucha Secreta? ¿Apuntes, archivos, historiales o informes?

—No exactamente, pero tengo los expedientes y recortes de periódico de Philip en la planta baja, en su antiguo despacho.

—Oye, Mie, francamente ¿te parece una buena idea? ¿Sirve para algo? —preguntó su compañero sentimental—. Me refiero a que vamos a estar todos mejor si no revolvemos el viejo asunto, ¿no?

Mie Nørvig no respondió.

En aquel momento Assad levantó el brazo con cuidado, con una expresión de dolor en el rostro.

—Perdonen. ¿Puedo utilizar, o sea, el baño?

A Carl no le gustaba inspeccionar montones de viejos papeles, ya tenía a gente para eso. Pero como uno estaba en el trono mientras la otra cuidaba el despacho en retaguardia, no le quedó otro remedio.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó a la viuda, que estaba en medio del despacho del sótano mirando alrededor, como si no reconociera la estancia.

Carl dio un suspiro cuando ella sacó un par de cajones de dos archivadores,

desvelando innumerables carpetas colgantes que los llenaban a reventar. Repasar aquello era una enormidad, así que la verdad era que prefería evitarlo.

La viuda se alzó de hombros.

—Llevo un montón de años sin mirar en los archivadores. De hecho, desde que Philip desapareció no me gusta nada bajar aquí. Ya me ha pasado por la mente tirarlo todo, no crea; pero es que son papeles confidenciales, y entonces hay que hacerlo como es debido, y es muy complicado. Así que prefiero cerrar con llave y olvidarme de ello; al fin y al cabo la casa es grande.

Calló un momento y volvió a mirar alrededor.

—Sí, no es moco de pavo —terció Herbert—. Tal vez debiéramos echarle un vistazo sin prisas Mie y yo. Si encontramos algo que pudiera interesarles, podemos enviárselo, ¿no? Solo tienen que decirnos qué quieren que busquemos.

—¡Ahora me acuerdo! —exclamó Mie Nørvig, señalando un armario de puerta persiana de madera clara, lleno de cajas con sobres impresos, tarjetas de visita y formularios.

Hizo girar la llave, y la tapa del armario se deslizó con un sonido sibilante, como la hoja de una guillotina.

—Ese de ahí —dijo, señalando un bloc azul de espiral tamaño pliego—. Lo rellenaba la primera mujer de Philip. Así que después de 1973, cuando Philip y Sara Julie se divorciaron, los recortes de periódico estaban sin pegar. Estaban sueltos.

—Pero entonces ¿usted ya los conoce?

—Sí, claro. Es que luego fui yo quien metía los artículos que Philip me pedía que recortase de los periódicos.

—Entonces, ¿qué quiere enseñarme? —preguntó Carl, mientras observaba que Assad volvía a la estancia y ya no estaba más pálido que lo que le convenía estar a una persona de origen árabe. Tal vez hubiera servido de algo la visita al baño.

—¿Estás bien, Assad? —preguntó.

—Una pequeña recaída, Carl.

Se apretó con cuidado el vientre, para dejar entrever que podrían quedar aún movimientos peristálticos descontrolados.

—Tenga. El recorte es de 1980, y esa es la persona a la que me refiero —hizo saber Mie Nørvig, señalando un recorte de periódico—. Curt Wad. A ese no lo tragaba. Cada vez que venía aquí, o cuando mi marido había hablado con él por teléfono, Philip se quedaba como transformado. Después de aquellas charlas se volvía muy cínico. No, la palabra no es esa, no es cínico: es duro como la piedra, como si careciera de sentimientos humanos. Y podía tratarnos con increíble frialdad a mí y a nuestra hija, sin ningún motivo. Como si su personalidad hubiera cambiado, porque normalmente era amable; pero en situaciones así discutíamos a menudo.

Carl miró el artículo. «Ideas Claras inaugura una sección local en Korsør», decía

el titular, y debajo se veía la foto de prensa. Allí estaba Philip Nørvig con una chaqueta de lana a cuadros, mientras el hombre a su lado vestía un elegante traje negro y corbata bien prieta.

«Philip Nørvig y Curt Wad presidieron la reunión con gran autoridad», rezaba el pie de foto.

—¡Anda la osa! —exclamó Carl, mirando con aire de disculpa a los dueños de la casa—. Pero si es ese del que tanto se habla estos días. Claro, ahora recuerdo el nombre Ideas Claras.

Era una versión de Curt Wad algo más joven que la que había visto la víspera en la tele. Patillas negras. Un hombre alto y apuesto en la flor de la edad, y a su lado un hombre delgado con las rayas del pantalón bien marcadas y una sonrisa que parecía forzada y poco habitual.

—Sí, es él. Curt Wad —dijo Mie Nørvig, asintiendo con la cabeza.

—Estos días está haciendo campaña para meter a Ideas Claras en el Parlamento, ¿verdad?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, y no es la primera vez. Pero ahora parece que va a conseguirlo, y es terrible, porque es poderoso y cínico, tiene unas ideas enfermizas. No se puede permitir que se extiendan más.

—De eso no sabes nada, Mie —volvió a intervenir Herbert.

Quién le habrá dado vela en este entierro, pensó Carl.

—Claro que sé —replicó Mie Nørvig, algo irritada—. ¡Y también tú sabes! Has leído los periódicos igual que yo. Piensa, por ejemplo, en lo que estuvo escribiendo una temporada aquel Louis Petterson, ya hemos hablado de eso. Curt Wad y sus simpatizantes han tenido relación con casos feos de abortos, a los que se referían como raspados necesarios, y esterilizaciones. Intervenciones de las que las mujeres ni siquiera llegaban a tener conocimiento.

Herbert volvió a protestar, más afectado de lo razonable.

—Mi esposa... o sea, Mie, tiene la idea obsesiva de que Wad es el culpable de la desaparición de Philip. Ya saben lo que puede hacer el dolor...

Carl frunció el entrecejo y no perdió detalle de los gestos de Herbert, mientras que Mie Nørvig no le hizo el menor caso. Como si los argumentos de él hubieran perdido fuerza tiempo atrás.

—Dos años después de hacerse esa foto de prensa, después de miles de horas dedicadas a Ideas Claras, lo expulsaron. ¡Ese...! —dijo, señalando a Curt Wad—. Vino aquí en persona y expulsó a Philip sin previo aviso. Lo acusaba de malversación de fondos, pero no era cierto. Tampoco era cierto que Philip hubiera incurrido en abuso de confianza dentro de su empresa, ni se le pasaría por la cabeza. Lo que pasa es que no se le daban bien los números.

—Mie, no puedes vincular sin más la desaparición de Philip con Curt Wad y aquel episodio —la reconvinó Herbert, muy moderado ya—. No olvides que el hombre todavía vive.

—Curt Wad ya no me da miedo, ¡ya hemos hablado de eso!

Su crítica fue vehemente, y llegó acompañada de rubor en las mejillas, en un rostro por lo demás bien empolvado.

—Por esta vez mantente fuera de la discusión, Herbert. No me interrumpas, ¿entendido?

Herbert se retiró. Era evidente que iban a volver a tratar la cuestión luego a puerta cerrada.

—¿Tal vez es también usted miembro de Ideas Claras, Herbert? —preguntó Assad desde el rincón.

La mandíbula del hombre se estremeció, pero no hizo ningún comentario. Carl miró inquisitivo a Assad, que señaló con la cabeza un diploma enmarcado colgado de la pared. Carl se acercó más. «Diploma de Honor», ponía. «Concedido a Philip Nørvig y Herbert Sønderskov, del bufete Nørvig & Sønderskov, por patrocinar las becas de Korsør en 1972.»

Assad achicó los ojos y luego señaló discreto con la cabeza hacia el compañero sentimental de Mie Nørvig.

Carl le devolvió el gesto igual de discreto. Assad tenía buena vista.

—Usted es también abogado, ¿verdad, Herbert? —preguntó Carl.

—Bueno, eso es mucho decir —repuso—. Pero lo he sido. Me jubilé en 2001. Pero sí, hasta entonces ejercí en la audiencia provincial.

—Y antes fue compañero de bufete de Philip Nørvig, ¿verdad?

La respuesta llegó en un registro algo más bajo.

—Sí, mantuvimos una colaboración magnífica hasta que decidimos ir cada cual por su lado en 1983.

—Entonces, si he entendido bien, eso fue tras las acusaciones contra Philip Nørvig y su ruptura con Curt Wad —continuó Carl.

Herbert Sønderskov frunció el entrecejo. Aquel jubilado algo encorvado tenía muchos años de experiencia en retirar acusaciones de los hombros de sus clientes, y ahora estaba valiéndose de su experiencia para protegerse a sí mismo.

—A mí, por supuesto, no me gustaban los asuntos en los que andaba metido Philip; pero la ruptura entre nosotros se debió a cuestiones más prácticas.

—¿Prácticas? Ya lo creo. Se llevó a sus clientes y a su mujer —llegó el comentario seco de Assad. Tal vez demasiado audaz—. ¿Eran de verdad buenos amigos cuando desapareció? ¿Y dónde estaba usted cuando ocurrió?

—Pero bueno, ¿ahora va a acusarme a mí?

Herbert Sønderskov se volvió hacia Carl.

—Creo que debería contar a su ayudante que en todo ese tiempo he conocido a muchos policías, y me he enfrentado casi a diario a ese tipo de indirectas e insidias. Pero no estoy acusado de nada, nunca lo he estado, ¿vale? Además, en aquella época estaba en Groenlandia. Estuve allí trabajando medio año, y no volví a Dinamarca hasta después de desaparecer Philip. Creo que un mes después, y por supuesto que puedo probarlo.

Fue entonces cuando se volvió hacia Assad para ver si su contraataque había forzado una adecuada mirada contrita en su rostro, pero la buscó en vano.

—Caramba. Además, mientras tanto la mujer de Philip Nørvig había quedado libre, ¿verdad? —continuó Assad.

Aunque parezca extraño, Mie Nørvig no hizo ningún comentario ante las travesuras de Assad. ¿Pensaría ella lo mismo?

—Oiga, esto es demasiado.

Herbert Sønderskov pareció haber envejecido de repente, pero eso no evitó que la mordacidad de otros tiempos siguiera al acecho.

—Les hemos abierto la puerta de nuestra casa y los hemos tratado bien, y ahora tenemos que oír estas cosas. Si es así como trabaja la Policía hoy en día, creo que voy a tomarme la molestia de sacrificar cinco minutos para encontrar el número de teléfono de la directora de la Policía. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Assad? ¿Y el apellido?

Habrá que quitar hierro al asunto, pensó Carl. Porque con todo aquel jaleo que se había centrado en él los últimos días, desde luego que no le hacía falta más.

—Perdone, Herbert Sønderskov, mi ayudante se ha excedido. Lo tenemos prestado de otro departamento donde están acostumbrados a tratar con una clientela no tan selecta.

Se volvió hacia Assad.

—¿Te importa salir y esperar en el coche, Assad? Me reuniré contigo enseguida.

Assad se alzó de hombros.

—Vale, jefe. Pero recuerda que hay que mirar, o sea, a ver si hay algo sobre una tal Rita Nielsen en esos cajones.

Señaló uno de los armarios archivadores.

—En ese de ahí, al menos, pone «de L a N».

Después se volvió y salió por la puerta con un movimiento que podría hacer pensar que había pasado veinte horas cabalgando; quizá, a pesar de todo, su visita al baño no había sido definitiva.

—Pues sí —declaró Carl, volviéndose hacia Mie Nørvig. Es verdad. Me gustaría mucho ver si hay algo en esos armarios sobre una mujer que desapareció el mismo día que su marido. Se llamaba Rita Nielsen. ¿Puedo buscar?

Sin esperar la respuesta, tiró del cajón donde ponía «de L a N» y miró en aquel

desorden. Había un montón de Nielsens.

En el mismo instante, Herbert Sønderskov se acercó por detrás y cerró el cajón de un empujón.

—Lo siento, creo que debo decir basta. Esos casos son material confidencial, y no puedo permitir que se quiebre la intimidad de los clientes. Así que haga el favor de marcharse.

—Pues entonces tendré que conseguir una orden de registro —repuso Carl, sacando el móvil del bolsillo.

—Haga eso. Pero antes márchese.

—Me parece que no es una buena idea. Si en este momento hay una carpeta sobre Rita Nielsen, puede que no esté ahí dentro de una hora, ¿quién sabe? Esa clase de carpetas tienen la costumbre de cobrar vida de pronto y desaparecer.

—Si le estoy diciendo que se marche, tiene que marcharse, ¿entendido? —dijo Herbert Sønderskov con frialdad—. Es posible que consiga una orden de registro, y cuando llegue ya veremos. Conozco la ley.

—Tonterías, Herbert.

La viuda enseñó a su compañero sentimental quién llevaba los pantalones y quién podía mandar al hombre a tomar por saco frente a la tele, donde podría soñar con la comida que ella *no* iba a servirle durante una semana. Allí estaba la prueba de que la pareja es la forma de interacción humana que ofrece más posibilidades de castigo.

Luego Mie Nørvig tiró del cajón e hizo gala de la profesionalidad adquirida tras hojear en carpetas durante muchos años.

—Aquí —dijo, sacando una carpeta—. Es lo más cercano a una Rita Nielsen.

Le enseñó la carpeta. Ponía Sigrid Nielsen.

—Muy bien, gracias, ahora ya lo sabemos.

Carl hizo un gesto con la cabeza hacia Herbert, que lo miró enfadado.

—Mie Nørvig, ¿quiere ser tan amable de mirar si hay una carpeta a nombre de una mujer llamada Gitte Charles y un hombre llamado Viggo Mogensen? Después los dejaré en paz.

A los dos minutos estaba fuera. En los ficheros no había ninguna Gitte Charles ni ningún Viggo Mogensen.

Me parece, Assad, que ese tipo no va a tener buen recuerdo de ti —gruñó Carl en el coche cuando pusieron rumbo a Copenhague.

—No. Pero cuando un hombre como ese se pone histérico, se comporta como un dromedario hambriento que come ortigas. Mastica y mastica sin atreverse a morder de verdad. ¿Has visto, o sea, cómo se retorció? Me ha parecido un tipo extraño.

Carl lo miró. Hasta de perfil se veía su sonrisa de oreja a oreja.

—Oye, Assad, ¿seguro que has estado en el baño?

Assad rio.

—No, me he dado una vuelta por la sala de arriba y he encontrado esto lleno de fotos.

Elevó la tripa hacia el techo, metió la mano bajo el cinturón y la llevó hacia sus zonas semidelincuentes.

—Mira —dijo, sacando un sobre y abriéndolo—. Lo he encontrado en el armario del dormitorio de Mie Nørvig. Estaba en una caja de cartón de las que siempre contienen cosas curiosas. Me he llevado todo el sobre, porque no despierta tantas sospechas como si me hubiera llevado, o sea, solo parte del contenido.

Una lógica irrefutable.

Carl se detuvo en el arcén y miró la primera foto.

Mostraba a un grupo de personas festejando algún acontecimiento feliz. Copas de champán en alto hacia el fotógrafo, todo sonrisas.

Assad puso un dedo en medio de la foto.

—Ahí está Philip Nørvig con una mujer que no es Mie. Debe de ser su primera mujer. Y mira esto —añadió, moviendo el dedo un poco a un lado—. Aquí están Herbert Sønderskov y Mie, y son más jóvenes que ahora. ¿No crees que parece como si él estuviera bastante loco por ella, o sea, ya entonces?

Carl asintió en silencio. Desde luego, el brazo de Sønderskov la asía con fuerza de los hombros.

—Mira detrás, Carl.

Le dio la vuelta. «4 de julio de 1973. Quinto aniversario de Nørvig & Sønderskov», ponía.

—Y mira luego la otra foto que he encontrado.

Tendió la fotografía a Carl. Colores desvaídos, y seguro que no la había hecho un fotógrafo profesional. Era la foto del matrimonio entre Mie y Philip Nørvig ante el Ayuntamiento de Korsør. Ella luciendo una bonita tripa, y Philip Nørvig con sonrisa de triunfador, en agudo contraste con el semblante hosco de Herbert Sønderskov, que estaba un par de peldaños más arriba.

—¿Entiendes entonces lo que quiero decir, Carl?

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Philip Nørvig dejó embarazada a la amiguita de Herbert Sønderskov. Así que la secretaria follaba con los dos, pero fue Nørvig quien se llevó el trofeo.

—Exacto. Tenemos que investigar si Sønderskov *estaba* realmente de viaje cuando Nørvig desapareció —propuso Assad.

—Yo creo que sí que estaba fuera. Pero ahora me interesa más su defensa de ese Curt Wad que Mie Nørvig parecía odiar tanto. La verdad es que ese Curt Wad no parece muy simpático, ¿no? Creo que la intuición femenina sobre la desaparición de su marido, que ha dado mucho que pensar a Mie Nørvig, pide profundizar en las

pesquisas.

—¿En las qué?

—En la investigación, Assad. Profundizar en la investigación. Tendremos que poner a trabajar a Rose, si es que le apetece.

Cuando llegaron al cartel de McDonald's que tentaba a los conductores de la autopista en Karlstrup, Rose llamó otra vez.

—No pensarás que en un plis-plas pueda dar cuenta de la vida y milagros de ese cabrón de Curt Wad, ¿verdad? Tiene por lo menos un millón de años, y no se ha aburrido en la puta vida, joder con el tío.

Su registro de voz subió hasta ese nivel en el que era mejor cortar y tranquilizarla un poco.

—No, no, Rose. Basta con que me des las líneas maestras. Ya entraremos después en los detalles, si es que hace falta. Solo quiero que me digas si hay alguna fuente que resuma, por así decir, su vida. Un artículo, o algo así. Acerca de los asuntos turbios en que ha estado metido Curt Wad en relación con la prensa, las leyes del país y también su trabajo. Entiendo que ha estado sometido a muchas críticas.

—Si quieres oír críticas a Curt Wad, habla con un periodista llamado Louis Petterson. Ese sí que ha sido duro con él.

—Sí, es verdad, me lo han comentado hoy mismo. ¿Ha escrito algo recientemente?

—En realidad, no. Eso fue hace unos cinco o seis años, y después debió de parar.

—¿Igual no había mucho fundamento en la historia?

—Yo creo que sí lo había. Desde luego, muchos otros periodistas han intentado indagar en los asuntos de Curt Wad. Pero ese Louis Petterson consiguió algunos titulares grandes.

—Bien. Y ¿dónde vive ese Louis Petterson?

—En Holbæk. ¿Por qué?

—Dame su teléfono, hazme el favor.

—¡Caramba! ¿Qué ha pasado? ¿Cómo has dicho?

Carl pensó hacer un chiste, pero lo dejó. Tampoco sabía ninguno.

—Hazme el favor, he dicho.

—¡Aleluya! —gritó Rose, y le dio el número—. Pero si estás pensando en hablar con él, tendrás que buscarlo en el Vivaldi, en Ahlgade, 42, porque es allí donde está, según su esposa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya has telefoneado a su casa?

—¡Pues claro! ¿Con quién crees que estás hablando? —replicó ella, y colgó de golpe.

—Mierda —dijo Carl, señalando el GPS—. Assad, apunta la dirección Ahlgade,

42, en Holbæk, vamos a un bar —dijo, y se imaginó la expresión de Mona cuando dentro de poco la llamara para notificarle que había tenido que cancelar la consulta con Kris, su amigo el psicólogo.

No iba a ponerse nada contenta.

Tal vez se había imaginado una pequeña tasca de esas en las que nunca entra la luz, por las que los periodistas agotados, por causas inescrutables, sienten predilección. Pero el Café Vivaldi no era así, todo lo contrario.

—¿No has dicho que era un bar? —preguntó Assad cuando entraron en la casa más bonita de la Calle Mayor, con su torre y todo.

Carl miró en el interior del enorme local abarrotado de gente, y fue entonces cuando se le ocurrió que no tenía ni idea del aspecto del tipo.

—Llama a Rose y pídele una descripción del hombre —ordenó, mientras observaba el local. Hermosos vidrios opalescentes y estucado en el techo. Acondicionado con gusto: buena iluminación, sillas y bancos de calidad, y un montón de detalles.

Apuesto a que es él, pensó mirando a un hombre que destacaba entre un grupo de tíos de mediana edad en la plataforma que había en el centro del local. Típicos ojos indolentes, rasgos faciales algo gastados y la mirada siempre de caza.

Miró a Assad, que asentía con la cabeza a lo que le decía Rose por el móvil.

—¿Y bien...? ¿Quién es, Assad? ¿Es ese de ahí? —preguntó, señalando a su candidato.

—No.

Assad echó una ojeada rápida por el variado surtido de grupos de mujeres consumidoras de ensalada, parejas acarameladas con los dedos trenzados sobre sus capuchinos, y gente solitaria con la nariz pegada al periódico y la cerveza sin tocar.

—Creo que es ese —exclamó, señalando a un joven rubicundo sentado en un banco rojo en el rincón junto a la ventana, jugando al *backgammon* con otro hombre de su misma edad.

No se me habría ocurrido en la vida, pensó Carl.

Se colocaron pegados a los dos jugadores mientras estos movían las fichas sobre el tablero; y como aparentemente no lograban atraer su atención, Carl se aclaró la garganta y dijo:

—Louis Petterson, ¿podemos hablar contigo un momento?

El joven alzó la vista una décima de segundo e hizo un salto mental de un estado de profunda concentración a una realidad rebotante de adrenalina. En menos de un segundo, Petterson captó la disparidad entre los dos hombres, pero aun así supuso que serían policías. Luego dejó caer la mirada al tablero y, tras un par de jugadas rápidas, preguntó a su compañero si podían hacer un pequeño descanso.

—Porque me parece, Mogens, que esos dos no están aquí para aprender trucos.

Es asombroso lo tranquilo que es el tío, pensó Carl, mientras su amigo asentía en silencio y desaparecía entre el gentío al otro lado de la plataforma.

—Ya no trabajo con casos de la Policía —comunicó, haciendo girar entre sus dedos la copa de vino blanco.

—Ya. Verás, recurrimos a ti porque has escrito bastante sobre Curt Wad —explicó Carl.

El hombre sonrió.

—Vaaaya, sois de la Comisaría Central de Información. Joder, hacía tiempo que no os dabais una vuelta por aquí.

—No, venimos del Departamento de Homicidios de Copenhague.

Al oír aquello, la expresión facial del tipo pasó con una simple arruga de ser arrogante a muy alerta. Sin la experiencia de años de servicio nadie se habría dado cuenta, pero Carl sí lo vio. Un periodista a la caza de la noticia no reaccionaba así. Al contrario, se habría alegrado. Tras palabras como homicidio y asesinato acechaba siempre la idea de líneas bien pagadas en un diario nacional. Pero su interés no parecía estar ahí, y eso lo decía todo.

—Hemos venido porque deseamos saber más de Curt Wad, de quien has escrito tanto. ¿Puedes concedernos diez minutos?

—Sí, hombre, pero llevo cinco años sin escribir sobre él. Me cansé.

Conque sí, ¿eh, amiguito? Entonces ¿por qué has estado girando la copa entre tus dedos sin parar?, pensó Carl.

—He mirado tus datos —mintió—. No estás en el paro, así que ¿con qué te ganas la vida en este momento, Louis?

—Estoy empleado en un organismo —informó, tratando de sondear cuánto sabía Carl en realidad.

Por eso Carl hizo un gesto afirmativo.

—Sí, ya sabemos. Y dinos, ¿de qué clase de organismo se trata?

—Bueno, pero antes, por ejemplo, ¿puedes decirme qué homicidio estáis investigando?

—¿He dicho que investigáramos un homicidio? No, no he dicho eso, ¿verdad, Assad?

Assad sacudió la cabeza.

—Tranquilo, hombre —lo sosegó Assad—. No sospechamos nada concreto de ti. Era verdad, pero aun así tuvo cierto efecto en el hombre.

—¿Quién es sospechoso de qué? Por cierto, ¿puedo ver vuestras placas?

Carl sacó la placa y la puso a tal altura que todos los de alrededor pudieron verla.

—¿Quieres ver, o sea, la mía también? —preguntó Assad, atrevido.

El gesto negativo de Louis Petterson mostró a las claras que prefería pasar. Ya iba

siendo hora de que encontraran algún tipo de legitimación para Assad. Cualquier cosa. Una tarjeta de visita con algún símbolo de la Policía podría valer.

—Investigamos cuatro desapariciones que tuvieron lugar en el mismo día —informó Carl—. ¿Te dice algo el nombre de Gitte Charles? Era auxiliar de enfermería y vivía en Samsø.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Rita Nielsen? ¿Viggo Mogensen?

—No —respondió, volviendo a sacudir la cabeza—. ¿Cuándo desaparecieron esas personas?

—A principios de septiembre de 1987.

Lució una sonrisa.

—Yo tenía doce años.

—Pues entonces no has sido tú, entonces —dijo Assad con una sonrisa.

—¿Y Philip Nørvig? ¿Te dice algo?

Petterson echó la cabeza atrás contra el respaldo e hizo como que se devanaba los sesos, pero no engañó a Carl. Petterson sabía bien quién era Philip Nørvig, se le notaba a la legua.

—Para tu información, era un abogado de Korsør con domicilio en Halskov. Antiguo miembro activo de Ideas Claras, expulsado en 1982, pero entonces solo tenías siete años, así que tampoco sería por tu culpa —continuó Carl con una sonrisa.

—No, el nombre no me dice nada en este momento. ¿Debería conocerlo?

—Bueno, has escrito columnas y más columnas sobre Ideas Claras, así que habrás leído su nombre, ¿no?

—Sí, tal vez. No estoy seguro.

¿Y por qué no lo estás, amiguito?, pensó Carl.

—Bueno, eso se puede mirar en la hemeroteca. La Policía es especialista en leer artículos de periódico, ya lo sabías, ¿no?

El hombre ya no tenía tan buen color.

—¿Qué has escrito sobre La Lucha Secreta? —preguntó Assad. Vaya, Carl no pensaba preguntar aquello todavía.

El periodista sacudió la cabeza. Quería decir que nada, y sería verdad.

—Te das cuenta de que vamos a comprobarlo, ¿verdad, Louis Petterson? Quiero que sepas también que tu lenguaje corporal nos comunica que sabes bastante más de lo que te ha parecido contarnos. No sé qué es, puede que sean cosas intrascendentes, pero entonces creo que deberías decírnoslas. ¿Trabajas para Curt Wad?

—¿Estás bien, Louis? —preguntó su amigo Mogens, que se había acercado un poco.

—Sí, sí, estoy bien. Son estos dos, que andan descaminados.

Luego se volvió hacia Carl, y dijo con toda calma:

—No, no tengo nada que ver con ese hombre. Trabajo para una organización llamada Benefice; es una organización independiente patrocinada por voluntarios. Mi labor es reunir información sobre fallos cometidos por el Partido de Dinamarca y los partidos del Gobierno durante los diez últimos años, y te aseguro que hay material suficiente.

—Sí, estoy seguro de que no te faltará qué hacer. Pero gracias, Louis Petterson; menos mal, así no tenemos que investigarlo. ¿Y para quién reúnes esa información?

—Para todos los que piden permiso para verla.

Se enderezó en el asiento.

—Mirad, siento no poder seros de más ayuda. Si queréis saber más sobre Curt Wad podéis leer. Por lo visto, ya tenéis mis artículos; ahora estoy en otra fase de mi vida. Así que, a menos que tengáis preguntas concretas sobre esos cuatro casos de desaparición que investigáis, lamento comunicaros que es mi día libre.

—La cosa ha tomado unos derroteros sorprendentes —tuvo que reconocer Carl cinco minutos más tarde, en la calle—. Y yo que solo quería hacer unas preguntas concentradas en Curt Wad... ¿Qué coño se traía el pavo entre manos?

—Te lo diré dentro de poco, Carl. Porque en este momento está el pavo pegado al teléfono. No mires atrás. No nos quita ojo desde la ventana. Tendremos que pedirle a Lis que descubra a quién está, o sea, llamando.

Capítulo 22

Septiembre de 1987

NETE despertó aquella mañana con un dolor de cabeza espantoso. No sabía si sería por los experimentos llevados a cabo la víspera con aquellos líquidos hediondos en la mesa del cuarto herméticamente cerrado, o por saber que aquel día, el más decisivo de su vida, iba a matar a seis personas en menos de doce horas.

Lo que sí sabía era que si no tomaba sus pastillas contra la migraña todo iba a irse al garete. Quizá bastara con dos pastillas, pero tomó tres, y se quedó una o dos horas mirando el reloj, mientras sus capilares cerebrales se sosegaban y la luz podía llegar a la pupila sin sentirla como descargas eléctricas.

Después colocó las tazas de té sobre el aparador de caoba de su agradable sala de estar, alineó con cuidado las cucharillas de plata y colocó el frasco de extracto de beleño de forma que pudiera sacarlo sin problemas y verter en las tazas lo que hiciera falta cuando llegara el momento.

Repasó por décima vez el plan, y luego se puso a esperar oyendo a sus espaldas el tic-tac del reloj de péndulo inglés. Al día siguiente por la tarde iba a despegar su vuelo a Mallorca, y el reflejo de la vegetación de Valldemossa, de color verde claro, ocuparía su mente, dejando escapar el pasado y demás fantasmas.

Hasta entonces, solo se trataba de llenar bien la cámara mortuoria.

La familia de acogida a la que la envió su padre después de su aborto espontáneo en el arroyo recibió a Nete como a una paria, y eso fue lo que siguió siendo.

La habitación de la criada estaba apartada, y el trabajo diario era exigente, así que el único momento en que tenía trato con la familia era a las horas de comer, y eso en absoluto silencio. Si alguna rara vez abría la boca la hacían callar, por mucho que ella se esforzaba en hablar educadamente. Incluso la hija y el hijo, que eran de su misma edad, apenas la miraban. Era una desconocida, y sin embargo la trataban como si tuvieran un derecho ilimitado sobre su vida. Pocas experiencias agradables, y nada de palabras amorosas. Eso sí, exigencias, seriedad y amonestaciones no faltaban.

Veinte kilómetros separaban el hogar de su infancia de la familia de acogida de Nete, no era más que una hora en bici. Pero no tenía bici, así que cada día se conformaba con esperar que su padre anunciara su llegada. Pero nunca lo hizo.

Cuando apenas llevaba año y medio con la familia, la llamaron al salón familiar, donde estaba el guarda rural hablando con su padre adoptivo. Estaba sonriendo, pero en cuanto vio a Nete cambió su expresión.

—Nete Hermansen: siento comunicarte que tu padre se ahorcó en su casa el

domingo pasado. Por ello, las autoridades han propuesto que esta buena familia sean tus guardianes permanentes. Eso significa que tienen autoridad sobre ti hasta que cumplas veintiún años. Creo que deberías estar agradecida. Tu padre no dejó más que deudas.

Eso sí que era parquedad. Nada de pésames ni información sobre el entierro.

Le hicieron un breve saludo con la cabeza. La vida de Nete se derrumbaba. La audiencia había terminado.

Estuvo llorando en el prado, mientras las chicas y los chicos cuchicheaban como se hace cuando se habla de los que no están en el grupo. Y a veces se sentía tan sola que le dolía. A veces tenía tanta necesidad de contacto físico que le ardía la piel.

Si al menos le hubieran hecho alguna caricia, un ligero roce en la mejilla... Pero a Nete le enseñaron a pasar sin ellas.

Cuando aquel fin de semana llegaron las ferias al pueblo, las demás chicas de la granja fueron allí en autobús sin decirle nada. Así que se colocó junto a la carretera con dos coronas en el bolsillo y se puso a hacer dedo.

La camioneta que se detuvo no era muy ostentosa, con el remolque arañado y los asientos blandos, pero al menos el conductor sabía sonreír.

No debía de saber quién era ella.

Dijo que se llamaba Viggo Mogensen y que era de Lundeborg. En el remolque llevaba pescado ahumado para un tendero que lo vendía en un puesto del mercado. Dos cajas enteras que olían a mar y humo; en suma, un acontecimiento inusual.

Cuando las demás chicas la vieron entre tirovivos y puestos de tiro con un helado en la mano y acompañada de un joven apuesto, sus miradas se llenaron de algo que no había visto nunca. Después lo interpretó como envidia, pero en el momento se quedó asustada; tampoco le faltaban razones para ello.

Era un día caluroso, como los veranos con Tage, y Viggo hablaba con tal entusiasmo del mar y la vida libre que Nete lo vivía casi como si le pasara a ella. Una creciente sensación de felicidad la embargó y dio a Viggo más libertad de acción que lo que otras circunstancias habrían permitido.

Por eso dejó que le echara el brazo al hombro cuando la llevó de vuelta. Por eso lo miró con esperanza y mejillas encendidas cuando él detuvo el coche en una arboleda y la atrajo hacia sí. Y por eso no pareció peligroso cuando él se puso el condón y dijo que así iba a ser maravilloso y que no había ningún peligro.

Pero su expresión cambió cuando, tras sacar el miembro, observó que el condón estaba rasgado. Nete preguntó qué iba a pasar si se quedaba embarazada, y esperó tal vez que él dijera que no era imposible, y que desde luego la llevaría a casa con él.

Pero no lo dijo, y ella sí que se quedó embarazada, y las demás chicas no tardaron en enterarse.

«Si vomitas en los sembrados es porque hay simiente en la barriga», gritó una de

ellas. Y todas se echaron a reír hasta caérseles los pañuelos de cabeza.

Media hora más tarde estaba ante su madre adoptiva, quien con voz trémula la amenazó con todo tipo de castigos y con la Policía si no se deshacía del feto. Aquel mismo día llegó un taxi al patio de la granja, y enviaron fuera al hijo. No querían que nadie lo relacionara con la inmundicia que había traído Nete a su vida. Y Nete sostenía que se trataba de un joven simpático de Lundeborg que conoció en las ferias, pero no le sirvió de nada, porque las chicas, que la habían visto con él, sostenían lo contrario: o sea, que era un charlatán que colaba su virilidad bajo las faldas de las chicas para pasárselo bien y nada más.

El resultado de la conversación fue un ultimátum. O volvía a la consulta del médico de su pueblo para que se deshiciera de aquello, o tendrían que pedir a la asistencia pública que llevara el caso a la Policía y al resto de autoridades.

—Ya has probado antes lo de deshacerte de un feto —le dijo su madre adoptiva sin la menor compasión. Después su padre adoptivo la llevó en coche y la dejó ante la casa del médico. Cuando hubiera terminado podía volver en el autobús, porque no disponía de todo el día para ella. No le deseó suerte, pero en su sonrisa quizá hubiera cierto aire de disculpa. Quizá de alivio.

Nete nunca sabía qué pensaba su padre adoptivo.

Pasó un buen rato removiéndose en su asiento, esperando, entrechocando sus rodillas en la sala de espera verde. El olor a bolitas de alcanfor y medicamentos le hacía sentirse mal, le daba miedo. El temor al instrumental médico y a las camillas la invadió, y los minutos avanzaron a paso de tortuga mientras los pacientes con sus toses y sus pies doloridos recibían tratamiento a puerta cerrada. Oía la voz del médico, grave y sosegada, pero no era nada tranquilizadora.

Cuando llegó su turno —era la última paciente del día, un médico que era más joven que el que había esperado le dio la mano y la saludó con voz cálida. Fue aquella voz la que le hizo olvidar su reserva inicial. Y cuando el médico añadió que claro que se acordaba de ella y luego le preguntó si se encontraba bien con su nueva familia, ella asintió en silencio y se puso a su merced.

No se extrañó cuando el médico dijo a la enfermera que podía marcharse, y tampoco cuando cerró la puerta con llave. Lo que sí le resultó raro fue que fuera el hijo, y no el padre, quien la examinara, como si lo hubiera hecho muchas veces. Pero solo se habían visto la única vez que el viejo médico fue a su casa después de su aborto.

—Tienes el honor de ser mi primera paciente ginecológica, Nete. Mi padre me acaba de pasar la consulta, así que ahora es a mí a quien debes decir «señor doctor».

—Pero mi padre adoptivo ha llamado a su padre, señor doctor. ¿Ya sabe lo que tiene que hacer?

Él estuvo examinándola de una manera que a Nete no le gustó. Fue a la ventana y corrió la cortina; después se volvió hacia ella con una mirada que decía que tras la bata y aquellos ojos había algo que era muy íntimo.

—Claro que lo sé —respondió él por fin, poniéndose frente a ella y dejando de mirarle el cuerpo—. Y, por desgracia, resulta que en este país no pueden realizarse interrupciones de embarazo de cualquier manera, así que ya puedes estar contenta de que tenga un carácter compasivo como mi padre. Pero eso ya lo sabes.

Entonces le puso la mano en la rodilla.

—También sabrás que ambos vamos a estar en apuros si sale de aquí el menor comentario acerca de la consulta de hoy.

Nete asintió con la cabeza y le extendió la mano con el sobre. Dentro, aparte de cinco monedas de dos coronas, había todo lo que había ahorrado en los últimos dos años, y también un billete de cien, contribución de su madre adoptiva. Cuatrocientas coronas en total. Esperaba que fuera suficiente.

—Espera un poco con eso, Nete. Primero tumbate en la camilla. Puedes dejar las bragas en la silla.

Ella obedeció, luego se quedó mirando las sujeciones para las piernas y pensó que no podría subirlas tan arriba. Sofocó una risa, aunque estaba asustada. Todo parecía irreal y cómico.

—Aaarriba —dijo él, levantándole las piernas hasta las sujeciones, y allí se quedó Nete con el vientre desnudo, extrañada de que tardara tanto en suceder algo.

Levantó la cabeza un momento y lo vio sombrío, mirando con fijeza entre sus piernas.

—Ahora tienes que estar quieta —dijo, meneando la cintura como si acabara de soltarse los pantalones y dejarlos caer.

En el segundo siguiente Nete supo que había visto bien.

Primero sintió los muslos velludos de él contra los suyos. Sintió cosquillas un segundo, antes de notar la embestida contra su vientre, que la hizo arquear el cuerpo hacia atrás.

—¡Ay! —gritó cuando él se retiró para después embestir con fuerza una y otra vez mientras la agarraba de las rodillas con tanta fuerza que Nete no podía retirarlas hacia sí ni retorcer el cuerpo. Él no decía nada, solo miraba entre las piernas de ella con los ojos muy abiertos.

Nete protestó y trató de que él cejara, pero tenía la garganta bloqueada. Luego cayó sobre ella con todo su peso, con su rostro cerca del suyo. Su mirada sin brillo parecía muerta. No fue nada gozoso, como con Tage y Viggo. Para nada. El simple olor del médico le daba náuseas.

No tardó mucho en ver que sus ojos entrecerrados se elevaban hacia el techo y sus labios se entreabrían para emitir un rugido.

Después se abrochó los pantalones y la acarició en la entrepierna dolorida y pegajosa.

—Ahora ya estás preparada —la informó—. Así es como se hace.

Nete se mordió el labio inferior. En aquel momento se llenó de vergüenza, una vergüenza que no la abandonaría. Aquella sensación de que cuerpo y mente eran cosas diferentes que podían usarse una contra otra. Y se sintió infeliz, enfadada y muy, muy sola.

Vio que él preparaba la máscara de la anestesia, y por un instante pensó que debería irse. Después llegó el olor dulzón del éter, que le ensanchó las ventanas de la nariz. Y mientras se alejaba entre nieblas, llegó a recordarse a sí misma que cuando hubiera pasado todo emplearía las diez coronas que le habían sobrado para comprar un billete de tren a Odense, y buscaría la llamada Ayuda a las Madres. Había oído decir que ofrecían ayuda a chicas como ella. Y desde luego Curt Wad iba a pagar lo que había hecho.

Así fue como se establecieron las bases para una catástrofe que duraría una vida.

Los días siguientes fueron una sucesión de derrotas. Las mujeres de Ayuda a las Madres se mostraron muy solícitas al principio, le ofrecieron té, la tomaron de la mano y parecía, en suma, que podían ayudarla. Pero cuando les contó lo de la violación y la consiguiente interrupción del embarazo y el dinero que había pagado, sus semblantes adquirieron una expresión seria, muy diferente.

—Antes de nada, Nete, debes ser consciente de que estás formulando unas acusaciones muy graves. Además, no entendemos que primero hayas tenido una interrupción de embarazo y después hayas acudido a nosotras. Todo esto parece de lo más inapropiado, y tendremos que informar del caso a las autoridades, espero que lo entiendas. Debemos mantenernos dentro de la legalidad.

Nete pensó decir que fue su familia de acogida la que lo había decidido. Que no querían que una chica que habían tomado a su cuidado exhibiese su inmundicia y su vida disoluta ante sus hijos y ante los jóvenes de ambos sexos a quienes habían dado empleo en la granja. Pero no lo dijo, así de leal actuaba para con su familia adoptiva, pese a todo. Y aquella lealtad no le fue correspondida, ni mucho menos; de eso se enteró más tarde.

Poco después se personaron en el despacho dos policías de uniforme que le pidieron que los acompañara. Iba a hacer una declaración en comisaría, pero antes tenían que darse una vuelta por el hospital para comprobar si era cierto lo que sostenía.

Cuando todo terminara podría quedarse a dormir en la ciudad, bajo el cuidado experto de la Ayuda a las Madres.

La examinaron en profundidad y comprobaron que era cierto, que había tenido

una intervención ginecológica. Hombres vestidos con bata le metieron dedos y mujeres con emblemas de enfermera la secaron después.

Le hicieron preguntas, a las que contestó con franqueza, y sus rostros expresaban seriedad, y su cuchicheo en los rincones rezumaba preocupación.

Por eso estaba convencida de que aquellos médicos y enfermeras estaban de su parte, y por eso le entró miedo cuando encontró a Curt Wad libre y sonriente en la sala de interrogatorios de la comisaría. Al parecer, había hablado en tono conciliador con dos policías de uniforme, y al parecer el hombre que estaba a su lado, que se presentó como Philip Nørvig, abogado, estaba dispuesto a hacerle la vida muy difícil.

Pidieron a Nete que se sentara y saludaron con la cabeza a dos mujeres que entraron en el local. A una la conocía de Ayuda a las Madres, la otra ni se presentó.

—Nete Hermansen, hemos hablado con el señor doctor Curt Wad, quien nos ha confirmado que ha realizado un raspado en tu útero —informó la desconocida—. Tenemos aquí tu expediente con el doctor Wad.

Después depositaron en la mesa, ante ella, una carpeta. En la cubierta había escrita una palabra que no sabía leer, y debajo el número 64, hasta ahí llegaba.

—Este es tu expediente, escrito por el doctor Wad cuando saliste de su clínica —dijo el abogado—. De él se deduce con total claridad que te hizo un raspado tras violentas hemorragias irregulares, y que ese estado podría deberse a un aborto espontáneo que tuviste hace casi dos años. Pone también que, a pesar de tu edad, has reconocido contacto sexual reciente con desconocidos, afirmación que también suscriben tus padres adoptivos. ¿Es verdad?

—No sé qué es un raspado, lo único que sé es que el doctor hizo conmigo cosas inapropiadas.

Apretó los labios para controlar su temblor. Desde luego, esos hombres no iban a hacer que se echara a llorar.

—Nete Hermansen: como sabes, soy el abogado de Curt Wad, y debo pedirte que tengas cuidado con formular acusaciones que no puedes probar —dijo el abogado Nørvig, de rostro grisáceo—. Has dicho que el doctor Wad te ha realizado una interrupción del embarazo, y los médicos del hospital no han visto prueba de ello. Curt Wad es un médico meticuloso y muy capacitado, y está para ayudar a la gente, y no para llevar a cabo cosas ilegales como interrupciones de embarazo. Te han hecho un raspado, sí, pero ha sido por tu bien, ¿no es así?

Al hablar proyectaba su cuerpo hacia delante, como si quisiera golpear su cabeza contra la de ella, pero Nete no se asustó más de lo que ya estaba.

—Se tumbó sobre mí y se apareó conmigo, y yo grité que me dejara. Fue así, joder.

Miró alrededor. Era como hablar a la pared.

—Cuidado con las palabras que usas, Nete —la riñó la mujer de Ayuda a las

Madres—. No te hacen ningún bien.

El abogado miró alrededor, elocuente. Nete lo aborrecía con toda su alma.

—Y también has declarado que el doctor Wad se sobrepasó contigo —continuó—, a lo que el señor doctor Wad replica amable que el éter de la anestesia te afectó mucho, y en esas circunstancias se puede llegar a alucinar. ¿Conoces la palabra, Nete?

—No, pero da igual. Porque hizo lo que no debía antes de ponerme la máscara.

Todos se miraron al oírlo.

—Nete Hermansen. Si alguien se sobrepasara con su paciente en esa situación, esperaría a que la paciente estuviera anestesiada, ¿no? —terció la mujer desconocida—. Has de saber que es muy difícil creerte. Sobre todo ahora.

—Pues así pasó.

Nete miró a su alrededor, y en aquel momento supo que ninguno de los presentes estaba a su favor.

Luego se puso en pie y volvió a notar malestar en el bajo vientre y una sensación de humedad en las bragas.

—Quiero ir a casa —hizo saber—. Iré en el autobús.

—Me temo que no va a ser tan sencillo, Nete. O retiras la acusación, o debemos pedirte que te quedes —dijo uno de los agentes. Empujó un papel hacia ella, que Nete no era capaz de leer, y señaló una línea en la parte inferior.

—Solo tienes que firmar ahí, y podrás marcharte.

Era fácil de decir. Pero para eso había que saber leer y escribir.

La mirada de Nete dejó la mesa y se deslizó hasta el rostro del hombre alto sentado frente a ella. Vio una especie de complicidad en los ojos de Curt Wad cuando sus miradas se encontraron, pero ella no la deseaba.

—Hizo lo que he dicho —insistió.

Le pidieron que se sentara en una mesa del rincón mientras hablaban entre ellos. Las mujeres, sobre todo, parecían tomárselo muy en serio, y Curt Wad sacudió varias veces la cabeza cuando ellas se dirigieron a él. Al final se levantó y dio la mano a todos.

Él sí que podía marcharse.

Dos horas más tarde, Nete estaba sentada en la cama de un cuartito de una casa que no sabía ni dónde estaba.

Le dijeron que el caso se tramitaría pronto, y que le asignarían un abogado de oficio. Y le dijeron que su familia de acogida iba a enviarle sus cosas.

Así que no querían que regresara a la granja.

Pasaron varias semanas hasta que el escrito de acusación contra Curt Wad llegó al juzgado, pero las autoridades no habían perdido el tiempo. Sobre todo Philip Nørvig,

que era especialista en usar las declaraciones como arma arrojadiza, y las instancias judiciales lo escuchaban con agrado.

A Nete le hicieron pruebas de inteligencia, llamaron a testigos y sacaron copias de papeles.

Apenas dos días antes del día fijado para la audiencia, Nete pudo ponerse en contacto con el abogado de oficio que le habían asignado. Tenía sesenta y cinco años y era bastante amable, pero no podía decirse nada más de él.

Cuando estuvo en la sala del juicio tuvo conciencia plena de que nadie deseaba crearla, y de que el caso era ya demasiado serio para poder ignorarlo.

Ni uno solo de los testigos trató de girar la cabeza en dirección a ella mientras declaraba, y el aire de la estancia le parecía hielo.

Su odiosa y mezquina maestra de la escuela pudo hablar de faldas levantadas, palabras vulgares, estupidez, apatía y promiscuidad generalizada, y el cura que confirmó a sus compañeros de clase, de su falta de religiosidad y tendencias diabólicas.

Con aquello ya se sacó la conclusión: «retrasada antisocial».

Con esas fuertes tendencias asociales, Nete era sencillamente una perversa moral y una deficiente mental. Un ser inferior de la sociedad, a quien no convenía el trato con ella. Embustera y astuta, a pesar de su asistencia irregular a la escuela y escaso aprendizaje. «De carácter frívolo e inconsistente», decían una y otra vez. Ninguna palabra atenuante ni positiva. También le echaban en cara que animaba a los demás a la desobediencia, incluso al alboroto, y que sus fuertes y odiosas tendencias eróticas habían sido siempre una gran molestia; ahora que estaba sexualmente madura era también un peligro para quienes la rodeaban. Cuando se supo que había logrado un índice de 72,4 en el test de inteligencia de Binet-Simon, todos se convencieron de que Curt Wad había sido víctima de calumnias poco fiables y difamación mendaz, a pesar de sus buenas intenciones.

Ella protestó y dijo que las preguntas del test eran estúpidas, y después añadió que había dado a Curt Wad cuatrocientas coronas exactas por interrumpir el embarazo, tras lo que su padre adoptivo proclamó en el estrado de los testigos que era imposible que Nete hubiera ahorrado tanto dinero. Nete estaba escandalizada. O estaba mintiendo, o su mujer no le había contado que también ella había contribuido. Por eso Nete gritó que le preguntara a su mujer si no era cierto, pero la mujer estaba ausente, como lo estaba la voluntad de dar con la verdad.

Después el presidente de la junta parroquial, que estaba emparentado con uno de los que la habían arrojado al arroyo de Puge Mølle, presentó una declaración que abogaba por que un asilo de mujeres o, mejor aún, un reformatorio serían más adecuados para alojarla que una familia de acogida. Ya se sabía que se acostaba con cualquiera y que se provocó un aborto arrojándose sobre las piedras afiladas del

suelo, dijo. Un auténtico oprobio para su pacífica congregación.

El tribunal rechazó una tras otra las acusaciones contra Curt Wad. A ratos Nete veía que para Philip Nørvig aquello era un trampolín a los tribunales, y una sonrisa irónica adornaba todo el tiempo el rostro tan sereno de Curt Wad.

Uno de los últimos días helados de febrero el juez sopesó los pros y los contras, y transmitió a Curt Wad las disculpas del tribunal por lo que había debido sufrir a causa de aquella joven embustera y asocial.

Cuando Wad desfiló frente a Nete hacia la puerta de salida, le hizo un breve saludo con la cabeza, para que el tribunal apreciara su magnanimidad, pero no el triunfo y el desprecio presentes en el rabillo del ojo. Fue más o menos entonces cuando el juez se dirigió a las autoridades para que trasladasen a esa joven de diecisiete años, menor de edad, a Asistencia Mental, y que allí hicieran lo posible por enderezar a aquella persona desviada, para que después se incorporara a la sociedad siendo una persona mejor.

Pasados dos días, la trasladaron al asilo Keller de Brejning.

El jefe de servicio le dijo que no la consideraba anormal, y que iba a escribir a la junta parroquial para, si se demostraba que no era una retrasada, darle de alta en la institución.

Pero tal cosa no iba a ocurrir.

Ya se encargó Rita de eso.

Capítulo 23

Noviembre de 2010

LA asamblea nacional de Ideas Claras fue una fiesta, y Curt observó a los reunidos con orgullo y un inusual velo de lágrimas ante los ojos.

En el invierno de su vida habían logrado por fin reunir fuerzas para crear un partido político, y en aquel momento casi dos mil daneses íntegros y sonrientes lo aplaudían. Así pues, quedaba esperanza para el país de sus hijos. Ojalá Beate hubiera podido estar a su lado.

—Menos mal que has parado los pies a ese periodista antes de que terminara su sucio discurso —dijo uno de los directivos locales.

Curt asintió en silencio. Si estabas dispuesto a luchar por ideas que creaban oposición y enemigos, era importante estar rodeado de hombres fuertes que podían hacerse cargo de la situación cuando esta lo exigía. Aquella vez no había hecho falta; pero para otra ocasión, que seguro que iba a presentarse, tenía a gente para hacer el trabajo sucio.

No, aquella vez la situación problemática se arregló rápido, y el resto de la reunión transcurrió en total armonía entre logradas presentaciones del programa electoral y de los candidatos al Parlamento.

—Está creando un partido fascista, ¿verdad, Curt Wad? —había gritado el periodista mientras atravesaba el gentío con la grabadora dirigida hacia Curt.

Este sacudió la cabeza y sonrió; era lo que había que hacer cuando la gente se acercaba demasiado.

—No, ¡desde luego que no! —gritó él también—. Pero hablemos con mayor tranquilidad en otro momento. Entonces haré que se dé cuenta de su error y le contaré lo que quiera saber.

Consiguió dirigir una mirada fugaz a los del servicio de orden antes de que agarraran al hombre; entonces se retiraron, y la multitud volvió a engullir al periodista. Era legal defenderse de los idiotas y los descontentos corrientes, pero no se podía atacar a periodistas trabajando; tendrían que aprender eso.

—¿Quién era ese? —preguntó a Lønberg tras cerrar las puertas que daban al gran salón de la reunión.

—Nadie importante. Uno de la *Prensa Libre*, que reúne material para el enemigo. Se llama Søren Brandt.

—Entonces ya sé quién es. Vigiladlo.

—Ya lo vigilamos.

—Pues vigiladlo más.

Lønberg asintió con la cabeza, Curt le dio una palmada en el hombro y luego

abrió la puerta de una sala menor. Había allí un grupo exclusivo de unos cien hombres esperándolo.

Subió a un pequeño podio y miró a los fieles seguidores que se enderezaban en las butacas y le dedicaban un aplauso.

—Señores míos —comenzó—. ¿Está aquí la élite que hace frente a la prohibición de fumar?

Varios exhibieron amplias sonrisas, y uno de ellos se estiró para ofrecerle un puro de su estuche de cuero. Curt Wad sonrió y movió la mano para rechazar la oferta.

—Gracias, amigo, pero hay que cuidar la salud. Que uno ya no tiene ochenta años.

Rieron de buena gana. Era maravilloso estar entre ellos. Eran los iniciados. Gente en la que se podía confiar. Hombres capacitados que habían trabajado mucho por La Lucha Secreta, y la mayoría de ellos durante muchos años. Lo que tenía que contarles no iba a gustarles.

—Bueno, la asamblea nacional va de maravilla, así que si ese ambiente sublime refleja la postura de una amplia franja de la población danesa, creo que podemos esperar muchos escaños en las próximas elecciones.

Al oírlo, todos se levantaron para aclamarlo y aplaudirlo.

Tras unos instantes de gloria, los silenció con gestos, y luego aspiró hondo.

—Los aquí presentes hemos consolidado el espíritu de Ideas Claras. Somos nosotros quienes hemos estado durante años en las barricadas, haciendo el trabajo necesario. Hemos estado en primera línea de la moral y lo razonable, y dispuestos a hacerlo con discreción y en silencio. «Cosecha más honores quien solo desea cosecharlos para el Señor», solía decir mi padre.

Volvieron los aplausos.

Curt esbozó una breve sonrisa.

—Gracias. Mi padre se habría alegrado si hubiera estado aquí.

Después hundió la cabeza y miró a los que tenía más cerca.

—Nuestro trabajo de esterilizar e interrumpir embarazos a mujeres que no están en condiciones de engendrar una descendencia que sea digna de nuestro país tiene una larga tradición, y mediante ese trabajo todos los presentes hemos comprendido que la indiferencia no conduce a nada bueno.

Levantó ambas manos en reconocimiento hacia los congregados.

—Los que estamos aquí no hemos sido indiferentes.

Algunos volvieron a aplaudir.

—Y ahora, de nuestras ideas básicas ha surgido un partido que, por vías políticas, va a crear una sociedad en la que el trabajo que hemos realizado a escondidas y con la ley en contra, en un futuro próximo podrá salir a la luz, será legal y la práctica generalizada.

—¡Eso, eso! —gritó alguien.

—Me temo que, hasta entonces, este grupo deberá suspender sus actividades.

Aquello creó bastante agitación. Muchos se quedaron callados, con los puros humeando en sus manos.

—Ya habéis visto cómo ha intentado ese periodista reunir argumentos contra quienes estábamos en el salón. Habrá más como él, y nuestra obligación más importante es cortarles las alas. Por eso, y hasta nueva orden, tendremos que reducir el trabajo que realizamos en este grupo.

Hubo murmullos, que se acallaron en cuanto alzó la mano.

—Esta mañana hemos sabido que uno de nuestros mejores amigos, Hans Christian Dyrmand, de Sønderborg, sí, ya veo que muchos de los presentes conocen en persona a Hans Christian, se ha quitado la vida.

Bajó la vista a los rostros de los presentes. Miedo en algunos de ellos, reflexión en otros.

—Sabemos que Hans Christian ha sido objeto de investigaciones por parte de la Dirección de Salud durante las dos últimas semanas. Tal como *puede* suceder, aunque no *debería* suceder, uno de sus abortos y la esterilización consiguiente se hicieron de forma tan chapucera que la chica tuvo que buscar ayuda en el hospital de Sønderborg. Hans Christian ha aceptado las consecuencias y ha destruido todos sus historiales y documentación personal, y después ha optado por el último recurso.

Se oyeron comentarios sueltos, pero Curt no pudo distinguirlos unos de otros.

—Si la información de que Hans Christian era miembro de La Lucha Secreta hubiera visto la luz, podemos imaginar las consecuencias. También él lo sabía, al parecer. Nuestro trabajo en Ideas Claras podría haberse ido al traste.

Nadie dijo nada en la larga pausa que siguió.

—Esa clase de signos de debilidad no puede aceptarse en la actual situación, cuando la proyección al exterior de nuestra imagen mediante el partido Ideas Claras debe venderse y arraigar entre el pueblo danés —declaró.

Después se le acercaron varios para comunicarle que, pese a sus advertencias, se proponían continuar con sus actividades secretas, pero con el compromiso de revisar todos sus papeles para que nada pudiera poner en peligro la causa.

Era justo lo que deseaba conseguir Curt. Seguridad ante todo.

—¿Vendrás al funeral de Hans Christian? —preguntó Lønberg después.

Curt sonrió. Era un buen hombre aquel Lønberg. Siempre al acecho de debilidades en la capacidad de juicio de los demás; de eso tampoco se libraba Curt.

—Claro que no, Wilfrid. Pero vamos a echarlo de menos, ¿verdad?

—Sí.

Lønberg cabeceó arriba y abajo. Debió de ser duro para él tener que convencer a uno de sus buenos y viejos amigos para que tomara los somníferos.

Muy, muy duro.

Cuando llegó a casa, Beate estaba ya dormida en su cama.

Encendió el iPhone que le había regalado su hijo y observó que había una ristra de mensajes.

Tendrán que esperar hasta mañana, pensó. Ahora estaba demasiado cansado.

Luego se sentó un rato en el borde de la cama y observó el semblante de Beate con los ojos algo entornados, como para difuminar el trazo crudo del tiempo. Para él seguía estando guapa; lo hacía más que nada por olvidar lo frágil que se había vuelto.

Luego la besó en la frente, se desvistió y fue a ducharse.

Bajo la ducha era un anciano. Allí no podía hacer caso omiso de la decadencia de su cuerpo. Cuando se miraba cuerpo abajo, sus pantorrillas habían encogido, y su piel, antes cubierta de recio vello negro, estaba pálida y desnuda. El jabón no se deslizaba sobre la piel del vientre como en los viejos tiempos, los brazos apenas le llegaban a la espalda.

Echó la cabeza atrás y trató de sacudirse la tristeza, mientras notaba el fuerte impacto de los chorros en su rostro.

Envejecer no era fácil, tampoco lo era dejar las riendas. Bien es verdad que había recibido la ovación de los reunidos ese día, pero lo hizo en su calidad de hombre que se retira a un segundo plano. De hombre que *ya* había dado de sí lo que debía. Un mascarón de proa que debería reinar y nada más. A partir de ese día iban a ser los otros los que hicieran declaraciones en nombre del partido. Podría dar consejos, claro, pero la asamblea general ya había designado a sus representantes, y ¿cómo sabía que siempre iban a seguir sus consejos?

Siempre, se dijo para sí. Pero era una palabra extraña en labios de alguien que tenía ochenta y ocho años. La palabra «siempre» parecía de pronto tan limitada en el tiempo...

Se sacudió el agua del torso, y trataba de caminar sin resbalar cuando sonó el iPhone del bolsillo del pantalón, que estaba sobre la tapa del inodoro.

—¿Sí...? —dijo, mientras el agua chorreaba sobre el felpudo a sus pies.

—Soy Herbert Sønderskov. Llevo todo el día llamándote.

—Vaya —exclamó—. Llevaba tiempo sin saber de ti, amigo. Perdona, pero es que he tenido el móvil apagado hoy. Hemos celebrado nuestra asamblea general constituyente en Tåstrup.

Herbert lo felicitó, pero no había alegría en su voz.

—Curt, hemos tenido visita de la Policía a cuenta de unos casos de desaparición, entre otros, el de Philip. Era un tal Carl Mørck, de Jefatura. Mie te ha mencionado sin querer varias veces. También ha hablado de La Lucha Secreta.

Curt estuvo un momento callado.

—¿Qué sabe Mie de eso?

—No gran cosa. De mí, desde luego, nada, y seguro que tampoco de Philip. Solo ha juntado cuatro cosas por aquí y por allá. También ha mencionado a Louis Petterson. No paraba de hablar, por mucho que la he advertido que callara. Se ha vuelto algo terca últimamente.

No era una buena noticia.

—¿Qué ha dicho en concreto? Cuéntame.

Curt tenía el cuerpo helado, todos sus folículos estaban contraídos y los pelos del cuerpo erizados.

Escuchó el relato de Sønderskov sin hacer ningún comentario. Solo después habló.

—¿Sabes si ese policía se ha puesto en contacto con Louis Petterson?

—No, y lo comprobaría, pero es que no tengo el número de móvil de Petterson. Eso no se encuentra tan fácil en internet, ¿verdad?

Sobrevino un largo silencio, durante el que Curt trató de evaluar las consecuencias. No era una noticia nada buena.

—Herbert, nuestro trabajo jamás ha estado tan en peligro como ahora, así que trata de entender lo que voy a pedirte. Tú y Mie vais a salir de viaje, ¿me oyes? Luego te reembolsaré los gastos. Vais a ir a Tenerife. En la costa oeste hay unos acantilados que se llaman de los Gigantes. Son muy empinados y caen directos al mar.

—Oh, no... —se oyó una voz débil.

—¡Herbert, escucha! No hay otra solución. Tiene que parecer un accidente, Herbert, ¿me oyes?

Al otro lado de la línea se oyó una respiración jadeante.

—Herbert, se trata de tu hermano, de ti, de un montón de tus amigos, buenos compañeros y conocidos. De años de trabajo en balde y ruina política. Si no paramos los pies a Mie va a caer mucha gente. Hablamos de un sinfín de juicios. Larguísimas condenas de prisión, deshonra y quiebra. Se irá al traste todo el trabajo de montar una organización. Miles de horas y muchos millones en donaciones. Hoy hemos tenido la asamblea general de Ideas Claras, vamos a estar en el Parlamento. Es lo que tú y Mie estáis a punto de desbaratar, a menos que hagáis algo.

La respiración agitada continuaba.

—¿Ya te preocupaste, tal como convinimos, de destruir los ficheros de Philip? ¿Han desaparecido todos los documentos de los ficheros?

Herbert no respondió, y eso atemorizó a Curt. Entonces tendrían que ocuparse ellos del asunto y llevarse el material.

—Curt, no puedo hacerlo. ¿No podemos irnos de viaje y volver sin más cuando todo se haya calmado? —suplicó Herbert. Como si no supiera que no iba a servir de

nada.

—¿Dos ancianos con pasaporte danés? Pero ¿qué dices? Estás loco. ¿Cómo ibais a pasar desapercibidos? La Policía os encontrará de todas, todas. Y si no, os encontraremos nosotros.

—Oh, no —se oyó de nuevo.

—Tienes veinticuatro horas para largarte. Puedes comprar los billetes mañana en Star Tour, y si no hay vuelos o no quedan plazas, toma el avión a Madrid, y desde allí un vuelo nacional a Tenerife. En cuanto llegues vas a empezar a hacer fotografías del lugar donde estés, cada cinco horas, y me las mandas por correo electrónico, para que pueda seguir vuestros movimientos. Y no quiero oír hablar más del asunto, ¿entendido?

La respuesta fue algo vacilante.

—Tranquilo, no lo oirás.

Y la comunicación se cortó.

Los tendremos controlados, se dijo para sí. Y después sacaremos los putos archivadores y los quemaremos.

Curt miró en la pantalla del iPhone las últimas llamadas. Herbert había dicho la verdad. Había estado llamando a Curt a intervalos de media hora desde las doce y media, y luego Louis Petterson había hecho otras quince llamadas.

Aquello no tenía buena pinta.

La investigación policial sobre la desaparición de Philip Nørvig no lo inquietaba lo más mínimo, al fin y al cabo no tenía nada que ver con él. Lo peor era lo que Mie había dicho a la Policía.

¿No había advertido acaso a Philip que anduviera con cuidado con aquella maldita mujer? ¿No dijo más tarde lo mismo a Herbert?

¿Acaso no se lo había advertido?

Tras media hora de nervios y muchas llamadas en vano al móvil de Louis Petterson, el joven periodista respondió.

—Perdone, pero es que apagaba el móvil después de cada llamada, para eliminar rastros —comunicó—. Y tampoco quiero arriesgarme a que ese Carl Mørck y su gorila de ayudante me llamen.

—Hazme un resumen rápido —lo instó Curt, y después de que Petterson se lo hubiera hecho preguntó—: ¿Dónde estás ahora?

—En un área de descanso a la salida de Kiel.

—Y ¿adónde te diriges?

—Eso no tiene por qué saberlo.

Curt asintió en silencio.

—Tranquilo, me he llevado todos los documentos de Benefice.

Buen chico.

Se despidieron y Curt se vistió. La cama tendría que esperar.

Después subió al taller-cocina del primer piso. Tiró de un cajón bajo la mesa cubierta de herramientas, levantó una bandeja de plástico llena de tornillos, la depositó en el banco de carpintero y sacó el viejo móvil Nokia que había debajo.

Lo puso a cargar, rascó una tarjeta de prepago, activó el teléfono y luego tecleó el número de Caspersen. Tras solo diez segundos respondieron.

—Es tarde, Curt. ¿Cómo es que llamas desde ese teléfono?

—Una emergencia —respondió—. Apunta el número y llámame con tu teléfono de tarjeta. Dentro de cinco minutos exactos.

Caspersen hizo lo acordado. Y siguió la explicación de Curt en profundo silencio.

—¿Tenemos a alguien de confianza en Jefatura? —preguntó después Curt.

—Nadie. Pero tenemos a uno en la comisaría del centro —respondió Caspersen.

—Habla con él y dile que hay una investigación policial que hay que detener. Cueste lo que cueste. Dile que será bien remunerado. Pero a ese Carl Mørck hay que pararle los pies.

Capítulo 24

Noviembre de 2010

CARL miró la hora cuando torció para entrar en el edificio de aparcamientos con los limpiaparabrisas chirriando. Las 15.45, justo tres cuartos de hora de retraso para la estúpida consulta con Kris, el psicólogo. Lo que iba a tener que oír a Mona aquella noche. ¿Por qué coño tenía que ser todo tan complicado?

—Será mejor, entonces, que llevemos esto —dijo Assad, sacando del portaobjetos lateral un paraguas plegable.

Carl apagó el motor. No estoy de humor para compartir el paraguas con nadie, pensó, hasta que llegó a la salida de aquella caja de hormigón y vio que alguien había quitado el tapón al cielo y no se veía nada a diez metros.

—¡Carl, ven que te tape! ¡Acabas de estar enfermo! —gritó Assad.

Carl observó con desconfianza el paraguas a lunares. ¿Qué coño hacía un hombre en edad de procrear comprando una cosa tan espantosa? Y además, de color rosa.

Se metió bajo aquel trasto y atravesó vacilante los charcos junto a Assad, hasta que un compañero emergió de pronto de la lluvia y se dirigió hacia ellos con una sonrisa irónica en los labios, como si sospechase que lo suyo era algo más que relaciones entre compañeros. De lo más comprometedor.

Carl dio un paso adelante bajo la lluvia con la barbilla adelantada. Los hombres con paraguas y los que almorzaban en la hierba con el torso desnudo no eran de su agrado.

—Vaya, te has mojado un poco, Carl —le dijeron en el cuerpo de guardia cuando pasó ante ellos como una centella, emitiendo un sonido como el de un desatascador funcionando a tope.

—Rose, ¿puedes averiguar quién está detrás de la organización Benefice? —pidió Carl, esquivando los comentarios de su compañera sobre ballenas varadas y bañeras volcadas.

Se secó de mala manera la ropa con papel higiénico y se prometió a sí mismo conseguir un par de secamanos de aire caliente para los servicios. Un cachivache así habría devuelto a su cuerpo la temperatura normal en un plis-plas.

—¿Has hablado con Lis, Assad? —preguntó tres cuartos de rollo de papel higiénico más tarde, mientras Assad se inclinaba sobre la alfombra de orar en su armario de escobas.

—Enseguida, Carl. Primero la oración.

Carl miró el reloj. En breve, la mitad de Jefatura se marcharía a casa, incluida Lis.

Claro, alguien tenía que cumplir con los horarios de trabajo.

Se dejó caer con pesadez en su silla y la llamó por teléfono.

—¿Digaaa...? —cantó una voz que sonaba sin duda como la de la señora Sørensen.

—Eh... ¿Lis?

—No, está en el ginecólogo. Soy Cata, Carl.

Ciertamente, podía haber prescindido de las dos informaciones.

—Vaya. ¿Habéis averiguado a quién ha llamado ese Louis Petterson hacia las tres?

—Pues sí, amigo mío.

«Amigo mío.» ¿Era eso lo que había dicho? ¿En qué cursillo había participado? ¿Uno para grandes lameculos?

—Ha llamado a un tal Curt Wad, en Brøndby. ¿Quieres su dirección?

El único resultado de dos llamadas a Louis Petterson fue un mensaje de que el móvil no estaba disponible. ¿Qué otra cosa podía haberse esperado? Aunque a Carl le habría divertido ver la reacción de Petterson al preguntarle por qué había llamado por teléfono al hombre con quien decía no tener ninguna relación.

Con un suspiro dirigió la mirada al tablón de anuncios y encontró el número del móvil de Kris, el psicólogo, en un post-it. No era un número que hubiera pensado añadir a su lista, pero mejor era usarlo que tener que caminar entre charcos hasta Anker Heegaards Gade con aquel tiempo de perros.

—Kris la Cour —respondió la voz. Anda la osa, ¡si el tío también tenía apellido!

—Carl Mørck —se presentó.

—Ahora no tengo tiempo de hablar contigo, Carl, he de atender a un paciente. Llama mañana temprano.

Mierda. Esa noche tenía bronca asegurada en casa de Mona.

—Perdona, Kris, perdona —se apresuró a disculparse. Siento muchísimo no haber podido acudir a tiempo a la consulta, pero es que el camino estaba cubierto de obstáculos. Por favor, dame hora para el lunes por la tarde. Sé que me hará bien.

El silencio que siguió fue tan horrible como el tiempo que transcurre entre las palabras «apunten» y «fuego». No cabía duda de que el pretencioso esparcecolonias iba a informar de todo a Mona.

—Hmmm, ¿de verdad? —dijo por fin.

Carl estaba a punto de responder «De verdad, ¿qué?», cuando comprendió la pregunta.

—Desde luego. Creo que tu tratamiento va a hacerme mucho bien —aseguró, aunque al decirlo pensara más en el acceso al generoso cuerpo de Mona que en que el psicólogo fuera a enderezarle las retorcidas circunvoluciones cerebrales.

—Vale. Entonces, el lunes. Podemos quedar a las tres, como hoy. ¿De acuerdo?

Carl miró al techo. Joder, ¡qué remedio!

—Gracias —dijo, y colgó.

—Tengo dos cosas para ti —se oyó detrás.

Ya había notado el perfume antes de que ella dijera nada. Como una colada con suavizante, vibraba en el aire. Era muy difícil no enterarse.

Carl se volvió hacia Rose, que estaba en el hueco de la puerta con un fajo de periódicos bajo el brazo.

—¿Qué perfume es ese que llevas? —preguntó, consciente de que las próximas palabras podrían convertirse en puñaladas letales si no andaba con cuidado.

—¿El perfume? Ah, es de Yrsa.

No había más que hablar. Desde luego, iba a costarles librarse de aquella Yrsa.

—Para empezar, he investigado a ese Herbert Sønderskov, el que habéis visitado en Halsskov. Tal como declara, no puede tener relación directa con la desaparición de Nørvig, ya que vivió en Groenlandia desde el primero de abril hasta el 18 de octubre de 1987. Lo contrataron como jurista en el Gobierno autónomo.

Carl hizo un gesto afirmativo mientras unos síntomas desagradables se acumulaban en sus intestinos.

—En cuanto a Benefice, es un instituto de análisis financiado por donaciones. Aparte de un par de analistas políticos que trabajan como autónomos para la empresa, solo hay un periodista empleado, que es Louis Petterson. Trabajan según el «método del maletín», es decir, que elaboran notas breves que sirven a los políticos atareados para orientarse en pocos segundos. Material muy populista y tendencioso, y también falaz, si quieres saber mi opinión.

No lo dudo, pensó Carl.

—¿Quién está detrás de la organización?

—Una tal Liselotte Siemens. Es la presidenta del consejo de administración, y su hermana es la directora.

—Hmmm. No me dice nada.

—A mí tampoco. Pero he investigado un poco su pasado. De hecho, he retrocedido en el tiempo veinticinco años observando sus sucesivas direcciones en el registro civil, hasta que he encontrado algo que puede servirnos.

—¿A saber...?

—En aquella época vivía bajo el mismo techo que un conocido ginecólogo de Hellerup llamado Wilfrid Lønberg, que es el padre de las dos hermanas. Y, bueno, es bastante interesante.

—Ya veo —comentó Carl, inclinándose hacia delante. ¿Y por qué?

—Porque Wilfrid Lønberg es también uno de los fundadores de Ideas Claras. ¿No lo has visto en la tele?

Carl trató de hacer memoria, pero los intestinos habían cortado la conexión con la corteza cerebral.

—Vale. ¿Y para qué quieres esos periódicos?

—Assad y yo estamos volviendo a peinar el período de las desapariciones, pero esta vez en otros periódicos. Queremos estar seguros de conocer todos los datos.

—Buen trabajo, Rose —la felicitó, tratando de calcular la distancia al servicio a zancadas.

Diez minutos más tarde estaba, algo pálido, delante de Assad.

—Me voy a casa, Assad. Tengo las tripas revueltas.

Ahora seguro que dice: «¿Qué te he dicho?», pensó Carl.

Pero no: Assad buscó bajo la mesa, sacó el paraguas y se lo dio.

—Problemas ha de tener el dromedario que no sepa toser y cagar al mismo tiempo.

A saber qué carajo significaba aquello.

El camino hasta casa fue un baile de claqué sobre el acelerador y un sudar continuo, porque su estómago se había rebelado. Si lo paraba alguno de sus compañeros de Tráfico, iba a decir que se trataba de un asunto de fuerza mayor. De hecho, estuvo pensando poner la luz azul, porque hacía decenios que no se cagaba en los pantalones, y, si dependía de él, esas estadísticas debían durar muchos años más.

Por eso estuvo a punto de echar abajo la puerta de la entrada a su casa cuando la encontró cerrada con llave. ¿A quién diablos se le había ocurrido?

Tras pasar cinco minutos en el trono, por fin se tranquilizó. En dos horas tendría que estar con una sonrisa dentífrica haciendo de niño con aquel monstruo de nieto.

Hardy estaba despierto cuando Carl entró en la sala. Miraba la lluvia, que desbordaba los canalones obstruidos.

—Vaya tiempo de perros —dijo cuando oyó los pasos de Carl—. Y yo daría un millón por poder caminar un minuto bajo la lluvia.

—Antes de nada, buenas tardes, Hardy.

Carl se sentó junto a la cama y deslizó sus dedos por la mejilla de su amigo.

—Todo tiene sus desventajas. Acabo de pillarme una infección intestinal de mil pares a causa del tiempo.

—¿En serio? También daría un millón por algo así.

Carl sonrió y siguió la mirada de Hardy.

Sobre el edredón había una carta abierta, y Carl reconoció al instante la dirección del remitente. También él esperaba recibir un escrito así pronto.

—¡Vaya! Por lo que veo, la Administración os ha concedido el divorcio a ti y a Minna. ¿Cómo lo llevas?

Hardy apretó los labios y trató de mirar hacia cualquier parte menos al rostro

compasivo de Carl. Era algo desgarrador.

—Creo que no puedo hablar de ello ahora —respondió tras un minuto de profundo silencio.

Carl lo entendía mejor que nadie. Había sido un buen matrimonio. Casi seguro que el mejor de los que había visto entre sus conocidos. Dentro de unos meses iban a cumplir las bodas de plata, pero la bala también puso fin a aquello.

Hizo un gesto afirmativo.

—¿Te lo ha traído Minna en persona?

—Sí. Y nuestro hijo. Hacen bien.

Hardy lo entendía, por supuesto. ¿Por qué había de detenerse la vida de su amada, solo porque la suya se había detenido?

—Lo más irónico es que hoy ha surgido una nueva esperanza.

Carl notó que las cejas se le arqueaban sin querer. Sonrió con aire de disculpa, pero era demasiado tarde.

—Sí, ya sé qué piensas, Carl. Que soy un idiota que no quiere mirar a los ojos a la realidad, pero es que hace media hora Mika me ha hecho algo que me ha dolido de cojones, hablando en plata. Morten, al menos, se ha puesto a bailar.

—¿Quién diablos es Mika?

—Bueno, ya veo que no has parado mucho en casa últimamente. Si no sabes quién es Mika, tendrás que preguntárselo a Morten. Pero llama a la puerta antes. Están en la fase de intimidad.

Y emitió un graznido que podría interpretarse como una risa.

Carl se quedó en absoluto silencio ante la puerta de Morten, en el sótano, hasta que una risa sofocada al otro lado le dio la señal de llamar a la puerta.

Entró con cuidado. Imaginarse el espectáculo de un Morten fofo y pálido en contacto íntimo con alguien llamado Mika era para asustar a cualquiera.

Los dos hombres estaban ante la puerta abierta a lo que en sus tiempos fue una sauna, encantadores con los brazos echados al hombro.

—Hola, Carl. Estoy enseñando a Mika mi colección de Playmobil.

Carl se dio cuenta de la cara de tonto que debió de poner. Morten Holland se había atrevido a invitar a su casa a aquella belleza morena ¿¿para enseñarle su colección de Playmobil?! Joder, aquello superaba con creces los trucos que él empleaba en sus tiempos para atrapar a mujeres en sus redes.

—Hola —se presentó Mika, tendiendo a Carl una mano con más vello que el que tenía él en el pecho—. Mika Johansen. Soy coleccionista, como Morten.

—Aaaah —reaccionó Carl, falto de consonantes.

—Bueno, Mika no colecciona Playmobil y huevos Kinder como yo, pero mira qué me ha dado.

Morten le enseñó una cajita de cartón. «3218 Obrero de la construcción», ponía. Y, en efecto, dentro había un hombrecillo vestido de azul con un casco rojo y algo que debía de ser un enorme escobón.

—Muy bonito —dijo Carl, devolviendo la caja.

—¡¿Bonito?! —Morten rio y dio un fuerte abrazo a su invitado—. No es bonito, es fantástico, Carl. He completado la colección de un grupo de trabajadores desde 1974, cuando empezó todo, hasta ahora. Y la caja está impecable. Es increíble, de verdad.

Carl no había visto tan entusiasmado a su arrendatario desde que entró en la casa tres años antes.

—¿Y tú qué coleccionas? —preguntó Carl a aquel Mika, aunque sin ninguna gana de saberlo.

—Colecciono libros de anticuario que tratan del sistema nervioso central.

Carl trató en vano de esbozar una mueca que fuera adecuada, y el Adonis moreno rio.

—Sí, ya sé que es algo raro para coleccionar. Pero hay que tener en cuenta que soy fisioterapeuta, y también acupuntor diplomado, así que, al fin y al cabo, tampoco es tan raro.

—Nos conocimos cuando tuve aquel ataque de tortícolis, hace dos semanas. ¿No te acuerdas de que no podía mover la cabeza?

Pero ¿es que había algún momento en el que Morten *podiera* mover la cabeza? Desde luego, no había reparado en ello.

—¿Has hablado con Hardy? —preguntó Morten.

—Sí, por eso he bajado. Me ha dicho que algo le había dolido de cojones, hablando en plata.

Se volvió hacia Mika.

—¿Le has metido una aguja en el ojo?

Trató de reír, pero fue el único.

—No, pero le he pinchado en los nervios que parecen estar activos.

—¿Y ha reaccionado?

—Ya lo creo —aseguró Morten.

—Debemos intentar que Hardy se siente —continuó Mika—. Tiene sensibilidad en varias partes del cuerpo. Un punto en el hombro y dos puntos en la base del dedo pulgar. Es muy alentador.

—Alentador. ¿Por qué?

—Estoy seguro de que ninguno de nosotros comprende cuánto ha luchado Hardy para estimular esas sensaciones. Pero todo parece indicar que, mediante un gran esfuerzo continuado, podrá aprender a mover el dedo pulgar.

—Vale, el dedo pulgar. ¿Y eso qué significa?

Mika sonrió.

—Significa un montón de cosas. Significa contacto, trabajo, transporte, la capacidad de poder decidir por sí mismo.

—¿Te refieres a una silla de ruedas eléctrica?

Siguió una pausa, en la que Morten miró embelesado a su conquista y Carl sintió calor en la piel y su corazón empezó a latir más deprisa.

—Sí, eso y muchas cosas más. Tengo contactos en el sistema sanitario, y Hardy es sin duda un hombre por quien merece la pena y se puede luchar. Estoy convencido de que su vida podría cambiar de raíz en el futuro.

Carl se quedó callado. Se sentía como si la estancia le cayera encima. No sabía dónde tenía las piernas ni hacia qué dirigir la vista. En suma, que estaba conmovido igual que un niño que de pronto comprende el mundo. La sensación le era casi desconocida, así que no supo hacer otra cosa que dar un paso adelante y abrazar a aquel hombre. Quería darle las gracias, pero no le salían las palabras.

Entonces sintió una palmada en el hombro.

—Sí —dijo aquel ángel anunciador—. Ya sé lo que debes de sentir, Carl. Es algo grande, muy grande.

Menos mal que era viernes y la juguetería de la plaza de Allerød seguía estando muy concurrida. Tenía el tiempo justo para encontrar algún trasto para el nieto de Mona, *nada* que pudiera usarse para pegar.

—Hola —saludó algo después al chaval que estaba en la entrada de Mona; no parecía necesitar ayuda para pegar.

Dio el regalo al chico estirando el brazo, y vio que una mano avanzaba hacia él como una serpiente dispuesta a morder.

—Buenos reflejos —dijo a Mona, mientras el chico se largaba con su botín, y la apretó contra sí con tanta decisión que no podría intercalarse una brizna de hierba entre ellos. Olía muy bien y estaba apetitosa como nunca.

—¿Qué le has dado? —preguntó Mona, besándolo. ¿Cómo diablos iba a recordarlo con aquellos ojos castaños tan cerca?

—Eh... pues una... Phlat Ball, creo que se llama. Una pelota que se aplasta como un disco y luego vuelve a convertirse en pelota. También tiene temporizador..., creo.

Ella lo miró con escepticismo. Imaginaba que a Ludwig no le costaría encontrar para aquel juguete usos diversos en los que Carl no había pensado.

Esta vez Samantha, la hija de Mona, estaba mejor preparada, así que le dio la mano sin fijar la mirada en sus zonas corporales menos agraciadas.

Tenía los ojos de su madre. No entendía cómo diablos podía haber alguien con el coraje de convertir a aquella diosa en una madre soltera. Era lo que estaba pensando, hasta que Samantha abrió la boca.

—Esperemos que esta vez no te goteen los mocos en la salsa, Carl —comentó, y soltó una carcajada de lo más inoportuna.

Carl trató de participar en la diversión, pero su risa no alcanzó la misma resonancia.

Fueron directos a cenar, y Carl estaba dispuesto para el combate. Cuatro pastillas de la farmacia habían hecho detener la gimnasia intestinal, y estaba bien mentalizado para resistir.

—Bueno, Ludwig, ¿qué te ha parecido la Phlat Ball?

El chico no respondió. Tal vez porque tenía dos puñados de patatas fritas metidos en la boca.

—La ha arrojado por la ventana al primer intento —respondió su madre—. Cuando terminemos de cenar tienes que bajar al patio a buscarla, ¿entendido, Ludwig?

El chico tampoco respondió esta vez. Al menos era coherente.

Carl miró a Mona, que se alzó de hombros. Por lo visto, el examen no había terminado.

—Cuando te dispararon ¿salió algo de tu cerebro por el agujero? —preguntó el chaval tras otro par de puñados de patatas fritas. Señaló la cicatriz de la sien de Carl.

—Solo un poco —respondió Carl—. Así que ahora solo soy el doble de listo que el primer ministro.

—No es mucho decir —rezongó la madre desde un lateral.

—Soy bueno en matemáticas, ¿tú también? —preguntó el chico, dirigiendo por primera vez su mirada clara hacia Carl. Podría llamársele contacto.

—Fantástico —mintió Carl.

—¿Conoces el del 1.089? —preguntó el chico. Era increíble que pudiera decir una cifra tan alta. ¿Qué edad podía tener? ¿Cinco años?

—Puede que necesites una hoja de papel, Carl —dijo Mona, sacando un cuaderno y un lápiz de un cajón del escritorio que tenía detrás.

—Bien —empezó el chico—. Piensa un número cualquiera de tres cifras, y escríbelo.

Tres cifras. ¿De dónde coño sacaba esa palabra un enano de cinco años?

Carl asintió con la cabeza, y escribió 367.

—Ahora dale la vuelta.

—¿Darle la vuelta? ¿A qué te refieres?

—Pues eso, tendrás que escribir 763, ¿no? Oye, ¿estás seguro de que no salió más masa encefálica de la que crees? —preguntó la encantadora madre del chico.

Carl escribió 763.

—Ahora resta al mayor de los dos el menor —dijo el genio de rizos rubios.

763 menos 367. Carl tapó el lápiz con la mano, para que no vieran que marcaba

las que llevaba, como le enseñaron en la escuela primaria.

—¿Cuánto sale? —quiso saber Ludwig con la mirada encendida.

—Eh... 396, ¿no?

—Ahora pon el número al revés y súmalo a 396. ¿Cuánto sale?

—¿693 más 396, quieres decir? ¿Cuánto sale?

—Sí.

Carl hizo la suma mientras tapaba la maniobra con la mano.

—Sale 1.089 —respondió, tras algunos problemas con las que llevaba.

El chico echó una sonora carcajada cuando Carl alzó la cabeza. También él se dio cuenta de su expresión sorprendida.

—Ahí va la pera, Ludwig. ¿Sale siempre 1.089, empezando por cualquier número?

El chico pareció decepcionado.

—Claro, es lo que te he dicho, ¿no? Pero si empiezas, por ejemplo, por 102, después de la primera resta te quedas con 99. Entonces no hay que escribir 99, sino 099. El número siempre tiene que ser de tres cifras, recuerda.

Carl movió lentamente la cabeza arriba y abajo.

—Chico listo —dijo con aspereza, y sonrió a la madre. Debe de venirle de la madre.

Ella no dijo nada. Así que debía de ser verdad.

—Samantha es una de las matemáticas más listas del país. Pero todo indica que Ludwig va a ser mejor aún —anunció Mona mientras le pasaba el salmón.

Bien, madre e hijo, lobos de la misma camada. Quince partes de inteligencia, diez partes de iniciativa y dieciséis partes de mala educación, vaya mezcla. Desde luego, no iba a ser fácil integrarse en aquella familia.

Tras otro par de retos intelectuales, Carl se libró de los jueguitos. Dos raciones más de patatas fritas con la guinda de tres bolas de helado dejaron al chico cansado. Se despidieron, y allí estaba Mona mirándolo con ojos chispeantes.

—He quedado con Kris para el lunes —se apresuró a decir Carl—. Lo he llamado para disculparme por no haber podido llegar a tiempo hoy; pero es que no he parado desde primera hora de la mañana, Mona.

—No pienses en eso —dijo ella, atrayéndolo tan cerca que a Carl le dio un calentón. Después deslizó la mano hacia abajo, donde todos los chicos sanos pasan el día manoseando—. Me parece que estás preparado para un poco de gimnasia entre sábanas.

Carl aspiró poco a poco entre los dientes. Vaya, aquella mujer tenía buena vista. A lo mejor la había heredado de su hija.

Tras las obligadas maniobras preliminares que culminaron cuando Mona fue al

baño para «arreglarse», Carl se quedó sentado en el borde de la cama con las mejillas ardiendo, los labios hinchados y los calzoncillos demasiado pequeños.

Entonces sonó su móvil.

Vaya mierda, era el número de Jefatura de Rose.

—¿Sí, Rose...? —dijo con cierta brusquedad. Después continuó, mientras notaba que su orgullo del entresuelo encogía poco a poco—. Sé breve, porque tengo entre manos algo importante.

—Ha resultado, Carl.

—¿Qué ha resultado, Rose? ¿Por qué estás aún en Jefatura?

—Estamos, o sea, los dos. ¡Hola, Carl! —oyó a Assad vociferar en segundo término. ¿Estarían de fiesta en el sótano?

—Hemos encontrado otro caso de desaparición. Lo que pasa es que lo denunciaron un mes más tarde que los demás, y por eso no lo identificamos al principio.

—Ya, ¿y vas y lo relacionas con los otros, sin más? ¿Por qué?

—Lo llamaban «el caso de la Velo Solex». Un hombre fue en Velo Solex desde Brenderup, en Fionia, hasta la estación de tren de Ejby. Dejó la motocicleta en el aparcamiento de bicis, y desde entonces nadie lo ha visto. Sencillamente, desapareció.

—¿Y cuándo dices que pasó?

—El 4 de septiembre de 1987. Pero eso no es todo.

Carl miró la puerta del baño, tras la que su sueño erótico emitía sonidos femeninos.

—Rápido, ¿qué más hay?

—Se llamaba Hermansen, Carl. Tage Hermansen.

Carl arrugó el entrecejo. ¿Y...?

—¡Sí, hombre! ¡Hermansen! —gritó Assad por detrás. ¿No te acuerdas? Es el apellido que mencionó Mie Nørvig como el primer caso que compartieron, entonces, su primer marido y Curt Wad.

Casi, casi podía ver las cejas galopantes de Assad.

—Bien —reconoció Carl—. Hay que investigarlo. Buen trabajo. Y ahora marchaos a casa.

—Entonces quedamos en Jefatura, ¿vale, Carl? ¿Qué te parece mañana temprano, a las nueve? —retumbó por detrás la voz de Assad.

—Eh... mañana es sábado, Assad. ¿Has oído hablar de días festivos?

Se oyó un ruido por el auricular, al parecer quien hablaba era Assad.

—Oye, Carl. Si Rose y yo podemos trabajar en sábado, también tú podrás darte un paseo en coche hasta Fionia un sábado, ¿no?

No era una pregunta que debiera responder. Era un cebo, y además una decisión

firme.

Capítulo 25

Septiembre de 1987

RITA observó un instante el lago de Pebling, relajada, esperanzada y con un ansia terrible de nicotina. Dentro de dos cigarrillos se volvería hacia el edificio de paredes grises, llamaría al portero automático, empujaría la puerta marrón del portal y empezaría a subir las escaleras hacia su pasado. Y entonces iba a empezar la fiesta.

Sonrió para sí y extendió la sonrisa a un tío que pasó corriendo en chándal y le devolvió una mirada atrevida. Aunque se había levantado temprano, estaba en su elemento. Y en él era invencible.

Colocó el cigarrillo entre los labios y reparó en que el tío había parado veinte metros más allá y empezaba a hacer estiramientos, con los ojos clavados en su abrigo abierto y sus grandes pechos.

Hoy no, cariño, pero puede que otro día, decía su mirada mientras encendía el cigarrillo.

En aquel momento contaba Nete, y Nete era más interesante que un chaval con el cerebro colgando entre las piernas.

Desde que abrió la carta hasta aquella mañana en que entró en el coche y puso rumbo a Copenhague, la pregunta le anduvo rondando la cabeza. ¿Por qué querría verla? ¿Acaso no habían convenido no volver a verse nunca? ¿No lo había esculpido en la piedra Nete la última vez que se vieron?

—Fue tu maldita culpa que me trajeran a la isla. Fuiste tú quien me engañó aquel día —imitó a su antigua amiga entre dos caladas del pitillo, mientras el chaval del chándal trataba de averiguar lo que ocurría.

Rita rio. Desde luego, fue una mala época la de los días fríos de 1955 en el asilo de retrasados mentales.

El día que llegó Nete al asilo de Brejning, en el este de Jutlandia, cuatro de los retrasados leves se habían peleado, así que en el edificio de altas paredes retumbaban los gritos, chillidos y un gran bullicio.

A Rita le encantaban los días como aquel, porque al menos ocurría algo. Siempre le había gustado ver cómo se repartían tortas, y los cuidadores eran especialistas en eso.

Estaba junto a la entrada cuando aparecieron los guardas con Nete, y una mirada fugaz le bastó para saber que aquella chica era como ella. Mirada despierta, intimidada por la fealdad que veía. Pero no era solo eso: en los ojos había también rabia. Una auténtica chica rebelde, como le gustaban a Rita.

A Rita también le gustaba la rabia, porque siempre había sido su fuerza motriz. Cuando robaba, cuando le levantaba la cartera a un idiota o cuando apartaba a empujones a los imbéciles que se ponían en su camino. Ya sabía que la rabia no conduce a nada, pero le bastaba la sensación. Cuando el cuerpo estaba rabioso todo era posible.

Encontraron para la nueva una habitación que estaba a solo dos puertas de la de Rita, quien ya durante la cena decidió trabajarse a aquella niña. Debían hacerse amigas y aliadas por encima de todo.

Calculaba que la chica era un par de años más joven que ella. Una de esas ingenuas y mal adiestradas, que lo más seguro sería lista, pero que no había aprendido lo bastante sobre la vida y la naturaleza humana para comprender que todo era un juego. Pero eso ya se lo enseñaría ella.

Cuando la chica se cansaba de zurcir calcetines durante todo el día, y cuando las primeras riñas con los cuidadores le traían problemas, acudía a Rita en busca de consuelo. Y recibía consuelo. Antes de que brotaran las hojas de las hayas iban a escaparse juntas, se prometió a sí misma Rita. Atravesarían Jutlandia, y después embarcarían en un pesquero de Hvide Sande para Inglaterra. Siendo dos chicas guapas que huían, ya se apiadaría de ellas algún pescador. ¿Quién no querría tener a dos mujeres como ellas bajo cubierta? Desde luego, harían que el barco se balancease.

Y cuando llegaran a Inglaterra aprenderían inglés y buscarían empleo, y cuando supieran lo bastante, la siguiente parada sería América.

Sí, Rita tenía preparado todo el plan. Solo le faltaba alguien que la acompañase.

No habían pasado tres días cuando empezaron los problemas para la tal Nete. Hacía demasiadas preguntas, así de simple. Y como destacaba entre toda aquella gente deforme y estúpida, las preguntas se oían y se percibían como ataques.

—Tómalo con calma —le dijo Rita en el pasillo—. No dejes que se den cuenta de lo lista que eres, porque no va a servirte de nada. Haz lo que te digan y hazlo en silencio.

Después asió a Nete y la atrajo hacia sí.

—Conseguirás irte de aquí, te lo prometo, pero antes una pregunta: ¿esperas visita de alguien?

Nete hizo un gesto negativo.

—¿No tienes ninguna casa adonde ir si alguna vez te sueltan?

La pregunta la asustó a ojos vista.

—¿Por qué dices «si alguna vez»?

—No irás a pensar que vas a salir de aquí sin más, ¿verdad? Joder, ya sé que los edificios son bonitos, pero de todas formas sigue siendo una cárcel. Y aunque tengas

vistas del fiordo y los campos, en los surcos crece alambre de espino invisible. Y nunca podrás salvar el alambre de espino sin mí, de eso estoy segura de cojones.

Nete emitió una risa sofocada al oírlo.

—Aquí no se puede jurar —dijo en voz baja, dando un codazo en las costillas a Rita.

Así que al menos era legal.

Cuando Rita terminó de fumar su segundo cigarrillo, miró el reloj. Eran las 10.58, era hora de meter la cabeza en las fauces del león, hora de romperle los dientes.

Por un instante estuvo a punto de gritar al joven, que ahora estaba apoyado contra un árbol, que la esperase hasta que bajara, pero después imaginó el bonito cabello y las curvas de Nete, y lo dejó. Siempre podía conseguir pollas. Bastaba chasquear los dedos en cualquier rincón del mundo, en cualquier momento.

No reconoció la voz de Nete por el portero automático, pero no lo dejó entrever.

—¡Neteee! ¡Cómo me alegro de volver a oír tu voz! —gritó, y empujó la puerta cuando oyó el zumbido del interfono. Puede que Nete estuviera enferma. Al menos lo parecía, por la voz.

La inesperada inseguridad momentánea desapareció cuando Nete abrió la puerta y se quedó mirándola, como si los veintiséis años transcurridos hubieran sido un soplo de viento y todo rencor entre ellas hubiera desaparecido.

—Entra, Rita. Qué buen aspecto tienes. Y gracias por venir a la hora —exclamó Nete.

La llevó a la sala de estar y le pidió que se sentara. Seguía teniendo unos dientes grandes y blancos, y los labios carnosos. Y unos ojos azules que podían pasar de la gelidez a la pasión como ningunos otros que hubiera visto Rita.

Cincuenta años, y está igual de guapa, pensó Rita mientras Nete le daba la espalda, sirviendo el té en el aparador. Bonitas piernas delgadas enfundadas en pantalones planchados. Una blusa ceñida que cubría sus curvilíneas caderas, y un trasero tan prieto como siempre.

—Tienes muy buen aspecto, preciosa. Me niego a creer que tengas algo de lo que no puedas curarte. Di que no es verdad. Que solo era una artimaña para atraerme a Copenhague.

Nete se volvió hacia ella con las tazas en la mano y una mirada cálida, pero no respondió. Volvía al juego callado de otros tiempos.

—Por lo demás, no creía que quisieras volver a verme, Nete —confesó, mirando alrededor.

No era un piso decorado con muebles caros. No para una mujer que Rita sabía, porque lo había investigado, que tenía un montón de millones.

—Pero he pensado mucho en ti, como puedes imaginar —dijo, mirando las dos

tazas.

Sonrió. Dos tazas no eran tres.

Luego se volvió hacia las ventanas. Así que no había ningún abogado. Iba a ser muy entrañable.

Rita y Nete eran una buena pareja, los cuidadores se dieron cuenta enseguida.

—Nos falta gente en la sección infantil —dijeron, y las aprovisionaron de cucharas.

Durante un par de días dieron de comer a los débiles mentales profundos, niños grandes sujetos a los radiadores porque no podían estar sentados a la mesa. Una marranada de trabajo, que se realizaba algo aparte para que el triste espectáculo no saltara a la vista de nadie. Y como estaban a la altura de las circunstancias y se encargaban de que los críos tuvieran la cara limpia, el pago era que se encargasen también de mantener limpio el otro extremo de su tubo digestivo.

Rita vomitaba, porque en su casa la única mierda que veía era la que salía de las cloacas cuando llovía mucho. Nete, al contrario, limpiaba culos y pañales cagados como si no hubiera hecho otra cosa en la vida.

—La mierda es mierda —solía decir—, y en ella he crecido yo.

Después hablaba de cagadas de vaca, estiércol de cerdo, boñigas de caballo, de jornadas tan largas que aquel trabajo en la institución debía de parecerle unas vacaciones, en comparación.

Pero Nete sabía bien que no eran ningunas vacaciones. Se veía en sus ojeras, y se oía cuando maldecía al médico que la había convencido de que era tonta con aquel estúpido test de inteligencia.

—¿Tú crees que alguno de los médicos de la institución sabe qué diferencia hay entre levantarse a las cuatro de la mañana para ordeñar en invierno y hacer lo mismo en verano? —rezongaba cuando alguna rara vez aparecía alguien de bata blanca—. ¿Sabe cómo huele el establo cuando una vaca tiene una infección de útero que no se va? Ni puta idea. Pues que no me hagan quedar como tonta solo porque no sé quién es el rey de Noruega.

Después de haber limpiado bocas y culos de niños durante dos semanas podían ir y venir por la sección infantil a su aire, y Rita empezó su cruzada.

—¿Qué, ya has estado con el jefe de servicio, Nete? —preguntaba todas las mañanas—. ¿O has hablado tal vez con alguno de los otros médicos? Por cierto, ¿el jefe de servicio ha escrito tu informe para el consejo parroquial? ¿Se ha preocupado en absoluto por ti?

Eran como ráfagas de ametralladora.

Y, pasada otra semana, Nete ya no pudo más.

Un día, al terminar el descanso del almuerzo, miró en torno a sí, los rostros de

ojos rasgados, las espaldas cargadas, piernas cortas y mirada huidiza. Ahora estaba cayendo en la cuenta.

Era una más de aquellos que cuidaba, y no quería serlo, punto.

—Quiero hablar con el jefe de servicio —dijo a una de las enfermeras, que pasó a su lado sacudiendo la cabeza. Y cuando repitió la escena un par de veces y nadie la escuchaba, se plantó y lo gritó con todas sus fuerzas.

La experiencia de Rita se adelantó a los acontecimientos.

—Como sigas así, sí que vas a hablar con el jefe de servicio. Pero antes van a tenerte varios días amarrada a una cama. Y mientras tanto van a acribillarte a inyecciones para que estés callada, no te quepa duda.

Nete echó la cabeza atrás, para poder lanzar su mensaje con más fuerza, pero Rita la contuvo.

—Solo hay dos maneras de salir de aquí para chicas como tú y yo: o te escapas o te esterilizan. ¿Te das cuenta de lo rápido que pueden separar a las que hay que esterilizar de las que se libran? El jefe de servicio y el psicólogo separaron a quince de las chicas en diez minutos. ¿Cuántas crees que se libraron? No, cuando examinen los informes en la comisión del Ministerio de Asuntos Sociales, puedes estar segura de que la mayoría va a pasar por el hospital de Vejle.

»Por eso te lo vuelvo a preguntar: ¿hay alguien fuera del asilo que vayas a echar de menos? Porque si no tienes a nadie, escápate conmigo después de dar la cena a los niños.

Los acontecimientos de las dos semanas siguientes eran fáciles de resumir.

Aquel mismo día robaron un par de blusas y faldas blancas y salieron por la puerta, como el resto de los que trabajaban allí. Se iban escondiendo tras la maleza, y a cada hora que pasaba estaban más lejos del asilo. A la mañana siguiente rompieron la ventana de una granja mientras los dueños estaban en el establo, encontraron algo de ropa y dinero, y salieron zumbando.

Llegaron a Silkeborg en el sidecar de una Nimbus, y la primera vez que las vio la Policía estaban en la carretera haciendo dedo hacia Viborg.

Se lanzaron a una carrera desenfundada por senderos forestales, y volvieron a estar seguras. Después pasaron tres días en una cabaña de cazadores, alimentándose de sardinas en lata.

Rita trató de seducir a Nete todas las noches. Se apretaba contra su piel blanca como la nieve, le tocaba el pecho con el brazo, y Nete la apartaba, diciendo algo así como que solo había dos clases de personas, y que por eso era antinatural que una clase se acostara con alguien de la misma clase.

Al tercer día, bajo una despiadada lluvia helada, se les terminaron las latas. Pasaron tres horas en la carretera, hasta que el conductor de un camión frigorífico se apiadó de aquellas pobres chicas empapadas y las dejó secarse con unos trapos en la

cabina. El chofer se quedó con los ojos a cuadros, pero se encargó de llevarlas hasta Hvide Sande.

Y, en efecto, encontraron a un patrón de pesquero que dijo que con sumo gusto las llevaría a los bancos de pesca. Y si se portaban bien, las llevaría con agrado más allá, a alta mar, donde alguna solitaria tripulación inglesa podría llevarlas más lejos. Al menos, eso fue lo que dijo.

Les dijo que se pusieran cómodas para que pudiera probar la mercancía, pero Nete sacudió la cabeza, así que tuvo que conformarse con Rita. Y, después de divertirse con ella durante un par de horas, llamó por teléfono a su hermano, que era policía en Nørre Snede.

No se enteraron de lo que ocurría hasta que dos maromos de la Policía de Ringkøbing les pusieron las esposas y se las llevaron en el coche patrulla.

Cuando a la mañana siguiente volvieron al asilo, Nete y Rita pudieron por fin hablar con el jefe de servicio.

—Eres una chica sucia y poco de fiar, Rita Nielsen —la reprendió este—. No solo has abusado de la confianza del personal, sino que has buscado tu propio beneficio de la peor manera posible. Eres mala, tonta, mentirosa y sexualmente desviada. Si dejas libre a un individuo asocial como tú, tendrás relaciones sexuales con todo el mundo, y la sociedad deberá tomar a su cargo a los subhumanos que traigas al mundo. Por eso he escrito en tu expediente que no estarás en condiciones de recibir otra terapia que no sea la impuesta, y durante tanto tiempo que no puedas librarte de ella.

Algo más tarde, Rita y Nete iban en el asiento trasero de un Citroën negro con las puertas cerradas con llave. En el delantero estaban los informes del jefe de servicio, y el destino era Sprogø. Las llevaban a la isla de las mujeres proscritas.

—No debí hacerte caso —sollozaba Nete mientras atravesaban Fionia—. Todo ha sido por tu culpa.

—Está algo amargo, Nete —dijo tras el primer sorbo de té—. ¿No tienes café?

El rostro de Nete adquirió de inmediato una expresión extraña. Como si Rita le hubiera ofrecido un regalo y después se lo hubiera quitado justo cuando iba a abrirlo. No era solo decepción. Era algo más, algo más profundo.

—Pues no, Rita, lo siento, no tengo café —respondió Nete con voz débil, como si su mundo estuviera a punto de venirse abajo.

Ahora va a proponer hacer otro té, pensó Rita, divertida por la seriedad con que se tomaba Nete el papel de anfitriona.

Pero Nete no propuso nada. Se quedó callada, como si de pronto para ella todo se moviera a cámara lenta.

Rita sacudió la cabeza.

—Da igual, Nete. Si tienes leche, le echaré un poco. No le vendrá mal —opinó,

algo extrañada por el visible alivio que reflejó el rostro de Nete.

—Por supuesto —repuso Nete, y salió disparada hacia la cocina. Luego se oyó su voz desde alguna parte—. Un momento, ¡enseguida voy!

Rita observó el aparador donde estaba la tetera. ¿Por qué no la había dejado en la mesa? Pero a lo mejor no era lo correcto cuando querías ser una anfitriona perfecta. De cosas así, desde luego, Rita no tenía ni puñetera idea.

Por un segundo pensó en pedir también una copita del licor, o lo que fuera, que había en un frasco junto a la tetera, pero entonces irrumpió Nete con la jarrita de leche y le sirvió con una sonrisa que parecía mucho más forzada de lo que exigía la situación.

—¿Azúcar? —ofreció Nete.

Rita sacudió la cabeza. De pronto, Nete parecía muy agitada, casi como si tuvieran prisa, y eso picó la curiosidad de Rita. ¿Aquello no era más que un ritual que había que pasar para que Nete por fin le diera la mano y manifestara su interés y lo contenta que estaba porque hubiera aceptado la invitación? ¿O era algo diferente por completo?

—Bueno, ¿dónde está ese abogado que mencionabas, Nete? —preguntó Rita con una sonrisa apropiada en los labios. Sonrisa que no fue correspondida, claro que tampoco lo había esperado.

Como si no le hubiera calado las intenciones. No había ningún abogado, *no* iba a darle los diez millones y Nete *no* estaba para nada enferma.

Entonces, se trataba de jugar bien sus cartas, para que el viaje le compensara las molestias.

Cuidado con esta, algo se trae entre manos, se dijo Rita, y asintió con la cabeza cuando Nete respondió que el abogado venía con retraso, pero que podía aparecer en cualquier momento.

Aquello daba risa. Tan guapa y rica, pero tan fácil de calar.

—¡A que no de un trago! —propuso de pronto Nete, riendo y alzando la taza.

Joder, menudo cambio de humor, pensó Rita, confusa, mientras de pronto afloraban imágenes del pasado.

No lo podía creer. Así que ¿Nete se acordaba de aquello? El ritual de las chicas cuando muy de vez en cuando podían cenar sin vigilancia ni nadie que las hiciera callar. Entonces se quedaban en el comedor y jugaban a ser libres, y se imaginaban que estaban en el parque de atracciones de Dyrehaven con un vaso de cerveza levantado y hacían exactamente lo que les venía en gana.

—¡A que no de un trago! —solía gritar Rita en aquellas situaciones, y entonces se metían un buen trago de agua del grifo. Y todas solían reírse, excepto Nete, que se quedaba en su rincón mirando por la ventana.

Ostras, ¿de verdad se acordaba Nete de aquello?

Y Rita le sonrió, y tuvo la sensación de que el día saldría bien, después de todo, mientras tomaba de un trago el contenido de la taza.

—¡A que SÍ! —gritaron a coro entre carcajadas, y Nete fue al aparador a servir otra taza.

—Para mí no, gracias —dijo Rita entre risas—. ¡Ahí va, si te acuerdas!

Después repitió su grito de guerra.

—Sí, nos reíamos muchísimo.

Luego recordó un par de historias sobre alguno de los números que montaban siempre en la isla ella y alguna de las otras chicas.

Asintió en silencio para sí. Era extraño cómo el ambiente del piso podía hacer aflorar tantos recuerdos, y era extraño que no fueran solo los malos.

Nete dejó la taza en la mesa y luego rio con otro tono, como si hubiera algo más detrás de la diversión; pero antes de que Rita reaccionara, le dirigió una mirada intensa y dijo con toda tranquilidad:

—La verdad, Rita: de no ser por ti, estoy segura de que habría podido llevar una vida normal. Si me hubieras dejado en paz, nunca habría terminado en Sprogø. Aprendí enseguida cómo había que comportarse en el asilo. Si no hubieras echado todo a perder, los médicos habrían comprendido que era normal y me habrían dejado marchar. Se habrían dado cuenta de que no era yo, sino mi pasado lo que era asocial. Que nada tenían que temer por mi parte. ¿Por qué no me dejaste en paz?

Vaya, así que era eso, pensó Rita. ¿Era un ajuste de cuentas con el pasado lo que quería? En ese caso, se equivocaba de persona, y antes de que pusiera el buga de vuelta a Kolding aquella zorrilla no solo iba a pagarle el viaje multiplicado por diez, sino que también iba a llevarse una buena tunda.

Rita se aclaró la garganta. Quería decirle que el té sabía de puta pena y que nunca en la vida habría salido de Sprogø ni de Brejning sin que la esterilizaran, y que era una guarrita que no tenía más que responsabilizarse de sus actos; pero el caso era que tenía la garganta sequísima.

Se llevó la mano al cuello. Tenía una sensación muy extraña, casi como los ataques de alergia que le daban si comía marisco, o como si le hubiera picado una avispa. De pronto la piel le escocía como si la hubieran frotado con ortigas, y la luz le hería la vista.

—¿Qué coño tenía ese té? —gimió, mirando alrededor, confusa. Ahora le ardía la garganta; aquello no le gustaba nada.

La figura ante ella se levantó y se le acercó. La voz era más suave, pero extrañamente cavernosa.

—¿Te encuentras bien, Rita? —preguntaba—. Creo que será mejor que te apoyes en el respaldo de la silla, si no me temo que vas a caerte. Mira, voy a llamar al médico ahora mismo. Puede que te haya dado un ataque. Tus pupilas están fuera de

sí.

Rita jadeó en busca de aire. Los utensilios de cobre de la estantería de enfrente se pusieron a bailar, mientras su ritmo cardíaco primero aumentaba y luego se debilitaba.

Extendió un brazo pesado como el plomo hacia la figura que tenía delante. Por un breve instante le pareció un animal alzado sobre las patas traseras lanzando sus garras hacia ella.

Después el brazo cayó, y el corazón estuvo un momento casi parado.

Y cuando la figura ante ella desapareció, también desapareció la luz.

Capítulo 26

Noviembre de 2010

MONA lo despertó entre rayos de sol y con unos hoyuelos tan profundos que podías esconderte en ellos.

—Vamos, Carl, levanta. ¡Tienes que ir a Fionia con Assad!

Lo besó y terminó de subir las persianas. Era evidente que su cuerpo se había vuelto más ligero tras la locura de la noche. Ni palabra sobre las cuatro veces que él había tenido que salir pitando para el baño, ninguna mirada molesta por los innumerables límites que tal vez había traspasado. Era una mujer segura de sí, y le había demostrado que era suya.

—Toma —dijo Mona, colocando una bandeja a su lado. Una maravilla de aromas, y en medio de las tentaciones, una llave. Luego le sirvió el café—. Es para ti. Úsala con cuidado.

La tomó en la mano y la sopesó. Apenas diez gramos, y aun así el camino del Paraíso, pensó.

Dio la vuelta a la chapa de plástico de la que colgaba y leyó lo que ponía: LLAVE DE AMANTE.

La etiqueta no lo entusiasmó demasiado.

Parecía algo gastada.

Llamaron cuatro veces a Mie Nørvig, y las cuatro llamadas fueron en vano.

—Vamos a ver si están en casa —propuso Carl cuando el coche patrulla se acercaba a Halsskov y al puente del Gran Belt.

Encontraron la casa como una caravana preparada para la hibernación. Las contraventanas cerradas, el garaje vacío, hasta habían cortado el agua, como comprobó Carl cuando abrió el grifo de la manguera del jardín.

—Aquí, o sea, no se ve nada —comunicó Assad con la nariz metida entre las tablillas de las contraventanas en la trasera de la casa.

Diablos, pensó Carl. El ratón se había escapado.

—Podemos entrar por la fuerza —dijo Assad, sacando la navaja del bolsillo.

Joder, no se cortaba un pelo.

—Por el amor de Dios, mete eso al bolsillo. Podemos probar a mirar a la vuelta. Puede que para entonces hayan regresado.

No se lo creía ni él.

—Eso es Sprogø —informó Carl, señalando hacia delante, al otro lado de las rejillas de acero del puente del Gran Belt.

—Pues no parece tan terrible como lo fue en otros tiempos —comentó Assad con las piernas sobre la guantera. ¿Es que aquel hombre no sabía sentarse normal en un coche?

—Vamos a torcer aquí —indicó Carl cuando llegaron a la altura de la isla y a la desviación justo después del puente. Salió de la calzada y se encontró con una barrera que tenía pinta de estar muy cerrada—. Paramos aquí —dijo.

—Pero y después ¿qué? Vas a tener que meter la marcha atrás, o sea, para volver a la autopista, ¿estás chalado, entonces?

—Pondré las luces de emergencia al meter marcha atrás, los coches ya cambiarán de carril. Venga, Assad. Si vamos a pedir permiso para entrar, se nos va a ir el día.

Apenas transcurridos dos minutos, ocurrió algo. Una mujer de pelo corto se dirigió hacia ellos decidida, vestida con una zamarrade color naranja chillón con rayas cruzadas autorreflectantes y zapatos de tacón muy elegantes. Desde luego, una combinación que invitaba a la reflexión.

—No pueden estar aquí, ¡salgan enseguida! Ya nos encargaremos de abrir las barreras, pero tienen que continuar hacia Fionia o volver hacia Selandia, y dense prisa.

—Carl Mørck, del Departamento Q —espetó Carl, mostrando su placa—. Él es mi ayudante, estamos investigando un asesinato. ¿Tiene las llaves de este lugar?

Aquello tuvo cierto efecto, pero tampoco a ella le faltaba autoridad, así que retrocedió un par de pasos y se llevó el *walkie-talkie* a la oreja. Tras hablar un rato se volvió hacia ellos con la responsabilidad del funcionario cargándole las espaldas.

—Tenga —dijo, y le tendió el *walkie-talkie*.

—Carl Mørck, del Departamento Q de Jefatura, Copenhague. ¿Con quién hablo?

El hombre al otro lado de la línea se presentó. Por lo visto, uno de los peces gordos de la oficina gestora del puente, en Korsør.

—No puede venir a Sprogø sin estar acreditado, espero que lo entienda —dijo en pocas palabras.

—Ya lo sé. Tampoco yo puedo sacar la pistola ante un asesino de masas si no soy un policía diplomado de servicio, ¿verdad? Porque así es el mundo, ¿no? Comprendo muy bien su postura. Pero resulta que tenemos mucha prisa y estamos investigando algo bastante repugnante que, a primera vista, comenzó aquí, en Sprogø.

—¿A saber...?

—No puedo decírselo. Pero puede llamar a la directora de la Policía, a Copenhague. Ella le dará la acreditación en dos minutos.

Era una manera de hablar, porque a veces podía pasar un cuarto de hora hasta

conseguir hablar con su secretaria, y es que tenían un trabajo del copón en aquel momento.

—Pues sí, creo que haré eso.

—Qué bien. Pues muchas gracias, se lo agradezco —exclamó Carl, apagó el aparato y lo devolvió.

—Nos ha dado veinte minutos —explicó a la señora del festival color naranja—. Si puede enseñarnos todo en ese tiempo, me gustaría saber lo que sepa sobre la época en que hubo en la isla un asilo para mujeres.

Apenas quedaba nada de la disposición original, explicó su guía; varias reformas se habían encargado de ello.

—En el extremo de la isla estaba la casita La Libertad, donde podían pasar las mujeres una semana en horas diurnas. Eran sus vacaciones. En realidad era una estación de cuarentena para marineros apestados en los viejos tiempos, pero ya ha desaparecido —continuó, y los condujo a un patio cerrado donde un árbol enorme esparcía su sombra sobre el adoquinado.

Carl miró los cuatro edificios que los rodeaban.

—¿Dónde vivían las mujeres? —preguntó.

La mujer señaló arriba.

—En lo alto, donde están las pequeñas buhardillas. Pero se ha reconstruido todo. Hoy en día se celebran congresos y cosas por el estilo.

—¿Qué hacían las mujeres aquí? ¿Podían hacer lo que quisieran?

La mujer se alzó de hombros.

—No creo. Cultivaban hortalizas, recogían grano, cuidaban del ganado. Y ahí había un taller de costura —dijo, señalando el edificio del este—. Al parecer, aquellas retrasadas tenían buena mano para las labores manuales.

—¿Las chicas eran retrasadas?

—Bueno, es lo que se decía. Pero no creo que todas lo fueran. ¿Quieren ver la celda de castigo? Todavía sigue ahí.

Carl hizo un gesto afirmativo. Con sumo gusto.

Atravesaron un comedor con altos paneles de madera azul y una bonita vista al mar.

La mujer hizo un gesto amplio para abarcar la estancia.

—Aquí comían solo las chicas. El personal comía en la sala contigua. Nada de mezclarse, no.

»Y al otro extremo del edificio vivían la directora y la subdirectora, pero ahora está todo cambiado. Suban por aquí.

Los condujo por unas escaleras empinadas a una zona más humilde. Un gran lavabo corrido de terrazo a un lado del estrecho pasillo, y un montón de puertas al

otro.

—No tenían mucho sitio, porque había dos en cada habitación —explicó, señalando un cuarto de techo bajo abuhardillado.

Luego abrió una puerta que daba a una mansarda alargada con muebles, estanterías y colgadores numerados guardados.

—Las chicas guardaban aquí lo que no les entraba en el cuarto —indicó.

La zamarra anaranjada les pidió que volvieran al pasillo, y luego señaló una pequeña puerta justo al lado, provista de dos pestillos enormes.

—Esta es la celda de castigo. Aquí las metían si desobedecían.

Carl subió el escalón, atravesó la puerta baja de tablas y se encontró en una estancia tan estrecha que había que acostarse a lo largo.

—Podían encerrarlas varios días, o más tiempo. A veces las amarraban, y si se ponían rebeldes, les ponían inyecciones. No debía de ser divertido.

Sin duda, un eufemismo. Carl se volvió hacia Assad. Tenía el ceño fruncido, y un aspecto nada bueno.

—¿Estás bien, Assad?

Este asintió lentamente con la cabeza.

—Es que esas marcas ya las he visto antes.

Señaló el interior de la puerta, donde la pintura debería haber cubierto varios surcos profundos.

—Son marcas de uñas, Carl, créeme.

Salió tambaleándose de la celda y se quedó un rato apoyado en la pared.

Quizá algún día le explicase qué le sucedía.

Entonces el *walkie-talkie* de su guía dio un pitido.

—¿Sí...? —dijo la mujer, y en dos segundos cambió la expresión de su rostro—. De acuerdo, se lo diré.

Volvió a colgar el aparato del cinturón con expresión ofendida.

—Saludos de mi jefe: dice que no ha podido hablar con la directora de la Policía, y que varios de mis compañeros nos han visto andar por la zona en sus monitores. Ha dicho que deben largarse. Y yo digo que lo hagan enseguida.

—Lo siento. Dígale que la he engañado. Pero gracias, ya hemos visto suficiente.

—¿Estás bien, Assad? —preguntó después de un largo silencio mientras atravesaban Fionia.

—Sí, sí. No te preocupes.

Se enderezó en el asiento.

—Ahora tienes que salir, o sea, por la salida 55 —informó, señalando el mapa del GPS.

Pero ¿aquel pequeño chivato no iba a decírselo ya?

—A seiscientos metros, tuerza a la derecha —hizo saber el GPS.

—Assad, no hace falta que me guíes. Ya lo hará el GPS.

—Y de aquí tomamos la carretera 329 hasta Hindevad —continuó su pequeño ayudante, impasible—. Desde allí hay unos diez kilómetros hasta Brenderup.

Carl dio un suspiro. En aquel momento le parecían diez kilómetros de más.

Tras más comentarios intercalados cada veinte segundos, Assad señaló por fin su destino.

—Tage vivía, o sea, en *esa* casa —dijo, dos segundos antes de que el GPS lo corroborase.

Llamar a aquello casa era mucho decir. Era más bien un barracón de madera ennegrecida por la creosota y pegada sobre un batiburrillo de materiales de desecho, desde hormigón aligerado hasta placas de uralita, en la que se había grabado el paso del tiempo desde los cimientos hasta lo alto de la chapa ondulada curtida por los elementos. Ningún motivo de orgullo para el pueblo, pensó Carl cuando salió del coche y se subió los pantalones.

—¿Estás seguro de que la mujer nos espera? —preguntó después de tocar el timbre por quinta vez.

Assad asintió con la cabeza.

—Sí, sí. Sonaba como una señora encantadora por teléfono —explicó—. Tartamudeaba un poco, pero la cita, entonces, era firme.

Carl también asintió en silencio. «Sonaba como una señora encantadora», le había dicho. Aquel hombre desde luego que sabía desarrollar el idioma danés.

Oyeron las toses antes que las pisadas. Bueno, al menos había alguien.

En la tos se mezclaban pulmones de fumadora, pelos de gato y un aliento a alcohol concentrado; pero a pesar de aquellas desventajas evidentes, y de lo inapropiado del lugar como vivienda humana, aquella persona anciana llamada Mette Schmall era capaz de pasearse por la estancia como si fuera la dueña del castillo de Havreholm.

—Bueno, Tage y yo no estábamos casados, pero el abogado sabía que si hacía una oferta por la casa no sería inapropiado que me quedara con ella.

Encendió un cigarrillo. Seguro que no era el primero del día.

—Tuve que pagar diez mil coronas, que era mucho dinero en mil novecientos noventa y cuatro, cuando se realizó la testamentaria.

Carl miró alrededor. Por lo que recordaba, diez mil coronas era lo que costaba una cámara de vídeo en aquella época, y era mucho dinero por una cámara, pero no por una casa, desde luego que no. Por otra parte, ¿quién no preferiría ser dueño de una cámara que de aquel montón de restos de materiales de construcción?

—Tage solía estar aquí —declaró la mujer, mientras apartaba con suavidad a un par de gatos—. Yo no vengo nunca aquí. No sería correcto.

Abrió una puerta forrada con viejos anuncios de varias marcas de aceite lubricante, y se adentraron en un tufo bastante mayor que el que acababan de dejar atrás.

Fue Assad quien encontró la puerta al exterior, y fue también él quien descubrió la fuente del hedor. Cinco botellas de vino en un rincón, junto a la cama, todas llenas de orina. A juzgar por las botellas, habían estado llenas hasta arriba, porque el vidrio se había vuelto opaco del todo por la sustancia que queda cuando se evapora el pis.

—Ah, sí. Esas las ten-tenía que haber echado —dijo la mujer, y las arrojó a las malas hierbas que crecían frente a la casa.

Se encontraban en un viejo taller de bicis y motocicletas. Montones de herramientas y viejos cachivaches, y, en medio de todo, una cama, cuya ropa era más o menos del mismo color que el suelo cubierto de manchas de aceite.

—¿Tage no te dijo qué tenía que hacer cuando se marchó aquel día?

—No. De p-pronto se p-p-puso de lo más mi-misterioso.

—Vaya. ¿Podemos echar un vistazo?

La mujer hizo un gesto: su casa era de ellos.

—D-desde que estuvo el policía local n-no ha entrado n-nadie —informó la mujer, enderezando la colcha. Como si valiera para algo.

—Bonitos carteles —opinó Assad, señalando las fotos de chicas de *Rapport* que había en las paredes.

—Sí, son anteriores a la silicona, a la maquinilla de afeitar para mujeres y a los tatuajes —gruñó Carl, mientras agarraba un montón de papeles mezclados que estaban en una huevera llena de bolas de rodamiento.

Era muy difícil de creer que alguno de aquellos montones desordenados fuera a dar información sobre el paradero de Tage Hermansen.

—¿Habló Tage alguna vez de alguien llamado Curt Wad? —preguntó Assad.

Ella sacudió la cabeza.

—Ajá. ¿De quién solía hablar? ¿Lo recuerda?

La mujer volvió a sacudir la cabeza.

—De n-nadie. Sobre todo hablaba de Kreidler-Florets, Puchs y SCOs.

Assad no comprendía.

—Son marcas de motocicletas, Assad. Bruuum, bruum, ya sabes —explicó Carl haciendo girar unos aceleradores imaginarios. Después continuó—: ¿Dejó Tage algo de dinero?

—Ni una c-corona, no.

—¿Tenía enemigos?

La mujer rio y le sobrevino un ataque de tos. Tras toser bien y secarse los ojos, dirigió a Carl una mirada elocuente.

—Usted ¿qu-qué cree?

Fue señalando la estancia.

—Esto n-no es exactamente un p-palacio, ¿verdad?

—Bueno, sería deseable que hubiera hecho algo al respecto, pero no ha pasado gran cosa desde entonces, así que no puede haber sido la causa de su desaparición, ¿verdad? ¿Se te ocurre algún motivo, Mette Schmall?

—N-ni uno.

Carl vio que Assad echaba un vistazo a las páginas centrales de *Rapport*. ¿Estaría pensando llevárselas a casa?

Se volvió y vio un sobre que le enseñaba Assad.

—Estaba colgado de la pared.

Assad señaló un alfiler clavado en la placa de pladur, justo encima de una de las chicas desnudas.

—Ya ves, entonces, el agujero. Han sujetado el sobre con dos alfileres, mira.

Carl achicó los ojos. Si Assad lo decía, sería verdad.

—Uno de los alfileres se ha salido, y el sobre se ha metido detrás del póster, suspendido aún del otro alfiler.

—¿Qué le pasa a ese sobre? —preguntó Carl, tomándolo.

—Bueno, está vacío, pero mira el remitente —respondió Assad.

Carl leyó.

—Pone «Nete Hermansen, Peblinge Dossering 32, 2200 Copenhague N».

—Ya. Ahora dale la vuelta y mira el matasellos.

Lo hizo. Estaba algo borroso, pero se podía leer.

«28/8/1987», ponía. Solo una semana antes de la desaparición de Tage.

No era seguro que significara nada, porque como era natural siempre solían encontrarse efectos correspondientes al período justo anterior a la desaparición de su dueño. ¿Dónde se había visto que por si acaso la gente tirara las cosas datadas justo antes de desaparecer? A no ser que tuviera algún objetivo concreto. Tal vez incluso saber que iba a desaparecer.

Carl miró a Assad. Por su mente estaban pasando mil ideas, era evidente.

—Llamaré, o sea, a Rose —balbuceó Assad mientras tecleaba el número—. Tiene que saber lo del sobre, punto.

Carl hizo una panorámica por el taller. Si había un sobre, tenía que haber una carta. Tal vez estuviera escondida tras los carteles, tal vez debajo de la cama o en la papelera. Tendrían que registrarlo todo más a fondo.

—Por cierto, ¿sabes quién es esa Nete Hermansen, Mette Schmall? —preguntó.

—No. P-pero debe de ser alguien de la f-familia, por el ap-pellido.

Tras una hora de búsqueda infructuosa en los restos de Tage y tres cuartos de hora atravesando Fionia volvieron al enorme puente que une Fionia con Selandia, cuyos

pilones casi atravesaban las nubes.

—Ahí está otra vez esa isla de mierda —comentó Assad señalando hacia Sprogø, que aparecía ante ellos entre la niebla.

La contempló un rato en silencio, y luego se volvió hacia Carl.

—¿Qué hacemos si Herbert Sønderskov y Mie Nørvig siguen sin estar en casa, Carl?

Carl observó la isla mientras pasaban al lado. Parecía un lugar pacífico, allí, en medio del puente, al que daba apoyo. El faro, que se erguía blanco en la verde colina, los bellos edificios amarillos a su arrimo, los prados verdes y los indómitos matorrales.

La antesala del infierno, la había llamado Rose, y Carl notó de pronto que la maldad se colaba por encima de los quitamiedos y que los fantasmas del pasado tenían el alma herida y cicatrices en su vientre estéril. ¿El Estado danés había aprobado, e incluso incitado, aquel tipo de intervenciones realizadas por médicos titulados y personal de asistencia? Era difícil de comprender. Claro que... La verdad es que se sabía de parecidas diferencias extremas de tratamiento en la Dinamarca actual. Solo que por lo visto no habían madurado aún como para llegar a ser escándalos.

Sacudió la cabeza y apretó el acelerador.

—¿Qué era lo que decías, Assad?

—Que a ver qué hacemos si Herbert Sønderskov y Mie Nørvig siguen sin estar en la casa.

Carl se volvió hacia él.

—En ese caso, supongo que seguirás teniendo la navaja donde la tenías antes.

Assad hizo un gesto afirmativo; así que estaban de acuerdo. Ahora sí que iban a mirar en los archivos y ver de qué iba el caso Hermansen, al que se había referido Mie Nørvig. Con orden de registro o sin ella; de todas formas, no se la iban a conceder, aunque lo intentaran.

Sonó el móvil de Carl, que encendió los altavoces.

—Hola, Rose. ¿Dónde estás? —preguntó.

—Cuando ha llamado Assad he ido a Jefatura; por lo menos es más emocionante que estar en Stenløse mirando a las musarañas. Y he investigado algo el caso —dijo con voz excitada—. Y vaya si me he sorprendido. Imagínate, hay una Nete Hermansen que vive en esa dirección de Nørrebro; qué guay, ¿no?

Assad levantó el pulgar en el aire.

—Ya veo. Pero será una señora mayor, ¿no?

—Eso no lo he averiguado todavía, pero veo que ha estado registrada en esa dirección como Nete Rosen. Bonito apellido, ¿verdad? Igual debería pensar en comprarlo. Así me llamaría Rose Rosen, ¿a que suena bien? A lo mejor la señora

podría adoptarme. Es imposible que sea peor que mi madre.

Assad rio, y Carl se abstuvo de hacer comentarios. Oficialmente, no sabía nada de la vida privada de Rose. Si trascendía que había estado fisgando en su vida por medio de su verdadera hermana Yrsa, las cosas iban a ponerse feas.

—Bien, Rose. Esa información la analizaremos luego. Mientras tanto, comprueba los datos que tenemos de ella, ¿vale? Ahora nos dirigimos a Halsskov, para ver los archivos de Nørvig. ¿Alguna novedad por ahí?

—Sí, ahora controlo mejor las aventuras y desventuras de Curt Wad, porque me he puesto en contacto con un periodista, Søren Brandt, que tiene mucha información sobre ese partido tras el que está Curt Wad.

—¿Ideas Claras?

—Sí. Pero me parece que en su vida privada no ha sido todo tan claro. Desde luego, no es un señor agradable. Ha habido a lo largo del tiempo muchas denuncias, pero ninguna condena, aunque parezca increíble.

—¿A qué te refieres?

—A varias cosas, pero todavía no he estudiado los casos. Søren Brandt va a enviarme más material. Mientras tanto, estoy revisando viejos expedientes; y deberíais estarme agradecidos, porque no es ni por el forro un trabajo de mi gusto.

Carl asintió en silencio. Tampoco del suyo.

—En cuanto a Curt Wad, se menciona un antiguo caso de violación, que fue sobreseído. Después hubo tres casos llevados por abogados de oficio. En 1967, 1974, y el último en 1996. Lo han denunciado varias veces por declaraciones racistas. Denunciado por incitación a la discriminación, denuncia por violación del derecho a la propiedad privada, varias denuncias también por injurias. Todas ellas sobreseídas, y solo unas pocas con suficiente fundamento, en opinión de Søren Brandt. La causa de sobreseimiento solía ser falta de pruebas.

—¿Lo han acusado de homicidio?

—No directamente, pero de manera indirecta, sí. Acusaciones de abortos forzados en varios casos. ¿Eso no es homicidio?

—Bueeeno, tal vez. Desde luego, es una circunstancia agravante si la mujer no estaba de acuerdo.

—Ya. Pero sea como sea, el caso es que tenemos delante a un hombre que durante toda su vida ha establecido una diferencia clara entre los denominados subhumanos y los buenos ciudadanos. Un hombre competente cuando la buena gente sin hijos le pedía ayuda; y todo lo contrario si acudían a él lo que denominaba subhumanos con sus problemas de embarazo.

—Porque ¿qué ocurría entonces?

Carl había recibido de Mie Nørvig insinuaciones que tal vez fueran a tomar cuerpo ahora.

—Pues eso, que no ha habido ninguna sentencia, pero la Dirección de Sanidad ha estado varias veces en su consulta para ver si había extraído fetos a mujeres embarazadas sin su aprobación ni conocimiento.

Carl notó que Assad se removía en el asiento de al lado. ¿Quizá alguna vez se habían atrevido a llamarlo subhumano?

—Gracias, Rose. Seguiremos hablando cuando volvamos a Jefatura.

—Otra cosa, Carl: uno de los seguidores de Ideas Claras, un tal Hans Christian Dyrmand, de Sønderborg, se ha suicidado. Así es como me he puesto en contacto con ese periodista, Søren Brandt. Escribió en su blog que en principio podría haber relación entre lo que hacía Curt Wad en su época y lo que hacía Dyrmand.

—Cabrón de mierda —soltó Assad; lo que, viniendo de él, no era poco.

Encontraron la casa de Halsskov tan vacía como por la mañana, así que Assad se palpó el bolsillo e iba ya camino del jardín trasero cuando Carl lo detuvo.

—Espera un poco, quédate en el coche, Assad —indicó, y se dirigió hacia el bungaló del otro lado de la carretera.

Mostró su placa de policía, y la mujer la miró, asustada. A veces solía ocurrir; otras veces escupían encima.

—No, no sé dónde están Herbert y Mie.

—¿Tal vez tienen trato con ellos?

Aquello la hizo salir un poco de su reserva.

—Sí, sí, somos buenos amigos. Jugamos al *bridge* cada quince días, y cosas así.

—¿Y no tiene ni idea de dónde pueden encontrarse? ¿Vacaciones, hijos, casa de veraneo?

—No. Nada de eso. Suelen viajar de vez en cuando, y mi marido y yo solemos cuidarles las plantas, a no ser que esté la hija en la casa. Es una especie de toma y daca, claro. También nosotros tenemos plantas que cuidar cuando nos vamos de vacaciones.

—Las contraventanas están cerradas. Eso querrá decir que van a estar fuera más de unos días.

La mujer se llevó la mano a la nuca.

—Sí. Y eso es lo que nos inquieta. ¿Cree que puede haber sucedido algo serio?

Carl sacudió la cabeza y dio las gracias. Aquello daría a la señora sobre qué cavilar, y al menos estaría atenta a lo que ocurría al otro lado de la carretera.

Pasó junto al coche patrulla y observó que Assad ya había salido, y a los pocos segundos, que las contraventanas de una ventana de la trasera de la casa estaban entreabiertas, así como la ventana. Ni una marca, ni un rasguño. Seguro que Assad lo había hecho muchas veces antes.

—¡Carl, baja a la puerta del sótano! —gritó Assad desde el interior.

Gracias a Dios, los archivadores seguían allí. Así que la desaparición de los dueños tal vez no guardara relación con la visita que hicieron la víspera.

—Hermansen. Es lo primero que debemos buscar —hizo saber a Assad.

No habían pasado veinte segundos, y Assad apareció con la carpeta colgante en la mano.

—En la H, claro. Más fácil, o sea, imposible. Pero no aparece Tage Hermansen.

Tendió la carpeta a Carl, que extrajo el expediente. «Curt Wad contra Nete Hermansen», ponía en él, y debajo aparecía la fecha del proceso de 1955, sellos del distrito judicial y el logotipo del bufete de Philip Nørvig.

Tras hojear con rapidez el texto del expediente, advirtió que aparecían palabras como «denuncia de violación» y «declaración de haber pagado por la interrupción de su embarazo». Todo ello presentado como si la carga de la prueba incumbiera solo a la tal Nete Hermansen. El caso terminó con la absolución de Curt Wad, eso se desprendía con claridad de los documentos; pero nada ponía acerca de qué fue de Nete Hermansen.

En aquel momento sonó el móvil de Carl.

—No es buen momento para llamadas, Rose —la amonestó.

—Pues yo creo que sí que lo es. Escucha esto: Nete Hermansen ha sido una de las chicas de Sprogø. Estuvo internada desde 1955 hasta 1959. ¿Qué me dices?

—Te digo que me lo imaginaba —respondió Carl, sopesando el expediente en la mano.

Pesaba poco.

Un cuarto de hora después habían terminado de cargar expedientes en el maletero del coche patrulla.

Justo cuando cerraban el maletero vieron una furgoneta verde subiendo la colina hacia ellos. No fue el vehículo lo que hizo que Carl le dirigiera una mirada; fue el modo en que aminoró la velocidad de pronto.

Se enderezó y lo miró de frente, mientras al parecer el conductor vacilaba y no podía decidir si detenerse o acelerar.

Luego el chofer miró hacia las casas junto a las que pasaba. Tal vez buscase un número, pero estos estaban a la vista en aquel barrio de chalés; ¿por qué había de ser tan difícil?

Cuando la furgoneta pasó junto a Carl el conductor giró la cabeza, así que solo se vio su pelo ondulado, casi blanco.

Capítulo 27

Septiembre de 1987

SE sintió como un rey cuando vio Selandia pasar desde las ventanillas del tren. «Rápida marcha hacia la felicidad», pensó, y dio una corona a un chico del vagón.

Sí, se sentía como un rey el día de su coronación. Era el día en que sus sueños más desquiciados iban a convertirse en realidad.

Se imaginó a Nete llevándose la mano al pelo e invitándolo a entrar, algo cohibida. Sentía ya en la mano el documento de la transferencia. El papel que iba a darle diez millones de coronas, para gran contento de Hacienda y para su felicidad eterna.

Pero cuando estuvo en la Estación Central y vio que tenía menos de media hora para saber dónde estaba la calle de Nete y llegar hasta allí, hizo su aparición el miedo.

Abrió la puerta de un taxi y preguntó al chofer cuánto le costaría. Y como el precio que le dio era algo más de lo que tenía, le pidió que lo llevara tan lejos como pudiera con el dinero que le quedaba. Después puso las monedas en la mano del chofer, que condujo setecientos metros y lo dejó en la plaza de Vesterbro, diciéndole que lo más corto era atravesar el paso del Nuevo Teatro, y después a todo correr por los Lagos.

Tage no estaba acostumbrado a mover el cuerpo, así que el bolso que llevaba al hombro le golpeaba la cadera, y el sudor se colaba por su ropa nueva, dejando la chaqueta oscura bajo las axilas.

«Llegas tarde, llegas tarde, llegas tarde», oía con cada paso a la carrera que daba por el sendero, mientras gente de todas las edades pasaba corriendo a su lado.

Cada cigarrillo fumado hacía silbar sus pulmones, y cada birra y whisky bebidos hacían que le dolieran las piernas.

Se desabrochó la chaqueta y rogó a Dios llegar a tiempo, y cuando llegó eran las 12.35. Cinco minutos de retraso.

Por eso, de sus ojos brotaron lágrimas de agradecimiento cuando Nete lo hizo entrar, y él le entregó la invitación, tal como ponía en la carta que debía hacer.

Se sintió miserable en aquel piso tan elegante. Miserable ante su mejor amiga, que, ahora una mujer madura, lo recibía con los brazos abiertos. Le entraron ganas de llorar cuando ella le preguntó si estaba bien y si no quería una taza de té, y a los dos minutos, si quería otra taza.

Y quería haberle contado muchas cosas, pero de pronto se sintió mal. Quería haberle dicho que siempre la había querido. Que casi se murió de vergüenza por haberla traicionado. Se habría arrodillado y pedido perdón, si no fuera porque le entró una náusea tan fuerte que, sin querer, empezó a devolver sobre su elegante chaqueta

nueva.

Nete le preguntó si se encontraba mal, y le ofreció un vaso de agua o más té.

—Aquí hace mucho calor, ¿no? —gimió él, tratando de aspirar hondo, pero los pulmones se negaban a obedecer. Y mientras ella iba en busca de agua, se llevó la mano al corazón y supo que iba a morir.

Nete contempló un momento la figura tumbada atravesada en la silla, con su horrible traje. Con el paso del tiempo, Tage había engordado más de lo que ella pudo imaginar. Solo el peso del torso casi la hizo caer cuando lo atrajo hacia sí para poder agarrar el cadáver por las axilas.

Dios mío, pensó, mirando el péndulo balancearse en el reloj. Esto va a llevarme demasiado tiempo.

Soltó el cuerpo, que cayó hacia delante. Se oyó un chasquido cuando la nariz y la frente de Tage impactaron contra el suelo. Esperó que el vecino de abajo no subiera corriendo por eso.

Entonces se arrodilló y empujó el cuerpo de Tage con tal violencia que rodó a un lado, en medio de su alfombra de Bujará. Empujó la alfombra con el cadáver hasta el umbral del largo pasillo, al que se quedó mirando, resignada. Maldita sea, ¿por qué no había pensado antes en eso? El suelo estaba cubierto por una alfombra continua de fibra de coco, no iba a poder arrastrar el cadáver sobre ella, pese a estar cubierto con la alfombra. Ofrecería demasiada resistencia.

Tiró del cuerpo con todas sus fuerzas, y consiguió salvar el rincón y llevarlo al principio del pasillo, hasta que desistió de seguir tirando.

Se mordió el labio. Le parecía que Rita ya le había dado suficientes problemas. Aunque no era tan pesada, su cadáver resultaba flácido de alguna manera. Como si también entre las costillas colgasen brazos y piernas. Cada dos por tres tenía que detenerse y volver a ponerle los brazos en el estómago, y al final tuvo que atarle las manos para poder transportarla.

Miró a Tage con repugnancia. Aquel rostro gastado y sudoroso y los brazos rechonchos estaban a años luz del chico con quien solía revolcarse.

Luego lo empujó hasta dejarlo en una postura sentada y lo impulsó hacia delante entre sus propias piernas como a un niño para que dé una voltereta en el aire. Así lo hizo avanzar medio metro.

Miró hacia el pasillo. A ese ritmo necesitaría al menos diez minutos para llevarlo hasta el cuarto hermético; pero ¿por qué parar ahora?

Así que le bajó la cabeza hasta el suelo. Lo hizo girar sobre su espalda. Repitió el procedimiento de levantarlo hasta quedar sentado, empujarlo hacia delante y hacerlo dar una vuelta de campana. Se trataba de empujar con tanta fuerza como para hacer de ello un movimiento continuo.

Pero tampoco fue tan fácil, y a Nete le dolía la pierna mala, su cadera y la espalda, y sus terminales nerviosas aullaban.

Cuando logró llevarlo hasta el cuarto con la mesa y las siete sillas, desistió de sentarlo en la silla junto al cadáver de Rita, sentado frente a la tarjeta con su nombre, con la cabeza caída sobre el hombro y el torso atado al respaldo.

Bajó la vista hacia Tage, tumbado con los ojos muy abiertos y los dedos encorvados. Vaya chapuza. Antes de acabar el día tendría que ponerlo en su sitio.

Después se sobresaltó: el bolsillo superior del horrible traje brillante de Tage estaba desgarrado. ¿Habría faltado siempre ese pedazo de tela? Tendría que comprobarlo.

Eran las 13.40, y Viggo llegaría dentro de cinco minutos.

Cerró bien la puerta del cuarto y observó el pasillo sin lograr divisar el pedazo de tela en ninguna parte. Tal vez hubiera sido siempre así, tal vez faltara de siempre, tal vez no había reparado en ello antes. Porque su mirada no abandonó el rostro de Tage ni por un segundo desde que se sentó en la silla.

Entonces aspiró hondo y fue al cuarto de baño a asearse un poco. Observó con satisfacción su rostro sudoroso, porque lo estaba haciendo bien. El concentrado de beleño producía el efecto deseado, y el plan funcionaba. Existía, claro está, la posibilidad de que llegara una reacción por la noche, cuando todo hubiera terminado. Que de pronto viera a aquellas personas del comedor de manera diferente a como las veía ahora. Tal vez, aunque iba a intentar evitarlo con todas sus fuerzas, no pudiera dejar de pensar en que también ellos habían tenido gente alrededor que alguna vez los amó y albergó sueños sobre ellos.

Lo que pasaba era que no quería pensar en eso ahora. No convenía.

Se arregló el pelo y pensó en los que faltaban por llegar. ¿También Viggo se habría puesto tan enorme como Tage? En tal caso, *tenía que* llegar a la hora. De lo contrario, no se atrevía a pensar lo que podría ocurrir.

Fue entonces cuando pensó en el corpachón de Curt Wad y el peso que tendría, y ocurrió en el instante en que reparó en que el abrigo de Rita estaba aún en el colgador de la entrada.

Lo descolgó y lo arrojó a la cama, junto al bolso de Rita, y del bolsillo del abrigo cayeron unos cigarrillos.

Malditos cigarrillos, pensó. Qué caro le había resultado a Rita su puñetero vicio.

Capítulo 28

Noviembre de 2010

—OS comunico que el jefe de mantenimiento ha prohibido a los hombres usar el servicio de caballeros del pasillo hasta el miércoles, cuando pasará a verlo —dijo Rose con los brazos en jarras—. Por lo visto, ayer alguien taponó por completo el inodoro a base de papel higiénico. ¿Quién puede haber sido?

Giró la cabeza, que miraba a Assad, y miró a los ojos a Carl, con las cejas alzadas hasta el flequillo negro.

Carl se alzó de hombros, impotente. ¿Cómo iba a saberlo él?, significaba en el lenguaje corporal internacional. En su propio lenguaje personal significaba que a Rose ni le iba ni le venía, y que no tenía intención de discutir sus hábitos en el baño ni sus problemas intestinales con una subordinada del sexo opuesto. Y ya está.

—Así que cuando empleéis el servicio de señoras tendréis que orinar sentados o bajar la tapa después de usarlo.

Carl arrugó el entrecejo. Aquello era demasiado íntimo.

—Comprueba todos los datos que tengas sobre Nete Hermansen, y hazme una lista con ellos. Pero antes dame el número de ese periodista, Søren Brandt —fue su respuesta. Si ella quería molestarlo, que lo hiciera cualquier otro día, no en sus días libres. ¿Hasta dónde íbamos a llegar?

—Acabo, o sea, de hablar con ese Brandt, Carl —dijo Assad con la cabeza inclinada sobre una taza humeante de una sustancia que apestaba a caramelo.

Carl ladeó la cabeza. ¡Atiza!

—¿Dices que acabas de hablar con Søren Brandt? —preguntó con el ceño fruncido—. No le habrás dicho que hemos robado los expedientes, ¿verdad?

Assad se puso en jarras.

—¿Crees acaso que los dromedarios meten los pies en el lago del que beben?

—¿Se lo has dicho?

Assad bajó las manos.

—Bueno, pero solo un poco. Le he dicho que teníamos algo sobre Curt Wad.

—¡¿Y...?!

—Y un poco sobre ese Lønberg de Ideas Claras.

—¿Sabemos algo de él?

—Sí, estaba en la L. Nørvig fue su abogado en algunos casos.

—Ya volveremos a eso. ¿Qué te ha respondido Søren Brandt?

—Ha dicho que había oído algo sobre La Lucha Secreta. Que llegó a hablar con la primera esposa de Nørvig, quien le contó que había enfermeras y médicos que llevaban años enviando a embarazadas socialmente desfavorecidas a gente de la

asociación para que les hicieran un reconocimiento ginecológico. Y, sin que las mujeres supieran en qué se metían, terminaban a menudo abortando. Y ese Søren Brandt tenía también algo de material que podría intercambiar con el nuestro si le damos copias de lo que tenemos.

—¡Santo cielo! No tienes ni idea de en qué te has metido, Assad. Nos van a sacar del cuerpo a patadas si se hace público que hemos conseguido pruebas materiales entrando en la casa por la fuerza. Dame su número.

Carl tecleó el número con una mala sensación en el cuerpo.

—Sí, acabo de hablar con su compañero —hizo saber Søren Brandt tras una breve introducción. Sonaba joven y ambicioso. Esos eran los peores.

—Tengo entendido que has hablado con Assad de un intercambio.

—Sí, es fantástico. Todavía me faltan algunas conexiones entre las personas que hay detrás de Ideas Claras y La Lucha Secreta. A ver si podemos frenar a esos locos antes de que consigan poder.

—Perdona, Søren, pero me temo que Assad te ha prometido demasiado. Vamos a entregar el material al fiscal.

El periodista se echó a reír.

—¿Al fiscal? Es un disparate, pero respeto que defienda su empleo. El trabajo no crece en los árboles en la Dinamarca actual. Tranquilo, nada ni nadie me arrastrará a confesar.

Joder, era como oírse a sí mismo.

—Escuche, Mørck. La gente que rodea a Curt Wad son militantes. Asesinan sin escrúpulos a niños sin nacer. Tienen un buen sistema para borrar sus huellas. Disponen de millones de coronas para contratar a sicarios, y nadie desearía cruzar espadas con esos sicarios. ¿Cree acaso que en este momento vivo en el domicilio que consta en el registro civil? Ni de casualidad. Tomo mis precauciones, porque esos no se andan con chiquitas si alguien plantea alguna duda acerca de la repugnante visión que tienen de las personas y de la política que practican, se lo aseguro. Basta con mirar lo de ese médico, Hans Christian Dyrmand. Si quiere saber mi opinión, lo obligaron a tragar los somníferos. Así que me callo la boca, ¿entiende?

—Hasta que hagas público todo el mogollón, ¿no?

—Pues sí, hasta entonces. Y estoy dispuesto a ir a la cárcel para proteger a mis fuentes, no le quepa la menor duda. Solo quiero humillar a Curt Wad y a su chusma.

—Vale. Pues te diré que estamos investigando una serie de desapariciones que parecen tener relación con las mujeres que encerraban en Sprogø. ¿Es una hipótesis razonable que Curt Wad también tenga que ver con eso? Sí, ya sé que son cosas de hace cincuenta años, pero tal vez sepas algo.

Oyó la respiración casi inaudible del periodista, y luego se hizo el silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí —se oyó—. Déjeme concentrarme un poco. Una tía materna de mi madre estuvo internada en Sprogø, y contaba unas historias espantosas. No hablaba de Curt Wad, pero sí de otros de su calaña. No sé de qué manera pudo estar implicado en esa aberración, pero le aseguro que no me extrañaría.

—Bien. He hablado con un periodista, Louis Petterson, que en su tiempo escribió algunos artículos críticos sobre Curt Wad. ¿Lo conoces?

—De oídas. Y sus artículos, claro. Es la síntesis de todo contra lo que luchan los periodistas decentes. Trabajaba por su cuenta, y de hecho había dado con algo muy interesante, pero por lo visto Curt Wad hizo que cambiara de opinión al darle trabajo en Benefice, una agencia de noticias bastante tendenciosa, seguro que con un buen sueldo. Y los artículos críticos cesaron de la noche a la mañana.

—¿También a ti te ha ofrecido algo así?

Søren Brandt rio.

—Todavía no, pero con esas hienas nunca se sabe. Para empezar, en la asamblea de Ideas Claras de ayer les he metido caña a Curt Wad y a Lønberg.

—Vaya. A propósito de Lønberg, ¿qué sabes de él?

—Wilfrid Lønberg, la mano derecha de Curt Wad, su ojito derecho. Padre de la directora en la sombra de Benefice, cofundador de Ideas Claras y militante activo de La Lucha Secreta. Sí, creo que deberían investigarlo. Él y Curt Wad son la pura reencarnación de Josef Mengele.

Divisaron el resplandor del fuego antes de llegar a la casa. Para ver ese tipo de detalles no había como una tarde oscura de noviembre.

—Por lo demás, es un barrio elegante —opinó Assad, señalando con la cabeza las mansiones de alrededor.

La casa de Lønberg no era muy diferente del resto: blanca y de techos altos, con ventanas con cuadrícula y tejas esmaltadas. Estaba algo más apartada de la carretera, así que el trayecto por la crujiente gravilla de acceso fue todo menos silencioso.

—¿Qué hacen en mi terreno? —oyeron.

Rodearon un seto y observaron a un hombre mayor con una bata marrón y recios guantes de jardinero.

—Aquí no se les ha perdido nada —dijo, enfadado, y se puso delante del barril de aceite llameante al que arrojaba papeles de una carretilla que tenía al lado.

—Permítame observar que este tipo de fogatas al aire libre está prohibido —informó Carl, mientras intentaba identificar de qué tipo de documentos se trataba. Seguramente expedientes y documentación de la basura que defendían Lønberg y los de su ralea.

—No me diga... ¿Dónde pone eso? Tampoco estamos en época de sequía, ¿no?

—Vamos a tomarnos la molestia de llamar al cuerpo de bomberos de Gentofte

para aclarar las ordenanzas municipales sobre quema de desechos —dijo Carl, volviéndose hacia Assad—. Assad, haz el favor de llamar.

El hombre sacudió la cabeza.

—Pero bueno, si no son más que papeles viejos, ¿a quién puede molestar?

Carl sacó su placa de policía.

—Supongo que podría molestar a alguien que esté destruyendo material que tal vez pudiera arrojar luz sobre un montón de preguntas acerca de sus actividades y las de Curt Wad.

Lo que sucedió en los segundos que siguieron no lo habría creído Carl ni en sus más disparatadas fantasías: que un hombre con la edad de Lønberg y su aspecto cadavérico pudiera actuar con tal rapidez y decisión.

Dio un salto, agarró todo el montón de papeles de la carretilla, los arrojó al bidón, asió una botella de plástico con gasolina que había en la hierba, retiró el tapón y la arrojó sobre el montón.

El efecto fue extraordinario, y Carl y Assad retrocedieron varios pasos cuando la columna de fuego se alzó con un estruendo y llegó casi hasta la copa de una enorme haya roja que imperaba en el jardín.

—Ya está —dijo el hombre—. Ahora ya pueden llamar a los bomberos. ¿Cuánto va a costarme? ¿Una multa de cinco mil coronas? ¿De diez mil? Sobreviviré.

Iba a girar y dirigirse hacia la casa cuando Carl lo agarró del brazo.

—¿Su hija Liselotte ya sabe a qué cochinada está prestando su nombre, Lønberg?

—¿Liselotte? ¿Cochinada? Si se refiere a su puesto de directora de Benefice, es algo de lo que solo puede estar orgullosa.

—¿Ah, sí? ¡No me diga! ¿Está orgullosa también de los abortos de La Lucha Secreta? ¿O quizá no se lo han contado? ¿Comparte con usted su retorcida visión de las personas? ¿Simpatiza con sus asesinatos de niños inocentes? ¿También puede estar orgullosa de eso, o tal vez no sabe nada en absoluto? ¿Es así?

Lønberg miró a Carl con una gelidez que el fulgor de las llamas no logró derretir.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando, que conste. Si tiene algo concreto que exponer, llame a mi abogado pasado mañana. El lunes abre el despacho a las ocho y media. Se llama Caspersen, por si les interesa. Aparece en la guía.

—Ah, sí, Caspersen —se oyó a Assad por detrás—. Lo conocemos de la tele. Uno de los de Ideas Claras, ¿no? Tendríamos sumo gusto en saber su número de teléfono, muchas gracias, entonces.

El tono alegre suavizó la arrogante expresión del hombre.

Carl se inclinó hacia él y casi susurró su despedida:

—Gracias por esta vez, Wilfrid Lønberg. Creo que hemos visto y oído suficiente por ahora. Salude a Curt Wad y dígame que vamos a Nørrebro, a visitar a una de sus viejas amigas. El caso Hermansen, ¿no se llamaba así en otros tiempos?

Nørrebro era zona de guerra. Aquellos bloques de edificios levantados de prisa y corriendo habían creado el mejor caldo de cultivo para un montón de problemas sociales con su estela de enorme delincuencia, violencia y odio. Nada que ver con lo que era antes, cuando el trabajo social del barrio consistía básicamente en ayudar a trabajadores atareados a llevar una vida más o menos digna. Solo cuando caminabas a lo largo de los Lagos veías desplegarse la grandeza de tiempos pasados.

—Los Lagos siguen siendo el mejor sitio de la ciudad —solía decir Antonsen, el de Rødovre, y no le faltaba razón. Cuando uno observaba aquellos hermosos y atractivos edificios alineados, resguardados por castaños de Indias y con vistas al agua mansa donde nadaban grupos de cisnes, no se podía imaginar que a solo cien metros estaba el terreno de juego de los moteros y las bandas de inmigrantes, y que había que guardarse de andar por allí después de anochecer.

—Creo, o sea, que está en casa —dijo Assad, señalando las buhardillas del piso superior.

Carl asintió con la cabeza. Al igual que el resto de ventanas del edificio, estaban iluminadas.

—¿Nete Hermansen? Policía —dijo Carl por el interfono—. Me gustaría subir a hacerle unas preguntas. ¿Le importa abrirme?

—¿Qué preguntas? —se oyó por el interfono.

—Nada especial. Una comprobación rutinaria.

—Ah, ¿algo del tiroteo de Blågårdsgade el otro día? Pues sí, lo oí bien. Pero haga el favor de dar un paso atrás y enseñar la placa de policía para que la vea. No deje entrar a cualquiera.

Carl indicó a Assad que se quedara en la puerta, y luego retrocedió por el sendero entre los minijardines de la planta baja, para que la luz cayera directa sobre su rostro.

Pasado un rato, vio que una de las ventanas se abría y asomaba una cabecita.

Carl dirigió hacia ella la placa, tan alto como pudo.

Treinta segundos más tarde el portero automático zumbó.

Después de un montón de peldaños sofocantes, en el cuarto piso, vieron que la puerta estaba entreabierta, así que la señora tampoco estaba tan asustada.

—¡Oh! —exclamó cuando Carl pisó el pasillo con ligero olor a moho y apareció tras él el semblante moreno de Assad. Así que al final sí que se asustó. Seguramente, la intransigencia de las bandas de inmigrantes de Nørrebro había dejado su huella.

—Ah, sí, perdone; no tenga miedo de mi ayudante. Es un pedazo de pan —mintió.

Assad tendió la mano.

—Hola, señora Hermansen.

Hizo una reverencia, como un escolar en el baile de fin de curso.

—Hafez el-Assad, pero puede llamarme Assad. Me alegro, o sea, de conocerla.

La mujer vaciló, pero al final tendió la mano.

—¿Quieren una taza de té? —preguntó, sin hacer caso del gesto negativo de Carl y el fervoroso asentir de Assad.

La sala era como suelen ser las salas de señoras mayores. Una mezcla variada de muebles pesados y recuerdos de una larga vida. Solo brillaban por su ausencia las enmarcadas fotos familiares. Carl recordó la breve descripción que hizo Rose de la vida de Nete Hermansen. Sin duda había buenas razones para que faltaran aquellos retratos.

La mujer entró llevando el té en una bandeja, con un leve cojeo; era guapa a pesar de sus setenta y tres años. Cabello rubio claro, seguro que teñido, y con un corte elegante. Era evidente que el dinero había tenido su importancia, pese a su vida desgraciada. Con el dinero solía pasar eso.

—Bonito vestido, entonces —exclamó Assad.

Ella no respondió, pero de todas formas le sirvió primero.

—¿Tiene que ver con el tiroteo que hubo en Blågårdsgade la semana pasada? —preguntó, y se sentó entre ellos mientras empujaba un plato con pastas hacia Carl.

Carl declinó la oferta, y se enderezó en el sillón de orejas.

—No; se trata de que en 1987 desaparecieron varias personas que no han vuelto a aparecer, y esperábamos, Nete... —hizo una pausa—. ¿Puedo llamarla por su nombre?

Ella asintió en silencio. Tal vez con cierta aversión, era difícil saberlo.

—Y esperábamos, Nete, que usted nos ayudara a aclarar esos misterios.

Aparecieron dos arrugas finas verticales en la frente de Nete.

—Claro, si puedo ayudar de alguna manera.

—Tengo aquí un informe de parte de su vida, Nete. Y veo que no ha sido fácil. Ha de saber que quienes investigamos estos casos estamos muy afectados al ver qué intervenciones han debido sufrir usted y otras mujeres como usted.

La mujer arqueó una ceja. ¿Era desagradable para ella? Seguramente, sí.

—Perdone que hurgue en aquella época, pero es que varias de las personas desaparecidas parecen haber tenido vínculos con Sprogø, pero volveré después a eso.

Tomó un sorbo de té, algo amargo para su gusto, pero mejor que el jarabe de Assad.

—Antes de nada, estamos aquí porque investigamos la desaparición de su primo Tage Hermansen en septiembre de 1987.

La mujerladeó la cabeza.

—¿El primo Tage? ¿Ha desaparecido? Llevo sin saber de él desde tiempos inmemoriales, y siento oírlo. No lo sabía.

—Ajá. Esta mañana hemos estado en su pequeño taller de Brenderup, en Fionia, y

hemos encontrado este sobre.

Lo sacó de una carpeta de plástico y se lo mostró.

—Sí, es verdad. Invité a Tage a que me visitara. Ahora entiendo mejor que no respondiera.

—No tendrá por casualidad una copia de la carta, ¿verdad? Una copia de calco, o tal vez una copia impresa.

La mujer sonrió.

—Qué va, seguro que no. Estaba escrita a mano.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Usted estuvo en Sprogø con una enfermera llamada Gitte Charles. ¿La recuerda?

Volvieron a aparecer las arrugas verticales.

—Claro que la recuerdo. No olvido a nadie de allí.

—También Gitte Charles desapareció por esa época.

—Vaya, qué raro.

—Sí, y Rita Nielsen.

La mujer tuvo un ligero sobresalto. Las arrugas desaparecieron, pero los hombros retrocedieron un poco.

—¿Rita? ¿Cuándo?

—Lo último que se sabe de ella es que compró cigarrillos en un quiosco de Nørrebrogade, a doscientos metros de aquí, el 4 de septiembre de 1987 a las diez y diez de la mañana. Además, su Mercedes apareció en Kapelvej. No muy lejos de aquí, ¿verdad?

Ella apretó los labios.

—Pero eso es espantoso. Rita me visitó aquel día. ¿Fue el 4 de septiembre? Sí, recuerdo que era al final del verano, pero no la fecha exacta. Había llegado a una fase en mi vida en que debía enfrentarme a mi pasado. Había perdido a mi marido un par de años antes y estaba estancada. Por eso invité a Rita y a Tage.

—Así que ¿Rita Nielsen la visitó?

—Sí que vino, sí —confirmó.

Señaló la mesa.

—Estuvimos tomando té en estas mismas tazas. Estaría un par de horas. Recuerdo muy bien que fue algo extraño, pero que me alegré de verla. Hicimos las paces, ¿sabe? En la época de Sprogø no siempre fuimos buenas amigas.

—La buscaron con insistencia después de desaparecer. ¿Por qué no se dirigió a las autoridades, Nete?

—Pero eso es espantoso, ¿qué pudo haberle ocurrido?

La mujer miró un rato al vacío. Si no respondía a la pregunta de Carl, era porque pasaba algo.

—¿Que por qué no me dirigí a las autoridades? —dijo después—. Pues porque no pude. Me fui a Mallorca al día siguiente para comprar una casa, lo recuerdo bien, así que pasé medio año sin leer periódicos daneses. Suelo pasar los meses de invierno en Son Vida. Y la única razón de que esté en Dinamarca ahora es que he tenido problemas con una piedra en el riñón, y prefiero que me lo traten aquí.

—Tendrá los papeles de esa casa, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero oigan, me da la sensación de que me están interrogando. Si sospechan algo, será mejor que lo digan.

—No, Nete. Pero debemos aclarar ciertas cuestiones, y una de ellas es por qué no reaccionó cuando se organizó la búsqueda de Rita Nielsen. ¿Podemos ver las escrituras de la casa?

—Menos mal que ya no las guardo en Mallorca —dijo, algo ofendida—. Me las traje el año pasado, cuando robaron en toda la urbanización. Por si acaso.

Sabía el lugar exacto donde estaban. Las puso ante Carl y señaló la fecha de compra.

—Compré la casa el 30 de septiembre de 1987, pero para entonces llevaba tres semanas de sufrimiento y negociaciones. El dueño quería timarme, pero no lo consiguió.

—Pero...

—Sí, ya sé que es mucho después del 4 de septiembre, pero es así. Puede que tenga aún los billetes de avión en alguna parte, no me extrañaría. Para que vean que es verdad que no estaba en Dinamarca. Pero encontrar eso no va a ser tan fácil.

—Me bastaría con un sello en el pasaporte o algún otro tipo de documentación —informó Carl—. Si tiene guardados los viejos pasaportes, tal vez pudiera haber algunos sellos que lo probaran, ¿no?

—Estarán en alguna parte, pero tendrá que volver otro día. Tendría que buscarlos. Carl asintió con la cabeza. Lo más seguro era que dijera la verdad.

—¿Qué relación tenía con Gitte Charles, Nete? ¿Podría describirla?

—¿Por qué quieren saberlo?

—Tiene razón, puede que haya formulado mal la pregunta. La cuestión es que en el caso de Gitte Charles tenemos poca información. Casi nadie de los que la conocieron vive hoy en día, y por eso es difícil hacerse una idea de qué tipo de persona era, y por qué desapareció tal vez. ¿Podría decirnos alguna característica suya?

Era evidente que se le hacía difícil. Tal vez podría formularse su dilema como: ¿por qué ha de hablar bien el encarcelado del carcelero?

—¿La trataba mal, y por eso le cuesta responder? —sugirió Assad.

Nete Hermansen asintió en silencio.

—Sí; no es fácil.

—Porque Sprogø era un lugar desagradable, ¿verdad? Y ella, entonces, era una de las que la tenían encerrada, ¿no? —continuó Assad con la mirada clavada en el plato de las pastas.

La mujer volvió a asentir en silencio.

—De hecho, hace muchos años que no pienso en ella. Tampoco en Sprogø. Lo que hacían allí era demencial. Nos tenían aisladas del mundo y nos cortaron las trompas de Falopio. Nos llamaban retrasadas, no sé por qué. Y aunque Gitte Charles no era la peor, desde luego a mí no me ayudó de ninguna manera a salir de allí.

—¿No ha tenido contacto con ella desde entonces?

—Gracias a Dios, no.

—También hay un tal Philip Nørvig. Lo recuerda, ¿verdad?

Ella hizo un vago gesto afirmativo.

—También desapareció ese día —informó Carl—. Sabemos por su viuda que había recibido una invitación de Copenhague. Dice usted que por aquella época estaba en un período en el que tuvo que enfrentarse a su pasado. Philip Nørvig también era culpable de su desgracia, ¿no, Nete? Culpable de que la denuncia contra Curt Wad no siguiera adelante. Entonces, ¿era una de las personas a quienes debía enfrentarse? Aquella invitación que recibió ¿era suya, Nete?

—Qué va. Solo invité a Rita y a Tage, a nadie más.

Sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Tantos desaparecidos a la vez, y que yo los conociera a todos. ¿Qué puede haber ocurrido?

—Por eso precisamente hemos entrado en acción los del Departamento Q. Nuestra especialidad son los casos antiguos, casos de interés especial. Y que haya tantos casos de desaparición relacionados entre sí no es natural, como usted misma dice.

—Hemos investigado a ese doctor Curt Wad —añadió Assad. Algo antes de lo que había calculado Carl, pero es que él era así. Después continuó—: Su rastro se cruza en diversas ocasiones con el de varias de las personas desaparecidas. Para empezar, con Nørvig.

—¡Curt Wad!

La mujer levantó la cabeza como un gato que ve pájaros al alcance de sus garras.

—Sí, ya sabemos que tal vez fue el comienzo de su desgracia. Hemos visto en los registros de Nørvig que fue él quien logró que fuera desestimada su denuncia contra Wad y a su vez la denunció a usted. Siento tener que volver a mencionarlo, pero si usted puede darnos algún tipo de relación probable entre esas desapariciones y el doctor, le estaremos muy agradecidos.

La mujer asintió con la cabeza.

—Intentaré poner en orden mis ideas.

—El suyo fue casi seguro uno de los primeros de una larga serie de casos en los que Curt Wad manipuló la verdad e impuso su voluntad sin ninguna consideración hacia las injusticias que iba a provocar con ello. Si llegamos a acusar a Curt Wad, es muy posible que debamos llamarla a declarar como testigo. ¿Le parece bien?

—¿Si declararé contra Curt Wad? No, no creo que lo haga. Esa época ha pasado para mí. El peso de la justicia ya caerá sobre él sin mi colaboración. Seguro que el diablo está frotándose las manos en este momento.

—Lo comprendemos, Nete —dijo Assad mientras se disponía a servirse otra taza de té.

Carl lo detuvo con la mano.

—Entonces es posible que vuelva a tener noticias de nosotros, Nete. Gracias por todo —se despidió Carl, comunicando con un movimiento de cabeza a Assad que la sesión había terminado. Si se daban prisa, tendría el tiempo justo de ir a casa a cambiarse de ropa y ver si su nueva llave de los salones de Mona funcionaba como debía.

Assad dio las gracias. Agarró otra pasta al pasar al lado, la elogió, y después levantó el índice en el aire.

—Un momento, Carl. Había otra persona sobre la que teníamos que preguntar.

Se volvió hacia Nete Hermansen.

—Un pescador de Lundeborg desapareció también entonces. Se llamaba Viggo Mogensen. No habrá tropezado con él alguna vez, ¿verdad? Lundeborg no está lejos de Sprogø en barco.

Ella sonrió.

—No, de ese sí que no he oído hablar nunca.

—Pareces muy pensador, Carl. ¿Qué pasa en tu cabeza?

—Pensativo, Assad. No pensador. Bueno, es que hay mucho que pensar, ¿no te parece?

—Ya lo creo. Yo tampoco, o sea, lo comprendo. Aparte de ese Viggo Mogensen, es como si hubiera dos casos en uno: Rita, Gitte, Curt Wad, Nørvig y Nete por un lado. Aquí su primo Tage queda fuera, ya que por lo que sabemos no tuvo nada que ver con Sprogø. Pero por otra parte siguen estando Tage y Nete. Así que es, entonces, la única que ha tenido relación con todos ellos.

—Sí, tal vez, Assad, pero no lo sabemos con seguridad. Puede que también la haya tenido Curt Wad. Tenemos que llegar hasta el fondo de esto. Desde luego, la idea de un suicidio colectivo o una conjunción de inexplicables accidentes simultáneos ya no está en mi agenda.

—¿Cómo ha sido eso? ¿Has dicho agenda y simultáneos?

—Olvídalo, Assad. Continuaremos en otro momento.

Capítulo 29

Sprogø, 1955

HABÍA en el muelle un grupo de mujeres saludando con la mano, como si Nete y Rita fueran amigas largo tiempo esperadas. Todas apiñadas, dando voces, risueñas, como niñas, y Nete no lo entendía.

¿Por qué diablos sonreían? El barco de Nyborg no era ninguna balsa de salvamento. Ningún arca de Noé llegada para recogerlas a todas y llevarlas a lugar seguro. Por lo que había oído, era lo contrario. Aquel barco era una maldición.

Nete miró más allá de la borda y los brazos agitados y elevó la vista hacia el faro que se erguía sobre la colina, y más allá, hacia un grupo de edificios amarillos de tejado rojo con un montón de ventanas que, como si fueran ojos, custodiaban el paisaje y a las pobrecitas que lo poblaban. Una puerta acristalada de dos hojas se abrió entre ellas, y en medio del descansillo de la escalera apareció una figura menuda pero erguida, asida a la barandilla. Era, sin duda, el almirante viendo cómo regresa su flota a la seguridad del puerto; o más bien la reina de Sprogø, cuidando de que todo fuera bien. La que mandaba.

—¿Tenéis cigarrillos? —fue lo primero que les gritaron las chicas. Una de ellas incluso trepó a una de las vigas del malecón con el brazo extendido. Si había suerte, quería estar en primera fila.

Las chicas se apelotonaron en torno a las recién llegadas como una banda de gansos graznando. Los nombres volaban por el aire, y las manos buscaban contacto.

Nete miró inquieta a Rita, que por su parte estaba como pez en el agua. Sí, Rita tenía cigarrillos, y ese era el camino a lo alto de la jerarquía. Sacó los paquetes, los enseñó, y después los volvió a meter en el bolsillo con la misma rapidez. No era extraño que fuera ella quien atrajo la atención.

A Nete le asignaron un cuarto bajo la cubierta inclinada. Una simple claraboya en el techo era su único contacto con el exterior. Hacía un frío húmedo, y el viento se filtraba silencioso por las rendijas del marco de la ventana. Dos camas y la pequeña maleta de su compañera de habitación. Si no fuera por un crucifijo y dos fotos pequeñas de estrellas de cine que no conocía, habría parecido la celda de una cárcel.

El cuarto estaba junto a otras habitaciones, y justo frente a la puerta había unos lavabos de terrazo, donde se aseaban.

Nete había pasado su infancia limpiando establos, pero nadie podía decir de ella que no fuera limpia, porque se pasaba un cepillo de cerdas tiesas por manos y brazos, y el resto del cuerpo lo limpiaba con una esponja.

—Joder, eres la chica más limpia del mundo —solía decir Tage.

Pero la limpieza en aquellos lavabos era una gran confusión, así que era difícil hacerlo bien. Todas las chicas se lavaban a la vez con el torso desnudo, y solo disponían de cinco minutos para hacerlo. Otra vez jabón en escamas, como en Brejning, que dejaba el pelo tan tieso y poco atractivo como un casco de soldado, y además hacía que olieras peor que antes de lavarte.

El resto del día era un repicar de campanillas, horarios fijos y obediencia ciega. De modo que Nete aborrecía todo aquello y se mantenía apartada cuanto podía. Así había sido con su familia de acogida y así era allí también. La ventaja era que de esa manera podía lamentar su destino en paz y tranquilidad, pero por encima de todo pendía una sombra abrumadora: de aquel lugar no iba a poder marcharse sin más. Tal vez un alma amable de entre el personal o una buena amiga podrían haberle hecho la estancia más soportable, pero las mujeres que las cuidaban eran bastas y mandonas, y bastante trabajo tenía Rita con sus cosas. Hacía sus negocios, estafaba y hacía sus trueques, así que poco a poco fue subiendo en la jerarquía, y al final se aposentó como una reina en el trono de aquellas súbditas cortas de luces.

En la cama frente a la de Nete yacía una chica ingenua que estaba siempre parlotando sobre niños pequeños. El Señor le había regalado una muñeca, y si la cuidaba bien también ella tendría un niño pequeño algún día, repetía una y otra vez. Con aquella no se podía hablar de manera razonable, pero muchas de las otras chicas eran bastante listas. Una de ellas quería estudiar, pero el personal se reía de ella. «Eso son lujos», decían, y la mandaban a trabajar.

También Nete trabajaba. Había pedido ir al establo, pero no le dieron esa oportunidad. Mientras Rita pasaba la mayor parte del día en la lavandería, hirviendo ropa y riéndose con las otras chicas, Nete estaba en la cocina picando verdura y fregando cacharros. Cuando se cansaba y empezaba a trabajar más lento y a mirar por la ventana, se convertía en presa fácil. No solo el personal, las otras chicas también se metían con ella. Y cuando una de ellas la amenazó con un cuchillo y la echó al suelo de un empujón, Nete devolvió la provocación arrojándole a la cara una tapa ardiendo y abollando un puchero a patadas. A cuenta de aquello tuvo su primera conversación con la directora.

El despacho y la directora eran como un todo. Era frío y estaba ordenado con método. Estanterías con clasificadores de correspondencia y carpetas a un lado, y archivadores colgantes al otro. En aquellos archivos venían ordenados sus destinos, preparados para sacarlos, sopesarlos y escupirles encima.

—Dicen que causas problemas en la cocina —la riñó la directora con el índice levantado.

—Pues póngame en el establo y no causaré problemas —respondió Nete, siguiendo las manos de la directora en su evolucionar sobre la mesa. Aquellas manos

y dedos eran su ventana al mundo. Rita decía que en ellas se podían leer sus pensamientos, y debía de saberlo bien con la de veces que había estado allí.

Unos ojos fríos la miraron.

—Has de saber una cosa, Nete. Aquí no se trata de daros privilegios que os faciliten la vida. Se trata de que, a pesar de vuestro mal carácter y vuestra cabeza hueca, aprendáis que incluso las cosas de la vida que no son divertidas pueden vivirse con gran provecho. Estáis aquí para aprender a comportaros como personas y no como los animales que habéis sido hasta ahora. ¿Entendido?

Nete sacudió la cabeza en silencio; ella apenas lo notó, pero la directora sí, y de pronto sus dedos se detuvieron.

—Podría tomar eso como una impertinencia, Nete, pero prefiero pensar que solo eres una descerebrada, una simple y una tonta.

Se enderezó en su silla. Su torso era tosco y compacto. Seguro que no habían girado la cabeza muchos hombres para mirarla.

—Voy a ponerte en la sala de labores; es unos meses antes de lo habitual, pero en la cocina no te quieren.

—Sí, señora —dijo Nete mirando al suelo.

Pensaba que era imposible que la sala de labores fuera peor, pero lo era.

El trabajo en sí no estaba mal, pese a que no tenía buena mano para coser dobladillos de sábanas ni para hacer encaje. Lo peor era la cercanía de las otras chicas. Estar en una habitación llena de sus disparates y peleas. En un momento dado eran las mejores amigas, y de pronto se convertían en enemigas mortales.

Nete sabía bien que había muchas cosas de la vida sobre las que no sabía nada. Lugares, historia y cosas corrientes. Pero cuando tenías tantas dificultades como ella con las letras y los números, debías aferrarte a la información que entraba por los oídos, y Nete no había tenido en su vida a mucha gente que hubiera conseguido penetrar en su mente de ese modo.

En suma, que se le había dado bien encerrarse al exterior, pero en la sala de labores no le valía de nada. Y el chismorreó despreocupado con que las chicas llenaban la estancia la estaba volviendo loca. Diez horas todos los días.

—Grethe, guapa, ¿me pasas el ovillo de lana? —podía decir una de ellas, y Grethe responder a gritos—: ¿Qué te has pensado, que soy tu ama de llaves, bestia babosa?

Así que el tono podía cambiar de un momento a otro. Y todas, excepto Nete y la chica que lo sufría, se reían e intercambiaban insultos, hasta que se reconciliaban y volvían a empezar a contar las mismas historias una y otra vez.

No, aparte de la falta de cigarrillos, los cuchicheos sobre los guapos mozos de los barcos, y después las horripilantes historias sobre el cirujano de Korsør, no había mucho de qué hablar.

—Voy a volverme loca en esta puta isla —susurró a Rita en el patio antes del almuerzo.

Rita la miró de arriba abajo, como si fuera un producto de la estantería del tendero, y luego dijo:

—Haré que nos pongan en el mismo cuarto. Ya me encargaré yo de alegrarte el ánimo.

Aquella misma tarde, la compañera de cuarto de Nete tuvo un accidente grave y tuvieron que llevarla al hospital de Korsør. Dijeron que se había acercado demasiado a la caldera de la lavandería, y que todo había sido culpa suya. Que era tonta y torpe, y que siempre estaba pensando en su muñequita.

Los chillidos se oyeron con claridad en la sala de costura y tejido. En suma, que Nete se sentía incómoda.

Cuando Rita se mudó al cuarto de Nete, la risa volvió a su vida por un breve intervalo. Las historias divertidas sonaban aún más divertidas en boca de Rita, y sabía muchas. Pero la compañía de Rita tenía su precio, y ya la primera noche Nete aprendió cuál era.

Protestó, pero Rita era fuerte y la forzó, y cuando tuvo a Nete jadeando de placer esta se resignó a la situación.

—Cierra el pico, Nete. Si se sabe esto, estás acabada, ¿entiendes? —susurró Rita. Y Nete entendió.

Rita no solo tenía fuerza física, sino también mental, mucha más que Nete. Aunque Rita detestaba estar en la isla, siempre existía en su mente un buen futuro esperándola. Sabía con seguridad que iba a lograr escapar, y mientras le daba vueltas a aquello se las arreglaba mejor que nadie para vivir una vida agradable.

Tenía los mejores trabajos, le servían la primera en la mesa, fumaba cigarrillos detrás de la lavandería, poseía a Nete por la noche y era la reina de las chicas el resto del tiempo.

—¿De dónde sacas esos cigarrillos? —preguntaba Nete de vez en cuando. Y nunca obtenía respuesta, hasta aquella noche de primavera en que vio que Rita se levantaba de la cama a hurtadillas, se vestía y abría la puerta con cuidado.

Van a sonar las campanillas de alarma, pensó Nete, porque en todas las puertas había un pequeño pasador que saltaba cuando la abrías, y entonces sonaba la alarma y aparecía el personal, vociferando, unos buenos golpes y una vuelta por los cuartos de reflexionar, como llamaban a las celdas de castigo. Pero la alarma no sonó, porque Rita había metido un pedazo de metal como si fuera una cuña.

Cuando Rita estaba en el pasillo Nete se levantó y miró cómo lo había hecho. No era más que un pedazo de metal doblado que se podía meter en el agujero del pasador mientras abrías la puerta. Facilísimo.

En menos de diez segundos Nete se puso el uniforme y salió tras Rita con sigilo y el corazón palpitante. Bastaba una tabla crujiente del suelo o el chirrido de una puerta para que se desatara el infierno, pero Rita había allanado el camino.

Cuando Nete llegó a la puerta exterior, ya no estaba cerrada con llave. Rita también había encontrado una ganzúa para abrirla.

Vio a distancia que la figura pasaba a toda velocidad junto al gallinero y seguía por los prados. Era casi como si conociera cada piedra y cada charco embarrado del camino en aquella oscuridad.

No cabía duda de que Rita se encaminaba a La Libertad, que era como llamaban las chicas a la casita que estaba en el extremo del cabo oeste. Era donde las chicas más obedientes podían pasar las horas del día en lo que llamaban la semana de vacaciones. En los viejos tiempos la llamaban «casa de los apestados», porque era donde metían a los marineros enfermos en cuarentena; y seguía siendo una casa de apestados, como comprobó Nete aquella noche.

Había varios botes con redes y cajas de pescado arrastrados playa arriba junto a la casa, y en La Libertad se veía luz procedente de dos lámparas de petróleo.

Con sumo cuidado, Nete se deslizó hasta la casa y miró por la ventana, y lo que vio la pilló desprevenida. En un extremo de la pequeña mesa había varios cartones de cigarrillos, y en el otro estaba Rita inclinada hacia delante con las manos en la mesa y el culo al aire de forma que el hombre tras ella podía introducirle el miembro sin estorbo.

Detrás de él había otros dos hombres esperando el turno. Sus rostros rubicundos estaban concentrados en el espectáculo. Eran tres pescadores, y Nete conocía bien al de la derecha.

Era Viggo.

Copenhague, septiembre de 1987

Reconoció al instante la voz de Viggo en el interfono, y se quedó con el corazón palpitando escuchando los pasos que subían por la escalera. Cuando abrió la puerta supo enseguida que iba a ser más difícil que las dos veces anteriores.

La saludó con voz sombría y se deslizó por el pasillo, como si hubiera estado allí antes. Seguía siendo un hombre guapo capaz de despertar sentimientos, como aquella vez en las ferias. La piel tan curtida de entonces se había suavizado, y el pelo, que empezaba a encanecer, parecía suave.

Tan suave que pensó que lo acariciaría después de haberlo matado.

Capítulo 30

Noviembre de 2010

CARL despertó aturdido. No sabía qué día era ni por qué le recordaba la habitación al bazar del parque de Gellerup. ¿Era una mezcla del jarabe de Assad, olor a kebab olvidado y un tufillo de consulta de médico lo que hería su olfato?

Alargó la mano para mirar el reloj de pulsera y vio que eran las nueve y veinticinco.

—¡Joder! —gritó, saltando de la cama. Jesper iba a llegar tarde, y él también—. ¿Por qué no me ha despertado nadie?

Solo necesitó cinco minutos para quitarse como por arte de magia el sudor de la víspera y echarse encima algo de ropa más o menos limpia.

—¡Arriba, Jesper! —gritó, aporreando la puerta una segunda vez—. Vas a llegar tarde, y la culpa es tuya y solo tuya.

Luego se metió en los zapatos y aporreó una vez más la puerta de su hijo postizo antes de bajar la escalera a la planta baja casi sin tocar los peldaños.

—¿Qué te pasa, Carl? ¿Vas a misa? No es hasta las diez —observó con cuidado Morten, que estaba en pijama junto al fuego, con una bata preciosa que le hacía parecer una parodia de sí mismo.

—Buenos días, Carl —lo saludaron de la sala—. Menudo sueñecito que te has pegado.

Un Mika en forma, vestido de blanco de pies a cabeza, le sonreía. Ante él yacía Hardy desnudo en su cama, y en la mesita de ruedas a su lado había dos palanganas humeantes con un líquido que Mika le aplicaba por el cuerpo flácido con una manopla.

—Estamos refrescando a Hardy. Le parecía que olía mal. Así que le estamos dando un baño combinado de alcanfor y menta, para hacer desaparecer el olor. ¿Qué dices, Hardy?

—Digo buenos días —respondió la cabeza desde un extremo del cuerpo largo, pálido y flaco.

Carl arrugó el entrecejo, y en el mismo instante en que Jesper le vociferó desde el primer piso que era el mayor idiota del mundo, el calendario encajó en su cabeza.

Joder, ¿estoy agilipollado, o qué? Pero si es domingo, pensó, llevándose la mano a la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? ¿Vas a abrir un café para camioneros, Morten? —preguntó, refiriéndose al olor.

Cerró los ojos y trató de recordar la desacertada conversación de la noche pasada con Mona.

No, por desgracia Carl no iba a poder ir a su casa, porque ella tenía que ir a visitar a Mathilde, le dijo.

Entonces él le preguntó quién era Mathilde.

En el segundo siguiente podía haberse dado un pescozón por lo idiota de la pregunta.

De hecho, era su hija mayor, le respondió ella con una frialdad que lo hizo dar vueltas en la cama hasta el amanecer. Mierda puta. ¿Le había dicho Mona alguna vez que se llamaba Mathilde? Por otra parte, ¿lo había preguntado él alguna vez? Qué va. El daño estaba hecho.

Oyó que Morten murmuraba algo por detrás, pero no lo entendió.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Hora de desayunar, Carl —respondió Morten—. Comida casera para los hambrientos, entre ellos un par de tíos muy enamorados.

Sus pestañas no pararon quietas al decir «enamorados».

Bueno, parece que ha decidido salir del armario, pensó Carl. Desde luego, ya era hora.

Morten esparció sus creaciones sobre la mesa de la cocina.

—Adelante: un sí es no es de ajo sobre lonchas de salchicha de cordero ahumada y queso de oveja. Zumo de verduras y té de escaramujos con miel.

Santo cielo, pensó Carl. Iba a tener que volver a la cama.

—Vamos a empezar el entrenamiento de Hardy —dijo Mika, que estaba junto a Hardy—. Y el objetivo es que duela, ¿verdad, Hardy?

—Desde luego, sería maravilloso que doliera —respondió este.

—Pero no tenemos demasiadas expectativas, ¿verdad, Hardy?

—No tengo ninguna expectativa. Solo esperanza, joder.

Carl se volvió hacia él y levantó el pulgar en el aire. Qué coño hacía allí compadeciéndose de sí mismo cuando Hardy se tomaba así su situación.

—Tienes que llamar a Vigga, Carl —indicó Morten.

Vaya. Ya estaba otra vez compadeciéndose de sí mismo.

Carl cavilaba inclinado sobre su salchicha matutina, pasando olímpicamente de la expresión avinagrada de Jesper. Lo de Vigga era muy chungo. De hecho, había desistido de pensar más en ello cuando de pronto le llegó la solución, tan lógica, simple y estimulante, que elogió el desayuno de Morten, aunque pocas veces había probado una combinación tan repulsiva.

—Menos mal que has llamado —exclamó Vigga.

Por una vez, parecía algo asustada. Ella, que solía considerar que la situación mundial era algo que se amoldaba a su persona. Pero tampoco era culpa de él que Vigga organizara su nuevo matrimonio antes de haberse divorciado del anterior

consorte.

—Bueno, ¿qué me cuentas, Carl? ¿Has estado en el banco?

—Antes de nada, buenos días, Vigga. Y no, no he estado. Me ha parecido que no había razón para ello.

—Vaya. No irás a decirme que puedes soltar seiscientas cincuenta mil coronas sin pedir un crédito, ¿verdad? ¿Es Hardy quien va a acudir en tu ayuda?

Carl rio. Aquel tono sarcástico pronto iba a perder fuelle.

—Acepto las seiscientas cincuenta mil que exiges, Vigga. No hay ningún problema. La mitad del valor de mercado de la casa es tuya.

—Ahí vaaa, Carl.

Se había quedado pasmada.

Carl rio para sí. Iba a quedarse todavía más pasmada.

—Y después tenemos que hacer cuentas, lo he estado calculando hoy.

—¿Cuentas?

—Pues claro, dulce Vigga. Es posible que en tu cabecita reine aún la época *hippy*, pero en este país ya no vivimos de olor a flores y amor. Estamos en plena década egoísta, recuerda, y se trata de sacar provecho propio a todo.

Disfrutó del silencio al otro lado de la línea. Era increíble que pudiera estar tan callada. Aquello era como dos Nochebuenas seguidas.

—Bien, pues escucha. Primero están los cinco o seis años en que Jesper ha vivido conmigo. Los tres años de instituto han salido caros, como puedes imaginar, aparte de que terminara o no. Y el bachillerato, que es donde está ahora, también cuesta dinero. Pero digamos que compartimos unos gastos de ochenta mil al año, a ningún tribunal va a parecerle demasiado.

—¡Un momento! —lo interrumpió Vigga. Como si la batalla hubiera empezado—. Yo ya he pagado mi parte. Dos mil coronas al mes.

Ahora le tocó a Carl quedarse pasmado.

—¿Qué dices? Espero que tengas algún comprobante, porque yo no he visto ni una corona.

Y vuelta otra vez. Ahora le tocó a Vigga callarse.

—Sí, Vigga —declaró Carl—. Creo que estamos pensando lo mismo. Tu maravilloso hijo ha arramblado con el dinero.

—Puto crío —fue lo único que dijo Vigga.

—Bueno, mira, Vigga. Lo hecho, hecho está. Debemos seguir. De todas formas, vas a casarte con Carcamal en Currystán dentro de poco. Así que yo te pago las seiscientas cincuenta mil y tú me pagas seis multiplicado por las cuarenta mil coronas de los últimos años de Jesper en la escuela, los tres del instituto y los próximos dos en bachillerato. Si no quieres pagar eso último, la alternativa es que me pagues las ciento cincuenta mil y lo llesves a tu casa mientras está en el bachillerato: tú misma.

El silencio fue muy expresivo. Así que Jesper y Carcamal no eran precisamente buenos colegas.

—Y luego están tus propiedades. Veo en internet que la cabaña con huerta, bienes gananciales, está valorada en quinientas mil coronas, de las que me corresponden doscientas cincuenta mil. Así que, en resumidas cuentas, tengo que darte seiscientas cincuenta mil menos doscientas cuarenta mil menos doscientas cincuenta mil, es decir, ciento sesenta mil coronas, y, claro, la mitad de los muebles. Puedes venir a escoger los que quieres.

Miró los muebles de alrededor. Estuvo a punto de reír en voz alta.

—No puede ser —objetó Vigga.

—Puedo enviarte una calculadora de bolsillo a Islev si tu Carcamal no sabe calcular cifras tan altas —replicó—. A cambio no tendrás que pagar las dos mil mensuales a Jesper, creo que ya ha cobrado bastante. Y me encargaré de que termine el bachillerato.

Se produjo un silencio tan largo que la empresa de telefonía debía de estar frotándose las manos.

—No quiero —dijo Vigga.

Carl movió la cabeza arriba y abajo. Pues claro que no.

—¿Te acuerdas de la simpática abogada de la Calle Mayor de Lyngby que arregló la compra del piso?

Vigga dio un gruñido.

—Entretanto se ha hecho procuradora del Tribunal Supremo. Envíale a ella tus quejas. Y recuerda, Vigga: Jesper no es carne de mi carne. Así que si hay algún lío, te lo envió enterito. Y el precio es el mismo.

La compañía telefónica volvió a sacar tajada. Vigga había tapado el receptor; al menos, las voces que oía sonaban más apagadas de lo normal.

—Bien, Carl. Gurkamal dice que de acuerdo, así que yo también.

Bendito y querido sij. Ojalá creciera su barba como si le hubieran dado Gesal.

—Pero aclaremos una cosa —dijo después con cierta aspereza en la voz—. Se trata del antiguo acuerdo sobre mi madre. Acordamos que la visitarías por lo menos una vez por semana, y no lo has hecho. Esta vez lo quiero por escrito. Si no la visitas cincuenta y dos veces al año, te va a costar mil por cada visita que te saltes, ¿vale?

Carl se imaginó a su suegra. Otros seniles de la residencia no tenían un futuro del que valiera la pena hablar, pero con Karla Alsing nunca se sabía. Vigga le estaba endilgando un buen marrón.

—Entonces quiero doce semanas de vacaciones —exigió.

—¿Doce semanas? ¿Tienes delirios de grandeza y crees que eres uno de esos gandules diputados electos? Ostras, no hay ninguna persona normal que tenga doce semanas de vacaciones. ¡Te daré cinco!

—Diez —contraatacó Carl.

—Ni hablar, es demasiado. Digamos que siete, y ni un día más.

—Ocho. Si no, tienes a la abogada de Lyngby.

Otro silencio.

—Bueno, pues vale —se oyó después—. Pero por lo menos una hora cada vez, y empiezas hoy. Y por cierto, no quiero la mitad de tus muebles desvencijados. ¿Crees que estoy loca y prefiero tener una radio fea de B&O de 1982 cuando Gurkamal tiene en casa un equipo de vídeo Samsung con seis altavoces? Ya puedes ir olvidándote de eso.

Era fantástico. Casi increíble. Se las había arreglado para poder divorciarse de Vigga por solo ciento sesenta mil coronas. Y además las tenía.

Miró el reloj y le pareció que no sería una hora inadecuada para llamar a Mona, por mucho que hubiera bebido en casa de aquella Mathilde.

Cuando por fin contestó, Mona no sonó muy contenta, que se diga.

—¿Te he despertado? —preguntó Carl.

—No, no me has despertado. Has despertado a Rolf.

¿Quién coño era Rolf? Era como si las depresiones dominicales de todo un año se hubieran reunido en aquel instante. Un bajón incontrolable.

—¿Rolf? —preguntó con mucho cuidado y malos presentimientos—. ¿Quién es?

—No te preocupes, Carl, ya hablaremos de eso en otro momento.

¿Ah, sí?

—¿Por qué llamas? ¿Para decir que no sabes cómo se llama mi hija?

Joder, qué sangre fría. Desde luego, le había dado la llave de amante, pero ¿quién decía que no podía dejar entrar a otros con la suya? ¿A alguien llamado Rolf, por ejemplo? No cabía duda de que aquello estaba erosionando el efecto de la alegre noticia que pensaba darle.

El puñetero se llamaba Rolf, mierda, pensó, tratando de reprimir la imagen de un torso bien entrenado maniobrando en su coto de caza.

—No, no es por eso. Llamaba solo para decirte que Vigga y yo hemos acordado hoy una base sobre la que divorciarnos. Llamaba para decir que pronto volveré a ser un hombre libre.

—No me digas —comentó ella sin entusiasmo—. Qué bien para ti, ¿no?

Fue él quien dio por terminada la conversación, y fue él quien se quedó sentado en el borde de la cama con el móvil colgado de la mano.

—¿Qué haces refunfuñando, Charlie? —quiso saber Jesper desde el pasillo.

Desde luego, era la cosa más idiota que podía ocurrírsele decir a aquel espárrago mustio.

—Tu madre y yo vamos a divorciarnos —respondió.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿No te sugiere nada, Jesper?

—¿Qué coño me importa a mí?

—Enseguida te lo digo, amiguito. Te importa porque las dos mil coronas mensuales que te has ido quedando estos últimos años se han acabado desde este segundo. ¡Por eso te importa!

Y Carl dio una palmada para que el chaval viera con sus propios ojos cómo se cerraba la caja.

Fue curioso que aquel genio de la inventiva no pudiera encontrar un solo juramento con el que responder a la noticia. Eso sí, atravesó la casa dando portazos por el camino.

En su abatimiento, Carl pensó que de perdidos al río, y que bien podía quitarse de encima la visita obligada a la mujer que pronto sería su exsuegra.

Sí que vio que había un hombre de traje azul grisáceo a la puerta de un coche en el aparcamiento. El hombre giró la cabeza cuando Carl pasó a su lado, se parecía al resto de jovencitos que esperaban a que uno de aquellos bloques de cemento dejara salir a sus doncellas para unos revolcones dominicales. Además, a Carl le importaba un pimiento todo y todos, porque había despertado a aquel Rolf, y Mona se había permitido mosquearse por eso. ¿Hasta dónde podía llegar la ruindad?

Condujo los quince kilómetros que lo separaban de la residencia de Bakkegården, en Bagsværd, sin prestar atención al tráfico ni a la calzada resbaladiza. Y cuando una empleada le abrió la puerta de la residencia, apenas se dignó a mirarla.

—Vengo a visitar a Karla Alsing —anunció a otra empleada de la sección de seniles.

—Pues está dormida —fue la respuesta, cosa que le venía de perlas a Carl. Después, aquel ser inflexible continuó—: Últimamente no hay quien la aguante. Fuma en la habitación, aunque sabe de sobra que está prohibido, porque está prohibido en toda la residencia. No sabemos de dónde saca los puritos, pero tal vez sepa *usted* algo de eso.

Carl proclamó su inocencia. Llevaba meses sin aparecer por allí.

—Pues al menos le acabamos de confiscar un paquete de puritos. Es un auténtico problema. Dígale que debe tomar sus pastillas de nicotina cuando tenga ganas de fumar. Eso al menos no hace daño, excepto en la cartera.

—Me acordaré de decírselo —repuso Carl, que no había prestado atención a lo que decía.

—Hola, Karla —saludó a su suegra, aunque sin esperar respuesta. La camarera de dos generaciones en la vida nocturna de Copenhague estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados, ventilando sus muslos flacos en un quimono que Carl había visto

antes, aunque nunca tan entreabierto.

—Oh, querido —respondió, sorprendentemente, abriendo los ojos y parpadeando con coquetería. Ni Bambi podría haberlo hecho mejor.

—Eh... soy Carl. Tu yerno.

—Mi policía guapo, grande y fuerte. ¿Has venido a visitar a esta poquita cosa? ¡Qué encantador!

Carl quería decirle que en adelante la visitaría con más regularidad, pero, como siempre, era difícil colar alguna palabra cuando estaba con la mujer que había enseñado a Vigga a hablar con frases tan largas que era un milagro que no se desvaneciera por falta de aire.

—¿Quieres un purito, Carl? —preguntó, sacando un paquete de Advokat y un encendedor desechable de debajo del cojín sobre el que descansaba.

Lo abrió con un gesto de exagerada profesionalidad y le ofreció uno.

—Aquí no puedes fumar, Karla. ¿De dónde sacas los puritos?

Ella se inclinó sobre él de forma que el quimono ofreció también una visión fugaz de las maravillas de la parte superior de su cuerpo. Era casi demasiado, todo a la vez.

—Le hago favores al jardinero —confesó, dándole un codazo. Luego repitió el codazo—. Ya sabes, personales.

Era difícil elegir entre santiguarse o inclinarse ante la libido de los ancianos.

—Sí, ya sé que debo recordar tomar mis pastillas de nicotina, ya me lo han dicho.

Sacó un paquete y se llevó una pastilla a la boca.

—Al principio me daban chicles de nicotina, pero no funcionaban. Se me quedaba pegada la dentadura postiza y se soltaba, así que ahora me dan pastillas.

Sacó un purito del paquete y lo encendió.

—Y ¿sabes qué? Sabe muy bien masticarlas y fumar al mismo tiempo.

Capítulo 31

Septiembre de 1987

—NO, gracias, no me gusta el té —dijo Viggo cuando Nete se disponía a servirle en el aparador.

Se volvió hacia él, asustada. Y ahora ¿qué?

—Pero una taza de café no me vendría nada mal. Un viaje así de un par de horas te deja algo embotado, y un café entra bien.

Nete miró la hora. Diablos, era la segunda vez que se manifestaba la preferencia por el café. ¿Cómo era posible que no lo hubiera previsto? Solo pensó que todos tomaban té en aquella época, estando tan de moda. Té de escaramujo, té de hierbas, té de menta, la gente se metía entre pecho y espalda todo tipo de tés, y estaba muy bien, porque el té era perfecto para mezclar con el beleño. Pero el café también lo sería. ¿Por qué diablos no había comprado nescafé en el supermercado al hacer la compra?

Se llevó la mano a la boca para que él no oyera su respiración, agitada de pronto. ¿Qué iba a hacer ahora? No había tiempo para ir corriendo hasta Nørrebrogade a comprar café, poner agua a hervir, hacer café y verter en la taza las gotas de beleño.

—Y con algo de leche —se oyó desde la silla—. Mi estómago ya no es lo que era. Y soltó la risotada que en otros tiempos hacía que Nete se sintiera confiada.

—Un momento —se disculpó Nete, fue a la cocina y puso agua a hervir.

Después abrió rápido la puerta de la despensa y comprobó que era verdad, *no* había café de ningún tipo; observó la caja de herramientas, abrió la tapa y observó el martillo.

Si lo empleaba, tendría que pegar fuerte, y entonces brotaría sangre, tal vez incluso mucha; y no podía ser.

Por eso agarró resuelta el monedero de la mesa de la cocina y se dirigió a la puerta de entrada, la abrió y caminó los escasos pasos hasta la puerta de su vecina.

Tocó el timbre, frenética, contando los segundos, mientras el pequeño perro tibetano gruñía tras la puerta. Claro que también podía envolver la cabeza del martillo con un trapo y darle en la nuca. Por lo menos lo dejaría inconsciente, y después podría verter en su boca el extracto de beleño sin diluir.

Nete asintió en silencio para sí. No le gustaba la idea, pero era lo que debía hacer. Cuando giraba para volver a su piso y terminar de una vez, la puerta a sus espaldas se abrió.

Nunca se había fijado en aquella vecina, pero ahora que estaban frente a frente reconoció los labios cansados de la vida y los ojos escépticos tras unas gafas gruesas, muy gruesas.

Tardó un rato en darse cuenta de que la vecina no sabía quién era ella. Muy

comprensible, dado que solo se habían saludado un par de veces en la escalera, y además la señora era corta de vista.

—Ah, perdone, soy su vecina, Nete Hermansen —dijo Nete mirando al perro, que gruñía junto a los pies de la vecina—. Se me ha acabado el café, y como mi invitado solo se queda un rato, pensaba que tal vez...

—Mi vecina se llama Nete Rosen —dijo la señora, desconfiada—. Lo pone en la puerta.

Nete aspiró hondo.

—Sí, lo siento. Es que Hermansen es mi apellido de soltera, y ahora me llamo así. Es lo que pone ahora en la puerta.

Mientras la vecina se inclinaba un momento para inspeccionar la prueba de la puerta, Nete arqueó las cejas para tener el aspecto sincero y respetable de una buena vecina. Pero en su interior la desesperación gritaba hasta desgañitarse.

—Se lo pagaré, claro —aseguró, mientras refrenaba su respiración y sacaba del bolso un billete de veinte coronas.

—Lo siento. No tengo café —dijo la vecina.

Nete trató de sonreír, dijo gracias y dio la vuelta. Tendría que ser con el martillo.

—Pero tengo un poco de nescafé —oyó a su espalda.

—¡Enseguida voy! —gritó desde la cocina mientras vertía algo de leche en una jarrita.

—Tienes una casa muy bonita, Nete —se oyó la voz de Viggo desde la puerta entreabierta de la cocina.

Casi se le cayó la taza de café cuando él alargó la mano para llevársela a los labios. No estaba programado que lo tomase ahora. Antes tenía que añadirle el beleño.

Asió la taza y siguió adelante.

—No, déjame a mí. Venga, siéntate —dijo—. Tenemos que hablar de muchas cosas antes de que llegue el abogado.

Oyó por detrás su caminar lento, que se detuvo en seco junto a la puerta de la sala.

Nete miró hacia él, y se sobresaltó cuando Viggo se agachó hasta la bisagra inferior de la puerta y tiró de algo que colgaba. Ella se había dado cuenta enseguida de qué era. Un pedazo de tela. De color azul marino brillante. Así que era allí donde se desgarró la chaqueta de Tage.

—¿Qué es esto? —preguntó Viggo sonriendo, mientras se lo enseñaba.

Nete sacudió un poco la cabeza y depositó la jarrita de la leche junto al frasco de extracto de beleño. En dos segundos podría añadirlo al café, y la leche vendría después.

—¿Quieres azúcar? —preguntó, dándole la espalda con la taza preparada en la mano.

Él estaba a solo un paso.

—¿Es tuyo?

Nete avanzó un paso hacia él mientras hacía como que trataba de recordar qué podía ser.

Después echó una carcajada.

—¡Por Dios, qué va! ¿Quién puede imaginarse que vista algo así?

Viggo frunció el entrecejo, y a Nete no le gustó nada.

Luego avanzó hacia la luz de la ventana y volvió a examinar la tela. Demasiado tiempo y con demasiado detalle.

Entonces la taza de café empezó a tintinear en la mano de Nete.

Viggo se volvió hacia ella para identificar el origen del tintineo.

—Pareces nerviosa, Nete —dijo, mirando a su mano—. ¿Pasa algo?

—No, hombre, ¡qué va a pasar!

Nete depositó la taza sobre la mesa baja junto a la butaca.

—Siéntate, Viggo, tenemos que hablar de la razón por la que te he pedido que vinieras, y por desgracia no tenemos mucho tiempo. Toma el café mientras te cuento qué voy a hacer.

¿Es que no iba a dejar de cavilar sobre la maldita tela?

Él la miró.

—Pareces estar algo indispuesta, Nete. ¿Lo estás? —preguntó con la cabeza ladeada, mientras Nete le indicaba por señas que se sentara.

¿Era tan evidente? Tendría que ocuparse de cuidar mejor sus reacciones.

—Pues sí, lo siento —replicó—. Pero es que estoy enferma, ya sabes.

—Lo siento —se disculpó él sin pizca de simpatía, y le enseñó la tela.

—Mira esto. ¿No parece de un bolsillo de pecho? ¿Cómo diablos puede un pedazo de bolsillo de pecho quedarse colgando de la bisagra más baja de una puerta?

Nete la agarró y la miró más de cerca. ¿Qué podía decir?

—Creo que ya sé lo que es —aventuró Viggo—, y me parece raro.

Nete dirigió la mirada hacia él con un movimiento demasiado rápido. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que sabe?, pensó.

Viggo frunció el ceño.

—¿Te has asustado un poco, Nete? Es lo que me ha parecido.

Sopesó la tela en la mano sin apartar su mirada de la de ella, y las arrugas de su frente se acentuaron.

—He venido media hora antes, Nete, y me he quedado a la sombra de los árboles fumando un par de pitillos mientras esperaba. Y ¿sabes qué ha pasado?

Nete sacudió poco a poco la cabeza, pero no logró que el entrecejo de Viggo se

relajara.

—He visto llegar a un hombre muy gordo vestido con el traje más horrible que he visto en mi vida, y mira que he visto trajes feos. Y el traje estaba hecho de una tela idéntica a esta. Es una tela bastante especial, ¿no te parece? Pues el hombre ha llamado por el interfono de este portal. Un hombre vestido con esta misma tela — dijo, volviendo a enseñársela—. ¿No te parece una extraña coincidencia?

Asintió con la cabeza como queriendo reforzar su pregunta. Luego la expresión de su rostro cambió. Ya entonces Nete se dio cuenta de que la próxima pregunta podía resultar fatal.

—Teníamos que venir a la hora en punto, y decías que era porque tenías otras citas. Yo lo interpreté como que esperabas a otras personas. Por eso te pregunto ahora: ¿podría ser el hombre del traje horrible tal vez una de aquellas? Y en ese caso, ¿por qué no lo he visto salir? No está aquí, ¿no?

Estaba claro que el menor temblor o respiración agitada por su parte le daría la respuesta a Viggo, de modo que Nete se limitó a sonreírle, se levantó con movimientos controlados, entró en la cocina, abrió la despensa, se agachó hacia la caja de herramientas y sacó el martillo.

No llegó a envolverlo con el trapo, y ya lo tenía detrás repitiendo la pregunta.

Fue la señal para que Nete, con un movimiento continuo, girase y lo golpease con el martillo en medio de la sien, que emitió un crujido.

Viggo cayó redondo, como un trapo. Tampoco había mucha sangre. Tras comprobar que aún respiraba, fue a la mesa baja a por el café.

Viggo tosió un poco cuando ella le abrió la boca y vertió el líquido caliente. Pero no tosió mucho tiempo.

Nete se quedó un rato contemplándolo. Si Viggo no hubiera existido, todo habría sido diferente.

Pero había dejado de existir.

La vergüenza y el asco por lo que vio aquella noche en La Libertad la abrumaban tanto que no pudo ocultarlo por mucho tiempo.

Rita le preguntó un par de veces qué le pasaba, pero Nete se cerraba en banda. Solo en la oscuridad debajo del edredón, cuando Nete acababa de dormirse, había contacto entre ellas. Aquel tipo de contacto que Rita exigía a cambio de su amistad.

Como si Nete siguiera deseando aquella amistad.

Fue una simple mirada durante la matanza lo que la delató.

Varias de las que trabajaban en la granja, vestidas con buzos, acababan de arrastrar a uno de los cerdos desde los prados hasta el patio de la granja, donde esperaba el matarife, y Rita se puso frente a la lavandería para participar en el entretenimiento. Nete había salido de la sala de labores a tomar aire fresco un rato

cuando Rita advirtió su presencia y giró la cabeza hacia ella; sus miradas se encontraron por encima del animal berreante.

El ambiente de la sala de costura sacaba de quicio a Nete. Era uno de aquellos días en que el llanto obstruía su garganta y el anhelo por una vida diferente hacía brotar amargura en su interior. Por eso, la mirada que dirigió a Rita fue impulsiva. Y la mirada que le devolvió Rita estaba llena de desconfianza, alerta.

—¡Di ahora mismo qué te pasa! —le gritó Rita aquella noche en el cuarto.

—Follas a cambio de cigarrillos, lo he visto. Y ya sé para qué usas esto —declaró, metiendo la mano bajo el colchón de Rita y sacando el chisme de metal con el que bloqueaba el dispositivo del marco de la puerta.

Si Rita podía asustarse alguna vez, fue entonces.

—Si te vas de la lengua va a ser peor para ti.

La señaló con el índice.

—Como se te ocurra traicionarme o dejarme en la estacada, vas a arrepentirte el resto de tu vida, ¿entendido? —bramó, con los ojos relampagueando.

Y así quedó la cosa.

Más tarde Rita cumplió su amenaza, con consecuencias enormes para ambas. Había transcurrido más de un cuarto de siglo antes de que Nete lograra vengarse y Rita y Viggo estuvieran muertos en el cuarto hermético.

Amarrados a sus sillas y sin la mirada brillante de antaño.

Capítulo 32

Noviembre de 2010

DESDE que aquellos dos policías se habían puesto en contacto con Herbert Sønderskov, Mie Nørvig y Louis Petterson, todo parecía haberse torcido. La red de seguridad tejida con esmero durante tantos años estaba a punto de deshacerse mucho más rápido de lo que Curt Wad había creído posible.

Curt siempre había sabido que sus actividades exigían cuidado y discreción, y por eso había tenido la convicción absoluta de que en cuanto apareciera una amenaza no les costaría mucho a él y a su gente detenerla antes de que se materializara. Lo que no había imaginado era que fuera a sentir en su nuca el aliento de un pasado remoto.

Pero ¿qué era lo que investigaban los dos policías? Herbert Sønderskov dijo que tenía que ver con una desaparición. Por qué diablos no habría interrogado a fondo a Herbert mientras tuvo la oportunidad. ¿Sería un síntoma de senilidad? Esperaba que no.

Y ahora él y Mie se habían esfumado. Herbert no había enviado una sola foto de dónde se encontraba, tal como le había ordenado Curt, y eso solo podía significar una cosa.

En realidad, debía haberlo sabido. Aquel ridículo subordinado de Herbert no tendría valor para hacer lo necesario cuando llegara la hora.

Hizo una pequeña parada en su cadena de pensamientos, y después sacudió la cabeza. Una vez más había dejado que las ideas fluyeran por sí mismas. Antes no solía ser así. Tenía que andar con cuidado. Porque ¿quién decía que Herbert no tendría valor para matar a Mie? Y es que había muchas otras maneras de quitarse el problema de encima aparte de la que él había ordenado. Tal vez, pasados unos años, se encontrarán los cadáveres putrefactos de Herbert y Mie agarrados de la mano en una cuneta. ¿No era acaso el suicidio la mejor solución en el caso de Herbert y Mie? La idea no le era ajena al propio Curt, para nada, si es que aquel caos empezaba a girar en torno a su persona. En ese caso, conocía magníficos modos de abandonar este mundo sin dolor.

¿Qué más daba? Él estaba viejo, y Beate, enferma. Sus hijos eran libres y estaban bien posicionados. Entonces ¿no se trataba sobre todo de Ideas Claras? ¿De poner coto a la fornicación incontrolada y al embrutecimiento que amenazaban a la sociedad danesa? ¿No era acaso el partido la obra de su vida? Eso, y luego La Lucha Secreta.

No, debía defender esos valores en el poco tiempo que le quedaba. Porque ver desmoronarse la obra de su vida le hacía sentirse casi como si no hubiera existido. Como abandonar el mundo sin haber tenido descendencia o sin haber dejado una

huella. Entonces todas las ideas de aquellos años no habrían valido para nada. Todos los riesgos y honradas ambiciones habrían sido en vano. No podía soportar la idea, y aquello lo disponía para el combate. No escatimaría medios para evitar que aquellas investigaciones de la Policía obstaculizaran el camino de Ideas Claras al Parlamento. Ninguno.

Por eso tomó sus precauciones y puso en marcha la cadena de *sms* que ordenaba a los miembros de La Lucha Secreta que llevaran a cabo lo decidido en la asamblea general: ¡había que quemar todo! Expedientes, instrucciones y correspondencia. ¡Todo! La documentación de cincuenta años de trabajo debía arder aquel mismo día.

No temía por sus propios archivos. Estaban seguros en el búnker oculto en el anexo. Cuando él muriera, había instrucciones para Mikael en las que se explicaba qué debía hacer con ellos. Ya se había encargado de eso.

Menos mal que he ordenado la quema, pensó algo después aquel sábado por la tarde cuando sonó el teléfono fijo.

Era Caspersen.

—He hablado con nuestro contacto en la comisaría del centro. Tengo información sobre los dos agentes que visitaron a Nørvig, pero no es muy alentadora.

Le contó que el subcomisario Carl Mørck y su ayudante Hafez el-Assad tenían relación con el denominado Departamento Q de la Jefatura de Policía. Al parecer, el segundo no estaba formado en la Policía, pero en cambio poseía una intuición increíble, de la que se había empezado a hablar en las comisarías del Gran Copenhague.

Curt sacudió la cabeza. ¡Un árabe! Cómo aborrecía la idea de que un hombre de color fuera a husmear en sus asuntos. ¡Lo que faltaba!

—En suma, que el Departamento Q de Carl Mørck, con esa fea denominación de «Departamento para casos de interés especial», puede ser una amenaza bastante seria, según nuestro contacto de la comisaría del centro. Porque aunque nuestro contacto no quiera reconocerlo, de hecho son más eficaces en su trabajo que la mayoría de los demás departamentos. Lo bueno es que trabajan bastante a su aire, así que lo más seguro es que el resto de departamentos no sepan qué están haciendo ahora.

Había muchas cosas en aquellas consideraciones que pusieron a Curt Wad sumamente alerta y pensativo. Sobre todo el hecho de que la especialidad del Departamento Q parecía ser hurgar en trapos sucios del pasado.

Caspersen contó que había preguntado si los dos hombres tenían algún punto flaco, y que el hombre de la comisaría del centro le dijo que Carl Mørck estaba involucrado en algo feo de lo que debía responder, y que en el peor de los casos le costaría una suspensión, pero que, por lo que él sabía, el caso estaba en manos competentes de Jefatura, y que por eso no sería fácil de manipular. Y que, en caso de que se pudiera, haría falta por lo menos una semana para llevar a efecto la

suspensión, y no disponían de tanto tiempo. Tal vez pudieran encontrar algo en las condiciones de contratación de Hafez elAssad para pillarlo, pero también para eso haría falta tiempo. Y estaba claro que no lo tenían.

Por desgracia, tenía razón. Si había que hacer algo, debía ser ahora.

—Pide al contacto de la comisaría del centro que me envíe por correo electrónico un par de fotos de los dos polis, Caspersen —concluyó Curt.

Acababa de abrir el correo y estaba examinando los rostros de los dos policías. Dos hombres de sonrisa irónica, como si el fotógrafo hubiera contado un chiste, pero podría ser también pura arrogancia. Eran muy diferentes, como el día y la noche. De edad algo indefinida, Carl Mørck parecía unos años más viejo que su ayudante, pero a él le costaba calcular la edad de los árabes.

—Dos idiotas como vosotros no van a poder detenernos —exclamó, plantando la palma de la mano en la pantalla, justo en el momento en que sonaba su móvil seguro.

Era su chofer.

—Mikael, ¿has conseguido los archivadores de Nørvig?

—Me temo que debo decir que no, señor Wad.

Curt frunció el entrecejo.

—¿Cómo es eso?

—Es que dos hombres en un Peugeot 607 azul oscuro se me han adelantado. No me extrañaría nada que fueran de la Policía. Los reconoces por experiencia.

Curt sacudió la cabeza. No, no podía ser verdad, no debía serlo.

—¿Eran un árabe y un blanco? —preguntó, pero ya sabía la respuesta.

—Debo responder que sí.

—Descríbemelos.

Miró los rasgos de la pantalla según los describía Mikael. Tenía una mirada despierta aquel Mikael. Y era una catástrofe, porque todo encajaba.

—¿Cuánto se han llevado?

—Pues no lo sé. Pero al menos los cuatro archivadores que usted me dijo estaban vacíos.

Era duro tener que escuchar tan malas noticias.

—Vale, Mikael. Ya nos las arreglaremos para recuperarlos. Y si no lo conseguimos habrá que quitar de en medio a esos dos, ¿entendido?

—Sí; avisaré a unos amigos para que estén preparados.

—Bien. Averigua dónde viven los dos polis y haz que los vigilen día y noche, nos ocuparemos de ellos cuando se presente la ocasión. Llamadme para que os dé la conformidad cuando llegue la hora, ¿de acuerdo?

Caspersen apareció un par de horas más tarde en casa de Curt, quien nunca lo había visto tan preocupado. Aquel abogado sin escrúpulos que no pestañeaba ni un milisegundo si tenía que cobrar sus últimas cincuenta coronas a una pobre madre soltera con cinco hijos para entregárselas a su exmarido sospechoso de maltratarla.

—Me temo que, mientras Mie Nørvig y Herbert Sønderskov no estén presentes para poner una denuncia, va a ser difícil avanzar en la recuperación del material de archivo robado, Curt. Mikael no sacaría fotos del delito, ¿verdad?

—No, ha llegado demasiado tarde. Si no ya las habría entregado, ¿no crees?

—Y la vecina ¿no ha dado ninguna información?

—No, solo dice que eran dos agentes de Copenhague. Pero podrá reconocerlos, si llega el caso. Desde luego, no es que pasen desapercibidos.

—No, cierto. Pero antes de que consigamos su restitución, el material estará en lo más profundo de la Jefatura de Policía, no te quepa duda. Y es que no tenemos pruebas de que fueran ellos los ladrones.

—¿Huellas dactilares?

—No, de eso nada. Los dos habían estado la víspera en casa de Nørvig para hacerles unas preguntas. Por desgracia, no ha llegado aún el día en que podamos saber con exactitud la antigüedad de una huella dactilar.

—Pues entonces habrá que recurrir a medidas más drásticas de lo que sería deseable. Ya he puesto el proceso en marcha. Solo falta que dé la señal.

—¿Me estás hablando de matar, Curt? Porque entonces me temo que no quiero seguir participando en esta conversación.

—Tranquilo, Caspersen, que no voy a mezclarlo en eso. Pero debes darte cuenta de que en el futuro puede haber violencia, y eres tú quien va a asumir el mando.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo he dicho. Si esto termina como puede imaginarse, tienes un partido político y una herencia que administrar, ¿entendido? Todo va a suceder sin dejar huellas; y cuando digo sin dejar huellas me refiero a que no van a poder llamarme a ningún estrado de testigo si es que se llega a tanto. *Alea jacta est*.

—Dios me libre, Curt. Primero debemos intentar conseguir los expedientes, ¿vale? —replicó Caspersen. Seguía la regla de oro del abogado. Lo que no se discutía en detalle era como si no se hubiera dicho—. Me pondré en contacto con nuestro hombre en la comisaría del centro. Debemos suponer que los historiales están en este momento en la Jefatura de Policía. Según mis informaciones, el Departamento Q está en el sótano, y allí no hay nadie por la noche, así que debería ser bastante sencillo para un hombre de la comisaría del centro acceder a los archivos de Nørvig.

Curt lo miró con alivio. Si lo conseguían, estarían más o menos a salvo.

No pudo mantener aquel estado de ánimo mucho tiempo, porque al rato lo llamó

Wilfrid Lønberg para decirle con voz alterada que aquellos dos policías también se habían presentado en su casa.

Curt pulsó el botón del altavoz para que Caspersen pudiera oír. También él se jugaba mucho.

—Se han presentado de pronto, sin previo aviso. Yo estaba quemando documentos. Menos mal que he sido rápido de reflejos y los he rociado de gasolina, si no estábamos perdidos. Ten cuidado con esos dos, Curt. Para cuando te des cuenta los vas a tener en tu casa o en la de algunos de primera línea. Debes enviar otro aviso a la gente.

—¿Por qué han ido?

—No lo sé. Creo que solo querían hacerse una idea de mí. Y, desde luego, se la han hecho. Ahora *saben* que hay gato encerrado.

—Voy a enviar otra serie de *sms* —dijo Caspersen, haciéndose a un lado.

—Son muy meticulosos, Curt. Creo que van sobre todo detrás de ti, pero créeme —continuó Lønberg—, saben más de lo conveniente. No han dicho nada concreto, aparte de nombrar Benefice y a una tal Nete Hermansen. ¿Te dice algo el nombre? Iban a ir a Nørrebro a hablar con ella. Se supone que van camino de allí.

Curt se restregó la frente. El aire parecía de pronto demasiado seco.

—Sí, ya sé quién es Nete Hermansen, y me extraña que aún esté viva, pero supongo que eso podrá arreglarse. Veamos cómo se desarrollan los acontecimientos las próximas veinticuatro horas. En cuanto a lo primero que has dicho, creo que tienes razón. Deben de andar detrás de mí. No sé por qué, pero tampoco me hace falta saberlo.

—¿A qué te refieres? Claro que debes saberlo.

—Solo quiero decir que para cuando nos demos cuenta todo habrá pasado. Cuidad vosotros de Ideas Claras, que yo cuidaré del resto.

Después de irse Caspersen, abrumado por los acontecimientos de los últimos días, Curt llamó a Mikael y le dijo que si se daban prisa tal vez pudieran encontrar a los dos policías en Peblinge Dossering. A partir de allí podrían vigilar sus pasos.

Hora y media más tarde Mikael llamó para comunicar que por desgracia no habían llegado a tiempo, pero que ya había un hombre vigilando en el aparcamiento frente a la vivienda de Carl Mørck, y que este había vuelto a casa. De Hafez el-Assad, por el contrario, ni rastro. Al menos en la dirección que había dado en el registro civil, en Heimdalsgade, no vivía nadie.

El domingo por la mañana temprano Curt llamó al médico de guardia. Los profundos suspiros y la respiración irregular de Beate en la cama junto a él habían empeorado durante las últimas horas.

—Pues sí, señor Wad —dijo el médico, a quien conocía por ser un buen doctor en

Hvidovre—. Tal como ha comprobado en su calidad de médico y me ha contado por teléfono, también yo me temo, por desgracia, que a su mujer le queda muy poco tiempo de vida. Su corazón está desgastado, así que es cuestión de días, tal vez horas. ¿Está seguro de que no quiere que envíe una ambulancia?

Curt se alzó de hombros.

—¿De qué serviría? —se resignó—. No, gracias, quiero estar con ella hasta el final.

Cuando se quedaron solos se tumbó en la cama junto a ella y buscó a tientas su mano. Aquella manita que tantas veces había acariciado su mejilla. Aquella mano tan querida.

Miró más allá del balcón al amanecer, y por un instante deseó tener un Dios. En ese caso habría recitado una oración por su amada y por el tiempo que les quedaba a ambos. Tres días antes estaba preparado para lo inevitable y para poder seguir viviendo. Pero ya no lo estaba.

Observó el vaso con los somníferos. Potentes, pequeños y fáciles de tragar. No serían más de veinte segundos. Sonrió un momento para sí. Y un minuto más para ir en busca de un vaso de agua, claro.

—¿Crees que sería mejor que las tomara ahora, cariño? —susurró, apretándole la mano. Si solo hubiera podido responder. Qué soledad más grande.

Le acarició con suavidad el pelo ralo. Cuántas veces lo había admirado cuando ella lo cepillaba delante del espejo y la luz lo hacía brillar. Qué rápido había desaparecido la vida.

—Oh, Beate. Te he querido de todo corazón. Fuiste y eres la luz de mi vida. Si pudiera repetir mi vida contigo, lo haría. Cada segundo. Ojalá pudieras despertar un instante para poder decírtelo, dulce y querida amiga.

Después se volvió hacia ella y se acercó en silencio al cuerpo marchito que apenas respiraba, el cuerpo más fascinante que había visto en su vida.

Casi eran las doce cuando despertó. Una serie de timbrazos repicaban en su cabeza.

Se incorporó un poco y comprobó sin alivio que el pecho de Beate seguía moviéndose. ¿No podía morir sin más, sin obligarlo a verlo?

Sacudió la cabeza ante aquella idea.

Debes recuperar el ánimo, Curt, se dijo. Pasara lo que pasase, Beate no debía morir sola, no debía ocurrir.

Miró por la ventana del balcón. Fuera hacía un tiempo gris de noviembre, con un viento que hacía susurrar las ramas desnudas de los ciruelos mirabel.

No es un buen día, pensó, y alargó la mano en busca de sus teléfonos móviles. ¿Qué lo había despertado?

No había ningún mensaje en los móviles; pero luego accionó la pantalla del teléfono fijo y vio un número que no reconoció.

Activó la función de rellamada, y tras unos segundos lo embargó la sensación de que no debía haberlo hecho.

—Søren Brandt —dijo una voz que no tenía ganas de oír.

—No tenemos nada de qué hablar —respondió, breve.

—Pues yo creo que sí. Quería preguntarle si había leído mi blog sobre el suicidio de Hans Christian Dyrmand.

El tipo del otro lado de la línea se quedó escuchando, para ver si su pregunta tendría respuesta, pero no la consiguió.

Maldito cabrón y maldito internet.

—He hablado con la viuda de Dyrmand —continuó el periodista cabrón—. No encuentra explicación para lo que ha hecho su marido. ¿Tiene algo que comentar sobre eso?

—Nada de nada. Apenas lo conocía. Y escuche, estoy de duelo. Mi mujer está en su lecho de muerte. Así que tenga la decencia de dejarme en paz, y ya hablaremos otro día.

—Lo siento. Por otra parte, me ha llegado información en el sentido de que la Policía lo está investigando en relación con un caso de desaparición. Pero tengo la impresión de que tampoco va a querer comentar nada sobre eso; ¿me equivoco?

—¿Qué caso de desaparición?

No tenía ni idea de qué se trataba, y era la segunda vez que lo oía.

—Bueno, eso es un asunto entre usted y la Policía. Pero entiendo que tienen muchas ganas de intercambiar información conmigo sobre las actividades claramente criminales de La Lucha Secreta. Así que mi última pregunta es si usted y Wilfrid Lønberg tienen la intención de incluir en el programa de Ideas Claras actividades de ese tipo, tales como abortos forzados.

—Por favor, no me venga con calumnias. Ya arreglaré mi asunto con la Policía, esté seguro. Y si hace público algo sin documentarlo va a salirle caro, se lo prometo.

—De acuerdo. Bueno, documentación no falta, así que gracias por sus comentarios. Ahora podré escribir algo sin intermediarios.

Y colgó. Fue *él* quien colgó. Curt estaba furioso.

¿De qué documentación podía estar hablando? ¿La noticia del robo de los archivos de Nørvig se había extendido tanto? Eso iba a ser el fin de aquel mierda de Brandt.

Agarró el móvil seguro y tecleó el número de Caspersen.

—¿Qué novedades hay de la visita nocturna a Jefatura, Caspersen?

—Me temo que no hay buenas noticias. Nuestro hombre entró sin problemas, pero cuando bajó al sótano lo descubrió ese Hafez el-Assad. Por lo visto duerme allí.

—¡Mierda! ¿Crees que vigila los ficheros?

—Me temo que sí.

—¿Por qué no me has llamado para decírmelo, Caspersen?

—Te he llamado, Curt. Varias veces esta mañana. No al teléfono desde el que hablas ahora. Al otro móvil.

—Estos días no uso el iPhone. Por motivos de seguridad.

—Pero también te he llamado al fijo.

Curt alargó la mano y activó la pantalla. Era verdad. Antes de hablar con Søren Brandt se habían registrado varias llamadas perdidas. Caspersen lo había llamado por lo menos cada veinte minutos desde las ocho de la mañana.

¿Había dormido tan tranquilo junto a Beate? ¿Sería la última vez que lo hacía?

Interrumpió la conversación y miró a Beate, mientras decidía qué hacer.

Los tres debían desaparecer. El árabe, Carl Mørck y Søren Brandt. Ya se encargaría en otro momento de Nete Hermansen. Su amenaza no era del calibre de la de los demás.

Tecleó el número de Mikael en su móvil seguro.

—¿Podemos localizar a Søren Brandt?

—No debería ser difícil. En este momento está en una casa de veraneo, en Høve, en la Nacional 5.

—¿Cómo sabemos eso?

—Lo sabemos porque no le hemos quitado el ojo de encima desde que interrumpió la asamblea general.

Curt sonrió. Por primera vez aquel día.

—Bien, Mikael, muy bien. ¿Y qué hay de Carl Mørck? ¿Sabéis también dónde para?

—Lo sabemos. En este momento está cruzando el aparcamiento de su casa. Nuestro hombre lo vigila, y sabe como nadie cómo hacerlo. Exmiembro de la Comisaría Central de Información. Pero sigo sin saber dónde está el árabe.

—Eso te lo puedo decir yo. Está en el sótano de Jefatura. Así que aposta a un hombre en la terminal de Correos, junto a Jefatura, para que pueda vigilar cuándo abandona el lugar nuestro objetivo. Y ¿Mikael...?

—¿Sí...?

—Esta noche, cuando todos duerman en la casa de Carl Mørck, va a ocurrir un accidente, ¿de acuerdo?

—¿Incendio?

—Sí. Haz que empiece en la cocina. Explosivo y con mucho humo. Y di a nuestra gente que deben huir sin que los vean.

—Entonces lo haré yo.

—De acuerdo. Pero protégete bien y sal enseguida.

—Lo haré. ¿Y qué hay de Søren Brandt?
—Di a tus hombres que actúen de inmediato.

Capítulo 33

Noviembre de 2010

CARL despertó cuando sintió que lo zarandeaban.

Abrió los ojos y registró una figura difusa inclinada sobre él. Cuando quiso levantarse se mareó, y de pronto se encontró de manera inexplicable en el suelo, junto a la cama. Allí estaba pasando algo muy, muy raro.

Entonces sintió extrañado el viento soplando por la ventana abierta y notó el olor a gas.

—¡Ya he despertado a Jesper! —gritó alguien del pasillo—. Está devolviendo, ¿qué hago?

—Ponlo de costado. ¿Has abierto la ventana? —gritó la figura de pelo negro que estaba junto a Carl.

Carl notó un par de cachetes en las mejillas.

—Carl, mírame. Enfócame bien, ¿vale? ¿Estás bien?

Carl asintió con la cabeza, pero no estaba seguro.

—Tenemos que bajarte, Carl. Aquí hay todavía demasiado gas. ¿Puedes andar?

Carl se levantó poco a poco, avanzó tambaleándose hasta el pasillo y miró escalera abajo; aquello parecía una larga caída interminable. Hasta que no estuvo sentado en una silla frente a la puerta abierta del jardín, no empezaron las formas y contornos a hacerse nítidos.

Se quedó mirando al novio de Morten, que estaba de pie junto a él.

—¡Qué diablos! —balbuceó—. ¿Todavía aquí? ¿Te has mudado?

—Creo que es motivo de alegría para todos —llegó el comentario escueto desde la cama de Hardy.

Carl miró aturdido hacia la cama.

—¿Qué ha pasado?

Se oyó un estrépito en la escalera, y apareció Morten tirando de Jesper. Este tenía peor aspecto que la vez que regresó a casa después de dos semanas de fiesta interminable en la isla de Kos.

Mika señaló hacia la cocina.

—Alguien ha entrado en la casa con muy malas intenciones.

Carl se levantó a duras penas y lo siguió.

Advirtió enseguida la bombona grande de gas en el suelo, una de esas nuevas de plástico. Desde luego que no tenía ninguna así, porque las amarillas de siempre para la barbacoa funcionaban sin problema. ¿Y por qué salía un tubo de goma desde el regulador?

—¿De dónde viene eso? —preguntó Carl, demasiado aturdido para recordar el

nombre del tipo que tenía al lado.

—No estaba a las dos de la mañana, cuando he ido a observar el estado de Hardy —respondió el tipo.

—¿De Hardy?

—Sí, ayer tuvo una fuerte reacción al tratamiento. Sudores y dolor de cabeza. Es buena señal que reaccione con tal viveza a mis estímulos. Y seguro que es lo que nos ha salvado la vida.

—No, ¡ese has sido tú, Mika! —gritó Hardy desde la cama.

Ah, claro, se llamaba así. Mika.

—Explícate —exigió Carl, con su instinto de policía en piloto automático.

—Desde ayer por la noche visito a Hardy cada dos horas. Y he pensado seguir haciéndolo otro día o dos más, para poder observar con precisión lo que le ocurre. Hace media hora ha sonado mi despertador, y he notado un fuerte olor a gas en el sótano, que al subir a la planta baja casi me tumba. He cerrado la bombona de gas y abierto las ventanas, y entonces me he dado cuenta de que había una olla puesta al fuego, y que echaba humo. Al mirar dentro he visto que el fondo, aparte de algo de aceite, estaba casi seco, y que dentro había un pedazo de papel de cocina arrugado. El tufo venía del papel.

Señaló la ventana de la cocina.

—En menos de un segundo la he arrojado afuera. Si llego algo más tarde, el papel habría ardido.

Carl hizo un gesto afirmativo a su compañero perito de incendios, Erling Holm. En sentido estricto, no era su jurisdicción ni su caso, pero Carl no tenía ganas de mezclar a la Policía de Hillerød en aquello, y Erling vivía a solo cinco kilómetros, en Lynge.

—Estaba pensado de cojones, Carl. Veinte o treinta segundos más y el papel habría ardido y hecho prender el gas. Y a juzgar por el peso de la bombona, ya había salido gas abundante. Con el gran regulador y el tubo de goma acoplados no habría llevado más de veinte minutos en total.

Sacudió la cabeza.

—Por eso el autor no ha puesto la olla a fuego vivo. Quería que la casa estuviera llena de gas antes de detonar.

—No es difícil de imaginar lo que habría ocurrido entonces, ¿eh, Erling?

—No. El Departamento Q habría tenido que buscarse otro jefe.

—¿Una gran explosión?

—Sí y no. Pero una explosión eficaz, en la que todas las habitaciones y el mobiliario habrían ardido a la vez.

—Pero para entonces Jesper, Hardy y yo estaríamos muertos ya, envenenados por

el gas.

—No creas. El gas no es venenoso de por sí. Pero te puede dar un buen dolor de cabeza.

Soltó una risotada. Los peritos de incendios tenían un humor extraño.

—Habráis muerto quemados en un instante, y los del sótano no habrían podido salir, y lo más diabólico es que los peritos no habríamos podido demostrar que tras el incendio hubiera ninguna intención criminal. Seguro que habríamos localizado la fuente del incendio en una mezcla de bombona de gas y olla, pero podría tratarse de un accidente. Resultado de la despreocupación que se observa en estos tiempos de barbacoa. Francamente, creo que el autor habría salido libre.

—No puede ser.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haberlo hecho?

—Sí. Alguien con una pistola-ganzúa. Hay unas marcas pequeñas en la cerradura. Por lo demás, no sé nada.

—¿Alguna sospecha?

—Bueno, eso me lo guardo para mí.

Carl dio las gracias a Erling y se aseguró de que todos los de casa estaban bien antes de hacer una ronda rápida por las casas de los vecinos para saber si habían visto algo. Los más estaban algo irritados y somnolientos, ¿quién no lo está a las cinco de la mañana? A pesar del susto, la mayoría mostraron empatía. Pero no ofrecieron ninguna ayuda para identificar a nadie.

Antes de una hora apareció Vigga con el pelo desordenado, y tras ella Gurkamal con su turbante, sus grandes dientes blancos y su barba interminable.

—Dios mío —dijo entre jadeos—. No le habrá pasado nada a Jesper, ¿verdad?

—No, aparte de que ha vomitado en el sofá y sobre la cama de Hardy, y además, por primera vez en mucho tiempo, ha confiado sus penas a mamita.

—Oh, pobrecito.

Ni una palabra sobre el estado de Carl. Era muy diferente ser casi un exmarido y ser el hijo.

La oía en segundo plano mimando a su criatura cuando sonó el timbre.

—Si es ese cabrón que viene con otra bombona, ¡dile que todavía nos queda algo en la vieja! —gritó Hardy—. Tal vez la semana que viene.

¿Qué diablos ha hecho Mika con este hombre?, pensó Carl al abrir la puerta.

La chica que tenía ante él estaba pálida por la falta de sueño, lucía unas ojeras azul-rojizas, un anillo en el labio y no tendría dieciséis años.

—Hola —se presentó. Señaló por encima del hombro hacia la casa de enfrente, la de Kenn, mientras se retorció de timidez.

—Bueno, soy la novia de Peter y hemos ido a la fiesta en el club de jóvenes, así

que he dormido en su casa, porque vivo en Blovstrød y no hay autobús tan tarde. Hemos vuelto a casa hace unas horas, y Kenn ha bajado al sótano, donde dormíamos, después de que lo hubieras visitado para ver si había visto algo raro esta noche en los alrededores de vuestra casa. Nos ha contado lo que había sucedido, y le hemos dicho que nosotros sí habíamos visto algo al llegar a casa, y Kenn me ha pedido que viniera a contártelo.

Carl arqueó las cejas. No debía de estar tan dormida, con tal repertorio de palabras.

—Vaya. Y dime, ¿qué has visto?

—He visto a un hombre junto a tu puerta cuando hemos pasado al lado. Le he preguntado a Peter si lo conocía, pero Peter estaba atareado con otras cosas para molestarse en mirar —explicó con una risita ahogada.

Carl la presionó.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Te has fijado?

—Sí, porque estaba junto a la puerta, donde hay bastante luz. Parecía estar manipulando la cerradura, pero no se ha vuelto, así que no le he visto la cara.

Carl notó que sus hombros caían unos centímetros.

—El tipo era bastante alto y bien plantado, por lo que he podido ver, y llevaba ropa muy oscura. Un abrigo o una chaqueta grande, algo así. Y llevaba un gorro negro como el de Peter. Y bajo el gorro he visto un pelo muy rubio. Casi blanco. Y tenía al lado una bombona o algo parecido.

«Pelo muy rubio», decía, eso era todo, pero casi era suficiente. Si Carl estaba en lo cierto, el ayudante de Curt Wad que había visto en Halsskov tenía otras destrezas, aparte de saber conducir una furgoneta.

—Gracias —dijo Carl—. Tienes buena vista, y me alegro. Has hecho bien en venir.

La chica se retorció las manos, algo cohibida.

—¿Has visto si llevaba guantes?

—Ah, sí —repuso la chica, dejando de retorcerse las manos—. Es verdad. Llevaba guantes. De los que tienen agujeros en los nudillos.

Carl hizo un gesto afirmativo. No hacía falta que sus compañeros buscaran huellas dactilares. La cuestión se centraba en si podrían investigar aquel regulador especial, aunque tenía serias dudas de que eso los llevara lejos, porque había unos cuantos de aquellos en circulación.

—Si esto está bajo control, voy a Jefatura —anunció justo después en la sala, pero Vigga lo agarró.

—Primero firma aquí. Una copia es para ti, otra para el Gobierno regional y la tercera para mí —hizo saber, dejando tres folios sobre la mesa de la cocina. «Acuerdo sobre reparto de bienes gananciales», ponía.

Lo leyó rápido. Era justo lo que habían acordado la víspera. Un trabajo menos que hacer.

—Muy bien, Vigga. Ya veo que lo has metido todo. El dinero, las visitas a tu madre y el resto, hay que ver. Las autoridades van a ponerse contentas al saber que para ello me das ocho semanas de vacaciones al año. Muy generoso por tu parte.

Soltó una risa cáustica y estampó la firma junto al garabato de ella.

—Y la solicitud de divorcio —añadió Vigga, empujando hacia él un documento de aspecto más oficial. Carl también firmó aquello—. Gracias, viejo amante —lo agradeció Vigga, casi sorbiéndose las lágrimas.

Era amable por su parte, pero lo de «amante» lo hizo pensar en Rolf y Mona, cosa que no deseaba para nada. Seguía sin hacerse a la idea, porque Mona no era cualquiera. Aquello iba a llevar su tiempo.

Ahogó un bufido. «Viejo amante», lo llamaba Vigga. ¿No era un saludo de despedida bastante superficial para un matrimonio tan exótico y tormentoso como el que habían vivido Vigga y él? A él se lo parecía.

Vigga entregó los documentos a un Gurkamal lleno de sonrisas y reverencias que al instante tendió la mano a Carl.

—Gracias por la esposa —dijo con una curiosa pronunciación. Así que aquel negocio estaba terminado.

Vigga sonrió.

—Ahora que todo el papeleo está como debe ser, quiero que sepas que me mudo a la casa de Gurkamal, encima de la tienda, la semana que viene.

—Bueno, espero que no haga tanto frío como en la cabaña con huerta —anunció Carl.

—Porque acabo de vender la cabaña con huerta por seiscientas mil y he pensado quedarme con las cien mil de más que me han dado respecto a lo que ponía en el acuerdo. ¿Qué te parece?

Carl se quedó mudo. Así que el Carcamal le había enseñado a llevar los negocios más rápido que el paso de un camello, por usar la terminología de Assad.

—Menos mal que he tropezado contigo, Carl —exclamó Laursen en el descansillo de la escalera—. ¿Me acompañas arriba?

—Claro, pero es que iba donde Marcus Jacobsen.

—De allí vengo yo, quería que le llevaran la comida. Está en una reunión. Por lo demás, ¿todo bien, Carl? —quiso saber, camino del piso superior.

—Sí. Aparte de que es lunes, mi futura exmujer me ha desplumado, mi novia se acuesta con otros, tengo a los de casa medio envenenados por gas, la casa ha estado a punto de explotar esta noche y toda la mierda de Jefatura, todo va bien. Al menos ya no tengo diarrea.

—Bien —dijo Laursen tres peldaños más arriba. No había escuchado un carajo.

Cuando estuvieron en el local trasero de la cocina, rodeados de frigoríficos y materias primas de la huerta, le confió:

—Verás, hay novedades en el asunto de la foto de ti, Anker y el que asesinaron en el caso de la pistola clavadora. La hemos mandado a analizar a todas partes, y puedo decirte, por si te sirve de consuelo, que la mayoría piensa que han unido varias fotos de forma digital.

—Es lo que he dicho todo el tiempo. Que es un complot. Tal vez de alguien a quien haya molestado alguna vez. Ya sabes lo vengativos que pueden ser los bandidos a los que echamos la zarpa. Algunos pueden pasar años en la cárcel dándole vueltas a la venganza, así que alguna vez *tiene que* ocurrir. Desde luego, no conozco a ese Pete Boswell con quien me quieren relacionar.

Laursen asintió en silencio.

—La foto no tiene pixelado. Es como si los más mínimos componentes estuvieran fundidos. Nunca había visto nada parecido.

—¿Qué significa eso?

—Pues significa que los eventuales bordes de las fotos individuales no se aprecian. Pueden ser varias fotos yuxtapuestas y fotografiadas una y otra vez, por ejemplo, con una polaroid, tras lo cual se fotografía la foto de la polaroid con una cámara analógica y se revela la película. Pero también puede estar borrosa por un escaneado en un programa de edición de fotos en el ordenador, y después impreso en papel fotográfico. No lo sabemos. No conseguimos identificar el origen del papel.

—Todo eso me suena a chino.

—Pero es que hoy en día hay muchas posibilidades. O, mejor dicho, hace un par de años, cuando Pete Boswell se encontraba entre los vivos.

—Pues entonces no hay problema, ¿no?

—No creo; por eso te he hecho subir.

Ofreció a Carl una botella de cerveza que este rechazó.

—Aún no han llegado a una conclusión, y de hecho *no* todos los de la Científica creen que la foto no es auténtica. En realidad, todo lo que he dicho no prueba nada; solo que todo es muy raro y que muchos piensan que alguien ha tratado de retirar pruebas de que la foto está compuesta a partir de varias.

—¿Y qué significa todo eso? ¿Siguen pensando en echarme el marrón? ¿Tratas de anunciarme una suspensión?

—No. Lo que trato de decirte es que esto va a llevar tiempo. Pero creo que Terje puede explicarlo mejor —dijo, señalando la cantina.

—¿Está aquí Terje Ploug?

—Todos los días a la misma hora, a no ser que esté trabajando en la calle. Uno de mis fieles clientes, así que trátalo bien.

Encontró a Terje en el rincón trasero.

—¿Jugando al escondite, Terje? —preguntó, sentándose con los codos cerca del plato de verdura variada políticamente correcto.

—Me alegro de que hayas venido, Carl. No es fácil pillarte estos días. ¿Te ha hablado Laursen de la foto?

—Sí. Por lo visto, aún no me han absuelto.

—¿Absuelto? Que yo sepa, no estás acusado de nada, ¿no?

Carl sacudió la cabeza.

—No, oficialmente, no.

—Bien. Las cosas están así: los investigadores de los asesinatos del taller mecánico de Sorø, los investigadores de los asesinatos de Schiedam, en Holanda, y yo vamos a reunirnos dentro de varias semanas, bueno, o meses, y decidiremos sobre los indicios, los antecedentes históricos y los detalles de los casos de pistola clavadora, cada vez más numerosos.

—Ahora vas a decirme que me llamarán como testigo.

—No, voy a decirte precisamente que no te llamarán.

—Porque estoy acusado de algo, ¿o qué?

—Relájate, Carl. Alguien quiere que te achantes, nos damos perfecta cuenta de eso, así que no, no estás acusado de nada. Pero cuando hayamos llegado a consensuar un informe común, nos gustaría que lo evaluaras.

—Ajá. Y eso ¿a pesar de las huellas dactilares de las monedas, de las extrañas fotos y de las sospechas de Hardy de que Anker tenía que ver con el negro, y yo conocía quizá a Georg Madsen?

—A pesar de eso, Carl. Estoy seguro de que eres quien más tiene que ganar si se investiga hasta el fondo este caso.

Dio un par de palmadas en el dorso de la mano de Carl. Fue casi emocionante.

—Es un policía bueno y honrado que trata de hacer las cosas bien, y creo que debemos un respeto a Terje por ello, Carl —declaró el inspector jefe de Homicidios. En un rincón del despacho aún olía a las creaciones del menú del día de Laursen. ¿La señora Sørensen se había vuelto tan amable como para permitir que en el despacho de Marcus Jacobsen pudiera haber platos sucios más de cinco minutos después de haber terminado?

—Sí, todo eso me parece bien —asintió Carl—. Y algo irritante también, porque, la verdad, estoy hasta el gorro de ese caso.

Marcus hizo un gesto afirmativo.

—He hablado con Erling, el perito de incendios. Me dice que esta noche has tenido visitantes no deseados.

—No ha pasado nada grave.

—No, ¡gracias a Dios! Pero ¿por qué ha sido, Carl?

—Porque algunos me quieren criando malvas. Desde luego, no creo que haya sido una novia despechada de mi hijo postizo.

Trató de sonreír.

—¿Quién, Carl?

—Quizá gente de Curt Wad, el de Ideas Claras.

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—Somos una molestia para él —continuó Carl—. A eso venía, a pedir que intervengan sus teléfonos, los de un tal Wilfrid Lønberg y los de un tal Louis Petterson.

—Me temo que no puedo hacer eso.

Carl preguntó un par de veces la razón, se enfurruñó un poco, se enfadó un poco, y al final mostró decepción, pero no le valió de nada. Lo único que sacó de aquello fue una advertencia de que anduviera con cuidado, y también que comunicara a Marcus si ocurría algo inusual.

«Inusual»; la palabra sonaba exótica en aquel despacho. *Todo* lo relacionado con su trabajo era inusual, por suerte.

Carl se levantó. ¿«Inusual»? ¿Qué habría dicho si hubiera sabido que en las profundidades de los despachos poco iluminados del Departamento Q había un montón de pruebas con las que habían arramblado de manera inusual incluso para aquellos despachos?

Por una vez lo saludaron las dos chupatintas del antedespacho cuando salió.

—Hola, Carl —saludó Lis, melosa, y una décima de segundo después la señora Sørensen gorjeó el saludo justo igual. Las mismas palabras, el mismo tono, la misma sonrisa y franqueza.

Desde luego, aquello suponía un giro radical.

—Eh... ¡Cata! —exclamó, dirigiéndose a quien en tiempos pasados podía sin esfuerzo hacer que investigadores curtidos en mil batallas dieran un rodeo para evitar pasar junto a ella. Sobre todo, Carl—. ¿Puedes explicarme en qué consiste ese cursillo de PNL al que has ido? ¿Qué es? ¿Es contagioso?

La señora Sørensen se alzó de hombros, tal vez queriendo expresar alegría porque se lo había preguntado, sonrió a Lis y después se acercó a Carl de manera inquietante.

—Significa Programación Neuro Lingüística —anunció con voz misteriosa, como si estuviera hablando de un seductor jeque árabe—. No es fácil dar una explicación satisfactoria, pero puedo ponerte un ejemplo.

Los hombros volvieron a alzarse, como un pequeño aperitivo de lo que podía esperar.

Se dirigió a su bolso y extrajo un trozo de tiza. Algo extraño para llevar en el

bolso. La tiza ¿no era algo reservado a los bolsillos de los chicos? ¿Adónde carajo habían ido a parar las diferencias entre sexos?

Se puso en cuclillas, dibujó dos círculos en el suelo, lo que en sí le habría provocado un desmayo unas semanas antes, si los hubiera hecho otro, claro, y dibujó un signo más en uno y un menos en el otro.

—Eso es, Carl. Un círculo positivo, con el signo más, y otro negativo. Entonces hay que ponerse primero en un círculo y luego en el otro, y decir exactamente la misma frase. En el círculo negativo hay que decirlo como lo dirías a una persona que no aguantas, y en el positivo como a una persona que aprecias mucho.

—¡Atiza! ¿Eso es el cursillo? Porque eso ya lo sabía.

—Bueno, veamos —propuso Lis. Cruzó los brazos bajo su precioso pecho y se le acercó. ¿Quién podía resistirse?

—Tomemos algo sencillo. Di, por ejemplo: «Vaya, te has cortado el pelo, eh?». Primero dilo con amabilidad, y después con antipatía.

—No entiendo —mintió Carl, mirando el pelo corto de ambas mujeres. Iba a ser demasiado fácil. Porque el pelo de la señora Sørensen no tenía el mismo encanto que el de Lis, por decirlo de alguna manera.

—Bueno, entonces haré yo de positiva —decidió Lis—, y luego Cata puede decirlo en negativo.

Debería ser al revés, pensó Carl, trazando un círculo con el pie sin que nadie se diera cuenta.

—Vaya, te has cortado el pelo, ¿eh? —dijo Lis, toda sonrisa—. Es como se dice a una persona que te gusta. Y ahora tú, Cata.

Esta rio, y después trató de serenarse.

—Vaya, te has cortado el pelo, ¿eh?

Lo dijo con un aspecto feroz. Casi como en los viejos tiempos.

Después las dos rompieron en carcajadas. Como dos amiguitas del alma.

—Bueno, la diferencia es sorprendente. Pero ¿qué tiene que ver con el cursillo?

La señora Sørensen se repuso.

—Tiene que ver con el cursillo porque mediante ese ejercicio se puede aprender, por una parte, a captar qué influencia tienes en tu entorno mediante pequeños cambios de tono, y por otra a conocer el efecto de lo que estás diciendo. Y no hay que olvidar que tiene la ventaja añadida de que influye en ti mismo.

—¿Eso no es, dicho en pocas palabras, que se cosecha lo que se siembra?

—Pues sí. ¿Y sabes qué efecto produces en la gente, Carl? Eso es lo que te enseña el cursillo.

Eso lo aprendí con siete años, pensó Carl.

—A veces te expresas con mucha brusquedad, Carl —continuó la señora Sørensen.

Gracias por la flor, mira que tener que oír eso de tus labios, pensó Carl.

—Gracias por decirlo con tanta delicadeza —fue lo que dijo, preparándose para marcharse de allí—. Reflexionaré sobre eso.

—Prueba el primer ejercicio, Carl. Pisa uno de los círculos —lo apremió Cata. Miró al suelo para mostrar con cuál debía empezar y observó que Carl había conseguido borrarlo todo con la punta del zapato mientras hacían el juego de roles.

—Caramba —dijo—. Lo siento *muchísimo*.

Salió del aura de las secretarias.

—Adiós, señoras. Que no decaiga.

Capítulo 34

Septiembre de 1987

MIENTRAS miraba por la ventana desapareció parte de su odio. Fue como si aquel golpe contra la sien de Viggo y su último aliento débil después de verterle el beleño en la boca hubieran sacado las espinas de su alma.

Dejó vagar la mirada por Peblinge Dossering y el gentío que disfrutaba del final del verano. Tomó buena nota de cómo vagaba la gente normal sin rumbo, cada persona con su vida, su destino, y seguro que con sus secretos y sus pasados oscuros.

Los labios de Nete empezaron a temblar. De pronto se sintió abrumada. También Tage, Rita y Viggo eran criaturas de Dios, y los había matado.

Cerró los ojos y se lo imaginó todo. Viggo tenía una expresión viva y cálida cuando le abrió la puerta. Tage había estado muy agradecido. Y ahora le tocaba a Nørvig. El abogado que no quiso escucharla cuando más necesitada estaba. El que cuidaba tanto la reputación de Curt Wad que desbarató la vida de ella.

Pero ¿tenía ella derecho a hacer con él lo que él le había hecho? ¿Robarle la vida?

Esa duda y esos pensamientos la embargaban cuando divisó al hombre flaco junto al lago, frente a la casa.

Aunque habían transcurrido más de treinta años, no había confusión posible. Seguía llevando una chaqueta poco elegante de *tweed* con botones forrados de cuero. Y una carpeta de cremallera bajo el brazo. Parecía que el hombre no había cambiado, pero aun así reparó en que algo de su lenguaje corporal era diferente.

Dio unos pasos atrás y adelante entre los castaños de Indias, miró al lago y echó la cabeza atrás. Sacó un pañuelo del bolsillo y se llevó un par de veces la mano a la cara, como si estuviera secándose el sudor o las lágrimas.

Fue entonces cuando Nete observó que la chaqueta le venía grande. Que tanto la chaqueta como los pantalones de tergal hacían unos pliegues feos en los hombros y las rodillas. Era un traje comprado en tiempos mejores, cuando era más corpulento.

Por un breve instante le dio pena el hombre, que en aquel momento, sin sospechar nada, estaba con un pie en el patíbulo.

¿Y si tenía hijos que lo querían? ¿Nietos?

La palabra «hijos» le hizo retorcerse las manos y parpadear sin control. ¿Y ella? ¿Tuvo alguna vez hijos que la quisieran? ¿Y quién tenía la culpa?

No, debía mirar por sí y seguir adelante. Mañana por la tarde habría dejado aquella vida atrás, y no podría hacerlo sin terminar lo que había empezado. En su carta había prometido a un hombre que era abogado que recibiría diez millones de coronas, y seguro que un hombre así no la dejaría escapar sin haber cumplido la promesa.

Al menos Philip Nørvig, no.

Allí estaba, no tan alto como lo recordaba, mirándola como un perrito compungido de ojos tristes. Como si en aquella reunión con ella le fuera la vida y la primera impresión que le causara fuese importantísima.

En los tiempos en que cometió perjurio y la obligó a decir tonterías su mirada era bastante más dura y fría. Jamás pestañeó ni se dejó llevar por los arrebatos sentimentales de ella. El llanto de Nete lo volvía sordo, nada más, al igual que sus lágrimas lo volvían ciego.

¿Eran de verdad los mismos ojos inflexibles los que buscaron el suelo cuando ella lo invitó a pasar? ¿Era de verdad la misma voz implacable la que le daba las gracias?

Le preguntó si quería un té, y él dijo que sí, agradecido, y trató de alzar la vista para mirarla a los ojos.

Nete le tendió la taza y vio que la vaciaba sin decir palabra. Frunció el entrecejo por un momento.

Igual no le ha gustado, pensó, pero entonces él alargó la taza hacia ella y le pidió más.

—Lo siento, Nete Hermansen, pero debo armarme de valor, tengo tantas cosas que decir...

Entonces levantó la cabeza hacia ella y empezó a decir todo lo que debería haber quedado sin decir. Por ser demasiado tarde.

—Cuando recibí tu carta...

Hizo una breve pausa.

—Perdona, ¿te importa que te tutee? —dijo después.

Nete sacudió un poco la cabeza. Antes no se había privado de hacerlo, ¿por qué ahora?

—Cuando recibí tu carta, de pronto tuve que enfrentarme a algo que hace tiempo me roía la conciencia. Algo que intentaré reparar si es que es posible. Reconozco que he venido a Copenhague para salvar mi existencia y la de mi familia. El dinero tiene importancia, lo reconozco, pero he venido también a pedir perdón.

Se aclaró la garganta y tomó otro sorbo.

—Estos últimos años he pensado a menudo en la chica desesperada que buscó la ayuda de la justicia antes de su internamiento forzado en Brejning. He pensado en ti, Nete. Y he pensado en qué me hizo desbaratar todos los ataques que dirigiste contra Curt Wad. Ya sabía que lo que contabas podía ser verdad. Las mentiras acerca de tu deficiencia mental y peligrosidad no encajaban en absoluto con la chica sentada en el estrado de los testigos que luchaba por su vida.

Agachó la cabeza un momento. Cuando volvió a levantarla, su piel pálida estaba más descolorida que antes.

—Te borré de mi mente cuando terminó el juicio. Estabas totalmente fuera de mi memoria y de mi vida hasta el día que leí algo sobre ti en el periódico. Que te habías casado con Andreas Rosen, y te presentaban como una mujer bella e inteligente.

Hizo un gesto con la cabeza hacia ella.

—Te reconocí enseguida, tampoco había pasado tanto tiempo, y sentí vergüenza.

Volvió a tomar un sorbo de té, y Nete miró el reloj. El veneno haría efecto dentro de pocos segundos, y no quería, ahora no quería. ¿No se podría detener el tiempo? El hombre le estaba ofreciendo un desagravio. ¿Cómo podía permitir que siguiera bebiendo? Estaba arrepentido, era evidente.

Cuando siguió hablando, Nete miró a otra parte. La maldad que estaba cometiendo fue de lo más evidente cuando vio la mirada confiada de él. No había pensado que en su interior pudiera albergar tales sentimientos. En absoluto.

—Por aquella época llevaba bastantes años trabajando para Curt Wad, y cuando trabajas para él al final también te seduce. Sí, lo reconozco; pero, por desgracia, mi naturaleza y personalidad no son tan fuertes como las suyas.

Sacudió la cabeza y volvió a beber.

—Pero cuando te vi en la primera página de una revista, decidí revisar mi pasado. ¿Y sabes de qué me di cuenta?

No esperó a la respuesta de ella, y por eso no vio que Nete volvía lentamente la mirada hacia él y sacudía la cabeza.

—Me di cuenta de que durante años me habían explotado y engañado, y me arrepentí de muchas cosas de ese período. Has de saber que fue muy duro para mí reconocer mis equivocaciones. Pero, viendo mis casos y expedientes, me di cuenta de que Curt Wad me engañó una y otra vez con sus mentiras, sus silencios y sus distorsiones. De que se aprovechó de mí por sistema.

Tendió la taza hacia ella, e hizo que por un instante pusiera en duda si había vertido las gotas de beleño.

Le sirvió otra taza y vio que había empezado a sudar y a respirar con pesadez. Él no parecía darse cuenta. Tenía demasiadas cosas para contar.

—La misión de Curt Wad en la vida era y es causar daño a gente de la que piensa que no merece compartir el mundo con él y otros supuestos daneses de pro y normales. Me avergüenza decirlo, pero la consecuencia ha sido que ha realizado en persona muchos más de quinientos abortos contra el deseo de las mujeres embarazadas y sin ellas saberlo, y estoy seguro de que ha llevado a cabo otras tantas intervenciones para provocar esterilidad permanente.

La miró como si hubiera sido él quien empuñara el bisturí.

—Dios mío, es espantoso; pero, pase lo que pase, debo contarlo todo.

Dio un suspiro que llevaba tiempo guardado.

—Mediante su trabajo con la organización La Lucha Secreta, que yo administré

durante muchos años, se puso en contacto con decenas de médicos que tenían las mismas ideas y la misma voluntad que él. El alcance de todo eso es casi inimaginable.

Nete trató de imaginarlo, y por desgracia no fue difícil.

Nørvig apretó los labios y trató de reponerse, con los ojos anegados en lágrimas.

—He ayudado a matar a miles de niños sin nacer, Nete.

Emitió un sollozo y continuó con voz temblorosa.

—A arruinar la vida de otras tantas mujeres inocentes. He empleado mi vida en provocar dolor y miseria, Nete.

Su voz vibraba tanto que tuvo que callar.

Volvió la mirada hacia ella en busca de perdón, era evidente, y Nete ya no supo qué decir o hacer. Tras su aspecto impasible estaba a punto de derrumbarse. ¿Era justo lo que estaba haciendo con aquel hombre? ¿Lo era?

Por un momento deseó tomar su mano. Mostrarle su perdón y ayudarlo a entrar en la inconsciencia. Pero no fue capaz. Tal vez fuera porque se avergonzaba. Tal vez su mano tuviera vida propia.

—Hace un par de años quise hacer público lo que sabía; era demasiada carga para mí. Pero Curt Wad lo impidió y me lo quitó todo. Mi bufete, mi honor, mi amor propio. En aquellos tiempos yo tenía un colega, se llamaba Herbert Sønderskov, y Curt lo persuadió para que difundiera información sobre mí que me arruinaría para siempre. Discutí con los dos y los amenacé con desvelarlo todo acerca de La Lucha Secreta, y entonces hicieron una denuncia anónima ante la Policía diciendo que había abusado de mi cuenta de clientes. Y aunque no era verdad, podían hacer que lo pareciera. Tenían todos los papeles, los contactos y también los medios.

Su cabeza se hundió y su mirada se hizo errática.

—Herbert, qué cabrón. Siempre ha andado detrás de mi esposa. Fue él quien me dijo que si no me callaba lo que sabía de La Lucha Secreta se encargarían de que fuera a la cárcel.

Sacudió la cabeza.

—Mi hija se moriría de vergüenza si ocurriera, así que no podía hacer nada. Wad era peligroso, y sigue siéndolo, Nete... Escucha lo que te digo: ¡aléjate de ese hombre!

Su cabeza se hundió hacia delante mientras seguía hablando, pero apenas se le entendía. Algo sobre el padre de Wad, que se tenía por Dios. Algo sobre personas dementes, fariseas y cínicas a más no poder.

—Mi esposa me ha perdonado que quebrase —dijo de pronto con voz clara—. Así que doy gracias a Dios porque me ha concedido...

Buscó la palabra un momento, mientras tosía y trataba de tragar saliva.

—... la gracia de estar hoy contigo, Nete. Y prometo a Dios permanecer a su vera

a partir de ahora. Con tu dinero, Nete, yo y mi familia podremos...

Cayó hacia delante y el codo golpeó el brazo del sillón. Por un momento pareció que iba a vomitar, regurgitó algo con ojos desorbitados, y de repente se enderezó.

—¿Por qué hay tanta gente de pronto? —preguntó. Parecía asustado.

Nete trató de decirle algo. Pero las palabras no le salían.

—¿Por qué me miran todos? —balbuceó el hombre, buscando la luz de la ventana.

Lloró, extendiendo las manos y tanteando en el aire.

Y Nete lloró con él.

Capítulo 35

Noviembre de 2010

ASSAD y Rose nunca se habían parecido tanto. Rostros sombríos y pocas ganas de fiesta.

—Están locos —soltó Rose—. Deberían ponerlos en fila y obligarlos a tragar su propio gas hasta que echaran a volar y desaparecieran. Qué infamia, pretender quemar a cinco personas solo para cerrarte la boca, Carl. Es que no lo soporto.

—Pues mi boca la han cerrado así de poco —aseveró Assad, formando un cero con el pulgar y el índice—. Así que, entonces, sabemos que vamos por buen camino, Carl. Esos cerdos tienen un montón de porquería debajo de la alfombra, ya lo creo.

Golpeó un puño contra la otra palma. Si alguien hubiera metido los dedos en medio se habría hecho daño.

—Vamos a atraparlos, Carl —continuó—. Trabajaremos día y noche, vamos a cerrar ese puñetero partido, y vamos a parar los pies a La Lucha Secreta y a todo en lo que anda metido Curt Wad.

—Bien, Assad. Pero me temo que va a ser difícil y bastante peligroso. Creo que sería una buena idea que vosotros dos no salgáis de aquí los próximos días.

Sonrió.

—De todas formas, no ibais a salir.

—Pues menos mal, entonces, que estaba aquí el sábado por la noche —añadió Assad—. Porque anduvo alguien husmeando aquí abajo. Llevaba uniforme de policía, pero cuando salí de mi despacho se asustó.

Desde luego, ¿quién no se asustaría a esas horas de la noche y con la mirada somnolienta de Assad?, pensó Carl.

—¿Qué quería y de dónde venía? ¿Lo averiguaste?

—Empezó a decir chorradas. Algo de una llave del cuarto de archivos o algo parecido. Estaba buscando algo nuestro, estoy seguro. Iba a entrar en tu despacho, Carl.

—Parece ser una organización muy ramificada —comentó este.

Se volvió hacia Rose.

—¿Dónde has guardado las carpetas del archivo de Nørvig?

—Están en el baño de caballeros. Y, a propósito, quisiera mencionar que después de usar el baño de señoras bajéis el asiento, si es que os es tan necesario orinar de pie.

—¿Por qué? —quiso saber Assad. Ya había salido el culpable.

—Si supieras cuántas veces he tenido esta discusión, Assad, preferirías estar de *boy scout* en un campamento en Langeland a verlas venir.

Assad parecía no entender, cosa que Carl entendió bien.

—Así que ya sabes. No bajas el asiento después de haber estado en el retrete.

Levantó un dedo en el aire.

—*Primero*: todos los asientos de retrete están sucios por debajo, tienen salpicaduras de pis y mierda. Y a veces bastantes. *Segundo*: cuando entra una mujer tiene que pasar el dedo por encima antes de sentarse. *Tercero*: es una cerdada, porque se te llenan los dedos de bacterias de orina cuando te sientas, y luego tienes que secarte. De lo más antihigiénico. Claro que a lo mejor nunca has oído hablar de infección de vías urinarias. *Cuarto*: tenemos que lavarnos las manos dos veces a causa de vuestra desidia. ¿Es eso razonable? ¡No!

Se puso en jarras con los puños cerrados.

—Si bajaras el asiento justo después de haber orinado, sería congruente que te lavaras las manos después; eso espero.

Assad se quedó un rato pensativo.

—Entonces, ¿crees que es mejor que suba el asiento antes de orinar? Porque entonces seré yo quien tenga que lavarse las manos antes, y entonces, ¿quién va a mancharse de orina los dedos?

El dedo contador de Rose se elevó de nuevo.

—Para empezar, precisamente por eso los hombres deberíais sentaros para orinar. Por otra parte, si os creéis demasiado finos y masculinos para ello, recordad que muchos hombres con un sistema digestivo normal tienen que sentarse al trono de vez en cuando, y entonces hay que bajar el asiento, porque supongo que no cagáis también de pie.

—¡No hace falta, o sea, bajarlo si ha habido una señora antes! —repuso Assad—. ¿Y sabes, entonces, qué, Rose? Creo que voy a buscar mis elegantes guantes de goma verdes y limpiar el retrete de tíos con estas dos amigas.

Enseñó las manos.

—Pueden levantar el asiento del retrete y buscar hasta el sifón. No son tan tiquismiquis, doña Finolis.

Carl vio que el creciente rubor de mejillas de Rose anticipaba una bronca de aquí te espero, y por puro reflejo introdujo una mano entre las dos partes en litigio. No iban a poder seguir la discusión. Gracias a Dios, lo habían educado de forma bastante sensata. Claro que en su casa el asiento del retrete estaba cubierto de felpa anaranjada.

—Creo que debemos volver al caso que nos ocupa —terció—. Han intentado asesinarme en mi casa. Ha habido un hombre aquí en el sótano queriendo robar nuestro material. Es bastante fácil entrar en el baño donde has guardado los archivos de Nørvig, Rose; ¿es una buena idea guardar las carpetas ahí? Porque no me parece que un letrero de «no funciona» vaya a detener a esos ladrones si quieren mirar dentro, ¿no crees, Rose?

Rose sacó una llave del bolsillo.

—No, pero a lo mejor esto, sí. Y ahora que hablas de seguridad, no he pensado quedarme en Jefatura más de lo necesario. Tampoco es tan acogedor esto. Llevo en el bolso cosas para defenderme, y así debe ser.

Carl pensó en aerosoles de pimienta y pistolas inmovilizadoras, artilugios desagradables para los cuales no tenía autorización.

—Ajá. Pero tendrás que andar con cuidado con eso, Rose.

Esta torció el hocico, lo que ya de por sí era un arma.

—He mirado en todos los expedientes de Nørvig, y he apuntado en mi base de datos los nombres de todos los demandados.

Depositó en la mesa ante él varios folios unidos por un clip.

—Esta es la lista. Observad, por favor, que bastantes de los informes del material van firmados por el abogado pasante Albert Caspersen. A aquellos de mis oyentes que no sepan de él puedo contarles que es una figura capital de Ideas Claras, y que se espera que termine de líder en el aparato del partido; seguramente, secretario.

—Vaya, ¿así que trabajaba con Nørvig? —preguntó Carl.

—Sí, Nørvig & Sønderskov. Cuando deshicieron la sociedad, Caspersen entró en un bufete de abogados de Copenhague.

Carl observó el folio. Rose había hecho cuatro columnas para cada caso. Una con el nombre del acusado que defendía el bufete, otra con el nombre de la persona perjudicada, y las dos últimas con la fecha y el tipo de caso, respectivamente.

Bajo la columna «tipo de caso» había un número inusual de casos de abuso en pruebas de inteligencia, todo tipo de chapuzas médicas y sobre todo los «fallidos», o intervenciones ginecológicas innecesarias. Bajo la columna «nombre» había tanto apellidos daneses como nombres que sonaban a extranjeros.

—He escogido algunos de los casos y los he leído bien —continuó Rose—. Estamos, sin duda, ante la marranada más sistemática que he visto en mi vida. Puro tratamiento de la diferencia y mentalidad señorial. Si esto es la parte visible del iceberg, esos hombres son culpables de toneladas de delitos contra mujeres y niños no nacidos.

Señaló cinco de los nombres que más aparecían. Curt Wad, Wilfrid Lønberg y otros tres.

—Si miráis la página web de Ideas Claras, cuatro de esos nombres aparecen como miembros influyentes, y el quinto ha muerto. ¿Qué les parece, señores?

—Si esos bestias tienen algo que decir en Dinamarca, va a haber guerra; te lo digo yo, Carl —dijo Assad entre dientes, haciendo caso omiso del ruido infernal con que los incordiaba por décima vez aquel día su irritante teléfono.

Carl dirigió a Assad una mirada alerta. Aquel caso lo estaba desgastando más de lo normal; de hecho, estaba desgastando a sus dos ayudantes. Como si les llegara

directo al corazón. Estaba claro que sus asistentes eran dos personas con cicatrices en el alma, pero aun así Carl estaba asombrado por el afán con que lo llevaba Assad y porque casi parecía conmovido.

—Si puede quedar impune deportar a mujeres a una isla —continuó Assad, impasible, arrugando el oscuro entrecejo—, matar muchos fetos sanos y esterilizar a muchas mujeres, cualquier cosa puede quedar impune; es lo que quiero decir, Carl. Y no es bueno que mientras tanto estén en el Parlamento.

—Escuchad, Assad y Rose. Estamos investigando la desaparición de cinco personas, ¿no? La de Rita Nielsen, Gitte Charles, Philip Nørvig, Viggo Mogensen y Tage Hermansen. Todos desaparecen más o menos el mismo día y no vuelven a aparecer, y ya solo eso nos lleva a sospechar que puede haber ocurrido un crimen. Hemos demostrado que el común denominador es el asilo de mujeres de Sprogø y Nete Hermansen, por una parte, y por otra ocurren muchas cosas en torno a Curt Wad y a sus actividades que sin duda llaman la atención. Tal vez debamos apuntar a Curt Wad, a su trabajo y sus ideas, y tal vez no. Pero nuestro primer objetivo es resolver esos casos de desaparición; el resto habrá que dejarlo a la Comisaría Central de Información o al Centro Nacional de Inteligencia. Es un caso grande, demasiado grande para tres personas, y es peligroso.

Era evidente que Assad no estaba satisfecho.

—Tú mismo has visto las marcas en las puertas de las celdas de castigo de Sprogø. Has oído lo que dijo Mie Nørvig sobre Curt Wad. Puedes leer esta lista. Tenemos que ir a hablar con ese viejo idiota sobre todas las barbaridades de que es culpable. No diré más.

Carl levantó la mano. No le vino mal que el móvil interrumpiera aquel lío. Era lo que pensaba hasta que vio que era Mona.

—Hola, Mona —dijo con mayor frialdad que la pretendida.

Al ardor de la voz de Mona, por el contrario, no le pasaba nada.

—Últimamente no sé nada de ti, Carl. ¿Has perdido la llave?

Carl se retiró pasillo abajo.

—No, pero es que no quería molestar. Podría ser que Rolf estuviera todavía estirándose en tu dormitorio.

El silencio que siguió no fue desagradable, pero, joder, fue triste. Había muchas maneras de decir a la mujer por la que estabas loco que no tenías ganas de compartirla con nadie. Y el resultado era casi siempre una ruptura.

Contó los segundos, y estaba a punto de colgar, de pura frustración, cuando una carcajada de proporciones olímpicas estuvo a punto de incrustarle el tímpano contra el cráneo.

—Pero hombre, mira que eres encantador, pequeño Carl. Estás celoso de un perro, cariño. Mathilde me ha dejado su cachorro de cairn terrier mientras ella está de

cursillo.

—¿Un perro?

El desasosiego que sentía desapareció como por arte de magia.

—¿Por qué diablos me dijiste «No te preocupes, ya hablaremos de eso en otro momento» cuando llamé? He estado deprimido a más no poder.

—Bueno, amiguito. Tal vez eso te enseñe que cuando a algunas mujeres las llama su amante antes de que hayan pasado media hora ante el espejo, no suelen estar preparadas para hablar de trivialidades.

—Creo que lo que me estás diciendo es que era una prueba.

Mona rio.

—Desde luego, eres un policía sagaz, Carl. Un misterio más resuelto.

—¿He pasado la prueba?

—Tal vez podamos hablar de ello esta noche. Con *Rolf* en medio.

Salieron de Roskildevej y tomaron Brøndbyøstervej, entre grupos de rascacielos alzándose a ambos lados de la carretera.

—Conozco bastante bien Brøndby Norte —se jactó Assad—. ¿Y tú, Carl?

Este asintió en silencio. ¿Cuántas veces habría patrullado allí? Por lo que se decía, Brøndby Este fue una vez una ciudad viva, con tres mercados en los que podía comprarse de todo. Eran unos buenos barrios de ciudadanos con poder adquisitivo. Y después llegaron las grandes superficies, una tras otra: Rødovre Centrum, Glostrup Centret, Hvidovre Centret, el hipermercado Bilka en Ishøj y Hundige... Y de pronto toda una ciudad había desaparecido. Cierre masivo de tiendas, dejaron de funcionar un montón de negocios minoristas bien llevados, y apenas quedaba nada. Tal vez Brøndby fuera el municipio de Dinamarca con la vida comercial más descuidada. ¿Dónde estaban la calle peatonal, el gran centro, el cine y la casa de cultura? Ahora vivían allí solo ciudadanos con coche o gente con menos exigencias socioculturales.

Se notaba en Brøndbyøster Torv, y se notaba en Nygårds Plads. Aparte del equipo de fútbol de Brøndby, no había gran cosa de la que enorgullecerse. Era, en suma, un municipio de oferta pobre, y lo mismo ocurría en Brøndby Norte.

—Sí, lo conozco bastante bien, Assad. ¿Por qué?

—Estoy seguro de que no habría muchas mujeres embarazadas en Brøndby Norte que salieran bien paradas del discriminador ojo de aguja de Curt Wad. Sería como el proceso de selección de los médicos de los campos de concentración cuando sacaban a los judíos de los vagones.

Tal vez sonaba algo fuerte, pero así y todo Carl asintió con la cabeza mientras miraba al puente de delante, que pasaba por encima de la vía del tren suburbano. Algo más allá apareció el viejo pueblo. Un oasis en la jungla de asfalto. Viejas casas con techo de paja y auténticos árboles frutales sin injertar. Allí había sitio para

ponerse cómodo y hacer barbacoas en el jardín.

—Tenemos que ir por Vestre Gade —hizo saber Assad con la vista en el GPS—. Brøndbyøstervej es de dirección única, así que tienes que ir hasta Park Allé, dar la vuelta y volver.

Carl observó la señal de tráfico. Pues sí, era verdad. Y cuando entraba en la calle del pueblo vio la sombra de un camión que salió zumbando de una transversal. Antes de que Carl pudiera reaccionar, golpeó con enorme ímpetu la aleta trasera derecha del Peugeot, que salió disparado hacia la acera, donde lo detuvo un seto. Durante unos segundos interminables hubo un caos de cristales rotos, el chirrido del metal al arrugarse y el golpe de los airbags, que se activaron frente a sus narices. Luego todo terminó. Oyeron el bullir del motor y gritos de la gente que había tras los setos, nada más.

Se miraron con cara de susto, pero también con alivio, cuando los airbags se retiraron.

—Y mi seto ¿qué? —preguntó un anciano en cuanto los vio salir tambaleantes del coche. Nada de si estaban bien. Pero lo estaban, menos mal.

Carl se alzó de hombros.

—Pregunte en la compañía de seguros, no soy experto en restauración de setos.

Se dirigió a los mirones más cercanos.

—¿Alguno de ustedes ha visto lo que ha ocurrido?

—Sí, ha sido un camión, ha arremetido contra el tráfico en dirección contraria para volver a Brøndbyøstervej. Ha desaparecido por Højstens Boulevard, creo —dijo alguien.

—Venía de Brøndbytoften. Parece que llevaba un rato parado, pero no sé qué tipo de camión era, solo que era azul —dijo otro.

—No, gris —añadió un tercero.

—Supongo que nadie habrá apuntado la matrícula —observó Carl mientras inspeccionaba los daños. No quedaba más remedio que llamar al Departamento de Tráfico y confesarlo todo. Mierda. Los conocía bien: Assad y él tendrían que volver en el tren suburbano.

Y su experiencia también le decía que no valdría la pena preguntar a los que trabajaban en los pequeños negocios de Brøndbytoften si sabían algo de aquello.

Había sido un intento descarado de matarlos. No fue ningún accidente.

—La casa de Curt Wad está, de todos los sitios posibles, frente a la Academia de Policía. ¿Puede imaginarse mejor tapadera para negocios turbios, Assad? ¿Quién diablos iba a buscar aquí?

Assad señaló una placa de latón fijada en los ladrillos amarillos junto a la puerta.

—En la placa no pone su nombre, Carl. Pone «KarlJohan Henriksen, médico

cirujano, especialista en Ginecología».

—Sí, Curt Wad ha vendido su consulta. Hay dos timbres, Assad. Habrá que probar con el de arriba, ¿no?

Oyeron tras la puerta una versión en miniatura y amortiguada de los tañidos del Big Ben. Como no había ninguna reacción en el interior a pesar de repetidos intentos con ambos timbres, siguieron el sendero que discurría entre el lateral de la casa y un viejo establo encalado de amarillo con un tejado de tiempos de Maricastaña.

El jardín era pequeño, alargado y coronado con arbustos de bola de nieve y una valla de tablas estrechas. Preciosos macizos de flores y un antiguo anexo sobre postes.

Se permitieron penetrar hasta la mitad del jardín, y vieron que un hombre mayor los observaba tras la ventana térmica de lo que parecía ser una sala con chimenea. Era Curt Wad, no cabía duda.

Sacudía la cabeza, por lo que Carl apretó contra el cristal su placa de policía, pero solo consiguió que el anciano volviera a sacudir la cabeza. Por lo visto, no tenía intención de abrirles la puerta.

Entonces Assad subió la escalinata y sacudió la puerta que daba al jardín hasta que se abrió.

—¡Curt Wad! —saludó—. ¿Podemos entrar?

Carl vio al hombre por la ventana. Estaba cabreado, pero no oyó qué decía.

—Muchas gracias —replicó Assad, deslizándose al interior.

Qué descarado, pensó Carl mientras lo seguía.

—Esto es un atropello. Debo pedirles que se marchen —protestó el anciano—. Mi esposa está arriba, en su lecho de muerte, y no estoy de humor para visitas.

—Tampoco nosotros, o sea, estamos sobrados de humor —aseguró Assad.

Carl lo asió de la manga.

—Lo sentimos mucho, señor Wad. Seremos breves.

Sin que se lo ofrecieran, tomó asiento en un sofá rústico con estructura de roble, pese a que el dueño de la casa se quedó de pie.

—Nos da la sensación de que sabe usted perfectamente por qué estamos aquí, ya que esta mañana ha estado atareado haciendo todo tipo de barrabasadas; pero lo voy a resumir.

Hizo una pausa teatral para ver la reacción de Wad ante las alusiones a los dos intentos de asesinato, pero no vio ninguna. Su actitud decía que ya podían irse, y deprisa.

—Aparte de hurgar un poco en sus actividades en diversas asociaciones y partidos, hemos venido sobre todo porque estamos interesados en saber si su nombre puede vincularse a una serie de desapariciones a principios de septiembre de 1987. Antes de formularle preguntas concretas, ¿hay algo que quiera decirnos?

—Sí. Márchense ya.

—No lo entiendo —explicó Assad—. Juraría, o sea, que acaba de invitarnos a entrar.

Era un Assad sin brillo en la mirada. Muy impertinente y con tendencia a la agresividad. Carl tendría que atarlo en corto.

El anciano iba a bramar algo, pero Carl levantó la mano.

—Lo dicho, unas breves preguntas. Y tú calla, Assad.

Miró alrededor. Una puerta al jardín, otra a algo que podía ser un comedor, y después una puerta doble que parecía cerrada. Todas las puertas en chapeado de teca. Típica renovación de los años sesenta.

—¿Karl-Johan Henriksen tiene su consulta tras esa puerta? ¿Está cerrado ahora?

Curt Wad asintió en silencio. Estaba alerta y se contenía, en opinión de Carl, pero ya llegaría el arrebató de furia cuando las preguntas se hicieran más impertinentes.

—Entonces debe de haber tres vías de acceso a la casa desde la puerta de entrada. Subiendo las escaleras, el primer piso, donde está su esposa, abajo a la izquierda la consulta, y a la derecha el comedor y probablemente la zona de cocina.

El anciano volvió a hacer un gesto afirmativo. Tal vez asombrado por la explicación, pero seguía decidido a no hablar.

Carl volvió a comprobar las puertas que daban a la sala.

Si nos atacasen, seguramente entrarían por la puerta doble de la consulta, pensó Carl, y por eso la vigilaba más, mientras llevaba la mano a la funda de la pistola.

—¿De qué desapariciones estamos hablando? —preguntó por fin el anciano.

—Un tal Philip Nørvig, con quien sé que ha trabajado.

—Vaya. Llevo veinticinco años sin verlo. Pero has dicho *desapariciones*. ¿Quién más?

Bien, había pasado a tutearlos, con lo que el tono se hizo más relajado.

—Gente vinculada de una u otra forma a Sprogø —respondió Carl.

—No tengo ningún vínculo con Sprogø, soy de Fionia —dijo Wad con una sonrisa irónica.

—Sí, pero has contribuido a enviar a mujeres a la isla, y has sido responsable de una organización que con gran eficacia, usando una maquinaria al parecer bien engrasada, deportó a la isla a mujeres desde 1955 hasta 1961. Esa organización ha estado también implicada en muchísimos casos de abortos forzados y esterilizaciones ilegales.

La sonrisa de Wad se amplió.

—¿Y ha habido sentencia en alguno de esos casos? No, ninguna. Todo eran cuentos chinos. Y por el amor de Dios, ¿me habláis de las retrasadas de Sprogø? No entiendo qué relación puede tener con lo que estáis investigando. Quizá deberías hablar con Nørvig.

—Nørvig desapareció en 1987.

—Es lo que decís, pero tal vez tuviera razones para ello. Tal vez sea él quien está detrás de lo que os tiene ocupados. ¿Seguro que lo habéis buscado con suficiente empeño?

Habrased visto semejante arrogancia.

—No pienso oír más chorradas, Carl.

Assad se volvió hacia Curt Wad.

—Sabías que veníamos, ¿verdad? Ni siquiera has salido a la puerta para ver quién llamaba. Porque, o sea, sabías que el camión que nos tenía que atropellar no lo ha conseguido. Qué putada, ¿verdad?

Assad se le acercó. Aquello iba demasiado deprisa. Había muchos detalles que había que sacar con todo cuidado a Curt Wad. De seguir así, iba a cerrarse como una ostra.

—No, espera, Carl —lo apremió Assad cuando vio que iba a meter baza. Luego agarró por la cintura al anciano, que le llevaba por lo menos cabeza y media, y lo empujó a un sillón del rincón, junto a la chimenea—. Bien, ahora te tenemos más controlado. Esta noche habéis intentado quemar vivos a Carl y a sus amigos, y menos mal que no lo habéis conseguido. Y la noche anterior intentasteis robar a la Policía. También habéis quemado documentos, y tenéis a gente para hacer el trabajo sucio. ¿Crees que voy a tratarte mejor de lo que nos tratas, entonces, tú? Porque en eso te equivocas.

El Curt Wad que miraba a Assad seguía estando tranquilo y sonriente. Invitaba a una bofetada, ni más ni menos.

Carl terció con el mismo tono agresivo de Assad.

—¿Sabes qué ha sido de Louis Petterson, Curt Wad?

—¿De quién?

—Ah, juegucitos. No conoces ni a tus colaboradores de Benefice.

—¿Qué es Benefice?

—A ver, cuéntame por qué te llamó Louis Petterson justo después de que le hiciéramos un montón de preguntas sobre ti en un café de Holbæk.

Aquello hizo desaparecer un poco la sonrisa. Carl vio que también Assad se había dado cuenta. La primera vez que mencionaban algo concreto que podía vincularse a Wad, reaccionaba. *Touché*.

—Y antes de aquello ¿por qué te llamó Herbert Sønderskov? Por lo que me han informado, fue también poco después de que los visitáramos a él y a Mie Nørvig en su casa de Halsskov. ¿Algo que comentar?

—Nada.

Curt Wad dejó caer las manos sobre los brazos de la butaca, y las dejó allí. Señal de que no iba a hablar.

—¡La Lucha Secreta! —exclamó Carl—. Un fenómeno interesante del que la opinión pública danesa va a oír hablar sin duda muy pronto. ¿Tienes algo que decir al respecto? Al fin y al cabo eres el fundador, ¿no?

Ninguna respuesta. Solo una presa más fuerte en el brazo de la butaca.

—¿Estás dispuesto a reconocer tu participación en la desaparición de Nørvig? Porque entonces tal vez podríamos concentrarnos en eso, en lugar de todas esas pijadas de partidos políticos y logias secretas.

Aquello era el punto capital: la reacción de Wad. Porque por muy insignificante que pudiera ser, iba a ser la pauta para la estrategia a seguir por Carl frente aquella persona petrificada, se lo decía la experiencia. ¿Aprovecharía la ocasión para entregarse y salvar el partido, o intentaría salvarse? Carl se inclinaba por creer lo segundo.

Pero Wad no reaccionó, y aquello era desconcertante.

Carl miró a Assad. ¿Se había dado cuenta de que, en opinión de Curt Wad, el asunto de Nørvig no era para nada una alternativa al tema de La Lucha Secreta? ¿De que no se aferraba al asunto pequeño para salvar el grande? Bueno, unos delincuentes profesionales de pura cepa no habrían dudado ante ese canje. Pero Wad no hizo ningún canje. Así que quizá no tuviera nada que ver con las putas desapariciones, no era descartable. ¿O estaba más implicado de lo que pensaba Carl?

En aquel momento seguían sin avanzar.

—Caspersen sigue trabajando para ti, ¿verdad? Igual que trabajó en los casos en que tú, Lønberg y muchos otros de Ideas Claras arruinasteis la vida de gente inocente.

Wad no reaccionaba ante las preguntas, y Assad estaba que se subía por las paredes.

—Mucha idea clara, pero al final no te aclaras, payaso —cortó Assad.

Carl observó que, a pesar de lo inocente que pudiera parecer el ataque, la estocada había causado una profunda herida en Wad. El caso es que el último comentario pareció irritar al anciano más que todo lo anterior junto. Que aquel moro impertinente pusiera en solfa su inteligencia le resultaba demasiado provocador, era evidente.

—¿Cómo se llama tu chofer, el rubio ese que dejó la bombona de gas en mi casa? —siguió bombardeando Carl. Y para terminar—: ¿Te acuerdas de Nete Hermansen?

Wad se enderezó.

—Debo pedirles que se marchen.

Había vuelto el tono formal.

—Mi esposa está agonizando, y debo pedirles que se marchen y respeten nuestras últimas horas juntos.

—Igual que respetaste a Nete cuando hiciste que la mandaran a la isla, e igual que respetaste a todas las mujeres que no eran de tu gusto degenerado y perturbado, y cuyos hijos asesinaste antes de nacer, ¿verdad? —preguntó Carl con la misma sonrisa

irónica que había mostrado Curt Wad.

—Son dos cosas incomparables —declaró, levantándose—. Estoy harto de vuestra hipocresía.

Se inclinó hacia Assad.

—¿Tal vez has pensado tú también criar niños negros e idiotas y crees que puedes llamarlos daneses, hombrecillo feo y miserable?

—Vaya, por fin salió —comentó Assad con una sonrisa. Por fin salió el canalla. El canalla de Curt Wad.

—Largo de aquí, negrata de mierda. Lárgate a tu país, que eres un subhumano.

Luego se volvió hacia Carl.

—Sí, ayudé a que enviaran a Sprogø a chicas tontas y asociales con tendencias sexuales muy desviadas para que las esterilizaran, y deberías agradecermelo: su descendencia no corretea por las calles como ratas, y tú y tus colegas no tenéis que reprimir sus conductas criminales e instintos primitivos. Que el diablo os lleve a los dos. Si fuera más joven...

Dirigió hacia ellos sus puños cerrados, y Assad estaba dispuesto a dejarlo probar. Ahora Wad era bastante más frágil de lo que desvelaba la pantalla del televisor. El anciano daba una impresión casi cómica, tratando de erguirse y hacerse el duro en una sala con vitrinas y mezcla de estilos de toda una larga vida. Pero Carl no se dejó engañar. No había en Wad nada de cómico, y su fragilidad solo atañía al cuerpo. Porque su arma era la mente, y estaba intacta, fría, pensando solo en causar dolor.

Así que Carl agarró a Assad de la pechera y lo llevó hacia la puerta de entrada.

—En algún momento van a pillarlo, tranquilo, Assad —lo sosegó mientras caminaban por Brøndbyøstervej hacia la estación del tren suburbano.

Pero a Assad no le gustó la idea.

—¡*Van!!* Dices «van», no «vamos» —exclamó—. No sé *quiénes* van a hacerlo parar. Curt Wad tiene ochenta y ocho años, Carl. Nadie va a pillarlo antes que Alá, de no ser nosotros.

No se dijeron gran cosa en el tren, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

—¿Te has fijado en lo arrogante que es ese cabronazo? Ni siquiera tenía una alarma en la casa —comentó Assad en una de esas—. Sería facilísimo forzar la puerta, y habría que hacerlo, entonces, porque si no va a destruir pruebas importantes. Desde luego, o sea, eso es seguro.

No entró en detalles sobre quién debería hacerlo.

—No vas a hacer nada de eso, Assad —repuso Carl—. Por una semana ya basta con haber forzado la puerta hoy.

No parecía necesario decir más, y ninguno de los dos añadió nada.

Apenas llevaban cinco minutos en Jefatura cuando Rose entró en el despacho de

Carl con un fax impreso.

—Estaba en el fax cuando he mirado, y es para Assad —anunció—. El número del que lo ha enviado es de Lituania, creo. Una foto bastante macabra, ¿no? ¿Sabéis por qué nos la han enviado?

Carl dirigió una mirada breve al fax y se quedó helado.

—¡Assad, ven aquí! —gritó.

La reacción fue lenta. Había sido un día duro.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó cuando llegó arrastrando los pies.

Carl señaló el fax.

—Con ese tatuaje no hay confusión posible, ¿verdad, Assad?

Este observó el tatuaje de un dragón, partido en dos en la cabeza casi desgajada de Linas Verslovas. El rostro expresaba miedo y asombro.

El de Assad no, por desgracia.

—Es una lástima —reconoció Assad—, pero no tengo, o sea, nada que ver con eso.

—¿No crees que directa o indirectamente eres el culpable de esto? —inquirió Carl, dando un manotazo al fax. También él tenía los nervios a flor de piel, claro que tampoco era de extrañar.

—Con las cosas indirectas nunca se sabe. Desde luego, o sea, no es algo que haya hecho de manera consciente.

Carl se palpó en busca de los cigarrillos. Tenía que fumar, y punto.

—Tampoco yo lo creo, Assad, pero ¿por qué cojones cree la Policía de Lituania, o quién diablos haya enviado esa basura, que necesitas esa información? ¿Dónde coño está mi encendedor? ¿Lo has visto?

—No sé por qué creen que la necesito, Carl. Podía llamarlos por teléfono y preguntarles, ¿no?

La última frase sonó más sarcástica de lo necesario.

—¿Sabes qué, Assad? Creo que es mejor dejarlo para otro día. Creo que ahora debes ir a tu casa, o como sea que la llames, y relajarte. Porque tienes toda la pinta de ir a salirte de tus casillas en cualquier momento.

—Lo extraño es que a *ti* no te ocurra. Pero si te parece, me voy.

Assad no lo mostraba a las claras, pero Carl nunca lo había visto tan cabreado.

Y se marchó, con el encendedor de Carl asomando desafiante por su bolsillo trasero.

Aquello no auguraba nada bueno.

Capítulo 36

Septiembre de 1987

CUANDO la cabeza de Nørvig cayó sobre su pecho, se hizo un silencio absoluto en la vida de Nete. La había estado mirando la mismísima Muerte, le había hecho señas para que la acompañara al fuego del infierno, y ahora ya no estaba.

Nunca la había sentido tan cerca. Ni siquiera cuando murió su madre. Ni siquiera cuando, estando ingresada en el hospital, le dijeron que su marido había fallecido en el accidente.

Se arrodilló ante la silla donde Philip Nørvig, con los ojos abiertos hinchados por el llanto, había dejado de respirar.

Luego tendió sus manos temblorosas y trató de tocar los dedos rígidos de él mientras buscaba palabras que no encontraba. Tal vez solo quisiera pedir perdón, pero no parecía suficiente.

Tenía una hija, pensó, y sintió que su diafragma vibraba y que la sensación se extendía al resto del cuerpo.

Tenía una hija. Aquellas manos inertes tenían una mejilla que nunca más acariciarían.

—¡Basta, Nete! —gritó de repente, cuando se dio cuenta de adónde la llevaba la idea. Después masculló hacia el cadáver—: Hijo de puta.

Que no le viniera con su arrepentimiento y creyendo que la vida de ella sería mejor por eso. ¿Es que también iba a robarle la venganza? Primero su libertad y su maternidad, y ahora también su triunfo.

—Venga —gruñó mientras metía sus brazos bajo las axilas de él y notaba en ese instante el hedor que lo envolvía. Sin duda el hombre había vaciado el intestino en sus últimos segundos, y sin duda eso hacía que tuviera que darse aún más prisa.

Miró la hora. Eran las cuatro de la tarde, dentro de un cuarto de hora sería el turno de Curt Wad. Aunque después le tocaba a Gitte, la culminación de la obra era él.

Bajó a Nørvig de la silla y observó que había una gran mancha de excrementos, hedionda y de color marrón, en el asiento de la butaca.

Nørvig había dejado la última huella en la vida de Nete.

Tras envolverle el vientre con una toalla de baño y llevarlo a rastras hasta el cuarto sellado, Nete restregó una y otra vez la butaca, con las ventanas de la sala y de la cocina abiertas de par en par. Ni la mancha ni el olor se resignaban a desaparecer, y en aquel momento, cuando el reloj marcaba las 16.14, cada rincón, cada mínimo objeto de la estancia decían a gritos que en aquel piso ocurría algo espantoso.

A las 16.16 ya había llevado la butaca a un rincón del cuarto hermético, y el lugar donde había estado quedaba estrepitosamente vacío. Por un momento pensó en colocar allí una silla de la sala, pero lo descartó. Y no tenía más sillas.

Curt Wad tendrá que sentarse en el sofá mientras mezcla el beleño y el té, pensó. Le daré la espalda para ocultarlo, no hay otra.

Y pasó el tiempo, y Nete se acercaba a la ventana cada veinte segundos, pero Curt Wad no apareció.

Cuando Nete llevaba internada más de año y medio de sufrimiento, apareció de pronto un hombre en un lateral del patio que sacaba fotos hacia la costa. Lo rodeaba un montón de internadas, que cuchicheaban y lo miraban de arriba abajo como si fuera una presa gratis, pero el hombre era grande y corpulento, y los roces ocasionales cuando las chicas se acercaban demasiado no parecían afectarlo.

Era un tipo gallardo, como habría dicho su padre. Mejillas sonrosadas como un curtido campesino, y un cabello que brillaba de vida y cualquier cosa que no fueran escamas de jabón.

Cuatro funcionarias lo acompañaban, y cuando la cosa iba a más empujaban a las chicas para que volvieran a sus quehaceres. Mientras tanto, Nete se colocó tras el árbol que había en medio del patio y se quedó a la expectativa.

El hombre miró alrededor, sacó un cuaderno y fue anotando sus impresiones.

—¿Puedo hablar con una de las chicas? —oyó que preguntaba a una de las funcionarias, y estas rieron y dijeron que si apreciaba su inocencia, sería mejor que hablaran *ellas* con él.

—Me portaré bien —dijo Nete, avanzando hacia el grupo con aquella sonrisa que su padre llamaba «collar de perlas».

Vio ya en las miradas de las funcionarias que la iban a castigar, y duro.

—Vuelve a tu trabajo —la conminó la comadreja, la más pequeña de las cuatro funcionarias, asistente de la directora. Trató de decirlo con amabilidad, pero Nete no se dejó engañar. Era una mujer herida, igual que las demás. Alguien a quien no le quedaban en la vida más que palabras duras y labios amargados. «Una de esas que ningún hombre quiere», solía decir Rita. «Una de esas que disfrutan viendo que otras sufren más que ellas.»

—No, esperen —rogó el periodista—. Quiero hablar con ella. Parece pacífica.

Ante eso la comadreja soltó un bufido, pero no dijo nada.

El hombre se acercó un paso.

—Trabajo para la revista *Fotoreportagen*; ¿te gustaría hablar un rato conmigo?

Nete asintió rápido con la cabeza, pese a tener cuatro pares de ojos fríos fijos en ella.

El hombre se volvió hacia las funcionarias.

—Solo diez minutos junto al embarcadero. Un par de preguntas y un par de fotos. Podéis estar cerca para intervenir si no puedo defenderme —sugirió, entre risas.

Cuando las funcionarias se retiraron, una de ellas se separó del rebaño a una señal de la comadreja, y se encaminó al despacho de la directora.

Solo tienes un momento, pensó Nete, y caminó delante del periodista por el sendero que había entre los edificios y llevaba al puerto.

Aquel día el sol lucía con fuerza, y junto al embarcadero estaba la motora que había llevado hasta allí al periodista. Nete había visto al barquero en otra ocasión, y él sonrió y la saludó con la mano.

Nete habría dado años de su vida por una estancia en la motora y un viaje a tierra firme.

—No soy ninguna retrasada, y tampoco soy anormal en absoluto —se apresuró a decir al periodista, girando la cabeza—. Me han encerrado aquí después de violarme. Me violó un médico, se llama Curt Wad. Puedes encontrar su número en el listín.

El periodista apartó la cabeza, sorprendido.

—Vaya. ¿Dices que te han violado?

—Sí.

—¿Un médico que se llama Curt Wad?

—Sí. Puedes mirarlo en las actas del juicio. Perdí el caso.

El hombre movió lentamente la cabeza arriba y abajo, pero no lo anotó. ¿Por qué no lo haría?

—Y tú ¿te llamas...?

—Nete Hermansen.

Eso sí lo anotó.

—Dices que eres normal, pero ya sé que a todas las que estáis aquí os han hecho un diagnóstico. ¿Cuál es el tuyo?

—¿Diagnóstico?

No conocía la palabra.

Él sonrió.

—Nete, ¿puedes decirme cuál es la tercera mayor ciudad de Dinamarca?

Nete alzó la vista hacia la colina con árboles frutales, sabiendo perfectamente adónde quería ir a parar. Tres preguntas más y la habría encasillado.

—Ya sé que no es Odense, porque esa es la segunda mayor —respondió.

El periodista asintió en silencio.

—¿Eres tal vez de Fionia?

—Sí. Nací a unos kilómetros de Assens.

—Entonces quizá puedas contarme algo sobre la casa de Hans Christian Andersen de Odense, ¿no? ¿De qué color es?

Nete sacudió la cabeza.

—Por favor, llévame de aquí. Te contaré muchas cosas que no vas a llegar a saber aquí. Muchas cosas que no sabes.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Cosas sobre las funcionarias. Si alguna se porta bien con nosotras, la envían enseguida de vuelta a tierra firme. Y si no obedecemos nos arrojan a uno de los cuartos de reflexionar.

—¿Cuartos de reflexionar?

—Sí, celdas de castigo. Un cuarto con una cama, nada más.

—Bueno, esto tampoco es un centro de vacaciones, ¿verdad?

Nete sacudió la cabeza. El periodista no entendía nada.

—Solo podemos salir de aquí si nos dejamos esterilizar.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Es para que no traigáis al mundo niños que no vais a poder cuidar. ¿No crees que es muy filantrópico?

—¿Filantrópico?

—Sí, humano.

—¿Por qué no puedo tener hijos? ¿Mis hijos valen menos que los de otras personas?

El hombre miró detrás de Nete, hacia las tres funcionarias que los habían seguido y, a unos pasos de distancia, trataban de captar la conversación.

—Señala a una que pegue —propuso.

Nete giró la cabeza.

—Las tres pegan, pero la más pequeña es la que pega más fuerte. Sobre todo en la nuca, y te deja dolorida para varios días.

—Caramba. Mira, veo que se acerca la directora. Dime otra cosa. ¿Qué cosas no podéis hacer?

—El personal guarda las especias. Solo hay sal, pimienta, vinagre y demás cuando hay invitados.

Él sonrió.

—Bueno, si solo es eso, no es mucho. La comida está buena, la he probado.

—Lo peor es que nos odian. Que les importamos un rábano. Que nos tratan a todas igual y que no nos escuchan.

El periodista rio.

—Pues deberías conocer a mi redactor jefe. Acabas de describirlo.

Nete oyó que las funcionarias se despleaban tras ella, y lo último que registró antes de que la directora la agarrase del brazo y la llevase a rastras fue que el barquero había encendido un purito y estaba preparando sus aparejos de pesca.

No la habían oído; al menos, no como era debido. Sus plegarias habían sido vanas. No era más que una brizna de hierba.

Al principio se quedó llorando en la celda de castigo. Y, como no le valió de nada, gritó con todas sus fuerzas que la soltaran, y después pateó y arañó la puerta. Y cuando se cansaron de oír todo aquel estrépito, entraron varias funcionarias, le pusieron la camisa de fuerza y la sujetaron a la cama.

Pasó varias horas llorando y hablando a la pared amarillenta, como si pudiera derrumbarse y revelarles el camino a la libertad, pero al final se abrió la puerta y entró la directora, seguida de su asistente, aquella comadreja entrometida.

—He hablado con el señor William, de *Fotoreportagen*, y ya puedes estar contenta, porque no piensa publicar ninguno de los cuentos chinos que le has contado.

—No le he contado ningún cuento chino. Nunca miento.

Nete no vio la mano que vibró en el aire y le dio en la boca, pero estaba preparada cuando la comadreja echó el brazo atrás, dispuesta a golpear de nuevo.

—Basta, señorita Jespersen. No es necesario —la amonestó la directora—. Estoy acostumbrada a oír esas excusas.

Luego miró a Nete. Tal vez fuera ella, a pesar de todo, la funcionaria que a diario tenía la mirada más cálida, pero en aquel momento era un témpano.

—He llamado a Curt Wad y lo he informado de que sigues empeñada en contar esas mentiras infundadas sobre él. Pensaba que podría ser interesante conocer su opinión acerca de qué debía hacer contigo, y me ha dicho que, con esa mente rebelde y mentirosa que tienes, ningún castigo sería lo bastante largo.

Dio una palmada en la mano a Nete.

—No es él quien debe decidir, pero aun así le tomaré la palabra. Te quedarás aquí una semana, en principio, y luego ya veremos cómo reaccionas. Si te portas bien y no gritas, te soltaremos la camisa de fuerza mañana mismo. ¿Qué te parece, Nete? ¿De acuerdo?

Nete tiró un poco de la correa.

Protesta sin palabras.

¿Dónde se habrá metido?, pensaba Nete. ¿Curt Wad habría pensado no aparecer? ¿Era de verdad tan arrogante que ni diez millones de coronas podían hacerlo salir de su guarida? Con aquello no había contado.

Sacudió la cabeza, desesperada. Era lo peor que podía ocurrir. El cadáver del abogado flaco seguía mirándola absorto cuando cerró los ojos, pero Nørvig no había sido más que el lacayo de Curt Wad, y si no había querido salvarle la vida, con menor razón a Curt Wad.

Se mordió el labio y miró el reloj de péndulo efectuando su despiadado vaivén.

¿Podría marcharse a Mallorca dejando el asunto sin terminar? No, sabía que no

podía. Curt Wad era el más importante y debía caer en la red.

—¡Venga, venga, venga, cabrón! —salmodiaba mientras agarraba la labor y hacía punto a la velocidad del rayo. Y cada vez que las agujas entrechocaban más intensa se hacía su mirada, vuelta más allá de las ventanas abiertas hacia el sendero de la orilla del lago.

¿Sería el corpachón que había junto al búnker? No. ¿Sería el de atrás? No, tampoco.

Y ahora ¿qué hago?, pensó.

Entonces tocaron el timbre. No el del portero automático, sino el de la puerta de su piso, y el timbrazo la penetró hasta el tuétano.

Apartó la labor y miró de prisa alrededor para comprobar que todo estaba bien.

Sí, el extracto estaba preparado. La cubretetera cubría la tetera. Los papeles con el logotipo ficticio del abogado ficticio estaban sobre el mantel de encaje de la mesa frente al sofá. Dilató las ventanas de la nariz. En efecto, todo rastro del tufo de Nørvig había desaparecido.

Luego avanzó hacia la puerta y pensó que una mirilla le habría venido bien. Aspiró hondo y dirigió la mirada hacia arriba, dispuesta a cruzar su mirada con la de Curt Wad cuando abriera la puerta.

—Bueno, al final he encontrado algo de café. Me ha costado un poco, mi vista no es lo que era —dijo una voz medio metro más abajo de lo que había esperado.

Su vecina le tendía la bolsa medio vacía a cuadros azules y hacía lo imposible por ver algo del piso por el pasillo. ¿Qué podía haber más interesante que observar el mundo secreto de una vecina?

Pero Nete no la invitó a pasar.

—Muchas gracias —dijo, agarrando la bolsa—. Por lo demás, el nescafé estaba bien, pero esto es el no va más, claro. ¿Puedo pagarle ahora? No voy a poder darle otro paquete, porque salgo de viaje para dos semanas.

La señora asintió en silencio, y Nete se apresuró a la sala y sacó la cartera del bolso. Eran las 16.35, y Curt Wad seguía sin aparecer. Si llamaba, la vecina tenía que haber desaparecido. ¿Y si venía en los periódicos o en la televisión que los buscaban? Las mujeres como su vecina se pasaban el día mirando la caja tonta. De hecho, cuando el tráfico menguaba se oía su televisor.

—Tiene una casa preciosa —dijo la vecina desde atrás.

Nete giró en redondo como un trompo. La mujer la había seguido y estaba en medio de la sala observándolo todo con curiosidad. Lo que más captaba su interés eran los papeles de la mesa baja y las ventanas abiertas.

—Gracias, también yo estoy a gusto en ella —correspondió Nete, tendiéndole un billete de diez—. Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

—¿Dónde está su invitado? —preguntó la vecina.

—Tenía cosas que hacer en el centro.

—Entonces, ¿quizá podríamos tomar una taza mientras espera? —propuso.

Nete sacudió la cabeza.

—Gracias, lo siento, pero no. Otra vez será. Ahora debo clasificar unos papeles.

Miró con amabilidad a la señora, que pareció decepcionada, la agarró del brazo y la condujo de vuelta al descansillo.

—Gracias por su amabilidad —concluyó, y cerró la puerta de entrada.

Pasó medio minuto esperando con la espalda apoyada en la puerta, hasta que se oyó el clic de la puerta de la vecina.

Y si volvía mientras Curt Wad o Gitte Charles estaban allí, ¿qué? ¿Tendría que matarla a ella también?

Nete sacudió la cabeza y se imaginó que aparecía la Policía para hacerle preguntas. Sería demasiado arriesgado.

—Dios mío, que no vuelva a aparecer —dijo en voz baja.

No porque tuviera fe en que el poder divino fuera a acudir en su ayuda. No, sus plegarias al cielo nunca llegaban tan lejos.

Era lo que le decía la experiencia.

El cuarto día a base de pan de centeno y agua fue duro. El mundo de Nete se había hecho de pronto demasiado pequeño, y no había en él sitio para lloros ni para las plegarias que enviaba a Dios los días, y sobre todo las noches, anteriores.

Así que en su lugar gritaba pidiendo aire y libertad, y sobre todo invocaba a su madre.

—¡Ven a ayudarme, madre! ¡Me apretaré contra ti y te pediré que te quedes conmigo para siempre! —chillaba de un tirón. Ay, si pudiera estar con su madre en el jardincillo de la pequeña granja, limpiando verdura. Entonces sí que...

Dejó de chillar cuando empezaron a aporrear la puerta y a gritar que se callara. No eran las funcionarias, sino algunas de las chicas del primer piso. Y la campanilla del pasillo sonó, porque las chicas habían salido de sus cuartos y activado la alarma, y los gritos y el tumulto generalizado fueron reemplazados por las advertencias cortantes de la directora y el ruido de los pestillos de las puertas de los cuartos.

Menos de veinte segundos después empujaron a Nete hacia el fondo de la celda. Echó la cabeza atrás con un rugido cuando le clavaron aquella aguja larga, y después la estancia se difuminó ante su vista.

Cuando despertó con los brazos sujetos con una correa de cuero, ya no le quedaban fuerzas para gritar.

Así estuvo, sin decir palabra, todo el día, y cuando querían alimentarla giraba la cabeza y pensaba en la casita de la isla, tras la colina de los ciruelos, y en el sol que se filtraba entre la hojarasca y los matorrales en forma de haces de luz centelleantes.

Y pensaba en el pasado, en la huella sobre el heno del granero después de los juegos amorosos de ella y Tage.

Pensaba con intensidad, concentrada, porque si no andaba con cuidado veía en su mirada interna el rostro arrogante de Curt Wad, y no quería tal cosa.

No, no deseaba pensar en él. Aquel bicho infame le había arruinado la vida, y jamás saldría de allí como había entrado, ahora ya lo sabía. La vida había pasado ante sus narices, y cada vez que su pecho se hinchaba deseaba que la respiración se detuviera.

Ya he tomado la última comida, se decía a sí misma. Curt Wad y el diablo y todas sus obras hacían que no pudiera imaginarse otra vida después de esta.

Cuando llevaba varios días sin probar bocado y ya no evacuaba, llamaron a un médico.

Debería haber sido el ángel liberador, desde luego se calificaba a sí mismo como «una ayuda en la necesidad», pero la ayuda consistió en un pinchazo en el brazo y una visita al hospital de Korsør.

Allí la tuvieron en observación, y le daban la espalda en cuanto les rogaba algo de compasión y pedía que la creyeran cuando decía que era una chica normal y corriente que había sido golpeada por la desgracia.

Solo una vez hubo una persona en la habitación dispuesta a escuchar, pero a Nete la habían medicado tanto que pasaba el día amodorrada.

Era un joven de unos veinticinco años, que visitaba a una niña sorda que habían ingresado por la mañana y ahora estaba tras la cortina, en la cama de enfrente, a los pies de la cama de Nete. Oyó que la niña tenía leucemia, y aunque no sabía qué era eso, sí que sabía que la niña iba a morir. Desde su nebulosa lo leía en los ojos de los padres cuando le daban la espalda a su hija. Nete envidiaba en muchos aspectos a la niña. Liberada de las miserias de este mundo, rodeada de gente cariñosa, ¿no era eso misericordia? Y luego aquel hombre, que acudía a aliviar sus últimos días leyéndole un libro o dejando que leyera ella.

Y Nete cerraba los ojos y escuchaba aquella voz sosegada ayudando a la voccecita más aguda a pronunciar las letras, las palabras y las frases para que se entendieran, y a un ritmo que hasta Nete, en su estado nebuloso, podía seguir.

Cuando terminaron el cuento, el hombre dijo que volvería al día siguiente para leer con ella.

Dirigió a Nete una sonrisa cálida al pasar a su lado.

Una sonrisa que le llegó al alma e hizo que comiera un poco aquella misma noche.

Dos días más tarde la niña había muerto y Nete volvía a Sprogø, más callada y cerrada que antes. Hasta Rita la dejaba en paz por la noche, claro que ahora tenía nuevos retos. Todas los tenían.

Y es que en el mismo barco que devolvió a Nete a la isla llegó también Gitte Charles.

Capítulo 37

Noviembre de 2010

MIENTRAS Curt yacía de costado en la cama de matrimonio mirando con fijeza los párpados casi transparentes de su amada, que llevaban tres días sin abrirse a la vida, tuvo todo el tiempo del mundo para maldecir los acontecimientos de los últimos días.

Todo se desmoronaba. El aparato de seguridad, organizado para eliminar obstáculos del camino, había cometido errores fatales, y la gente que antes estaba callada empezaba a vociferar.

Parecería que en medio del nuevo triunfo de Ideas Claras se colasen desgracias que se abalanzaban sobre él y sus actividades como perros hambrientos.

¿Por qué no conseguían detener a aquellos dos policías? *Tenían* que conseguirlo. Mikael, Lønberg y Caspersen habían prometido hacer todo lo que pudieran, pero no era suficiente.

Un espasmo sacudió el rostro de Beate y, aunque apenas fue perceptible, Curt se sobresaltó.

Miró el dorso de su mano acariciando la mejilla de su esposa, y tuvo una sensación extraña. Era como si su mano se fundiera con la piel de ella; tampoco había tanta diferencia entre su envejecimiento y el de Beate. Pero dentro de unas horas ella estaría muerta y él no, y era una diferencia que debía tener en cuenta si quería seguir viviendo. Y en aquel momento no quería. Pero *debía* seguir viviendo. Había cuestiones que resolver, pero en cuanto estuvieran resueltas ya encontraría una lápida en la que el cantero pudiera grabar dos nombres a la vez.

Oyó un sonido penetrante y miró hacia la mesa de noche. Era su iPhone, y no el móvil seguro que empleaba los últimos días. Se estiró, lo alcanzó y abrió el mensaje que acababa de llegar.

Era un mensaje de Herbert Sønderskov, con un link.

Así que al final ha realizado su misión, menos mal, pensó Curt. Una persona que se había ido de la lengua estaba fuera de circulación. Así debía ser.

Pinchó el vínculo y esperó un momento hasta que fue apareciendo una imagen. Se puso en pie de un tirón al leer el traicionero mensaje.

Aparecían un Herbert sonriente y una Mie igual de sonriente, saludándolo desde un paisaje grandioso y exuberante. Sobre la foto había un texto breve: «Nunca nos encontrarás», ponía.

Después de copiar el archivo a su portátil lo abrió y amplió la foto hasta que ocupó toda la pantalla. Estaba sacada apenas diez minutos antes, y el cielo que había

sobre la pareja estaba completamente rojo por la puesta de sol. Tras ellos había palmeras, y más allá gente de color y un océano azul, abierto.

Luego abrió la aplicación «Planets» del iPhone y pinchó en «Globe», donde se daba la posición exacta actual del sol en el globo terrestre. Y el único lugar del mundo con vegetación tropical donde el sol se estaba poniendo hacía diez minutos era el extremo sur de Madagascar. El resto del meridiano donde se ponía el sol en ese momento lo ocupaban el mar abierto, desiertos de Oriente Próximo y zonas templadas del antiguo imperio soviético.

Como los dos estaban de espaldas al sol, debían de encontrarse en la parte occidental de la isla. Una gran isla, sin duda, pero no tan grande como para ser la cuna del olvido. Si enviaba a Mikael al sur de la isla y le pedía que preguntase por dos escandinavos ancianos de pelo cano, los atraparía enseguida. Un poco de dinero por aquí y por allá nunca venía mal, y en el amplio océano siempre había tiburones para hacer desaparecer huellas.

Era la primera buena noticia del día.

Sonrió y volvió a sentir que su energía retornaba. «Nada consume tanto como las decisiones poco entusiastas y la falta de acción», solía decir su padre. Era un hombre sabio.

Giró su cuerpo rígido un poco hacia atrás y miró a la calle, donde los jóvenes aspirantes a policía hacían ejercicios bajo los árboles de Lindehjørnet, frente a su casa. Observó con desagrado que algunos, que en ese momento fingían detener a supuestos delincuentes, eran de tez morena, y entonces sonó el Nokia de la mesa.

—Soy Mikael. Yo y uno de nuestros ayudantes, cuyo nombre no necesita conocer, hemos observado hace siete minutos que Hafez el-Assad ha salido de Jefatura y en este momento baja las escaleras que llevan a los andenes de la Estación Central. ¿Qué tenemos que hacer?

¿Que qué tenían que hacer? ¿No era evidente?

—Id tras él. Si tenéis oportunidad de hacerlo sin que se dé cuenta, entonces agarradlo y haced que desaparezca. Deja el móvil encendido para que pueda seguiros, ¿vale? Y procurad que no os vea bajo ninguna circunstancia.

—Estamos dos para ayudarnos uno al otro. Nos mantendremos a distancia, tranquilo.

Curt sonrió. La segunda buena noticia del día. Tal vez cambiara la racha.

Volvió a tumbarse en la cama junto al cuerpo moribundo, con el Nokia entre la almohada y la oreja. Eran dos mundos decisivos y muy diferentes que chocaban. La vida y la muerte, en pocas palabras.

Tras estar tumbado un rato y sentir que la respiración de Beate casi se había detenido, se oyó una voz cuchicheando por el móvil.

—Estamos en el suburbano, camino de Tåstrup. A lo mejor nos lleva al lugar

donde vive. Vamos cada uno en un extremo del vagón y cerca de las puertas, así que no escapará, se lo garantizo.

Curt le dijo que muy bien, y después se volvió hacia Beate y le palpó el cuello. Seguía habiendo pulso, pero era débil, y caprichoso como la propia muerte.

Cerró los ojos un momento y se sumergió en recuerdos de mejillas rosadas y risas que hacían desaparecer toda preocupación. Es increíble que alguien haya podido nunca ser tan joven, pensó.

—¡AHORA! —se oyó bastante alto por el móvil, y Curt despertó sobresaltado—. Ha bajado en la estación de Brøndby. Estoy convencido de que va a su casa, señor Wad.

¿Había pasado tanto tiempo? Sacudió la cabeza para desentumecerse y se incorporó a medias en la cama, con el móvil pegado a la oreja.

—Manteneos a distancia, ya me encargaré de recibirlo. Pero tenéis que ser discretos, porque los chicos de la Academia de Policía están haciendo ejercicios frente a mi casa. Juegan a guardias y ladrones.

Curt sonrió. Le daría una calurosa bienvenida.

Iba a decir a Beate que tuviera un poco de paciencia, que estaría fuera un rato, cuando vio que tenía los ojos abiertos y la cabeza hacia atrás.

Wad contuvo la respiración unos segundos, y después jadeó, contemplando los amados ojos apagados, muertos. Miraban hacia donde él había estado tumbado, como si en el último momento hubiera buscado contacto. Y él se había quedado dormido, era espantoso. No había estado para ayudarla cuando ella lo había necesitado.

Notó algo que empezó siendo una pulsación débil en el diafragma, que se extendió por todo su cuerpo a velocidad incontrolable, para convertirse en un espasmo en el pecho y sonidos guturales en la garganta. Su rostro se retorció en una mueca de dolor, y un largo aullido apenas audible se intercaló entre sus sollozos.

Estuvo así un buen rato, agarrándole la mano; después le cerró los ojos y se levantó sin mirar atrás.

El bate que sus hijos habían desgastado contra miles de pelotas de tenis lo encontró en el *office*, junto al comedor. Lo sopesó en la mano y le pareció lo bastante pesado; después salió al patio y se plantó al acecho en el extremo del edificio anexo.

Gritos y comentarios joviales llegaban de la calle, donde los aspirantes a policía materializaban su sueño de separar el grano de la paja. Justo lo que iba a hacer Curt. Iba a dar un golpe limpio a Hafez el-Assad en la nuca, si podía, y después arrastrarlo rápido al amparo de la casa. Cuando llegaran los otros dos ya lo ayudarían a arrastrar el cuerpo hasta el búnker, cuando la actividad de la calle decayera y se hiciera de noche.

El móvil de su bolsillo vibró.

—¿Sí...? —susurró—. ¿Dónde estáis?

—En el cruce de Vestre Gade y Brøndbyøstervej. Ha desaparecido.

Curt arrugó el entrecejo.

—¿Qué?

—Se ha metido en una urbanización de casas adosadas rojas, y de pronto ha desaparecido.

—Venid rápido. Cada uno por su lado.

Colgó y miró alrededor. Estaba en un lugar seguro, en una esquina del patio, con un muro de la altura de un hombre separándolo de Tværgade. El tipo solo podía venir de una parte, a saber, por el sendero paralelo al anexo. Así que estaba preparado.

Menos de cinco minutos después oyó pasos cautelosos en el sendero. Pasos cautelosos que se acercaban. Pasos que tanteaban las baldosas y avanzaban metro a metro.

Curt asió el bate con fuerza y se colocó junto a la esquina. Aspiró hondo y lento, y contuvo la respiración hasta que vio que aparecía una cabeza.

Una fracción de segundo antes de dar el garrotazo, la persona se echó hacia atrás.

—Soy yo, señor Wad —dijo una voz que no sonaba como la del árabe.

Después apareció una figura. Era uno de sus ayudantes. Mikael solía llevarlo a veces a los grandes eventos.

—Idiota —dijo Curt entre dientes—. Márchate. Lo vas a asustar. Vuelve a la calle, y cuida de que no te vea.

Se quedó un rato con el corazón desbocado, maldiciendo a los inútiles de los que parecía rodearse. Ven, morito estúpido, pensó, mientras los ejercicios de los policías al otro lado de la calle iban finalizando. Terminemos de una vez.

Apenas había tenido este pensamiento cuando oyó un ruido sordo en el muro de atrás y después vislumbró un par de manos aferrándose al borde del muro.

Antes de dar la vuelta del todo el hombre estaba ya sobre el muro. Aterrizó como un gato, acurrucado, frente a Curt y le dirigió la mirada de quien ha logrado su objetivo.

—Tenemos que hablar, Curt —le espetó el árabe mientras Curt alzaba el bate y lo blandía sobre su cabeza.

De pronto el hombre macizo rodó a un lado y se puso en pie con ayuda de un brazo. Y en el instante en que el bate golpeó las baldosas con un ruido sordo, el hombre saltó hacia delante y agarró con fuerza a Curt del torso.

—Vamos adentro, ¿entendido? —susurró—. Aquí fuera andan demasiadas hienas sueltas.

Apretó con fuerza, y Curt perdió el aliento. Socorro, quería gritar, pero no le quedaba aire.

Luego el árabe lo arrastró rápido, atravesó el sendero y lo dejó caer en la hierba

frente a la entrada trasera. Un par de segundos más y lo habría conseguido, pero los pasos corriendo por el sendero y la figura de Mikael, de pronto ante ellos, hicieron que su atacante apretara más la presa y que Curt casi perdiera el sentido, pero después aflojó.

Curt se quedó tumbado en la hierba, oyendo el tumulto a sus espaldas. Golpes y juramentos en dos idiomas diferentes.

Se levantó a duras penas y se dirigió vacilante hacia la puerta del garaje, donde seguía el bate.

Cuando lo levantó tenía otra vez al árabe ante él.

Curt miró instintivamente al césped, donde Mikael yacía sin sentido. ¿Quién diablos era aquel hombre que tenía delante?

—Suelta eso —dijo Hafez el-Assad con un tono que no admitía réplica.

Y el sonido del pesado garrote al caer contra las baldosas fue como la sensación que tenía Curt en el cuerpo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Conozco a la gente como tú mejor de lo que crees, y no voy a dejarte marchar —aseguró el hombre—. Quiero saber todo acerca de tus actividades, y estoy seguro de que tienes en la casa todo lo que hace falta, asesino.

Lo agarró con fuerza de la muñeca y lo arrastró tras de sí.

Acababan de llegar a la puerta trasera cuando se oyó un zumbido que torció la cabeza del árabe con un chasquido feo, y su cuerpo se derrumbó.

—Ya está —dijo una voz tras él. Era el ayudante de Mikael—. A este ya le hemos parado los pies.

No pasó mucho tiempo desde que Curt llamó a su sucesor a la clínica hasta que oyó el ruido de la cerradura en el piso bajo.

—Gracias por venir tan rápido, Karl-Johan —dijo, llevándolo al dormitorio.

Karl-Johan Henriksen hizo lo que debía, y después se quitó el estetoscopio y lo miró con rostro grave.

—Te acompaño en el sentimiento, Curt —exclamó—. Pero ahora está en paz.

Escribió el certificado de defunción con manos temblorosas, y parecía incluso más afectado que Curt.

—¿Qué vas a hacer ahora, Curt?

—Tengo una cita con uno de nuestros seguidores, un magnífico empresario de funeraria de Karlslunde. He hablado con él y voy a pasar por su casa esta noche. Mañana iré a casa del pastor. Hay que enterrar a Beate en la parte antigua del cementerio, justo al lado de la iglesia de Brøndbyøster.

Curt recibió el certificado y las condolencias de KarlJohan Henriksen, y le dio la mano.

Así fue como terminó aquel capítulo largo, casi eterno.

Un día movido de verdad.

Miró a su mujer y comprobó que el cuerpo había empezado a enfriarse. Qué fugaz era la vida.

Luego ordenó el dormitorio y preparó a Beate, buscó las llaves del coche, salió al anexo, abrió el búnker y comprobó que aún había señales de vida en el cuerpo oscuro que yacía sobre el piso de cemento.

—Que te vaya bien, moro estúpido. Si aún estás vivo cuando vuelva de la funeraria, te ayudaré en el último tramo.

Capítulo 38

Septiembre de 1987

A medida que Gitte se acercaba a Copenhague, su plan iba tomando forma.

Diez millones eran mucho dinero, pero Nete tenía muchísimo más, y cuando solo tienes, como Gitte, cincuenta y tres años, diez millones no bastan para el resto de tu vida. No con la relación que tenía ella con el dinero, no con los sueños que alimentaba. Si se cuidaba y en adelante no bebía tanto, bien podía vivir otros treinta o cuarenta años, y en ese caso no hacía falta ser un experto contable para saber que diez millones eran demasiado poco.

Por eso, el plan era tratar de asumir el control sobre todo lo que Nete poseía. Desconocía aún el medio y el modo, dependería de la situación. Lo mejor sería que Nete siguiera siendo fácil de manipular. Pero si estaba de verdad tan enferma como dejaba entrever, se trataba de hacerse imprescindible mientras durase. Ya se encargaría ella de esas paparruchas de testamentos y firmas.

Y si resultaba que a Nete no le gustaba su modo, el medio tendría que ser más violento. No era lo que Gitte deseaba, pero tampoco podía descartarse. Ya había enviado antes a enfermos incurables a encontrar al Creador más rápido de lo que el propio destino podía pensar.

Fue Rita Nielsen la primera en darse cuenta de la debilidad que sentía Gitte por las mujeres. Cuando se acercaba a Gitte con sus labios suaves y el flequillo sudoroso, la funcionaria se quedaba sin habla. Por supuesto que estaba prohibido, pero cuando Rita tenía la camisa húmeda y prieta, y como Gitte tenía poder para ordenarle que fuera a la zona pantanosa cuando quería, era Gitte quien imponía sus reglas.

Por eso era fantástico y maravilloso que Rita Nielsen estuviera bien dispuesta. Que aquel cuerpo suave buscara satisfacción y que Gitte pudiera dársela.

Aquello continuó mientras Rita se conformó, pero cuando una noche se levantó y se cubrió los pezones con la blusa, todo aquello terminó.

—Quiero irme de aquí, y tienes que ayudarme —explicó—. Di a la directora que me he corregido y que recomiendas que me saquen del asilo, ¿vale?

No era un tono que Gitte estuviera acostumbrada a oír a ninguna de las chicas de Sprogø, y no iba a tolerarlo. Cuando Gitte afilaba la lengua, las chicas salían corriendo, y así debía ser. La admiraban y la temían como el verdugo en que podía convertirse cuando le convenía.

Nadie mandaba a los dos cuartos de reflexionar a tantas chicas como Gitte. Nadie cargaba tanto las tintas cuando una chica se ponía insolente. Y el resto de

funcionarias creían que estaba bien y la admiraban, porque era enfermera y también guapa.

Gitte pensó un momento en golpearla por su osadía, pero dudó demasiado y recibió en su lugar una sonora bofetada que le cortó la respiración y la hizo caer de espaldas. ¿Cómo se atrevía aquella chiquilla tonta a levantarle la mano?

—Sabes muy bien que puedo arruinarte la vida. Puedo describir cada detalle de tu cuerpo, y es lo que pienso hacer en presencia de la directora si no me ayudas —aseguró Rita con voz pausada, de pie ante el cuerpo tumbado—. Cuando le diga a la directora cómo me obligas a manosearte, solo con mi descripción de tu cuerpo podrá comprobar que no miento. Así que vas a hacer que me manden a tierra firme. Ya sé que la decisión la toman los médicos, pero ya te las arreglarás.

Gitte siguió con la mirada el vuelo de los gansos sobre las copas de los árboles e hizo un vago gesto afirmativo con la cabeza. Rita iría a tierra firme, pero cuando le conviniera a ella. Ni un momento antes.

A la mañana siguiente Gitte se frotó con fuerza las mejillas y golpeó con violencia la puerta del despacho de la directora, y la mirada que encontró al otro lado de la mesa era tan temerosa como desprevenida.

—¡Santo cielo, Gitte Charles! ¿Qué ha pasado?

Gitte contuvo el aliento y giró un poco, para que la directora se diera cuenta, no solo de que su bata blanca estaba desgarrada, sino de que no llevaba bragas debajo.

Gitte describió en pocas palabras cómo la impredecible, desviada sexual y psicópata de Rita Nielsen le había arrancado la ropa detrás de la lavandería y la había forzado a tumbarse en el suelo con las piernas abiertas.

Apretó las cuerdas vocales para que vibrasen y miró al suelo, avergonzada, mientras hablaba del abuso y de su inútil defensa.

—Por eso recomiendo que Rita Nielsen permanezca diez días en celdas de castigo y que se le retiren sus atribuciones —declaró, y el movimiento de manos y la mirada espantada de la directora le dijeron que su deseo le sería concedido—. Y después tendremos que pensar si recurrir a la esterilización antes de expulsarla de aquí. La fijación que tiene con la sexualidad es enorme, y estoy segura de que en el futuro va a ser fuente de cargas para la sociedad si no lo hacemos.

Los dedos de la directora se encorvaron mientras miraba con fijeza el cuello manchado de Gitte.

—Por supuesto, Gitte Charles —se limitó a decir, y se levantó.

Se montó una buena con Rita, pero sus acusaciones contra Gitte fueron todas desestimadas, y fue evidente el susto de Rita al ver que su maniobra no solo no había

resultado, sino que se había vuelto contra ella. Fue un auténtico placer ser Gitte en esos momentos.

—Pues claro que conoces el cuerpo de Gitte, tal como dices —exclamó la directora—. Como que has abusado de ella. No, amiguita. Con tu manera de ser obtusa y malvada tratas de dar la vuelta a la situación, pero no me engañas. ¿Qué otra cosa puede esperarse de una chica con tus pobres facultades mentales y tu repugnante pasado?

El relato de lo acontecido se extendió con rapidez. Antes de terminar el día ya había recorrido establos, descampados, gallineros y todos los rincones del asilo. Rita no paraba de gritar en su celda y le pusieron más de una inyección, y muchas de las colegas de Gitte, y también muchas de las chicas, se regodearon.

Cuando la sacaron fue solo por poco tiempo, porque Rita era una chica terca y le costaba controlar la boca, así que al cabo de una semana volvió a estar inmovilizada en la celda, gritando como una posesa.

—Nete Hermansen es una buena chica, no debe compartir cuarto con ese monstruo —comentó Gitte a la directora. Entonces sacaron las cosas de Rita y dejaron todo el cuarto para Nete.

Aquello hizo que Nete mirase a Gitte con otros ojos, Gitte se dio cuenta enseguida.

Fue Nete quien tomó la iniciativa para el contacto. Ingenua, esperanzada y de todo punto deseable.

Las habían puesto a descargar barriles de carbón del barco, y una de las chicas tropezó, se torció el tobillo y se puso a chillar como un cerdo ante el matarife. Todas acudieron, pese a los gritos y golpes del personal, y en medio del tumulto Nete y Gitte de pronto estuvieron muy cerca una de la otra.

—Me han traído por equivocación —susurró Nete con mirada límpida—. No soy tonta, y sé también que hay muchas otras que tampoco lo son, pero tampoco soy una chica sucia y ligera de cascos, como dicen. ¿No podría revisarse mi caso?

Era muy atractiva. Tenía labios carnosos y un cuerpo tan prieto y ágil como ningún otro de la isla. Gitte la quería para sí, hacía tiempo que lo sabía, y ahora se presentaba la ocasión.

Escuchó mientras el aire se llenaba de golpes y gritos, y solo aquello hizo que la pobre chica echara a llorar. Entonces Gitte la tomó de la mano y la condujo unos pasos hacia el patio, y el efecto fue maravilloso. Un estremecimiento atravesó el cuerpo de la chica, como si ese contacto y esa atención fueran la clave de todo. Gitte secó las lágrimas de sus mejillas y la llevó en silencio hacia el pantano de Stæremosen, asintiendo en silencio en los momentos oportunos.

Fue todo muy inocente, y en menos de diez minutos la pobre chica estaba atrapada en su confianza.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te prometo nada —declaró Gitte. Nunca había visto a nadie lucir una sonrisa tan convincente.

No fue tan fácil como había pensado Gitte. A pesar de varias conversaciones en sus paseos por el pantano, Nete no parecía dispuesta a entregarse.

Fue *Mickey*, el gato de la mujer del farero, el que de forma indirecta acudió en su auxilio.

La intensa rivalidad entre dos gallos del corral del farero llevaba varias noches sin dejar dormir a su familia, y los gallos no se dejaban atrapar. Por eso enviaron al ayudante del farero al sembrado y a los descampados en busca de beleño seco, para aturdir a todo el gallinero a la vez con el humo de aquellos rastros, echarle el guante a uno de los gallos y retorcerle el pescuezo.

Arrojaron varias plantas secas a un charco de agua, donde fermentaron, hasta que el gato *Mickey*, atraído por el olor, dio unos lametazos al charco.

Lo vieron subir y bajar por los árboles durante una hora, antes de tumbarse delante de la despensa y expirar mientras daba un par de vueltas sobre sí mismo.

Todos excepto la mujer del farero se divirtieron de lo lindo ante el espectáculo, y fue así como Gitte oyó historias sobre aquella planta poco frecuente que crecía en Sprogø y tenía unos efectos tan prodigiosos en quienes la tomaban.

Pidió libros sobre el tema, y pronto supo lo bastante para poder hacer experimentos.

El poder sobre la vida era algo que la fascinaba, como pudo comprobar una de las chicas, que se había puesto impertinente. Gitte sumergió un cigarrillo en un extracto de aquella porquería, y después lo puso a secar. Y cuando llegó el día, la chica encontró el cigarrillo por casualidad en el bolsillo de su delantal a cuadros.

La oyeron rugir y vociferar detrás del Mojón, que era como llamaban al montón de piedras que señalaba el punto medio entre Selandia y Fionia, adonde la chica solía ir para fumar sola, pero no se extrañaron cuando de repente calló.

Sobrevivió, sí, pero nunca volvió a ser la misma descarada de porte altivo de antes. El miedo a la muerte la tenía demasiado atenzada para eso.

Qué bien, pensó Gitte. Ya tengo algo con que amenazar a Nete.

Las amenazas de muerte y locura y la conciencia de lo que Gitte deseaba hacerle asustaron tanto a Nete que ni siquiera pudo llorar. Era como si todo tipo de maldad se hubiera alojado en su ángel liberador, y fuera a borrar sus sueños de volver a una vida normal.

Gitte comprendía su reacción, de hecho le venía de perlas. La entretenía asegurándole que mientras la satisficiera, también ella se esforzaría en hacer que la directora reconsiderase el caso. Fue así como Nete estuvo dócil durante bastante tiempo, y, aunque a Gitte le costara admitirlo, también ella se había hecho

dependiente de aquella relación. Porque era la relación que hacía soportable vivir esa vida apartada de todo y rodeada de mujeres amargadas, deseosas de venganza y nauseabundas que no se le parecían en nada. Sí, era aquella relación la que hacía que no deseara que nada cambiase.

Con Nete tumbada junto a ella entre la hierba crecida, podía aislarse de todo y respirar libre en aquella cárcel.

Por supuesto, fue Rita la que se interpuso entre ellas, eso lo supo Gitte después.

El día en que por fin sacaron a Rita del cuarto de reflexionar, la directora había empezado a dudar.

—En cuanto a la esterilización, debo pedir consejo al médico jefe de servicio — comunicó—. Pronto vendrá a la isla, y entonces veremos.

Pero las visitas del médico jefe de servicio solían ser muy espaciadas, y Rita aprovechó el tiempo para vengarse, abrió los ojos de Nete y le dijo que de aquella Gitte Charles no podía fiarse una, y que la única solución para ellas era fugarse.

Entonces empezó la guerra de verdad.

Capítulo 39

Noviembre de 2010

—YA lo he llamado no sé cuántas veces, Carl, y no contesta. Estoy segura de que ha apagado el móvil. Pero ¿por qué lo habrá hecho? No suele apagarlo.

Rose parecía preocupada de verdad.

—Todo por tu culpa, que eres idiota. Antes de irse ha dicho que lo habías acusado de la muerte de ese lituano, Verslovas.

Carl sacudió la cabeza.

—No lo he acusado en absoluto, Rose, pero el fax del cadáver planteaba algunos interrogantes. Ninguno de nosotros puede sentirse seguro cuando ocurre algo así.

Rose se plantó ante él con los puños en la cintura.

—Escucha, me importan un huevo tus sospechas. Si Assad dice que no tiene que ver con que ese psicópata cínico y cabrón de Linas Verslovas ya no pueda seguir haciendo de las suyas, será que es verdad, ¿no? No, el problema es que nos presionas, Carl, y que no tienes consideración por nuestros sentimientos. Ese es el problema que tienes.

Uf, vaya discurso. Así que la tía había dado la vuelta a la cuestión; desde luego era una de sus ventajas en una investigación, pero también uno de sus inconvenientes cuando se trataba de cuestiones privadas. Aquellas acusaciones sobraban.

—Sí, claro, Rose. Tú y Assad lleváis eso de los sentimientos y las presiones como nadie. Pero perdona, no tengo tiempo para esas filantropías en este momento. Tengo que subir a que Marcus Jacobsen me monte un pollo.

—¿Siniestro total? ¿Y dices que quieres otro coche?

El inspector jefe de Homicidios lo miró, desesperado.

—Estamos en noviembre, Carl. ¿Has oído hablar de algo que se llama presupuestos?

—Ahora que lo dices, Marcus, es curioso, pero no he oído hablar mucho de ello. La asignación del Departamento Q para este año era de ocho millones, ¿verdad? ¿Adónde diablos ha ido la pasta?

Los hombros de Marcus Jacobsen se abatieron.

—¿Vamos a tener otra vez esa discusión sobre el dinero? Ya sabes que ese dinero se distribuye entre los departamentos, ¿no?

—Sí, el dinero de *mi* departamento, y yo me quedo con la quinta parte de todo, ¿no es así? Desde luego, es un departamento barato el que el Estado danés tiene funcionando en el sótano, ¿no te parece?

—Bueno, pues *no* vas a tener un coche nuevo, porque no hay dinero en la cuenta. No tienes ni idea de cuántos casos complicados tenemos en este momento.

Carl no respondió, porque de hecho lo sabía bien. Lo que pasaba era que eso era harina de otro costal.

Marcus sacó otro chicle de nicotina, y ya tenía la boca casi llena. Desde luego, estaba bien que hubiera dejado de fumar, pero tal vez era la cantidad de chicle la culpable de que hubiera estado algo acelerado las últimas veinticuatro horas, después de remitir el resfriado.

—Creo que nos queda un Peugeot 607 en el Departamento de Tráfico —indicó—. Tendrás que compartirlo con otros, pero no hay otra hasta el siguiente presupuesto, ¿verdad?

—Ni hablar.

Marcus dio un profundo suspiro.

—Vale, cuéntame los pormenores. Tienes cinco minutos.

—Cinco minutos no bastan.

—Inténtalo.

Un cuarto de hora más tarde Marcus estaba que se subía por las paredes.

—Forzáis la entrada en casa de Nørvig y robáis los archivadores, luego entráis en la casa de una persona conocida mientras su mujer agoniza, y a saber cuántas cosas criticables más.

—¿Agonizando? Bueno, no tengo ni idea de si su mujer agonizaba. ¿No has usado nunca lo de la muerte de una tía inexistente cuando te hace falta un día libre?

Al inspector jefe estuvo a punto de atragantársele la bola de chicle.

—Desde luego que no lo he usado, y espero que tampoco tú lo hayas hecho durante mi mandato. Pero escucha, Carl. Quiero aquí esos archivos, pero ya. Y cuando vuelva Assad, explícale que puede salir de Jefatura con la misma rapidez con la que entró. ¡Y abandonad ese caso ya! Si no, vais a hacer estropicios que no voy a poder arreglar.

—Ya veo. Pero si abandonamos el caso el año que viene te van a faltar seis coma ocho millones del presupuesto.

—¿Y eso...?

—¿Para qué tener un Departamento Q si abandonamos el caso?

—Carl, solo intento decirte que estás caminando sobre terreno resbaladizo, y no exagero. A menos que, poco a poco, y por supuesto desde la mesa de tu despacho, puedas aportar pruebas firmes de las actividades delictivas de Curt Wad y otros miembros significados de Ideas Claras, mantente alejado de él y de ellos. Y otra cosa, Carl: nada de contactos directos con Curt Wad, ¿está claro?

Carl asintió en silencio. Así estaban las cosas. ¿Es que todo era política?

—Estábamos hablando del coche —insistió.

—Eso déjame a mí. Ahora baja a por los archivos.

Carl pateó todos los paneles camino del antedespacho. Mierda de conversación.

—Vaya, Carl —lo saludó Lis. Entregó un papel a un tipo de pelo negro rizado, vestido con una cazadora de invierno de la Policía.

El tipo se dio la vuelta hacia Carl y lo saludó con un gesto de la cabeza. Era una cara conocida.

—¡Samir! —exclamó Carl. ¡Pero si era el enemigo íntimo de Assad!—. ¿Tenéis trabajo en Rødovre? ¿O Antonsen se ha jubilado por fin y se ha llevado a casa todos los casos?

Rio un poco por la desafortunada frase de entrada, pero fue el único que lo hizo.

—No nos va mal, gracias. Venía a intercambiar unos papeles.

Sopesó la pila de folios ante Carl.

—Oye, Samir, ahora que estás aquí: ¿qué problema hay entre tú y Assad? No, no me digas que no hay nada: solo dime de qué se trata. Me será de ayuda, ¿comprendes?

—¿De ayuda? Debe de ser porque también tú te has dado cuenta de lo disfuncional que es.

—¿Disfuncional? ¿A qué te refieres? No es verdad, ¿en qué te basas para decir eso?

—Pregúntaselo a él, no es cosa mía. Es que se está pasando. Ya se lo he dicho, pero por lo visto no soporta oírlo.

Carl lo agarró del brazo.

—Escucha, Samir: no sé qué soporta y qué no soporta, pero estoy convencido de que tú lo sabes, ¿vale? Y si no me lo decís por iniciativa propia tú o, por qué no, Assad, es posible que tenga que sacártelo con sacacorchos cuando llegue el momento.

—Pues muy bien, Carl Mørck. Inténtalo.

Se liberó de un tirón y desapareció por el pasillo.

Lis miró a Carl con una mezcla de compasión e inquietud.

—No estés triste por lo del coche, Carl. Todo se arreglará.

Desde luego, en aquella casa los rumores viajaban a la velocidad de la luz.

—¿Seguimos sin noticias de Assad? Rose sacudió la cabeza. Parecía muy preocupada.

—¿Por qué estás de pronto tan inquieta por Assad?

—Estoy inquieta porque lo he visto conmocionado un par de veces últimamente. Nunca lo había visto así.

Carl ya sabía a qué se refería. No tenía un pelo de tonta.

—Nos han ordenado que subamos los archivos de Nørvig al segundo piso, Rose —informó.

—Pues entonces me parece que ya puedes ir empezando.

Carl dejó caer un poco la cabeza para que la corriente sanguínea no se detuviera del todo.

—¿Por qué estás enfurruñada, Rose?

—Por nada, hombre, no te molestes. Al fin y al cabo, no tienes tiempo para esas filantropías.

Carl se contuvo unos segundos, y luego le dijo con toda tranquilidad que si no subía las putas carpetas iba a pedirle que se marchara a casa y que enviara a Yrsa en su lugar.

Lo decía en serio, coño.

Rose frunció el entrecejo.

—¿Sabes, Carl? Me parece que no estás bien del coco.

La oyó afanándose con las carpetas, mientras llamaba una y otra vez al número de Assad, con las piernas bailando bajo la mesa. Qué putada le había hecho Assad birlándole el encendedor. Si no fumaba un cigarrillo pronto, iban a darle calambres en las piernas.

—Adiós, que te vaya bien —resonó de pronto desde el pasillo. Carl se volvió hacia el hueco de la puerta justo a tiempo de verla pasar con el abrigo y el bolso rosa al hombro.

Aquello era demasiado.

¿Se iba antes de la hora? ¡Mierda! A Carl le entraron ganas de llorar, pensando en las consecuencias. Entonces seguro que iba a enviar a su álter ego Yrsa mañana por la mañana. Con suerte.

El móvil zumbó sobre la mesa. Era Lis.

—Bueno, ya está arreglado lo del coche. Si vas al aparcamiento junto al Centro Nacional de Inteligencia, te mandaré a alguien para que te enseñe el coche y te dé las llaves.

Carl asintió con la cabeza. Joder, ya era hora. Ahora se trataba de encontrar a Assad. Rose lo había dejado inquieto de verdad.

Dos minutos más tarde estaba en el aparcamiento, mirando en torno a sí, confuso. No había ningún coche esperando, ni nadie con las llaves. Arrugó la frente, y se disponía a llamar a Lis cuando los faros de un coche emitieron un destello algo más allá.

Carl se acercó y vio a Rose sentada en el asiento del piloto con su bolso autorreflectante en el regazo, en un coche que era más pequeño que el bolsillo del pantalón de Carl. Tragó saliva por el susto producido por el color chillón, que le recordó que el queso azul que metió en el frigorífico dos meses antes debía de seguir allí.

—¿Qué diablos es eso, y qué haces tú dentro? —gritó por la ventanilla del

copiloto.

—Es un Ford Ka, y tú vas a casa de Assad, ¿no?

Carl asintió en silencio. Desde luego, había que quitarse el sombrero ante la intuición de aquella mamarracha encalada de negro.

—Pues yo también iré. Y bueno, este es el coche que te ha alquilado Marcus Jacobsen para el resto del año.

A Rose le costó no partirse de risa, pero después volvió la seriedad.

—Venga, Carl. Va a oscurecer enseguida.

Se turnaron para arrodillarse en la galería exterior a mirar por la rendija del correo del piso de Heimdalsgade, y, tal como esperaba Carl, allí no había ni muebles ni rastro de Assad.

La última vez que Carl estuvo allí lo atendieron un par de hermanos bien tatuados, de nombre extranjero y bíceps como cocos. Esta vez tuvo que conformarse con la escandalera habitual de riñas domésticas y gritos en idiomas que podrían ser tanto serbocroata como somalí. Un barrio divertido.

—Lleva bastante tiempo viviendo en Kongevejen, no me preguntes por qué —informó Carl al meterse en aquella caja de sombreros con ruedas.

Tras circular durante un cuarto de hora sin decirse nada, se detuvieron ante una granja encalada que casi se fundía con el lindero del bosque, justo donde la carretera a Bistrup desembocaba en Kongevejen.

—Aquí tampoco parece estar —constató Rose—. ¿Estás seguro de la dirección?

—Es la que me dio él.

Al igual que Rose, miró la placa con dos nombres de mujer archidaneses. Tal vez se lo hubieran alquilado a Assad. ¿Quién no conocía a alguien que tenía dos casas y se había quedado con el culo al aire por el estancamiento del mercado inmobiliario? Los días felices en que los ministros de Economía pensaban con el culo y los bancos con el bolsillo interior no habían pasado del todo.

A los diez segundos de llamar apareció en el vano de la puerta una mujer pletórica de pelo negro, que le aseguró que si Carl conocía a alguien que se llamaba Assad y estaba sin techo, lo dejarían dormir en el sofá unas noches si se portaba bien y pagaba. Pero ni ella ni su amiga lo conocían.

Eso era todo.

—¿Ni siquiera sabes dónde viven tus subordinados? —lo provocó Rose cuando entraron en el coche—. Creía que lo habías llevado a casa en coche y todo. Tu curiosidad no suele flaquear en esas cuestiones.

Carl digirió la ofensa.

—Ya. ¿Y qué sabes *tú* acerca de la vida privada de Assad, señora Sabelotodo?

Rose miró por el parabrisas con la vista desenfocada.

—No gran cosa. Al principio hablaba un poco de su mujer y sus dos hijas, pero de eso hace mucho. Si he de serte sincera, creo que ya no vive con ellas.

Carl hizo un lento gesto afirmativo; también él lo había pensado.

—¿Y amigos? ¿Ha mencionado alguna vez algún amigo? Tal vez viva en casa de algún amigo.

Rose sacudió la cabeza.

—Va a parecerle increíble, pero tengo la sensación de que Assad no tiene casa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Tengo la impresión de que los últimos tiempos duerme bastante en Jefatura. Creo que algunas veces sale un par de horas por la noche para guardar las apariencias, pero en Jefatura no hay relojes para fichar, así que es difícil saberlo.

—¿Y la ropa? No suele venir todos los días con la misma ropa, ¿no? En alguna parte debe tener una base, ¿verdad?

—Podríamos registrar sus cajones y armarios en Jefatura, puede que la tenga allí. La ropa puede lavarla en una lavandería automática; de hecho, ahora que lo pienso, algunas veces lo he visto llegar con bolsas. Yo siempre he pensado que sería esa comida extraña que suele traer de las tiendas de inmigrantes.

Carl dio un suspiro. Fuera lo que fuese, ahora no les servía de nada.

—Habrás salido a desfogarse un poco. Ya verás, seguro que ha vuelto ya a Jefatura. Prueba a llamarlo, Rose.

Esta arqueó las cejas con la actitud habitual de «¿por qué no lo llamas tú?»; pero aun así lo hizo.

—¿Sabías que tiene contestador automático en su nuevo teléfono? —preguntó, con la oreja pegada al móvil.

Carl sacudió la cabeza.

—¿Qué dice?

—Dice que en este momento está de servicio, pero que calcula que estará disponible antes de las seis.

—¿Qué hora es ahora?

—Casi las siete. Debería llevar una hora disponible.

Carl marcó desde su móvil el número de la cabina de guardia de Jefatura.

No, no habían visto a Assad.

«De servicio», había dicho Assad por el contestador. Extraño.

Rose cerró el móvil y se pasó la mano por la cara.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? Bien podría ocurrírsele, estando como estaba.

Carl se quedó un rato parpadeando hacia los faros de los coches que pasaban zumbando por la carretera transitada.

—Sí, también yo me lo temo.

Dejaron el coche pigmeo en Tværgaden, frente a la Academia de Policía; veinticinco metros más allá, al final de aquella idílica calle provinciana, estaba la casa de Curt Wad, en la esquina. Por lo que podían distinguir al otro lado del seto, la planta baja estaba a oscuras.

—No parece muy prometedor —comentó Carl.

—A mí no me parece nada —reaccionó Rose—. Lo único que sé es que me alegro de que estemos armados, porque mi intuición ha hecho que se me encendieran todas las alarmas.

Carl palpó su arma reglamentaria.

—Yo al menos estoy bien armado, pero ¿qué llevas tú en el bolso?

Señaló aquella cosa flácida de color rosa que seguro que había quitado a su auténtica hermana Yrsa.

Rose no respondió, pero en su lugar hizo girar el bolso una vez sobre su cabeza y después golpeó con estruendo un cubo de basura de plástico verde que uno de los vecinos había colocado frente a su casa.

Al ver el alcance de los daños causados por el bolso al cubo de basura, que se había desplazado cuatro metros en el sendero de entrada, esparciendo la basura a los cuatro vientos, huyeron a toda pastilla. Para cuando se encendió la luz de la entrada ya habían torcido por el anexo de la esquina.

—¿Qué diablos llevas dentro del bolso, Rose? ¿Un adoquín? —cuchicheó Carl ante el sendero de entrada de la casa de Curt Wad en Brøndbyøstervej.

—No, solo las obras completas de Shakespeare encuadernadas en piel.

Un minuto más tarde Carl se encontraba por segunda vez aquel día en el jardín del chalé, mirando por la ventana al salón de Curt Wad. Aunque en aquella ocasión con Rose a una distancia apropiada y con la mirada vagando en la oscuridad.

Debía de hacer tiempo que no entraba en acción, por lo inquieta que parecía, pero la verdad es que todo estaba muy oscuro. Hasta las estrellas que iluminaban el pueblo habían echado la persiana.

Carl tiró de la puerta que daba al jardín. Estaba cerrada con llave, pero el marco no parecía muy sólido. ¿Qué habría hecho Assad en esa situación?, pensó, y tiró con tanta fuerza que el marco crujió.

Luego asió con determinación la manilla de acero inoxidable, hizo acopio de fuerza con un par de aspiraciones profundas, colocó un pie en la pared y después tiró con tal fuerza que sintió un latigazo en el hombro, y tanto él como la manilla tropezaron en el escalón y aterrizaron en la hierba. Hostias, qué dolor.

—No está mal —comentó Rose al comprobar que la puerta y la cerradura aguantaban, pero que el cristal estaba cuarteado en mil fragmentos, aunque entero.

Luego levantó un pie y apretó el cristal con la bota.

Aquello bastó. El cristal cedió hacia la sala con un tintineo bastante tímido, y Carl contó los segundos, esperando que Assad tuviera razón en sus comentarios acerca de que la casa no tenía alarma. Así, al menos Carl no tendría que explicar a los encargados de noche de la empresa de seguridad que la alarma había saltado porque de pronto el cristal se había caído en la sala sin más.

—¿Por qué no hay alarma? —cuchicheó Rose—. Hay una consulta de médico en la casa.

—Seguro que en la propia consulta hay una alarma —respondió Carl, también cuchicheando.

Aquella misión parecía del todo absurda. ¿Por qué entrar por la fuerza en una casa en la que está claro que no está Assad?, pensó Carl. ¿La intuición femenina se había convertido de pronto en fuerza motriz para él? ¿O era que tenía ganas de dar a aquella bestia una dosis de su propia medicina?

—Y ahora ¿qué? —cuchicheó Rose.

—Quiero ver qué hay en el primer piso, porque creo que ahí ocurre algo extraño. Tal vez algo que pueda ayudarnos en relación con lo que pasó en mi casa. Curt Wad me ha contado esta mañana una historia de que su mujer estaba agonizando arriba. Pero si fuera así tendría que estar él en la casa, ¿no? Porque ¿quién abandona a su mujer agonizante en una casa a oscuras? Nadie. No, seguro que tiene algo ahí arriba que quiere ocultar al mundo, es lo que me dice el estómago.

Encendió la linterna e iluminó el camino a través del comedor y el recibidor, donde la persiana a flores de la ventana junto a la puerta de entrada protegía el interior de miradas curiosas. Tiró de la puerta de la consulta de médico, y ocurrió justo lo que pensaba. La puerta no solo era maciza, seguro que también tenía placas de acero y sutiles mecanismos dispuestos a dar la alerta en caso de abrirla gente no autorizada.

Carl miró a lo alto de la escalera con el mueble esquinero en el rellano. La escalera, cubierta de una alfombra gris, tenía a los lados balaustradas redondas de teca, y Carl subió los peldaños a zancadas.

El piso superior no estaba tan presentable como la planta baja. Solo un montón de armarios empotrados en un pasillo largo y habitaciones en ambos extremos, que parecían recién abandonadas por los niños de la casa. Quedaban fotos de ídolos de juventud en las paredes abuhardilladas, y sofás baratos con motivos de flores grandes.

Percibió una débil luz bajo una puerta al fondo del pasillo de los armarios. Entonces apagó la linterna y agarró a Rose del brazo.

—Puede que Curt Wad esté ahí dentro, aunque no creo —cuchicheó tan cerca de la oreja de Rose que sus labios la rozaron—. Habría aparecido cuando hemos destrozado la puerta del jardín, pero nunca se sabe. A lo mejor es de los que esperan

dentro con una escopeta de postas; no me extrañaría. Ponte detrás y estate preparada para echarte al suelo.

—Si es él y no está armado, ¿cómo vas a explicar nuestra presencia?

—Hemos recibido una llamada de socorro —cuchicheó Carl, y rezó por que no tuviera que repetir la explicación ante Marcus Jacobsen.

Luego se apretó contra la puerta chapeada de teca y contuvo un rato el aliento mientras su mano se deslizaba hacia la pistola.

Uno, dos, tres, contó para sí; después dio una patada a la puerta con un pie y con el otro giró hacia la protección de la pared.

—Hemos recibido una llamada de socorro, Curt Wad —dijo con voz normal, y se dio cuenta de que la luz de la habitación vaciló como si se tratara de una vela.

Se movió con cuidado hasta que su cabeza apareció en el marco de la puerta, pese a saber que era imprudente, y después reparó en una figura menuda tumbada sobre la colcha de la cama con una sábana cubriéndole la parte inferior del cuerpo y un ramo de flores marchitas en el regazo. Iluminada solo por la vela de vigilia que había encendido su amado.

Rose entró, y se hizo el silencio. La muerte siempre tenía ese efecto.

Se quedaron observando a la muerta, y luego se oyó un débil sollozo de Rose.

—Creo que es su ramo de novia, Carl —anunció.

Carl volvió a tragar saliva.

Vámonos de aquí, Rose; lo que hemos hecho ha sido una auténtica estupidez —dijo Carl en el jardín, ante la puerta destrozada. Después recogió del suelo la manilla de metal, la limpió con cuidado con su pañuelo y volvió a dejarla caer—. Espero que no hayas manoseado demasiadas cosas y dejado tus huellas dactilares por todas partes.

—¿Qué dices? Bastante trabajo tenía con pensar cómo atacar con el bolso si es que te acribillaban a balazos.

Mírala, qué considerada.

—Dame la linterna —exigió Rose—. No me gusta ir detrás sin poder ver nada.

Apuntó con ella en todas direcciones, como un escolar de aventuras, así que todo el mundo en kilómetros alrededor debía de sospechar que se estaba cometiendo un robo. A ver si al hombre del cubo de basura volcado se le había pasado ya.

—Mantén la linterna mirando al suelo —advirtió Carl.

Y Rose lo hizo.

De pronto se detuvo.

El charco de sangre en la esquina de hierba que estaba iluminando no era grande, pero se trataba de sangre. Dirigió el cono de luz hacia los alrededores y encontró otra mancha de sangre justo a la vuelta de la esquina de la casa, en el sendero de entrada.

Un charquito de sangre que se extendía formando una línea apenas visible de gotas que llevaba al anexo.

Carl sintió otra vez la sensación del estómago. No era nada agradable.

Si hubieran encontrado las huellas antes de entrar en la casa, habría pedido ayuda. Pero aquello ya no era tan simple.

Estuvo un rato pensando.

Claro que... En el fondo, tal vez fuera una ventaja que hubiera tantas cosas que sugerían que algo muy raro estaba pasando. ¿Quién decía que fueran ellos los que habían forzado la entrada? Desde luego, ellos no.

—Voy a llamar a la Policía de Glostrup y denunciarlo —comunicó—. No nos vendrá mal un poco de apoyo oficial en esto.

—¿No has dicho que Marcus Jacobsen te había prohibido acercarte a Curt Wad? —preguntó Rose mientras paseaba el cono de luz por las tres puertas del anexo.

—Sí.

—Ya. ¿Y por qué estás aquí, junto a la casa de Curt Wad?

—Tienes razón, pero de todas formas voy a llamar —aseguró, sacando el móvil del bolsillo. La gente de Glostrup podría decir qué coche tenía Curt Wad y, no menos importante, podría dictar una orden de busca y captura en un plis-plas. Tal vez el coche de Curt Wad circulara por las carreteras con una persona herida en el maletero. Y tal vez fuera Assad. En aquel momento la fantasía de Carl no conocía límite.

—Espera —advirtió Rose—. ¡Mira!

Bajó el cono de luz hasta el candado de la puerta central del antiguo establo. Era un candado corriente y moliente, de los que vendían en Lidl por diez coronas, y si mirabas con atención se apreciaban dos huellas en medio de la superficie de latón que parecían sin duda corresponder a un dedo.

Rose metió el índice en la boca y después lo pasó por encima de las huellas. Luego chupó el dedo.

Asintió con la cabeza. Sabía a sangre.

Carl volvió a observar el candado y sacó la pistola de la funda. Lo más fácil, por supuesto, habría sido disparar un tiro contra el mecanismo, pero Carl eligió el otro sistema, y golpeó con la culata tantas veces el candado que al final dedos y tornillos quedaron machacados.

Rose aplaudió, cosa poco habitual en ella, cuando el candado cedió al fin.

—Ahora ya no importa —decidió, y buscó a tientas los interruptores de la pared, junto a la puerta.

La luz parpadeó un par de veces y un tubo fluorescente iluminó un espacio que podía encontrarse en cualquier anexo del pueblo de Carl. Estanterías en una de las paredes con tapatiestos, cazuelas y sartenes desechadas y un montón de bulbos secos que no se habían plantado ni aquel año ni el anterior. En el otro lado, un arcón

congelador ronroneante, y ante él una escalera de acero con peldaños colgantes que subían por una compuerta a un desván donde se vislumbraba una bombilla de veinticinco vatios, a lo sumo.

Carl trepó por la escalera y miró a una estancia abarrotada cuyo ingrediente principal lo constituían cuadros y colchones viejos, y el resto, un mar de bolsas de plástico negro llenas de ropa vieja.

Iluminó las paredes abuhardilladas revestidas de arpillera y pensó que habría sido un buen escondite para los habitantes de la casa en sus años mozos.

—Oh, Dios mío —oyó decir a Rose abajo.

Estaba con la tapa del arcón abierta y la cabeza echada hacia atrás, y el corazón de Carl empezó a latir deprisa.

—¡Uf, qué asco! —exclamó Rose torciendo el gesto.

Bueno, pensó Carl. No habría dicho eso si hubiera visto a Assad dentro.

Carl bajó y miró en el arcón. Era una caja de plástico blanco llena de bolsas de plástico transparente con fetos humanos. Contó ocho. Pequeñas vidas que nunca llegarían a nada. No creía que él hubiera dicho «uf, qué asco» en esa situación. No era esa la sensación que lo había golpeado.

—No conocemos las circunstancias, Rose.

Esta sacudió la cabeza y apretó los labios. Aquello debía de parecerle demasiado fuerte.

—La sangre que has visto fuera podría ser de una de esas bolsas, Rose. Puede que al nuevo médico de la consulta se le haya caído una bolsa en el sendero de entrada, la haya recogido, y es posible que haya goteado algo sobre las baldosas. Eso explicaría la huella sanguinolenta. La sangre es de las bolsas.

Rose sacudió la cabeza.

—No, la sangre de fuera es bastante fresca, y estos fetos están congelados.

Luego fue señalando el interior del arcón.

—¿Ves acaso alguna bolsa agujereada?

Observación muy pertinente. Carl parecía estar algo espeso en aquel momento.

—Escucha, esto no vamos a poder resolverlo sin ayuda —explicó—. Tal como lo veo yo, solo hay tres posibilidades. O nos largamos mientras estamos a tiempo, o bien llamamos a la Policía de Glostrup y les comunicamos nuestras sospechas, que creo que es lo correcto. Y, en tercer lugar, deberíamos volver a llamar al teléfono de Assad en Jefatura. Tal vez haya vuelto.

Asintió con la cabeza para sí.

—Puede que haya recargado su móvil.

Sacó el móvil mientras Rose sacudía una y otra vez la cabeza.

—¿No te parece que huele a quemado? —preguntó.

A Carl no se lo parecía, y volvió a oír el contestador automático de Assad de

Jefatura.

—Mira eso —dijo Rose, señalando el desván.

Carl tecleó el número del móvil de Assad y miró arriba. ¿Era un poco de humo lo que se veía, o solo polvo flotando a la pálida luz?

Vio el trasero de Rose bailar subiendo por la escalera, mientras la compañía telefónica le comunicaba que el abonado estaba ilocalizable.

—¡Hay humo! —gritó desde arriba—, y viene de ahí abajo.

Bajó zumbando.

—La estancia de arriba es más grande que esta de abajo, a pesar de las paredes abuhardilladas. Y en este momento sale humo de algún lugar de ahí —observó, señalando la pared del fondo.

Carl vio que la pared se componía de dos grandes planchas, lo más seguro de pladur.

Si hay un cuarto detrás, está claro que no se puede entrar desde aquí, pensó Carl, y vio también el humo que se filtraba por las paredes.

Rose se acercó enseguida y las golpeó.

—¡Mira! Una de las planchas parece maciza, y la otra retumba como si fuera metal. Créeme, Carl, es una puerta corredera.

Carl asintió en silencio y miró alrededor. A menos que la puerta solo pudiera abrirse mediante un mando a distancia, debería haber algo allí que pudiera abrirla.

—¿Qué vamos a buscar? —quiso saber Rose.

—Interruptores, cosas en la pared de aspecto inusual, cables o indicios de cables —respondió Carl, mientras notaba que el pánico iba apoderándose de él.

—¡Por ejemplo, esto! —gritó Rose, señalando la pared tras el congelador.

Carl siguió la mirada de ella y comprendió a qué se refería tras haber paseado la vista por la pared de un extremo al otro. Rose tenía razón. Había una línea en la pared, que daba a entender que en la mañana de los tiempos se había hecho una reparación en ella.

Siguió la línea hasta una vieja pieza de latón colgada de la pared encima del congelador que tal vez había pertenecido a un barco o a una máquina grande.

Retiró la pieza y vio detrás una pequeña trampilla metálica, que abrió.

—¡Mierda puta! —gritó, mientras el humo que se filtraba por el resquicio arreciaba. Lo que se ocultaba en el pequeño nicho de la pared no era un interruptor, era una pantallita con teclas de cifras y letras. Complicadísimo para buscar una combinación que pudiera activar el mecanismo que hacía abrirse la puerta.

—Nombres de hijos, cumpleaños de la mujer, números de registro civil, número de la suerte, la gente siempre usa cosas así cuando escriben sus códigos. ¿Cómo coño vamos a acertar este? —se desesperó Carl, buscando con la vista algo que usar contra la pared.

Entretanto, Rose puso en marcha su habitual razonamiento sistemático.

—Vamos a empezar con lo que recordamos —dijo, acercándose al teclado.

—No recuerdo nada. El hombre se llama Curt Wad y tiene ochenta y ocho años, eso es todo.

—Pues menos mal que estoy yo —se consoló Rose.

Empezó a teclear. Ideas Claras; en vano. Luego escribió ideas claras en minúscula. Tampoco. La Lucha Secreta, tampoco.

A duras penas, pero a toda velocidad, Rose fue tecleando nombres de los expedientes, protocolos y recortes sobre Curt Wad que había estado empollando los últimos días. Había grabado en su mente hasta su fecha de cumpleaños y el nombre de su mujer.

Luego estuvo un rato pensando, mientras la atención de Carl se dividía entre el humo del resquicio y los faros de los coches que barrían el edificio de vez en cuando.

De pronto Rose alzó poco a poco la cabeza y le hizo comprender que tras su rostro serio maquillado de negro había una idea que parecía lógica y posible.

Observó sus dedos mientras tecleaba.

H-E-R-M-A-N-S-E-N

Se oyó un clic y las planchas de la pared se deslizaron, revelando un espacio oculto tras una densa nube de humo que invadió el local. En el momento en que entró aire en el búnker, surgió una llama.

—¡Hostias! —gritó Carl, arrancando la linterna a Rose y saltando al interior del cuarto.

Vio otro arcón y una serie de estanterías con montones de papeles, pero fue la figura inerte que yacía despatarrada en el suelo la que atrajo su mirada y todos sus sentidos.

Las llamas lamían las perneras de Assad, y Carl lo sacó a rastras mientras gritaba a Rose que le arrojara el abrigo encima para ahogar el fuego.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, apenas respira! —gritó Rose mientras Carl volvía a echar una mirada al cuarto y veía que el fuego había prendido tan bien que era imposible salvar nada.

Lo último en que reparó Carl antes de salir del búnker con Assad entre él y Rose fue que en el pequeño cuarto de archivos apenas había una superficie donde no hubiera escrito con sangre «ASSAD WAS HERE!», y que encima del arcón había un encendedor fundido que sin duda alguna se parecía al que tenía encima del escritorio apenas unas horas antes.

Los de la ambulancia llegaron antes que el médico y acomodaron a Assad en la camilla con cuidado y pericia, mientras la máscara de oxígeno trataba de insuflarle vida.

Entretanto, Rose estaba callada como una tumba. Era evidente que podía venirse abajo en cualquier momento.

—Decidme que se va a poner bien —rogó Carl a los de la ambulancia, luchando contra un montón de sentimientos cuya existencia desconocía.

Levantó las cejas en un intento de detener las lágrimas, pero no lo consiguió. Joder, Assad, venga, colega.

—Está vivo —informó uno de los camilleros—, pero el envenenamiento por humo puede ser fatal. La ceniza puede hacer que los pulmones se fundan y bloqueen, deben estar preparados. Y el golpe de la nuca tampoco tiene buen aspecto. Podría tener una fractura de cráneo y hemorragias internas. ¿Es alguien que conocen?

Carl asintió en silencio. Aquello era duro para él, pero no era nada comparado con cómo lo estaba pasando Rose.

—No hay que perder la esperanza —lo animó el camillero mientras los bomberos empezaban a gritar y a desenrollar mangueras.

Carl abrazó a Rose y notó que todo su cuerpo temblaba.

—Tranquila, Rose. Assad se repondrá —la consoló, y se dio cuenta de lo hueco que sonaba.

Cuando el médico de Urgencias llegó al cabo de un minuto, desgarró de un tirón la camisa de Assad para poder hacerse una idea rápida de la intensidad y regularidad del pulso y la respiración. Al parecer, había encontrado algún obstáculo, así que tiró un poco de su torso, sacó unos papeles de su camisa y los arrojó sobre la acera.

Carl los recogió.

Uno de los fajos contenía unos folios grapados donde ponía «Lista de miembros de La Lucha Secreta».

En el otro fajo ponía «Expediente 64».

Capítulo 40

Septiembre de 1987

ERAN las 17.20, y Nete había hecho mucho punto ya.

Bajo las ventanas abiertas de par en par pasaban montones de personas de todo tipo y edad, y algunas se paraban frente al edificio, pero no había ni rastro de Curt Wad.

Nete trató de recordar su última conversación con él. El momento en que ella interrumpió la conversación y colgó. ¿No le había parecido que lo tenía atrapado en la red? Así lo había creído, pero por desgracia estaba equivocada. ¿O no?

A lo mejor estaba allá abajo, oculto tras los árboles, viendo qué ocurría. ¿Era posible que hubiera visto a Philip Nørvig entrar y no salir? ¿Lo era?

Se frotó la nuca. Sin Curt Wad no había triunfo ni sosiego, y las tensiones estaban empezando a concentrarse en la nuca. Si no tomaba su medicina enseguida, la acosaría la migraña, y no tenía tiempo ni fuerzas para eso. Ahora más que nunca debía estar preparada y pensar con claridad.

En el baño, sintiendo las palpitaciones en la cabeza, sacó el frasco de pastillas del armario botiquín y vio que solo quedaba una.

Menos mal que tengo otro frasco en el armario de la mantelería, pensó, avanzó por el pasillo y miró hacia la puerta cerrada del comedor. Bueno, tendría que volver a entrar en el escenario de cubertería de plata, jarra de agua, copas de cristal y los cuerpos enfriados que ya habían tomado su última cena.

Abrió rápido la puerta de la estancia hermética y la cerró igual de rápido, porque en el interior se notaba ya el hedor, y la culpa era de Philip Nørvig.

Dirigió una mirada de reproche a su cadáver. Habría algo de trabajo con él cuando tuviera que acondicionar los cuerpos. Puede que ocurra con todos, pensó, y sacó el frasco de pastillas.

Se sentó a la cabecera de la mesa y miró a sus víctimas.

Aparte de Tage, que seguía tumbado en el suelo como una morsa varada, estaban todos bien sentados y en fila. Rita, Viggo y Philip.

Llenó una copa con agua, se metió tres pastillas en la boca, sabiendo que con dos bastaba, y luego alzó la copa de cristal hacia los ojos mates y las cabezas colgantes.

—Salud, señoras y señores —brindó, y tragó las pastillas.

Rio por el brindis que acababa de hacer, y pensó en la cantidad de formol que tendría que hacer tragar a sus silenciosos invitados. Aquello debería suavizar el proceso de putrefacción.

—Ya beberéis, tranquilos, pero debéis esperar un poco. Enseguida vais a tener más compañía. Un par de vosotros ya la conoce, se trata de Gitte Charles. Sí, habéis

oído bien. La puñetera rubia que nos jodió la vida a algunas en aquella isla infernal. En otros tiempos era una persona encantadora, así que esperemos que lo siga siendo. Sería difícil que hiciera bajar el nivel que hay aquí.

Soltó una larga carcajada, hasta que las tensiones de la nuca le comunicaron que ya bastaba. Entonces se levantó, hizo una reverencia a sus invitados y se apresuró a salir.

No había que hacer esperar a Gitte Charles.

Después del desayuno, Rita se llevó aparte a Nete.

—Escucha, Nete. Cuando Gitte se canse de ti te desechará, y luego vendrán las consecuencias. Ya viste lo que me pasó a mí.

Extendió el antebrazo y mostró a Nete las marcas de las inyecciones. Nete contó cinco. Eran cuatro más que las que le dieron a ella.

—Esto es un infierno para mí —continuó Rita, mirando alrededor, alerta—. Esas putas funcionarias me hacen callar siempre, y me pegan si no ando con cuidado. Limpio retretes, lavo compresas de menstruación y trabajo en el estercolero. Paso el día en los peores trabajos con las más idiotas. Las funcionarias están cabreadas y no dejan de decirme que no puedo hacer ni esto ni lo otro, que ya me lo han dicho. Pero no es verdad, Nete. Van todas a por mí, y todo por culpa de Gitte. Mira.

Rita le dio la espalda, soltó los tirantes del peto, se bajó los pantalones y mostró una serie de moratones que cruzaban sus muslos justo bajo las nalgas.

—¿Crees que me han salido porque sí?

Después se volvió hacia Nete con el dedo índice levantado.

—Además, estoy *segura* de que la próxima vez que venga el jefe de servicio lo van a convencer de que debe esterilizarme. Por eso me tengo que escapar, y tú vendrás conmigo, ¿lo oyes, Nete? Te necesito.

Nete asintió con la cabeza. Una cosa eran las amenazas de Gitte de envenenarla con beleño. Otra que Gitte tratara con frialdad a las demás chicas, y se desternillara de risa cuando describía cómo les daba órdenes todo el día y, pese a su servilismo, terminara enviándolas a esterilizar si le apetecía.

También Nete temía ahora los cambios de humor de Gitte Charles.

—¿Cómo vamos a ir a tierra firme? —preguntó Nete.

—Eso déjame a mí.

—¿Y para qué me necesitas, entonces?

—Para conseguir dinero.

—¿Dinero? ¿Cómo voy a conseguirlo?

—Tienes que robar el dinero de Gitte, los ahorros de sus empleos anteriores. Alardeaba de ello cuando se llevaba bien conmigo. Yo sé dónde lo esconde.

—¿Dónde?

—En su cuarto, tonta.

—¿Por qué no se lo quitas tú?

Rita sonrió, señalándose a sí misma.

—Las que llevamos mono ¿podemos acaso andar por los pasillos?

Después su rostro recuperó la seriedad.

—Hay que hacerlo de día, mientras Gitte está fuera haciendo la mandona con nosotras. Ya sabes dónde guarda su llave, tú misma me lo dijiste.

—¿Tengo que hacerlo de día? No voy a poder.

Rita cerró el puño y lo puso a la altura del rostro de Nete. Estaba blanca, y los músculos de sus mandíbulas resaltaban.

—Claro que puedes, y tendrás que hacerlo si estimas tu vida, ¿entendido? Y hay que hacerlo ya. Podemos marcharnos esta misma noche.

El cuarto de Gitte estaba en el primer piso, sobre la sala de manualidades, y Nete pasó la mayor parte del tiempo con la frente perlada de sudor, esperando el momento para levantarse y desaparecer un minuto o dos. Pero el momento no se presentaba, porque el trabajo no era difícil, su profesora estaba junto a la ventana bordando en silencio, y por lo demás reinaba una tranquilidad no habitual. Un día sin riñas ni recados que hacer.

Nete miró alrededor. El alboroto tendría que empezar en alguna parte. La cuestión era dónde y cómo.

Entonces se le ocurrió una idea.

Sentadas ante ella había dos chicas que habían vivido de la prostitución en la parte vieja de Copenhague. Se hacían llamar Bette y Betty, porque siempre estaban hablando de Bette Davis y Betty Grable, que eran dos artistas de Hollywood que admiraban y a quienes desearían parecerse. Nete no tenía ni idea de quiénes eran aquellas artistas, porque la verdad era que nunca había estado en el cine, y estaba hasta el gorro de su parloteo.

Y luego estaba Pia, la puta de Århus, que tejía detrás de Nete. Hablaba menos que la mayoría, tal vez porque era algo corta, y era una de las putas de más edad, de las que habían probado todo cuanto puede probarse con un hombre. Ella y Bette y Betty tenían muchas historias que contar sobre su profesión, pero solo en los breves momentos en que no estaba la profesora de manualidades. Eran historias de sarna, de los precios por diversos tipos de coito y demás servicios, de hombres malolientes y de lo que una buena patada en la entrepierna podía provocar en quien no quería pagar.

Nete miró hacia atrás, y la puta de Århus alzó la vista y le sonrió. Tenía tres embarazos detrás, tuvo los tres niños, pero se los quitaron nada más nacer y los dieron en adopción, y todo indicaba que era una de las que pronto llevarían a operar al hospital de Korsør. Nete sabía muy bien para qué, las chicas hablaban sin cesar de

ello. A instancias de los jefes de servicio de los asilos para retrasados mentales, el Ministerio de Asuntos Sociales llevaba a muchas a la esterilización sin ellas saberlo. Así que vivían sobre una bomba de relojería, todas lo sabían; también Pia, la puta de Århus. Y lo que hacía era mantenerse en calma, discreta, soñando que no estaba allí. Porque todas las de la isla tenían sus sueños, y la mayoría soñaban con una familia y niños.

También Pia, también Nete.

Y Nete se volvió hacia ella y se tapó la boca con la mano mientras cuchicheaba.

—Siento decirlo, Pia, pero Bette y Betty se han ido de la lengua. He oído que contaban a la profesora que tú habías dicho que podías ganar cien coronas en una mañana chupándosela a los hombres, y que si salías de aquí volverías a hacerlo. Solo quiero avisarte. Estoy segura de que ya ha llegado a oídos de Gitte Charles. Siento tener que decírtelo, pero es la verdad.

El sonido del telar se detuvo tras Nete, y Pia puso las manos en el regazo. Tuvo que esperar un poco para comprender lo que ocurría. Entender las consecuencias, la gravedad y la enorme traición.

—Han dicho también que querías pinchar a Charles con las tijeras de recortar —cuchicheó Nete—. ¿Es verdad?

Hubo algo que cortocircuitó a la chica, y un segundo después se levantó y mostró la fuerza que podía tener una puta de Århus.

Nete retrocedió y salió de la sala mientras la profesora pedía ayuda a gritos, y el tumulto de las tres putas se extendió a las demás chicas.

Llegaron corriendo de la cocina y la despensa, y alguien hizo sonar la campana que colgaba en el exterior del despacho de la directora. En nada de tiempo un día tranquilo se había transformado en un cataclismo de gritos y berridos, y palabras que nunca debieron decirse.

En pocos segundos Nete estaba en el cuarto, y encontró la llave de Gitte sobre el borde del marco de la puerta.

Nunca había estado allí, pero ahora veía que todo estaba ordenado, con dibujos bonitos en las paredes y la cama bien hecha. Unas pocas propiedades en una cómoda, y un par de sólidos zapatos de paseo que Nete nunca había visto ponerse a Gitte.

En su interior encontró casi quinientas coronas y un anillo con la inscripción «Alistair Charles —Oline Jensen, Thorshavn, 7 de agosto de 1929».

El anillo lo dejó.

Por la noche, tanto la celda de castigo del sótano como la del primer piso estaban llenas de las partes enfrentadas de la sala de costura.

Fue uno de esos días en que no se dijo una palabra durante la cena. Ninguna de las chicas quería destacar sobre las demás, porque algunas de las cuidadoras tenían en

el rostro cardenales por los golpes de la batalla campal de la sala de labores, y la atmósfera estaba muy tensa.

Rita miró a Nete sacudiendo la cabeza. No era el tipo de follón que le había pedido que montara.

Después mostró los diez dedos de las manos, y a continuación los pulgares, lo que significaba que el plan empezaba a medianoche, aunque Nete no sabía cómo diablos había pensado Rita fugarse en medio de aquel lío.

Nete no sabía que Rita iba a prender fuego a la cama de su compañera de cuarto. Las cerillas solían guardarse con cuidado en la isla, pero Rita era Rita, y pudo bastarle con una cerilla y un pedazo de raspador que había levantado en la cocina. Lo mantuvo escondido bajo su abundante pecho durante casi todo el día, y no lo usó hasta que la imbécil de su compañera de cuarto estuvo profundamente dormida.

Fue la compañera la que chilló cuando el humo llenaba la habitación, y todas se levantaron a todo correr, porque ya había ocurrido antes. El establo se había quemado varias veces, y muchos años antes ardió todo el asilo.

A los pocos segundos el farero y su ayudante estaban con los tirantes sueltos y la camisa fuera de los pantalones, dirigiendo los cubos de agua de los aguadores.

Rita y Nete se reunieron tras la huerta y volvieron la mirada hacia las llamas, que hicieron que la ventana arqueada del cuarto de Rita saltara con un estampido, lanzando humo como tornillos que quisieran fijarse en el luminoso cielo estrellado.

No pasarían muchos minutos hasta que las sospechas se centraran en Rita y comenzaran su búsqueda, así que no había tiempo que perder.

Tal como había imaginado Nete, unos marineros esperaban al fulgor de la lámpara de petróleo de La Libertad. Lo que no había esperado era que Viggo fuera uno de ellos, y menos aún que no la reconociera.

Al contrario, la miraba con la misma sonrisa irónica que cuando Nete lo vio a escondidas mirando con su amigo al tercer marinero mientras este se beneficiaba a Rita por detrás. Una sonrisa como la que se ve en labios de tu amante, pero no de un extraño, y eso era él ahora: un extraño.

Cuando Nete le contó que era la chica de las barracas de feria, él ni siquiera se acordaba del episodio, pero se rio y dijo que si ya habían follado una vez no había impedimento para que volvieran a hacerlo.

Aquello partió por la mitad el corazón de Nete.

Entretanto, el otro hombre ya había contado el dinero, y dijo que no había suficiente, así que tendrían que tumbarse en la mesa y abrirse de piernas para compensar.

Era evidente que aquello no era lo pactado, así que Rita empezó a gritar y a intentar pegar al hombre; era sin duda lo último que debería haber hecho.

—Pues te quedarás en la isla —dijo el tipo, y le dio una bofetada—. Largo de

aquí.

Nete miró a Viggo y esperó que fuera a protestar, pero no reaccionó en absoluto. Así que no era él quien mandaba, y por lo visto le parecía bien.

Aquello hizo que Rita cambiara de parecer, se desabrochó el vestido, pero los hombres estaban de acuerdo en una cosa. ¿Para qué tirarse a aquella putilla deslenguada que ya se habían tirado varias veces cuando podían conseguir una nueva? Eso fue lo que dijeron.

—Vamos, Nete, volvemos. ¡Devolvednos el dinero! —gritó Rita, lo que solo hizo que los hombres rieran más alto y después se repartieran el dinero.

Nete estaba espantada. Gitte Charles iba a saber que era la única que podía haber robado el dinero. ¿Cómo iba a volver al asilo aquella noche? Sería un infierno en la tierra.

—Ya me t-tumbo —tartamudeó y se tumbó sobre la mesa mientras los hombres sacaban a Rita a empujones.

Durante un momento oyó fuera los juramentos y maldiciones de Rita, pero luego se hizo el silencio, y lo único que se oyó después fue la pesada respiración del extraño.

Cuando terminó y llegó el turno de Viggo, Nete pensó que nunca más podría llorar, y que la vida que debería haberse creado se la habían quitado para siempre. Nunca había pensado que fueran posibles tantos abandonos y tanta maldad.

Y mientras Viggo se complacía Nete dejó vagar la mirada por la pequeña estancia, como despidiéndose no solo de Sprogø, sino de lo que ella había sido hasta entonces.

En el mismo instante en que el cuerpo de Viggo se estremecía y su amigo reía en el rincón, se abrió de golpe la puerta, y el dedo acusador de Rita y la mirada penetrante de Gitte Charles se dirigieron hacia ella.

Los hombres se soltaron y huyeron, y Nete se quedó como clavada a la mesa con el culo al aire.

A partir de entonces, el odio de Nete hacia ambas mujeres y hacia Viggo, que se las daba de hombre pero solo era un cerdo, no conoció límites.

Capítulo 41

Noviembre de 2010

YA en la curva de la iglesia de Brøndbyøster Curt vio una actividad inusitada. Grupos dispersos de gente acurrucada por el frío en medio de la calzada.

Curt se quedó helado, porque estaban frente a su casa. Destellos intermitentes, gritos y el ronroneo de las bombas de incendios. Una pesadilla.

—Soy el dueño de la casa. ¿Qué ha ocurrido? —gritó, con todos los mecanismos de defensa preparados.

—¡Pregunte a la Policía, han estado aquí hasta hace poco! —gritó un bombero, mientras se aseguraba de que el mar de brasas del anexo estaba bien apagado. Luego preguntó al que estaba enrollando las mangueras—: ¿Cómo se llamaba el policía que estaba aquí cuando hemos llegado, te acuerdas?

—¿No se llamaba Mørck? —contestó y sacudió la cabeza: parecía que el hombre no estaba seguro, claro que tampoco era necesario.

Curt había oído bastante. Era una mala noticia.

—Pues ha tenido usted bastante suerte —continuó el bombero de la manguera—. Si llegamos dos minutos más tarde, habría ardido el anexo, y puede que también la casa con techo de paja al otro lado de Tværgade. Por desgracia, había un hombre bastante malherido dentro. Parecía un gitano, tal vez un sin techo que se había colado para pasar la noche. Creemos que fue él el causante del incendio, pero todavía no sabemos lo bastante. Desde luego, ha quemado papeles, lo más seguro para calentarse, pero no son más que conjeturas. Pida más información a la Policía.

Curt asintió en silencio. Nada más lejos de su intención.

Dirigió su linterna al interior de la habitación, donde la puerta corredera estaba abierta y el suelo de atrás era una papilla de ceniza, algo espantoso.

Esperó a que los bomberos abandonaran el lugar, y al entrar a la sopa de ceniza del búnker comprobó que no quedaba nada en absoluto.

Lo que sí vio fueron las pintadas de las paredes.

En todas partes ponía «ASSAD WAS HERE!».

Casi lo hizo desvanecerse.

—No queda nada —anunció, mientras Lønberg escuchaba por la línea segura—. Nada. Archivadores, recortes, documentos fundacionales, lista de miembros, expedientes médicos. ¡El fuego se lo ha llevado todo!

—Espero que tengas razón —dijo Lønberg—. Aunque sea algo terrible, desde luego espero que las llamas lo hayan borrado todo. Dices que ese Hafez el-Assad

estaba aún vivo cuando lo dejaste, pero ¿sabemos cómo lo ha encontrado la Policía? ¿Puede haber sido su móvil el que los llevó hasta ahí?

—No, se lo quitamos y lo apagamos. Mikael y los demás están inspeccionando su tarjeta de memoria en este momento, porque puede que contenga información que nos interese. Pero el móvil en sí ha estado apagado desde que se lo quitamos. Así que no: no puedo responderte a cómo lo encontró Carl Mørck.

—Dame diez minutos para saber cuál es la situación en el hospital; te llamaré después.

Curt sacudió la cabeza de rabia y pena. Si solo hubiera esperado al día siguiente para ir a la funeraria, y si no hubiera conocido a aquel hombre magnífico por su trabajo en el partido, nada de aquello habría pasado.

Meneó la cabeza. Si esto, si lo otro o si lo de más allá. ¿Por qué había tomado una segunda taza de café, y por qué le había costado tanto tiempo a la mujer del funerario darle el pésame? ¿De qué coño valía hacerse esas preguntas? Lo hecho, hecho estaba.

Ahora se trataba de seguir el plan, que era bastante simple. Cuando quitaran de en medio al árabe irían directos a por su compañero. Y cuando desapareciera aquel, cosa que podría suceder al día siguiente, su hombre de la comisaría del centro entraría a Jefatura y se llevaría las carpetas de Nørvig.

Hasta ahí, todo bien. Las amenazas directas contra el partido pronto las neutralizarían. De eso se trataba.

Quedaba el hecho de que también había una mujer trabajando en el departamento. «Pero está de la olla», les había dicho su informante de la comisaría del centro, así que ese obstáculo sería fácil de superar. Y si pese a todo se equivocaba, ya encontrarían algo comprometedor y la sacarían del cuerpo en menos que canta un gallo. Ya se encargaría él de eso.

Søren Brandt tampoco era un problema ya, por lo que le habían contado, y para terminar Mikael viajaría a Madagascar para ocuparse de Mia Nørvig y Herbert Sønderskov.

Después quedaría una sola amenaza, la de Nete Hermansen.

Su muerte debía parecer natural, costara lo que costase. Un certificado de defunción y un entierro rápido, y el libro quedaría cerrado.

Cerrado del todo, esperaba.

Sus archivos se habían quemado, al igual que sus compañeros de La Lucha Secreta habían destruido los suyos, y, con la próxima muerte de Carl Mørck y Hafez el-Assad, la investigación policial ya no sería ninguna amenaza, siempre que las cosas fueran como le habían dicho: a saber, que el Departamento Q llevaba sus casos de forma independiente. Sí, el partido tendría tranquilidad para establecerse, y el trabajo de toda una vida daría frutos.

Curt asintió con la cabeza para sí. Ahora que lo había pensado todo, veía que no

había pasado nada grave, al contrario.

Solo quedaba esperar el informe de Lønberg desde el hospital donde estaba ingresado el árabe.

Subió a la primera planta y se tumbó junto a su amada. Su piel parecía nieve, pero estaba más fría aún al tacto.

—Deja que te caliente, Beate, guapa —dijo en voz baja, acercándose al cadáver. Había perdido flexibilidad. La rigidez cadavérica se había asentado en su cuerpo, mientras él tomaba café con gente que le era indiferente. ¿Cómo pudo hacerlo?

Entonces sonó el móvil.

—Dime, Lønberg. ¿Lo has localizado?

—Sí: está en Hvidovre, y no está nada bien. De hecho está muy, muy mal.

Curt respiró, aliviado.

—¿Quién está con él?

—Carl Mørck.

—Vaya. ¿Sabes si ha sacado algo de la habitación?

—No creo. Al menos no puede ser nada especial. Nuestra persona de contacto del hospital está sentada en la sala de espera frente a Mørck. Le preguntaré por el otro teléfono si sabe algo, espera un momento.

Oyó la voz de Lønberg en segundo plano, y luego volvió a dirigirse a él directamente.

—Es difícil de saber, porque no puede acercarse mucho. Dice que Carl Mørck lleva algo que parece una lista, pero podría ser también material impreso del hospital con información para los allegados. Dice que parece eso.

—¿Una lista?

—Sí, pero tranquilo, Curt, seguro que no es nada. La tormenta ha pasado, viejo amigo. Por razones históricas, por supuesto que es un fastidio que hayan desaparecido los ficheros internos y toda la documentación referida a la organización de La Lucha Secreta e Ideas Claras, pero al igual que las llamas han devorado nuestros expedientes, puede que sea mejor que también tus archivos hayan ardido. ¿Estás bien por lo demás, Curt?

—No.

Aspiró hondo.

—Beate ha muerto.

Se produjo un largo silencio. Curt sabía lo que Lønberg y muchos otros de los veteranos de la organización sentían por Beate. No solo como la eficiente organizadora que los reunía, sino también como mujer. Beate era muy especial.

—Dios bendiga su memoria —fue lo único que dijo Lønberg. Por lo visto no podía decir más.

Había quedado con la funeraria en que los empleados llegarían en busca de Beate hacia las diez de la mañana del día siguiente, porque no podía atrasarse más, dijeron. Aquello desbarataba sus planes.

Curt miró con tristeza a su esposa muerta. Había decidido seguir sus pasos aquella noche. Cuando llegaran los de la funeraria, se darían cuenta de que iban a tener que volver a por él.

Pero no iba a poder ser, ya no.

No hasta saber con seguridad que Carl Mørck y Hafez el-Assad habían dejado este mundo, no hasta saber con seguridad que el papel que estaba leyendo el investigador en la sala de espera de la zona de aislamiento en aquel momento no era lo que más temía Curt.

Tecleó el número de Mikael.

—Por desgracia, Hafez el-Assad sobrevivió al golpe en la cabeza y prendió fuego a los archivos, pero es poco probable que sobreviva a las consecuencias. Intentaremos estar informados durante las horas y días que vienen, mediante una persona de contacto eficiente y leal que tenemos en el hospital. Una enfermera que nos ha ayudado varias veces y que también ahora está dispuesta. Así que no creo que debamos preocuparnos tanto por él. No, el problema es Carl Mørck.

—Vale —se oyó al otro extremo de la línea.

—Esta vez no lo perdáis de vista ni un segundo, Mikael. En este momento está en el hospital de Hvidovre, y desde ahí vais a seguirlo de cerca, ¿comprendido? Tenéis que borrarlo de la faz de la tierra. Hacedlo trizas con un coche, lo que queráis. Pero hacedlo, y hacedlo pronto.

Capítulo 42

Noviembre de 2010

MIENTRAS Rose, con los nervios a flor de piel, miraba al rostro cadavérico de Assad cuando lo sacaron de la ambulancia en la recepción de Urgencias, Carl pensó que una larga noche esperando informes sobre el estado de Assad iba a ser demasiado para ella.

—¿Puedes conducir hasta casa? —preguntó bajo el reflejo de los destellos azules. Le entregó las llaves del coche, y luego estuvo pensando en lo mala conductora que era, pero la suerte estaba echada.

—Gracias —dijo Rose, apretándose contra él en un momento de transgresión antes de hacer un gesto con la mano hacia la camilla de Assad, y luego se dirigió hacia el Ford Ka.

Menos mal que a esta hora no hay tanto tráfico, pensó Carl. Si aquella noche le ocurría algo a Rose, aquello iba a ser el final de su carrera de policía.

Tal vez lo fuera de todas formas.

En el quirófano trabajaron a tope con Assad, y después un médico de rostro serio se presentó por fin en la sala de espera y comunicó a Carl que por suerte los pulmones no estaban tan mal, pero que la fractura de cráneo y los hematomas resultantes eran de tal magnitud que no le permitían prometer nada. De hecho, estaba tan grave que tendrían que trasladarlo al Hospital Central, donde la unidad de traumatología estaba ya preparada para recibirlo y reconocerlo, y probablemente volver a enviarlo al quirófano, y después subirlo a la UVI.

Carl asintió con la cabeza, mientras cólera y tristeza luchaban entre sí. Desde luego, no iba a llamar a Rose para contarle aquello.

Apretó contra sí uno de los papeles que llevaba Assad debajo de la camisa. Curt Wad iba a pagar por aquello. Y si no lo pillaban de forma legal, ya habría otros modos. A él le importaba un huevo.

—¡Acabo de enterarme del accidente! —gritó una voz conocida algo más allá en el pasillo. Era Marcus Jacobsen, dirigiéndose hacia él con paso rápido.

Joder, aquello era tan triste, y a la vez tan conmovedor, que Carl tuvo que secarse el rabillo del ojo.

—Será mejor que vayamos a Jefatura, Marcus —dijo Carl—. Paso de ir a casa, hay muchísimas cosas que hacer antes.

Marcus Jacobsen miró el retrovisor y lo enderezó un poco.

—Hmm, es extraño, ese coche lleva tiempo detrás de nosotros —comentó, y después miró a Carl—. Sí, te comprendo. Pero para funcionar hay que dormir.

—Pues entonces sácame un chupito de Gammel Dansk cuando lleguemos. Lo de dormir tendrá que esperar.

Puso al inspector jefe al tanto de lo ocurrido durante el día, no le quedó otro remedio.

—Os prohibí acercaros a Curt Wad, Carl, y ahora mira qué ha pasado.

Carl asintió en silencio; era justo y lógico tener que oír aquello.

—Pero menos mal que no has obedecido —continuó.

Carl volvió el rostro hacia él.

—Gracias, Marcus.

Su jefe se regodeó un poco con las palabras antes de pronunciarlas.

—Voy a tener que hablar con alguna gente antes de que puedas seguir con esto, Carl.

—Vaya. Pues mucho me temo que no voy a poder esperar.

—Entonces tendré que suspenderte.

—Si lo haces, esos cabrones van a irse de rositas después de lo que han hecho.

—¿Qué han hecho, Carl? ¿Atacarte? ¿Lo que le ha pasado a Assad? ¿O en lo que han convertido su nuevo partido, además de todos sus antiguos crímenes?

—¡Todo eso! ¡Sí!

—Voy a decirte una cosa, Carl. Si no paras hasta que haya discutido todo esto con otras personas, Curt Wad no va a pagar por muchas de esas cosas, y no hay ninguna necesidad de que eso suceda. Así que debemos convenir que te quedarás en el despacho hasta que yo te diga.

Carl se alzó de hombros. No iba a prometer demasiado.

Dejaron el coche en el aparcamiento y se quedaron un rato ante el edificio de cemento, observando la Jefatura de Policía mientras pensaban en los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

—Carl, ¿tienes un cigarrillo? —preguntó el inspector jefe.

Carl sonrió un rato ante la inconstancia de Marcus Jacobsen.

—Sí que tengo, pero no tengo fuego.

—Un momento —replicó Jacobsen—, tengo un encendedor en la guantera.

Giró y apenas había avanzado un par de pasos cuando un coche negro con las luces apagadas que estaba aparcado frente a ellos en la acera de Jefatura arrancó y fue directo hacia ellos.

Un lateral del coche saltó por los aires cuando este golpeó el bordillo, y el ruido del metal chirrió en los oídos de Carl mientras se echaba a un lado y giraba sobre la acera. Luego el coche se detuvo con un frenazo y dio marcha atrás con tal violencia

que la caja de cambios gruñó y se esparció el olor a goma quemada de las ruedas tratando de pegarse a la calzada.

Oyeron el disparo, pero no de dónde venía. Lo único que registraron en aquellos milisegundos fue que el rumbo del coche cambió, como si estuviese fuera de control, y que seguía retrocediendo, atravesando la calzada, hasta chocar con fuerza contra uno de los coches de los agentes de paisano que había aparcados allí.

Fue entonces cuando vieron a un agente motorizado salir corriendo de Jefatura pistola en mano, y fue entonces cuando Carl oyó la imaginativa sarta de juramentos y maldiciones que era capaz de soltar el inspector jefe en nada de tiempo.

Mientras el jefe de relaciones públicas y el inspector jefe de Homicidios mantenían a distancia a los periodistas y a la gente de la televisión, Carl comprobó los datos del autor del atentado. No llevaba papeles encima, claro, pero bastó enseñar a otros compañeros una foto del muerto, sentado en el coche con un agujero redondo en el cuello, para obtener resultados. La gente del Departamento C de la Brigada Criminal eran unos chavales astutos de cojones.

—Se llama Ole Christian Schmidt —dijo uno de ellos sin vacilar, y con ese nombre Carl pudo localizar al tipo. Un bocazas, antiguo activista de extrema derecha que había salido de la cárcel recientemente tras cumplir una condena de dos años y medio por dos ataques violentos contra una miembro de la ejecutiva de Los Socialistas y un chico inmigrante que pasaba por allí. No tenía un largo historial delictivo, pero sin duda el suficiente para poder temerse por su futura carrera.

Carl alzó la vista a la pantalla, que mostraba el canal de información continua desde que se había sentado.

Las explicaciones sobre el tiroteo las dieron Marcus Jacobsen y el jefe de prensa. Ni una palabra sobre una investigación en curso, ni una palabra sobre posibles móviles. Solo que había sido algo repentino, y que el hombre parecía trastornado, y luego que había que agradecer a la providencia que pasara por allí un resuelto agente motorizado que salvó la vida a dos policías.

Carl asintió en silencio. El suceso demostraba que Curt Wad estaba desesperado, y que aquello no iba a quedar así, no cabía duda. En cuanto Marcus volviera a su despacho, tendrían que discutir cómo llevar a cabo unos arrestos rápidos.

Después la imagen cambió, y el presentador hizo un breve comentario sobre los méritos de Marcus Jacobsen, y se quejó de que los nombres del muerto y del agente siguieran sin hacerse públicos.

La imagen volvió a cambiar, pero no así la expresión facial del presentador.

—Hacia las nueve de esta mañana el ocupante de un velero de recreo se ha llevado un buen susto cuando ha zarpado del puerto de Havnsø y, a mitad de camino de Sejerby, en la isla de Sejerø, ha divisado un cuerpo flotando en la superficie. Nos

informan de que se trata del periodista de treinta y un años Søren Brandt, y sus familiares ya han sido informados.

Carl apartó la taza de café y miró conmocionado a la pantalla, en la que había aparecido la imagen de un Søren Brandt sonriente.

¿Aquella pesadilla no iba a terminar nunca?

—Ya conoces a Madvig de los viejos tiempos, ¿verdad, Carl? —preguntó Marcus, ofreciendo asiento a los visitantes.

Carl asintió en silencio y dio la mano al hombre. Karl Madvig, uno de los duros de la Comisaría Central de Información; sí, a aquel lo conocía mejor que los demás.

—Tiempo sin vernos —saludó Madvig.

Desde luego. Sus caminos no se habían cruzado desde que él y su tocayo coincidieron en la Academia de Policía; Madvig andaba ocupado en jugar a las cometas en el cielo solitario de la CCI. Cuando lo conoció era un tipo majo, de quien se rumoreaba que con los años había perdido buena parte de su encanto, por lo demás, innato. Tal vez se debiera al traje negro que llevaba siempre, tal vez fuera su ego, que había tenido demasiadas buenas condiciones de desarrollo. A Carl eso le importaba un comino.

—¿Qué hay, *Medusa*? —correspondió Carl, disfrutando del sobresalto del hombre cuando su viejo apodo salió de las brumas del olvido. Después continuó, dirigiendo una mirada elocuente hacia Marcus.

El inspector jefe buscó sus chicles de nicotina.

—Carl, has de saber que Karl es quien se ocupa en la CCI de todo lo que tenga que ver con la fundación de Ideas Claras y la gente que la dirige, entre ellos Curt Wad. Han pasado ya cuatro años desde que se iniciaron las investigaciones, así que, como comprenderás...

—Lo comprendo todo —aseguró Carl, volviéndose hacia Madvig—. ¡Soy tu hombre, *Medusa*! ¡Dispara!

Madvig movió la cabeza arriba y abajo y le dio las condolencias por lo de su ayudante. Bueno, tal vez la palabra «condolencias» no fuera el término adecuado. Al menos era lo que esperaba de todo corazón.

Madvig expuso sus investigaciones. De modo abierto y directo, y en muchos sentidos también con simpatía. Era evidente que el caso lo afectaba. También él había estado en las profundidades, escarbando en lo que era capaz de hacer la gente que estaba tras aquella fachada tan respetable en apariencia.

—Hemos pinchado teléfonos de miembros influyentes de Ideas Claras, y también de varios de los que sabemos son miembros de La Lucha Secreta, de forma tan sistemática como hemos podido, y tenemos conocimiento de bastantes de las cuestiones sobre las que ya has orientado a Marcus Jacobsen. Y claro, también

tenemos declaraciones de testigos y documentos que apoyan nuestro trabajo, siempre podemos volver a eso. Pero de los archivos que habéis —dibujó unas comillas en el aire «encontrado» en casa de Nørvig, y que llevamos un día entero escudriñando, no hemos sacado nada que no supiéramos ya. Todos esos antiguos casos en los que la gente denunció a miembros de La Lucha Secreta están accesibles en los respectivos archivos policiales de distrito. Lo que desconocíamos, por el contrario, era que las tropas de asalto de Curt Wad se utilizan con fines abiertamente criminales, cosa que en cierta forma nos conviene. Porque así no puede haber duda de que será más fácil hacer comprender a la opinión pública la necesidad de poner freno a esa gente y a lo que representan.

—Sí —terció el inspector jefe—. Por supuesto que puedes indignarte, y con razón, por que no te haya mencionado antes las investigaciones de la CCI, Carl, pero ha sido necesario mantener la discreción. Imagina el escándalo que se montaría si la prensa y la opinión pública tuvieran conocimiento de que un nuevo partido político supuestamente democrático estaba siendo objeto de escuchas e investigado, incluso que había infiltrados, y además de forma tan masiva como ha sucedido. ¿Te imaginas los titulares?

Dibujó el mensaje en el aire.

—«Estado policial, control del funcionariado, fascismo.» Palabras que no se ajustan ni a nuestros métodos ni al verdadero objetivo de las investigaciones.

Carl asintió en silencio.

—Gracias por la confianza. De todas formas, creo que habríamos sido capaces de mantener la boca cerrada. ¿Ya sabéis que también se han cargado a Søren Brandt?

Marcus y Madvig se miraron un breve instante.

—Bien, así que no lo sabíais. Søren Brandt era una de mis fuentes de información. Lo han encontrado esta mañana ahogado en la bahía de Sejerø. Supongo que sabéis quién es.

Madvig y el inspector jefe lo miraron con rostros igual de inexpresivos. Así que ya lo sabían.

—Ha sido un asesinato, creedme. Brandt temía por su vida, y estaba escondido en algún lugar que no quiso decirme ni a mí. Pero tampoco eso le ha valido para nada.

Madvig miró por la ventana.

—Así que ¿un periodista? ¡Se han cargado a un periodista! —exclamó, mientras sopesaba las consecuencias. Entonces tendremos a la prensa de nuestro lado. Nadie en este país tolera el recuerdo de ataques a periodistas en Ucrania y Rusia. Así que pronto podremos hacerlo público.

Se volvió hacia ellos con un esbozo de sonrisa. Si el tema no hubiera sido tan trágico, seguro que se habría palmeado los muslos de alegría.

Carl los miró un rato antes de sacar su carta escondida.

—Hay una cosa que me gustaría entregaros, pero a cambio quiero tener las manos libres para terminar el caso que estoy investigando. Estoy convencido de que esclarecerlo aportará más acusaciones contra Curt Wad, porque sigo considerándolo sospechoso de estar tras una serie de desapariciones. Entonces, ¿de acuerdo?

—Bueno, eso depende de lo que puedas ofrecernos. No podemos aceptar que tu lucha contra Curt Wad vaya a poner en peligro tu vida y la de otros —comunicó Marcus Jacobsen, dirigiéndole una mirada que decía: «¡No hay acuerdo ni por el forro!».

Carl depositó los papeles sobre la mesa.

—Tomad —dijo—. Estas son las listas de todos los miembros de La Lucha Secreta.

Madvig arqueó las cejas, con los ojos como platos. Ni en sus más locas fantasías había pensado que existiera tal cosa.

—Sí, gente fina, os lo aseguro. Muchos médicos conocidos, varios policías, entre ellos uno de la comisaría del centro, enfermeras, asistentes sociales. Lo mejorcito de cada casa. Pero eso no es todo, porque tenemos información detallada de esa gente. Y sobre todo de la gente que hace el trabajo sucio a Curt Wad. Tienen una columna entera para ellos.

Señaló la lista. Curt Wad, con minuciosidad germánica, no solo había escrito los nombres, direcciones, lugares de trabajo, direcciones de correo electrónico, números de registro civil, teléfono y fax de los miembros y sus parejas, sino que también detallaba la función de cada cual en la organización. «Información», «Referencias», «Investigación», «Intervenciones», «Cremaciones», «Asistencia jurídica», «Trabajo de los funcionarios» eran algunas de las numerosas denominaciones de la lista, y finalmente «Trabajo de campo». No hacía falta haber sido policía durante muchos años para saber a qué se refería.

Desde luego, no tenía nada que ver con plantar patatas.

—En la lista de «Trabajo de campo» aparece, por ejemplo, el nombre de Ole Christian Schmidt —dijo, señalándolo—. Observo tu mirada inquisitiva, Marcus; pues bien, es el que ha estado a punto de matarnos esta mañana.

Los dedos de Madvig se pirraban por arrancarle la lista a Carl, era evidente. Carl lo imaginaba entrando como una exhalación en el despacho de su unidad y anunciando las últimas revelaciones. Pero Carl no podía compartir sin más aquella alegría manifiesta, porque el logro de la información había tenido costes demasiado elevados.

En aquel momento Assad luchaba por su vida en el Hospital Central.

—Atendiendo al número de registro civil de los incluidos en «Trabajo de campo», vemos que es gente más joven que, por ejemplo, la que realiza abortos —continuó—. Ninguno de los que hacen trabajo de campo tiene más de treinta años. Propongo que

llevemos a cabo una detención preventiva de todo el grupo y les entremos con ganas, para tratar de descubrir sus movimientos de estos últimos días. Si lo hacemos, los intentos de atentado y los asesinatos van a cesar de inmediato, os lo aseguro. Y vosotros podéis hacer el papeleo en la CCI.

Enseñó las listas de afiliados.

—Haber conseguido estos papeles tal vez le cueste la vida a mi buen amigo y compañero Assad, así que no os los entregaré a menos que me digáis que estáis de acuerdo. Es lo que hay.

Por un instante, Madvig y el jefe de Homicidios volvieron a cruzar sus miradas.

—Rose, creo que debo decirte que Assad ha estado consciente —la informó Carl por teléfono.

Al otro lado de la línea hubo un silencio absoluto. Por supuesto, aquella información no bastaba para tranquilizarla.

—Los médicos dicen que ha abierto los ojos y ha mirado alrededor. Y que luego ha dicho sonriendo: «Así que me han encontrado. ¡Bravo!», y ha vuelto a desvanecerse.

—Dios mío —exclamó Rose—. ¿Crees que se pondrá bien?

—No lo sé. El tiempo dirá. Mientras tanto, quiero seguir con el caso. Tómate unos días de vacaciones, Rose, que ya es hora. Creo que deberías descansar una semana, te sentará bien. Han sido unos días duros, lo sé.

Oyó que la respiración de ella se hacía más profunda.

—De acuerdo. Pero antes has de saber que he descubierto algo que no encaja, Carl.

—Vaya. ¿Qué es?

—El expediente que sacó Assad del cuarto de los archivos de Curt Wad seguía en el coche cuando volví a casa ayer. Lo subí y lo he estado hojeando esta mañana. El Expediente 64, ya sabes.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—Ahora ya sé por qué le pareció tan importante a Assad meterlo bajo la camisa antes de encender el fuego. Debió de mirar bien todos los archivos para haber escogido justo ese expediente y la lista de miembros que has visto. Menos mal que te levantó el encendedor; si no, no habría tenido luz allí dentro.

—¿Qué pasa con ese expediente?

—Es el historial médico de Curt Wad sobre los dos abortos de Nete Hermansen.

—¿Dos?

—Sí. Cuando tenía quince años llamaron al médico porque tenía hemorragias después de caerse a un riachuelo. Según el médico, se debió a un aborto espontáneo. Y ¿sabes quién era el médico? El padre de Curt Wad.

—Pobre chica. Tan joven. Teniendo en cuenta los preceptos morales de la época, debió de ser una gran vergüenza para ella y para su familia.

—Puede. Pero lo que atrae mi atención es el caso que ya conocemos por los papeles de Nørvig: la denuncia de Nete Hermansen contra Curt Wad por violación y por haber recibido dinero a cambio de hacerle un aborto ilegal.

—De eso último creo que en el expediente no pone nada.

—No, pero pone otra cosa que es más interesante.

—¿Qué, Rose? ¡Vamos, habla!

—Pone el nombre del que la dejó embarazada, el que echó a rodar la bola.

—¿Quién fue? —Viggo Mogensen. El que dices que hace unos días Nete dijo no conocer.

Capítulo 43

Septiembre de 1987

NETE divisó a Gitte Charles en cuanto su silueta apareció a bastante distancia, dirigiéndose al Pabellón. Aquella manera de andar característica y el balanceo de sus brazos, que a Nete le producía repelús. Llevaba más de treinta años sin haber tenido que verla, y ahora le hacía retorcerse las manos y mirar por la sala, para ver si todo estaba preparado para que el asesinato se consumara con rapidez. Tenía que ir como la seda, porque el dolor de cabeza no se le había ido, sino que lo sentía como una navaja de afeitar atravesándole la corteza cerebral, y estaba a punto de hacerla vomitar.

Maldita sea la migraña, pensó. Esperaba que se le pasara cuando dejara atrás todo aquello que le recordaba una y otra vez la vida que le habían destrozado.

Sí, pasaría unos meses fuera, y todo sería diferente. Tal vez incluso aceptara el hecho de que Curt Wad siguiera vivo.

Con esa manera de actuar, su pasado va a sorprenderlo y aniquilarlo en cualquier momento, pensó. No le quedaba otra.

Si no, iban a fallarle las fuerzas para matar a Gitte.

Pasados cuatro días desde el incendio y el fallido intento de fuga, llegaron dos policías de uniforme a llevarse a Rita y a Nete. Ni una palabra sobre lo que iba a suceder; claro que tampoco había dudas al respecto. «Incendiaria, corrupta e idiota» eran descripciones que no traían nada bueno allí, y la venganza de Gitte Charles fue metódica. Rita y Nete embarcaron a tierra firme, y después las llevaron en ambulancia al hospital de Korsør, atadas con correas como si fueran presidiarias camino de una ejecución. Y así se sintieron cuando vieron acercarse a los enfermeros de brazos peludos y movimientos precisos, y Nete y Rita gritaron y dieron patadas en todas direcciones mientras las transportaban por la planta hasta la sección de camas. Allí las ataron y dejaron a una junto a la otra, sollozando y pidiendo compasión por sus hijos no nacidos. Por lo visto, al personal del hospital le importaba un pimiento. Habían visto a demasiadas de aquellas «retrasadas morales» para dejarse conmover por las lágrimas y ruegos de Nete.

Al final, Rita se puso a gritar. Primero dijo que quería hablar con el jefe de servicio, después con la Policía, y al final con el mismísimo alcalde de Korsør, pero de nada le valió.

Y Nete se quedó conmocionada.

Dos médicos y dos enfermeras entraron sin decir palabra y se colocaron por

parejas junto a sus camas mientras preparaban las inyecciones. Trataron de tranquilizarlas diciéndoles que era por su bien, y que después iban a poder vivir una existencia normal, pero el corazón de Nete latía por todos los niños que no iba a poder traer al mundo. Y cuando le hincaron la aguja su corazón casi paró, y se abandonó a sí misma y a sus sueños.

Cuando despertó pasadas unas horas, solo le quedaban los dolores del vientre y el vendaje. El resto se lo habían quitado.

Nete no dijo nada durante dos días, y tampoco después de que las llevaran de vuelta a Sprogø. Para ella solo quedaba tristeza y desaliento.

—La tonta no dice ni mu, a lo mejor ha aprendido la lección y todo —decían las funcionarias cuando podía oírlo, y era cierto. Pasó un mes sin decir nada. Total, ¿para qué?

Y la dejaron libre.

Pero Rita siguió en la isla. Había que poner algún límite a quién dejaban escapar a la sociedad, decían.

Nete, de pie en popa, vio que las olas envolvían la isla y el faro se hundía poco a poco en el horizonte, mientras pensaba que habría sido igual quedarse dentro, porque su vida había terminado de todas formas.

La primera familia para la que trabajó se componía de un herrero, su mujer y tres hijos mecánicos que vivían de trabajos esporádicos y chapuzas. Ninguna familia necesitaba tanto como aquella a alguien a quien reñir y esclavizar sin parar, y esa necesidad la tenían más que cubierta ahora que Nete vivía con ellos. Le mandaban hacer de todo, desde poner en orden el terreno sembrado de restos de maquinaria oxidada hasta cuidar a una patrona cuya mayor y única diversión consistía en mangonear, y sobre todo con Nete.

—Zorra, gitana, pocoseso —la insultaban sin parar, y si había la menor oportunidad de burlarse de ella, lo hacían.

—Tonta de capirote. ¿Es que no lees lo que pone, imbécil? —decía su patrona, señalando la parte trasera del paquete de detergente. Y como no podía leerlo, la humillación venía acompañada de un guantazo en la nuca.

—¿Es que no entiendes danés, inútil? —era la cantinela diaria, y Nete se encogía hasta desaparecer.

Los chicos le sobaban los pechos cuanto querían, y el padre amenazaba con ir más lejos. Cuando se lavaba, llegaban uno tras otro, olfateando como perros, y se quedaban frente a la puerta aullando de lascivia sin ningún pudor.

—Déjanos entrar, Nete. Y verás cómo hacemos que chilles como la cerda que eres —decían entre risas.

Y así pasaban los días, a la buena ventura, pero las noches eran más difíciles.

Solía cerrar bien la puerta de su cuarto, sujetaba la manilla con la silla y se tumbaba en el suelo, a los pies de la cama. Si alguno consiguiera entrar y saltar sobre la cama, iba a llevarse una sorpresa, ya se encargaría ella de eso. Porque la cama estaba vacía, y el tubo de hierro que había encontrado en el patio era bastante pesado. Si las cosas se desmadraban, le importaba un carajo si dejaba a alguno medio muerto. ¿Qué podía ocurrirle que fuera peor que estar allí?

A veces se le pasaba por la cabeza mezclar un poco del beleño que había traído de la isla en el café de la noche. Pero siempre le fallaba el ánimo, así que se quedó en nada.

Lo que sí pasó fue que un día que la señora de la casa dio a su marido una bofetada de más, este fue en busca de la escopeta de caza y no solo le arrancó la cabeza, sino que dejó a la familia sin medios de subsistencia.

Nete pasó las horas siguientes sola en la cocina, balanceándose inquieta atrás y adelante, mientras los peritos de la Policía recogían de las paredes de la sala perdigones y pedazos de carne.

Pero al llegar la noche su destino inmediato se aclaró.

Un hombre bastante joven, tal vez solo cinco o seis años mayor que ella, le tendió la mano, diciéndole:

—Me llamo Erik Hanstholm, y a mi mujer Marianne y a mí nos han pedido que nos ocupemos de ti.

Las palabras «que nos ocupemos de ti» sonaron extrañas. Como una débil música de otro tiempo, hacía una eternidad de aquello, pero también como una señal de advertencia. Eran palabras así a las que había intentado una y otra vez aferrarse en vano, pero en aquel horrible hogar donde el eco del disparo aún estaba pegado a las paredes, no se habían pronunciado jamás.

Miró al hombre. Parecía bueno, pero rechazó la idea. ¿Cuántas veces se había equivocado por lo buenos que podían parecer los hombres?

—Pues así tendrá que ser —repuso, alzándose de hombros. ¿Qué podía decir? No tenía nada que decir.

—Marianne y yo vamos a trabajar como profesores de niños sordos en Bredebro. Allí en la «oscura Jutlandia» —dijo, riendo por la expresión—. Pero, a pesar de eso, a lo mejor tienes ganas de venirte con nosotros.

En aquel momento, lo miró a los ojos por primera vez. ¿Cuántas veces le habían dejado elegir a ella su futuro? Nunca, que ella recordara. ¿Y cuántas veces se habían dirigido a ella con palabras como «a lo mejor» y «tienes ganas»? Jamás desde que murió su madre, estaba segura.

—Nos hemos visto antes, pero hace ya muchos meses de eso —explicó el hombre—. Yo estaba leyendo un libro para una niña enferma de cáncer que era algo dura de oído en el hospital de Korsør, y tú estabas en la cama de enfrente. ¿Te acuerdas?

El hombre movió la cabeza arriba y abajo cuando vio la confusión de Nete, y cómo pestañeó un par de veces para protegerse de su mirada escrutadora.

¿Era realmente él?

—¿Crees que no noté cómo escuchabas? Ya lo creo que escuchabas. Esos ojos azules no se olvidan tan fácil.

Luego extendió la mano poco a poco hacia ella, sin tomar la suya. La dejó en el aire, frente a la mano de ella, y esperó.

Esperó hasta que Nete extendió sus dedos. Y estrechó su mano.

La vida de Nete sufrió una transformación unos días más tarde, en la casa de los maestros de Bredebro.

Llevaba tumbada en la cama desde su llegada, esperando que comenzara la esclavitud. Esperando más palabras duras y más abandonos que la seguirían como su propia sombra.

Entonces la mujer, Marianne Hanstholm, fue a buscarla, la llevó al despacho y señaló una pizarra.

—Vas a ver, Nete. Voy a hacerte unas preguntas, y tú tómate el tiempo que te haga falta para responder. ¿Lo harás?

Nete miró a la pizarra con las letras. Dentro de poco su mundo se desmoronaría, porque ya sabía para qué era aquello. Aquellos signos de la pizarra habían sido su maldición cuando iba a la escuela del pueblo. El cimbreo de la vara contra las costillas o el golpe de la regla contra los dedos no se olvidaban tan fácil. Y cuando la mujer que tenía enfrente se diera cuenta de que Nete no era capaz de reconocer ni la cuarta parte de las letras, y que además no sabía juntarlas, la empujarían otra vez al fango, que era donde todos decían que debía estar.

Nete apretó los labios.

—Yo quiero leer, señora Hanstholm, pero es que no sé.

Se miraron un momento en silencio, mientras Nete trataba de calcular dónde caería el golpe. Pero Marianne Hanstholm se limitó a sonreír.

—Que sí, cariño. Sí que sabes, pero no mucho. Si me dices cuál de esas letras reconoces, me pondré muy contenta.

Nete arrugó la frente. Y como lo único que sucedió fue que la mujer de enfrente sonrió y señaló la pizarra, se levantó a regañadientes y avanzó hacia ella.

—Conozco esa letra —dijo, señalando con el dedo—. Es la N; lo sé porque mi nombre empieza por esa letra.

Y la señora Hanstholm aplaudió y rio de buena gana.

—Bueno, pues ahora solo nos faltan otras veintisiete, ¿no es magnífico? —exclamó, poniéndose en pie y abrazando a Nete—. Verás qué sorpresa vamos a darles a todos.

Al sentir el calor de aquellos brazos Nete echó a temblar, pero la mujer la apretó con fuerza contra sí y le susurró que todo iba a arreglarse. Nete no podía creerlo.

Por eso siguió temblando y llorando.

Entonces apareció Erik Hanstholm, atraído por el barullo, y enseguida se emocionó ante la mirada brillante de Nete y sus hombros encogidos.

—Ay, Nete. Lloro, llora tranquila por tus penas, que a partir de hoy no tendrás que sufrir más —la consoló, susurrando las palabras que desde aquel momento iban a sustituir toda la maldad que había sufrido—: Tú también vales, Nete. No lo olvides nunca: tú también vales.

Nete coincidió con Rita ante la farmacia de la calle principal de Bredebro en otoño de 1961, y oyó el mensaje a voces antes de que pudiera reaccionar ante el reencuentro.

—Han cerrado el asilo de Sprogø —le contó Rita, y rio un poco al ver la expresión asustada de Nete.

Y de pronto se puso seria.

—A la mayoría nos enviaron a casas para trabajar a cambio de comida y cama, así que no ha habido grandes cambios. Trajinar desde primera hora de la mañana hasta acostarte, y ni un céntimo para gastos. De eso se cansa uno pronto.

Nete asintió con la cabeza. Bien que lo sabía ella. Luego trató de mirar a Rita a los ojos, pero era difícil. Tampoco eran unos ojos a los que hubiera esperado volver a mirar.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó por fin, aunque no sabía si quería oír la respuesta.

—Trabajo en una empresa de lácteos a veinte kilómetros. Pia, la puta de Århus, currela allí también; trabajamos desde las cinco de la mañana todo el puto día, y es un coñazo. Así que me he escapado para preguntarte si quieres venirte conmigo.

¿Que si Nete quería irse con ella? Ni hablar, nada más lejos de su intención. Solo verla le revolvió el estómago. ¿Cómo se atrevía a visitarla después de lo que le había hecho? De no ser por los celos y el egoísmo de Rita, todo habría sido diferente.

Nete habría salido de la isla y habría podido tener hijos.

—¡Venga, tía! Vindrás conmigo, ¿verdad, Nete? Nos escapamos, y al mundo que le den. ¿Te acuerdas de nuestros viejos planes? Inglaterra, y luego América. A un lugar donde nadie nos conozca.

Nete desvió la mirada.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

Rita rio con una risa seca. Los cigarrillos habían dejado su huella.

—¿Crees que Gitte Charles no te ha seguido la pista, boba? ¿Crees que no me ha dado el coñazo día tras día contándome lo bien que te iba la vida en libertad?

¡Gitte Charles! Nete apretó los puños al oír el nombre.

—¡Charles! ¿Dónde está ahora?

—Si lo supiera, no lo iba a pasar nada bien —replicó Rita con frialdad.

Nete la miró un instante. Ya había visto de lo que era capaz Rita. La había visto golpear con el cucharón de la colada a las chicas que no querían pagar por los cigarrillos. Golpes duros, profundos, cuyos rastros violáceos solo se veían cuando las chicas se desvestían.

—Vete, Rita —advirtió, cabreada—. No quiero volver a verte en mi vida, ¿entendido?

Rita levantó el mentón y miró burlona a Nete.

—Vaya, la putita se ha vuelto fina. Eres demasiado distinguida para hablar conmigo. ¿Es por eso?

Nete asintió para sí. La vida le había enseñado que si querías entenderlo todo, tenías que atenerte a las dos verdades sobre las personas. La primera eran las palabras de su hermano acerca de las dos clases de personas; y la otra, que la vida de las personas es una constante cuerda floja sobre el abismo de las tentaciones, y que se puede caer muy bajo si no afianzas bien el pie.

En aquel momento tuvo la enorme tentación de emplear sus puños contra Rita y borrar a golpes la mirada arrogante de su rostro, pero Nete agachó la cabeza y se dio la vuelta. Si alguien tenía que caer en el abismo de las tentaciones, no iba a ser ella, desde luego.

—Buen viaje, Rita —dijo, vuelta de espaldas, pero Rita no estaba satisfecha.

—¡Ven aquí! —gritó, agarrando a Nete del hombro mientras se dirigía a dos inocentes amas de casa con la bolsa de la compra y rostros inescrutables.

—Aquí tenéis a dos putas de Sprogø que se van a follar a vuestros maridos por diez coronas, ¡y esta es la peor! —gritó, agarrando la cara de Nete y girándola de un tirón hacia las señoras—. Mirad a la cara de la puta. ¿No creéis que vuestros maridos van a preferirla a ella que a vosotras, vacaburras? Y vive en la ciudad, así que cuidado.

Luego se volvió hacia Nete con ojos entornados.

—Entonces, ¿qué? ¿Vienes? Porque si no vienes, voy a seguir gritando hasta que llegue la Policía. Y después no va a serte tan fácil vivir en la ciudad, ¿no crees?

Más tarde llamaron a la puerta de su cuarto, donde estaba sentada, llorando, y su padre adoptivo entró sin hacer ruido.

Estuvo un buen rato serio y en silencio.

Ahora me dirá que me marche, pensó Nete. Tendré que ir a una familia que pueda mantenerme a distancia de la gente normal. Donde no se avergüencen, donde no sepan lo que es la vergüenza, pensó.

Entonces él colocó con cuidado su mano sobre la de ella.

—Has de saber, Nete, que lo único de lo que se habla en la ciudad es de lo digna que has estado esta mañana. Te has retorcido las manos, ya lo han visto, pero no has golpeado. En su lugar, has empleado la fuerza de la palabra; eso está bien.

—Así que ahora todos lo saben —observó Nete.

—Saber ¿qué? Lo único que saben es que te has inclinado hacia la que te ha provocado y que has dicho: «¿Me llamas puta *a mí*? ¿Sabes qué, Rita? La próxima vez que me confundas con mi hermana gemela, creo que esta buena gente te indicará el camino a un buen oculista. Hala, vete y no vuelvas; si no, llamo a la Policía. ¿De acuerdo?».

El hombre asintió en silencio.

—Eso es lo que saben. ¿Acaso importa?

Miró a Nete y sonrió hasta que ella salió de su reserva.

—Y otra cosa, Nete. Te he traído algo.

Manoseaba algo a su espalda.

—Toma —ofreció, tendiéndole un diploma con letras muy grandes. Le costó leerlo, pero llegó hasta el final, palabra por palabra.

«A nadie que sepa leer esto se le puede llamar analfabeto», ponía.

La tomó del brazo.

—Cuélgalo de la pared, Nete. Cuando hayas leído todos los libros de nuestras estanterías y resuelto todos los problemas de matemáticas que hacemos con los sordos, harás el bachiller para adultos.

El resto era ya pasado para cuando se dio cuenta. Segunda enseñanza, escuela de técnicos de laboratorio, titulación de técnica de laboratorio, empleo en Interlab y matrimonio con Andreas Rosen. Un pasado maravilloso que podría llamarse la segunda vida de Nete. Fue antes de que Andreas muriese, y mucho antes de que estuviera en su piso con cuatro asesinatos en su conciencia.

En cuanto termine con Gitte, empezará en serio mi tercera vida, pensó.

Entonces retumbó el timbre del interfono.

Cuando Nete abrió la puerta, Gitte se erguía ante ella igual que una columna de mármol devastada por el paso del tiempo, pero todavía guapa y majestuosa.

—Gracias por la invitación, Nete —dijo sin más, y se deslizó dentro como una serpiente en una ratonera.

Observó el pasillo, entregó su abrigo a Nete y después abordó la sala de estar como un barco pirata de incursión. La mirada despierta a más no poder de Gitte registró cada cuchara de plata, pesó y tasó cada cuadro.

Luego se volvió hacia Nete.

—Siento muchísimo que estés tan enferma, Nete. ¿Qué es? ¿Cáncer?

Nete asintió en silencio.

—¿Y no se puede hacer nada? ¿Los médicos están seguros?

Nete volvió a asentir en silencio, dispuesta a pedir a Gitte que se sentara, pero no preparada para lo que debía hacer.

—Siéntate, Nete, mujer, deja que te atienda. Veo que tienes té en la tetera, así que te serviré.

Dio un suave empujón a Nete y la acomodó en el sofá.

—¿Azúcar? —preguntó desde el aparador.

—No, gracias —contestó Nete, y se puso otra vez en pie—. Haré otra tetera, este té está frío. Está hecho desde el último invitado.

—¿El último invitado? ¿Ha habido más?

Gitte la miró con curiosidad, y empezó a servir el té, a pesar de las protestas de Nete.

Nete vaciló. ¿Era una pregunta tentativa? ¿Sabría o sospecharía algo? Nete la había visto venir del Pabellón del lago, así que había pocas probabilidades de que se hubiera encontrado con alguno de los otros.

—Sí, ha habido otros antes. Eres la última.

—Vaya.

Ofreció la taza de té a Nete y se sirvió una para sí.

—¿Y todos recibimos la misma recompensa?

—No, todos no. Por cierto, el abogado está haciendo un recado antes de que cierren las tiendas, así que tendrás que tener paciencia. ¿Tienes prisa?

La pregunta provocó una extraña carcajada. Como si la prisa fuera lo último en que pensara Gitte.

Tengo que aguantar hasta que me deje servir el té. Pero ¿cómo?, pensó Nete mientras las punzadas de dolor le taladraban la cabeza. Lo sentía como si le hubieran apretado contra el cráneo un casco forrado de pinchos.

—Es increíble que estés tan enferma. Por lo demás, los años parecen haberte tratado bien —reconoció Gitte mientras disolvía el azúcar de la taza.

Nete sacudió la cabeza. Le daba la impresión de que las dos se parecían en muchos sentidos, aunque no podía decirse exactamente que los años las hubieran tratado bien a ninguna de ellas. Las arrugas, la aspereza de la piel y las canas hacía tiempo que habían anunciado su llegada. Era evidente que ambas habían vivido una vida muy intensa.

Nete trató de recordar los tiempos con Gitte Charles en la isla. Todo parecía muy extraño, ahora que Nete sabía que los papeles estaban cambiados.

Después de hablar un rato de tonterías, Nete se levantó, tomó su taza y la de Gitte y se colocó junto al aparador, de espaldas, como las otras veces.

—¿Otra taza? —ofreció.

—No, gracias. No me sirvas más —respondió Gitte, mientras Nete vertía abundantes gotas de extracto de beleño en su taza—. Pero toma tú.

Nete hizo caso omiso de la arpía. ¿Cuántas veces la había tratado como a una esclava en la puñetera isla?, pensó. Así que de todas formas puso la taza frente a Gitte y ella no se sirvió. A causa de la migraña, la tensión arterial le provocaba zumbidos en los oídos. Hasta el olor del té le daba náuseas.

—¿Podemos cambiar asientos, Gitte? —preguntó, con la sensación de vomitar en la garganta—. Es que tengo una migraña espantosa, y no me conviene estar sentada mirando a la ventana.

—Vaya por Dios, ¿también eso? —observó Gitte, levantándose, mientras Nete movía la taza de la mesa.

—Tengo que estar un rato en silencio —dijo Nete—. En silencio con los ojos cerrados.

Cambiaron asientos y Nete cerró los ojos, tratando febrilmente de pensar. Si su antigua acosadora no se tomaba el té, tendría que ser otra vez el martillo. Le ofrecería una taza de café, buscaría el martillo, se lo incrustaría en la nuca y luego se sentaría hasta que el ataque de migraña remitiera. Por supuesto que el martillazo provocaría derramamiento de sangre, pero, como Gitte era la última, ya no importaba. Después de arrastrar el cadáver hasta donde estaban los demás podría lavar un poco la alfombra.

—Estate quieta, Nete. Tengo buena mano para los masajes, pero es difícil en esa postura incómoda; será mejor que te sientes en una silla —dijo la voz por encima de ella, mientras unos dedos se movían y apretaban la musculatura del cuello.

Oyó la voz de Gitte parloteando, pero las palabras se le escapaban. Aquellos movimientos ya los conocía de antes, bajo circunstancias muy distintas; eran maravillosamente sensuales y placenteros, y Nete detestaba todo aquello.

—Más vale que lo dejes —propuso, apartándose—. Si no, voy a vomitar. Solo tengo que estar sentada un rato. Ya he tomado una pastilla, así que pronto me hará efecto. Toma el té mientras tanto, Gitte, y hablaremos de todo cuando vuelva el abogado.

Entreabrió los ojos y vio que los dedos de Gitte la soltaban, como si hubieran tocado algo electrificado. Luego percibió a Gitte dando la vuelta a la mesa y la sintió deslizarse sin ruido en el sofá de al lado, y al cabo de un rato oyó también el tintineo de la taza de té.

Nete echó la cabeza atrás y vio entre las pestañas que Gitte levantaba la taza y la llevaba a la boca. Parecía tensa e inquieta. Oisqueó el té con las ventanas de la nariz bien dilatadas, tomó un pequeño sorbo, y de pronto sus ojos se abrieron como platos, reflejo de una sospecha y una actitud alerta. En aquel segundo Gitte dirigió a Nete una mirada rapidísima y muy directa, y volvió a olfatear la taza.

Cuando Gitte dejó la taza sobre la mesa Nete abrió los ojos poco a poco.

—Ahhh —exclamó mientras trataba de adivinar qué pasaba por la cabeza de Gitte—. Ya me siento algo mejor. Ha sido un buen masaje: tienes buenas manos, Gitte.

Levántate, machacaba en su interior. Ve a por el martillo y termina de una vez. Luego introducirás formol por la boca a los cadáveres y podrás tumbarte.

—Voy a por un vaso de agua —dijo, levantándose con cuidado—. Se me seca la boca con todas esas medicinas.

—Pues toma té —la presionó Gitte, tendiéndole la taza.

—No, no me gusta tibio; pondré agua a hervir. El abogado debe de estar al caer.

Dio un par de pasos rápidos hacia la cocina y abrió el armario, y mientras se agachaba para sacar el martillo, oyó la voz detrás.

—Mira, Nete, la verdad es que no me creo que haya ningún abogado.

Capítulo 44

Noviembre de 2010

LA Jefatura de Policía era un mecanismo donde quedaba registrado el menor movimiento de rueda dentada, por pequeño que fuese. Como en un hormiguero, las señales centelleaban entre los edificios, y más rápido que lo que se tarda en explicarlo. Cuando los detenidos trataban de correr por los pasillos, cuando desaparecían pruebas materiales, cuando un compañero estaba enfermo grave o la directora de la Policía tenía problemas con los políticos, se sabía por intuición.

Aquel día era un hervidero de actividad. En el cuerpo de guardia se recibía a los invitados, el piso de la directora de la Policía echaba chispas, los asesores y la gente del despacho del fiscal no paraban quietos.

Y Carl sabía por qué.

Aquello de La Lucha Secreta y la gente que había detrás era material explosivo. Pero el material explosivo suele explotar si no se le echa agua encima a tiempo: y joder, qué manera de echar agua.

Aquel día se tramitaron unas cuarenta imputaciones, y en cada caso había que procurar que se aportara rápido algo concreto para sostener los cargos. El tren se había puesto en marcha, y ya habían llevado a interrogar a los policías de la lista de miembros del archivo de Curt Wad. Si aquello se filtraba antes de tiempo, iba a desatarse el infierno.

Carl sabía que todos los departamentos tenían la gente adecuada para llevar a cabo el trabajo, lo habían demostrado muchas veces. Pero sabía con la misma seguridad que, a pesar de los preparativos, en aquella tupida red tejida de pruebas e indicios había montones de agujeros en los que desaparecer. Solo se trataba de tener poder y visión de conjunto, y era justo eso lo que tenían las personas que perseguían. Así que a la mierda con los delincuentes violentos de poca monta. A la mierda con las tropas de asalto y los sicarios de Curt Wad. A la mierda con los soldados, aquellos no solían escaparse, y desde luego no muy lejos. No, buscaban a los estrategas, así que antes estaba el trabajo paciente con los interrogatorios de los peces chicos; después —eso esperaban —atraparían a los gordos.

El problema era que Carl era más impaciente que la mayoría, sobre todo en aquel momento. Los informes acerca de la situación de Assad no habían cambiado, así que podrían considerarse afortunados si salía con vida.

En una situación como aquella no podía ser paciente, era imposible.

Estuvo un rato sopesando qué hacer. Para él había dos casos que tal vez estuvieran relacionados, tal vez no. Uno eran las desapariciones de 1987, y el otro las intervenciones practicadas a muchas mujeres y los ataques contra Assad y contra él.

Rose lo había dejado confuso. Hasta ahora se habían centrado en Curt Wad, y Nete Hermansen era para todos su víctima, nada más. Hasta la llamada de Rose, Nete Hermansen había parecido un extraño eslabón inocente entre las personas desaparecidas; pero ahora se habían disparado todas las alarmas.

¿Por qué coño les mintió Nete Hermansen a él y a Assad? ¿Por qué había reconocido tener relación con todos los desaparecidos menos con Viggo Mogensen cuando, en realidad, era a él a quien debía estar agradecida por haber puesto en marcha la cadena de desgracias de su vida? Embarazo, aborto, violación, ingreso injusto en asilos y esterilización.

Carl no lo entendía.

—Decid a Marcus Jacobsen que puede llamarme al móvil —dijo en el cuerpo de guardia de la entrada cuando estuvo por fin dispuesto a ponerse en marcha.

Sus pies apuntaron al edificio de aparcamientos, donde estaban los coches patrulla, pero la cabeza se dio cuenta del error y corrigió la dirección. Ostras, no tenía coche; como que lo tenía Rose.

Miró hacia la terminal de Correos y saludó con la cabeza a dos agentes de paisano que salían. ¿Por qué no caminar? Dos kilómetros. ¿Qué era aquello para un hombre que estaba casi en su mejor edad?

Solo llegó a la Estación Central, donde su organismo protestó y los taxis lo tentaron.

—Al final de Korsgade, junto a los Lagos —dijo al taxista mientras el enjambre de gente zumbaba alrededor. Luego miró por encima del hombro. Era imposible saber si lo habían seguido.

Palpó la pistola. Esta vez no iban a pillarlo cagando y sin papel.

La anciana pareció sorprendida por el interfono, pero le reconoció la voz y le pidió que entrase y esperase un momento en el rellano, y que enseguida le abriría la puerta.

Transcurrió un rato hasta que se abrió la puerta y Nete Hermansen lo invitó a pasar, vestida con falda plisada y el pelo recién peinado.

—Disculpe —se presentó Carl, percibiendo un olor que, mucho más que la última vez, indicaba que allí vivía una mujer que tal vez no aireara la casa tanto como debiera.

Miró al pasillo y reparó en que la alfombra que había junto a la estantería de la pared del fondo hacía un pliegue, como si hubieran soltado los clavos que la fijaban y hubieran tirado de ella.

Luego giró la cabeza hacia la sala. Ella se dio cuenta de que no tenía intención de marcharse enseguida.

—Siento irrumpir así, sin avisar, señora Hermansen. Pero hay un par de cosas que

me gustaría comentar con usted.

Ella asintió en silencio y lo invitó a entrar, y luego reaccionó a un clic procedente de la cocina, que en casa de Carl significaba que el hervidor eléctrico había hecho su trabajo.

—Voy a hacer té, de todas formas es la hora —dijo.

Carl giró la cabeza y asintió en silencio.

—Si tiene café, creo que lo prefiero, gracias —dijo, pensando por un segundo en el jarabe de Assad. Si se lo hubiera ofrecido, lo habría aceptado con sumo gusto, por una vez. Era espantoso pensar que tal vez nunca fuera a repetirse.

Dos minutos más tarde Nete estaba en la sala, junto al aparador, preparando el nescafé.

Le ofreció la taza sonriendo, se sirvió ella, y a continuación se sentó frente a él con las manos en el regazo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó.

—¿Recuerda que la última vez hablamos de personas desaparecidas, y que yo nombré a un tal Viggo Mogensen?

—Sí, lo recuerdo —sonrió—. Aunque tengo setenta y tres años, gracias a Dios no estoy tan senil.

Carl no le devolvió la sonrisa.

—Dijo que no lo conocía. ¿Podría estar equivocada, tal vez?

Ella se alzó de hombros. ¿Adónde quería llegar?, debía de querer decir.

—Usted conocía al resto de personas desaparecidas, y es que no podía ser de otro modo. El abogado Nørvig, que llevó el caso contra usted en nombre de Curt Wad. Su primo Tage. La enfermera Gitte Charles, que trabajó en Sprogø, y Rita Nielsen, que también estuvo allí a la vez que usted, pero como reclusa. Por supuesto que no podía negarlo.

—No, claro que no, ¿por qué había de hacerlo? Sí que es verdad que todas esas desapariciones son muy extrañas.

—Pero dijo que no conocía a uno de los desaparecidos; probablemente pensaría que así desviaría la atención.

Ella no reaccionó.

—Se me ocurre que cuando estuvimos aquí el sábado le dije que la buscábamos en relación con Curt Wad. Por eso debió de pensar que no era objeto de nuestro interés. Pero Nete, ahora ya *sabemos* que estaba mintiendo. Usted conocía a Viggo Mogensen, y bastante bien, por cierto. Era el culpable de su desgracia. Tenía una relación con él, y la dejó embarazada, lo que la obligó a acudir a la consulta de Curt Wad a que le hiciera un aborto ilegal. Lo sabemos por el historial que escribió Curt Wad sobre usted, que está en nuestras manos, para que lo sepa.

Había previsto que se quedara rígida. Tal vez incluso que echara a llorar o se

desmoronara, pero no fue así ni de lejos. Nete se recostó en el sofá, tomó un sorbo de su té y meneó un poco la cabeza.

—Pues sí, ¿qué quiere que le diga? —reconoció—. Siento haber dicho algo que no era cierto, porque lo que dice es verdad. Conocía a Viggo Mogensen, como usted dice. Y también tiene razón en que tuve que decir que no lo conocía.

Le dirigió una mirada apagada.

—El caso es que no tengo nada que ver con la cuestión, y que, al igual que a usted, me pareció que todo apuntaba en mi dirección. ¿Qué podía hacer, sino defenderme? Pero soy inocente. No tengo ni idea de lo que ha pasado con esa pobre gente.

Emitió un ruidito de negación para recalcarlo, y luego señaló el café de Carl.

—Tómese el café, y mientras tanto vuelva a contármelo todo despacio.

Carl arrugó el entrecejo. Para ser una señora mayor era de lo más directa. Ninguna reflexión, duda, frases sin acabar ni preguntas. Simplemente «vuelva a contármelo todo».

¿Por qué? ¿Y por qué había de hacerlo despacio? ¿Quería ganar tiempo? ¿Era eso? ¿Había empleado el tiempo que lo tuvo esperando en el rellano para avisar a alguien? ¿Alguien que de alguna manera podía ayudarla a salir del aprieto?

Carl no lo entendía. Porque era imposible que estuviera confabulada con su archienemigo Curt Wad.

Desde luego, tenía muchas preguntas en la cabeza, pero no sabía cuáles hacer.

Se rascó el mentón.

—¿Tendría inconveniente en que hiciéramos un registro del piso, Nete?

La anciana lanzó una rápida ojeada a un lado. Un único movimiento casi invisible de distanciarse de la realidad, que Carl había visto cientos de veces antes y que decía más que mil palabras.

Ahora iba a decir que no.

—Bueno, si le parece necesario, puede echar un vistazo, si quiere. Pero no me revuelva demasiado los cajones.

Trató de decirlo con coquetería, pero no lo consiguió.

Carl se adelantó en el asiento.

—Pues creo que es lo que voy a hacer. Pero le advierto que me ha autorizado a registrar todas las habitaciones y todo lo que se me pueda ocurrir. Ha de saber que eso puede llevar bastante tiempo.

La mujer sonrió.

—Entonces tómese el café, porque va a necesitar energía. Como comprenderá, el piso no es pequeño.

Carl tomó un buen sorbo, y sabía de puta pena, así que apartó la taza.

—Voy a llamar a mi jefe, y le ruego que se lo confirme, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, se levantó y fue a la cocina. Sí, iba a tener que reponerse, después de todo.

Carl estaba seguro. Había algo que no encajaba.

—Hola, Lis —se presentó cuando por fin contestaron. Haz el favor de decirle a Marcus...

Se fijó en la sombra tras de sí y giró de golpe.

Justo a tiempo de ver que el martillo que iba dirigido a su nuca iba a darle de lleno.

Capítulo 45

Noviembre de 2010

PASÓ toda la noche y la mañana agarrado de la mano de su amada. La estrechó, besó y acarició hasta que llegaron los de la funeraria.

Curt temblaba de emoción cuando le pidieron que entrara a la sala a verla tumbada en el féretro forrado de seda blanca como la nieve, con las manos asiendo el ramo de novia. Hacía meses que sabía que llegaría aquel día, y aun así se le hacía insoportable. La luz de su vida, madre de sus hijos. Allí estaba. Fuera del mundo, lejos de él.

—Un momento, déjenme estar a solas con ella —solicitó, y siguió con la vista a los empleados hasta que salieron de la sala y cerraron la puerta.

Entonces se arrodilló ante ella, acarició su cabello por última vez.

—Cariño mío —intentaba decir, pero la voz le fallaba. Se secó las lágrimas, pero estas tenían vida propia. Se aclaró la garganta, pero el llanto seguía en ella.

Luego hizo la señal de la cruz ante su rostro y besó con suavidad la frente helada.

En el bolso que había en el suelo junto a él tenía todo lo necesario. Doce ampollas de veinte mililitros de Propofol, de las que tres estaban ya en la jeringa. Suficiente anestésico para pacificar a cualquiera; por lo que sabía, suficiente para matar a unas cinco o seis personas. Y, si la situación lo exigía, tenía bastante Flumazenil para contrarrestar el efecto anestésico del Propofol. Estaba bien preparado.

Nos veremos por la noche, querida, pensó, y se levantó. Según sus planes, iba a llevarse a unos cuantos por delante antes de morir.

Solo esperaba a que lo avisaran.

¿Dónde estaba Carl Mørck?

Encontró a su informador a dos bloques del piso de Nete, en Peblinge Dossering. Era el que había atacado a Hafez el-Assad.

—Creía que iba a ir a pie todo el camino, así que me lo he tomado con calma y le he pisado los talones hasta que ha llegado a la Estación Central —dijo el tipo para excusarse—. Por lo demás, es un buen sitio para empujar a alguien al pasar un autobús, pero no me ha dado tiempo, porque se ha subido a un taxi. Así que he parado el siguiente taxi y lo he seguido a distancia, pero para cuando he doblado la esquina estaba ya entrando en el inmueble.

Curt asintió en silencio. Aquel idiota era incapaz de hacer su trabajo como era debido.

—¿Hace cuánto que ha entrado?

El tipo miró el reloj.

—Hace hora y cuarto.

Curt dirigió una mirada lateral hacia el piso. Allí había vivido ella desde que lo invitó aquella vez, hacía muchos años, y era comprensible. Porque el sitio escogido por Nete Hermansen no estaba nada mal. Céntrico, con hermosas vistas y muy animado.

—¿Has traído la herramienta? —preguntó.

—Sí, pero hace falta maña. Primero le abriré la puerta para que vea cómo funciona.

Curt hizo un gesto afirmativo y lo siguió hasta la puerta del inmueble. Conocía bien aquel tipo de cerradura.

—Esta cerradura tiene seis pasadores, y parece complicada, pero no lo es —aclaró el hombre—. Supongo que la cerradura del piso será igual. Cuando pusieron el portero automático las cambiarían todas.

Sacó un pequeño estuche de cuero y miró alrededor. Aparte de una pareja de jóvenes enlazados que pasó por el sendero, no había nadie cerca.

—Aquí hay que meter un par de ganzúas finas —continuó, y las metió—. Fíjese que la ganzúa de arriba debe estar a distancia de la de abajo. No la apriete hasta que meta la pistola-ganzúa, ¿vale? Mire, hay que meter el percutor de la pistola algo más abajo de la mitad del bombillo, justo debajo de los pasadores. De hecho, los puede sentir con claridad.

Entonces apretó, giró las ganzúas y abrió la puerta como si nada.

Hizo un gesto con la cabeza y le dio a Curt la herramienta.

—Y se colará dentro. ¿Podrá hacerlo, o quiere que lo acompañe?

Curt sacudió la cabeza.

—No, gracias. Puedes irte.

En adelante, prefería hacer las cosas solo.

El descansillo estaba en calma. Algo de ruido de un televisor de la vecina de Nete, pero por lo demás nada que indicase que hubiera gente en casa.

Curt se inclinó hacia la puerta de Nete. Había esperado oír voces dentro, pero no oyó nada.

Entonces metió la mano en el bolso, sacó dos jeringas, comprobó que las agujas estaban bien colocadas, y las metió en el bolsillo.

El primer intento con la pistola-ganzúa no tuvo éxito, pero luego recordó que había que evitar tocar la ganzúa superior, y volvió a probar.

Al principio la cerradura parecía resistirse, pero tras un ligero forcejeo entró. Empujó hacia abajo con el codo la manilla de la puerta, asió bien las ganzúas, y la puerta cedió.

Lo recibió un extraño olor a cerrado. Como a libros viejos o a armarios que llevaban años sin abrirse. Como a ropa enmohecida tratada con naftalina. Como las tiendas de antigüedades sin clientes.

Ante él se extendía un largo pasillo con varias puertas. Oscuro al fondo y con sendas franjas de luz colándose bajo las puertas de enfrente. A juzgar por la luz temblorosa, la puerta de la derecha debía de corresponder a la cocina, con tubos fluorescentes, y era igual de probable que la luz amarillenta del otro lado surgiera de una cantidad considerable de bombillas incandescentes, de las que ya estaban casi prohibidas en la Unión Europea.

Dio un paso pasillo adentro, dejó el bolso en el suelo y asió una de las jeringas del bolsillo de la chaqueta.

Si estaban los dos dentro, primero iría a por Carl Mørck. Una inyección rápida en una de las venas del cuello y aflojaría enseguida. Si había lucha, tendría que hincársela en el corazón, pero no quería eso. Cuando se busca información, no hay que preguntar a los muertos, y era justo eso, información, lo que venía buscando. Información descontrolada que pudiera dañar el partido Ideas Claras y, en definitiva, el importante trabajo de La Lucha Secreta. Era ese tipo de información lo que buscaba.

Nete había tramado algo para vengarse de él, de eso no cabía duda. Todo encajaba. Su extraña invitación de muchos años antes, y ahora la relación con Carl Mørck. Curt tenía que saber si en aquel piso había algo que pudiera poner en peligro la obra de su vida. Cuando hubiera despertado a las dos personas del piso, ya hablarían. Y sobre la información que le suministraran podrían trabajar otros.

Entonces oyó pasos en la habitación que daba a los Lagos. Pasos ligeros, algo arrastrados. No eran los pasos de un hombre de la altura y corpulencia de Carl Mørck.

Avanzó un paso y miró más allá de la mujer asustada. No parecía haber nadie más en la sala.

—Buenas tardes, Nete —dijo, mirándola a los ojos. Su mirada estaba más apagada, sus ojos más grises. El cuerpo no era tan ágil, ni el rostro tan perfilado y fino como antes. La edad había transformado de forma visible sus proporciones. Solía ocurrir—. Perdona, pero la puerta estaba abierta, así que me he permitido entrar. Supongo que no te importará. He tocado con los nudillos, pero no has debido de oírlo.

Ella sacudió la cabeza despacio.

—Bueno, somos viejos amigos, ¿no? Curt Wad es siempre bien recibido en tu casa, ¿verdad, Nete?

Cuando ella lo miró perpleja, él sonrió e hizo una panorámica lenta de la estancia. No, allí no había nada extraño, aparte de que había dos tazas en la mesa y de que Carl Mørck no estaba a la vista. Se fijó en las tazas. ¡Vaya! Una estaba casi llena de café,

la otra casi vacía.

Curt avanzó un par de pasos hacia la mesa para tocar la taza de café mientras se aseguraba de que la mujer no iba a escapar. El café estaba algo tibio, no caliente.

—¿Dónde está Carl Mørck? —preguntó.

La mujer parecía asustada. Como si Mørck estuviera en algún rincón espiándolos. Miró una vez más alrededor.

—¿Dónde está? —repitió.

—Ha salido hace un rato.

—No, no ha salido, Nete. Lo habríamos visto salir del edificio. Vuelvo a preguntar: ¿dónde está? Harías bien en responder.

—Ha bajado por la escalera trasera. No sé por qué.

Curt se quedó un rato quieto. ¿Se habría dado cuenta Carl Mørck de que lo seguían? ¿Había estado siempre un paso por delante?

—Vamos a la puerta trasera —ordenó, e hizo señas para que se pusiera delante.

Ella se llevó la mano al pecho, pasó vacilante junto a él y siguió hacia la cocina.

—Por ahí —dijo, señalando con evidente inquietud la puerta de las escaleras en un rincón. Curt entendía bien por qué no quería seguir.

—Dices que se ha ido por ahí. Así que se ha tomado el trabajo de retirar las botellas, el cesto de la verdura y las bolsas de basura, y después tú te has tomado el trabajo de volver a ponerlo todo en su sitio. Lo siento mucho, pero no me lo creo ni por un segundo.

La agarró por los hombros y la giró hacia sí de golpe. Sus ojos miraban al suelo, y Curt lo comprendía. Aquella mujer simple era una mentirosa. Siempre lo había sido.

—¿Dónde está Carl Mørck? —repitió, agarró una jeringa del bolsillo de la chaqueta, quitó la funda de la aguja y se la colocó en el cuello.

—Se ha ido por la escalera trasera —repitió ella con un susurro.

Entonces Curt le clavó la aguja en el cuello y apretó el émbolo hasta la mitad.

La mujer empezó a tambalearse. Después se cayó como un trapo.

—Bueno, ya te tengo como quería. Si tienes algo que decir, tranquila, que no se lo diré a nadie. ¿Has entendido, Nete Hermansen?

La dejó y volvió a salir al pasillo; estuvo un rato quieto, escuchando, a ver si percibía la menor señal de algo inusual. Una respiración, un crujido, un tenue movimiento; pero no oyó nada. Luego volvió a entrar en la sala. Eran dos habitaciones unidas, era evidente en el estucado del techo. En otros tiempos habría habido otra puerta que daba al pasillo en el rincón de la parte trasera de la sala, pero había desaparecido.

Era una casa normal para una mujer de edad. No es que no fuera moderna, pero tampoco lo contrario. Un reloj de péndulo junto a una radio con reproductor de CD. Algo de música clásica, pero también algunos discos de moda. Que no eran del gusto

de Curt.

Luego observó un rato las tazas de la mesa baja. Tocó la taza de café, se sentó. Y mientras se preguntaba qué podía haber sido de Carl Mørck y qué podían hacer para volver a encontrarlo, tomó la taza de café y bebió un sorbo. Sabía bastante amargo, y lo apartó con una mueca de asco.

Buscó el móvil seguro en el bolsillo del pantalón. Tal vez debiera enviar a uno de sus hombres a Jefatura para saber si Carl Mørck de algún modo misterioso había vuelto allí. Miró el reloj. O quizá debiera enviar a alguien a casa de Carl. Se estaba haciendo tarde.

Curt dejó caer la cabeza un momento, de pronto se sintió cansado. Al fin y al cabo, los años no perdonan. Entonces su mirada topó con una mancha minúscula en medio de un motivo rojo y amarillo, a todas luces bastante fresca. Qué raro, pensó, y la tocó con el dedo índice para ver si estaba seca.

No lo estaba.

Observó la yema del dedo y trató de comprender.

¿Por qué había sangre fresca en la alfombra de la sala de Nete? ¿Qué diablos había ocurrido? ¿Seguía Carl Mørck estando en el piso?

Se enderezó con un sobresalto, fue a la cocina y miró a Nete, tumbada en el suelo. Luego sintió sequedad en la boca y un malestar repentino que hizo que se frotara la cara y bebiera agua directamente del grifo. Se refrescó la frente y se apoyó en el borde de la mesa de la cocina. La verdad era que los últimos días habían sido bastante espantosos.

Curt se repuso un poco y buscó la segunda jeringa con Propofol, que inspeccionó y volvió a meter en el bolsillo. Ahora podría quitarle la funda y clavársela a un atacante potencial en un segundo, si fuera necesario.

Salió con cuidado al pasillo y avanzó a paso lento. Abrió con suavidad la primera puerta y se encontró con una cama deshecha y montones de zapatos y pantis usados.

Luego salió al pasillo y se dirigió a la siguiente puerta, que abrió con sigilo. Salió a su encuentro un festival de restos de una vida anterior. Un auténtico trastero lleno de bolsos, abrigos y todo cuanto se pudo desear en otra época, colocado en perchas y estanterías.

Aquí no hay nada, pensó, y cerró la puerta tras de sí. Volvió a percibir el olor dulzón que había notado al entrar en el piso, ahora más intenso. Bastante más intenso.

Se quedó un rato olfateando, y le pareció que el olor procedía de la estantería de la esquina del pasillo. Era extraño, porque la estantería estaba casi vacía, aparte de un par de viejos ejemplares de *Reader's Digest* y unas pocas revistas. Así que el tufo no podía venir de allí.

Curt se acercó a la estantería e inhaló con fuerza. No era un tufo acusado, sino más bien algo que flotaba en el aire, como un resto del pescado o de curry de la

víspera.

Sería un ratón que se había escondido tras la estantería para morir. ¿Qué, si no?

Cuando iba a volverse para inspeccionar más en detalle la sala, su pie tropezó con algo que casi lo hizo perder el equilibrio.

Bajó la vista. Había un pliegue en la alfombra de fibra de coco, y el ángulo del pliegue era extraño. Casi como si hubieran empujado una y otra vez una puerta contra ella. Y en medio de la alfombra había sangre. No marrón, como la sangre vieja, coagulada. No, rojo oscuro y fresca.

Se volvió hacia la estantería y observó una vez más el pliegue de la alfombra.

Luego metió la mano tras la parte trasera derecha de la estantería y tiró hacia sí.

No pesaba nada, así que siguió tirando y se encontró de pronto frente a la puerta que había ocultado. Una puerta de relleno con pestillo. Justo detrás.

Su corazón empezó a latir más deprisa. Era extraño, pero se sentía casi eufórico. Como si aquella puerta representara todo el misterio y secretismo de los que se había rodeado toda su vida. Los secretos sobre todos los niños que nunca llegaron a nacer, todos aquellos destinos desperdiciados. Sobre actos de los que estaba orgulloso. Sí, podía parecer extraño, pero así era. Allí, frente a aquella puerta oculta, se encontraba a gusto, aunque sentía la boca reseca, y el entorno se deformaba y caía con pesadez sobre sus hombros.

Se sacudió de encima la sensación, achacándola al cansancio, y tiró del pestillo. Tanto este como la manilla cedieron con facilidad, y la puerta soltó su presa del marco con un ruido de succión, y el hedor se hizo más penetrante y fuerte. Inspeccionó con la mirada la abertura de la puerta, que estaba forrada con sólidos cubrejuntas de goma. Luego empujó un poco la puerta, que parecía pesada. Desde luego, no era una puerta normal, y tampoco había estado sin usar muchos años.

Curt se puso alerta y sacó la jeringa.

—Carl Mørck —dijo con voz queda, sin esperar respuesta.

Luego abrió la puerta de par en par, y lo que vio casi lo tumbó.

El hedor procedía de allí, y la razón era evidente.

Dejó vagar la mirada por el extraño espectáculo. Por el cuerpo inerte de Carl Mørck en el suelo, y más allá por las grises calaveras de pelo ajado y polvoriento, labios retraídos y dientes negros. Cuerpos muertos secos, de olor repulsivo, vestidos de gala con expresión helada, esperando su última cena. Nunca había visto nada parecido. Cuencas de ojo vacías mirando embobadas a las copas de cristal y la cubertería de plata. Piel transparente cubriendo los huesos protuberantes y los recios tendones. En el borde de la mesa, dedos encorvados de uñas marrones que jamás volverían a agarrar nada.

Tragó saliva y se adentró en la estancia, donde el olor era penetrante, aunque sin llegar a oler a podrido. Entonces reconoció el olor. Era como cuando abrías una

vitrina con aves disecadas. Muerte y eternidad a la vez.

Cinco momias y dos asientos vacíos. Curt miró el sobre vacío frente a la silla más cercana. En la tarjeta que había tras el plato ponía «Nete Hermansen» escrito en caligrafía. Así que no era difícil de imaginar para quién sería el otro asiento vacío. Seguro que en la tarjeta ponía «Curt Wad».

Menuda diablesa estaba hecha aquella Nete Hermansen.

Se agachó y examinó al policía del suelo. El pelo de la coronilla y la sien lo tenía pegajoso de sangre, pero seguía goteando un poco al suelo, así que tal vez siguiera vivo. Le palpó la yugular y asintió satisfecho. En parte porque Nete le había atado brazos y piernas con una sólida cinta adhesiva, y en parte porque tenía el pulso normal. Regular y constante. Tampoco había perdido tanta sangre. Un mal golpe, sí, pero sin más consecuencia que una ligera conmoción cerebral.

Curt volvió a mirar al asiento vacío pensado para él. Qué suerte, no haber aceptado la invitación aquella vez, hacía muchos años. Trató de calcular con más exactitud cuánto tiempo hacía de aquello, no era fácil. Pero haría por lo menos veinte años. Así que no era de extrañar que los invitados a la cena tuvieran un aspecto algo cansado.

Rio para sí mientras caminaba por el pasillo, entraba a la cocina y agarraba a su anfitriona desvanecida.

—Arriiiba, pequeña Nete. Ahora empieza la fiesta.

La arrastró hasta la estancia sellada y la colocó en la silla de la cabecera, donde estaba su sitio.

Entonces sintió malestar otra vez y estuvo un rato jadeando en busca de aire antes de enderezarse e ir en busca del bolso, que estaba junto a la puerta de entrada; después volvió a la habitación hermética y cerró la puerta. Con la despreocupación habitual de un médico arrojó el bolso sobre la mesa y sacó de él una jeringa sin usar y una ampolla en la que ponía «Flumazenil». Un pequeño pinchazo, y Nete volvería a la realidad.

La mujer tembló un poco cuando Wad apretó el émbolo hasta el fondo, y luego abrió los ojos despacio, como si se diera cuenta de que la realidad iba a superarla.

Curt le sonrió y le dio una palmada en la mejilla. Dentro de un momento podría hablar con ella.

—Y ahora ¿qué hacemos con Carl Mørck? —murmuró para sí, girando en el recinto—. Ah, aquí tenemos una silla de sobra.

Saludó educadamente con la cabeza a los tiesos y tétricos invitados mientras acercaba del rincón una silla con manchas oscuras en el asiento.

—Pues sí, distinguidas señoras y señores. Tenemos otro invitado, denle la bienvenida —anunció, levantando la silla contigua a la de Nete, en la cabecera.

Después se agachó y agarró al corpulento subcomisario que le había causado

tantos problemas. Tiró un poco de su cuerpo flácido y lo colocó a duras penas en su sitio.

—Disculpe —dijo, poniéndole el brazo sobre la mesa mientras saludaba con la cabeza a lo que había sido un hombre. Luego añadió—: nuestro invitado necesita que lo refresquen.

Entonces levantó la jarra sobre la cabeza de Carl, quitó el tapón y dejó correr aquella agua de veinte años por la coronilla sanguinolenta, dibujando deltas multicolores en su rostro inanimado, blanco como la muerte.

Capítulo 46

Noviembre de 2010

CARL despertó a los pocos segundos, pero en varias fases. Primero por el agua en la cara, después por los dolores, que no solo se extendían por el cuero cabelludo, sino también por el codo y antebrazo con los que había amortiguado el golpe. Dejó caer la cabeza hacia delante, todavía con los ojos cerrados, y cuando volvió a despertarse, al abrirlos sintió en el cuerpo una desazón como nunca había sentido. Sequedad en la boca, imágenes incontroladas tras sus párpados cerrados, donde se turnaban destellos y ondas de colores. En pocas palabras, se sentía de puta pena. Náusea y mil impresiones que le decían que si abría los ojos la cosa no iba a mejorar.

Entonces oyó la voz.

—Vamos, Mørck, no puede ser tan difícil.

Una voz que de ninguna manera se correspondía al lugar donde creía que se encontraba.

Abrió despacio los ojos y distinguió vagamente una silueta que se iba formando, hasta que de pronto se encontró mirando a un cuerpo humano momificado con la mandíbula colgando como en un grito sin materializar.

Entonces despertó del todo y emitió un grito sofocado, mientras su visión doble pasaba de un cadáver reseco a otro.

—Sí, hombre, estás bien acompañado, Carl Mørck —dijo una voz encima de él.

Carl trató de controlar los músculos de la nuca, pero era difícil. ¿Qué cojones pasaba allí? Dentaduras desnudas y carne marrón por todas partes. ¿Dónde estaba?

—Deja que te ayude —dijo la voz, y sintió una mano que le tiraba del pelo de la nuca y le echaba la cabeza hacia atrás, de forma que todos los nervios de la zona de la nuca pidieron auxilio a gritos.

El vejistorio que tenía enfrente no se diferenciaba gran cosa de los cadáveres en torno a la mesa. Su piel, arrugada y reseca. El color de su rostro había desaparecido, y en torno a sus iris, antes tan bien delineados, se dibujaba una corona funeraria. Solo habían transcurrido veinticuatro horas, pero en Curt Wad se había producido un cambio radical.

Carl quería decirle algo. Preguntarle a ver qué carajo hacía allí, y a ver si Wad y Nete estaban confabulados, pero no era capaz.

Ni falta que hacía. La mera presencia de Curt Wad era suficiente respuesta.

—Sí, hombre, bienvenido a la fiesta —dijo el anciano soltando la presa del pelo, con lo que la cabeza de Carl basculó a un lado—. Bien, Carl. Ya ves que tienes a la anfitriona sentada a la mesa, y todavía respira, así que miel sobre hojuelas.

Carl miró el rostro de Nete Hermansen. Era como si todo le colgara. Los labios,

los pliegues bajo los ojos, la mandíbula. Todo parecía paralizado.

Su mirada se deslizó por el cuerpo de ella. Al igual que el suyo, estaba atado con cinta adhesiva en pies y muslos, con la cintura sujeta al respaldo de la silla.

—No estás cómoda, Nete —comentó Curt mientras sacaba la cinta adhesiva. Tras unos movimientos rápidos y chirriantes, ató sus brazos a los brazos de la silla. Menos mal que te has guardado la mejor silla para ti.

Echó a reír y se dejó caer pesadamente sobre la única silla que estaba libre.

—Señoras y señores, quiero dar a todos la bienvenida. La cena está servida. ¡Buen provecho!

Alzó su copa vacía y saludó con la cabeza a los reunidos.

—¿No vas a presentarme a tus invitados, Nete? —preguntó, señalando con un gesto al cadáver de mejillas hundidas y mirada fija, vestido con una chaqueta de lana polvorienta y comida por la polilla, al otro extremo de la mesa. Después observó, alzando la copa hacia la momia—: Sí, a Philip ya lo conozco. Salud, amigo. Siempre un Nørvig al otro lado de la mesa en las negociaciones, y todo va como la seda, ¿verdad que sí?

Soltó una carcajada demente. Aquello era nauseabundo.

Curt Wad dirigió la mirada hacia la vecina de mesa de Carl.

—Nete, ¿te encuentras mal? A lo mejor tengo que darte más Flumazenil, pareces algo floja. Ya te he visto en mejor forma.

Nete susurró algo que Carl no estuvo seguro de entender. «No creo», o algo así.

El anciano no lo oyó, pero su expresión facial cambió.

—Bueno, se acabó la fiesta. Veo que tenías planes para todos nosotros, Nete, y por eso estoy muy contento de poder participar hoy en ellos bajo mis propias premisas. Lo que va a pasar ahora es que vais a comunicarme en pocas palabras cuánto habéis contado a extraños sobre mis actividades, para que me haga una composición de lugar sobre el alcance de los daños y mi gente pueda restablecer la calma y la confianza en nuestro quehacer.

Carl le dirigió una mirada nebulosa, tratando de recuperar el uso de sus sentidos. Intentó respirar de diversas maneras, pero no pareció funcionar hasta que empezó a absorber aire por las comisuras. Fue como si ganara el control sobre aquella cosa extraña que le estaba sucediendo al cuerpo. Empezó a poder tragar saliva, la rigidez de cuello y garganta desapareció. Podía respirar más hondo.

—Que te den —susurró.

Curt Wad lo oyó, pero se limitó a sonreír.

—Vaya, si sabes hablar, Carl Mørck, qué extraordinaria novedad. Hay tiempo de sobra, pero vamos a empezar contigo.

Bajó la vista a su bolso encima de la mesa.

—No voy a ocultaros que esta noche va a ser la última para vosotros. Eso sí, os

prometo que, si colaboráis conmigo, haré que vuestra muerte sea rápida y sin dolor. Si no...

Metió la mano en el bolso y sacó un bisturí.

—Creo que no hace falta que diga más. Esta herramienta no me es desconocida.

Nete intentó decir algo otra vez, pero parecía seguir paralizada y distante.

Carl miró el bisturí y trató de concentrarse. Tiró de la cinta adhesiva que rodeaba sus muñecas sin fuerza ni resultado alguno. Se removió un poco en su asiento, pero su cuerpo apenas reaccionó. Aquello era para echarse a reír y a llorar a la vez.

¿Qué carajo me ocurre?, pensó. ¿Era así como se sentía una conmoción cerebral? ¿Sería posible?

Miró a Curt Wad. ¿Era sudor lo que goteaba de su nariz? ¿Era el cansancio lo que hacía que sus manos temblasen?

—¿Cómo es que os habéis puesto en contacto? ¿Te has dirigido tú a la Policía, Nete?

Wad se secó la frente y rio.

—No, no lo creo. También tú tienes cosas que ocultar, ¿verdad?

Señaló los cadáveres que lo rodeaban.

—¿Y quiénes son estos desgraciados con quienes habías pensado que muriera? Ese de ahí, por ejemplo: ¿quién es ese andrajoso deforme?

Señaló el cadáver que tenía enfrente. Al igual que los demás, estaba atado a la silla, pero no estaba erguido. El cuerpo era informe, y, pese a haberse resecado, seguía teniendo aspecto corpulento.

Curt Wad sonrió, pero de pronto se llevó la mano a la garganta, como si le quemara o no pudiera respirar. Carl también lo haría si pudiera.

Wad se aclaró la garganta un par de veces y volvió a secarse la frente.

—Cuéntame qué papeles han llegado a tus manos, Carl. ¿Sacasteis algo de mi archivo?

Dirigió el bisturí hacia la mesa e hizo un corte en el mantel. No había duda de lo afilado que estaba.

Carl cerró los ojos. No tenía ni puta gana de morir, y menos de aquella manera. Pero si tenía que morir, iba a ser con estilo, qué cojones. Aquel cabrón no iba a sacarle más que lo que quisiera él contarle.

—Vale, no dices nada. Cuando haya terminado con vosotros, llamaré a mis contactos para que vengan a retirar vuestros cadáveres, aunque...

Miró la estancia y aspiró hondo un par de veces. Se sentía muy mal. Así que desabrochó el botón superior de la camisa.

—Aunque es una pena echar a perder la buena compañía —terminó.

Carl no escuchaba. En aquel momento se concentraba de nuevo en su respiración. Aspirar por las comisuras, respirar por la nariz. Así no giraba tanto la sala. Seguía

sintiéndose extraño, por definirlo de algún modo.

Entonces la mujer a su lado se movió.

—¡Ja, así que has tomado café! —dijo con voz ronca apenas audible, observando con frialdad a Curt Wad.

El anciano se puso rígido, tomó un vaso de agua y luego aspiró más hondo un par de veces. En aquel momento parecía aturdido, y Carl sabía con exactitud cómo se sentía.

Nete emitió unos sonidos que pudieran parecer risas.

—Así que todavía funciona. No estaba segura.

El anciano hundió la cabeza y le dirigió una mirada fría que expresaba cualquier cosa menos temor.

—¿Qué tenía el café? —preguntó.

Ella rio ante la pregunta.

—Suéltame y te lo diré. Pero no estoy segura de que eso vaya a ayudarte.

Curt Wad metió la mano en el bolsillo, sacó un móvil y tecleó un número sin dejar de mirar a Nete.

—Di lo que había en el café. Ahora mismo, si no te rajo, ¿entendido? Dentro de poco estará aquí uno de mis hombres y podrá darme el antídoto. Dilo y te soltaré. Ya no tendremos ninguna cuenta pendiente.

Estuvo un momento sin que respondieran. Luego plegó el móvil y volvió a marcar. Y cuando tampoco obtuvo respuesta se puso febril y tecleó otro número. Sin ningún resultado.

Carl sintió un calambre en el diafragma, y tomó aire tan hondo como pudo. Le hizo un daño de mil pares, pero cuando expulsó el aire las contracciones en los músculos del cuello y de la lengua remitieron. Se sintió mejor.

—Si llamas a tus sicarios —gimió—, me temo que no va a servirte de nada, porque no vas a encontrar a nadie, payaso.

Carl lo miró a la cara. Era evidente que Wad no comprendía de qué estaba hablando.

Entonces Carl sonrió, fue imposible evitarlo.

—Todos están detenidos. Encontramos la lista de miembros de La Lucha Secreta en el cuarto oculto de tu anexo.

En aquel segundo una sombra atravesó el rostro de Wad y todo su ser. Tragó saliva un par de veces, su mirada vagó por la estancia mientras su rostro iba perdiendo su brillo arrogante. Tosió y luego contempló a Carl con odio ardiente en la mirada.

—Me temo que debo eliminar a uno de tus invitados, Nete —dijo entre dientes—. Y cuando haya terminado vas a decirme con qué me has envenenado, ¿entendido?

Enderezó su largo cuerpo huesudo y empujó la silla hacia atrás. Así el bisturí en

la mano, y sus nudillos estaban blancos. Carl dejó caer la mirada. Aquel hijoputa no iba a tener la satisfacción de mirarlo a los ojos cuando hincara el estilete.

—Deja de llamarme Nete —dijo la mujer a su lado con voz ronca—. Me niego a tener esa camaradería contigo, Curt Wad. No me conoces para nada.

Tenía dificultades para respirar, pero la voz sonó clara.

—Antes de que te levantes, creo que deberías presentarte a tu vecina de mesa como es debido. Sí, creo que deberías hacerlo.

El anciano la miró con ojos sombríos, y luego giró la cabeza hacia la tarjeta de su vecina de mesa. Sacudió la cabeza.

—«Gitte Charles», pone. No la conozco.

—Vaya. Entonces, creo que debes mirar con más atención. *Mírala* bien, cabronazo.

Carl levantó la cabeza y vio a Wad volverse hacia su vecina de mesa en cámara lenta. Luego se inclinó un poco hacia delante para poder ver su rostro. Con manos encorvadas agarró la cabeza de la momia y la acercó hacia sí con un crujido.

Luego la soltó.

Giró despacio la cabeza hacia ellos con los labios entreabiertos y la mirada desenfocada.

—Pero si es Nete —balbuceó, llevándose la mano al pecho.

Después perdió el control de sus músculos faciales. La expresión de su rostro se transformó, fue como si se deformara. Luego cayeron los hombros, y el último resto de grandeza del hombre se desmoronó.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y jadeó en busca de aire. Después cayó hacia delante.

Estuvieron callados, viendo cómo iban remitiendo las convulsiones. Aún respiraba, pero no iba a durar mucho.

—Soy Gitte Charles —dijo la mujer, girando su rostro hacia Carl—. La única persona de esta mesa que he matado es Nete. Era o ella o yo, y no ha sido asesinato. Un simple golpe con el martillo con el que pensaba matarme.

Carl asintió. Así que nunca había hablado con Nete. Aquello explicaba muchas cosas.

Estuvieron un rato sentados en silencio, siguiendo la mirada desorientada de Curt Wad y la lucha de su pecho por aspirar aire.

—Creo que conozco a todos los sentados a esta mesa —indicó Carl—. Pero ¿a cuántos de ellos conocías tú?

—Aparte de Nete, solo conocía a Rita.

Señaló con la cabeza el cadáver sentado junto a Carl.

—Fue la primera vez que vinisteis a preguntar cuando comprendí la relación entre los nombres de las tarjetas y las personas reales que se le habían cruzado a Nete en el

camino. Yo solo era una de ellas.

—Si salimos de aquí, tendré que detenerte. Has querido matarme con el martillo, y me temo que eso no es todo —observó Carl—. No sé qué había en ese café, pero igual consigues quitarme de en medio.

Señaló con la cabeza hacia los ojos ligeramente pestañeantes de Curt Wad. El cóctel de veneno, edad y susto pronto haría efecto.

No le queda mucho, y me importa un rábano, pensó. La vida de Curt Wad por la de Assad, así tendría que ser.

La mujer a su lado sacudió la cabeza.

—Has bebido muy poco de tu café, así que estoy segura de que no morirás. El veneno es viejo.

Carl la miró con asombro.

—Gitte, has vivido la vida de Nete durante veintitrés años. ¿Cómo lo has logrado?

La mujer trató de reír.

—Éramos algo parecidas. Yo era un par de años mayor que ella y tenía un aspecto bastante gastado cuando ocurrió, pero eso se arregló. Unos meses en Mallorca, y me puse a punto. Aclararme un poco el pelo, ponerme ropa más moderna, todo me parecía bien. Nete vivía mejor que yo. Mucho mejor. Claro que pasaba miedo de que me desenmascarasen en el control de pasaportes, en el banco, en todas partes, pero ¿sabes? Me di cuenta de que nadie conocía a Nete aquí en Copenhague. Bastaba cojear un poco, era lo único en que se fijaban. Y mis invitados de aquí estaban bien donde estaban. Encontré un montón de formol en la cocina, así que no me costó mucho adivinar en qué había pensado emplearlo. Un buen lingotazo a cada uno para que no se pudrieran, y aquí está el resultado. Siguen de lo más elegantes donde los coloqué. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Descuartizarlos y meter los pedazos en bolsas de basura, para que fueran descubiertos por casualidad? No, Nete lo había calculado todo bien. Y ahora estamos a la mesa con ella sin poder hacer nada.

Echó a reír, histérica, y era fácil adivinar el porqué. Había desempeñado sin problemas el doble papel durante más de dos décadas, pero ¿de qué le valía ahora? Estaban atados en una habitación bien aislada. Por mucho que gritasen, nadie iba a oírlos. Así que ¿cómo iban a encontrarlos? ¿Y cuándo? Rose era la única que sabía que tal vez pudiera estar allí, pero le había dado una semana libre. Entonces, ¿quién?

Miró a Curt Wad, que de pronto los miró con los ojos muy abiertos. Después su cuerpo se estremeció, como si hiciera acopio de fuerza por última vez, y de pronto rodó sobre su cuerpo, mientras, en una última convulsión, alargaba el brazo hacia la mujer sentada junto a Carl.

Carl oyó morir a Curt Wad. Un estertor breve y débil, y luego se quedó quieto mirando fijamente al techo con aquellos ojos que habían clasificado a la humanidad

entre gente que valía y gente que no valía.

Carl aspiró hondo, tal vez aliviado, tal vez impotente, ni él lo sabía. Luego giró la cabeza hacia la mujer, que temblaba levemente, y vio el bisturí hundido en su cuello. No había emitido el menor sonido.

En realidad, el silencio era absoluto.

Compartió dos noches con aquellas seis personas muertas. Y todo el tiempo su mente estaba en otra parte. En gente que se daba cuenta ahora de que quería más de lo que había imaginado. Assad, Mona y Hardy. Incluso Rose.

Cuando la tercera noche se extendió sobre las siluetas inertes que lo rodeaban, perdió el control y se durmió. No era tan difícil. Bastaba con dormir, dormir una eternidad.

Lo despertaron zarandeándolo y a gritos. No los conocía, pero le dijeron que eran de la CCI. Uno de ellos le palpó el cuello para tomarle el pulso, porque vio enseguida lo débil que estaba.

Cuando le dieron de beber agua fue cuando sintió verdadero alivio por haber salido de aquella ileso.

—¿Cómo? —preguntó con gran dificultad mientras le soltaban la cinta adhesiva de las piernas.

—¿Cómo te hemos encontrado? Hemos detenido a la tira de gente, y el que te siguió hasta aquí y avisó a Curt Wad empezó de pronto a hablar —le dijeron.

Me siguió, pensó Carl, irritado. Así que alguien lo había estado siguiendo.

A lo mejor se estaba haciendo viejo para aquel juego.

Epílogo

Diciembre de 2010

UN día de diciembre como aquel, con nieve semiderretida en las calles y velitas de Navidad en los ojos de todos, solía ser odioso para Carl. ¿Por qué esa alegría repentina por el agua que se volvía blanca, y por el calculado derroche masivo de las últimas fuentes de energía mundiales por parte de los grandes almacenes?

Carl aborrecía aquellas chorradas, y su humor aquel día era el previsible.

—Tienes visita —hizo saber Rose desde el hueco de la puerta.

Se dio la vuelta, dispuesto a mascullar que no tenían más que anunciar su llegada con anterioridad.

Impresión que no cambió cuando entró Børge Bak.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Has encontrado otro puñal que clavarme en la espalda? ¿Cómo has podido pasar...?

—Traigo a Esther conmigo —anunció—. Quiere darte las gracias.

Carl se calló y miró a la puerta.

Llevaba un pañuelo multicolor que cubría su cuello y la parte inferior de la cabeza, y le dejó verle la cara por partes. Primero, el lado que solo estaba algo descolorido e hinchado; después el que los cirujanos plásticos habían reconstruido con sumo trabajo, y que aún estaba negro de postillas por los cortes de bisturí y medio cubierto de gasa. Lo miró con un centelleo en un ojo, mientras que el otro estaba cerrado. Luego lo abrió despacio, como para no asustarlo, y Carl vio que estaba mate. De color lechoso y muerto, pero con una sonrisa en el rabillo.

—Børge me ha contado cómo os ocupasteis de que Linas Verslovas desapareciera. Muchas gracias, de no ser por vosotros nunca más me habría atrevido a salir a la calle.

Llevaba un ramo de flores en la mano, y Carl iba a aceptarlo con estudiada timidez cuando ella preguntó si podía ver a Assad.

Carl hizo un movimiento de cabeza lento hacia Rose, y mientras ella iba en busca de Assad se quedaron en silencio, esperando.

Vaya agradecimiento.

Entonces apareció Assad, que no dijo nada mientras ella se presentaba y le exponía el objeto de la visita.

—Muchas gracias, Assad —dijo, ofreciéndole las flores.

A Assad le llevó algo de tiempo levantar el brazo izquierdo, y otro tanto asir bien el ramo.

—Me alegro, o sea —correspondió. Su cabeza seguía temblando un poco al hablar, pero estaba mejorando. Esbozó su nueva sonrisa irónica y trató de levantar la

mano derecha para saludar, pero no llegó a tanto.

—Voy a ponerlas en un jarrón —dijo Rose, mientras Esther Bak le daba un abrazo y se despedía de ambos con un gesto de la cabeza.

—Nos veremos pronto. El 1 de enero empiezo en el sótano de los objetos robados. Registrar cosas robadas también tiene relación con el trabajo policial —fue la despedida de Bak.

Pues vaya mierda. Børge Bak en el sótano.

—Y aquí tienes el correo de hoy, Carl. Has recibido una postal. Seguro que te gusta la foto. Y cuando la hayas leído nos largamos, ¿vale?

Rose le tendió una tarjeta postal cuya mayor parte ocupaba un par de pechos enormes y bronceados cubiertos discretamente por un «Happy Days in Thailand», y el resto eran playas con palmeras y farolitos de colores.

Carl le dio la vuelta con un mal presentimiento.

Carl, colega:

Un pequeño saludo desde Pattaya, de parte de un primo muy echado de menos. Solo para comunicarte que ya he escrito mi (nuestra) historia sobre la muerte de papá. Ahora solo me falta un contacto con alguna editorial. ¿Alguna idea de quién podría estar interesado?

Saludos cariñosos,

Ronny

Carl sacudió la cabeza. Aquel hombre tenía una habilidad cada vez mayor para esparcir alegría a su alrededor.

Arrojó la postal a la papelera y se levantó.

—¿Por qué es tan necesario que vayamos ahí, Rose? No veo para qué.

Rose estaba tras Assad en el pasillo, ayudándolo a ponerse el abrigo.

—Porque Assad y yo lo necesitamos, ¿vale?

Rose volvió a los cinco minutos con el Ford encogido, y a continuación aparcó el bólido con más de la mitad subido a la acera frente a Jefatura.

—Siéntate atrás.

Carl soltó unos juramentos, y solo al segundo intento pudo apretujarse en el Ka. Maldito Marcus Jacobsen y maldito presupuesto.

Anduvieron durante diez minutos entre el tráfico denso que se hacía a un lado con respeto mientras Rose experimentaba con nuevas reglas de tráfico y movimientos entrecortados en volante y caja de cambios.

Luego dejó de cualquier manera el coche en Kapelvej, cruzado entre dos coches mal aparcados, y encima sonrió cuando sacó la llave y anunció que ya habían llegado al cementerio de Assistens.

Gracias a Dios que hemos llegado vivos, pensó Carl, saliendo como podía del

coche.

—Está aquí —indicó Rose, tomando a Assad del brazo.

Este caminaba algo lento por la nieve, pero también en eso había mejorado en las últimas semanas.

—Ahí —dijo, señalando la tumba a cincuenta metros de distancia—. Mira, Assad, ya han puesto la lápida.

—Menos mal.

Carl asintió en silencio. El caso de Nete Hermansen les había salido caro a los tres. Comprendía que desearan ponerle punto final. El Expediente 64 había que cerrarlo, y Rose decidió hacerlo con una decoración navideña de ramas de abeto, lacitos y piñas. ¿Cómo, si no?

—¿Quién será? —preguntó Rose, señalando a una mujer de pelo blanco que se dirigía a la tumba desde una de las calles laterales.

En sus tiempos debió de ser bastante más alta, pero la edad y la vida habían doblegado su espalda, así que el cuello estaba casi horizontal respecto a los hombros.

Se detuvieron un poco y vieron que la mujer hurgaba en una bolsa de plástico y sacaba algo que a distancia parecía la tapa de una caja de cartón.

Luego se agachó hacia la lápida y colocó el objeto inclinado sobre uno de sus lados.

—¿Qué estará haciendo? —preguntó Rose en voz alta, arrastrando a los dos hombres hacia el lugar de la escena.

La inscripción de la lápida se leía con claridad a diez metros. Ponía «Nete Hermansen, 1937 – 1987», nada más. Ni día de nacimiento ni de fallecimiento, nada de que hubiera estado casada con Rosen, nada de «Descanse en paz». La herencia no había dado para más.

—¿La conocía? —preguntó Rose a la anciana que contemplaba el barrizal de la tumba meneando la cabeza.

—¿Hay algo más triste que una tumba sin flores? —replicó la mujer.

Rose avanzó hacia ella.

—Tenga —dijo, entregándole la horrible decoración con lacitos—. Como estamos en navidades, he pensado que sería lo adecuado.

La anciana sonrió, se encorvó y colocó la decoración junto a la lápida.

—Sí, perdone, me ha preguntado si conocía a Nete. Me llamo Marianne Hanstholm y fui su profesora. La quería mucho, y por eso tenía que venir. Lo he leído todo en los periódicos. Lo de toda esa gente horrible que han detenido, y el que estaba detrás de todo, que tuvo la culpa de la desgracia de Nete. Lo que siento es no haberme puesto después en contacto con ella, pero es que nos perdimos la pista.

Dejó caer los brazos flacos.

—Así es la vida. Y ¿ustedes son...?

Los señaló con la cabeza, con mirada dulce y una sonrisa franca.

—Somos quienes la volvimos a encontrar —repuso Rose.

—Perdone, pero ¿qué es, entonces, lo que ha colocado en la lápida? —quiso saber Assad, avanzando hacia la tumba.

—Oh, no es más que una frase que pensé que le vendría bien para el camino.

Entonces la anciana se inclinó con dificultad y recogió una pequeña plancha de madera que parecía una tabla de cocina.

Le dio la vuelta y se la enseñó.

«¡Yo también valgo!», ponía.

Carl asintió para sí.

Sí, desde luego que valía.

En otro tiempo.

Agradecimientos

MUCHÍSIMAS gracias a Hanne Adler-Olsen por su inspiración y estímulo diarios y por su aportación lúcida y perspicaz. Gracias también a Freddy Milton, Eddie Kiran, Hanne Petersen, Micha Schmalstieg y Karlo Andersen por sus comentarios indispensables y minuciosos, y a Anne C. Andersen por su mirada aguda y su incomprensible energía. Gracias a Niels y Marianne Haarbo, así como a Gitte y Peter Q. Rannes y al Centro para Escritores y Traductores de Hald por su hospitalidad. Gracias al comisario de policía Leif Christensen por compartir generosamente su experiencia y por sus correcciones relacionadas con la Policía. Gracias a A/S Sund og Belt, al archivo de Danmarks Radio, Marianne Fryd, Kurt Rehder, Birthe Frid-Nielsen, Ulla Yde, Frida Thorup, Gyrit Kaaber, Karl Ravn y Søs Novella por su participación en mi investigación en torno al asilo de mujeres de Sprogø.

La isla de Sprogø, el oscuro pasado de Dinamarca

AUNQUE hoy día Sprogø es solo uno de los puntos de apoyo del puente colgante Gran Belt, el pequeño islote, con su pintoresco faro, tiene un pasado sombrío que la mayoría de daneses desconocen.

Entre 1923 y 1961, como Rose cuenta a sus compañeros del Departamento Q en su investigación sobre el caso del Expediente 64, la isla, como parte de un complejo mayor de instituciones repartidas por varios puntos del archipiélago danés, albergó un sanatorio para mujeres; un eufemismo para lo que en realidad era una cárcel a la que se enviaba a mujeres que padecían enfermedades mentales, prostitutas, madres solteras o jóvenes demasiado «ligeras de cascos» para la moralidad de la época, en un movimiento eugenésico iniciado a principios del siglo XX para evitar que «genes indeseados» se propagaran en la sociedad. Muchas de estas mujeres fueron encerradas en la isla durante años y sometidas a torturas disfrazadas de terapia y maltratos por parte del personal. En muchos casos, la única forma de poder salir era someterse a una esterilización forzada. Durante los largos años en los que la cárcel permaneció abierta, Sprogø se convirtió casi en un elemento de fábula. Había madres, incluso, que amenazaban a sus hijas con llevarlas a la isla si se portaban mal.

Además, los métodos usados en Sprogø y en varias otras instituciones parecidas, no solo fueron aplaudidos en Dinamarca, sino que convirtieron al país escandinavo en un ejemplo de salud pública para el resto de Europa. Tras su cierre a principios de los sesenta, se dejó que el horror de lo sucedido cayera en el olvido. Las víctimas, es decir, las mujeres prisioneras, sus hijos y sus familias, nunca fueron reconocidas ni compensadas de ninguna forma.

Jussi Adler-Olsen recuerda haber oído hablar de la isla, que aún estaba en funcionamiento cuando él era un niño, y, conmovido por la tremenda injusticia cometida, ha querido incluir esta sombría historia en su novela para sacar a la luz los errores del pasado.



JUSSI ADLER-OLSEN, es conocido por su versatilidad en el mundo de la cultura - siendo periodista, sociólogo y director de cine. Además, Adler-Olsen ha publicado varias novelas de intriga y suspense. Era el más joven de cuatro hermanos y el único varón. Hijo de la exitosa sexóloga Henry Olsen, que pasó su infancia con su familia en varios hospitales psiquiátricos a través de Dinamarca. En su adolescencia, tocó en varios grupos de pop como guitarra solista. Después de graduarse de la escuela pública en Rødovre , estudió medicina, la sociología y la realización de películas . A finales de 1970, trabajó en diversas áreas de la publicación, incluyendo los dibujos animados de secuencias de comandos, la prueba de lectura y el periodismo.

Su hobby es restaurar casas antiguas. Gracias a las novelas protagonizadas por Carl Mørck, se ha convertido en el autor de novela negra más vendido de Dinamarca. No es de extrañar, porque esta primera entrega del Departamento Q es una novela absolutamente irresistible para cualquier aficionado al thriller. Se trata de una historia terrible y muy cercana a la actualidad reciente, con unos personajes creíbles y complejos, y un sentido del ritmo y de la tensión que mantienen el suspense hasta el final. La trilogía del Departamento Q se ha convertido en un imparable best seller en Dinamarca y Alemania, antes de iniciar la conquista del resto del mundo. Jussi Adler-Olsen ha recibido el prestigioso premio Glass Key a la mejor novela policíaca del 2010.